



EL PRINCIPE
ESCONDIDO

MEDITACIONES DE LA
VIDA OCULTA DE CRIS-
TO, DESDE LOS DOCE
HASTA LOS TREINTA AÑOS

*POR EL MAESTRO FRAY
MARCOS SALMERON GENE-
RAL DE LA ORDEN DE NUES-
TRA SEÑORA DE LA MER-
CED Y PREDICADOR
DEL REY FELIPE IV*

MADRID GIL-BLAS MCMXVI



A. Riquelme -

EL PRÍNCIPE ESCONDIDO

ES PROPIEDAD
Copyright, 1921, by Renacimiento,
«Gil Blas» S. A. E.

EL PRÍNCIPE ESCONDIDO

MEDITACIONES DE LA VIDA OCULTA
DE CRISTO, DESDE LOS DOCE HASTA
LOS TREINTA AÑOS

*POR EL MAESTRO FRAY MARCOS SALMERÓN,
GENERAL DE LA ORDEN DE NUESTRA
SEÑORA DE LA MERCED Y PREDICADOR
DEL REY FELIPE IV*



Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

9075

MADRID

MCMXXI



*Aprobación del Reverendísimo P. Fr. Juan Ponce de León,
de la Orden de los Mínimos de San Francisco de Paula,
Predicador de Su Majestad, Calificador de su Real Consejo
de la Santa y General Inquisición y Visitador de las librerías de España, etc.*



MÁNDAME Vuestra Alteza que, visto, censure un libro, cuyo título es *El Principe Escondido, Meditaciones de la vida oculta de Cristo, desde los doce hasta los treinta años*, cuyo autor es el Reverendísimo P. M. Fr. Marcos Salmerón, General de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, Redención de Cautivos, Obispo electo de Trujillo en los Reinos del Perú, del Consejo de Su Majestad, y su Predicador, etc. Y habiendo obedecido el supremo mandato de Vuestra Alteza con la atención que pide mi mayor obligación en su Real servicio, puedo representar a Vuestra Alteza que en este libro muestra su autor su erudición en las varias noticias con que lo enriquece, la gravedad de su persona reverendísima en lo serio del asunto, su prudencia en la medida con que mide todo lo que toca a ser ajustadamente conforme a la Religión y política, a la fe y a la razón, eligiendo, según ella, no sólo lo que

han escrito grandes entendimientos, sino entre los mejores, lo que ha aumentado el de su Paternidad Reverendísima; según lo cual, a este libro nada le viene a sobrar, si no son las aprobaciones, pues sólo el grande nombre de su autor se lleva la más digna, como más ajustada, no hallándose línea en él que no sea un panegírico de su alabanza y una nueva recomendación de su pluma, pues por ella se nos comunican tales y tan fértiles noticias, que se retiran para alabarlas, aun desafiadas a este fin, las elocuencias más encarecidas: por lo cual, puede Vuestra Alteza servirse de mandar se den los despachos necesarios para que este libro salga a la luz en utilidad común de todos; pues impreso conocerán los que le leyeren ser docto en la substancia, católico en la doctrina y religioso en la exhortación, mereciendo su autor recibir de ese Supremo y Real Consejo el favor que de mano del gran Pontífice Clemente VIII alcanzó el Eminentísimo Cardenal Francisco de Toledo, de la Compañía de Jesús; pues para honrar sus libros y su persona, ordenó su Santidad que, según el estilo de la Curia Romana, nadie los aprobase, pues le bastaba por aprobación la rectificación que con su firma hacía de ellos un Cardenal por tantos modos doctísimo. La mía es, que por no haber en este libro proposición alguna contra el mayor servicio de las dos Majestades, puede Vuestra Alteza mandar se dé la licencia que para la impresión se suplica. En la Vitoria de Madrid, a 9 días del mes de septiembre de 1647 años.

FR. PONCE DE LEÓN.





A la Majestad del Rey Nuestro Señor Felipe IV.



MURIÓ el M. Fr. Marcos Salmerón, General de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, Redención de Cautivos, electo Obispo de Trujillo, por merced de V. M. (Dios la guarde). Murió y vivirá en la memoria de sus religiosos hechos, en la esclarecida doctrina de sus eruditos libros y en los gloriosos ser-

vicios hechos a la Monarquía.

Vuestra Majestad, como Rey sabio y Señor agradecido, conserva en el archivo de su real pecho los desvelos con que le sirvió el año de mil seiscientos y cuarenta y cinco en las Cortes del muy noble y leal Reino de Valencia, quando convocado por V. M. para ellas, como General de su Religión y Señor de la Baronía de Algar, fué uno de los votos que concurrieron en ella del Testamento Eclesiástico, donde fué tanta su autoridad y el concepto que de su gran prudencia y excelentes letras hicieron aquellas Cortes, que le eligieron por Embajador a V. M. y a su Alteza el Sere-

nísimo Príncipe don Baltasar Carlos (que de Dios goce) para darles la bienvenida aquel Reino, acompañado de diez y seis caballeros y eclesiásticos, que se nombraron diputados para esta función. Y es buen testimonio del celo ardiente que encendía su ánimo en el servicio Real, el libro que allí escribió e imprimió que tituló *Proposición de la Majestad Católica a las Cortes del Reino de Valencia*.

Consiguió el General igualar su glorioso celo y acciones con las de los Generales de la Orden antecesores suyos, que es blasón en que desmaya la alabanza el sustentar con firmeza la emulación de las proezas de los mayores. Escribió un libro e imprimió su título, *Recuerdos históricos y políticos de los servicios que los Generales de la Religión de Nuestra Señora de la Merced, Redención de Cautivos, han hecho a los Reyes de España desde su gloriosa fundación*; libro que sobraba a dar el mayor sujeto renombre de grande.

Persuadido el Real ánimo de V. M. que uno de los dos polos en que se afirman las felicidades de una Monarquía es premiar el celo y servicios de leales vasallos, se sirvió de dar el año de mil seiscientos y cuarenta y seis su Real decreto al Consejo de Cámara de Castilla, ordenando en él se le propusiese a V. M. la persona del General en las vacantes de Prelacias que se ofreciesen y que en la consulta se le hiciese memoria de lo que el General tenía merecido. Y pareciéndole al apresurado deseo que vive en V. M. de hacer mercedes, que podía padecer dilación la ejecución de su Real decreto, por falta de ocasiones, como altivamente impaciente, para dar prendas de la debida remuneración el mismo año le honró V. M. con el título de predicador suyo; y fué elección tan hija de los aciertos de V. M., que a quien conociere las calidades y experiencias que hay del gran juicio del General y los aplausos de sus letras en la Teología Escolástica y expositiva, con firme semblante contestara, que no ha hablado jamás en la Real Capilla Predicador de más segura y calificada opinión. Y llegando después ocasión, le honró V. M. con el Obispado de Tru-

jillo, dándole esperanzas de los ascensos que sus servicios y partes merecían.

Los desvelos y discursos que hilaba, para noble trama de los servicios de Vuestra Majestad y fueron el solícito anhelo de su vida, con cuidadosa demostración lucieron en su muerte. Murió el General Fr. Marcos Salmerón como vivió: que la gloria de más alto aprecio en los siervos de Dios, es el que sean líneas paralelas las del vivir y morir; que reverberen en la muerte los reflejos de la vida, y que la vida sea un pronóstico seguro de los aciertos de la muerte; que es falso engaño y vana lisonja que se ingiere en los ánimos de los mortales, persuadirse que podrá tener la última cláusula del vivir diferente estilo del que llevan las hojas del libro de lo vivido. La muerte del general, en lo religioso y perfecto, fué un espejo en que salió a mirarse todo el aliño y gala de la vida, y el que en vida atendió al ejemplo de sus costumbres y a lo ceñido de sus acciones, sin apelar a revelaciones le pudo vaticinar las felicidades de su muerte.

En los términos de lo político, y aun sagrado, que mira al servicio de Vuestra Majestad, fué también su muerte como su vida. Vuestra Majestad sabe muy bien cómo le sirvió viviendo, y yo le pondré en su Real presencia, muriendo cómo le sirvió. Bien pocas horas antes de la última me llamó, y alentándose, dijo: La muerte me llama antes de perfeccionar un servicio de su Majestad a que en vida había dado principio. Un libro dejó imprimiendo, pocos pliegos faltan para acabarle; le doy por título *El Príncipe Escondido*; en saliendo a luz este hijo póstumo de mis deseos, le pondréis a los pies de Su Majestad en mi nombre, con la veneración y afecto a su servicio, que sabéis he profesado toda la vida.

Piedad será, Señor, discurrir que al rayo de la luz que asiste a los justos, en los tristes celajes de nuestro ocaso descubrió el General algún misterio en el nombre de *El Príncipe Escondido* que pudiese conducir al consuelo y aliento de esperanzas que descansen el ánimo de Vuestra

Majestad. Porque como *El Príncipe Escondido*, Dios dispuso con sabia providencia el esconderse tanto espacio de años, para que saliesen de lo escondido de sus glorias a desplegar luces más vivas en la conquista amorosa y pacífica de corazones y debelar con más pujanza las osadías y obstinación de la perfidia, la infame conjuración de tiranos, la temeraria, alevosía de rebeldes, la inícuca, porfiada emulación de tanto contrario, y para que reconcentrándose y reforzándose más las glorias de Vuestra Majestad en el secreto de lo escondido, desde él se arrojen a despedir y vibrar más encendidos y frecuentes rayos con que poner en confusa y desmayada fuga a los enemigos.

Ejecutando, pues, la obediencia de mi prelado, pongo este libro, póstumo suyo, a los Reales pies de Vuestra Majestad, y derribado yo a ellos, repito la profesión de leal vasallo que he observado toda la vida; estudiélas en la Escuela del Padre General que me dió la Religión, a quien debí obras y afectos dignos de este nombre, a quien tributé siempre veneraciones y obsequios de hijo; infundiéronme las los abuelos de quien heredé la sangre; olvídola como religioso, mas como vasallo lo estimo; cuando atiendo a la que derramaron en servicio de la Patria.

Guarde Dios a Vuestra Majestad los años que este Capellán le suplica y han menester los felices sucesos de la Monarquía.

FRAY JUAN DE CONTRERAS.



MOTIVOS DE LA PLUMA



ESCRIBO la vida oculta de Cristo, Príncipe de Paz y escondido en Nazareth desde los doce hasta los treinta años de su edad. No es resucitar el libro de la Infancia del Salvador, justamente prohibida por la Iglesia. Allí se hacía memoria de muchos milagros que obró Cristo en la niñez, que se tienen por fábula entre los más cuerdos escritores, no sólo porque en la opinión más corriente fué el primero convertir el agua en vino en las bodas de Caná, sino porque, no habiendo Cristo de predicar su doctrina hasta la edad perfecta, no era necesario confirmar su autoridad con milagros anticipados.

Escribo, pues, la vida oculta de Cristo, y es tomar la pluma contra los herejes valentinianos, que entre otros errores afirmaron que Cristo, en los treinta años de su edad, no había obrado cosa alguna en público, contra la verdad del Evangelio, pues siendo niño trajo a los Reyes para que le adorasen; fué circuncidado y ofrecido en el templo; huyó a

Egipto; de doce años disputó en el templo con los Doctores, y todos los demás años subió a Jerusalén al tiempo que se celebraban las fiestas; volvió a Galilea, y asistiendo a su padre José, ejercitó su arte, para santificarlas todas, y con este ejemplo enseñar a huir la vida con ociosidad.

No obsta que pasasen esta vida oculta en silencio los Evangelistas, si bien San Lucas la ciñó toda en pocas palabras, diciendo que bajó Cristo a Nazareth con sus padres, y les obedecía creciendo cada día en edad, sabiduría y gracia cerca de Dios y de los hombres; de donde se infiere, que no fué tan oculta la vida de este Señor en aquel retiro, que no arrojase rayos de luz, para que llegase a noticia de los hombres, si no el aumento de su gracia, las muestras de su sabiduría. No haberlo escrito los Evangelistas es argumento que se toma de autoridad negativa, que ya se sabe la poca fuerza que tiene, fuera de que no escribieron los Evangelistas todas las obras de Cristo, ni sus prodigios, como se colige del capítulo veinte de San Juan. Y añadió en el capítulo último que si se hubieran de escribir en individuo, y con singularidad todas sus obras y prodigios, no cupieran en el mundo los libros y tratados. Pero escribióse lo necesario para que se creyese que Cristo era Hijo de Dios. De donde se infiere que no todos los misterios que pertenecen a la Fe y Religión están escritos en los Evangelistas; pues es constante que no se hallan escritas por ellos las cosas que sucedieron después de la Ascensión de Cristo al cielo; y así fué necesario que los Apóstoles las manifestasen después, porque se quedaron ocultas. A este fin miró escribir San Lucas los Hechos Apostólicos, San Juan el Apocalipsis, contentándose al principio con que predicasen a la posteridad. San Mateo escribió su Evangelio en el hebreo a tiempo que San Pedro y San Pablo evangelizaban en Roma y ponían los fundamentos de la nueva Iglesia, como lo refiere Eusebio, y lo tomó de San Irineo, y habiendo sucedido en el Imperio de Nerón, no obstante que San Pedro llegó a Roma en tiempo de Claudio, se tiene por

cierto pasaron veinte años, en los cuales se predicó el Evangelio en voz. A San Mateo siguió San Marcos, y siente el mismo Trineo (escribiendo contra Valentino) que fué después de la muerte de los Apóstoles Pedro y Pablo. San Lucas escribió casi a un mismo tiempo que San Mateo.

San Juan escribió su Evangelio después de restituído del destierro de Pathmos, adonde le puso el Emperador Domiciano casi al fin de la vida, que fué noventa años, conque pasaron sesenta desde la muerte de Cristo hasta que tomó la pluma este Evangelista sagrado para escribir a todo el universo. Fué misterioso en esta parte el silencio de los Evangelistas, y se pasman los varones grandes de considerar que por tan dilatado tiempo estuviese escondido el Príncipe Cristo. Y aunque algunos han tomado la pluma para ponderar lo que sirvió de motivo a mis discursos, más debe obrar aquí la meditación que la historia, como lo escribió con mucha prudencia Rodolfo de Sajonia en el prólogo que hizo a la vida de Cristo.

Advertidamente llamé a estos tratados Meditaciones, porque, en lo principal del asunto, lo que no pueden ajustar la Sagrada Escritura y la doctrina de los Santos, lo saque a luz la piadosa meditación, así de las obras como de las palabras de Cristo. Incidentemente se tocan muchas doctrinas de la vida manifiesta de este Señor acompañadas de todo género de letras humanas y políticas; que todas las artes y ciencias se ocupan bien y tienen buen empleo si sirven como deben a la sagrada Teología, que es la ciencia de Dios. Desde esta vida oculta del *Príncipe Escondido* toma vuelo mi pluma para escribir de la vida manifiesta, si dieren lugar el tiempo y las ocupaciones; que el deseo de servir en algo a la Iglesia y a sus fieles hijos nunca puede faltar, ni debe enterrarse el talento que dió el Padre de familias, aunque sea corto, pues si la ciencia se diera a condición de ocultarla, no se debía recibir.

FRAY MARCOS SALMERÓN.



MEDITACIÓN PRIMERA

I

Todas las cualidades de buen Príncipe se hallan en grado heroico en Cristo. Es Dios y Hombre. El día de Dios excede a lo más eminente de todas las luces.



INGULAR dádiva de Dios es un buen Príncipe; y como todo lo precioso baja del Padre de los hombres, en ninguna cosa luce más lo atento de su Providencia como en facilitar lo dificultoso, y que haya quien gobierne con acierto la República cristiana. Una cuestión propone Flavio Vopescio en la vida del Emperador Aureliano, dificultosa de decidir: cuáles sean las causas que pervierten a los príncipes, y les obligan a que, siendo malos, no tengan estimación ni crédito con sus vasallos. Son muchas responde: la demasiada licencia y libertad, la abundancia de bienes temporales, los malos lados de quienes se acompañan, los áulicos de costumbres depravadas, los ministros codiciosos, y tal vez la ignorancia en las materias de la cosa pública. Júranse cuatro o cinco de los más validos, de cuyo consejo y resolución se toma forma en el gobierno; empíezase engañando al Emperador, prosí-

guese ocultándole las verdades, para que las ignore; cree lo que le aseguran, cierra todas las puertas por donde pudiera entrar la luz del desengaño, con que tiene dos infelices remates este acuerdo: hacer elección para los oficios de los peores ministros y arrojar de los ojos del Príncipe los que por sus buenas partes ocupara si conociera. Esto pasaba en Roma en tiempos de la gentilidad. Si pasa así en las Repúblicas cristianas, otros lo dirán y todos lo lloraremos.

Es felicidad de los vasallos tener príncipe que use bien de la libertad, de la hacienda en gastos precisos, que se acompañe de virtuosos, que destierre la codicia, tenga la sabiduría que pide el gobierno y sea noticioso de las materias de su cargo, para que las de justicia y gracia de tal suerte pasen por su consejo y resolución como si no tuviera ministros. De esta virtud, entre otras, alaba Plinio a Trajano en su Panegírico, y de que más en sus ojos que en sus oídos y en los de los intérpretes se registrasen los méritos de sus vasallos. No todo lo pueden ver los príncipes, pero no es bien que lo ignoren todo; por eso Jano fué primer rey llamado entre los romanos, porque tenía dos rostros, y en ellos muchos ojos para mirar a todas partes, y por eso mismo asegura Platón que en el cielo son muy vecinas y se comunican las luces las dos estrellas de Júpiter y Saturno, porque la ciencia que se atribuye a Saturno ha de estar muy al lado de la potestad de Júpiter, como observó su aficionado intérprete Marsilio Ficino.

Cuando los Profetas no llamaran a Cristo Rey y Príncipe, que así le llaman David é Isaías, y Príncipe de paz, que trae sobre sus hombros su Principado, constará que lo es en las funciones que ejerció y ejerce cada día en este Reino de la Iglesia en utilidad de los hombres para este siglo y el futuro. Tiene tanta fuerza la autoridad del magisterio con los discípulos, que entre las tinieblas de sus errores realzan con encomios a los primeros que les dieron ser en la materia de su falsa religión. A Montano llamaban los montanis-

tas varón lleno del espíritu divino, como refiere Tertuliano; a Maniqueo le interpretaban el nombre sus discípulos, como que derramaba maná por sus labios, como refiere Eusebio; a Donato le daban sus secuaces los blasones que pudiera dar a Cristo un católico, como objeta San Agustín. Y en nuestros tiempos llamaron a Lutero los protestantes, segundo Elías; a Calvino y a Melanchton, primer Obispo de Basilea, superiores a los Padres de la Iglesia. Y si la mentira y el error pintan con tan finos colores a los que dieron principio a sus abominables sectas, ¿cómo pintará a Cristo la verdad, muchas veces repetida por la lengua y pluma del Espíritu Santo?

Graves motivos tiene el fiel para hacer grande aprecio del Maestro de toda virtud, Cristo Nuestro Señor: su persona, sus obras métricas y los beneficios que comunica a los hombres. Mucho le debemos a Dios, pues habiendo enviado hombres, y cuando no, muchos ángeles, para sacar a su pueblo de la cautividad de Egipto y llevarle a la tierra de Palestina, dió al mundo (caminante perpetuo a la tierra de los vivientes) la persona de su Unigénito, con tan superiores ventajas a los demás ministros, cuanto va en empeños de luz entre el sol, según su substancia, al cuerpo diáfano, cristal o piedra preciosa, que exteriormente iluminan sus rayos. El Arca del Testamento, hecha de maderas incorruptibles, y con planchas de oro purísimo realzada; el incensario de oro, consagrado a ofrecer a Dios en él olores y aromas suavísimos, con todas las alhajas del admirable templo de Salomón, fueron sombra de la excelencia y pureza de la humanidad de Cristo, supositada en el Verbo divino, templado todo con tan superior artificio, que, oculta la divinidad, viesan los ojos humanos en Cristo su humanidad, arrojando rayos y esplendores de quien era. En profecía se unieron sin oposición el fuego y la zarza verde; el electro compuesto de los dos más ricos metales, plata y oro, se vió en Ezequiel y que los comprendía inconfusos e impermixtos, como convenía fuese el Señor, que venía a templar y

unir corazones y a dar reglas de la modestia que pide la vida cristiana, como lo confesó el emperador Constantino, cuando decía: *Quae melior via, quod institutum plus habet virium ad malorum animos mansuefaciendos, quam ut Deus ipse praesens illos compelleret? An non ille tunc coram oculis hominum aspectus, modestam vivendi rationem docuit?*

De aquí es que la humana naturaleza en Cristo llegó a tan grande altura como a la de hijo natural de Dios, existiendo y sustituyendo en la Persona divina, como enseña Santo Tomás. Así a Cristo toda gracia le fué natural y naturalmente debida, y así se aseguró para grandeza y autoridad de su Persona ser por su naturaleza impecable, como es fuerza lo sea el hijo natural de Dios, estando sujetos a la culpa todos los hombres. Compara Aristóteles con los demás elementos, el elemento del fuego, y dice de él, que él sólo, entre todos, está libre de corrupción. Corrómpese la tierra y se convierte en cieno asqueroso; el agua corrompida es veneno; el aire corrupto ocasiona pestes: el fuego, libre de estos accidentes, como superior a todos los demás elementos, no le inmutan, aunque se le acerquen, y se conserva siempre incorrupto. Así Cristo, superior a todos los hombres, de tal suerte ama la justicia y aborrece la culpa, que su voluntad, inmutable por la divinidad, no puede declinar del bien al mal, como lo ponderó gravemente San Cirilo: *Quippe divinitas immutabiliter justitiam diligit, et odit iniquitatem; ex quo voluntas Christi, divinitatis immutabilitate donata, a bono ad malum declinare nequivit.*

Tuvo también por la divinidad el cuerpo de Cristo, cuando quiso, las calidades de su substancia espiritual, como ponderó Hilario. De ahí el nacer sin violar el claustro virginal, antes comunicando a su integridad mayor decencia; entrarse a la congregación de Apóstoles, estando cerradas las puertas; penetrarse con la losa del sepulcro al resucitar, y subir a los cielos con la substancia y cantidad de ellos mismos; quedarse debajo de los accidentes de pan y

vino en la Eucaristía, con fuerza de resucitar a mejor vida los difuntos. De aquí nació en los santos y fieles la piedad con que veneraban los vestigios y señales del cuerpo de Cristo. De Paula refiere Jerónimo, que lamía, sedienta de celestiales licores, la piedra del sepulcro del Señor. A adorar los lugares sacros, donde estuvieron los pies de Cristo caminan a Palestina peregrinos devotos, y a Roma a venerar sus reliquias, en fe del valor que les comunicó vivo y muerto.

El segundo motivo de veneración que tiene el fiel cerca de la persona del hijo de Dios son la obras que hizo, todas en favor de los hombres, ejerciendo el oficio de Redentor, cuya redención prefiere el Apóstol a todos los sacrificios de la Ley antigua, en la carta que escribió a los Hebreos, por ser sus méritos de infinito valer. ¡Qué maravilla! Que si el sol en las partes orientales del mundo forma piedras preciosas de gran precio, el Sol de justicia, que juntamente es Sol y Oriente, ¿qué no obraría en bien de los hombres y qué valor no daría a sus obras? Tanto las realzó en valor el Supuesto Divino, que deja muy inferiores las más heroicas hazañas de los mayores santos de la Iglesia, aunque se junten en uno las calidades de todos. Diólo a entender así el profeta Isaías, viendo amanecer al mundo a Cristo, a quien llamó día de Dios sobre los montes más empinados, sobre las eminencias de mayor elevación, sobre la torre más desarrollada, sobre los muros más altos, sobre la bizarría de las naves de Tharsis, y sobre todo aquello que es más hermoso a la vista. Montes, collados, torres, muros, naves, todo lo más eminente en mar y tierra, y lo que es y parece de mayor lustre, es inferior en el mérito al día de Dios. Y ¿qué maravilla que tenga esta superioridad, cuando dura su luz, si cuando muere arroja de sí agua, espíritu y sangre, que distribuyó con gala y agudeza San Ambrosio? *Agua ad lavacrum; sanguis ad potum, spiritus ad resurrectionem.* Baño en el agua, bebida en la sangre y nueva vida en el espíritu.

II

El Príncipe Escondido Dios y Hombre. Su persona, méritos y beneficios son ilustres motivos de veneración. A su presencia los mayores Príncipes no lo parecen.

El señorío y dominio de todas las criaturas, especialmente del hombre, estuvo como en su fuente en el Príncipe Cristo por eterno derecho, a título de Criador, con que, aunque en el primero, segundo, tercero, cuarto y quinto días de la creación sólo se llama Dios, en criando al hombre capaz de dominio, se llamó Señor, para que reconociese y venerase el cuello al yugo de su ley. De aquí que el primer hombre, compañero de los ángeles, solamente reconoció a Dios por superior, y por todo el tiempo que duró el mundo no hubo verdadero dominio, ni potestad judiciaria, si no es por decencia, si bien el Padre de familias gobernaba en casa con señorío de justicia natural: no por autoridad pública, sino con verbal prohibición de la culpa y recomendación de la virtud, lo cual duró hasta Noé, que empezó a tener dominio por comisión de Dios. Constante cosa es, que todo poder y ciencia de gobernar, si no está subordinada a Dios, se desvanece, y se ha de referir a la primera causa, como autor de la potestad, y tener, si no se obra ajustadamente, de aquella misma mano el castigo del mal uso de la independencia temporal.

Pónese a hablar Salomón en el capítulo 6 de la Sabiduría con los Reyes y Príncipes del mundo, y dice: *Audite ergo reges, et intelligite, discite, judices finium terrae. Praebete aures vos, qui continetis multitudines, et placetis vobis in turbis nationum: Quoniam data est a Domino potestas vobis et virtus ab Altissimo, qui interrogabit opera vestra, et cogitationes scrutabitur: Quoniam cum essetis ministri regni*

illius, non recte judicastis, nec custoditis legem justitiae, neque secundum voluntatem Dei ambulastis. Envía Dios una visita general, una residencia a todos los Reyes y Príncipes del mundo; y en primer lugar les manda, que oigan y entiendan; lo primero con los sentidos del cuerpo, y luego con los del alma: *Audite et intelligite.* Diceles que aprendan, *discite.* Obligación forzosa en los que han de enseñar, y quieren que oigan voluntariamente, porque aprendan a no hacer violencias a sus vasallos: eso quiere decir *Præbete aures.* Vosotros, que, con la potestad que recibisteis de Dios tenéis dominio de muchas gentes y naciones, y tenéis complacencia del señorío; sabed que esta autoridad es de Dios, de quien sois vicarios, y ministros y obligados a guardar las leyes. Día llegará en que el Señor os haga apremiantes preguntas, y escudriñará vuestros pensamientos y constará de vuestro mal gobierno y vida, por haber desamparado de todas maneras las divinas leyes, con que el juicio de la muerte, que no tarda y camina con paso veloz, será vuestra pena gravísima, como han sido eminentes el puesto y la autoridad. *Quia quanto flatus altior, tanto casus gravior, et per consequens majori pœna dignior,* dijo aquí, cerrando esta cláusula, Nicolao de Lira.

El mayor riesgo de los Príncipes nace del mal uso del poder y de la libertad, pues queriendo gobernar y mandar a todos, no quieren sujetarse al Supremo Legislador, ni guardar las leyes, para ser ejemplo vivo del vasallo, y enseñarle a obedecer al Señor temporal, estando rendidos al Príncipe eterno. Moralizando esta política San Bernardo, describió un secreto grande y la causa de la muerte de los hombres. Tocóle al alma de oficio el gobierno del cuerpo y de sus potencias en el tiempo tan breve como feliz de la justicia original. Fué debajo de pacto, que ella había de obedecer a Dios y sus leyes divinas. Faltó a esta obligación, loca y presumida, afectando deidad e independencia, y al paso que negó la obediencia a su Criador y Soberano Príncipe, se le rebelaron todas las potencias inferiores, y to-

cando un arma secreta, comenzó la guerra civil entre el apetito y la razón; y aunque quiso el alma poner en paz las potencias, no pudo, que la inobediencia a su Criador le enflaqueció la autoridad de su gobierno. Que bien lo dijo el melifluo Doctor. *Noluit anima regi a Deo; non possit regere corpus: si superiori non paret inferiori cur imperet.*²

Muchos achaques tiene la soberanía, si la virtud no la tiene a raya y no la reducen a términos de modestia los varios accidentes de la fortuna. En un instante se vuelve el mar de claro en cerúleo, en un mismo día adonde los navíos jugaban con las olas, suelen irse a pique, dijo Séneca: *Momento mar vertitur, eodem die, ubi luserunt navigia, sorbentur.* Ni es segura la potestad cuando es nimia, dijo gravemente Tácito: *Nec unquam fida potentia, ubi nimia est.* Por eso la comparó el rey Teodorico a los esplendores de la piedra preciosa que no se pueden contener en sí; y estando ella inmóvil, ellos fluctúan a la vista, como asaltados de temores. *Jam* (habla de la potestad de los reyes) *non immerito gemmae dicimus esse consimilem; in qua suos fulgores non potest continere; fluctuat aspectibus, dum lapis tenetur immobilis.* Es una piedra preciosísima la potestad real, el imperio de un príncipe soberano; y cuanto es mayor, arroja más rayos y esplendores; pero ellos fluctúan, anunciando corta duración, y a quien los mira parece que tiemblan, estando inmóvil el trono de donde nacen. De esos miedos y de otras molestias se visten los imperios grandes, los pueblos eminentes, con que viene a ser dicha una mediana fortuna, como lo confesó Plutarco, alabando la verdad y elegancia de Teócrito en estos versos:

*Non mihi sint opes Pelopis, nec multa talenta
Nec celeri cursu ventus superare fugaces,
At vacua curis liceat cantare sub antro,
Et procul specula mare prospectare profundum.*

Debe, pues, el Príncipe tal vez moderar el imperio, temprar la soberanía; porque andan muy de ordinario juntas la soberbia y el cetro, la corona y la presunción. De donde

dijo Paciano en su Panegírico, que raras veces sucede lo contrario. Por esta causa fué odioso a los romanos el nombre de Rey, como escribe Suetonio. Y de aquí es que para gobernar con acierto, y usar bien del señorío, ha de usar bien del poder, tratar de aborrecer los vicios y ejercitarse en las virtudes, porque si cuando manda a los súbditos, está sirviendo a sus deleites, sobre ser indecoroso a la majestad mientras los obedece, no sólo no es emperador pero es siervo de su mismo apetito. Conseguirá en su gobierno buenos aciertos, si a imitación del sol se mostrare siempre sereno y claro, sin que le afeen las tinieblas de propias pasiones, considerando que la vida de los vasallos depende de la vida del príncipe, que la da o la quita, conforme al temple de su condición. Por eso dijo el Sabio en los Proverbios, que la indignación del rey, y más si está apasionado, es para el vasallo un mensajero de la muerte. Y al contrario, en la alegría está la vida, y es su clemencia como el rocío de la tarde.

III

La potestad soberana tiene muchos achaques. En el Príncipe oculto no tuvo lugar la ignorancia, y siempre estuvo vestido de justicia.

Fué el Principado de Cristo ejemplar vivo, que deben imitar los Reyes; porque si el acierto de los que son está en que sus corazones los pongan en las manos de Dios, ¿cómo sería el gobierno de Cristo, puesto su corazón, no sólo en la mano de Dios, sino en su substancia y personalidad? ¡Qué segura iría la nave al puerto deseado, si el marino que la gobierna es Dios! Como si tuviera Cristo necesidad de mortificarse, admitió casi todos los males del cuerpo, necesidad, hambre, cansancio en el cuerpo pasible,

duros afectos en el interior del alma, en la porción inferior de ella, admitiendo tristeza, dolor y temor; porque padeciendo, muriendo, llorando, agonizando, no sólo fuese al mundo de ejemplo, sino que todo junto y cada cosa de por sí, lo marcase la Divinidad con valor infinito y fuese precio de nuestro rescate. Su apetito sensitivo estaba tan compuesto con la razón, que nunca pervirtió el orden del entendimiento con tumulto vario, ni conato a lo no conveniente. Es en los hombres este apetito un bosque de fieras, un mar impetuoso, agitado de los vientos con tempestades continuas; pero en este Príncipe, a quien obedecían los mares y vientos, fué un estuario de apacibles movimientos que solamente servían a la virtud. Y si por la sabiduría de Salomón se admiró la Reina de Oriente del buen orden con que tenía gobernada su familia, qué obedientes eran sus criados, qué puntuales sus doncellas; ¿qué tal estaría la familia de Cristo gobernada con el infinito saber de Dios?

Hincó la rodilla el hereje a Cristo, pero pretendió cerrarle los ojos, queriendo persuadir que los tenía cubiertos con el velo de la ignorancia y que admitió la humana entre otros defectos; doctrina, sobre herética, ridícula; porque, ¿cómo podía ser Cristo Rey, si se escondían de su conocimiento algunas cosas necesarias al buen gobierno suyo y de su República? ¿Cómo podía ser juez de los secretos del corazón humano quien no podía penetrarlos con la vista? ¿Como si pudieran llegar las nieblas a lo más alto del trono del sol! ¿Cómo pudiera iluminar los querubines, si pudiera haber en su entendimiento torpe humo de fea ignorancia? Si una pequeña estrella se fijase en el centro del sol, no hubiera sombra que amagara a oscurecerla: ¿cómo puede padecer oscuridad de ignorancia el alma de Cristo, colocada en la misma Divinidad?

Usó, pues, este Señor de su entendimiento, voluntad y de las demás potencias en el gobierno de la Iglesia, con toda sabiduría y atención; y al fin como regla que para medir e igualar ha de ser recta y no tener cosa oblicua con

que prevenir el imperio interior de sus afectos y potencias bien ordenadas, viene bien ajustar a las mismas leyes los súbditos y vasallos, como lo dijo gravemente Plutarco en la descripción del Príncipe: *Quemadmodum oportet, ut ipsa regula primum recta sit, deinde cætera sibi admota quatenus sibi congruum exæquet; consimili modo Princeps, postquam Imperio in se ipso paraverit, vitanque suam composuerit, tunc debet sibi coaptare eos, quibus imperat.* Y claro está, que no es oficio del que cae levantar a otro, ni ser guía el ignorante, ni componer el descompuesto, ni de gobernar a otros el que primero no supo gobernarse a sí. Calienta el fuego todo lo que le aplican, porque él tiene calor innato, y por tener así frialdad la nieve, refresca los licores. Claros argumentos de la naturaleza, que prueban ha de estar lleno de justicia el que ha de administrar, y de quien, como de fuente, nazcan los dulces raudales de las leyes, para que las beban los litigantes sedientos de la justicia, como dijo Filon.

Es, pues, muy necesario en el Príncipe y Juez, el interior reformado, la conciencia quieta con que se aseguran las acciones de justicia y buen gobierno para con los súbditos, favor que aseguró Dios a su Iglesia cuando dijo por Isaías: *Ponam praepositos tuos Justitiam.* Y a la verdad, no puede tener la República felicidad tan grande, como un rey tan bien gobernado en el interior, que se le conozca en el rostro con qué se forma a un mismo tiempo su trono y el consuelo de los vasallos. Y así decía el Espíritu Santo por Salomón: *Aufer impietatem de vultu Regis, et firmabitur justitia, et tronum ejus.* El cristiano Príncipe, no solamente no ha de tener culpa, pero ni la ha de ver de sus ojos, y ha de ser su justicia como la divina gracia, que destierra todo género de impiedad y de culpa, que manche la gloria del principado. Rey del Oriente era Job, y dijo de sí: vestíme un vestido de justicia. El primer uso del vestido no fué ser gala, sino cubrir la fea desnudez, que ofende la modestia de los ojos; conque vestirse un

hombre de justicia, es procurar tal consistencia en el ánimo, en la voluntad y en el apetito, que no ame cosa fea; y que tenga malos visos, sino que todo lo refrene y oculte la justicia cristiana. Así lo entendió Simón de Cassia. *Ille siquidem induitur justitia, qui omnem sui consistentiam animæ, atque corporis vel aliquid turpe appetat, aut faciat, tegit.* Y por eso creyera yo que se les mandó a los sacerdotes el vestir de esta gala en el Salmo 131; porque constituidos en tan alta dignidad, no hagan cosa fea que pueda ofender los ojos de quien los mirare.

IV

Préciase Dios del título de Escondido; los misterios son muy profundos.

Como suelen afectar los hombres lucir en sus acciones, sobre lo que son, Dios hace gala de ocultarse, y siendo luz por esencia, suele vestir oscuridades y tinieblas más útiles para nuestra enseñanza que los esplendores de su radiante naturaleza. Breve diferencia entre la Ley y el Evangelio fué el amor y temor, en sentencia de San Agustín. La ley como ayo riguroso guiaba, con miedo, las primeras niñeces del mundo. Por eso al dar Dios la ley en el Sinaí, se agregaron muchas cosas temibles, que parece se pudieran excusar todas a no tener gran misterio: monte intratable, fuego inaccesible, tempestad oscura, ruidosa trompeta. Todo fué poner miedo a los hebreos y enseñar cómo los había de tratar la ley. No ya así el Evangelio, como lo aseguró el apóstol a los fieles de la ley de gracia. *Non enim accessistis ad tractabilem montem, et accessibilem ignem, et turbinem, et caliginem, et procellam, et tubæ sonum, etc.* Todo era terrible (dice Santo Tomás) de parte de Dios, el celo y seguridad, el fuego tratable, el torbellino, que es viento con agua,

la oscuridad que ocultaba a Dios, la tempestad en aire ruidoso, el sonido de la trompeta, que publicaba guerra contra los transgresores de la ley. ¿Qué maravilla que temiesen los hebreos y se retirasen del monte? De sólo Moisés se dice, que entró a la oscuridad a donde estaba Dios. Y si llegamos a apurar, qué oscuridad es ésta donde Dios se esconde, nos dicen los Santos que es su misma luz. Todo lo natural, en cuanto no se ve, se llama oscuridad, y llámase luz, según que se deja ver. No así en lo riguroso de la mística Teología, adonde el amor, cuanto más vehemente, abre puerta más clara a la inteligencia, y arrebatada de tal suerte el alma que, arrojando de sí todo lo que no es Dios, se fija libremente en sólo el rayo de la divina contemplación, viendo luces entre oscuridades, aunque duran poco, porque el cuerpo corruptible agrava el alma.

Por otro camino, supo ocultarse Dios en Cristo disponiendo fuese la humanidad sacrosanta como eclipse al Sol de la luz divina, para que se pudiera percibir de los ojos humanos. Favor fué de Dios al pueblo de Israel para que no lo abrasase el Sol, templarle con una nube, como disponer que de noche la colmara de fuego y pusiese en huida las tinieblas y sombras. Puso la culpa al primer hombre de tan mala calidad, que para su reparo fué necesario que el mismo Dios tomase cuerpo apto para ofrecerse en sacrificio, para solicitar su salud, y que, cual otro rey de Nínive, bajase del solio, vestido de un cilicio, para aplacar a Dios ofendido. Esta oscuridad, que padeció el Sol por modo peregrino, toco también a la Iglesia, significada en la Luna, según lo que ella misma dijo en los Cantares: *Nolite me considerare, quod fusca sim, quoniam decoloravit me Sol.* No causa el sol material el eclipse de la luna, sino la sombra de la tierra que se interpone; pero el Sol de la divinidad causa eclipse a la Luna, cuando le mira enamorada con amor vehemente, y considera que ocultó por ella sus rayos, y que quiso ser y llamarse Dios Escondido.

V

La verdad de Dios no está en la superficie de la inteligencia. Es Diamante de mucho fondo. Ilústrase el Misterio de la Eucaristía.

No me admiro de que Dios se esconda y se oculte, sino de que lo tenga por gloria y autoridad, cuando parece lo fuera mayor si le vieran los ojos humanos en la grandeza del Ser divino. Así lo dan a entender aquellas palabras del cap. 25 de los Proverbios: *Gloria Dei est celare verbum, et gloria regum investigare sermonem*. Es muy diferente la gloria de Dios que la de los hombres. Tiene por gloria este Señor, que siendo Supremo Juez (que por esto, como observó Cayetano, en lugar de la palabra *Dei* está *Heloin*, que significa juez o jueces), por gran parte de gloria tiene, que, juzgando todas las causas de los hombres, y viéndose a toda luz los efectos, se oculten las causas y razones que tuvo su Divina Providencia para juzgarlas; de donde dijo Tertuliano, que no son superficiales, sino muy profundas las razones de Dios, y tal vez tienen emulación con la luz, porque las oculta del conocimiento de los hombres. De ahí los enigmas, las parábolas, los misterios, que apenas puede sondear su profundidad el más ilustre entendimiento. La gloria de los hombres, aunque sean reyes, navega por otro rumbo, pues tienen por autoridad que sepa el mundo las razones y motivos de sus obras y resoluciones, y suele ser buena razón de Estado; porque mientras el vulgo no sabe la razón y motivo que tiene el príncipe para lo que determina en la guerra, en la paz, en la imposición de tributos, condena la acción y de ordinario inclina su juicio a la peor parte, siendo diferentísimo el derecho de Dios y del príncipe; porque como no se puede argüir de injusta la Divina Providencia, ni sus decretos

pueden padecer censura, no aventura la reverencia y decoro, ocultando el motivo de sus resoluciones; el príncipe temporal sí, cuya jurisdicción, aunque suprema, está sujeta a la censura del vulgo, según aquella sentencia de Cleomenes: *Vulgi arbitrium super Principes est*. Y de aquí es que es gloria de los reyes no dar decretos en su gobierno sin investigar primero las causas, para poder ocurrir a la calumnia y dar razón de lo dispuesto, si fuere necesario. Y Dios tiene por gloria ocultarse y esconder las causas y motivos de su Providencia.

Bien se conoce el gusto que tiene Dios en esconderse y retirarse de los ojos humanos; pero no me parece logra el fin, pues luce en lo escondido, y tal vez agrada más cuanto se ve menos. Aunque está glorioso el Verbo siempre, como palabra engendrada entre los esplendores de la gloria, como figura e imagen de la sustancia de su Padre, el día que para ocultarse se vistió de nuestra naturaleza, si le goza menos la vista, agrada más al deseo y parece más bizarro con el nuevo colorido de lo humano, que oculta su ser divino. Un gran Señor humilde, una inmensidad como exhausta, un supuesto eterno vestido de carne, ¿a quién no agradará? Afecta el deseo humano la variedad y novedad: ¿qué cosa más nueva que un Dios hombre? Novedad singular la llamó Jeremías. Admirable es como puede dardarse la simplicidad de la divina naturaleza; pero parece que la compite esta unión de naturaleza humana y supuesto divino, y agrada más por nuestra conveniencia, pues se ordenó al reparo de sus quiebras este esconderse Dios debajo del humano ropaje.

Adonde especialmente podemos llamar a Dios, Dios escondido, es en el Sacramento de la Eucaristía, y dos veces escondido: una con el velo de nuestra humanidad, y otra con el sutil cendal de los accidentes, y en estas dos ocasiones de encarnar y sacramentarse, se incluyen todas las demás; porque aquí verdaderamente tuvo Dios por gloria celar su palabra. Pero obró, como gran Señor, quedándose

por alimento del alma: que esta demostración última de su amor, y última hazaña en el tiempo de su gobierno, acreditó todas las anteriores, y le dejó venerado en el mundo. Suelen los Príncipes proceder en su gobierno con tan poco arte, que una acción destruye la opinión que cobraron en otra, conque se arriesga el crédito y se aventura la estimación. Atento estuvo Dios en no acabar con todos los animales en la general inundación del diluvio, sino que los conservó, pudiendo criarlos de nuevo, con lo cual miró a dos fines de su autoridad, dice San Basilio de Seleucia, a que la segunda creación no condenase la primera, y cobrase opinión que mudaba de parecer. Este fué el uno de los fines; el otro, que no entrase el mundo en duda si era el Artífice soberano uno mismo, no quedando reliquias de la primera creación. Sacramentarse Dios fué acreditarse de la complacencia que tuvo con nuestra carne, y por monumento eterno la dejó en la Iglesia, para que se comuniquen a todos en la mesa del Altar, si disimulada, copiosa.

Singular fué la bendición que Moisés, cercano a la muerte, dió a la tribu de Dan por estas palabras: *Dan Catulus Leonis fluet largiter de Basan*: Admirable símbolo de Cristo Sacramentado fué el panal de Sansón, que halló en la boca del león muerto, en el común sentir de los Padres. Tocóle admirablemente Ruperto Abad: *Dan id est Sanson*: Dan es Sansón, y Sansón se interpreta: *Sol eorum*. Y este León o cachorro de León, todas son señas conocidas de Cristo, y así dijo: *Catulus Leonis filius. Dei fortissimi, fluet largiter ex Basan*. Basan se interpreta *Pinguis*, apellido de Cristo Sacramentado. *Pinguis est panis, fortiter aget, et largitatem donorum tribuet de Basan, qui interpretatur pinguis*: Será liberalísimo (como si dijera) de sí mismo; el día que estuviere sacramentado comunicará todo su ser a quien dignamente le recibiere.

Valentía superior es de Dios hacer todos los atributos divinos Amor, no siendo ese su oficio, ni pudiendo hacer milagros en su misma sustancia; pero ello que parece no

podía hacer, lo hizo encarnando y sacramentándose, dijo Bernardo: *Amor æternitas: Amor immensitas*. Y porque no quedase escrúpulo a que fuese amor todo el ser divino, escribió San Juan: Que Dios es Caridad, para que constase, querer la ocasión adonde comunicó todo su ser. Pregunta Ruperto Abad: ¿por qué Cristo no instituyó el Sacramento antes de la noche en que se permitió la muerte? Y responde: Porque de la muerte de Cristo tuvo vida este misterio.

Así fué, y es bien que se sepa, que de esa muerte, representada no más, comenzó a tener seguridad la vida de Dios; y para darse al hombre vivo y muerto se sacramentó la noche que había de entregarse a la muerte. Así se oculta Dios, y así se manifiesta Dios.

VI

Cristo se escondió con admiración rara. Ilústrase y ponase este retiro. La voz del Bautista empezó a manifestar al Verbo por modo peregrino.

En el Testamento antiguo, aunque se manifestó Dios por especial revelación a los Patriarcas, corrieron cortas noticias de la Naturaleza Divina, según que subsiste en tres divinos supuestos, y parece se debió al Bautista la manifestación de Dios, Trino en Personas, y a quien debe la Iglesia noticias de la Trinidad Sacratísima; pues al bautizar a Cristo se rasgaron los cielos y se tuvo noticia de las tres Personas, como ponderó el Cardenal Pedro Damiano: el Padre en la Voz, el Hijo en el Río, y el Espíritu Santo en figura de Paloma. El primero, a quien visiblemente santificó la Trinidad Beatísima, ese fué la primera obra suya que mereció ver el mundo, como el Artífice o el Rey, que hasta hacer una cosa muy grande no se descubre. Nada al pare-

cer había hecho la Trinidad hasta el Bautista, que mereciese llamarse obra suya a lo público. Hizo el primer hombre; pero a lo retirado: *Faciamus hominem, etc.* Pero Juan: *Totius meius Trinitatis Gloriosumque Baptistam sanctificant indivisæ substantiæ personata vocabula, et nomen Trinitatis prioribus sæculis obvelatum, absque totius velaminis obumbratione relucet.* Para engrandecer a Juan toman nombres divinos las tres Personas de una sustancia indivisa, con que el nombre de Trinidad oculto y escondido a los primeros siglos, se conoce a cortina corrida, si con unidad de Esencia, con distinción de Personas.

El Verbo Divino especialmente le debe a Juan el haberle manifestado, cuando no le conoció el mundo, con que el blasón de Voz casi quiere competir la autoridad y grandeza de la palabra. Las acciones de Cristo Nuestro Señor son de infinito valor; porque la Persona Divina es como forma que las dignifica. El Bautista tiene una como dignidad infinita; porque es voz del Verbo, y le encierra en sí, no para esconderle, sino para manifestarle, como dijo San Anselmo. No parece que se acaba de engendrar el pensamiento, si no sale a luz por la palabra o la voz, ni que estaba acabado de engendrar el Verbo Divino hasta que hubo voz en Juan, que ayudó a la generación exterior de esta misma palabra, que el Padre tenía todavía en la boca. Superior dignidad la de Juan, que manifestando la palabra escondida, le sigue el alcance en la autoridad. El empleo y ocupación de manifestar a Dios escondido empezó a ejercerle desde el útero materno el Bautista, y con la fuerza del Espíritu Divino, de que estaba lleno, conoció a Dios, amó a Dios, dióle a conocer y a amar. Hizo Dios en Juan un nuevo mundo, un nuevo teatro de sus maravillas, y un mundo mejor que el primero; que si aquel fué muestra del poder de Dios, autor de la naturaleza, éste fué maestro del poder y sabiduría de Dios en cuanto autor de la gracia: de la misma suerte que en el punto que Dios crió al mundo, le llenó de su espíritu, y como alma de este gran cuerpo le animó y le dió

movimientos e inclinaciones, según aquello de la Sabiduría: *Quoniam Spiritus Domini replevit orbem terrarum, et hoc quod continet omnia scientiam habet vocis*. Verdad que alcanzaron a conocer los gentiles, pues cantó el mantuano:

*Principio cælum, ac terras, camposque; linquentes.
Lucentemque globum Lunae, litaniaque astra
Spiritus intus alit: totamque infusa per artus
meus agitat moleur, et magno se corpore miscet,
inde hominum, pecudemque genus, vitæque volantum,
et quæ marmoreo fert monstra, sub aequore pontus
igneus est illis vigor, et caelestis origo.*

Al punto que este gran mundo recibió en sí el espíritu de Dios, luego empezó el uso milagroso de él, y pudo hablar el mundo, y hacer que hubiese en él quien hablase. Dió a conocer a Dios, y predicó en todas lenguas su noticia, hizo que las criaturas mudas se despertasen a las alabanzas de su Criador, instruídas por este gran Predicador, dándoles a todos ciencia de voz. Con que pudo decir después David, que los cielos publican la gloria de Dios. A esta traza, pues, al tiempo que este nuevo mundo de Juan, esta fábrica divina de la gracia tuvo la disposición que convenía, le llenó de espíritu santo su Autor, y al punto que este espíritu le animó, empezó como el mundo a hacer acciones de vida, y siendo niño, que apenas sabía hablar (en él se juntó cuanto repartió Dios en otros), tuvo ciencia de voz y es voz: *Scientiam habet vocis; vox clamantis*. Y supo hablar mejor que el Cielo y la Tierra, que con la muda representación de su hermosura muestran casi al sentido y dan a conocer a Dios, y con el acertado movimiento, con la variedad concorde de sus mudanzas hacen manifiesta demostración de su Providencia y despiertan las criaturas a la alabanza de su Criador. Así Juan, con la muda representación de su grandeza, con la vuelta maravillosa que dió en las entrañas de su Madre, más eficaz que la que da el sol del oriente al poniente, mostró a Dios, le dió a conocer le dió a amar, despertó no a los dormidos, sino a los mu-

dos a las alabanzas divinas y luego fueron conocidos y celebrados los misterios de la Redención.

De Platón refiere Plutarco haber dicho, que luego que Dios crió al mundo, esta máquina universal, se alegró mucho de verle ejercer movimientos y dar a conocer a su Autor. Así es cierto se alegró Dios de ver en Juan tan admirable efecto de la gracia y que con voz muda ejerciese el oficio de voz, con saltos de alegría y gozo para darle a conocer el mundo, y aunque estaba preso en la cárcel estrecha del vientre de su Madre, no se podía contener en la ejecución de su ministerio, e intentó quebrantar la cárcel, como lo pondera el Padre San Crisóstomo. *Non sustinet naturæ spectare terminos, sed contendit rumpere carcerem ventris, et studet praesignificare venientem Salvatorem.* Y aun dijera yo que aquella primera cárcel de la naturaleza hizo del ojo a la de la Corte de Jerusalén, adonde le tuvo preso Herodes; allí antes de nacer manifiesta al Salvador escondido, y aquí hace el mismo oficio con sus discípulos antes de morir, remitiéndolos a Cristo con la embajada: *Tu es qui venturus est*, para que acabasen de conocerle por Mesías en sus palabras y prodigios.





MEDITACION II

I

Retírase a Egipto el Príncipe; fecunda sus montes estériles para que produzcan varones santos y monstruos de virtud.



o fué poco misterioso disimulo del Príncipe Cristo, que recién adorado de las tres Majestades de Oriente, se retirase al reino de Egipto, y a toda diligencia, como quien huía de la furia de un tirano rey. Entró a autorizar con su presencia aquellas antiguas cenas de la gente hebrea, y a dar visos el Cordero Sacrosanto de que había de ser sacrificado para reparo del mundo, adonde primero en sombra se celebró la Pascua del Cordero y se rubricaron con su sangre las casas de los hebreos.

Y no me admiro tanto de que huyese Cristo, que al fin fué más por arte y misterio que por miedo, a la traza del capitán valeroso que tal vez huye esperando mejor ocasión de invadir a su enemigo y no le sirve de estímulo el miedo sino el arte militar; pero lo que me asombra es el valor y fe con que toleró su Madre tan penosa peregrinación a tierras

extrañas: no titubeó su fe ni dejó de estar constante de que su Hijo lo era del Altísimo, aunque por decreto celestial le veía obligado a huir la tiranía del rey de la tierra. Penetraba el caso de la Divina Providencia, y que huir el Hijo más era por lo que tenía de hijo suyo que por hijo de su Padre. Deja su patria la Reina de los Angeles y acompañada (¿quién lo duda?) no solamente de su Esposo, sino de muchos alados espíritus, juzga por patria propia adonde la lleva y guía el Espíritu Santo. No tenía región alguna por extraña, como ninguna es propia a quien tiene la vida por destierro y suspira con ansia por la ciudad permanente. En aquella provincia haría memoria del destierro y muerte del profeta Jeremías, cuyo sepulcro estaba en la corte adonde vivió Faraón, y venerado por los egipcios, a quienes predijo la entrada de esta celestial Señora, semejante a Dios, con su tierno Infante en los brazos.

Entró, pues, la Reina del mundo en las ciudades de Egipto, no conocida de nadie, ignorada de todos, sin fausto, sin acompañamiento, pero luego se conoció quién era el Dios Hombre que la acompañaba, y se cumplió a la letra lo profetizado por Isaías, de que el Señor, sobre una nube ligera, había de entrar en Egipto y dar en tierra con sus simulacros. Y así fué, dice Eusebio, que no solamente los demonios, que poseían las almas de los gitanos, se conmovieron, reconociendo nueva y divina virtud; pero aun ellos mismos dieron en tierra, y con justa razón, cuando no les apoyaron sus ciegos adoradores; que si al entrar el Arca en el templo de Dagón cayó el ídolo en tierra y se hizo pedazos, ¿qué no harían los simulacros de Egipto, viendo en sus templos al Hijo de Dios en carne? Así sucedió en la Heliópolis, que como afirma el Abulense, tenía trescientos sesenta y cinco ídolos, tantos como los días del año, teniendo en el discurso de él, cada uno, un solo día de culto. Fué esta ciudad una de las que honraron con su presencia Jesús, María y José, y significa lo mismo que Ciudad del Sol. También asistieron en Babilonia, no la de Caldea, donde

estuvo Nabucodonosor, sino la de Egipto, edificada por Cambises, rey de los persas, hijo de Ciro, después que se destruyó la otra Babilonia; y es creíble que hasta los ocho años y principio del nono, que salió Cristo de aquella provincia de Egipto, en opinión de César Baronio, estaría en las mejores ciudades del reino de Babilonia, Alejandría, El Cairo, etc. Y no solamente las ilustró con su presencia, pero al pasar ennobleció los desiertos, adonde con bendición suya habitó tanta multitud de monjes y santos anacoretas, cumpliéndose aquella profecía de Isaías: *Exultabit solitudo, et florebit, quasi lilium germinans, germinavit.* Y causó otros prodigios que refiere Brucardo en la descripción de la Tierra Santa. No me admiro que la tierra, adonde puso Dios sus plantas y los ojos de su afecto, quedase tan fecunda que produjese monstruos de santidad y luces, (señales inequívocas de lo que puede obrar, cuando conviene su mano poderosa) y que entre breñas y cuevas, dedicadas a albergues de fieras, salieran tan hermosas flores para la hermosura de la Iglesia.

La segunda vez que bajó Moisés del Monte traía el rostro resplandeciente, la primera no. La causa de esta extrañeza fué que la primera vez no le tocó la mano de Dios al Capitán, la segunda sí, como consta de aquellas palabras: *Ponam te in foramine petreæ, et protegam manu mea, donec transeam.* Así lo entiende de los rabinos Nicolás de Lira. Adonde pone su mano, Dios hará que de una cueva, labrada por la naturaleza en un risco, salga un varón santo, arrojando rayos, desmintiendo lo inculto de las breñas, y que en lugar de espinas salgan azucenas.

Admírame mucho, y primero se admiraron otros, de que teniendo noventa años la mujer de Abraham le pareciese hermosa. Y no está aquí la admiración, que a un marido santo siempre le parece hermosa su mujer, sino que presumió tenía riesgo de parecer bien a otros. Extraño durar de cara y de hermosura. ¿Cómo se pudo conservar en tantos años de edad? ¿Quién renovó con perfiles de la juventud

las arrugas que causa la ancianidad? No hay duda sino que obró este prodigio la divina gracia, que como en edad tan larosa la hizo milagrosamente fecunda, y que en lugar de abuela se hallase madre, como dijo San Zenón Veronense, la redujo a estado de juventud y la renovó como suele renovarse el águila, después de una prolija vejez. Así lo dijo Procopio. *Gratia Divina, quae illi supra novum ordinem foecunditate praevaluit, pulchritudinem illius, sicut aquilae juventutem renovavit.* Sola Palestina y Egipto merecieron ver al Verbo en carne y que así hiciese tan singulares demostraciones de su poder, levantando sacros anacoretas en el lugar de las fieras de los montes.

II

Llamóse Cristo con misterio Grande Nazareno, aunque no lo fué de profesión. Volvió a la provincia de Galilea. Dásele a José la embajada; a la Madre se reservaron otros prodigios.

Al principio del año cincuenta del Imperio de Augusto, y al fin del año octavo de Cristo, después de haber estado casi siete años en Egipto, según la Historia Escolástica, el Angel del Señor apareció en sueños a José, muerto Herodes, y le intimó se volviese a la tierra de Judá con su familia: y oyendo que Arquelao reinaba en Judea, y que era más cruel que su padre Herodes, temió entrar en la provincia, y se retiró a las partes de Galilea y a vivir en la ciudad de Nazareth, como lo asegura el texto de San Mateo. Es Nazareth, donde vivió Cristo, una aldehuela fundada junto al monte Thabor (dice San Jerónimo). De ahí tuvo el llamarse Jesús Nazareno.

A la verdad, debiera llamarse Betlemita, por haber nacido en Belén; pero fué concebido en Nazareth, y criado

allí hasta el tiempo que empezó a predicar, y presumieron los judíos (aunque fué error suyo) que había nacido en Nazareth, con que se aseguraban que no podía ser el Mesías, según aquello de San Juan en el capítulo 7, *Numquid a Galilea venit Christus?* Y por esto el pueblo le llamaba Nazareno, y los ministros, cuando fueron a prenderle, habiéndoles preguntado: ¿A quién buscaban? Respondieron: *Jesum Nazaraenum*. Y lo que más es, que le llamaron así los Angeles, hablando con las mujeres del sepulcro. Y lo que realza más el título es que con haberse introducido este nombre por error de los judíos (Cristo no era verdaderamente Nazareno legal), le agradó más al Espíritu Santo, y no sin misterio, pues aunque hoy es una ciudad pequeña y destruída, fué antiguamente muy ilustre en la tribu de Neptalí, siete leguas del mar Mediterráneo occidental, y sobre haberse celebrado allí el desposorio del Verbo Divino con nuestra naturaleza, fué su habitación ordinaria, y la casa adonde habitó, que hoy por milagro singular no solamente persevera entera, pero por ministerio de los ángeles, la arrancaron de sus cimientos de manos de los infieles y la llevaron la primera vez a Dalmacia, y la segunda se trasladó a Italia, al Campo Laureano, de la provincia del Pícenó. Nobilísimo monumento de la antigüedad, y venerado de los fieles, de que se hablará después.

Es ponderable en este suceso que el Angel del Señor no se apareciese a María, sino a José, para que diese la vuelta de Egipto a Judea, supuesto que mejor derecho tenía María a su Hijo, que José, y como de prenda propia e Hijo natural, cuidara de asistirle en el viaje. No es ésta materia de duda; pero no se gobiernan por carne y sangre, aunque sea tan propia y tan sublime, las resoluciones de Dios. Allá Eliseo sanó a Naaman, y se dejó con su achaque a los leprosos de Israel, de que hizo cuestión el Padre San Ambrosio: *Cur igitur non curabat cives, non sanabat Propheta consortes, cum sanaret alienos, sanaret eos qui observantiam legis, et Religionis consortium non habebant?* En nada hizo

reparo, porque fué a ejecutar la voluntad de Dios, que no se ata a parentescos, a atenciones de mundo, ni a los derechos de la naturaleza, y así responde: *Nisi quia voluntatis est medicina, non gentis, et divinum munus votis eligitur, non naturæ jure fertur*. No quiso el Sacro Parainfante hablar a María del cuidado del viaje, por no dejar ejemplar en el mundo de que materias tan grandes de una familia corriesen por el cuidado de la mujer; y siendo así que tenía tanta sabiduría que aventajaba en ella a su Esposo, no era decente dejar en la Iglesia la mujer en la cátedra del Magisterio, según lo que después había de enseñar el Apóstol, sino que se entendiese que las mujeres habían de recibir documentos y enseñanzas de sus maridos.

No quiso la madre de Sansón oír la embajada del Angel, que le anunciaba el nacimiento de su hijo, singular en la valentía, y que desde niño se había de consagrar a Dios, porque ese caso era bien que únicamente se exceptuara en la Madre del Verbo, hasta que a su tiempo lo revelase Dios a su Esposo. Que aunque sea Angel de Dios el que haya de hablar con mujer casada, es decente se encamine por el conducto de su esposo. La concepción de San Juan Bautista la notificó el Angel a su padre, estando a la mano derecha del altar del incienso, y que su mujer le pariría un hijo. *Usor tua pariet tibi filium*. Bien pudiera notificar a Isabel este favor del cielo, pero no fué conveniente, que la revelación celestial va bien encaminada cuando empieza por la cabeza de la familia. Fuera muy posible que, como se turbó Zacarías y quedó lleno de pavor y no creyó el prodigio, por donde mereció que le privase Dios del uso de la lengua, sobre no creerlo la estéril, lo callara vergonzosa, pues ocultó cinco meses la preñez, porque le pareció venía sin tiempo, pues en la vejez huyó la esterilidad y se halló fecunda pasada la juventud. Con José trata el Angel del Señor de la jornada a Judea y del retiro a Galilea en la ciudad de Nazareth, porque así convenía, aunque de parte de la Señora había méritos para que se le diese cuenta del

viaje, y para asegurar la felicidad de él, por lo mucho que la amaba Dios.

Enseña Santo Tomás por doctrina llana, que los padres empiezan muy temprano a amar a sus hijos luego en naciendo, pero los hijos empiezan muy tarde a amar a sus padres. Esta dicha singular tuvo la Reina de los Angeles, que su Hijo la comenzó a amar una eternidad antes que ella naciera, y antes de ser la trató con veneración y respeto, y aseguró felicidad en la jornada de la vida a los primeros padres Adán y Eva. Merecieron por la culpa que los aniquilase Dios, y bien pensado, una cosa fué perdonarles la culpa, otra no aniquilarlos; ambas fueron mercedes grandes; la primera se debió y se debe a la muerte y sangre de Dios, y la segunda a María Santísima y a la reverencia y singular amor que la tuvo Dios. Al hijo Santísimo óyele el Padre cuando le suplica con lágrimas, y está pendiente en una escarpia, porque le tuvo respeto, y no pareciera ternura no oír a un hijo que pedía en ocasión de muerte afrentosa y no por sus culpas. Pero antes que padezca María, antes que llore, antes que suplique, y por decirlo de una vez, antes que nazca, millares de años la mira con reverencia Dios, y porque han de ser sus padres Eva y Adán los conserva en la jornada larga de su vida. Buena cuenta dieran los méritos de María, del Hijo y del Esposo; pero a él le da la orden en la jornada, reservando Dios para esta Señora otras materias de más peso y de más autoridad.

III

A los doce años de su edad empezó Cristo a manifestar quién era. Al conocimiento de Dios se sigue el culto y veneración de su deidad. Fué ejemplar vivo de religiosos príncipes.

A los cincuenta y tres años del Imperio de Augusto César, siendo de doce el Príncipe Cristo, entró en el templo de Jerusalén, llevado de sus padres, según la obligación que había en la ley antigua, de que los varones se apareciesen tres veces al año en la presencia de Dios; esto era a la fiesta de la Pascua, en memoria de la libertad que consiguió el pueblo cautivo entre los egipcios; la de Pentecostés, en memoria de la ley que Dios dió en el Sinaí, y la tercera, la de los Tabernáculos, en recordación de aquellos cuarenta años que habitaron en los desiertos los hijos de Israel. A todas estas fiestas, a lo que se cree, subía Cristo a Jerusalén, en compañía de sus padres, cada año; iban allí a oír la ley, participar de los sacrificios y asistir a la sombra, aunque ya veneraban la verdad, hasta que se viese a mayores luces; porque aquellas solemnidades, especialmente de la Pascua, eran símbolo de los Misterios de Cristo, y era justo se hallase en ella el que era causa de la festividad. Allí oía la Reina de los Angeles en las lecciones de la ley y de los profetas, cantar sus alabanzas, que concebiría una Virgen, que saldría una vara de la raíz de Jesé, como observó Eusebio Emiseno; y con molestia de ánimo y humildad de corazón oía sus alabanzas, agradecida a Dios como autor de ellas, a semejanza de la Esposa, que oyéndose alabar del Esposo, de hermosísima, bizarra como el aurora, hermosa como la luna, escogida como el sol, de nada se dió por entendida y sólo dijo aquella palabra: *nescivi*, del

capítulo de los Cantares: no lo entendí, en que descubrió su modestia.

De doce años empieza Cristo a manifestar el celo de la honra de su Padre, y en medio de los Doctores, les enseña el conocimiento del verdadero Dios. Parecióle a un gran historiador, que se anticipó mucho el uso de la razón en Abrahám porque de catorce años, ilustrado el entendimiento con noticias de Dios, reprendió a su padre la fábrica de los ídolos con que engañaba a los hombres, por el interés de que le comprasen las imágenes. Y viendo que los hombres daban culto a las criaturas, salió con ánimo religioso a buscar el verdadero Dios y con precepto suyo. No pudo contenerse tantos años Cristo: a los doce, como si no conociera al Padre, va a buscarle al templo, y no va sino a buscar a los hombres para que le conozcan y amen, anticipando la edad por las obligaciones que tiene de Hijo de Dios.

Buena enseñanza para los príncipes, que cuanto mayores, deben aventajar a los demás en religión y piedad. Primero es conocer a Dios, luego se sigue el culto y reverencia, como lo dijo Lactancio; y es decente que el que rige a los demás, no ignore aquel de quien es regido. Que bien se lo escribió al Emperador Justiniano, Agapero Diácono en aquella Epístola Parnética que trae César Baronio al séptimo tomo de los Anales. Recibiste ¡oh, Emperador!, de la mano divina el cetro; debes cuidar mucho cómo agradarás al Señor que te le dió, debes ser el primero en su culto, pues te prefirió a tantos haciéndote emperador.

Las historias divinas y humanas y las experiencias aseguran esta verdad a los príncipes, que al paso que tienen celo del divino culto, tienen felicidades en su gobierno, disfrutan bendiciones divinas, consiguen victorias no imaginables. El sol, la luna, las estrellas, las piedras formadas en el aire, sirvieron de soldados a Josué contra Gabaón. Constantino, a fuerza de la Cruz, sujetó a Majencio, Teodosio a Eugenio, sirviéndole al emperador de armas los cili-

cios, las oraciones de soldados, y vió postrado por el suelo la tiranía de Máximo, cuando se amparó de las súplicas que hicieron a Dios los anacoretas santos, que habitaban los secos arenales de la Tebaida. Ladislao, rey de Bohemia, armado de piedad cristiana sujetó los rusos, como Heurico a los húngaros; y en nuestra España, ¿qué no obraron los Reyes Católicos con el celo de la religión cristiana? Y pagando Dios con mano liberal su devoción, el Nuevo Mundo, que no pudieron hallar las armas, le halló su piedad y la dejaron vinculada a nuestros Catolicísimos Reyes, para que les temblase el mundo al paso que ellos venerasen a Dios. ¡Qué formidable se hace el príncipe, cuando le ven sus enemigos devoto y celoso del culto de Dios! Doctrina fué de Aristóteles en su Política, que los reyes han de celar mucho el culto de Dios para hacerse temer de vasallos y de enemigos, pues a la verdad, no hay cosa tan flaca ni de tan corto valor como aquel de quien se retira Dios, con que todo el mundo se le atreve. Pongo a esta cuenta el afecto que deben tener los reyes cristianos a las religiones sagradas y piadosos institutos de la Iglesia, y venerar sus profesores, como a columnas, no sólo del imperio profano, sino del Sacro Imperio de la Iglesia. Y en primer lugar, debe ser blanco de la veneración de los reyes la Silla de San Pedro, Cátedra de verdad, que no puede errar en doctrinas de la Fe, que en defensa de ella se rubricó la Iglesia en su principio con la sangre de treinta y tres Pontífices mártires; a quien debió la Iglesia en el Concilio Niceno, en tiempo del Papa Silvestre, ver condenado a Arrio, que confesaba en Cristo solamente la humanidad; a quien debió en tiempo de Dámaso Español en el Concilio Constantinopolitano ver por el suelo a Macedonio y a Eunomio, blasfemos contra el Espíritu Santo; y en tiempo de Celestino confundido a Nestorio en el Concilio Efesino, y Eutiques en el Calcedonense, en tiempo de León I, y a quien en todas edades se debió ver postradas las herejías y los herejes. Y en el Pontificado de la Santidad de Inocencio X

experimentamos el vivo aliento con que como cabeza única de la Iglesia se ha opuesto al error y herejía que han intentado introducir herejes de estos tiempos. Esta atención, pues, al Divino Culto, que deben tener los reyes y los ministros de la Iglesia, autoriza y enseña el Príncipe Cristo, repitiendo muchas veces la subida al templo jerosolimitano, en tiempo de las fiestas dedicadas a Dios, en compañía de sus Padres, y en la veneración que hizo del sacerdocio.

IV

Cuatro virtudes, que estaban reñidas desde el pecado del primer hombre, se unieron y dieron las manos de amistad con la entrada del Príncipe en el templo de Jerusalén.

Hace el Príncipe Cristo, en el templo de Jerusalén, alarde de los principales favores que con su venida al mundo recibió el hombre, delineados en el salmo 84, en que aseguró el Rey Profeta que en este tiempo se habían de hacer como contradanzas en oculto recíproco la Misericordia y la Verdad, la Paz y la Justicia, que hizo discordes y como enemigas la culpa del primer hombre. Simbolizáronse en estas cuatro virtudes cuatro favores que la liberal mano del Altísimo comunicó a Adán recién nacido, o por mejor decir, recién formado. Así lo meditó el Padre San Bernardo. La misericordia se le dió por ayo. Acompañóle la divina misericordia en todos trances, como un ayo al niño, que ni le deja de la mano, ni se le quita del lado, y como era criatura noble, capaz de razón, de entendimiento y sabiduría, fué fuerza señalarle Maestro que le influyese y le enseñase ciencias, crianza y cortesía. Mas para tanto Magisterio, ¿quién pudo ser tan apropósito como la misma Verdad? Y porque, aunque fuese sabio y entendido, no hiciese mala

elección, y conociendo lo bueno y lo malo no prefiriese el vicio a la virtud, se le dió la justicia, que da a cada uno lo que es suyo, lo que le toca y pertenece, para que le dirigiese la voluntad. Y para que en medio de las obligaciones en que había de obrar como hombre no le faltase como a niño el regalo con que se alentase, le dió Dios la Paz, grande reguladora, que le hiciese caricias y le quitase pesares, con que pertrechado por todas partes Adán, como niño y como hombre, no le faltara cosa alguna de las que caben en la necesidad humana y en la singular providencia divina. Faltóle, sin embargo, lo mejor, que era conservarse en este estado y saber aprovecharse de favores tantos. Todo este artificio desbarató la culpa. Faltó el de la misericordia, aun con sus hijos y posteridades, que habían de nacer de él con su esposa, pues la dió por autora de su yerro. Perdió la justicia, pues, debiendo estar a la obediencia de Dios, estuvo a la de su mujer y ella a la de la serpiente. La verdad, pues habiéndole dicho Dios con toda certeza que el día que comiese del árbol prohibido moriría, Eva lo puso en duda, y el demonio dijo que era mentira. Perdió Adán la verdad, vergonzoso de confesarla, y alegó excusas aparentes, como quien estaba vestido de hojas de árboles. Perdió la paz porque la interior, que es hija de la caridad, no la tiene el impío. De ahí fué la rebelión de potencias del apetito contra la razón, guerra campal, no menos sangrienta por interior, pues se sienten sus efectos también en el cuerpo. Faltóle el regalo, condenado a espinas y trabajos, y bajó al profundo de la miseria. ¿Pues qué remedio en tanta calamidad? ¿Qué reparo en pérdida tanta? No hay otro, dice Bernardo, sino que venga Cristo al mundo a reparar estas quebradas. Y si perdió Adán como niño los socorros que Dios le dió para que fuese muy hombre, venga un Niño Hombre, y tome por su cuenta los fueros de estas virtudes, para que se restituya el hombre en lo que perdió. Todo junto lo dijo el Apóstol la primera vez que escribió a los fieles de Corinto, asegurando que Cristo se había dispuesto, conforme nues-

tra necesidad, con los títulos gloriosos de Sabio, Justo, Santo y Redentor.

Descríbese la Divina Misericordia en utilidad pública, cuando dice el Evangelista, que era Cristo de doce años cuando subió al templo. El eterno se hizo temporal y el que no tenía por ser inmenso sino la eternidad, quiso medirse con tiempo y que se le contase la vida por días, meses y años, como lo ponderaba San Agustín: *Cum esset æternus secundum divinitatem, factus est puer unius diei*. En su nacimiento es de un día, en su circuncisión de ocho, y cuando sube al templo es de doce años. Su verdad, la de sus Profetas y la del Espíritu Santo la descubre entre los Doctores de la ley, en medio de quienes le halló sentado su Madre, y que los estaba oyendo y preguntando. Preguntas misteriosas de Maestro Soberano, que pregunta al discípulo un punto dificultoso, para enseñarle; así preguntaba Cristo; y es muy ponderable que se admiraban todos de su prudencia y de las respuestas que daba. Pues si preguntaba Cristo, ¿cómo no dice el Evangelista que se admiraban los Doctores de lo que preguntaba, sino de lo que respondía? Ese era el punto más alto de su Magisterio; su preguntar era responder y enseñar, y hacía como del ignorante, preguntando para enseñar a los oyentes lo que no alcanzaban. Son arduos de que han de usar los maestros de la verdad en el púlpito y en el confesonario. *Audientem, et interrogatem*.

Hay confesores que solamente oyen, pero preguntan, y siendo como son maestros de espíritu, deben preguntar y repreguntar al penitente, y hacer de los que no saben para enseñar la doctrina del Cielo.

Hace Cristo oficio de la virtud de justicia, que es dar a cada uno lo que es suyo y lo que se le debe, pues estando entre los Doctores, le pregunta su Madre: *Fili, quid fecisti nobis sic?* En cierto modo le reprendió, dice el Padre San Bernardo, *Juvenis enim in medio Doctorum audiens eos, et interrogans, quodammodo increpatus a Matre est*. ¡Qué

buena Madre María, que aun aquella travesura tan santa no se la quiso disimular al Hijo! Inyectiva eficaz contra lo que los padres temporales disimulan a los hijos e hijas. Enseña la Virgen en esta atención cómo se han de criar los hijos; pero en lo que Cristo responde, enseña cómo han de ser los padres, los hijos y todos los hombres. ¿No sabéis que me importa a mí asistir a las cosas que pertenecen al honor de mi Padre? Hizo puntualmente aquí el oficio de la virtud de justicia. Hallábase Cristo con empeños, aunque de diferente calidad, al Padre Eterno y a la Madre temporal y viendo que ocurría el empleo de Hijo de Dios, dejó a la Madre, que le dió el ser humano y atendió a Dios, graduando en justicia las obligaciones del Hijo de Dios y del Hijo de su Madre, que cuando ocurren juntas las cosas que tocan al servicio de Dios y a las leyes del mundo, ha de ser preferido este Señor, aunque más clamen por su derecho las leyes de carne y sangre, fundadas en el más estrecho parentesco.

No negó Cristo por falta de piedad al otro mozuelo del capítulo 8 de San Mateo, que no enterrase a su padre difunto; ni se podrá dudar de su clemencia querer que un hijo faltase al último obsequio de piedad y de honor que se debe a los padres, sino que graduó bien en la propuesta las obligaciones del espíritu y de la carne, poniendo éstas en primer lugar, como se colige de aquella palabra: *Domine, permitte me primum ire*. Y dijo con mucha gala Crisólogo, que puesto este mozuelo entre sus padres, celestial uno y otro terreno, se había de posponer éste y no darle el primer lugar en su cuidado.

Lo que hizo de doce años Cristo, en prueba de la atención de Hijo de Dios, lo ejecutó después a los treinta y tres, estando clavado en la Cruz, pues echó la bendición al ladrón penitente primero que reconociese a su Madre, como lo notó San Ambrosio, porque estando sentado en el Tribunal de Justicia el que vino a tratar la salvación de los pecadores, oficio que le toca por parte de su Padre, graduó las obligaciones y prefirió el nuevo redimido a la Madre

inocente (si redimida también por modo peregrino), que adonde obra con empeño de divinidad, no agravia si prefriere esta atención a todo parentesco. Y aun es muy de notar que parece se despica Cristo y que reprende a sus Padres. ¿Para qué me buscáis? Pues, Señor, ¿no queréis que os busquen, si os habéis perdido? ¿Tan grande yerro es el de los Padres piadosos buscar un Hijo que les falta? Tuvo grande misterio. No condena Cristo el amor de los padres, pero introduce una doctrina importante: que al que está ocupado en negocio del servicio de Dios, nadie le ha de inquietar ni divertir de aquella santa ocupación, ni el amigo, ni el padre, ni la madre. No era sueño, sino contemplación altísima en que parece se duerme el alma a todo lo visible, a puerta cerrada de todos los sentidos, el sueño de la Esposa, cuando el Esposo celestial mandó con imperio no la despertase nadie: *Ne suscitetis, neque evigilare faciatís dilectam, donec ipsa velit.*

De la virtud de la justicia nace la paz, cuarta virtud con que repara Dios las quiebras de la humana naturaleza. Es la Paz hija de la Caridad, dice Santo Tomás, aunque se llama en Isaías obra de justicia: *Erit opus justitiæ pax.* Es porque quita el estorbo y embarazo a su ejecución. Cristo amigablemente como Rey pacífico se vuelve a Nazareth a estar sujeto a sus Padres, y como tan amigo de paz, deseoso de ponerla entre Dios y los hombres, se retira hasta el tiempo que, derramando su sangre, ha de concordar lo celestial y terreno, según aquella doctrina del Apóstol. *Pacificans per sanguinem Crucis ejus, sive, quæ in terris, sive, quæ in Cælis sunt, etc.* Y fué necesario precediese, porque sin ella no se asegura la paz. *Suscipiant montes pacem, et colles justitiam.*

Pedía David a Dios (y es prosopopeya a una gloriosísima felicidad) que los montes y collados que suelen ser albergue de ladrones, de forajidos, de gente perdida, que por más feroces echan de su morada a las fieras, vean por sus ojos la paz, luego la justicia, para que se viva con seguridad.

Nótese que el Profeta pone en primer lugar la paz, y en segundo la justicia, y al verse retado se le responde al revés. *Orietur vobis justitia, et abundantia pacis.* La justicia primero y luego la paz, como efecto de aquella causa, fruto de aquel árbol, como dijo Isaías: *Et erit fructus justitiæ pax.*





MEDITACIÓN III

I

*Empieza el Príncipe a manifestarse a los doce años. Sus-
pende esta acción misteriosamente y se sujeta a sus Padres.*



BAJÓ el Príncipe Cristo con sus Padres de Jerusalén a Nazareth, y estaba sujeto a sus órdenes. La Madre conservaba y confería en su corazón las palabras y obras de Cristo, y este Señor aprovechaba en sabiduría, en edad y gracia, cerca de Dios y de los hombres, dice el Evangelista San Lucas. Parece que si se hubiera de estar al gusto y voluntad de Cristo, a nuestro modo de entender, prosiguiera en la enseñanza de los hombres, conforme la llamarada que dió de sí, siendo de doce años. Luego se viene la dificultad a los ojos: ¿si no había de proseguir en la manifestación de quién era, para qué empezó? Y ya que dió principio a una obra tan heroica, ¿por qué mudó de parecer y se retiró a una vida privada, por espacio de diez y ocho años, desde doce hasta treinta? Reparo fué de San Bernardo, y son muy pocos los santos que discurren esta materia. Tiene grande misterio, que habiendo

empezado Cristo a manifestar que era Hijo de Dios a los doce años, no se lea en los Evangelios cosa alguna de su doctrina ni de sus obras hasta los treinta años. A la verdad, mudó de parecer: *mutavit consilium*, como quien le tenía antes de proseguir. Y porque no le entendieron sus Padres aquellas palabras con que excusó el haberse ido al Templo, porque debía asistir a los negocios de su Padre, por eso mudó de parecer, dice el Santo. Y en parte es excelencia de los Padres de Cristo, que porque no entendieron el misterio, o porque no convenía, no prosiguió Cristo en su manifestación. Pero más misterio tuvo el mudar de parecer Cristo y sujetarse al de sus Padres, y fué librarnos de una lepra pestilencial, que causa mil desórdenes en el mundo; y es querer cada uno sustentar el parecer con que se mostró, sin sujetarse a otro, aunque le reconozca ventajas en talento y sabiduría. No hay ejemplo más vivo ni que mejor persuade la conveniencia de subordinar un hombre su dictamen o deponerle como esta acción de Cristo, pues con ser infinita su sabiduría, muda de dictamen y de parecer para que en las ocasiones sepan hacer lo mismo los hombres. Con muy justa razón llamé lepra, achaque común, que con facilidad se comunica, altera el mundo, las repúblicas y las conciencias, el tener por valentía no volver atrás en una depravada resolución. Y el mayor mal es que para las cosas de Dios tenemos cada día mil mudanzas y pareceres y en su ofensa está fijo el corazón. Cristo muda de parecer cuando no juzga conveniente su predicación para que el hombre miserable deponga el suyo y se sujete a Dios, cuando Cristo, siendo quien es, se sujeta a sus Padres. Con razón, considerando este misterio, exclamó aquel asombro de santidad y de sabiduría, San Antonio de Padua, glosando aquellas palabras: *Et erat subditus illis*. Y dice el Santo: Entró en Nazareth Cristo, y siendo quien era, se sujetó y fué súbdito. ¿Pero a quién y de quién? De José y de una pobre doncella. ¡Oh gran Dios! ¡Primero y último! ¡Prelado de los Angeles y súbdito de los

hombres! ¡El artífice mayor que crió la máquina del cielo se sujetó a otro de menor esfera! ¿Quién vió cosas tan singulares? Esta sujeción no tiene símil, pero tiene enseñanza gravísima para que no se tenga por falta de reputación obedecer al pescador el filósofo, el sabio al ignorante, el letrado al idiota, el hijo del príncipe al hombre vulgar, pues el Príncipe de las eternidades, siendo Señor tan grande, en cuya comparación los príncipes de la tierra no lo son (o son nada, según la ponderación de Isaías: *Omnes gentes quasi non sint, sic sunt coram eo*), se rinde a los hombres. Con esto dejó el derecho de la patria potestad en los padres, pues siendo hijo de Dios, consubstancial al Eterno Padre, haciéndose hombre se sujetó a los hombres en Nazareth, él que, en Jerusalén, había ya dado ejemplo y entablado el dogma de que Dios y su culto ha de ser preferido a todas las criaturas.

II

Dios, a nuestro modo de entender, finge ausencias del alma, y siendo fuente de agua viva, causa sed, en vez de apagarla.

Suele Dios con misterio grande fingir ausencias cuando no las hay y son amorosos engaños para que, retirándose y escondiéndose, le desee más el alma. Así lo pondera Filiberto Abad, que en cierta ausencia del Esposo le hace estas preguntas: Buen Jesús, ¿por qué os retiráis? ¿Por qué os apartáis de vuestro templo y de vuestra querida sinagoga? ¿Por qué la priváis del bien que goza con vuestra presencia? ¿Por ventura, son pruebas de amor? ¿Son ardidés para que crezca su amor y se inflame más su deseo? Y responde: *Plane ita est*. Misterioso engaño de enamorado galán que pasa por la puerta de su amada y no entra, que se ausenta para que le desee y aumente el deseo la privación del bien.

El mismo Dios suele menguar el gozo y privar de él para excitar más el deseo, y siendo el que satisface el deseo humano, tal vez él mismo excita la sed.

Vió en su Apocalipsis San Juan debajo del altar de Dios una gran tropa de almas de los que en esta vida padecieron martirio, que a voces grandes le proponían esta queja. ¿Hasta cuándo, Señor, siendo, como sois, santo y verdadero, no habéis de sentenciar nuestra causa y darnos venganza de los que habitan en la tierra? Muchas exposiciones tiene este lugar. Algunos dijeron: Que con estas palabras se prueba que las almas, por más purificadas que salgan de esta vida, no son bienaventuradas, sino que están detenidas en un lugar determinado que se llama Altar de Dios, hasta la reunión con sus cuerpos en la resurrección general. Esta doctrina, aunque fué antiguamente dudosa e incierta entre los católicos, hoy es de fe la contraria, y que las almas perfectamente purgadas, en saliendo de esta vida, ven luego a Dios. Así está definido por diferentes Concilios. Y por Altar de Dios se ha de entender el cielo y la verdadera bienaventuranza. Es a mi intento grande y piadosa la exposición del Padre San Gregorio, que dice así: las almas piden a Dios les cumpla el deseo de reunirse a sus cuerpos, que es pedir la resurrección y la gloria del cuerpo, y porque esto se dilata, hasta que se cumpla el número de los predestinados, se le dió a cada una una estola blanca, por la que es entendida la gloria del alma. Aquellas voces no son con palabras, sino con afectos y deseos de reunirse para la vida inmortal. Pero pregunto yo: ¿cómo estando estas almas tan conformes con Dios y disfrutando el sumo bien, tienen que desear? Precisamente por eso, dice el Santo: aunque Dios es el bien sumo y cifra de todos los bienes que puedan desearse y, consiguientemente, quien goza de Dios no hay bien que no tenga, parece que el mismo Dios las acorta el gozo y las priva de algún bien para que tengan que desear lo que saben es del gusto de Dios. Tienen sed de unirse con Dios en alma y cuerpo. Pero esta sed, ¿de dónde nace,

sino de la fuente adonde están bebiendo? Extrañeza rara fuera la de una fuente que diese sed a los que diese el agua. Pues así es Dios. En él están todos los bienes, aguas dulces que quitan la sed de los hombres; pero esta misma fuente da sed y deseo de sí misma, para que por modo peregrino la tengan las almas, y teniéndola, la deseen, como si no la tuvieran; beban en la fuente y salgan con sed de la misma agua que beben. Trazas de Dios y engaños de su amor con que ausentándose de los suyos les saborea el gusto para que le busquen con más ardientes demostraciones de amor.

III

El Príncipe, obediente a sus Padres, fué verdaderamente humilde, en utilidad pública y con emulación a los terrenos príncipes.

Las conveniencias que introduce en la Iglesia el Príncipe Cristo sujetándose, como puro hombre, a la dirección de sus Padres, se conocerán por el discurso de estos Tratados. Bajó, dice el evangelista San Lucas: *Descendit cum eis*. Bajó a obedecer, porque si no baja el ánimo y el corazón, siempre el obediente tendrá conato contra quien le manda y resistencia a las leyes. Bajó, pues, en primer lugar de la altura de su corazón, del temor del alma, del juicio de la elación, del propósito de no contradecir, del conocimiento claro de su misma reputación, aventurando el crédito de su Divinidad con sujeciones humanas, como quien afectaba más crédito de rendido que de Dios. Prueba Tertuliano en su Apologético que los ídolos que veneraba la antigüedad no tenían divinidad verdadera. Pruébalo de dos principios: de que se llamaban demonios y que se sujetaban a los hombres y los obedecían. Si son los ídolos dioses verdaderos, ¿por qué mienten llamándose demonios? ¿Es, aca-

so, para que nos obedezcan? Y si esto es así, ya está sujeta a los cristianos vuestra divinidad y no parece que lo sea la que está sujeta a los hombres. Sólo en Cristo se conserva verdadera divinidad, entre humildes rendimientos. Y aunque, al parecer, es humana la aventura, quiere este Príncipe granjear por lo humilde lo que por soberbios y presumidos destruye a otros Príncipes. Y si la humildad, comúnmente hablando, trae consigo la sujeción del hombre a Dios (como enseña Santo Tomás), la de Cristo, en todo peregrino y pervirtiendo el orden común, es sujeción del Dios al hombre.

De aquí se infiere, como consecuencia necesaria, que el que se rinde a Dios debidamente, huirá de dos extremos, de elación insolente y de sujeción torpe, que todo tiene achaque. De donde dijo San Paulino aquella grave sentencia: que hay una santa soberbia y una humildad inícuca. Santa soberbia es la que se ensoberbece contra el mundo, la que desestima el siglo con todas sus grandezas, regalos, estimaciones, y no usa de ellas, atendiendo siempre a lo celestial, y estas son, sin duda, aquellas riquezas de gran valor que llama soberbias el Espíritu Santo, y se acompaña de ellas la sabiduría divina. Al contrario, hay una humildad que no es propiamente virtud, sino nimia abyección, entremetida a buscar por todos medios la gracia humana, aunque aventure la salvación. Cuando la soberbia no es santa a la verdad, sino solamente a la apariiencia, vistiéndose el soberbio del agradable color de la humildad, es tempestad en nube disimulada, para hacer estrago en la República.

De este temple ha habido Príncipes en todos los siglos, que haciendo a las virtudes aparentes instrumentos de la tiranía, han conseguido los fines que deseaban, y porque haya guerras para conservar valimientos, suelen hacer de los vasallos enemigos. De esta calidad son las permisiones de los príncipes en las materias mayores, con que dan ocasión a los demás para admirarlas en sus ministerios por los intereses que consiguen. Desdicha sería que permitiesen los

capitanes la muerte o la huida de los soldados para gozar ellos de sus estipendios y ventajas en vida o heredarles en muerte, como si los médicos permitiesen que se agravase la enfermedad para tener más intereses en la curación larga; ya esta traza, si se introdujesen otras, correrían por cuenta del príncipe tirano, que destruye los reinos por aumentar su soberanía.

De Alejandro Magno, cuyas armas ensangrentaron el orbe, sin perdonar a nadie, escribió así Séneca: Enfurecióse Alejandro, resolvióse a la conquista del mundo, empezó sus estragos por la Grecia, adonde se crió. Así agradeció los primeros paños de su infancia. Taló todo lo ilustre, puso yugo a Lacedemonia, enmudeció la elocuencia de Atenas. No contento con la destrucción de las ciudades que conquistó o compró su padre Filipo, esparció por todo el mundo sus armas, no tuvo su crueldad término fijo y, a la traza de las fieras voraces que destruyen más de lo que pide el hambre, agregó muchos reinos a una sola corona. Tiemblan de él los griegos y persas y las naciones libres admiten el yugo de la servidumbre. Quiso pasar de la otra parte del Océano y dejar atrás el sol en su Occidente y emulando a las victorias de Hércules, pretendió hacer fuerza a la misma naturaleza. No quería pasar, pero tampoco se podía contener, como el peso grande que se precipita y no se puede detener, aunque camine a su ruina. Calló el mundo, porque todos dejaron las armas a la presencia de sus victorias, como escribió Plinio; sujetó la Macedonia, Asia, Armenia, Iberia, Albania, Capadocia, Siria, Egipto, Medos, Persas y todo el Oriente, atribuyéndose, vano y soberbio, divinidad, y que era hijo de Júpiter, hasta que le desengañó la flecha que en el sitio de una ciudad de la India le hirió de muerte. Y para acabar de talar el mundo con su muerte, se dividió la monarquía en aquellos vientos del cielo, como dijo Daniel. Así tratan al mundo los tiranos príncipes. Este remate tiene su loca presunción: acabar ellos y acabar a los reinos, levantando muchas cervices que los imiten en la soberbia.

IV

Empieza el Escondido Príncipe a dar principio a la vida religiosa, calumniada de muchos: compónese de mucha virtud y santidad. Son las religiones hermosos jardines de la Iglesia, a pesar de los herejes y de los mal afectos católicos.

Bajó Cristo con sus Padres a Nazareth. Esta ciudad fué el término a la verdad de la letra, pero visto a la luz que le da Simón de Casia, bajó a la Iglesia, al Monasterio, a la Religión, a ser Religioso, padre de la observancia regular, separado de todo lo visible, sujeto a una incomprensible obediencia. Ajustado y decente es el lugar a la persona y al empleo, que si Nazareth es flor, flor en el olor y en la hermosura ha de ser la verdadera obediencia, cuyo fruto, en el que pára la flor, es la vida eterna. Mas pregunto yo, y no yo sino aquel Doctor: ¿quién es el Prelado de este Convento a quién da la obediencia Monje tan singular? ¿A quién estaba sujeto el Señor de todas las criaturas? María y José, responde, la verdad y la caridad. María, que se interpreta Iluminación; José, Aumento: buenos Prelados son del Dios en carne que entra a obedecer en hábito de hombre. Llenas están las historias, de reyes y príncipes que para asegurar su salvación dejaron las coronas y la buscaron en los monasterios. ¡Qué de personas reales vistieron la cogulla de San Benito, el saco de Francisco, el hábito de Domingo, de Ignacio, de Agustín y el camelote de Elías! Treinta personas reales tuvieron la toga cándida de mi Padre San Pedro Nolasco, de los cuales el último fué Fray Domingo de Ayala, último rey de las Canarias, como refiere el autor del Gobernador Eclesiástico. Pero el Príncipe de las Eternidades, Cristo, para hacer oficio de Salvador, da forma del estado de la religión. Continuóse en los Apóstoles y en los

Padres primeros de las religiones sagradas, con general estimación, hermoando Dios siempre el jardín de su Iglesia, sin cesar, y coronándole de nuevas flores. Engañóse feamente el que dijo habían dado ya las religiones su fruto cuando se ve cada día acrecentarse el Catálogo de los Santos y de los Justos, a la luz de la pública veneración. Y cuando no hubiera en las religiones otro artífice que labrara las piedras hermosas que se han de colocar en el edificio de la celestial Jerusalén, sino la obediencia, ella sola labrara, como en punta de diamante, los corazones. Todos los hijos tienen obligación de obedecer a sus padres, mas no en todas las cosas, especialmente cuando llegan a los años de discreción, que cada uno tiene derecho a elegir el estado y modo de vida que le pareciere, porque de otra suerte no hubiera diferencia entre los esclavos y los hijos, si éstos debieran obedecer a sus padres en todas las cosas, y así, cuando el Apóstol, escribiendo a los Colosenses dijo: *Filii obedite parentibus per omnia*, aquella palabra *per omnia* la entiende Santo Tomás de aquellas cosas solamente a que se extiende la patria potestad. Pero siendo el perfecto séquito de Cristo significado en aquellas palabras: *Et tollat crucem suam*, apenas hay diferencia entre un religioso obediente y un crucificado. Y el que está crucificado, no solamente no camina adonde quiere ni hace lo que quiere, sino que ni puede andar ni obrar sin ajena moción, y es fuerza sea la del Superior.

Parécele al vulgo, por no decir a los herejes, que es vida muy acomodada la de la religión. Así se lo pareció a Filipo Melancton, heresiarca, e individuando los sujetos, nombró a San Bernardo y San Francisco, que por utilidad del cuerpo entraron en la Religión, con que carecían del cuidado del matrimonio, de la educación de los hijos y de otras penalidades, como si el andar San Francisco con los pies descalzos, con una sola túnica, y esa muy áspera, dormir en el suelo, ayunar con solo pan y agua, pudieran ser comodidades del cuerpo. Y si consultamos a Bernardo, nos dice sobre

los Cantares: Que no es cuidado de monje, sino de médico atender a la utilidad del cuerpo y a la buena salud; que el religioso ha de buscar la utilidad del espíritu, crucificar la carne y castigar el cuerpo para que viva y tenga salud el espíritu; pero no es maravilla que la calumnia en el fiel o el depravado error en el hereje, quieran trastornar las cosas en la sustancia variándoles los nombres, según aquello de Ovidio en sus Metamorfosis:

In nova fert animus, mutatas dicere formas corpora.

Y que llamen la religión vida de comodidad cuando, si atendemos a los dogmas de ellos, mudan a Dios en el demonio, a Cristo en pecador, los Santos en almas de condenados, la Iglesia en su espíritu, los Sacramentos en pintura, al vicario de Cristo en Anticristo, la Justicia en fantasma, en ayuno del cuerpo el ayuno del alma, y cuanto a sus costumbres, mudan la piel del Bautista de pelos de camello en gorgorán de aguas, su miel silvestre en miel ática, su penitencia en regalo, las leyes en sombras, los monjes en académicos, las monjas en truhanas, el yermo en academia, las azucenas en yedras, las rosas en espinas y todas las cosas en deleite.

No necesitan las religiones ni los religiosos de más defensa que la verdad de su profesión y el cumplimiento de sus votos y la invectiva que hace San Agustín contra los ojos despabilados a censurar los defectos de los religiosos, cuando en otros estados se trazan montañas de culpas. De lo que pasaba en su tiempo habló el Santo Doctor; si en el nuestro pasa así, diránlo sus palabras: Atienden a la flaqueza de un Obispo, clérigo, religioso o religiosa, y la malicia condena el estado, juzgando los que no se ven por el que se vió; oféndelos al parecer la culpa y quieren echar del mundo a quien no la cometió, como si fuera puesto en justicia descasarse todos porque se halló una mujer adúltera. Cristo autoriza el estado de la religión cuando la ins-

tituye y la aconseja, y no pudo ponderar mejor el Evangelista lo austero de la vida religiosa como con decir que era súbdito y tenía superior. *Et erat subditus illis.*

V

La Madre Santísima del Príncipe fué Maestra de la Religión Católica. Destruyó las herejías. Ilústrase el emblema del sacro Tribunal de la Inquisición del que hubo vestigios en la República Romana.

Las obras, los prodigios del Príncipe Cristo (que en frase de los hebreos se llaman palabras, porque mientras se refieren lo son, como notó Theophilato) conservaba su Madre y confería en el corazón, hermoso depósito y erario de los ricos tesoros de Dios. Así lo asegura San Lucas: *Maria autem conservabat omnia verba haec, conferens in corde suo.* Cosa constante es entre los Padres y doctores teólogos, que la Reina de los Angeles tuvo en esta vida fe de los misterios de Dios, porque es el fundamento de la santidad y justicia en el viador, y no se puede agradar a Dios sin fe, y de eso la alabó su prima cuando fué a la montaña de Judea. *Beata quae credidisti.* Y esta fe fué en María perfectísima, así de parte del sujeto, por su intención y certeza, como por parte del objeto, porque por ella creyó distintísimamente los Misterios de la Trinidad, Encarnación y todos los demás que pertenecen a la divinidad y humanidad de Cristo, con que aventajó en conocimiento a todos los santos y teólogos de la Iglesia; y por eso los santos la dan título de maestra, como San Ignacio en la primera de sus cartas. Y Ruperto Abad dice que se cumplió en esta Señora aquello de Salomón: *Tempus tacendi, et tempus loquendi.* Calló todo el tiempo que vivió Cristo, y era su corazón un huerto cerrado, pero después que Cristo subió al cielo habló como

maestra y enseñó a los apóstoles, y de ahí Bernardo aseguró que había iluminado a los evangelistas, según las obligaciones de su nombre, que es *Illuminatrice*, como dijo San Jerónimo en el libro de los nombres hebraicos. Por eso también se le atribuye ser como inquisidora de la Iglesia en todos los siglos, pues quebrantando la cabeza a la serpiente, extinguió las herejías de la Iglesia, lo cual se puede entender o porque engendró a Cristo, verdadera luz de los hombres, o porque asiste a los jueces y ministros de la fe y les comunica especiales socorros. Por eso se dijo de esta Señora, que reprendió al abismo y se secó; significando con nombre de abismo la herejía. Coopera esta Señora con el Tribunal santísimo de la Inquisición, que también es luz para desterrar las tinieblas de los errores. Hubo inquisición entre los gentiles y no permitían sacrificio extranjero, sino que fuese con las ceremonias romanas, y no daban lugar los pontífices a quienes tocaba a que se introdujese nueva religión, como lo advierten Grultero y Cicerón en el segundo libro de sus leyes. Al noble le condenaban a destierro y al que no lo era le quitaban la vida. Y así los obispos, como inquisidores ordinarios, remitían causas de muerte al brazo seglar, porque aunque podían dar otros castigos no podían quitar la vida. Por esto dice Suetonio que pretendió Tito ser Sumo Pontífice, por no condenar a muerte. Por modo peregrino, María, como luz de la Iglesia, hace como oficio de inquisidora contra los herejes y herejías.

Dúdase entre los doctores, si María, en el alto conocimiento que tuvo de las cosas divinas por estar encerrados en ella los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, aprendió algo de los hombres, ya de los pastores, de los reyes, de Simeón, o de Ana profetisa. Pero lo más cierto es que esta Señora como estaba tan ejercitada en las Escrituras Sagradas e instruída en los misterios divinos, no necesitaba de ser enseñada por los hombres. Simeón y otros la hicieron memoria de lo que ella misma había oído y entendido, y así, al conservar las palabras y conferir las en su

corazón, no prueba fuese enseñada de hombre alguno, sino que de oírlas tomaba ocasión para contemplarlas más en los divinos misterios. No fué decoroso que enseñasen hombres a quien había singularmente dotado de sabiduría el Espíritu Santo. Aunque no tiene inconveniente confesar que pudiese tener noticia, por humano ministerio de algunas circunstancias de los mismos misterios. La primera conferencia, que tenía en su corazón, fué con la experiencia de los efectos con que iba cada día conociéndose y confirmandose más en la noticia interior. Y, de esta traza, evidentemente experimentó Nuestra Señora la concepción, sin obra de varón, la instantánea animación del hijo, el parto sin dolor, la venida de los magos y de los pastores, y en el alma ardientes afectos de amor divino, singular gozo con humildad profunda, que todo junto claramente testificaba era Dios el artífice de aquellos prodigios. Juntábase a esto la noticia de las profecías, veíalas cumplir a la letra, conocía que el sacro Parainfante fué enviado de Dios que la trató verdad, que ella concibió verdaderamente a Dios y quedó Madre suya. Y careando unas cosas con otras, sobre asegurarse en estas verdades, veneraba al autor de tantos prodigios. Vió recién nacido al hijo y llena de reverencia se puso a hacer en su corazón la conferencia que trae devotamente San Basilio de Seleucia. ¡Admirable conferencia la de María! Conoce que el hijo recién nacido de sus entrañas es Dios y hombre, y a sus solas con él, llena de amor y de reverencia, tenía este celestial coloquio: No sé qué haga en medio de tantos empeños. ¿Daré leche al hijo o le adoraré como esclava? ¿Cogeréle entre mis brazos, como a hijo mío, o le adoraré como a mi Dios? No era tiempo de que hablase María en público los misterios divinos, y a sus solas con Cristo confiesa los misterios y conserva las palabras, pero con suma veneración, como se debía al Divino supuesto, que terminaba humana carne.

Mucho se parecen en el nombre el mar y María, pero más se parecen en el rendimiento a Dios; el mar no solamente

le obedece, sino que le adora, siendo la arena freno formidable que enfrena y detiene a aquella bestia de vidrio en quien los vientos impelen furiosamente a las aguas. Y así el quebrarse las olas, e inclinarse los montes de agua es doblar el mar las rodillas a Dios. A este mar (María) pudieran sacarla de su lugar favores de Dios, viéndose tan favorecida con tantos dones del cielo, tantas noticias de lo celestial, con un Dios hombre por hijo; y, sin embargo, atenta a la voz de Dios, se contiene modesta entre los términos de la humanidad, y postrada como el mar, adora al Verbo en carne, con grande aprovechamiento suyo. ¡Oh, desvanecida soberbia! (exclamó a la vista de estos misterios San Antonio de Padua). ¿Qué pretendes, hombre mortal? ¿Subir sobre las cimas más altas y poner tu aliento sobre las estrellas del cielo? Baja los humos, a la luz de Cristo súbdito y de María obediente, que él, siendo Hijo de Dios, es súbdito, y María siendo Madre, adora al que engendró.





MEDITACIÓN IV

I

Singulares progresos tuvo en su vida oculta el Príncipe Cristo. En pocas palabras los ciñó San Lucas. La sabiduría es adorno de las Coronas, propia ocupación de los Príncipes.



EL Príncipe Cristo crecía en sabiduría, en edad y en gracia a los ojos de Dios y de los hombres, dice San Lucas. En esta breve cláusula se describen los progresos de Cristo en edad, o en estatura (como leen algunos), en la sabiduría y gracia acerca de Dios y de los hombres, desde los doce años hasta los treinta. Y empieza por la sabiduría primero que por la edad, porque aunque en los demás hombres sea primero vivir que vivir sabia y cristianamente, corre otra razón en Cristo, en quien parece precede a la vida natural y física, por los aumentos de la edad, la vida moral.

El Papa Gelasio, en un Concilio que tuvo en Roma de setenta Obispos, entre otras cosas que prohibió (como se refiere en el Derecho) fué un libro de la Infancia del Salvador, porque en él se referían milagros y prodigios que

tuvo siempre la Iglesia por apócrifos e inciertos, como refieren autores graves. Salió este libro en nombre de Mateo, y se presume lo escribieron e introdujeron los herejes valentinianos. No es mi intento resucitar ni aprobar lo que tiene prohibido la Iglesia, porque, a la verdad, Cristo no hizo milagro alguno de que se tenga noticia hasta el de las bodas de Caná, en que convirtió el agua en vino, como lo enseña Santo Tomás. De donde coligen los Padres de la Iglesia que Cristo, antes de esta ocasión, no hizo milagro alguno. Y aunque no falta quien afirma que este milagro no fué absolutamente el primero de Caná de Galilea, no me parece probable, y es lo cierto que aquel milagro fué el primero en que empezó a manifestar su gloria, al cual llamó Tertuliano primer rudimento del poder de Cristo, enseñado en el elemento del agua, en símbolo del Bautismo, primero de los Sacramentos y puerta de los demás.

En dos ocasiones dijo el Evangelista San Lucas que Cristo iba creciendo en edad y sabiduría. La una después de su Presentación al Templo y Purificación de la Madre; la otra después que le hallaron, cuando se perdió, en el Templo. ¿Y quién duda que tuvo esta repetición misterio grande? En lo primero habló el Evangelista de Cristo desde su primer año hasta los doce, y en lo segundo, desde los doce a los treinta. Que parece fuera mengua callaran todos los Evangelistas la Vida privada de Cristo, y fué bien que hablase de ella San Lucas, aunque por principios comunes, como se verá después.

No tiene pequeña dificultad el cómo crecía Cristo en sabiduría y gracia. Materia muy reñida antiguamente entre los católicos y arrianos, porque iba en ella: asegurar los unos la divinidad de Cristo y los otros impugnarla. Supongo que en Cristo se hallaron, según el común de los teólogos, cuatro ciencias: la divina, como Dios; la beata, como confesor; la infusa y la experimental. Toca este punto con agudeza Jacobo Almeino, religioso nuestro y gran Doctor parisiense. Lo primero han callado los que le han sacado

a luz; lo segundo no han podido, porque lo gritan sus escritos y la singularidad de sus discursos. No podía crecer Cristo en las tres primeras; en la experimental sí. De donde dijo el Apóstol a los hebreos: *Didicit ex iis, quae passus est, obedientiam*. Y aunque sabía qué cosa era obedecer, por espacio de más de treinta y tres años, experimentó por más singular al tiempo de su Pasión cuán dificultoso y árduo es el obedecer, y qué virtud fuese, como dijo San Anselmo. Y dicese que crecía cerca de Dios y de los hombres. En la edad no hay duda, sino en la ciencia y sabiduría, porque les parecía a todos ser así para con Dios y para los hombres. Y si en la edad creció verdaderamente, en la ciencia, gracia y sabiduría, en sólo la opinión. Quiso el Evangelista en estas palabras hacer una breve narración, un epílogo de los aumentos de Cristo en edad, sabiduría y gracia hasta los treinta años de su edad, y, por ventura, (como notó un grave escritor) por eso refirió la historia de lo que había sucedido siendo de doce años y disputando con los Doctores, para que, como quien conoce por una uña el león, de este solo ejemplo constase qué progreso haría en la edad mayor quien siendo niño había llegado a estado en que pudo confundir y admirar a los más graves Doctores de la ley. De donde consta que aunque callaron los Evangelistas los progresos de Cristo desde los doce hasta los treinta años, no los dejó en silencio San Lucas, si bien los puso en epílogo, como otras muchas cosas que callaron pertenecientes a la vida de Cristo y de su Madre, para que las discurra o medite la cristiana piedad.

Es muy de Príncipes hacerse amables al pueblo, especialmente por la sabiduría perteneciente al gobierno: que la Corona se introduce con halagos, y con gracia y sabiduría se conserva. Por eso (como enseñó Aristóteles) no es necesario que el Príncipe ocupe el entendimiento en la especulación de cosas altas. Las útiles al gobierno son las Ciencias, en que debe cargar la atención. Dijo el filósofo por sentencia de Eurípides: La política, que llamaron los anti-

guos arte regio, es muy a propósito para las Coronas, de donde dijo Platón que a un Príncipe armado y poderoso no tiene el enemigo por donde entrarle si no es por la puerta de la ignorancia. Sintió mucho en una ocasión el Emperador Carlos V (como refiere Paulo Jovio en la Historia del César) no haber podido entender a un orador que oró en su presencia, e ingenuamente confesó que había pagado con este dolor la negligencia de no haber tratado en la juventud del estudio de las buenas letras. Rey era, y poderoso, del Oriente el Santo Job, y refiere de sí que los que le oían esperaban de su boca las sentencias, y estaban atentos y en silencio para percibir las palabras de ella. Que bien parece que el litigante o pretendiente, el vasallo que ha servido en la guerra o en la paz, con pérdida de hacienda, de comodidades, y tal vez con riesgo de la vida, no espere siempre la sentencia y el despacho de la boca del ministro, sino de la del rey; que éste se informe de los servicios de todos, y que siempre los Consejos estén atentos al consejo del Rey, a sus decretos, a sus órdenes. De donde dijo Salomón en el Eclesiástico: No va menos que la duración de una Monarquía en que el Rey sea sabio, y en el capítulo 6 de la Sabiduría, clama ella misma a los Reyes: Si os agrada (¡oh, Reyes del mundo!) la corona, el cetro, el señorío, la grandeza, amad la sabiduría. ¿Quién deseó el fin, ni le consiguió, aborreciendo los medios por donde se alcanza? Si la sabiduría asegura las Coronas, ¿cómo estarán puestas en las manos de la ignorancia?

Es el Rey, como hijo de familia de su misma Majestad, que no puede disminuirla por donaciones inmoderadas, como enseñan los juriconsultos, ni puede disipar su patrimonio. ¿Con cuánta más razón debe retener en sí las cosas que conducen a la majestad y soberanía, a la gloria del Imperio? Una de ellas es que se ejecuten sus órdenes, que se obedezcan sus mandatos y que sepa hacer que lleguen a su debida ejecución. Prescribió Tácito las formas de las cláusulas y razones con que ha de despachar y hablar a

sus vasallos el Rey, en figura de un padre de familias, que no se ha de contentar con todo género de cláusulas y voces, sino que sean dignas de quien las dice, hablando a lo serio, variando las respuestas y no terminando siempre de una misma manera las cláusulas. Y así dijo muy a tiempo Eduardo Vestonio: Es bien que empiecen desde los tiernos años a entregarse al estudio de su obligación, para que estén aprovechados siquiera a los treinta años.

Por eso se dice del Príncipe Cristo que, al paso que crecía en edad, crecía en gracia y en sabiduría, con que aseguró opinión grande entre los hombres.

II

La ambición que entra de golpe a las dignidades, es perniciosa en los sacerdotes y ministros de Dios. En la Ley y en los Profetas precedieron noticias de que Cristo era Dios, y con qué misterio.

La palabra *crescebat* del Evangelista dá a entender (a nuestro modo de discurrir) que con los aumentos en edad, sabiduría y gracia se iba disponiendo Cristo para la mayor de sus hazañas, para el mayor puesto de Redentor, de Salvador, de Maestro del Evangelio, y que no entró de golpe a dignidad tan grande: achaque ordinario de los hijos del siglo, que ellos mismos se consultan para los puestos de mayor autoridad, o por mejor decir, consultan a su ambición, que así la llamó San Ambrosio, y la calificó por más pernicioso vicio que otros muchos: *Perniciosior ambitio, quod blanda quaedam est, consiliatricula dignitatum*. Aún no la llamó consejera, sino consejerilla, desestimando la voz para que se aborrezca el vicio adonde se hallare. Muchos hay a quien no causan deleite los vicios, a quien no tienta la sensualidad, en quien no hace tiro la avaricia; po-

cos a quien no manche feamente el vicio de la ambición, especialmente cuando un hombre con menos partes quiere preceder a todos y competir al de mayor puesto con disimulada virtud, con apariencia de sueño, cuando atalaya con ojos despiertos sus aumentos y comodidades. Del leviatán, dice Job, que duerme a la sombra en lo retirado y secreto de las cañas. Llega a explicar este lugar el padre San Cipriano, y dice: Desdicha es que se halle en los sacerdotes y que duerma allí la ambición. Descansa a la sombra de la aparente virtud, del recogimiento y retiro; pero es adonde se oculta el secreto de las cañas; y tal vez es caña de pescar la dignidad y el puesto eminente, y si *calamus* es caña olorosa y aromática, que se coge en ciertas lagunas de las vertientes del Líbano, serán cañas odoríferas, darán buena opinión, y ahí se oculta un ánimo ambicioso que solicita por todos los caminos sus medras y caminar delante de todos, no siendo aquél el lugar de sus méritos.

• No fué ambición del Bautista, sino singular traza de Dios, que el Precursor Santo no muriera a manos de los fariseos, sino del Rey Herodes, reprendido por el adulterio e incesto, y parece era lo natural que los Judíos, que quitaron la vida a Cristo, se la quitaran primero al que dió testimonio de Cristo. Sale a esta causa San Agustín, y dice: ¿Pues por qué le ha de quitar la vida Herodes y no los judíos?. Y responde: Fueron en Cristo como unos honrados celos de que no le compitiese Juan el mayor blasón de Redentor, que era morir por la defensa de su nombre. Muera, pero no se diga que muere por Cristo, ni muera nadie en defensa de ese nombre sacrosanto antes que el mismo Cristo. Verdad es que murió en defensa de Cristo, y de la verdad, que si no, no fuera mártir; pero ocúltese ese título y póngase su muerte en cabeza de un Rey reprendido, porque no se presume que haya quien compita a Cristo en sus más honoríficos blasones.

Argüía Marción, hereje, a Tertuliano que Cristo no era

Dios, y que sin haber precedido noticia suya, ni en la Ley ni en los Profetas, se había entrado de golpe al blasón de enviado de Dios, de Hijo suyo, y a ser Cristo. Respóndele gravemente, que en Dios no hay cosa repentina; todo sale del tesoro de su divina providencia meditado y dispuesto. Negocio tan grande en que iba la salud eterna del humano linaje, ¿cómo había de ser repentino, si no había de aprovechar sino a los que le esperasen con fe? Así, en tanto se prevenía en cuanto se creía que había de ser, conque muchos siglos antes que pareciese en el mundo, dispuso su venida la fe de los creyentes. Porque la fe del Mesías que había de venir era tan necesario para la salvación como el sol para los ojos, las escalas al que sube, las alas al que vuela, las naves al que navega y los fundamentos de un edificio al que edifica. Y de aquí se originó que porque no faltase a los hombres cosa tan importante, al punto que nació Cristo se publicó su nacimiento en todas las partes del mundo. Apenas fué concebido en las entrañas de María, cuando le conoce Isabel por los saltos del Hijo. Instanto el parto se hace la descripción del mundo por Augusto César. Nació; los ángeles en el viento anuncian esta felicidad a los pastores, y aconsejándoles que visitasen al recién nacido, les señalaron el lugar, el culto, el hábito y el puesto adonde le hallarían. En Roma, la noche en que nació Cristo se cayó aquel Templo dedicado a la paz, y que se llamó Templo eterno. En Roma vió Augusto el Sol en los brazos de una Virgen, de donde se cree tuvieron principio aquellos versos del Mantuano:

*Jam redit et Virgo, redeunt Saturnia regna;
jam nova progenies, cælo demittitur alto.
Ultima Cumæi venit jam carminis aetas.*

A esto miró la crueldad sangrienta de la muerte de los inocentes para que, admirados judíos y gentiles de estrago tan bárbaro, inquierieran la causa del Dios recién nacido. Manifestóse al Oriente este felicísimo parto; destilaron bál-

samo precioso las viñas de Engadí; tuvieron noticia Egipto y la Arabia, que enviaron Reyes a que le adorasen, y finalmente antes de nacer, y después de nacido, se dió a conocer a todos. Y como nacía fuego, verificóse aquí que no se podía ocultar, porque le manifiesta su misma luz, como dijo el Poeta:

*Quis enim celaverit ignem?
Lumine, qui semper proditur ipse suo?*

Las noticias, pues, que dió de sí mismo Cristo antes de nacer y después de haber nacido, fueron bastante testimonio de que no entraba de repente en el mundo, y que se manifestaba, como convenía y era necesario a la enseñanza de los Fieles. Las cosas inferiores de Dios llenaban el Templo en la visión de Isaías, que las grandes no caben en entendimiento criado. Los atributos de Dios son inapeables. Los misterios de la humanidad de Cristo (que aunque inmediatos a Dios, son inferiores por lo humano) llenan la Iglesia del conocimiento bastante de las cosas que pertenecen al culto de la justicia, al orden de la vida, a la conveniencia de las costumbres. Sábese de Dios lo bastante, para que se conozca que hubo luz de su venida antes que naciese, y que no entró sin disposiciones al mundo.

III

Asiste Dios con especial atención a sus Ministros. Fué infinita la distancia entre Moisés y Cristo. Fué admirable el disimulo de su grandeza, mas no pudo esconderse, como no puede ocultarse la ciudad puesta sobre el monte.

Esta misma verdad hallaremos ejemplificada en el Testamento antiguo, en cuyo desempeño se dice por el Evangelista, que iba creciendo Cristo. *Crescebat*. De aquí es, que

cuando envió Dios a Moisés a Egipto, para que sacase el Pueblo de la cautividad, le envió con sola una vara; pero como iba enviado por Dios, cuando se partía a su comisión, le socorrió con la asistencia de Aarón. Luego se le juntó el Senado y los Príncipes del Pueblo; después, fortalecido con prodigios, pasó el mar, y encaminándose todo a que diese al Pueblo la Ley en el monte fué poco a poco creciendo y aumentándose, hasta que llegó al estado de mayor perfección, en que pudiese libertar al Pueblo, no solamente de la tiranía de Faraón sino de la del demonio, dando Ley al Pueblo que desterrase sus ignorancias y cautelase sus desórdenes.

Mas pregunto yo: Si va Moisés a esta embajada con autoridad y título de Dios, ¿por qué no lleva consigo toda la grandeza y autoridad, sino que va creciendo poco a poco? Toda la llevaba, aunque no era ocasión de manifestarla toda, y por el mismo caso que se llamaba Dios y representaba a Cristo, aunque siempre tuvo la misma grandeza, ciencia, gracia y sabiduría, da a entender que crece Moisés obrando como siervo, y Cristo como señor. Moisés, Dios en el título, Cristo en la sustancia del divino Supuesto. Moisés embajador, Cristo rey.

De aquí entenderemos la diferencia de términos y voces con que San Juan habla de Moisés y de Cristo, comparándolos entre sí. *Lex per Moysen data est; gratia, et veritas, per Jesum Christum facta est.* Moisés dió la ley; por eso se le acomoda la palabra *data*. La verdad y la gracia la infundió Cristo, y así se le aplica aquella dicción, *facta*. Es grande la diferencia de ambos términos, dice aquí Crisóstomo. Porque el dar es del ministro, que da aquello que recibió, y da a quien le mandan que dé. Pero hacer, causar, infundir verdad y gracia, eso es propio del Rey soberano, que obra sin dependencia y como dueño absoluto de lo mismo que dió a su ministro.

Admirable disimulo de la grandeza de Cristo y de su infinita gracia y sabiduría es, que no solamente creciese en

la edad (que ese aumento verdadero fué) sino a la luz exterior y a la noticia humana, que no puede percibir aún de lo natural las cosas como ellas son. Si se saca una gota de agua del océano, no hay duda sino que se disminuye, aunque no lo aperciba la vista, y aunque se quede mar queda con menos agua. Pues lo que pasa en esta disminución del mar pasa en la apariencia de los aumentos de Cristo, cuya ciencia, sabiduría y gracia fué como una fuente de fuego, que aunque se comuniquen y salgan de él muchas luces siempre persevera en su misma plenitud.

No solamente se comunicó este fuego a los doce del Apostolado; abrasó a trescientos, quinientos, tres mil, cinco mil, una multitud innumerable, toda la congregación de los Fieles que fueron, son y han de ser, todos se cebaron de aquella plenitud, todos recibieron de allí. ¿Pero qué recibieron? *Gratiam pro gratia, quam pro qua: pro veteri novam*, dice San Juan. Y en esa nueva gracia, que sucedió en lugar de la antigua, están recopilados todos los bienes de Dios. ¿Pues cómo podía disimularse gracia tanta, aunque más se retirase Cristo? ¿Cómo no había de causar admiración a los que le comunicasen?

De sí hablaba Cristo Señor nuestro cuando dijo por San Mateo que no se puede esconder la ciudad puesta sobre monte. Y es así, que puesta la humanidad de Cristo en la altura de la grandeza de Dios, se ofrece con admiración de sus obras a los ojos de todos para que le conozcan y contemplen, admirados de lo que ven: grave advertencia para los Príncipes, que si son como deben ser, con dificultad se esconden de la noticia de sus vasallos, y les deben exceder en toda virtud, para que de allí se comunique a los inferiores. Doctrina que adelantó mucho Justo Lipsio, asegurando por cierto que toca al Príncipe ir delante en toda virtud al pueblo que gobierna. Decían los Espartanos a su rey Leónidas que no excedía a sus vasallos sino en la dignidad real. Respondióles muy a este intento, como refiere Plutarco en sus apotegmas, que si no fuera

mejor que sus vasallos, no hubiera conseguido la dignidad real.

Cristo, gran Príncipe, a todos aventaja en virtudes, todos reciben de su plenitud, y cuando se esconde, no se puede ocultar, ni pueden disimularse los aumentos de su edad, gracia y sabiduría.

IV

El consejo tiene dos cosas contrarias, la prisa y la ira veloz. Las materias grandes deben mirarse con maduro acuerdo. Así obraba Cristo en Nazareth: Crece, se aumenta, vive y se envejece en los hombres por modo singular. Ajústasele a su nombre el de aceite derramado.

Empezar Cristo de los doce años a manifestar quién era y callar después, por discurso de diez y ocho, hasta los treinta, fué asegurar cómo había de pasar aquéllos de que no habían de hablar los Evangelistas, y que desde el año duodécimo empezaba a lucir el Sol de Justicia. Y aunque de allí adelante no había de arrojar tantas luces, porque no convenía, se delineaba el golfo de esplendores que misteriosamente retiraba, como quien iba madurando poco a poco las hazañas heroicas de la Redención del mundo.

Porque, como dicta la prudencia, es necesario tal vez, templar la celeridad con tardanza para que se maduren los sucesos. Eso quiso significar aquel Emblema 143 de Alciato, pintando un áncora, a la cual estaba arrimado un delfín. Sirve el áncora para detener el navío, el delfín es el más veloz de los peces, y fué asegurar, debajo de este símbolo, la verdad de aquel proverbio latino antiguo: *Lente esse maturandum*. De donde dijo Séneca que dos cosas tiene contrarias el consejo, que son la prisa y la ira veloz. Debe

templarse la resolución veloz con la tardanza que madura el consejo.

El retirarse Cristo, si hubiéramos de hablar a lo humano, parece que fué a la traza de lo que dijo San Ambrosio del Bautista, que en tantos años de desierto, penitencia y pureza de vida, estaba agregando caudal para bautizar debidamente a Cristo y predicar con acierto contra los desaciertos del rey Herodes. En cuyo símbolo es precisamente necesario que los doctores y maestros, antes que hayan de enseñar a otros y hacer alarde de su doctrina, se retiren con atención a hacer caudal de ella, para que, como de fuente copiosa y abundante, reciban los oyentes el agua clara de las verdades de Dios, para gloria suya, ejercicio de las virtudes y destierro de los vicios.

Al nombre de Jesús llamó con misterio grande la Esposa aceite derramado: *Oleum effusum nomen tuum*. Hablaba del nombre de Jesús, misterioso a todas luces, que se compara al inefable nombre *Jehová*, como refiere Galatino. Y por eso se lamentaba San Bernardo de que no se hallase aquel entre los nombres ilustres que da Isaías a Cristo de admirable, consejero, Dios fuerte, Padre del siglo futuro y Príncipe de paz. Pero guardábase para la cruz y se puso en ella con aclamación general de todas las criaturas del mundo, y si pedían los profetas que se rompiesen los cielos para que Dios diese a conocer su nombre santo, muy bien se cumplió al ponerle por título en la Cruz.

Allí se puso, como en el sepulcro de Absalón, el monumento del nombre de Cristo: *Hoc erit monumentum nominis mei*. Y aún parece lo delineó misteriosamente Ezequiel, cuando dijo: *Cumque viderint os hominis, statuent juxta illud titulum, donec sepeliant illud polinctores in valle multitudinis*. Cuando se vió la boca y el rostro de Cristo en el Monte Calvario, allí se puso el título de Jesús, entre tanto que José y Nicodemus le enterraron, que así entiende este lugar el autor *De stigmatibus Christi*.

Decir, pues, que el sacratísimo nombre de Jesús es aceite

derramado, fué enseñar que Cristo primero estuvo lleno de todas las virtudes que las derramase fuera con la enseñanza. Primero es que el alma esté llena y muy llena de virtudes, y luego viene bien que se vean en los labios. Aun en Cristo no es tolerable que derrame su doctrina sin tener primero entera plenitud de ella; para que constase que se derramaba por tan copiosa y que era verdadera, no como suele ser la de muchos hombres, aparente y llena de vanidad, donde parece que corre el arroyo no habiendo fuente, y se explaya quedando seco el origen. Dios, que es fuente de vida, lleno en sí mismo de copiosos raudales de gracia y sabiduría, la difundió primero en las criaturas celestiales y luego, como vertida, se comunicó a los hombres y bajó al mundo a enseñar el camino del cielo. Y así, mirándose Cristo, parece que solicita con temporales aprovechamientos la plenitud de gracia que después ha de comunicar al tiempo de su predicación para sacar a los hombres de las niñeces en que estaban y en las cortas medras que ocasiona la culpa.

Una cosa singular escribió de Cristo San Paulino, y es, que, como en su Humanidad sacrosanta fué teniendo diferentes grados en la edad, pasa lo mismo en las almas adonde habita, y crece en los hombres como creció en sí mismo. Según esto, nace, crece, hácese robusto y llega a la mayor edad; pero sería desdicha grande que no creciese y que estuviese siempre como niño flaco en el corazón humano, por aprovecharse mal del raudal de sus misericordias. Parece que está en nuestra mano darle a Dios edad robusta, y cuando él se retira para que con su plenitud después haga a los hombres muy hombres, sería desdicha fuese siempre niño, y que como tal obrase poco, por no sabernos aprovechar de sus infinitas misericordias.



MEDITACIÓN V

I

Dios no sabe de cansancio ni de ociosidad; obra siempre en todos siglos. El Adán segundo nunca estuvo ocioso en el nuevo Paraíso.



los trece años de su edad, y cinco mil ciento noventa y nueve de la creación del mundo; al cincuenta y dos del Imperio de Augusto, siendo cónsules en Roma M. Emilio Lépido y Stetillio Tauro, vivía ya en Nazareth Cristo, y allí no obró milagros, ni juntó discípulos, ni enseñó en público su doctrina, y con razón, como lo pensó San Crisóstomo, porque no se entendiese que obraba por hechizo, embuste o arte del demonio; que si aun en la edad madura le impusieron este mismo achaque, llamándole Samaritano y Endemoniado, ¿qué fuera si le vieran obrar prodigios en la menor edad?

Pero no por eso se ha de entender que estuviese ocioso, antes bien, nunca lo estuvo, ni a la luz de ser Dios ni de ser Dios hombre. Dijo el Abad Pedro Celense, que en Dios ni hay ociosidad ni cansancio. De aquí es que descansa cuando obra, porque no se entienda tiene cansancio, y obra

cuando descansa, porque no se presume ociosidad. Nunca el Dios Hombre parece estuvo ocioso ni descansado. Sol se llama por Malaquías, y singular sol con alas; sol del orbe de la Iglesia, luz del mundo, de quien la reciben todos los Santos, que no es este sol como el material, que a su presencia ninguna estrella luce: así entiendo yo aquellas dificultosas palabras del Salmo, adonde el Eterno Padre, tratando de la eterna generación del Hijo, dice que le engendró en el día de su virtud, en el esplendor de los Santos. Quieren muchos que proceda el Verbo divino, no solamente del conocimiento de las criaturas posibles, sino de las futuras. Aún no había Santos cuando el Hijo eterno procedía del Padre, y, sin embargo se hace mención de ellos; que aquel día eterno de la virtud de Dios no les priva de sus esplendores, en fe de que el Sol Cristo los había de ilustrar.

Es el sol rey y príncipe de los planetas; con su presencia se adorna la tierra de flores, de hojas los árboles, todo lo hermosea, y cuando se retira de nuestro hemisferio hace en el otro los mismos efectos; nunca para, no sabe qué cosa es ociosidad. Sus dos alas son justicia y misericordia, dice Hugo Cardenal; con ellas vuela, y a su sombra se amparan los que se quieren valer de su favor, como el polluelo que se recoge debajo de las alas de su madre. Así lo manifestó este Señor, hablando en una revelación con Santa Brígida. Obra, pues, este Sol a la luz de su ser divino sin cesar. No ayer o mañana, porque no tienen lugar allí las voces de ayer y mañana, todo es hoy, y como Dios eterno es sobre todos los tiempos, y aunque las criaturas que son obras de sus manos pasen con el tiempo, porque son variables, Dios invariable, siempre es el mismo, propiamente no descansa, porque no puede fatigarse. Conócese el trabajo, o por la debilidad del artífice o por la resistencia que hacen las cosas cerca de las cuales obra. Pero nadie tiene fuerza contra Dios, porque su virtud es robustísima; ninguna criatura ni todas juntas le pueden hacer oposición. Dios no

duerme, porque carece de sentidos corpóreos, que son los que aposentan el sueño. No hay cosa que le divierta de estar incesantemente obrando con un acto perfectísimo, a un mismo tiempo en toda la circunferencia de los orbes.

Escribió Moisés que Dios descansó al día séptimo de la creación: *Requievit Deus die septimo*. ¿Cómo se compadece obrar siempre con descansar algún día? Y aumenta la duda aquellas palabras de Cristo: *Pater meus usque modo operatur, et ego operor*. ¿Cómo se compadece descanso con no cesar en la labor? Todo es verdad. Es constante que en los seis días de la creación dió ser a todas las criaturas el Altísimo, y quedaron con la perfección que pedía la naturaleza de cada una; pero como no levanta la mano de la conservación de ellas, es claro que no cesa de obrar; su descanso fué llevarlas a su perfección, y por eso se dice que al día séptimo, dedicado al descanso, acabó de poner en ellas los últimos perfiles, no porque en aquel día obrase algo, sino para que constase quedaban perfectamente acabadas en los seis antecedentes. En lo que Dios no cesa de obrar es en la conservación de las especies y en la producción de los individuos, con la misma acción con que los crió; a la traza que el fuego hace hervir el agua y la conserva en su calor, y cuando empieza a hervir parece que descansa, cesa de causar más calor, porque no puede recibirlo mayor, y una acción es con la que el fuego induce el calor y le conserva. Así obra el Sol de Justicia, en cuanto Dios, sin cesar y sin cansarse. No así mirado a la luz de la humanidad; no está ocioso, pero tal vez se cansa, y muchas se fatiga con la labor.

No quiso Dios que estuviese ocioso el primer Adán, y le previno Paraíso, adonde le puso, para que con la labor y cultura de él tuviese un honesto ejercicio sin fatiga, pero sin ociosidad; y porque el ocio suele ocasionar muchas culpas, fué especial providencia del Altísimo que Adán se ocupase en guardarle y trabajase en él, y aunque no era aquel estado para fatigarse con cuidado, se le encargó una custodia sin dolor y una labor sin fatiga, y todas fueron

cautelas y prevenciones para que no se desmandase entre tantas delicias.

Fué darle a entender también que en medio de aquella grandeza militaba debajo de ajeno dominio, y que no era dueño sino guarda de aquel jardín de Dios y paraíso de deleites, y que se atendía mucho de parte de Dios a su conservación para que no diese en el bajío de la mayor infelicidad, después de haber navegado tan prósperamente, como después se experimentó.

Aquellas palabras del salmo 101: *Percussus sum ut foenum*, las entendió de Adán el Papa Inocencio III, sobre el salmo 5 de los penitenciales. El golpe que recibió Adán por su inobediencia y poca atención, fué como el que recibió el heno, que antes que le hieran está verde y florido, pero al golpe de la hoz o guadaña cae y se seca.

Secósele el corazón porque, despojado de lo gratuito y herido en lo natural, esterilizó la culpa los hermosos verdores de la gracia, y se le olvidó de comer el pan de Dios, que era la observancia de su precepto, cuando muy cuidadoso se entregó al manjar prohibido. Para cautelar, pues, Dios este estrago que había de hacer en él la culpa, le previno con la labor del Paraíso.

II

El Príncipe Escondido obró acciones heroicas, aunque a lo encubierto. El reparo del hombre fué muy costoso, si la creación pareció fácil.

Viénese ya a los ojos la ocupación de Cristo en Nazareth, obrando (aunque disimuladamente) acciones heroicas y ocupando bien el tiempo, no dando lugar a la ociosidad, y haciendo obras magníficas cuando parecía que no obraba nada, como lo ponderó todo San Buenaventura en las me-

ditaciones de la vida de Cristo. Y no pierden de su autoridad, estimación y grandeza las obras de Cristo, porque no las escribiesen individualmente los Evangelistas, cuando tenemos de esta materia muchas instancias y ejemplares. Todos se admiran de que el Espíritu Santo, teniendo tanta atención a que se cumpliesen todos los misterios de Cristo y que hubiese de ellos tantas figuras y predicciones, no hagan mención los Evangelistas de muchas cosas que se cumplieron en este Señor. Sirva de ejemplar que ninguno de los Evangelistas escribió el modo con que Cristo fué azotado, su coronación y en la forma que estuvo crucificado, y solamente escribieron la substancia del hecho. Ninguno escribió las circunstancias de estos tormentos: si Cristo fué azotado en todo el cuerpo, cuántos fueron los verdugos, si le azotaron en público, si fué presente su Madre o alguno de sus discípulos y cuántas veces fué azotado, si la corona fué de juncos marinos, si le ciñó toda la cabeza, si fué crucificado totalmente desnudo y otras circunstancias de que se mueven cuestiones en la vida de Cristo. Pero el Espíritu Santo parece que solamente quiso se escribiese lo que de necesidad se había de creer, dejando lugar a la meditación piadosa y al discurso humano, como lo meditó Juan Justo Lanspergio al caso presente de la pasión de Cristo. Esta misma verdad confirma Simón de Casia, asentando por constante que los Evangelistas no nos dieron noticia de toda la serie de circunstancias que pasaron en la muerte de Cristo, para que lo que allí no quedó expreso, lo supla la Iglesia con piadosa credulidad. No es maravilla, según esto, que supla la piedad cristiana lo que no se expresó en el Evangelio acerca de la vida oculta de Cristo, y de lo que obró en el retiro de Nazareth, pues excluyendo toda ociosidad, hacía como del ojo a las fatigas que había de tener y padecer, en llegando a la edad perfecta, por la salvación de las almas, pues el amor que las tuvo no le dejó descansar ni en cuanto Dios ni en cuanto hombre, vivo ni muerto.

Oigamos a la Divina Sabiduría hablar de sí misma en el

Eclesiástico. *Gyrum cæli circūivi sola, et profundum abyssi penetravi, etc., in omni terra steti, etc., in omni populo primum habui, etc., in his omnibus requiem quaesivi.* Buscaba la eterna Sabiduría adonde descansar, giraba los orbes en perpetuo círculo, penetró los abismos, descubrieron sus ojos toda la circunferencia de la tierra. En todas las provincias, reinos y lugares se vió coronado, y entonces oyó una voz en que se le mandó que habitase en Jacob, que tuviese heredad en Israel y echase profundas raíces en los predeterminados. Fué como si se le dijera: No es lo que los hombres han menester un Dios que camine muy a lo descansado, que busque descanso en todos los remates de su jornada; necesitaba el mundo de un Dios cansado, y que si no le costó cuidado alguno, ni trabajó la hermosa labor de los cielos, la singular fábrica de los elementos y la creación de todas las criaturas y en especial la del hombre, se fatigase en la obra de la redención, y que si la primera creación le había dado crédito, obrase la segunda, como agravándose a sí mismo. Como la creación le fué a Dios tan fácil, apenas hay hombre que se dé por obligado ni tenga devoción a Dios porque le dió el ser; pues para aprisionarle como deudor de una gran suma, obró Cristo con penalidades el misterio de la redención, para que la dificultad que por ejecutarle venció Cristo, sea en el hombre estímulo perpetuo al agradecimiento.

Consideró Crisóstomo a Cristo sentado sobre el brocal del pozo de Samaria. ¿Parécete que se sienta para aliviar el trabajo, templar el calor y esperar a los discípulos? Pues más misterio tuvo. Trazando estaba allí la conversión de muchos, cuando parece que estaba mano sobre mano, y sucedió lo que a Moisés cuando peleaba Josué. Traía a mal traer el demonio a los samaritanos, y sentado Cristo, cuando parece que está ocioso, trata de soltar el raudal de sus misericordias. Por eso dijo muy a tiempo el Padre San Máximo que misteriosamente se sentó allí la fuente sobre el pozo. Nunca se mostró tan fatigado, y habiendo salido de Judea

tratado con descortesía por los de su pueblo, habiendo caminado a pie y con calor, se sienta a usar de misericordias; y en el lugar donde antiguamente el Príncipe de Sichen violó a la hija de su abuelo y amigo Jacob (pecado que costó tantas vidas), allí se sentó a meditar raudales de misericordia cuando más fatigado estaba del camino. ¡Oh, si considerase el alma lo que le debe a su Dios! Un breve catálogo de las obligaciones en que le está a Dios el hombre, especialmente por lo que padeció por él, y entre otras penas haberse sujetado al hambre, sed, cansancio, sueño y vigilia, afrentosas necesidades de la vida mortal y caduca, refiere Salviatino. Y no fué poco reducir a número las calamidades y miserias a que está sujeta la humana naturaleza en esta vida presente, por ser, como son, innumerables; hácense domésticas por la costumbre de tolerarlas, pero no es osada ponderación decir que da principio a la vida del hombre el dolor, y que cuando se acaba la vida con la muerte, pasa un hombre de siervo a señor, de lo dudoso a lo cierto, de la miseria a la felicidad, como lo pondera San Agustín.

III

El Príncipe Cristo no descansó dormido, vivo ni muerto, y experimentó las afrentosas penalidades de la vida humana, excepto la culpa.

Ponderemos más no haber estado ocioso Cristo en el discurso de su vida, ni aun en su muerte, con que se hace creíble (cuando no lo enseñaran la fe y la recta razón) que en Cristo, retirado y oculto, no hubo ni pudo haber viciosa ociosidad. Nunca parece puede estar más ocioso un hombre que dormido, y Cristo se nos propone así por el Evangelista en aquella tempestad que padecía el Colegio Apostólico entre las hinchadas olas del mar. No dormía, dice

Tertuliano, aunque lo parecía. En aquella nave estaba significada la Iglesia, que anda combatida de olas de persecuciones, de vientos contrarios en el mar del mundo, y Cristo lo tolera con paciencia por las conveniencias que de ahí resultan, y esa tolerancia parece sueño. Parece que dormía, pero velaba. Y si no estuviera despierto y cuidadoso de los discípulos, no fuera justa la queja llamándolos hombres de poca fe. ¿Quién ha de fiar del socorro de un hombre dormido? Creían que si estuviera en vela los ayudara; pero estando dormido, ¿cómo? Pues por eso con razón los llamó hombres de poca fe. Como quien dice: ¿No sabéis que durmiendo y velando es igual mi solicitud, y que si descansa algo el cuerpo están en perpétua vigilia el corazón y el alma, y que yo no puedo estar ocioso, aunque parezca dormido?

¿Quién no creyera que correspondiéndose los días de la pasión de Cristo a los de la creación (como lo meditó San Gaudencio) no había de descansar Cristo el día último, que fué el de su muerte? Verdad es, dice, que habiendo cumplido enteramente en los seis días todas las obras pertenecientes a su pasión, descansó sepultado en el día séptimo, que fué el sábado. Según eso, al tiempo que descansa por lo menos estaría ocioso. Eso no, dice el Santo, que el descanso de Dios no admite ociosidad. En aquellos tres días en que estuvo el alma separada del cuerpo, ni estuvo ociosa el alma ni al cuerpo le faltó ocupación decorosa. Puesto el cuerpo en el sepulcro, bajó el alma de Cristo a poner en libertad las de los Varones Santos, que estuvieron esperando su venida. Pues ya que no estaba ociosa el alma, ¿estaríalo el cuerpo? Tampoco. Ocupado estuvo, aunque difunto, que no le dejó estar ocioso la divinidad a quien quedó unido. Estuvo dando esperanzas de la resurrección a los otros que habitaban sus sepulcros.

¡Qué cuidado tan singular tuvo Dios de mandar en el Deuteronomio que al Crucificado le enterrasen en el mismo día que muriese! Cuando Dios hizo esta Ley, tenía puestos

los ojos en Cristo crucificado, dijo Ruperto. Y no son leves las conjeturas de que le miraba a Él, y no a otros que podían padecer aquel género de muerte: *Quia maledictus*. Antes, por ser maldito el que moría así, no le habían de enterrar, que no es grave maldición carecer de sepultura como el otro Rey, de quien dijo Jeremías: *Sepultura asini sepelietur. Neque contaminavis terram*. Menos la contaminara el cadáver insepulto, quedándose pendiente en el aire. Fuera de que no se mandaba lo mismo de los degollados y los dejaban sin sepultura, y al Crucificado no. Es el misterio que la Ley miraba a Cristo, y antes que viniese al mundo y muriese, hubo prevenido precepto de que se le diese sepultura el mismo día de su muerte. Pues, Señor, ¿para qué diligencia tan anticipada? ¿No se estaba dicho que después de muerto le habían de enterrar? Sí; pero fué conveniencia que se le diese luego sepultura y se uniese por la vecindad con los demás difuntos el Cuerpo sacrosanto que les llevaba (en virtud de su divinidad) la resurrección a la vida inmortal. De aquí consta cómo Cristo nunca estuvo ocioso, ni dormido ni muerto.

¿Pues qué haría en vida, aun cuando más se quería ocultar en Nazareth, porque era así conveniente para los fines meditados por su divina providencia? No estaría ocioso, pero ocultaba con singular sabiduría la luz interior de su alma, hasta que se llegase el tiempo de bañar con ella ciudades, mares y montes. En el racional del sumo Sacerdote hebreo (como consta del Exodo) estaban doce piedras preciosas, y en ellas grabados los nombres de las doce Tribus de Israel, y fuera de los esplendores que naturalmente arrojan las piedras heridas de los rayos del sol, había otra luz que la daba a los misterios que por allí se revelaban. Créese que aquel resplandor salía del inefable nombre de Dios, como algunos quieren. Pero a mi intento es ponderable el suceso que refiere Josefo, que este resplandor cesó y se ocultó doscientos años antes de la destrucción de Jerusalén. Pues Señor, si vuestro nombre inefable está en la

lámina de oro en la cabeza del Pontífice, para que arroje rayos de verdad y manifestaciones de vuestros secretos, ¿por qué se oculta esa luz? ¿Por qué se priva de ella a la Sinagoga, y tantos años? Parece que fué presagio de que Cristo, a quien pertenece el nombre inefable de Dios, había de ocultar sus verdades y retirarla, y no lucir en muchos años hasta que llegase el tiempo feliz en que, derribada la material Jerusalén, se empezase el edificio de la eterna. No estaba ociosa la luz, oculta sí; pero bien se dejaba conocer. Era diamante preciosísimo Cristo en su infancia, aunque no se acababa de penetrar el fondo que tenía.

IV

Ajustansele al Príncipe los ilustres epítetos que dió Moisés a Dios en su Cántico. Fué en su obrar como abeja artificiosa. Es muy oficiosa su gracia y feliz la casa que le hospedó estando en el mundo.

Nihil faciendo, fecit magnifica. Ponderémosle sus palabras al Doctor Seráfico; no obrando cosa alguna Cristo, hizo obras muy ilustres. Su infancia y adolescencia no fueron edades a propósito, según lo ordenado por la providencia divina, para que obrase de ostentación; pero supuesto que no cupo ociosidad en su persona, las obras, si ocultas, serían dignas de su magnificencia. Entre otros epítetos que le dió Moisés a Dios en su cántico, uno fué: *magnificus in sanctitate*. A quien nadie compite ni puede igualar en santidad ni en poder. Rey, como si dijera el más poderoso, el más santo. Muchas inteligencias tiene la palabra *magnificus* en las letras humanas, y se aplica a todo lo grande, ilustre y majestuoso; a los hombres, en Plauto; a los aparatos, en Cicerón; a las palabras, en Terencio; a las ciudades, en Ovidio;

a la casa o palacio, en Plinio; pero su más ajustada etimología es significar un hombre liberal que todo lo desprecia y estima en poco las mayores riquezas, hasta quedar pobrísimos, por enriquecer a los otros, verdad que tuvo su lugar en Cristo. Parece que se deshizo de las riquezas de su Padre, y que gustoso habitó el pesebre de Belén, el que habitaba eterno Palacio en el seno del Padre. Eligió Madre pobre (sólo Dios lo hiciera) y desposada con un carpintero contra lo que adora en los hombres de puesto grande la vanidad del mundo. Este renunciar el aparato, la ciudad, la casa, la riqueza, las grandezas mundanas, fué en Cristo obrar a lo grande, a lo magnífico, y cuando parece que no obra-ba cosa alguna a lo público, desempeña su amor con obras de tanto peso en el tiempo de su menor edad.

Brevis in volatilibus est apis. Pequeña entre lo volátil es la abeja (dice el Espíritu Santo) y todo lo que le falta de cuerpo lo suple de industria; porque lo generoso de un corazón no se conoce en las fuerzas corporales sino que en un cuerpo pequeño suele haber ánimo grande, en que excede a los demás, como dijo San Agustín. Y así con razón el autor de los Proverbios envía a los hombres a que aprendan de aquel insecto, con palabras dignas de ponderación. Tiene en un cuerpo pequeño asuntos grandes de milicia, por lo que pelea; de instinto civil por el buscar la comida, recogiendo flores para el sustento de los hijuelos y para labrar la miel, por la vida política en que vive, con su reina y sus leyes. Huyen las abejas de la ociosidad: unas buscan las provisiones, otras laboran fuera de casa, otras levantan nuevas fábricas, guardan las puertas, y, según la diferencia de las edades, descansan unas cuando trabajan otras, con que parece está escondida en ellas algo de divinidad, como dijeron Pitágoras y Aristóteles. Todas tienen especial cuidado en esconder lo que laboran, y que siendo una de las cosas más admirables de la naturaleza, sea en secreto, como lo aseguran autores de opinión. Y todo junto prueba lo que se esmeró la naturaleza en la formación de estos insectos,

que participaron más que otros de los influjos de la divina Providencia, como lo dijo el Mantuano.

*Esse apibus partem divinae mentis, et haustus
aetherios dixere, etc.*

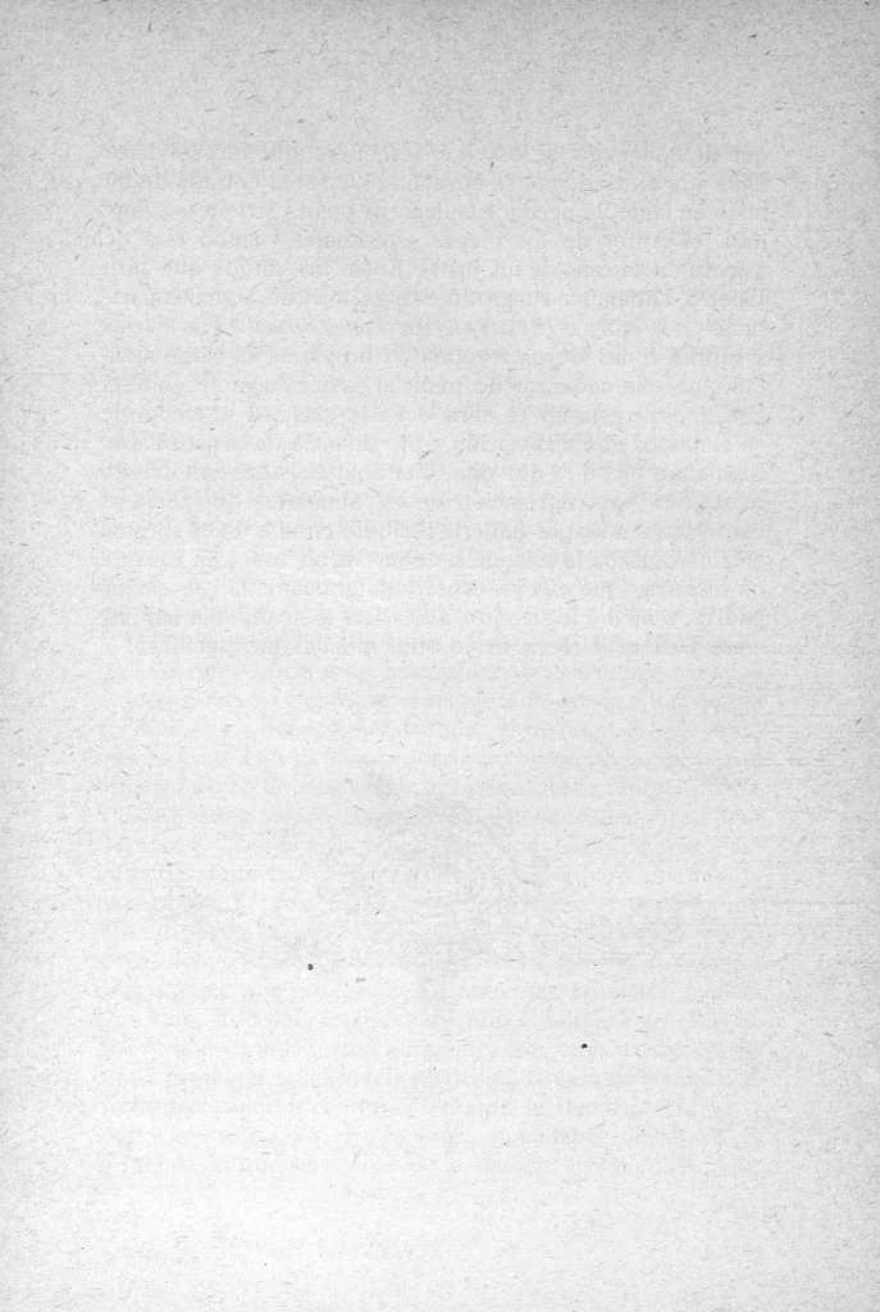
Porque la razón, sabiduría, prudencia, ingenio, que en ellas se conoce, son propias alhajas de la Divinidad, y fué lo que dijo Horacio por otros términos: *Divinae particulam
auræ.*

Niño era Cristo en casa de sus Padres en Nazareth, y aunque pequeño en el cuerpo, obraba y tenía, en lo retirado del alma y corazón, materias grandes que había de manifestar a su tiempo en bien de los hombres. Pues no estando ocioso aquel copiosísimo raudal de gracia en un hombre que juntamente era Dios, ¿cómo puede dudarse que se ejerciera cuando menos entre sus Padres, en lo íntimo de su habitación, especialmente siendo ellos tan santos?

Una cosa singular dijo de la Gracia divina Hidilberto. Es la divina Gracia muy hacendosa, muy solícita, enemiga de ociosidades, y parece que ha jurado servir a los que la reciben con diligencia y fidelidad. Y de aquí es que todo cuanto comunica al alma adonde se aposenta, o es virtud o instrumento de ella, como dice este Doctor: Infunde Dios unas virtudes, ayuda con sus auxilios para que se adquieran otras. Los bienes temporales son instrumentos para adquirirlas por la limosna; la falta de ellos, para fomentar la paciencia. La Prelacia es instrumento para el socorro del súbdito, y aun las desdichas son útiles, porque ponen miedo de la divina Justicia, con que no se hallará en el hombre cosa alguna que no le ayude a fomentar la virtud, sino es él mismo. Y lo peor es que teniendo el hombre en Dios un Mayordomo cuidadoso y diligente, con cuya asistencia se podía prometer muchas felicidades en la casa de su alma, le desestima, siendo el hombre el que le menosprecia y el menospreciado Dios. No hay más que alabar del oficio de la gracia, ni que condenar de la malicia de la culpa. ¡Oh,

qué de beneficios si los conociésemos! ¿qué favores hace Dios a la casa adonde se aposenta! Que si la entrada de un justo en la de un pecador la llena de bienes y riquezas, ¿qué hará el Autor de los bienes espirituales cuando está de asiento en la casa de un justo? Entre los cargos que hizo Jacob a Labán, su suegro, fué singular el de aquellas palabras: *Oves tuae, et caprae steriles non fuerunt*. Tus ovejas y cabras, todas fueron fecundas; y no parece el cargo ajustado, porque nadie puede pedir al pastor haga fecundo el ganado, que esta no es obra del arte pastoril ni efecto de su cuidado, sino disposición y providencia de la naturaleza. Bien supo Jacob lo que dijo, dice aquí el Padre San Crisóstomo. Fué hacerle relación de los aumentos que tenía su casa y hacienda, por haberle recibido en ella. Pues si estos efectos causaba la asistencia de un varón santo en casa de un idólatra, ¿qué efectos causaría la gracia de Cristo en sus padres, teniéndole siempre a la vista y siendo ella tan oficiosa y eficaz? Materia es de otras muchas meditaciones.







MEDITACIÓN VI

I

Cristo calló mucho en la mañana de su Infancia y Juventud. Reservó para la tarde de su edad romper el silencio de sus hazañas. Las audiencias han de ser fáciles en los Príncipes.



ECÁRONSE las fuentes de las Historias Eclesiásticas, a los años trece, catorce y quince de la Juventud del Príncipe Cristo, y con razón, a mi parecer, pues no era acertado que levantase nadie la voz cuando callaba tanto la Palabra en carne; y así parece que, aunque fueron de valor infinito las obras de este Príncipe eterno en aquella edad, las oculta el silencio, reservando la publicación auténtica de sus prodigios para la tarde del mundo y al ponerse el sol de Justicia en el ocaso de la muerte. De aquí sabremos el misterio grande con que se celebra en la Escritura y en los Padres de la Iglesia el Sacrificio Vespertino, según aquellas palabras del Salmo: *Elevatio manuum mearum, sacrificium vespertinum*. Hácese memoria del Sacrificio cruento de la Cruz, celebrado en la tarde del mundo, en que levantó las manos en la Cruz el

sumo Sacerdote Cristo Jesús, como lo pondera San Isidoro. De aquí tomó la Iglesia aquello del himno: *Vergente mundi vespere*. El Sacrificio vespertino dice orden al matutino, como la tarde a la mañana, y así en el Exodo y en el Levítico se instituyeron unos sacrificios matutinos y otros vespertinos. Discutieron los Padres de la Iglesia sobre ajustar cuál era más venerable sacrificio, el de la mañana o el de la tarde. En otras materias, ya se sabe cómo las cosas pertenecientes a la mañana se reputan por más lustrosas, de mayor esplendor y felicidad. San Agustín, en muchas partes de sus obras, y San Basilio hacen grandes encomios a las obras de la mañana, y lo mismo sintieron Orígenes, San Gregorio, Cirilo y Jerónimo. Pero en materia de sacrificios, es constante tuvo mayor veneración el de la tarde. Daniel tuvo aquella célebre visión del Arcángel San Gabriel: *In tempore sacrificii vespertini*. Y Esdras vió cosas admirables *In sacrificio vespertino*. Y en otros lugares de la Sagrada Escritura se hace mención de esto mismo, y todo miraba al Sacrificio último de Cristo, en que levantó las manos en el madero de la Cruz. Allí le oyó hablar al mundo, *cum clamore valido*, como dice San Pablo. Su infancia me parece a mí que fué como sacrificio matutino, adonde calló la palabra para enmudecer con su silencio todas las voces del mundo; que no era bien hubiese historia en la Iglesia, cuando no se escribía de la vida de Cristo, ni fuese conocido hasta que se oyese su voz. Causóle asombro a San Juan Crisóstomo que estuviese Cristo tan esquivo con la Cananea en la ocasión en que le pedía socorro para su hija, a quien atormentaba el demonio, y cuando no sabía ella adónde iría a implorar el remedio, y de que siendo Cristo Palabra eterna, callase; que siendo fuente manifiesta en la casa de Jacob estuviese cerrada, y siendo médico, retuviera sus medicinas. Pero yo, más extraño que hablasen los Discípulos cuando callaba el Maestro. Que es cosa singular haya en una audiencia un Ministro que diga a los demás: Señor, despachemos a este pobre, y que hablasen los Após-

toles cuando callaba la Palabra eterna, como si viera correr un arroyo estando seca la fuente; más natural cosa es que calle todo y guarde un mudo silencio mientras no habla Cristo o no se habla de él en las Historias Sagradas, porque el oír su voz es medio para llegar a conocer quién es, y mientras no se oye su voz, apenas se puede hacer concepto de su grandeza.

He hecho reparo que el Esposo celestial en los Cantares, deseoso de ver el rostro de su Esposa y gozar de su hermosura, se valió primeramente del medio de su voz: *Vox enim tua dulcis, et facies tua decora*. Fué hermosísimo Cristo Señor nuestro. Así lo pondera San Laurencio Justiniano en un sermón de la Ascensión, y el gozo que tuvieron los Angeles de ver aquella Humanidad sacrosanta, el rostro arrojando rayos de luz, el esplendor imperial, la venerable forma y figura de su cuerpo. Y lo confirma el Papa Adriano, como se halla en el tomo 3 de los Concilios, explicando aquellas palabras de los Cantares: *Ostende mihi faciem tuam*. Y en esta consecuencia es doctrina corriente de San Jerónimo, que del rostro de Cristo salían rayos de luz, y que la Majestad de la deidad escondida que resplandecía en el rostro humano, atraía a sí los corazones con una fuerza disimulada, y se hacía dueño de ellos, mejor que la piedra imán tiene virtud para atraer el hierro; que de sus ojos salían centellas y rayos, como de la más luciente estrella. Y era hermosura que no solamente atraía los corazones, sino que los consolaba en sus mayores aflicciones y congojas. Así lo aseguró su Madre, y lo manifestó Santa Brígida, como se refiere en sus revelaciones. Tan hermoso era mi hijo (dice la Madre Santísima) que cualquiera que le miraba, si estaba herido en el corazón, recibía en él singular consuelo, y por eso muchos que se hallaban desconsolados decían unos a otros: vamos a ver al Hijo de María, para que podamos recibir consuelo. Y vuelve a repetir lo mismo en el capítulo 53 del mismo libro, y que la Reina de los Angeles muy de ordinario veía sobre la cabeza de Cristo una luz admira-

ble y oía sonora música de los Angeles, como ella misma lo refiere, que aunque Cristo estaba retirado y oculto no dejaba de retener su grandeza, ni le faltaba la asistencia de sus ministros, pero al Esposo le pareció que el camino derecho para ver y gozar de la hermosura de su Esposa, era oír su palabra. La mayor parte de esta dicha se reservó para el tiempo último, en que se había de ver a lo descubierto, porque había precedido con su predicación la manifestación de quien era.

11

El mundo enmudece cuando calla la Palabra eterna. Hablar en bien de los hombres, le tocó de oficio al Verbo divino. En el Príncipe no hay cosa oculta, por más que se quiera esconder de los ojos de sus vasallos.

No debe causar pequeña admiración entre otros prodigios, que la Palabra substancial, Cristo, callase tantos años, cuando se había de manifestar con su misma disposición y dar testimonio de quién era, y de que en aquel retiro de Nazareth se disimulase tanto que no se oyese su voz. Justa pareció la queja que le propusieron los escribas y fariseos cuando se paseaba en el templo en el pórtico de Salomón. *Si tu es Christus, dic nobis palam.* Dos cosas pidieron: que hablase y que hablase claro. Hablad si sois Cristo y no os ocultéis, hablad con claridad. Pero a la verdad, fué osado atrevimiento parecerles que callaba el que, siendo Palabra eterna, vino al mundo a manifestar su ley y a decir quién era.

Muchas ventajas pone San Pablo (en la carta que escribió a los hebreos) en Cristo respecto de los ángeles. En que pudo llamarse Hijo natural de Dios. *Tanto melior Angelis effectus, quanto differentius præ illis nomen hæreditavit, etc.*

En que le adoraron todos al punto que puso los pies en el mundo. *Et adorent cum omnes Angeli Dei.* En que los ángeles le sirven a él y son ministros suyos. *Flammam ignis.* Y finalmente, los excede en orden a nuestro bien, en que también sirvieron de ministros suyos para publicar la ley y decir que era Dios en el Testamento antiguo. Mas en la ley evangélica no despegó la boca ángel ninguno; el mismo Hijo de Dios vino a enseñarla y a decir quién era. Pero, ¿qué mucho que no despegasen su boca los ángeles, sino es cuando se lo mandaron, si, como enseña Lactancio, no salieron de Dios para enseñar, sino para servir, y para esto no es necesario hablar?

Crió Dios los ángeles para servirse de ellos en lo que quisiese, y alguna vez hablaron porque él se lo mandó, pero no tuvieron de su naturaleza ser palabra de Dios. Cristo sí, en cuanto Dios es engendrado *ab aeterno* del Padre, y es Palabra eterna, y si pudiera haber algo libre en la eterna generación, parece que en virtud de nacer Verbo del Padre, nació con empeños de hablar (hecho hombre) para que los hombres fuesen enseñados de las verdades y dogmas inmediatamente por Dios, como lo profetizó Isaías: *Universos filios tuos doctos a Domino.* Ciertamente es en la Teología, que estos dos nombres, Hijo y Verbo, no son sinónimos, porque verbo, dice dos relaciones: una, *dicti ad dicentem*, y otra, *repræsentatis ad repræsentatum*, y a la traza que el *verbum mentis*, en nosotros, es actual representación de la cosa entendida, así el Verbo divino es actual representación de las cosas que entiende el eterno Padre de la esencia, atributos, etc. La primera relación de éstas, es real, la segunda de razón, y ésta no la dice como Hijo, sino como Verbo. A este modo parece que pudiéramos decir que nacer Palabra el Hijo de Dios fué, con respecto a nosotros, anunciando desde la eternidad el oficio que había de tener cuando se hiciese hombre, y que su vida había de ser un continuo hablar, manifestándose a sí y su doctrina. Así lo hizo Cristo; habló con palabras, habló con obras y mila-

gros, ya en los montes, ya en el mar, y lo ordinario en el templo, sin que hubiese lugar público que le hiciese cátedra de su enseñanza, manifestando quién era, y con todo esto le cercan sus enemigos, como los estudiantes al poste con el maestro, y le dicen que hable, como si hubiera estado mudo. *Si tu es Christus dic nobis.*

Habló Cristo a su tiempo, y no lo era cuando estaba en el retiro de Nazareth. En Cristo era virtud el silencio en aquel estado, porque no era conveniente que juntase discípulos ni enseñase su doctrina en público, y siendo así en doctrina del Espíritu Santo, que hay tiempo de hablar y de callar, el tiempo de la infancia y adolescencia de Cristo fué muy ajustado a su silencio, y callando se retiraba de los concursos, disimulando ser la Palabra eterna.

Dió con esta acción enseñanza a los príncipes de que tal vez conviene ocultarse y conservar la majestad para la ocasión de mayor lucimiento, que se arriesga con hacerse muy familiares a todos, pues la majestad, cuanto más mirada de lejos, ocasiona mayor reverencia, como observó Tácito. Pregunta Ruperto Abad por qué era tan dificultoso en la antigüedad dejarse ver los reyes, pues del rey Asuero consta que no se dejaba ver en treinta días, y responde: Porque no le ocasionase desestimación la frecuencia con los vasallos; si bien en esta materia ha de tomarse modo y temperamento y no seguir a ojos cerrados el documento de Calixtrato, que aconseja a los príncipes no se hagan fáciles en las audiencias, como si los reyes se pudieran consumir con la vista de los vasallos. El temperamento es que pasen por su mano las cosas grandes, y las de menos porte las remitan a ministros sabios y temerosos de Dios en quienes se halle verdad y aborrecimiento a la avaricia, como se le aconsejó a Moisés en el Exodo. El despacho de las materias graves ha de correr por mano del Príncipe, han de ser fáciles sus audiencias, de manera que no se atropellen sus negociantes, ni busquen en el campo ni en los retiros los despachos que con menos gasto esperan en la Corte. Con ser Tiberio

mal príncipe, le tenía su valido Seyano tanto tiempo fuera de Roma, que le deseaban los negociantes y se atropellaban unos a otros por prevenir la audiencia, porque tal vez la buscaban en los campos y en la orilla del mar, sin tener certeza de adónde le hallarían, y padeciendo, lo que no es creíble, gentes de todos estados, intolerables molestias de los porteros y ministros que habían de introducir a los negociantes, como lo escribió gravemente Tácito. Tal vez los ministros, por divertir al Príncipe, le obligan a que falte a sus obligaciones. Por hacer Pausanias dificultosas las audiencias, atendiendo a sus comodidades, perdió la obediencia de los suyos, que se pasaron a los atenienses, como refiere Tucídides. Y por la aspereza de Demetrio, que con terrible aspecto y semblante desechaba los memoriales que se le ofrecían, dió ocasión a la sedición y levantamiento que refiere Plutarco. En todos los siglos ha corrido esta moneda, y tal vez el ministro mayor, por no blandear un poco en la condición, ha ocasionado motines y sediciones a los reinos, que no hay república que obre bien, maltratada del Príncipe, y tanto más se siente el golpe, cuanto viene de vasallo a vasallo. No tuvo Roma Emperador más venerado que Trajano, ni dió Príncipe audiencias tan fáciles sin límite de tiempo ni lugar como él, y llegó a conocer que la grandeza y felicidad no consiste siempre en guardar el punto de la Majestad, ni en verse cercado ni acompañado de arqueros, que con voces y estruendo no guardan tanto al Príncipe como le apartan de los que le buscan y desean ver, como escribió Séneca. Importa, pues, a la decencia del Príncipe, cuando lo piden la ocasión y tiempo, dejarse ver y comunicar de sus vasallos, y tal vez ocultarse y andar de rebozo para que la demasiada llaneza no ponga en peligro el decoro de la dignidad.

Lo que jamás se puede ocultar en el Príncipe es la vida licenciosa. El vicio de los reyes grita hasta lo más retirado de la Monarquía, y sin que le puedan ocultar las tinieblas ni los lugares más escondidos, la luz del Principado pone a

los ojos del vulgo sus acciones, y cuanto más feas, más públicas. Los poetas antiguos, como refiere Aulo Gelio, fingieron que la verdad era hija del tiempo y de la memoria, y que si alguna vez se esconde, a poco andar el tiempo, sale a luz.

III

Escondióse el Príncipe detrás de la pared de la humanidad. Vivió santo, murió inocente, atendió a su reputación y a nuestro reparo, dando satisfacción de quién era a su Padre y a los hombres.

Obraba Cristo acciones virtuosas, ocultábalo todo con el silencio (dice San Buenaventura). Y no podía dejar de obrar así, siendo santo por esencia e hijo natural de Dios. Ni tampoco podía dejar de callar y ocultarse por el estado en que se hallaba, no dedicado a manifestar del todo quién era. Parece, sin duda, le consideraba en este estado la Esposa Santa, cuando dijo en los Cantares: Véis ahí a mi Esposo, que está en pie detrás de nuestra pared, arrimado a las ventanas y mirando por los resquicios. ¿Qué pared es ésta, detrás de la que ve la Esposa a su Esposo? ¿qué ventanas? ¿qué resquicios? y por qué está más en pie que de otra manera? A todo responde gravemente el Padre San Bernardo. Ya se descubre lo que ocultan paredes, ventanas y celosías. La pared es nuestra humanidad, es la tapia de tierra de la carne de Adán, que por ser común a todos los hombres, no se llama pared suya, sino de todos. El acercarse a ella el Verbo divino fué terminar esa humanidad, para que unida al supuesto Divino, se viese en el mundo un Dios hombre. Ocultándose con este velo, miraba por las ventanas y resquicios de sus humanos afectos o sentidos las conveniencias de su Esposa la Iglesia. Y decir que no

está allí sentado, ni con otra posición, sino en pie, fué significar la pureza de su vida, su virtud y santidad tan singulares, que cuando todos los hombres caen en culpa, originada de la primera de Adán, Él solo se quedó en pie. Así dijo San Bernardo: Muchos favores en uno hizo el Verbo divino a la humana naturaleza, aunque por diferentes respectos, todos grandes y dignos de ponderación. Hizose hombre, vivió santo, murió inocente. En lo primero me miró a mí, en lo segundo atendió a sí, en lo tercero levantó la oración al Padre; para mí fué dulce amigo, para sí consejero sabio, para el padre, ayudante valeroso. ¿Quién, sino Bernardo, pudiera discurrir esta materia tan a lo grave y tan a lo dulce? Ponderemos algo el pensamiento del santo, pues lo merecen sus palabras.

No se contentó Dios con haber criado al hombre a su imagen y semejanza, sino se inclinaba a vestirse de la nuestra, y aunque aquel primer favor fué grande, es mucho mayor el segundo y prueba más llaneza y amistad. Gran dignidad para el hombre ser formado a imagen de Dios, pero ahí no parece puso nada de su casa el soberano Artífice. Mas hacerse Dios semejante al hombre, vistiéndose de su naturaleza, es el blasón más ilustre y de mayor interés. No es pequeño favor el que hace un Rey, un Príncipe, cuando a un caballero particular le reconoce por deudo; pero si para asegurarle el parentesco tomase su apellido y pusiese en su escudo sus armas, es favor que, aunque le alcanza lo especulativo del discurso, lo hace impracticable la experiencia, por ser el mayor honor que puede hacer una corona a un hombre de inferior estado. Era el hombre, por la creación, deudo de Dios, y Dios reconocía el parentesco; obra suya hecha a su imagen y semejanza, y para autorizarle más toma su apellido; llámase hombre, viste la librea de la humanidad como uno de los demás hombres. ¿Quién puede dudar de lo grande de este favor y que fué la dignidad superior a que pudo ascender la humana naturaleza? Y como esto fué por fuerza de matrimonio, vino a ser con vínculo indisoluble.

ble en grande estimación suya, que no la pudo tener más calificada. Aquí pudo llegar nuestra dicha, no pudo nuestra naturaleza casar más altamente que con la persona del Verbo.

De aquí sabremos la causa por qué los hermanos de la Esposa rehusaban ponerla en estado. Y siendo así que se desea mucho acomodar a una mujer (por los riesgos que tiene la hermosura) aun antes que llegue a la perfecta edad, ellos mismos, que suelen anticipar la edad y aumentar los años, confesaron llanamente que era niña y que no tenía pechos ni estaba capaz de entregarse al vínculo del matrimonio. *Soror nostra parvula est, et ubera non habet.*

Extrañó mucho el caso al Padre San Ambrosio y conoció llanamente que esta boda era misteriosa. Habíase de casar el Verbo eterno con nuestra naturaleza, y como él es Dios, supuesto divino, imagen de la substancia del Padre, esplendor de la gloria, que vibra y arroja rayos de luz por lo divino, a quien nadie puede igualar, y habiendo de haber cierto género de igualdad en los contrayentes del matrimonio (que desiguales no vienen bien debajo de aquel yugo), era forzoso librar en la dilación del tiempo mayor capacidad de la Esposa, para que con los aumentos fuese menos desigual a su Esposo. Y así se hizo el matrimonio a su tiempo, humillándose Dios y sublimando la naturaleza, uniendo la luz de su Ser eterno al barro de nuestra mortalidad, como dijo San Agustín.

Siempre deseó Dios igualar en el modo posible nuestra flaqueza con su soberanía, y como tuvo peso su providencia, con que pesó la altura del monte más encumbrado y la profundidad del valle más hondo, para que, iguales las partes del globo de la tierra, estuviesen fijas y seguras, que toda desigualdad amenaza ruina, y así lo dijo Tertuliano, a esta traza levantó con el favor de su gracia Dios tanto lo ínfimo de nuestra naturaleza que la Esposa tiene visos de gloria y majestad por unirse al Verbo divino.

Por su crédito y autoridad, cuando no fuera por natura-

leza, fuera siempre Cristo santo: no tuvo pecado ni le pudo tener, en que se miró a sí mismo y a la obligación de prudente Consejero. Fué altísima razón de estado en Cristo ser santo e inmaculado, porque era Juez en causa de purezas, y fuera mengua grande tener culpa. Admitió Cristo en su Tribunal la causa de la mujer adúltera, siendo así que repelió la otra en materia de hacienda, cuando un mozuelo le dijo: *Magister, dic fratri meo, ut dividat mecum haereditatem*. Hallóse embarazado Ruperto Abad al discernir cómo Cristo admitió esta judicatura y no la otra, siendo tan señor de las haciendas como de las almas y vidas. En la segunda causa dijo: Ea, el que no tuviere culpa, sea el primero que ejecute el rigor de la ley; y la otra causa la repelió de su Tribunal y no quiso ser Juez de ella. Fué el misterio que Cristo vino al mundo a ser Juez en materia de pecados, ya para conceder perdón, ya para retenerle, no a disponer intereses terrenos, y como el caso de la adúltera era (digamos) causa de su jurisdicción, sentenció la causa, dándola por libre, aunque la envió corregida, y si había de ser Juez quien no tuviese culpa, era indicio que a él solo le tocaba esta judicatura. Fuera mengua no ser purísimo y no hacer caso de honra el serlo quien era Juez en causa de pecados y era precisamente necesario no los tuviese. Grande dicha sería en la República si al juez no se le pegase nada de la judicatura que trata y ejerce y que fuese tan libre de culpa que no trastornase la justicia, el interés, el favor, la amistad o el aborrecimiento. *Si hunc dimittis, non es amicus Caesaris*, decían al presidente de Judea los émulos de Cristo. Nada se alegó contra el inocentísimo Cordero menos justificado, siendo así que el juez debe estar libre de pasiones, amor, miedo, aborrecimiento y esperanza. Ninguna cosa tiene tan postrada la justicia ni tan desacreditados los Tribunales como las atenciones de los ministros a las superiores inteligencias, sin hacer reparo en la observancia de la ley.

Del Rey Antioco tercero de Asia refiere Plutarco que

escribió a los ministros de su reino, que si hallasen en sus decretos o leyes alguna cosa que disonase de la recta razón, creyesen no era suyo el decreto y lo reformasen con justicia, y que le sacaba por fuerza de su mano y pluma algún favor colateral, quedando él ignorante del despacho, (pues no es descrédito en el varón prudente reconocer lo que obró menos advertido y dar satisfacción a la queja con afecto de la justicia). No son de perder las palabras de Plutarco, y las debieron intimar los reyes a todos sus ministros. *Si quid in litteris, quæ ejus nomine scriberentur esset, quod legibus adversari videretur, crederent, se ignaro, hujusmodi litteras scriptas esse.* ¡Oh, qué de decretos se mandarian reformar; qué de cédulas reales se recogerian con esta advertencia; qué de leyes tuvieran ejecución si se practicara en todos los reinos cristianos este decreto de un rey gentil!

Cristo fué muy a propósito para juez, por su inocencia, pureza y atención a lo que se debe obrar. Satisfizo al Padre, muriendo por los hombres (que su muerte la dispuso por modo de paga y satisfacción perfecta de la deuda contraída por Adán al acreedor ofendido) como enseñó Santo Tomás, según aquellas palabras del Salmo: *Quæ non rapui, tunc exolvebam.* Pagó lo que no robó, y ello fué así, que no sólo no hurtó, pero aun lo que tenía sin hurto, que era ser igual al Padre, aun al aparecer lo renunció. Adán fué el que robó, y no fué él el primero, sino quien le obligó a que comiese del árbol y fruta prohibida, hurtándosela a Dios, que la había reservado para sí. Pues para que constase la inocencia de Cristo en la muerte, y que no era por culpas propias, sino por nuestro rescate, fueron admirables las dicciones del título de su causa: *Jesus Nazarenus Rex Judeorum*, escrito en tres lenguas: griega, hebrea y latina, y todas ellas eran claros indicios de que Cristo no debía ser crucificado. *Jesus* significa Salvador. ¿En qué ley pudo caber sentencia de muerte de cruz sobre la salud del mundo? La segunda es *Nazarenus*. Significa florido, inocente; las culpas son espinas, las virtudes, flores; fué condenar a muer-

te la inocencia y disfrazar la virtud con un delito digno de muerte. La tercera *Rex*. Y si rey, ¿quién pudo condenar una Corona a tan vil suplicio? *Judaeorum*. Del pueblo querido, que debió a Dios muchas caricias, que profesaba más piedad que todas las naciones. Todos fueron índices de que moría el Autor de la vida, el Salvador, la Flor hermosa, el Rey inocente y sin culpa. ¡Oh, si supiera el alma lo que le debe a su Dios y lo que padeció por su amor! Fué este misterio figurado entre las tinieblas de una noche, en el sacrificio del cordero de Egipto, con que apenas se acaba de entender lo que allí obró Cristo y los efectos de su sangre. Basta saber que se puso aquella sangre en las columnas de fuera de las casas y en los artesones más retirados, para que en los fieles estuviesen defendidos con la fuerza de la sangre de Cristo el cuerpo y el alma, lo escondido y lo público, y tuviesen en ella presidios seguros contra sus enemigos.

IV

Cristo, escondido como flor, hace celosías de los sentidos de la humanidad, para que le vean. En el vasallo causa congojas el retiro del Príncipe; tienen con él mejor lugar los que le hablan en materias de su gusto e inclinación.

Detrás de la humanidad estuvo con toda propiedad Cristo el tiempo que habitó en Nazareth, mirando, como por celosías, a su Esposa la Iglesia, y por los resquicios a que daba lugar el estado de su retiro. En el Hebreo hay una dicción que significa florecer, romper la flor, y es elegante metáfora tomada de la flor, que encerrada dentro de las hojas, poco a poco hace de ellas celosías, y se asoma por allí casi toda oculta, pero en algo descubierta; y parece que alcanza a ver, sin ser vista, los ojos que desean gozar

de su hermosura. A esta traza considero yo al Hijo de Dios, que detrás de la pared de la humanidad sacrosanta estaba puesto a las celosías de los sentidos humanos, deseando se llegase el tiempo de manifestarse al mundo, y en una misma ocasión un mismo Dios hombre era hombre manifiesto y Dios escondido. Parece que miraba con pena, con pasión a lo menos de galán enamorado de las almas, y aunque todas le veían, era debajo de nubes que le ocultaban, a la traza del conocimiento que tenemos en esta vida de las cosas celestiales, que por levantadas de punto, no hay luz para verlas, para creerlas, sí; que, aunque con oscuridad, pone Dios en el entendimiento humano la virtud de la fe. No se aparece Cristo en lo escondido como Él es en sí; llegará tiempo que goce el mundo de esa felicidad, cuando se embarque a lo público, en agua y sangre, para hacer la redención del género humano; cuando salga a instituir aquellos dos bautismos, uno de agua y otro de sangre, que salieron de su costado juntos e impermixtos, para que lavase el agua a los que habían de creer en su sangre.

No sé si estaba tan escondido Dios cuando el no saber adónde estaba, ni saber responder a la pregunta del Salmo 41, le costaba lágrimas a un Rey, y tan frecuentes, que se alimentaba de ellas de día y de noche: *Fuerunt mihi lachrymæ meae panes die ac nocte: dum dicitur mihi quotidie: ubi est Deus tuus?* No sé si eran estas las congojas de la Esposa cuando buscaba a su Amado y no dió con él en mucho tiempo: *In lectulo quaesivi, quem diligit anima mea: quaesivi illum, et non inveni. Surrexi, et circuivi civitatem per vicos et plateas, et non inveni?* ¿Cómo se había de hallar Dios, cuando juzgaba por conveniente a su autoridad y a nuestra conveniencia esconderse y retirarse?; ¿qué maravilla no le hallasen las lágrimas de los reyes ni las vivas ansias de la más cara prenda del alma? Y es que aún no había llegado el tiempo dichoso de verle en público, fuera de ventanas y celosías para causar cariños y reputación a quien le deseaba. A este blanco tiraba el afecto de

la Esposa en el capítulo último de los Cantares: *Quis mihi det le fratrem meum suggerentem ubera matris meae, ut inveniam te foris, et deosculer te, et iam me nemo despiciat?* Y explicando el Padre San Ambrosio este retirarse Dios dentro y aparecerse fuera, dijo: El Dios que estaba oculto se manifestó; estaba antes escondido en el seno del Padre, ya se deja conocer fuera, cuando busca al hombre para redimirle. Tan escondido parece que se quedó Cristo en casa de sus padres en Nazareth, como lo estaba en el seno del Padre, hasta que se llegase el tiempo de dejar aquella clausura y encerramiento y tratar de la redención del humano linaje a lo público, con su predicación, milagros, vida y muerte.

No me admiro que un Dios tan retirado, en el ínterin que se manifiesta, cause congojas y ansias a los hombres, que no es cosa nueva padezcan muchos achaques los vasallos, si el Príncipe afecta el retiro, y encerrado en su palacio, no sale a ver las necesidades que padece la República, expuesto siempre a gobernar por relaciones, muchas veces engañosas, como si no fuera del Espíritu Santo aquel precepto, que se puso a todos los prelados, de que atiendan muchas veces al rostro y semblante del súbdito. No dijo al memorial, al informe, a la consulta, a lo que le quieren decir los que le asisten, sino que reconocca en el vasallo que implora su favor, la causa que le obliga a levantar el grito. Decía el príncipe Diocleciano, como refiere Flavio Vopisco, los achaques que padece el reino con un rey que gobierna a puerta cerrada y retirado en su palacio. El emperador encerrado, pocas verdades conoce, que éstas, como aves, las espanta el ruido de palacio, como el arcabuz; redúcenle los ministros a que no sepa más de lo que ellos refieren; de ahí el premiar los indignos, desestimar los talentos grandes y buenas partes; y siendo el Príncipe bueno, cauto, deseoso del bien público, le venden por el vil precio de su valimiento. A los reyes católicos y justos es muy amable la verdad, no piensan que hay mentira

ni falacia, fácilmente creen que son como ellos los demás hombres. Y esta facilidad no es vituperable, porque no es vicio, sino bondad; ignorar lo que daña, juzgar bien de todos, porque cree que nadie falta a la verdad que debe guardar.

Cuando el Príncipe no es muy ajustado y oye gustoso la mentira y engaños (cosa indigna de una Corona) es su voluntad e inclinación mortal contagio, que comunicado a sus ministros, son todos impíos y crueles, como lo dijo el sabio. Alternativamente se comunican las inclinaciones los príncipes y sus mayores ministros. A los que les hablan a su gusto juzgan de ordinario por más sabios, como lo advierte Francisco Guicciardino. Tienen por más atento al consejero, al secretario y al ministro que adivina mejor su voluntad y les advierte al gusto de su inclinación; y aborreciendo la verdad y amando la mentira, destemplan la armonía del gobierno cristiano y político. Materia que pondera bien Jorge Pagliario en sus observaciones sobre Cornelio Tácito al primer libro de sus Anales. Nace de aquí que, con la mucha comunicación, enseñado el Príncipe a dar fe a los que no debiera, se hace como ellos mismos y se viste del mismo color de sus costumbres, como lo persuadía el emperador Basilio a León, su hijo, en el librito de sus exhortaciones.

Ninguno de estos achaques tuvo el Príncipe Cristo ni pudieron tener lugar en su Persona. El esconderse fué misterioso, como el descubrirse a su tiempo. Amó siempre la verdad sin engaño ni falacia. Y aunque en el estado que le consideramos, miraba como por celosías el bien del mundo, llegará tiempo en que muy a lo público se dará a conocer quién es, a campaña rasa.



MEDITACIÓN VII

I

Desde la Cátedra de Nazareth daba el Príncipe reglas de buen gobierno. Para el despacho de los negocios ha de ser la consulta larga, la ejecución breve, porque no se quede todo en decretos. La virtud oculta se hace más valerosa. En la juventud suele dar prendas la naturaleza de lo que ha de pagar en la mayor edad.



DESPUÉS de setenta y cinco años de Imperio (según la más ajustada cuenta de los historiadores de aquel siglo) a catorce días de las Calendas de septiembre, murió el Emperador Octaviano Augusto. Corría el año diez y seis de Cristo, reinaba en Palestina Arquelao (a quien llamó Josefo, en sus Antigüedades Judaicas, Herodes Palestino), tirano Príncipe a quien justamente temió el Patriarca San José cuando salió de Egipto con su Sagrada Familia, y por el riesgo que podía tener, se retiró a las partes de Galilea, como lo advierte el Evangelista. Juntáronse los más nobles de los Judíos y Samaritanos (no pudiendo tolerar su gobierno tiránico) y le acusaron ante el Emperador; llamóle a Roma, y vista la delación de la parte

y la defensa del reo, salió desterrado a Viena de Francia y condenado en pérdida de bienes, como lo refiere Josefo.

A este tiempo, pues, creciendo ya Cristo en edad, y al juicio humano, teniendo bastante discreción y perfecto uso de ella, se estaba en su recogimiento de Nazareth, como quien meditaba despacio, por tiempo de diez y ocho años, lo que había de ejecutar en tres y medio, con su predicación, milagros y muerte. Parece que, desde aquella Cátedra, daba reglas de buen gobierno a los Príncipes, en quien debe preceder madura consideración y consulta de lo que han de obrar para ejecutar, que reducir a ejecución lo deliberado es el fin de la consulta, como enseñó Aristóteles: *Finis enim non cognitio, sed actio est*. Queriendo Herodoto prescribir las calidades de un Príncipe cuerdo, le puso entre dos extremos: espacioso en la consulta y pronto en la ejecución. Es la quinta esencia del buen gobierno juntar estas dos cosas tan dificultosas, temores en la consulta, confianzas en la resolución, porque si a una larga consulta sucede una ejecución tarda, nunca se logran los intentos ni llegan a madurar los despachos.

Consideró San Atanasio aquella consulta de las tres Divinas Personas para dar ser al primer hombre: *Faciamus hominem ad imaginem, et similitudinem nostram*. Conocióse muy bien que era Dios Trino y Uno, en cuyo consistorio se trató negocio tan grande, en que a esta propuesta se siguieron después tres ejecuciones divinas: creación, formación e inspiración. Todo lo dice el texto: *Et creavit Deus hominem ad imaginem suam, formavit igitur Deus hominem de limo terræ, et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ*. Desde la eternidad estaba Dios en esta consulta y la redujo a ejecución en cortos días; muy al revés de lo que pasa en el mundo, que si un Consejo trata de hacer a un hombre, o nunca sale hecho o muy tarde, y todo se queda en decretos y acuerdos. *Faciamus*. Creyera yo, que si Cristo no tuviera especial orden de su Padre para diferir hasta los treinta años formar al hombre en la vida espiritual, no

fuera tan larga la consulta, sino que fué necesario que para ganar a los hombres se conformase con ellos, y con el común estilo de obrar, pues no se fian de cortos años materias de mucho peso. Había de ser Pablo vaso de elección y predicar al mundo como Maestro del Evangelio, y tívole Dios muchos años hecho discípulo en la escuela de Gamaliel, como él mismo lo confiesa, y con humildad profunda en los hechos de los Apóstoles. Yo soy, dice Pablo, judío de nación, nacido en Tarso de Cilicia, criado en esta ciudad de Jerusalén; aquí pasé la infancia y adolescencia, junto a los pies de Gamaliel. En que significó, que para aprender la ley, se portó como un niño respecto de su Maestro, constante, cuidadoso, rendido, que todo significan las palabras con que lo refiere, como lo pensó el padre San Crisóstomo. Porque no era bien fiarle ministerio tan alto hasta la madura edad.

No pretendió Cristo vivir en la fama del mundo, anticipando las hazañas que le hicieron después ilustre y célebre en él, antes echó velos a su virtud y puso esposas a las manos de su poder. Pero con esto componía las costumbres, y era una tácita enseñanza de cómo ha de solicitar un hombre vivir a lo oculto en la presencia de aquel Señor, en quien nada hay que lo sea; porque vivir en la fama de los hombres es hechizo con que se pierde la vista de los ojos del entendimiento. Viene a ser la vida oculta un resguardo seguro contra la vanagloria. Tiene el varón justo muchos émulos. A la virtud tratan de dar la batería todos los vicios; si se manifiesta vanamente, se destruye, se desarma; si se oculta, se hace tan valerosa, que destruye las fuerzas de sus enemigos, y así la mortificación de sentidos y potencias (que tienen los mundanos por la mayor amargura) es la que conserva la virtud y la preserva de corrupción. Reparado he que José y su compañero, fidelísimos amigos de Cristo, compraron mucha cantidad de aromas amargas para ungir el cuerpo de Cristo, como era costumbre entre los judíos, costumbre que la tomaron de los egipcios. El cuerpo de

Cristo se ungió entero, no como ahora se usa por grandeza abrir el cáñaver. Usáronlo primero los egipcios, como refiere Juan Benio en el libro que escribió de las costumbres de todas las gentes. El Cardenal Ostiense moraliza este suceso y entiende por especies aromáticas las mortificaciones de la carne, que con su amargura conservan incorruptibles el cuerpo y el alma. Y no es pequeño valor negar a la naturaleza los fueros y leyes que tiene tan ejecutoriados, si se oponen a la Ley de Dios y al especial orden de su providencia, y es armarse derechamente contra las leyes de la carne y sangre, por no faltar a Dios ni echar al trezado las obligaciones que le tiene el alma.

Casáronse los varones de la tribu de Judá y de Benjamín con mujeres alienígenas y extranjeras, contra lo que Dios tenía determinado en sus leyes. Fué a predicarles Esdras para que se apartasen de aquellos matrimonios, y aunque las tenían amor a ellas y a sus hijos, de todo hicieron renunciación, y por no faltar a la verdadera piedad que se debe a Dios, rescindieron de hecho aquellas bodas, mostrándose loablemente rígidos contra la carne y sangre, por ser verdaderamente piadosos en el espíritu. Armáronse contra los derechos de la naturaleza, por asistir fielmente al Autor de ella; olvidaron ser padres de sus hijos, por no perder la herencia del verdadero Padre, y para resarcir los pactos que Dios había hecho con ellos, declararon por nulos sus matrimonios. La virtud arraigada en el corazón hace estas valentías y otras; y sin hacer reparo en la fama pública, tiene por mayor felicidad conservar la virtud en lo oculto que faltar a las divinas disposiciones; y si en todas edades hace hermosa labor la virtud ejemplificada, hácese admirable en los años cortos, y en que tenga esta atención tan madura la juventud.

Siete años solamente tenía el Rey Joás cuando muy despacio se puso a disputar los reparos de la casa del templo y que se guardase el dinero que ofrecía al pueblo y se pagase de él a los arífices. De ocho años era el Rey Josías

cuando arrojó del templo del Señor los vasos dedicados a Baal por sus sacerdotes y los consumió una llama voraz en el valle de Cedrón. Y si queremos hacer recursos a las Historias de los Gentiles, de nueve años era Aníbal gran Capitán, después de los Cartagineses (como refiere Tito Livio) y juró en las aras de sus dioses a su padre Amilcar, que, en teniendo más años, había de ser acérrimo enemigo de los Romanos. Es fuerte inventiva ver la juventud lozana dar reglas de virtud y valor a la mayor edad. Fué reparo del Cardenal Pedro Damiano escribiendo a Enrique, Rey de Romanos, a quien quisiera ver muy alentado para defender la Iglesia Romana y traerle los ejemplos de los Príncipes moros en quienes fué más poderosa la virtud que la propia comodidad. Desde la niñez empieza el Sol de la razón a echar rayos anunciando los empleos que ha de tener la más provecta edad, y en términos formales lo aseguró así el Seráfico Buenaventura. Empezó desde la juventud Cristo a obrar virtuosamente, fué el alborada de su magisterio, en señal de lo que había de obrar en la mayor edad, y que había de ser Maestro de toda virtud. El modo de comunicar estas primeras luces fué admirable y peregrino, nunca jamás oído en los siglos, de que se hablará más en particular en otras meditaciones.

II

Cristo, retirado, no vivió a la fama pública: fué muy humilde. La soberbia arrastra a quien la tiene. Cae Babilonia y dibuja el soberano Artífice la Jerusalén que bajó del Cielo en el polvo de la tierra.

No tenía la virtud de Cristo, en estado de su vida oculta, circunstancia alguna que la pudiese viciar; ni era posible, por ser como era, Hijo de Dios, el supuesto Divino; que en buena Filosofía, las acciones son de los supuestos, y a ellos

se les atribuyen. Como notó un autor grave, todas las obras de Cristo en aquel estado eran de excelente mérito para con Dios, y respecto de los hombres resplandecía en ellas su prudencia y otras virtudes, que así entiendo yo las palabras de San Lucas: *Et Jesus proficiebat sapientia, et gratia apud Deum et homines*. Y así en aquel tiempo eran sus obras llenas de virtud y de sabiduría, crecía en la multitud de ellas, con que no se ocultaba del todo su virtud. Agrádame mucho una advertencia de San Buenaventura, que hablando de Cristo en el estado de la vida escondida, y viendo en particular su humildad, asegura que no fué fingida. No era posible que la suma verdad se valiese de apariencias, sino de verdades para levantar al hombre al puesto eminente de Hijo de Dios por gracia; en oposición del demonio, que por introducir humildades aparentes disfraza el vicio con apariencia de virtud, con que le derriba de la más alta cumbre a la profundidad de la culpa.

¡Quien creyera que el demonio, padre de la soberbia, y que afectó igualdad con Dios y sentarse en su trono, había de vestir la figura de serpiente, que anda arrastrando por la tierra, por la envidia que tuvo al primer hombre viéndole muy poderoso y valido de Dios! Vió en su mano el imperio del mar; rendidas a su dirección las fieras; por habitación el Paraíso; con Esposa fabricada por Dios, y que llevaba en dote todas las criaturas, y envidiándole tantas felicidades el príncipe del Aire, se metió a gobernar una serpiente, y andar postrado y unido a la tierra, como lo ponderó gravemente San Basilio de Seleucia. Por lograr el retiro y derribar al primer hombre de la grandeza en que Dios le había criado, se viste el demonio de aparente, aunque sea humildad, y elige por asunto un bruto torpe, olvidando ser Príncipe de las tinieblas. Todo fué ficción, y así dijo este Doctor: fingiendo humanidad y conmiseración, dió la herida y descompuso al siervo con el Señor.

¶ Cristo, bien nuestro, tomando derrota contraria, humillándose verdaderamente, no sólo al vestido de nuestra na-

turaleza, sino en ella a obras de profunda humildad, las ejerce sin hipocresía y simulación para levantar al hombre, si no al estado de la justicia original, que perdió, al de la gracia, y a ser por ella hijo de Dios; y si derribó la culpa la fábrica que había levantado Dios, fué conveniente se levantase en hombros de Cristo la nueva Jerusalén, desde el polvo de la tierra, a fuerza de su verdadera humildad, como veremos en este discurso.

Si la malicia de la desordenada voluntad, artífice monstruoso que amaga con la inclinación al bien y aprende el mal, tiene maña para delinear en el humano corazón a Babilonia, soberbia fábrica, como ella misma, cuyas torres y lienzo de muros son culpas y pecados, cuyos habitantes infernales furias, que si no se ven al fabricarse se conocen en su ruina (testigos, el archiprofeta Juan y aquel misterioso ángel, que a toda fuerza de voz anunció su ruina), ¿qué maravilla será, que la bien ordenada voluntad de Dios intente por diferentes medios desmontar el sitio del humano corazón, para delinear en él la Jerusalén, que es visión de paz, fábrica misteriosa y descollada, a cuyos capiteles están dando la obediencia las nubes más altas, cuyas torres y muros son virtudes, cuyos habitantes, hijos de Dios? Esta es empresa suya y trofeo debido a su misericordia, cuando más ofendido y cuando su enojo le obliga a solicitar mayores demostraciones de venganza, con el estrago común de la naturaleza.

Ofendido Dios de los pecados del mundo en tiempo de Noé, cuando no solamente le faltaban al hombre obras gratas a Dios, pero ni aun pensamiento bueno parece que divisaban los ojos de este Señor en el corazón humano, tocóle su malicia en lo más vivo del alma y del corazón, y dijo: Al hombre que formaron mis manos y di vida con mi aliento, borraréle de la superficie de la tierra.—Hagamos alto aquí, que le hizo el ingenio de San Ambrosio, y considerando la piedad divina, que está encerrada en estas palabras, exclama devoto e ingenioso: ¡Oh, hermosura singular

de palabras celestiales y divinas, llenas de piedad, embozadas con apariencias de ira! Borraré, y de la superficie, sin duda, que no quiere Dios acabar con la naturaleza; atemorízala con el castigo que amenaza, mas no pretende su total destrucción. Castigo superficial, que corta la flor, deja la raíz, para que en la profunda raíz persevere la virtud de la humana naturaleza, que padeciendo exteriormente, se conserve en el interior impasible y sin pena en la raíz para aquellos a quienes no tocó la culpa; como quien borra las letras y deja los libros; como quien roe los caracteres, dejando sanas las tablas; como quien artificiosamente quita el borrón de la tinta y deja sano el papel, Y para decirlo de una vez, el Santo añade: Borraré las culpas que ocasionó la corrupción de la carne, y escribiré (dice Dios) en esta tabla del corazón humano la virtud y la incorrupción; borrarélos del libro de la tierra para escribir sus nombres en el libro de la vida. Gallardamente ha corrido esta carrera el Arzobispo de Milán, cuyo remate es admirable prueba de la piedad divina, que al derribar con brazo poderoso la soberbia de Babilonia, levanta de sus ruinas el edificio de la nueva Jerusalén, desmontando el sitio de las malezas que introdujo Satanás en el humano corazón.

III

Los fieles son cartas de Cristo escritas con su Sangre y autorizadas con su Espíritu. Ezequiel dibujó a Jerusalén en un ladrillo con grave misterio. Los ídolos del mundo se han de enterrar en el sepulcro del olvido.

Prosigamos el asunto. Misterioso fué el título que dió el Apóstol a los fieles de Corinto llamándoles carta suya y carta de Cristo. Carta escrita con lengua en vez de pluma, que como escribe Dios, escriben sus ministros: escrita no en papel del mundo, ni en tablas que al primer golpe se

quebrantan como las de la ley, sino en el corazón fiel que perseverando en merecer, llega con el premio a eternizarse. Y, finalmente, escrita, no con tinta del mundo, que fácilmente la consume y gasta el tiempo, sino con el Espíritu de Dios. Esa es la una; ¿y la otra? Que la escritura no se hizo en tablas, sino en corazones. ¿Qué querrá decir el Apóstol? Fiemos la explicación al mismo Doctor: Estaban —dice— escritas en los varones de Corinto con plumas de humanos afectos y con tinta del mundo muchas razones de Estado, atenciones temporales inútiles y dañosas a la salvación. Entra el gran Maestro predicando el Evangelio, y en él, eternidad, otra vida, bienes sin fin, perpétuos e interminables. Borró la primera escritura para escribir la segunda con el Espíritu de Dios. Quebrantáronse las tablas de la Ley, trasladóse en el corazón humano y borrándose las vejeces antiguas, escribe Dios por medio de sus ministros en su espíritu la Ley nueva; de manera que, para escribir bienes celestiales, virtudes, méritos y premios, destierra lo temporal, ahuyenta lo dañoso, para que corra sin tropiezo la mano y pluma del Evangelio.

Sea clave de la fábrica de este discurso un lugar de Ezequiel. Llamó Dios un día al Profeta y díjole que cogiese un ladrillo y delinease en él la ciudad de Jerusalén, su templo, torres, muros, capiteles y población casi innumerable. ¡Extraño precepto! ¿Pues cómo puede el Profeta, aunque sea el geómetra más primoroso, delinear en un adobe la populosa ciudad de Jerusalén? Dificultosa cosa a la letra; pero al espíritu, según la interlineal y la doctrina de San Nilo, pretende Dios que sus ministros, en el barro de Adán, infecto por la culpa, procuren dibujar y delinear la ciudad de Jerusalén, para que a fuerza del Magisterio y divina virtud, se levante el polvo a ser templo de Dios.

Bien dicho, pero más claro y a mi intento, San Jerónimo explica el precepto de Dios al Profeta, y fué, no tanto que escribiese a Jerusalén en ladrillo duro y fuerte, cuanto en la ceniza y el polvo. ¿Pues no había lienzos adonde pintarla

o tablas en que pudiera más espaciosamente delinearse que en polvo? Esto es querer que se olvide al punto que acabe de escribirse, según el proverbio antiguo del ofendido y del ofensor, que éste escribió en polvo la injuria que hizo, porque luego la olvida, y aquél en mármoles, porque no la olvida jamás. Pero esto no pasa aquí; antes, para que se escriba bien y se perpetúe la memoria de Jerusalén celestial, quiere Dios que se escriba en polvo, y que del mismo, expuesto antes a todos vientos de culpas por su fragilidad, se levante una celestial y firme fábrica de piedras vivas labradas mejor que a punta de diamante con el Espíritu de Dios vivo. A este fin se encaminaban las obras de Cristo verdaderamente humilde, sin ficción ni hipocresía, como quien las sepultaba debajo de tierra, y en lo escondido, para que fuesen más del gusto de su Eterno Padre.

De aquí se entenderán dos lugares de la Sagrada Escritura, que parecen opuestos, uno del Génesis y otro del Deuteronomio. Llegó Jacob a Betel, y como fiel amigo del verdadero Dios, celando su honor y culto, convocó a todos sus deudos, pidiéndoles los ídolos que adoraban y escondiéndolos de la otra parte de Sichen debajo de un terebinto. Mandó Moisés (gran capitán del pueblo de Dios) que en el monte Garicín, pasado el Jordán, se dividiesen en dos coros las Tribus, entretanto que los Levitas pronunciaban las bendiciones y maldiciones al pueblo. Esta fué la primera maldición: Sea maldito de Dios el hombre que labra ídolos, abominación del Señor y los pone en lugar retirado y escondido. Y respondió todo el pueblo a una voz: Amén. Ahora entra la dificultad: si Dios y todo el pueblo de Israel maldicen a quien esconde los ídolos y los pone en lugar secreto y retirado, ¿cómo se alaba la hazaña de Jacob, su celo y fidelidad, habiéndolos escondido debajo de un terebinto? Y si se agrada Dios de que se escondan, ¿por qué maldice al que los escondiere? Sale a esta causa el Padre San Nilo, y dice: No es todo uno enterrar debajo de tierra los ídolos o ponerlos solamente en lo escondido. Los que se esconden

den en la profundidad de la tierra, a poco tiempo se olvidan, fácilmente se desvanece la memoria de ellos; pero si los esconde el recato y el artificio para adorarlos en lo retirado, persevera siempre la memoria de ellos. Lo primero es hazaña digna de alabanza: lo segundo, culpa digna de divina maldición. Oigamos las palabras del Abad santo: ¡Oh, qué doctrinas! Son las ocasiones de pecar ídolos del alma; éstos pueden enterrarse en la tierra y polvo, que despierta la memoria de morir, y ahí enterrados, prevaleciendo la memoria de quien los adoraba. Esta es hazaña del Jacob cristiano y empleo celestial: quitar los ídolos que adoran los deudos y los amigos del mundo y enterrar las ocasiones de pecar donde nunca se vean; pero si no se entierran, sino que se esconden de los ojos a quienes escandalizan, de las lenguas que lo murmuran y se adoran en lo escondido, aquí alcanza la maldición de Dios.

IV

El Príncipe, aunque escondido, traía escrito en el rostro quién era. Hácese mención de muchos varones santos, de cuyos rostros salían rayos de luz. Pondérse cómo debe ser la vida del Religioso.

Es gran consuelo en la vida cristiana, que el Maestro de toda virtud, Cristo nuestro bien, no solamente a título de su sabiduría infinita no pueda ser engañado, sino que, a fuerza de su bondad suma, no puede engañar a nadie, y desde que se apareció en el mundo traía escrito en el rostro su verdad, el celo del honor de su Padre, su humildad verdadera, para que confiadamente, cuando llegase el tiempo de su enseñanza, pudiesen los hombres arrojarse intrépidos al mar de su doctrina sin afectar gloria propia, como lo confesó en diferentes ocasiones. Y todo tenía su origen en su profunda

humildad; que no puede obrar a gloria de Dios el que desvanecido se tiene a sí mismo por fin de sus acciones.

Grande lugar a este intento es aquel del capítulo quinto de San Juan: *Quomodo vos potestis credere, qui gloriam ad invicem accipitis?* Encuéntranse entre sí la vanagloria y la gloria de Dios; la soberbia humana y el divino culto; la propia estimación y la fe. ¿Cómo es posible que obre bien, a gloria de Dios, el que tiene soberbia y presunción y afecta ser alabado de todos? En cuyo empleo tal vez entra desestimado el mismo Dios, y no está segura la fe en el que quiere ser preferido en la alabanza al Señor que le dió el ser. Ataja tierra en conveniencia propia el que con afecto fiel y devoto, con obras y palabras, solicita la gloria de Dios o se prohíbe el cuidado de la gloria propia.

Hallaremos esta verdad en unas palabras comunes que dijo a sus discípulos Cristo Señor nuestro. De tal suerte ha de lucir la luz de vuestra vida, que vean todos vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre, que está en los Cielos. No parece está corriente esta cláusula: bien es que la vida de los apóstoles y discípulos sea luz recibida de los hombres con aplauso y estimación, y que sus obras tengan grande lugar en la aclamación pública, pero el efecto debiera ser para los mismos; suyas eran las obras, y debiera decir para que os glorifiquen a vosotros, que sois autores de hazañas tan ilustres; pero no dice eso, sino para que se glorifique vuestro Padre. Habló muy advertidamente, y con profundo misterio dijo aquí el cardenal Cayetano: los hijos, naturalmente, deben buscar la gloria de su padre; pero no fué ese el mayor misterio, sino asegurar que el camino para solicitar la gloria propia es solicitar la gloria de Dios, que en el modo posible se identifica con la nuestra.

En el rostro, según meditan los Santos, traía escrito Cristo quién era, dijo gravemente Simón de Casia. La forma del cuerpo de Cristo era tal, que no se vió jamás en otro en la humana naturaleza; admiraba creer que les hubiese nacido a María y José, siendo tan pobres, un Hijo tan hermoso,

tan bizarro, que traía escrita en el rostro la generosa sangre de David, y más parecía haber nacido para una Corona que para habitar tan pobre albergue. Tal vez pone Dios en el rostro de los hombres luz para conocer sus costumbres, su modo de vida e inclinaciones. Ya queda arriba advertido, en sentencia del Padre San Jerónimo, cómo salían rayos de luz del rostro de Cristo, y de sus ojos, por donde parece se asomaba el ser divino, que ocultaba la humanidad. Y ¿qué maravilla pasase esto en la persona del Hijo de Dios, si de los Apóstoles Pedro y Pablo refiere Nicéforo que como estaban tan llenos de gracia, por su aspecto conocían los que les miraban los dones divinos que tenían ocultos en su corazón? Del Seráfico Francisco refiere Buenaventura que parecía a los que le miraban hombre de otro siglo, levantando siempre al cielo el corazón y el rostro con que robaba los corazones. De Cipriano refiere Poncio Diácono que se le conocía la santidad y gracia en el rostro. De Bernardo dice el autor de su vida: *In vultu claritas præfulgebat, non terrena, sed cælestis*. De Luciano, mártir, se refiere que no se atrevió a mirarle al rostro el Emperador Maximiano, si no es con un velo intermedio. Casi lo mismo se predicó en el Concilio Lugdunense el año de 1274, en las exequias de San Buenaventura, que predicó el Cardenal, que después fué Pontífice, y se llamó Inocencio V. Y todo se ajusta bien con aquello que dijo el Eclesiástico: *Ex visu cognoscitur vir, et ab occursu faciei cognoscitur sensatus*. Y aunque más quiera disimularse el vicio con la capa de la virtud, luego se conoce.

Aquí fundó su argumento San Bernardo, que yéndose de los ojos al corazón, asintió sin temeridad que no puede componerse con los ojos inmodestos un ánimo ajustado. Lo mismo se hallará en otro pasaje, adonde condena el traje y el atavío, el demasiado adorno de unos clérigos de su tiempo, que no tenían del estado sino solamente el nombre. Gravemente ciñó San Crisóstomo (explicando la diferencia del fiel al catecúmeno) las obligaciones que tiene

el que se precia de verdadero hijo de la Iglesia, y que se debe conocer que lo es no solamente en lo que recibió de Dios, sino en lo que le retornó agradecido con su vida y costumbres, que todas deben ser lustrosas, al fin como de hombre que pasó de las tinieblas a ser hijo de la luz, y que se conozcan en el aspecto, en los pasos, en el vestido y en la voz.

Con tener mucha malicia sobre ser malo un hombre parecerlo, como tiene de bondad el ser franco y que se le conozca en lo exterior del aspecto, obras y palabras, es, sin duda, más dañoso el achaque de la hipocresía, que debajo de apariencias de virtud encierra abominables vicios. Son los heridos de este achaque, no como aquellos dos olivos del Apocalipsis y aquellos dos blandones que lucen en la presencia de Dios, porque como observó el Cardenal Pedro Damiano, los hipócritas no lucen delante de Dios, sino a la presencia del mundo. Conque la apariencia santa tiene engañoso remate, prevenido de los Santos en sus obras y de Cristo en el Evangelio.

V

La hipocresía es vicio abominable y achaque mortal, si acomete a las cabezas. La verdad, sin engaño, conserva la vida política.

Dibujó el Espíritu Santo este género de gente (si es que la hay ya en el mundo, pues hoy más se practica hacer gala del vicio que ocultarle con capa de santidad) con dos galanas metáforas por la boca del Evangélico Profeta: *Ibi cubavit lamia, et invenit sibi requiem. Ibi habuit foveam ericius, et enutrivit catulos etc.* A la letra trátase del miserable estado de la República de Jerusalén, que por ser emporio de todas las naciones, admitió las superticiones e ido-

latrias de todos, significadas en las diferencias de los animales que, según el Profeta, tuvieron allí su habitación, como advirtió San Jerónimo; infelicidad, aunque parece grandeza, de las cortes de los Reyes, que se hallan en ellas todas las naciones del mundo, y con hacer común el hábito y el vestido, disimuladamente tratan a su gusto las materias de Religión. El padre San Gregorio, tratando de la diferencia de pecadores que hay en el mundo, significados por los brutos y aves de rapiña, aplica a los hipócritas las palabras del Profeta: lamia es un animal que tiene rostro de mujer, el cuerpo de bestia, los pies de caballo, clara semejanza del santo fingido, que no enseña más del rostro, y ese de mujer hermosa, modesta, apacible, pero si se mira despacio, se hallará que la vida es de un bruto, y las extremidades de caballo, animal altivo y ambicioso.

Más alma tiene la metáfora del erizo: este animalejo espinoso, todo el tiempo que nadie le ve ni pretende cazarle está desplegado, desenvuelto, anda y corre como los demás; pero en oyendo ruido de los cazadores, encoge la cabeza, recoge los pies, hácese un ovillo. Todo el tiempo que no está en público el hipócrita, es como los demás hombres, esparcido, alegre, amigo de divertirse, pero cuando siente ruido y se ve en publicidad, encoge la cabeza y la tuerce, encoge los pies para que no se vean sus pasos ni se conozca la intención de sus obras.

En varias materias fabrica monstruos horribles la hipocresía artificiosa; pero nunca derrama tanto su veneno como cuando se atreve a infestar las cabezas de las Repúblicas, los Principes y Prelados, para que se contenten para parecer a los hombres lo que no son; ardid de que se usa el demonio para hacerse dueño de la República, tomar el fuerte de la cabeza; tragedia lastimosa, que lloraba Jeremías en sus Trenos, afligido de que los enemigos de Jerusalén se le hubiesen atrevido a la cabeza. Y aquí el angélico Doctor, conociendo el peligro que amenazaba a toda la República, dijo: Corre grande peligro Jerusalén, la Iglesia santa, cuan-

do sus enemigos se han apoderado de sus cabezas. Y si le preguntamos ¿por qué es tan grande y tan manifiesto el peligro?, responde: Es conocido y notorio peligro de perderse la república o congregación, adonde el demonio, enemigo común, se ha hecho dueño de los que la gobiernan, y cuando manda y preside uno de los de su facción y que sigue su bandera, no duda hacerse dueño tirano, habiendo entrado el fuerte y castillo. En caso semejante, librase el Gobierno en apariencias de virtud; contentándose los que mandan con parecer bien a los hombres, faltan a lo que deben a Dios, y aunque en el interior estén gozosos de la falsa alegría del mundo, a fuer de hipócritas, aunque no parezcan tristes, entristecen las Prelacias, melancolizan las Divinidades.

Mandó Herodes, intruso rey del Reino de Judea, cortar la cabeza a su Predicador por complacer a una mozuela deshonestas, que heredó con la sangre la desenvoltura; siglo infeliz en que tuvo atrevimiento una rapaza para pedir a un rey por premio de un baile la cabeza del mayor de los nacidos. Concedióla el príncipe, pero entristeciósse luego. Pues si la tristeza era hija del pesar de un hecho tan atroz y de haber decretado tan inicuaamente el memorial, ¿para qué se entristece? Andad (dice agudamente Cayetano) que no se entristeció Herodes, sino el Rey. ¿Pues no era todo uno? Sí, pero Herodes estaba interiormente gozoso de la súplica y de la concesión, y exteriormente pareciendo lo que no era, tenía la apariencia de rey triste. ¡Oh, abominable hipocresía! Rey que interiormente está gozoso de extinguir el lucero del Sol de Justicia y de privar de su aliento a la voz del Verbo, representaba exteriormente y en la apariencia un rey triste: ¿y esto qué fué, sino prohiar a la dignidad la tristeza verdadera que había de tener en su alma por culpa tan grave? Y si así pueden entristecer a las dignidades y oficios, justamente estarán tristes las que se hallan en sujetos que parecen lo que no son, y podían llorar su desdicha, a la traza de aquellos caminos, que introduce Jeremías lloro-

sos, porque no había quien los caminase, para dar gloria a Dios en su templo.

Aunque en todos los hombres es vicioso el engaño, con apariencia de virtud, especialmente lo es en los reyes, a quien está prohibido todo género de engaño y fraude con sus vasallos, por derecho divino y natural, como afirma Filón; y aunque el ser engañado es cosa tan fea, como advierte Cicerón, lo es más engañar a otros. Por eso los reyes de Egipto, entre las insignias reales, traían al cuello un zafiro, símbolo de la verdad, siempre constante; y como dijo el otro filósofo, fea mancha es de la púrpura la mentira; y así a la fidelidad, tan venerada de los romanos, le erigió templo Numa, como lo refiere Blondo en su Roma triunfante. A la deidad allí venerada llamó Valerio Máximo, *venerabile lumen, et certissimum humane salutis pignus*; porque la verdad, sin engaño ni doblez, conserva la vida política, como el engaño pervierte la armonía de todo buen gobierno; es corsario astuto que levanta los estandartes del bajel a quien quiere debelar, y valiéndose del engaño, hace tiro, con que no se pueden cautelar sus designios, por la variedad de ardidés con que acomete. Gracioso fué el paradigma de Plutarco de la plática que tuvieron la Luna y su madre, sobre que la hiciese una túnica, siendo imposible hacer vestido que se ajuste a la Luna, unas veces llena y otras menguante, ya grande, ya pequeña, ya redonda, ya con ángulos; y así la dijo: *¿Quomodo una tunica istis adversis tuis formis aptanda, nequaquam percipio?*² Y es fuerza del engaño (pervirtiéndolo todo) que se varíen los Estados, las Repúblicas, y se cumpla a la verdad lo contenido en aquel poema de Ovidio:

*De Niobe silicem, de virgine fecimus ursum,
Concinit Odrysium, Cecropis ales Itum.
Jupiter, aut in aves, aut se transformat in aurum,
Aut secat imposita virgine Taur aquas.
Protea quid referam, Thebanaque sentia dentes,
Qui vomerent flammis ore fuisse boves?
Flere gentis auriga suis Electra sorores
Quæque rates fuerant, nunc maris esse Deas.*

De aquí nace otro modo de hipocresía, que se halla en el gobierno, cuando para cumplir con el mundo se cuida de lo que importa menos y se pone en olvido el cuidado de lo más importante, librando en solas apariencias las obligaciones del ministerio. Ahora pregunto yo: ¿cuál es mejor, la justicia o la apariencia de que se ejercita y que la haya en la República? Esto estase dicho, pues es cierto género de hipocresía ver tantos ministros desvelados por el bien de ella, cuando la vemos con peligro de irse a pique; y es que se libra mucho en apariencias, y dejando de acudir al remedio de lo substancial, se cuida por cumplir de lo menos importante. ¡Qué cuidadosos andaban los marineros en la tempestad de Jonás, de echar al mar todas las mercaderías, barriles y cajas, para aligerar la nave, combatida de los vientos y con peligro de que se la sorbiesen sus hinchadas y soberbias olas! Y no reparaban en que durmiese el Profeta en lo profundo del navío, a sueño suelto, siendo él la causa de la borrasca, y su culpa el grave peso que la ponía en peligro de anegarse. Arbitrará el otro, que se echen los pobres de la Corte, porque encarecen los mantenimientos a los cortesanos; echad a los señores, dijera yo, que por sus excesos se levantó la borrasca grande de la hambre; que no cargan los pobres, antes sobre ellos carga segura la máquina del mundo. No poner el cuidado en el Jonás inobediente, que duerme en la cama de su culpa, y cuidar de lo menos importante, dando de mano a lo substancial, tiene grande peligro en las repúblicas y congregaciones gobernadas de ministros, que procuran solamente parecerlo a los hombres.

Cristo, nuestro bien, trueca las manos en el modo de portarse al tiempo de su adolescencia, pues es la santidad misma; y apenas se conoce, no librando en apariencias sino en substancia, el empeño de Hijo natural de Dios. Parece se le ajustan aquellas palabras de Ambrosio, que hablando de un mozo cuerdo, dijo: ¿Qué juventud como la que se viste unas venerables canas, cuyos años, aunque pocos,

gobierna la prudencia y en quien el fervor de la edad, en su mayor verdor y lozanía, le compone a una vida ajustada con virtudes y méritos? Que si a Timoteo, siendo mozo, le fió el Apostol ser ejemplo de los fieles, en las palabras, en la conversación, en la caridad, en la fe, en la castidad, como consta de aquellas palabras, ¿cómo se puede dudar no se hallasen en grado heróico estas virtudes y atenciones en la juventud de Cristo? Y porque no se entendiese que materias tan grandes las fiaba San Pablo de un hombre de muchas canas, le cuenta los años y le pone a los ojos su edad corta, para que en ellas conservase el crédito de varón consumado y nadie lo desestimase por mozo.





MEDITACIÓN VIII

I

Muere Octaviano Augusto; sucede en la corona Tiberio. Llega el Príncipe a la edad de diecisiete años. Pondéranse los blasones y títulos de los reyes, deducidos de divinas y humanas letras.



los setecientos y sesenta y siete años de la fundación de Roma, y al último de la vida de Octaviano Augusto y primero del imperio de Tiberio, llegó Cristo a la edad de diecisiete años, conservando su habitación en el humilde albergue de sus padres, en Nazareth, lugar cil'o tan pequeño que dudó Natanael si de allí podía salir cosa buena. Fué echar otro velo a los misterios de su vida, pues pudiendo hacer su mansión en Roma o en Jerusalén, ilustres emporios del mundo, no solamente se retiró a un lugar corto para pasar la vida dieciocho años, sino que aun después, continuando el mismo pensamiento, eligió los discípulos de Galilea y de Bethsaida, patrias mal opinadas e infecundas de varones ilustres. Por esta misma causa eligió cinco apóstoles de aquella pésima ciudad, Bethsaida, a quien tan agriamente reprendió en el capítulo XI de San

Mateo. De allí salieron Pedro, Andrés, Juan, Diego y Felipe, como consta en el capítulo I de San Juan, para persuadir al mundo que en una mala ciudad pueden nacer buenos ciudadanos, y que como se haga estudio de atender a la virtud, embaraza poco para ascender a las dignidades y puestos grandes haber nacido en patria humilde o mal opinada. Parece quiso Cristo, naciendo en Belén, retirándose a Egipto, volviendo a Galilea, pasando su juventud en Nazareth, dando su vida por los hombres en Jerusalén, levantar la pretensión, que tuvieron las siete nobles ciudades de la Grecia, sobre hacer suyo al poeta Homero; pero no se le puede quitar la gloria a Belén, que en el común sentir dió al mundo el Mesías Dios y hombre, y en quien Cristo dió la primera ojeada en carne mortal a la luz, al cielo y a la tierra; con que en nobleza y santidad excede a todas las ciudades ilustres y metrópolis del universo. También entra a la parte Nazareth, que dió albergue a este Señor por dieciocho años; que si a Roma la engrandece el Padre San Crisóstomo, porque estuvo en ella y predicó San Pablo y porque habitó allí San Pedro (calidad que puso en olvido la magnificencia, antigüedad, victorias y hazañas de Roma), ¿qué encomios, qué alabanzas serán bastantes a engrandecer a Nazareth, donde habitó tantos años Cristo? Quédese la ponderación a la piedad cristiana.

Estaba, pues, Cristo en esta habitación al tiempo que murió en Roma Octaviano Augusto y entró Tiberio a sucederle en la corona con la aclamación de los senadores, caballeros y cónsules, haciendo a dos luces con variedad de semblantes: de pesar por el difunto, de adulación por el vivo. Con extraña disimulación lisonjeaban a entrambos, y a un tiempo mezclaban el gozo con las lágrimas, con las quejas la adulación, huyendo de no parecer alegres con la muerte del Príncipe, ni descontentos con la entrada del sucesor.

Ya en Jerusalén, por este tiempo (si creemos a Josefo en sus Antigüedades Judaicas) se acabaron las coronas del rei-

no de Judea, y se gobernaba por Presidente, puesto por los romanos, con la muerte de Arquelao, el último poseedor. Era Sumo Pontífice Hircano, primero de este nombre, cuya insignia pontificia era una estola, que por orden del prefecto se daba al Sumo Sacerdote tres veces al año, para que usase de ella, y después se guardaba debajo de llave; acompañaban la estola el superhumeral y pectoral, adornados con piedras preciosas; de éstas había doce en el pecho del Pontífice, y arrojaban de sí algunas veces tanta luz, que por ella conocía el pueblo la presencia de Dios, y se aseguraba de su socorro para obtener felices sucesos (por eso los griegos llamaban al racional oráculo), y dejó de lucir doscientos años antes de Josefo, como él mismo lo refiere, en pena de la transgresión de las leyes divinas. A estas piedras llamó Filón esmeraldas, y explica el misterio que contenía cada una en el libro que escribió *De Monarchia*.

A este tiempo, Cristo, nuestro bien, siendo Rey de los reyes, se mostraba en la presencia de los hombres inútil, despreciado, ignorante, como lo afirma San Buenaventura, y que se puede imaginar así con devoción y sin temeridad. Tres velos, que cualquiera de ellos pudiera ocultar por sí solo la majestad del Hijo de Dios (refiere el Doctor Seráfico) puso Cristo para ser desconocido, mostrándose inútil, despreciado y de corto saber, cuando en letras humanas y divinas no hay cosa tan ajena de un Príncipe, como lo testifican los blasones que en su favor se deducen de todas letras, como lo notó Marco Antonio Pitsilo en el libro de la Institución del Príncipe.

Es el Príncipe un Dios en la tierra, tan útil al gobierno, que tiene veces suyas, como consta de la carta de Pablo a los romanos. Llámase ayudante de Dios en la primera a los de Corinto, porque por él rige Dios al mundo y le comunicó la dignidad de gobernar. Llámase mano de Dios, ilustre instrumento para todas las cosas, camarero suyo, como consta del Exodo, porque espera a ejecutar su voluntad. Es tan grande su autoridad y tan eminente el estado, que

se llama lengua de Dios; se hace visible, y volando por medio de los reinos, anuncia a sus súbditos la ley eterna; tiene tanta luz de sabiduría, que se llama lumbrera del mundo, que ha de lucir en la provincia y reino, con tantos resplandores de sabiduría, que la ilumine toda. Llámase doctor de justicia, por el profeta Joel, porque en el ejercicio de esta virtud ha de tener particulares atenciones, por ser la que asegura el trono, el cetro y la corona. Llámase majestad, porque luce su grandeza en la salud del pueblo, como se refiere en el Derecho; patrón, a quien debe reverenciar la patria; padre público, que tiene cuidado de sus hijos; sacro, porque es como celestial, que preside en el templo de la Justicia; óptimo, por los beneficios que hace; máximo, por el poder que tiene. Y si a los reyes del mundo católicos y atentos a sus obligaciones, se les ajustan debidamente estos títulos, bien se conoce de aquí la grandeza, la majestad, la sabiduría, la conveniencia en el bien público que oculta Cristo en el retiro de Nazareth, pues siendo Rey, aunque oculto, y siendo obligación de quien goza de este título saber mucho, y saber lo mejor, para ser útil y provechoso a sus súbditos, todo lo ocultó mostrándose inútil y sin provecho porque convenía así, hasta que se manifestase. Fué obrar como por razón de estado muy usitada de los príncipes, como veremos en el discurso siguiente.

II

El Príncipe ha de anteponer la Religión a todo lo temporal. Explicase qué cosa es razón de estado. El Romano Pontífice debe ser muy venerado de los Reyes, los cuales han de poner el hombro a la defensa de la fe.

El derecho o razón de estado (de la que muchas veces se valen los Príncipes) se define así por los jurisconsultos: exceso del derecho común por el bien común de la Repúbli-

ca. Algunos confunden esta definición con la que se da a la plenitud de potestad del Príncipe; sin embargo, convienen en unas cosas y en otras se diferencian. Convienen en no estar limitadas por algún derecho público, en que es faltar a las leyes comunes, por lo que el Príncipe no debe usar de la razón de estado sin necesidad; diferéncianse en que de la plenitud de potestad no puede usar el Príncipe en perjuicio de otros, ni ello obra en aquellas cosas que consisten en el hecho, ni adonde hay grave perjuicio de tercero, ni en otros muchos casos que refiere Rodolfo en el tratado de la suprema y absoluta potestad del Príncipe. De donde se infiere que la razón y derecho de estado abraza cuatro condiciones de que se acompaña: suma necesidad, exceso de otros derechos, utilidad pública y que no haya otro medio, sino sola la razón de estado, de que hay muchos ejemplares en la Jurisprudencia y de que están llenas las Historias. El mayor cuidado del Príncipe ha de ser que no vulnere la razón de estado a la Religión, sino que ésta se conserve pura y venerada, por ser la que asegura los Reinos, materia que miraron con tanta atención los romanos, especialmente los Cónsules, que dijo de ellos Cicerón: más estimaban el decoro de la religión que el consulado, y habiendo de faltar a una de las dos cosas, voluntariamente renunciaban la soberanía del Imperio por no faltar a la Religión. Que la veneración de lo divino ha de estar siempre presente, como lo está Dios, para la seguridad de los reinos.

De las conveniencias de esta católica razón de estado, que se prefiera Dios y su ley a toda utilidad política, dan muchas razones los Doctores más atentos: no hay en los hombres cosa alguna de tanta estima como el culto de Dios. A los Príncipes ninguna cosa les ayuda tanto a la conservación de sus Estados como la piedad y religión; sin ella valen poco los ejércitos, la caballería, la infantería; pierden sus filos las espadas, huyen las tropas, piérdese el oro y la plata y se malogra todo el aparato bélico, como escribió Nicéforo. Los Reyes que estimando en poco la Religión pre-

tenden asegurar su principado político, son semejantes a los judíos, que por sus comodidades trataron de quitar la vida a Cristo y le perdieron a él y los puestos que ocupaban, como dijo San Agustín. Y al paso que se disminuye el estado eclesiástico, faltan las fuerzas a los fieles y prevalecen sus enemigos, como lo observó Ludovico Mayorano. Adonde prevalece la Religión tienen buen lugar las leyes, feliz suceso las armas; pero si se pierde el temor a Dios, se sigue la impiedad, la ruina de los Imperios. Mucho han experimentado de estas desdichas Alemania, Francia, Inglaterra, y son testigos de su misma desdicha, pues vieron los pavimentos de sus casas nadar en sangre humana; porque turbada la religión, turba y echa a fondo la vida política. Todos los vicios se arman contra una virtud; todo lo falso contra la verdad; conspiran contra la verdadera religión todas las sectas, como contra Cristo los fariseos, saduceos, herodianos, romanos, hasta que le quitaron la vida. Muchas enfermedades resuelven un cuerpo; varias cizañas llenan el campo y ahogan la buena semilla; así varias sectas, amparadas de los Príncipes, se unen contra la verdadera Religión, en notorio daño de las Coronas y los Imperios.

De lo dicho se colige la veneración que deben los Príncipes católicos al romano Pontífice, cabeza de la Iglesia y de la verdadera Religión, y cuán debidamente le prestan obediencia por sí o por sus embajadores. Pudo Dios criar en todas las provincias hombres diversos, pero no le pareció conveniente, sino que crió un solo Adán, de quien descendiesen los demás y estuviesen unidos con él en una misma naturaleza, y se ayudasen unos a otros como miembros de un mismo cuerpo. Bien pudiera Dios en la vida espiritual constituir un Pontífice para cada provincia y que tuviera dominio absoluto; pero nacieran de ahí, sin duda, diversidad de opiniones, controversias en la vida política; y para obviar estos inconvenientes y otros, eligió uno solo, a cuya obediencia y determinación, cediendo todos, viviesen uniformes en esta vida mortal. Esta cabeza es el romano Pon-

tífice, Príncipe de los príncipes, padre de todos y digno de veneración, especialmente de los que gobiernan los Reinos y Repúblicas, porque en doctrina del Espíritu Santo: *Benedictio patris firmat domos filiorum*, es Vicario del Señor, Juez de vivos y muertos y Príncipe de los reyes de la tierra. A este Monarca se debe la obediencia, a quien besan el pie todos los príncipes de la tierra, según estaba profetizado. Así la República que desampara a esta cabeza, se llama ramera en la Sagrada Escritura, pues no contenta con un solo varón y verdadero esposo, apetece otros muchos. Asiste a la Iglesia la providencia divina, y en todas edades ha levantado varones ilustres que amparen y defiendan la verdad, y nunca toleró Cristo que dure sin castigo cualquier osado atrevimiento ó menosprecio que se hizo a la cabeza de la Iglesia, como lo ponderó Paulo III en la amonestación que hizo al Emperador Carlos V. Las dos naciones que más florecieron en el mundo, una de los judíos y otra de los griegos, tuvieron infeliz remate porque se opusieron a Dios y a sus ministros: la primera, negando a Cristo; la segunda, desestimando la autoridad de su Vicario. De donde se infiere que el Emperador, el Rey y el Príncipe que desestimaren la persona del Pontífice romano, tendrán sucesos infelices, que nunca ha dejado Dios sin venganza esta injuria.

Es obligación de los príncipes católicos conservar en sus reinos la reverencia y decoro a lo celestial y divino, no dando lugar que aun por brevísimo tiempo se permita cosa alguna que disuene de la Fe y Ley evangélica, que si en la República Hebrea, cuando en ella florecía la religión, era ilícito a los reyes tolerar maestros de diferente fe, y se les mandaba se les quitasen luego la vida, como consta del capítulo 13 del Deuteronomio, y la misma pena tenían los que no estaban al juicio de los Sacerdotes, con más atención deben vivir los Príncipes cristianos, pues son mayores sus empeños. Que si Moisés dió la ley, la verdad y la gracia la dió Cristo Jesús, y deben ser como el Rey que pinta el Espíritu Santo en los Proverbios: *Rex sedens in solio judicii, dissipat*

omne malum. De donde se infiere cuán pernicioso sea permitir libertad de fe y religión en los reinos, por el peligro de que todo se pervierta, y porque no habiendo (como no hay) sino una sola fe y un bautismo, el que concede libertad de creer concede libertad de errar en materia tan grande como la de la salvación.

III

Cristo, en todo tiempo fué utilísimo a los hombres. Refieren su vida y muerte los Profetas, como si fueran evangelistas. Supo distinguir el bien y el mal desde el instante de su concepción.

Aunque Cristo, por razón de estado, a nuestro modo de discurrir (que no fué sino profundo misterio de su sabiduría), se mostró inútil en la edad de que se va formando este discurso y pareció forzoso y necesario ocultarse hasta su tiempo, ¿quién puede dudar de que pareciendo inútil era, de secreto, utilísimo por sus obras, no solamente al lugar adonde vivía, sino a todo el universo? Pudieron todos los hombres copiar de aquel original virtudes grandes como de un erario y tesoro común; pero no le conocía sino el que llegaba a recibir sus riquezas. Fué el maná escondido y aquella preciosa piedra que en el Apocalipsis se aseguró al vencedor y en ella escrito un nombre singular que ninguno le entiende bien, sino es aquel que se le aplica. Dichoso aquel que recibe esta piedra preciosa y se hace capaz de los favores del maná escondido, siendo vencedor de sus mismos apetitos.

A todos es utilísimo Cristo, y le considero yo como un libro adonde están escritos todos los misterios de la vida cristiana, para que cada uno, conforme a su capacidad, pueda leerle. Unas veces estuvo cerrado y oculto y otras se propuso públicamente para que lo pudiesen leer todos.

Primero estuvo encubierto en la ley, en los Profetas, aunque cada uno manifestaba debajo de aquellas sombras lo que les dictaba el Espíritu Santo, para que cuando el mundo viese a Cristo, no le pareciese cosa hecha al acaso, sino misterio escondido de los siglos y revelado en tiempo oportuno, para convencer la obstinación del judío rebelde a quien una nube de testigos y testimonios no acaba de persuadirle que Cristo es el verdadero Mesías.

Hace un epílogo de los misterios de Cristo, deducido de los libros sagrados, el cardenal Pedro Damiano. Que el Hijo de Dios se había de vestir de nuestra humanidad, lo dijo Jeremías; y si no hablara de un hombre Dios, fuera superfluo llamar novedad lo que cada día se ve en la naturaleza humana, que una mujer ciña a un niño en el útero materno. Que la madre hubiese de ser Virgen, por quien el Hijo de Dios saliese al mundo como por puerta celestial, lo profetizó Ezequiel; puerta se llamó cerrada antes del parto, en el parto y después del parto. El nacimiento de Cristo en el ser humano para levantar los hombres a grande altura, predijo Isaías, y los títulos que había de tener de admirable, consejero, Dios, fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de paz; y llamándole niño, y después Dios, claramente dice que había de ser Dios y hombre. Que hubiese de ir al templo y ofrecer su Madre sacrificio por él, escribiólo Malaquías. Que siendo niño había de ir y volver de Egipto, lo aseguró Micheas. Su entrada en Jerusalén a lo humilde, aunque con aclamación, la aseguró Zacarías. Su bautismo lo anunció Isaías. David profetizó que le había de hacer traición un discípulo. Amós, que había de ser vendido por plata, y Zacarías, que había de ser la venta por treinta dineros. Que el falso apóstol había de arrojar el dinero en la casa del Señor, lo afirmó el mismo profeta. Las roturas y llagas de las manos de Cristo, también las predijo este mismo profeta. Que hubiese de morir Cristo en un madero, lo dijo Jeremías, como las salivas y lanza. La división del vestido y la suerte sobre la túnica inconsutil, David. Y este

mismo rey dejó escrita la bebida de hiel y vinagre. La descendión del alma de Cristo a poner en libertad las almas de los santos, claramente la escribió Oseas. Su resurrección, y que había de ser muy de mañana, la publicó el mismo. La ley Evangélica que se había de predicar por el mundo, la aseguró muchos años antes Jeremías. La subida al cielo, David. La misión del Espíritu Santo, está en Joel. El bautismo, puerta de los Sacramentos, se halla en Ezequiel. Y últimamente, que haya de venir a juzgar el mundo, lo aseguró David.

Este Dios-hombre encubierto en las sombras de la ley antigua y en las profecías, salió a luz para que le viesen los hombres, cuando se abriese el libro, al tiempo de la edad perfecta; mas en el ínterin todos los misterios estuvieron allí recogidos y abreviados y estuvo como cerrado el libro, como lo ponderó Justiniano. Extraño ocultar de misterios, abreviada la ley, los Sacramentos, la cifra del amor, la altura de la perfección, la regla de las virtudes, el modo y el orden perteneciente a la redención del género humano, todo estuvo recogido y encubierto en Cristo; pero aunque libro cerrado y con siete sellos, como el del Apocalipsis, como estaba escrito dentro y fuera, no se pudo de tal suerte ocultar que no hallase el hombre sencillo qué leer en la superficie, ni el sabio qué penetrar en lo más interior.

Confórmome con la doctrina de los Padres, en que el Príncipe escondido no enseñase públicamente y con palabras la doctrina celestial y el ejercicio de las virtudes, tan importante a la vida espiritual. Confieso que por espacio de dieciocho años estuvo cerrado este libro grande; juzgo por llano, que no se abrió en este tiempo, ni se desabotonaron ni desplegaron sus hojas a la pública enseñanza, ni se conoció vulgarmente el fondo de los misterios grandes que encerraba aquél, por la edad, corto volumen. Pero como estaba escrito por de fuera, tengo por constante hallaría que leer el hombre ajustado y virtuoso, por sencillo que fuese,

y el más entendido presumiría se ocultaban allí grandes secretos, pues aunque la vida de Cristo era usual, como no disonaba, ni podía de la recta razón (y esto en el ardor de la juventud y en la edad de suyo más licenciosa), sin duda sería a los hombres cuerdos materia de grande reparo, especialmente en un lugar corto adonde nada hay oculto; y así dijo Opmero en su Cronografía del mundo, hablando de nuestro Príncipe: Crecía en edad Cristo, y a la traza de este aumento revelaba la naturaleza divina la sabiduría de la humana y la hacía lucir a los ojos de los hombres, que sólo de esta manera podía crecer. De adonde infiero que, aunque Cristo, por su humildad, se juzgaría por inútil y que lo parecería a algunos de hecho, era utilísimo a todos; que aunque el Espíritu Santo dijo aquella grave sentencia de que no tiene utilidad la sabiduría oculta y el tesoro escondido, tiene su lugar, cuando totalmente se oculta, sin que llegue a gozarse por algún camino; pero siendo esta sabiduría el mismo Dios y el tesoro Cristo, que apenas se podía ocultar sin que se percibiese algo, no hay duda sería muy útil a los que le comunicasen, siendo forzoso en el más mudo silencio aprobar con el hecho lo bien obrado y reprobar lo malo, no ejercitándolo ni ocasionando a sus prójimos escándalo activo.

El evangélico profeta pretendió asegurar esta verdad en Cristo aun en la edad más corta, cuando dijo: Que comería leche y miel para que supiese reprobar lo malo y elegir lo bueno. No falta quien diga que estos alimentos hacen agudos y entendidos a los que los comen, y lo fundan en razones naturales, pero más fondo tienen las palabras. El hereje Calvino quiso persuadir que hubo ignorancia en Cristo en el tiempo de su infancia por aquellas palabras de San Lucas: *Proficiebat sapientia*; pero es error conocido, porque Cristo, fuera de la ciencia divina que tuvo como Dios, tuvo también desde el primer instante de su Encarnación la ciencia beatífica y la noticia de todas las cosas en Dios; también tuvo la infusa, con la cual, fuera de Dios, por lum-

bre infusa conocía todas las cosas; a que se añadió la adquirita, con la cual aprendió por experiencia lo que experimentaba y sabía ya por la ciencia infusa, como lo enseña Santo Tomás; de donde se infiere que Cristo, desde el principio de su Encarnación, tuvo uso de razón perfectísimamente, y así las palabras del Profeta las entiende muy a la verdad el padre San Jerónimo, que hablando de Cristo Niño, dijo: Aun cuando estaba envuelto en sus primeros paños y como a niño recién nacido le paladeaban el gusto con manteca y miel, juzgaba perfectamente entre lo bueno y lo malo, que la infancia del cuerpo no perjudicó nada a la inteligencia del alma; y si sabía esto en edad tan corta, ¿qué sería aun cuando a lo humano había llegado ya a los años de diferencia? No hay duda si no que con el hecho, ya que no se valiese de las palabras, reprobó lo malo y abrazaría lo bueno, con que sería muy útil su comunicación y trato a sus contemporáneos y vecinos.

IV

Las Religiones son muy útiles en la Iglesia; son escuelas de admirable enseñanza a la juventud. La diversidad de sus institutos es grandeza, no confusión. No condena el Palacio, muchos han conservado santidad en él. La vida religiosa peligra entre las vanidades del siglo si no está muy arraigada la virtud.

Si el Seráfico Doctor, en su meditar piadoso, no hubiera juzgado al Príncipe Cristo por ocioso inútil en su vida privada, considerándola respectivamente a lo que después obró, pareciera más calumnia de enemigo que consideración piadosa de varón santo. Es el juicio del mundo tan

singular en estas materias, que se tiene por inútil y hombre sin provecho quien no sigue la bandera de la vida licenciada y se entrega a Dios y se dedica a su culto, aun desde la tierna edad, conforme la sentencia de Jeremías en sus Trenos. Es utilísimo acostumbrarse desde la infancia a la mortificación, aspereza de la vida, al culto de Dios, medio eficaz por donde llegaron muchos a ser ilustres en santidad, Del glorioso Patriarca de los Monjes de Occidente, San Benito se lee que entró al desierto siendo niño de siete años, y parece que le despertó Dios, para que fuese uno de los más célebres ministros de la Fe, y que la dilatase en este Occidente del mundo; que si para la guerra quería este Señor fuese la juventud de veinte años, como es expreso en el libro de los Números, para que le sirviesen en el altar, le parecía que en naciendo estaban en edad madura, como lo ponderó el Abulense y lo realza con toda erudición el Reverendísimo Padre Maestro Fray Alonso de San Vitares, General que fué de la Orden de San Benito y predicador de su Majestad, en el libro que intituló *El Sol de Occidente*; con que me persuado a que entre otras cualidades que hicieron al santo Patriarca célebre en el mundo, no le faltó la del Sacerdocio, tan necesaria para su ministerio de primer Abad de su Religión, que había de ser idea y ejemplar de todos los demás que le sucediesen en el oficio, como lo prueba irrefragablemente este autor; si bien de opinión de otros autores tuve diferente sentir en el libro de mis Recuerdos políticos.

Para este y otros ejercicios se fundaron las religiones sagradas en la Iglesia, y del mismo Patriarca se lee que recibía en su religión muchos niños, para que desde la infancia se ejercitasen en la vida monástica, y de ahí salían animosos, fuertes, robustos, para tolerar penalidades y dilatar la Fe y el Evangelio; y así se han hallado religiosos en todas las ocupaciones grandes de la Iglesia, siendo semejantes a aquellos soldados valerosos que guardaban la causa de Salomón y llamó el Espíritu Santo diestrísimos

para la guerra. Hay en Roma una Congregación que se intitula de *Propaganda Fide*; asisten en ella muchos cardenales, por ser materia tan importante la dilatación de la Fe. Mas si consultamos las Historias antiguas y modernas, no oímos en la propagación de la fe católica, en todas las partes del mundo, si no es nombres de religiosos. San Remigio, monje de San Benito, redujo a la fe toda la Francia y a su Rey Clodoveo; Martino advirtió a los suecos del error; Arriano Agustino convirtió Inglaterra; Bonifacio, la Frigia y el Asia; Alberto, monje del Monte Casino, granjeó para Dios la Sarmacia, Rusia, Lituania, Moscovia, Polonia, con su Rey Bolislao. Y en nuestros tiempos y en los antiguos, ¿qué herejes no se redujeron a la fe con la predicación de Santo Domingo, con la desnudez de San Francisco en Italia y en España? Agustín desterró los errores del Africa. ¿Qué no han obrado en América los hijos de San Ignacio? De mi religión algo escribí en mis Recuerdos políticos. Y siendo no sólo en esta materia, sino en otras, tan útiles las Religiones en la Iglesia, parece que cansan por muchas, como en el cuerpo humano peca la sangre por la cantidad, aunque en calidad sea muy pura. Todas son muy dignas de veneración, estando aprobadas por la Sede Apostólica; temióse, aun cuando eran menos, no causase confusión en la Iglesia la diversidad de institutos, a que miró el decreto de Gregorio X, en el Concilio de León de Francia: *Religionum diversitatem nimiam, ne confusionem induceret, Generale Concilium consulta prohibitione vetavit*; palabras que se tomaron del Concilio Lateranense, y no se cauteló en estos Concilios que no se multiplicasen las religiones, sino que su aprobación fuese por la Sede Apostólica. Hubiera confusión en la Iglesia si, siendo tantas las Religiones, no tuviera cada una su utilidad especial, como lo advirtió Santo Tomás. El examen de la utilidad y conveniencia de los institutos, pertenece al Romano Pontífice, pero a la majestad de la Iglesia la multiplicación de santos empleos, que siendo varios y diversos, caminan a un mismo fin de la caridad,

ya por la vida contemplativa, ya por la activa o por un mixto de ambas vidas, con que en la Iglesia (Palacio grande del Rey soberano) hay vasos de todos metales para el servicio de él, como lo escribió Pablo a Timoteo. No hace fuerza contra esta verdad lo que trae el anónimo, *in cavea turturi structa*, impresa el año 1631, que gravemente impugna Gravina en el libro que intituló *Congeminata voce turturis*. No todos los vasos son de oro, y de preciosos metales, en el más rico Palacio, y en las Religiones no es igual el espíritu, aunque lo sea la profesión; hay muchos perfectos, como metales ricos, y otros no tan ajustados; pero todos sirven, que son desiguales los talentos que dió el Padre de familias. Mas quando una Religión no produjese sino un sólo sujeto consumado, se podría llamar floreciente congregación, como de la República de Lacedemonia dijo (alabando la hermosura de Elena) Teócrito: *Satis florentem dici potuisse Lacedemoniam Rempublicam, quia unam solam Helenam produxisset*.

Pero volviendo al camino de donde se empezó esta digresión, hallo en el ilustre fundador de mi Orden el mismo espíritu que tuvo el gran Patriarca San Benito y los demás fundadores de las Religiones. Nuestro Padre San Pedro Nolasco, al punto que recibió el hábito en la Iglesia Mayor de Barcelona, luego le dió a una gallarda juventud, que creció de manera que llegaron a ser muchos de ellos varones muy consumados en todo género de virtud.

Aunque algunos calumnian la asistencia de los religiosos en los Palacios de los Reyes, no es cosa ilícita a los varones perfectos, como no pretendan cosa para sí, sino por el bien de los otros, que tal vez se apartan de la contemplación, por atender al bien público; y ambas cosas a un mismo tiempo suelen mover el corazón de un varón justo. José vivió en la corte y palacio del Rey de Egipto; Moisés se crió en el cuarto de la hija de Faraón; el Profeta Natán se refiere entre los familiares del Rey David y Salomón; Daniel, en el Palacio del Rey de Babilonia y muy valido suyo; Nee-

mías fué criado del Rey de los persas; Mardoqueo fué príncipe en la corte del Rey Asuero, y otros del Testamento Antiguo asistieron a los Reyes. En el Nuevo dijo Pablo: *Salutant vos sancti maximé, qui de domo Caesaris sunt*. San Sebastián fué de los primeros ministros del Emperador Diocleciano; San Juan y San Pablo, de la familia del Emperador Constantino Augusto; y tal vez se diligencia la salvación de muchos por medio de los religiosos santos que asisten a los Príncipes.

Cuando no es este el fin u otro motivo de caridad, sino que se valen de pretextos, son muy peligrosas las asistencias de los religiosos en los palacios de los señores, aunque sean Reyes; y así les dice el cardenal Pedro Damiano: *Nolite, queso Monachi, nolite sub Ecclesiastica compassionis specie, Regum aulas irrumpere, etc.*, porque los que cursan el Palacio son inútiles para todo, pues ni pelean ni evangelizan, y afectando comprender lo secular y eclesiástico, todo lo confunden; y no se sabe en qué predicamento o categoría estén para lo de Dios y lo del mundo. De todo hay ejemplares en las Historias divinas y humanas: religiosos cursan los palacios, y olvidándose de ellos muchos emperadores y reyes, se entraron a acabar su vida loablemente en los monasterios, estimando más los improprios de Cristo que las coronas que ceñían sus sienes.

Grandes son y admirables los frutos espirituales que consigue el que desde la tierna edad sujeta el cuello al yugo de la obediencia, especialmente en la Religión, de quien dijo Jeremías: *Sedebit solitarius, et tacebit; quia levabit, se super se*. La voz *solitarius* es como sinónimo de monje, como lo advirtió San Isidoro, y de camino condenó la demasiada comunicación con el siglo en el que se llama solo. Disuena, no hay duda, de la vida religiosa, que los que la profesaron anden vagando fuera de sus conventos y de sí mismos, siguiendo la vanidad del siglo, esparcidos como las piedras del santuario, como lloraba Jeremías en sus Trenos: *Dispersi sunt lapides sanctuarii in capite om-*

nium platearum. Tiene grande energía aquella palabra, *in capite*, que tratando negocios terrenos quieren parecer cuidar de los negocios más graves del gobierno, y afectando el título de santos, en medio de los caminos de la comodidad, tan anchos como las plazas, se ponen en la cabeza, como superiores a todos en la virtud. La virtud adquirida y granjeada en el retiro, silencio y soledad, huyendo del siglo, canonizó a los varones santos que tuvieron en su antigüedad las religiones. Todo se ha mudado con el tiempo; sin duda se camina a un mismo fin por diferentes medios. Pero volviendo a lo de Jeremías, quien viese a un religioso mozo solo, sentado y en grande silencio, le parecería gastaba la vida inútilmente y con ociosidad; pero verdaderamente, ahí donde trabaja más el espíritu, levantándose de lo terreno a lo celestial y sobrepujándose a sí mismo, convierte la flaqueza en valentía, la pusilanimidad en una fortaleza divina. De ahí nace poner su boca sobre la tierra, como quien la sepulta, para que no hable, y la cierra con copioso número de virtudes, porque el silencio es como el sepulcro de la paciencia, adonde no llegan las voces de la injuria, y si llegan, no se oyen, como agudamente lo meditó San Ambrosio. De ahí exponerse el ánimo a recibir afrentas en el rostro y a satisfacerse de oprobios, como si fueran manjares muy preciosos.

Estas circunstancias que generalmente se refieren, con especialidad se ajustan a Cristo, idea y ejemplar perfectísimo de los que se le consagran desde la tierna edad y llevan el yugo suave de su ley y de los consejos evangélicos sobre sus hombros.

A quienes llevados de su desordenado afecto calumnian el estado religioso, les parece es vida de ociosidad, y no consideran que leer en las escuelas, predicar en los templos, celebrar, administrar el sacramento de la penitencia, asistir de día y de noche al culto divino, no es ni puede ser ocio, sino suma, intolerable fatiga; y aunque parece se endulza el estado y se hace más fácil en los que gobiernan, es

manifiesto engaño, porque si se atiende al cuidado y vigilancia que pide este empleo, vive el que le tiene poco para sí, aunque viva mucho para los otros. Es muy memorable el epitafio que mandó poner sobre su sepulcro un prefecto del emperador Adriano, como lo escribe Dionisio Casio en la vida de este Emperador. Tuvo muchos años la Prefectura, renuncióla, y vivió después solos siete, y mandó se escribiesen sobre su sepulcro estas palabras:

*Similis hic jacet, cujus ætas quidem, multorum annorum fuit.
Septem tamen dumtaxat annis vixit.*

Mucho se enoja Dios, dijo Salviano, Obispo de Marsella, cuando ve que algún sacerdote o religioso, siervo suyo, es maltratado con obras o palabras de los seglares, y lo tiene por cierto género de sacrilegio, porque la Majestad Divina es la que recibe la injuria, a la traza que en el mundo se da por ofendido un señor si le maltratan un criado. Pensará alguno que estaba ocioso Moisés en el Éxodo y que eran sus manos inútiles porque no peleaba en el campo, siendo así que la victoria se atribuía más a sus manos que a las armas. El Emperador Constantino, en un escrito dejó esta sentencia: que el ser y duración de la República más depende de las Religiones que de los oficios públicos y del trabajo y sudor de los ciudadanos, y, sin embargo, hay quien los juzgue por ociosos, porque su ocupación no es en lo mundano, como ponderó Santo Tomás. Muy antigua es la calumnia y el aborrecimiento que ha tenido la vida licenciosa del siglo a los sagrados institutos de la Iglesia; pero con esta calumnia han florecido más las Religiones con varones santos, doctos y de todas maneras utilísimos a la Iglesia, a pesar de los émulos, cuyos ánimos convierten en veneno el más sano obrar, como del estómago infecto escribió Séneca en el libro de los Beneficios.

Cuando parece que Cristo, como hombre inútil, al parecer humano, estaba ocioso en lo florido de su juventud,

solo, apartado y en silencio, se levantaba, si era posible, sobre sí mismo, en altísimas contemplaciones, y estaba como meditando la vida religiosa que había de instituir y perfeccionar como tan provechosa a la dirección de las costumbres en la Iglesia y a la observancia de las leyes de la vida cristiana.





MEDITACION IX

I

Cristo, Monarca del universo, fundó con su Nacimiento la quinta Monarquía del mundo. Fué muchos años oculto su Principado.



os Monarquías, aunque con desiguales designios, corrían en el mundo, simbolizándose en algo: una de Tiberio en Roma, el año segundo de su Imperio, y otra de Cristo en Nazareth al año xvii y xviii de su vida.

Es materia muy controvertida cuál sea el mejor modo de gobierno, la Monarquía aristocrática o la Democracia. Tiene la Monarquía en su abono varones consumadísimos en todo género de letras, Padres de la Iglesia, jurisconsultos, filósofos y políticos. Y consta por experiencia, que en la nave es uno el piloto; en la guerra, uno solo el capitán general; en el cuerpo, una cabeza.

Cuatro fueron las monarquías del mundo. La primera la de los asirios, cuya cabeza se llamó Nino, por los tiempos del patriarca Abrahám, y duró 1240 años (como lo escribe San Agustín) hasta Sardanápalo, que por afeminado perdió el imperio. Arbases le pasó a los medos y persas, cuya fué

la segunda monarquía, y duró 233 años, hasta los tiempos de Alejandro, y fué vencido Darío, como lo escribió el mismo Doctor. Empezó la monarquía de los griegos en Alejandro Magno, y duró 485 años. Y según refieren las Historias, empezó poco después el Principado de los romanos, que se gobernaba por cónsules, y duró esta monarquía hasta los tiempos de Julio César (el primero que usurpó el Imperio), aunque duró poco en él, porque fué muerto por los senadores. Sucedióle en la corona Octaviano Augusto, hijo de su hermana, y a los 42 años de su reinado nació Cristo, verdadero Monarca, a quien en cuanto hombre, le fué dada potestad en el cielo y en la tierra; que como Dios siempre la tuvo, como observaron Agustín y Jerónimo.

Esta fué la quinta monarquía del mundo, superior a todas las antecedentes, y las excedió en tres singularísimas cualidades. En la duración, pues habiendo corrido tantos años desde su principio (como veremos después) duró y durará hasta la renovación del mundo. En la grandeza del dominio, porque no hay ángulo en el mundo adonde no haya quien adore a Cristo y se obedezca su nombre; y esto fué haber sujetado el Padre todas las cosas debajo de sus pies, como dijo el Apóstol a los de Corinto; y esto significa ser célebre su nombre desde donde nace el sol hasta su ocaso, como lo dijo por Malaquías. Y lo tercero excede esta monarquía a las cuatro precedentes en la dignidad del monarca, por ser Dios y hombre, a quien están sujetas todas las monarquías, porque ésta ha de ser eterna, como consta de Daniel, que después de haber hecho mención de las de los asirios, persas y medos, griegos y romanos, dijo: *In diebus illis suscitabit Deus Regnum Cæli, quod in æternum non dissipabitur, et regnum ejus alteri populo non tradetur; conminuet autem, et consumet universa regna hæc: et ipsum stabit in æternum.*

Aquí se llegó a cumplir el círculo perfecto de punto a punto, que teniendo origen de Dios todo dominio, en este Principado de Cristo, derribados por el suelo los designios

de sus monarcas, se termina en una cosa eterna e inmovible, fuera de la cual no hay más movimiento; y esta es la monarquía y reino de Cristo, fundada en la sexta edad del mundo, fin de todas las edades, y a quien miraron todos, que por eso con justo título la llamó San Pablo plenitud del tiempo; que como Dios crió el mundo en toda su perfección en seis días, a este número de edades perteneció el reparto de su ruina. Y de aquí es que todas las edades tuvieron principio de personas, que fueron figuras de Cristo, como Adán, Noé, Abrahám, David y Zorobabel.

¿Pero, dúdase, cuándo tuvo principio esta monarquía, y cómo se retiró y escondió, pues consta que imperaron otros, y Cristo escogió una vida despreciada y humilde? Esta cuestión levanta el Angélico Doctor Santo Tomás y responde: que tuvo principio cuando nació temporalmente; porque a este mismo tiempo le anunciaron los ángeles, le veneraron los pastores, le adoraron los reyes y éstos lo publicaron en la Corte de Jerusalén. *Ubi est qui natus, est Rex Judaeorum?* Y le aseguró Isaías, cuando después de haber dicho: *Parvulus natus est nobis, et filius datus est nobis*, añadió: *Factus est principatus super humerum ejus*. Y más abajo: *Multiplicabitur ejus Imperium, et pacis non erit finis*. En cuyas palabras se descubre, no solamente el principado de Cristo, sino el principio de él. Y es muy digno de advertencia, que para que se conociese después en la edad mayor, que voluntariamente no quería usar del dominio de Señor, antes bien, quiso parecer siervo, hizo recién nacido las demostraciones de Señor, y entonces quiso tomar posesión del Imperio y ocultar después el uso de él, como se conoció en diferentes ocasiones; pero no habiendo Rey que no tenga Palacio, le faltó a Cristo adonde reclinar la cabeza. Huyó al monte cuando el convite del desierto, porque le querían hacer Rey, y dice San Juan que se escondió. Y puesto en el tribunal del presidente de Judea, dijo que su reino no era de este mundo. Y por espacio de diez y ocho años se escondió en Nazareth, por mu-

chas razones meditadas de su sabiduría, que algunas se tocarán en estos discursos, escogiendo una vida oculta y como despreciada, siendo como era verdadero Señor del universo.

II

El Príncipe escondido lo fué por motivos grandes en materia de buen gobierno. Fué aclamado en la ciudad santa de Jerusalén por hijo de David. Sus alabanzas estuvieron libres de sospechas.

Por muchas razones el Príncipe Cristo ocultó su principado. Ponderaré una solamente, por la gravedad de su autor, que es Santo Tomás. Fué querer enseñar a los príncipes temporales el medio más eficaz para hacerse dueños de las voluntades de sus vasallos, porque la mansedumbre y apacibilidad que arroja de sí el demasiado fausto, asegura mejor la obediencia de los súbditos. Están llenas las historias de príncipes, que por lo humano y humilde sujetaron el mundo, y de otros que le perdieron por su elevación y presunción vana. Y aunque en todos estados es conveniente el agrado, tiene más lugar en los príncipes, que por la eminencia de su estado y estar puestos a los ojos de todos, tienen más riesgo de perderse si se dejan llevar del viento de la soberbia. No tuvo David por desprecio, ni juzgó menoscabo de la grandeza de su corona, hacer fiestas al Arca del Testamento; y a la reina (hija al fin de un padre tan soberbio como Saúl) ofendida de ver su llaneza, le dijo aquellas palabras que refiere el Espíritu Santo: *Ludam, et vilior fiam plus quam factus sum, et ero humilis in oculis meis; et cum ancillis, de quibus locuta es, gloriosior apparebo*. Fijó más David con esta humilde demostración la corona sobre su cabeza, y la reina Micol, en pena de su va-

nidad, no tuvo sucesión, que era el mayor castigo de las mujeres hebreas, maldición e infelicidad. Y aunque algunos hebreos, que refiere San Jerónimo, la quisieron hacer madre de Getra y que en el parto había muerto, es ficción hebrea, porque este hijo nació en Hebrón, como consta en el capítulo III del libro 2.º de Samuel, y si Micol muriera allí, no pudiera haberse hallado a la pompa con que entró el Arca en el alcázar de David.

Con este mismo pensamiento entró Cristo triunfando en Jerusalén, tan a lo humilde, aunque aclamado por Rey, con tanta humildad y mansedumbre, como la testificó el carruaje; pues cuando (como Dios) hace carro triunfal de los querubines, entró sobre un humilde jumento, conque mereció que a las voces que desde que puso los pies en los umbrales del mundo se ocuparon en sus alabanzas, diesen subidos quilates y perfección última las de los niños hebreos, que le aclamaron por hijo de David, y el mismo rey lo profetizó en su salmo: Vuestras alabanzas, Señor, se perfeccionaron por la boca de los pequeñuelos para confusión de vuestros enemigos. Alabóle dos veces a Cristo su Padre en el Jordán y en el Tabor, llamándole hijo suyo y muy querido. Alabáronle los ángeles, ya al nacer, dando aviso a los pastores que había nacido el Salvador del mundo, ya sirviéndole a la mesa, vencido el demonio en el desierto. Alabáronle y cantaron a dos coros sus alabanzas los profetas y apóstoles, respondiéndose alternativamente, como los dos serafines, que el uno dirigía al otro sus voces. Pero todas estas glorias y encomios de Cristo, aunque tan considerables, no llegaron a su perfección, hasta que, el día de su más humilde triunfo, se le cantaron lenguas libres de toda sospecha, como las de los niños. Esta es perfecta alabanza por la lengua de quien no sabe callar lo que siente, que ni sabe de lisonjas, ni puede disimular lo que le dicta su espíritu. Como quien dice: Grande alabanza la del padre; pero, ¿quién no dirá que habló como apasionado y enamorado de su hijo? Los ángeles eran criados de su casa, los profetas y

apóstoles halláronse en gran puesto y pudieron alabarle agradecidos, y hablando a los fueros del mundo, podía padecer calumnia la publicación de las grandezas de Cristo; pero la de los niños es mayor de toda excepción, pues ni les movía pasión, lisonja ni interés, y totalmente pronunciaban sus labios lo que les ponía en el corazón el Espíritu Santo. Fiesta grande en que entró Cristo entre ramos y palmas en la Jerusalén del mundo, y fué símbolo de la entrada de los justos en la triunfante Jerusalén con palmas de merecimientos y aclamación a Dios, como causa principal de ellos.

Presagio misterioso de la resurrección general, fué ver los niños con ramos y palmas salir a recibir a Cristo, saliendo de sus casas, como han de salir los cuerpos de los sepulcros.

La aclamación que aquí se hizo al Rey Cristo con la palabra *hosanna*, dice el padre San Jerónimo en la carta al español Dámaso que se tomó de un verso del Salmo 117: *O Domine, salvum me fac: o Domine, bene prosperare. Benedictus qui venit in nomine Domini*. Pedían para sí la salvación, y para Cristo prósperos sucesos en sus empresas y batallas en el gobierno de su principado, según aquello de otro salmo: *Intende, prospere, procede, o regna*. Como quien dice: No cesen, Señor, vuestros aplausos, hasta que el mundo os dé la obediencia, hasta que dejéis rendidos a vuestros enemigos. No vuelva pies atrás vuestra fortuna próspera hasta que tengáis rendidos a los fariseos y el Pontífice vengador no dé la ley profana, signo de su envidia y furor. Fué presagio éste claro y evidente de que entraba Cristo a morir, pues con su muerte había de rendir y avasallar a sus mayores émulos. ¿Pues esto es apellidar fortuna próspera, desear su muerte? ¿Cómo puede aquel triunfo ser principio de mayores dichas, siendo tan opuesto con lo que después ha de pasar? ¿En qué frisan estas honras con las afrentas que ha de padecer? ¡Oh, qué oposición—exclamaba San Bernardo—hace el oír decir: ¡Crucifícale! y ¡Ben-

dito el que viene en nombre del Señor!; oír: *¡Rey de Israel ungido y bendito!* y *¡No tenemos Rey, sino el César!* ¡Qué diversa cosa es verle entre verdes ramos o en el madero seco de la Cruz rodeado de espinas, y que le desnuden de sus vestiduras al que servían las ajenas como de estrado a sus pies! Pero en estas demostraciones que en la superficie parecen desdichadas, ha de proseguir Cristo su fortuna, o por mejor decir, la nuestra, pues ha de dar fin glorioso a las empresas que empieza, cuando dé el alma en la Cruz. Allí cuando muera, podemos apellidar a gritos este *hosanna*, y decir *Vivat Rex*: ¡Viva el vencedor, Rey monstruoso y singular que empieza a reinar desde un madero, el que entra en Jerusalén entre verdes ramos!

Rematan la aclamación las turbas y niños hebreos, diciendo: *Bendito el que viene en el nombre del Señor*, agradecidos de que viniese a visitarles tan a lo llano y humilde, al fin hijo de David, que con mansedumbre venció a sus enemigos y acrecentó bienes para sus hijos. Da gracias David a Dios de que le hizo superior a sus enemigos, que le dió virtud contra ellos y le enseñó cómo los había de vencer. Vuestra mansedumbre, Señor, me ha dado victoria, soldados, reino; todo lo he granjeado con ella.

Con estas armas entra Cristo robando corazones y asegurándonos el Reino que esperamos, y así he notado que añadió San Marcos: *Benedictum quod venit Regnum Patris nostri*, etc. Bendito sea el reino de David que viene. Mirad lo que decís, cortesanos de Jerusalén, ¿es el rey del linaje de David el que viene, no el reino? Bien saben lo que dicen, que hablaba por ellos el Espíritu Santo. Con este rey viene el reino para nosotros, granjeado con su mansedumbre. ¿Quién hay que en ocasión como ésta no esté gozoso, pues se nos entra por las puertas el reino de Dios, que tantas veces le pedimos, y el rey humilde y manso, que para hospedarle no es necesario alcázar con artesones dorados ni salones cubiertos de oro, sino ánimos rendidos, afectos amorosos de dar vida a quien vino a dar por nos-

otros la suya? Granjerías son todas de la humildad y mansedumbre de Cristo, con que cuando no fuera Príncipe, supiera granjear reinos; y se hizo, siéndolo por especial título, señor de sus vasallos.

III

El Príncipe Cristo encaminaba todas sus obras a la vida espiritual. Eligió la vida oculta y menospreciada, aunque era Señor del mundo. Ponderase por qué no se descubrió antes. Fué Rey ungido y retirado hasta la ocasión, como su padre David.

También hubo causa grave y relevante motivo para que Cristo, siendo Príncipe, eligiese una vida privada, oculta, sin ostentación, aunque verdaderamente era Señor del universo; y fué insinuar la diferencia que hay entre su dominio y el de los demás príncipes de la tierra. Encaminaba y dirigía este Señor todas sus obras derechamente a la vida espiritual de los hombres. Y a esto miró cuando dijo que su Reino no era de este mundo, y cuando dijo a sus discípulos que tenía dispuesto para ellos lo que primero había ordenado su Padre: que se habían de sentar a la mesa de su Reino. Y de ahí también se llama Reino de los cielos la vida espiritual.

Para quitar, pues, Cristo del corazón de los hombres la sospecha de que había venido al mundo a ser Señor y que ese era el fin de su venida, escogió esta vida despreciada, sin ostentación, oculta y escondida la mayor parte de ella, la cual le pareció más conveniente para que los hombres consiguiesen la vida espiritual y eterna; mas no por eso dejó de ser verdadero Monarca, con todas las cualidades que aseguran un principado y dan lustre y esplendor a una corona. Así los pondera el Doctor Angélico explicando el

lugar de Isaías: *Cujus principatus super humerum ejus*. El Principado de Cristo sobre sus hombros, fué asegurarle que el peso en ninguna parte le llevaba un hombre con tanta seguridad como sobre los hombros. *Et vocabitur nomen ejus, Admirabilis*: dicho se estaba ser digno de admiración, que se compadeciesen en Cristo ser humilde y pobre y Señor del mundo. *Consiliarius*: fué manifestar la ciencia y sabiduría conveniente al Príncipe para que gobierne con acierto; que ésta en el consejo tiene su habitación y albergue. *Ego sapientia habili in consilio Deus*, significa la dignidad del dominio. *Fortis*, porque recibe el Principado de Cristo influencia de la divina virtud, que estaba personalmente en él. *Pater futuri sæculi*, gobierno del Padre, ley nueva, excluido el yugo de la antigua ley. *Princeps pacis*, prometió paz, y la aseguró, y la supo granjear a la Iglesia, y así fundó su Principado con humildad, pobreza y en retirarse de las pompas del mundo.

Veamos ahora cómo se podía compadecer con el Reino de Cristo por tiempo de su vida, que reinasen otros príncipes. Fué permisión suya, hasta que su Reino estuviese acabado de fundar en sus fieles con obras de virtud y laureado con su sangre; que si muchos de los romanos se entregaron a la muerte por el celo de la patria, como Marco Cúcio; si Bruto y Torcuato quitaron la vida a sus hijos sólo por conservar la justicia militar, y con este ejemplo (como refieren las Historias) de pequeña se hizo grande aquella República, bien se deja entender cómo pudo crecer el Principado de Cristo por los méritos de los fieles; y en el ínterin que se aseguraba del todo la República fiel, obediente a las leyes de Cristo, permitía y toleraba el gobierno de otros príncipes, hasta que se llegó a aquel tiempo en que dijo: *Consummatum est*, ya se acabó. Palabra misteriosa, que con justa razón tiene más interpretaciones que letras. Acabóse el tiempo predefinido, expreso en la ley y en los profetas de la muerte del Hijo de Dios. Acabóse de perfeccionar el misterio de nuestra redención. *Consummatum est*:

cancelóse la escritura de Adán, que se clavó en la Cruz, puesto de la muerte de todos. *Consummatum est*: acabóse el duelo vencido el enemigo. *Consummatum est*: acabóse el sacrificio cruento, que no había de pasar a que le rompiesen hueso alguno. *Consummatum est*: acabóse de perfeccionar la tela que, para vestir a los desnudos hijos de Adán, tejió Cristo en el discurso de su vida, con oración, milagros, doctrina, elección de discípulos; y viendo ya este empleo llegado al hilo último, dijo: *Consummatum est*.

Hasta llegar este tiempo parece que Cristo era con toda propiedad Príncipe escondido, pues estando ungido por el Padre para Rey, sobre el santo monte de Sión, como él mismo lo dijo, estaba oculto su Principado y gobernaban otros muy a lo descubierto.

Un ejemplar vivo de esta verdad hallamos en la sagrada Escritura. Tenía presencia Dios de cuán mal se había de portar Saúl en el gobierno de su reino y el desastrado fin que había de tener, y veinte años antes que diese fin a su reino dispuso con misterio grande que el profeta Samuel ungiese a David en rey de Israel. No se contentó Dios con manifestar la providencia que tenía de David, retirado en los montes, sino que trató de levantarlo a la mayor cumbre y le eligió para sí. Misterio grande, dice Basilio de Seleucia: Creyera yo que se buscaba rey para el pueblo, no para Dios; pero él mismo confiesa que sí, y que en primer lugar, el reinar de David había de ser como el reinar de Cristo, como si dijera: Este reino y el de mi Hijo todo es uno, y todo mío y para mí. Y aunque pudiera hablar claro: únjase el rey David, no lo dijo por ocultarle más y porque no se entendiese que la unción de la gracia y la elección eran cosas humanas, sino dispuestas por Dios. Y era conveniente que, estando para ponerse el sol del imperio de Saúl, y caminando al ocaso por haberse retirado de él la gracia divina, empezasen las luces del nuevo sol con el Principado de David, como lo ponderó el mismo Doctor; y sin embargo, fué veinte años Príncipe oculto, y estando ungido por Dios

para el Reino, reinaba Saúl. Gravemente lo meditó la Boca de Oro, Crisóstomo. A un mismo tiempo reinaban David y Saúl. David en lo escondido, Saúl en lo público; David ya era rey, Saúl se tenía por tal; David es señor del reino, pero a Saúl le llamaban rey; David tiene la dignidad oculta, Saúl tiene la pública imagen del reino; pero el alma de David estaba llena del Espíritu Santo, y Saúl, desamparado de él y entregado a un mal espíritu. ¿Hay símbolo más vivo de Cristo, Monarca encubierto, Príncipe escondido del universo, y de Tiberio, dueño de ése mismo, por emperador de Roma? Reinaba Cristo, pero de secreto; Tiberio en lo público; Cristo, en el retiro de Nazaréth, no ejerce la dignidad, vive sin fausto, sin grandeza, y el Emperador en la opulencia del imperio, asistido, venerado, postrados los senadores a sus pies, rogándole tomase sobre sí el cuidado del imperio y el título de padre de la patria. Tiene Cristo la dignidad oculta; Tiberio lleva delante de sí la imagen de su dignidad, y corren juntas estas dos monarquías hasta llegar al tiempo en que conociese el mundo la grandeza del Reino de Cristo, y que era el único Monarca del universo.

IV

Tiberio, Emperador de Roma, mandó publicar por este tiempo loables premáticas. Condénase la profanidad de las galas, que en España crecen al paso de la necesidad.

Escrito queda al principio de esta meditación, que parece se simbolizaban en algo las dos Monarquías, la de Cristo y la del Emperador de Roma, por algunos efectos en que, a nuestro modo de entender, aunque a lo retirado y oculto, empezaba a influir el Príncipe Cristo acciones dig-

nas de alabanza. Antes que el cielo se turbase con nubes que, fecundas de agua, fertilizasen la tierra, hacía Dios este prodigio con aquella fuente que, subiendo de la tierra adonde estuvo oculta, arrojaba vapores por conductos secretos: *Fons ascendebat de terra, irrigans universam superficiem terræ*. Alguna de estas obras fué tan de su reputación como desbaratar las fuerzas del demonio; que para ese fin, entre otros, se apareció en el mundo el Hijo de Dios

Obras del demonio son las depravadas costumbres de las Repúblicas, los abusos en materia de Religión, el consultar oráculos y dar culto al Dios de Acharon, dejando al verdadero de Israel. Promulgó Tiberio en Roma algunos edictos muy convenientes al buen gobierno de su Imperio, como lo refiere Dion en su Historia Romana, y Tácito en sus anales. Uno de ellos fué prohibir los vestidos de seda, las vajillas de oro y que no se usase de cosas tan preciosas si no era en el Templo. Prohibió los magos, que hacían predicciones en virtud del demonio, por cuya causa quitó la vida a algunos hombres nobles de la República, Libon, Druso, Piruanio, Publio Marsio, con que el crimen de la magia, que por muchos años tuvo veneración en Roma, este año se castigó severamente. Y con justa razón, porque se valían del demonio para las predicciones y le consultaban por diferentes medios. De muchas maneras suelen los encantadores, magos y hechiceros consultar al demonio. Por sacrificio de animales, que se llama aruspicio, y los que hacen estas consultas se llaman arúspices. Por invocación a los ídolos, y responde por ellos, y este se llama oráculo. Por sueños, para que comunique al que duerme noticias de cosas futuras. Por prestigio, como cuando el demonio por pacto se aparece a alguno en forma exterior, y turbándole los ojos le instruye de las cosas ocultas. Por varias figuras, que se aparecen a los cuerpos terrestres, en el aire, en el agua, en el fuego. Y últimamente por medio de difuntos, como cuando alguno pide al demonio que venga un alma del otro mundo, para que dé noticia de alguna cosa futura.

Así lo hizo Saul pidiendo a la pitonisa que por arte del demonio resucitara a Samuel.

Hace mención de aquellas premáticas de Tiberio, Plinio en su *Historia Natural*; y es digno de consideración que, habiendo venido Cristo al mundo, estuviese atemorizado el demonio en sus ministros, y que a los que le daban culto los arrojasen fuera de Italia, en prueba de que había venido ya al mundo el Señor, que entró publicando guerra abierta contra los demonios, les enflaqueció las fuerzas y mediante su Cruz sujetó y rindió el mundo en tiempo de este Emperador, como observó gravemente el Cardenal César Baronio.

Lo que pudiera entrar disponiendo en el gobierno de su Principado el Príncipe Cristo desde Judea, dispuso el Emperador Tiberio en Roma; prohibió la profanidad de los vestidos, ocasión en la República de muchos desórdenes, como lo enseña la experiencia contra la mediocridad, admitida, aun de los gentiles, según lo acreditan Cicerón y Séneca. Deben evitarse todos los extremos. Aunque el vestido, de su primera institución, fué para cubrir la desnudez de los hombres y ocurrir a la deshonestidad, no ha de ser tan profano que escandalice, ni tan vil que desacredite a quien le trae. Y debe guardarse buen temperamento, conforme a la Patria, no con el exceso de los hunnos, costumbre bárbara, como dijo Marcelino, que no se quitaban el vestido hasta que se les caía a pedazos. Ni tampoco en el exceso de Nerón, de quien escribió Suetonio que nunca se vistió dos veces un vestido. El demasiado afecto a las galas, si es algo más tolerable en las mujeres, es abominable vicio en los hombres, así buscando telas exquisitas, como colores indignos aun de mujeres livianas, conforme de sí y de los hombres de su tiempo lo sentía Séneca. Y el afectar tanto la vestidura de seda, y que sea igual a todos estados, es haber cursado en la escuela de Heliogábalo, de quien dijo Herodiano que menospreciaba la vestidura romana y griega, por ser hecha de lana; y la traía de oro y púrpura con

piedras preciosas a la moda persa, como refierie Lampridio. Apenas hallaremos quien vista de la tela ni color que vistió su padre ni su abuelo. Mujer hay, dijo Séneca, de quien están pendientes los dos patrimonios, la herencia del padre y de la madre, en el valor de los zarcillos; otros, a quienes ahogan los preciosos collares, y a veces vale más un vestido que lo que llevó de dote.

Los españoles, como lo observó Estrabón, siempre se inclinaron al vestido negro; especialmente lo dijo de los de Lusitania, y lo confirma Diodoro Sículo en su Biblioteca Histórica; pero no ha quitado el color la profanidad (aunque se introdujo por modestia, si ya no fué por aspereza de costumbres) ocasión en las Repúblicas de culpas graves y presagios de la destrucción de la Monarquía, así de la romana como del Imperio de los griegos. Escribe Gregoras, que habiendo permitido un Emperador que en el modo de vestirse cada uno de los vasallos consultase su apetito, ocasionó con esto muchas novedades, con que los cuerdos y prudentes anunciaron la ruina de aquel Imperio. De los historiadores de Inglaterra sabemos que cuando trató Enrique VIII de arrojar del Reino la Religión Católica, hubo presagio de que habían de perecer todas las virtudes al tiempo que los naturales mostrasen su inestabilidad con la variedad de vestidos, y el Rey se quitó el pelo de la cabeza, en desprecio del uso antiguo, y vestido más al gusto de la liviandad que a lo conveniente, fué infeliz presagio de la ruina de aquel trono.

Las costumbres de todas las naciones describe muy a lo largo Eusormio. Refiere de los franceses que hacen gente a su imitación con la variedad de los vestidos, dejándose engañar ridículamente las naciones vecinas, obligándose tal vez por el hábito a imitar sus costumbres. De togas y túnicas, especialmente de color de grana, que imitan el color del cielo, se visten los húngaros. Mas en llegando a hablar de los españoles, dijo lo que experimentamos: hay hombre que viste más que tiene de hacienda, y consume en una

gala lo que ahorraron sus padres gobernándose con modestia y templanza, y lo consume el heredero en vana ostentación de un día.

Ordenó y trazó Dios el vestido para quitarle al hombre la ignominia que le causó la culpa; y el pecador, por huir de una afrenta, da en otra. Fué uno de los pecados del rico avariento vestir púrpura como Rey y Holanda como Reina, dijo Cayetano. Mandaba Dios en el Deuteronomio que nadie hiciese vestido tejido de lana y lino; justa prohibición al espíritu, que no se ha de esconder debajo de la apariencia de la lana grosera el lino sutil de que se viste el ánimo, como lo meditó San Gregorio. Y lo peor es cuando los ricos y poderosos, para vestir ricas galas, desnudan a los pobres de la hacienda con que habían de adornarse a los ojos de ellos mismos, a la traza que nuestros primeros padres, cuando se vieron desnudos, desnudaron la higuera de sus hojas para cubrir su desnudez, como dijo agudamente San Basilio de Seleucia. Y aún tuvieron excusa, porque se hallaban desnudos; pero en el mundo, los más poderosos dejan sin lustre, en solas las ramas secas, al vasallo y al súbdito, para que sirva todo a la vana ostentación de sus galas, y jesto en una República fiel, cuando lo prohíbe un Emperador gentil!

V

La túnica inconsútil de Cristo no fue de seda, sino de lana. Con las togas y las pretextas empezaron los odios entre los ciudadanos romanos. Ponderase la autoridad que tiene en la República la Jurisprudencia al lado de los Reyes.

Para facilitar y dar salida a lo superfluo del culto humano, no falta quien apela a lo divino, pues hay quien diga usó de preciosas vestiduras el Príncipe Cristo, y que lo fué la túnica inconsútil que se sorteó al pie de la Cruz, hecha

de aguja y con hilos de seda. La sortearon los ministros en la muerte de Cristo, porque fuera inútil dividirla en cuatro partes. Créese la tejió y labró María Santísima, porque era costumbre en el Oriente que las mujeres labrasen los vestidos a los hombres, y se colige de aquellas palabras del libro de Esdras: *Ipsæ faciunt stolas omnium hominum*. Pero no es creíble que Cristo usase de vestiduras peregrinas. Era el vestido y túnica inconsútil de Cristo cosa común entre los pobres de Galilea, y si Cristo hubiera usado de vestidura preciosa, no se lo hubieran disimulado sus émulos cuando le llamaron *Vorax, potator vini*, y que comía y bebía con publicanos, y no alabara tanto al Bautista de que andaba vestido de una piel de camello, ni hubiera dicho que los que visten ornatos preciosos y delicados viven en los Palacios de los Reyes.

El vestido común prueba el menosprecio del mundo, dijo Jerónimo escribiendo a Rústico; pero ha de ser con calidad que el vestido humilde no ocasione soberbias en el ánimo y disuene la vida y el hábito. Esto no quita usar los Religiosos y discípulos de Cristo, aun fuera del altar, las insignias de su magisterio, como lo pretendían unos enemigos de los Religiosos en Francia, contra quien escribió Santo Tomás el opúsculo 19 que aprobó Clemente IV, porque no se opone a la perfección, antes es muy conforme a ella. Desea el vulgo que los que militan debajo de la bandera de Cristo por los votos de la Religión, renuncien totalmente todo lo que puede ser de lustre, comodidad y honor y que se reserve todo para sí, como si no cupiera dentro de los límites de la perfección religiosa usar de las cosas del mundo lícitamente. Renunciar se debe (como dijo el Angélico Doctor) a la vida mundana, a las acciones del mundo, pero no a aquello que precisamente es necesario para la vida, porque eso no es renunciable. La templanza y discreción, el buen uso de las cosas aseguran la vida y la virtud, y no es contra el voto de pobreza usar de ellas moderadamente en lo que piden la necesidad y el decoro.

Es el honor, en sentencia de Aristóteles, premio de la virtud, y no es renunciable el fruto de la virtud, porque fuera desacreditar el árbol tan digno de estimación a los ojos de Dios y del mundo. De lo dicho infiere el Santo que al religioso no le es lícito traer el hábito tan vil que exceda a las reglas de su religión, porque es estado que tiene determinado hábito, como otros estados en la Iglesia, que también le tienen, para que sean conocidos los que ejercen las dignidades; y tal vez el menosprecio del vestido, por singularidad, tiene riesgo y se expone a la ostentación más vivamente que si fuera una gala muy preciosa, porque no consiste la perfección sino en el buen uso, sin afectación, del vestido que pide su estado. En el tiempo que en Roma dieron en usar las togas, las pretextas, etc., empezaron los odios entre los ciudadanos, y así dijo Tertuliano que habían hecho a Roma mayor daño las togas que las celadas.

No sé yo en qué se fundan los que aseguran que los jurisconsultos no son a propósito para el gobierno político. Envidiase la soberanía que da el hábito singular de la toga, o porque en sus Tribunales se ven todas las causas de los Señores y Príncipes, de honor, vida y hacienda, sin que se remitan jamás las causas de garnachas al juicio de los Señores, sino a otras de su empleo o de su Colegio, con que es fuerza se hagan odiosos a los que por sangre o riquezas les hacen ventaja. De Bartolo se refiere que, con ser tan gran jurisconsulto, entendió tan mal las leyes del gobierno político, que salió una noche huyendo por las ventanas de Tudér en el Ducado de Espoleto, porque no podían tolerar la mala administración de ellas lo tudertanos. Y en esta consecuencia se sabe que los mayores gobernadores del mundo, como Moisés, Rómulo, Aristóteles y otros, y los Emperadores, supieron pocas leyes y gobernaron los Reinos y provincias con singular destreza. En España, Francia, Italia y en otros Reinos, no son letrados los Consejeros de Estado y Guerra, sino varones muy ilustres de larga experiencia en los negocios y muy ejercitados en ellos. Y

de este gremio se eligen los Embajadores para los Reinos y Repúblicas, que por la autoridad que llevan se llaman Rostros de su Príncipe.

Por otra parte, hallo que muchos Emperadores, para el acierto de sus gobiernos, se valieron de grandes juriscultos, como Augusto, de Trebacio; Trajano, de Neracio; Vespasiano, de Casio; Severo, de Papiniano; Adriano, de Juliano; Antonio, de Scévola, y Alejandro Magno, de Ulpiano, a quien llamaba padre; como el Emperador Carlos V a Andreas de Auria, y lo refiere Cipión Gentil.

Yo no juzgo esta causa ni me convence que la inteligencia de la ley pertenezca a la memoria y la política a la imaginativa, y puede hallarse en todos estados conforme al genio de cada uno.

VI

La astrología judiciaria es incierta; no tiene lugar dentro de las puertas del Evangelio; acompñase con el engaño y la mentira. Ejercióla el demonio en injuria de la divinidad del Hijo de Dios.

Desterró de Roma Tiberio la magia e hiciéronse en el Senado decretos de que los astrólogos y mágicos fuesen echados de Italia, y Lucio Pituanio, uno de ellos, fué despenado de la Roca Tarpeya; así lo escribió Tácito. Debióse a la atención de Tiberio esta resolución del Senado, porque aunque sabida el arte de los caldeos el tiempo que estuvo en Rodas y en el que tuvo por maestro a Trasillo, conocía la incertidumbre de las predicciones y los daños que por ellas se seguían en la República; pues como dijo el mismo Tácito, es grande la vecindad que tiene este arte con la mentira; fuera de que no es lícito dejar que se introduzcan voces contra los príncipes deducidas de la astrología, porque in-

quietan el pueblo, como otros estados a quien hace participantes de sus juicios. No es posible que tenga quietud el que oye del astrólogo que de secreto le arman la muerte y le amenazan las estrellas gravísimas calamidades. ¿Cómo se fiará de sus amigos el que llega a presumir le están armando lazos? No amará el padre al hijo, ni el marido a la mujer, y toda la armonía del gobierno político se desbarata dando crédito a predicaciones inciertas. Quieren persuadir por el influjo de las estrellas, sin hacer caso del libre albedrío, las dignidades y pontificados, como si los despacharan las estrellas y se dieran por decreto suyo; cuando se experimenta que la prudencia, sabiduría y virtud de los hombres insignes, son las que les dan la mano para los puestos grandes; como notó Sixto en el libro de la refutación de la astrología. Véanse con cuidado los nacimientos de los emperadores Maximiliano, Carlos, Fernando, Maximiliano II, de los reyes de España, Francia, Inglaterra, Suecia, Dacia y de otros príncipes, y se conocerá que no se diferencian de los nacimientos de los demás. Inquiéranse los tiempos y los días en que se ilustraron con los títulos del Imperio, del Reino o Principado, y se hallará que el sol y la luna ninguna cosa significaron menos.

Pero el mayor inconveniente que induce esta vana curiosidad, es que quita la fe a la religión, enflaquece los milagros, quita la Providencia, como que todos los efectos sean por fuerza de constelación; patrocina los vicios, como si el cielo tuviera culpa de las malas inclinaciones; echa por el suelo la filosofía, reduciendo a fábulas sus razones; la medicina, estimando más la vana observación que el conocimiento y eficaz remedio del achaque; echa a pique las leyes, las costumbres, y consultando solamente la astrología judiciaria, lo que no trae del cielo la autoridad, se tiene por vano; es en fin, arte del demonio, por aquella parte que se introdujo a lo judicial contra las razones del libre albedrío. Para adivinar las calamidades del mundo y el estado miserable en que se hallan todos los reinos de la cristian-

dad, cuando esto se escribe, abrasados de guerras sangrientas, exhaustos de gente, de dinero, de autoridad, solicitando unos el acabamiento de otros, no es necesario buscar su noticia en la astrología, sino considerar las causas que nos han reducido a este estado y que las amenaza mayores si los reyes y príncipes, con suma atención, no procuran gobernar con justicia sus reinos, tener celo de la religión católica, amparar el Evangelio, estimar la palabra de Dios.

Así lo dejó escrito Cipriano Leovicio en aquel pronóstico del año 1564, que había de durar veinte años siguientes, en que se engañó, pues ha tenido y tiene mayor duración. Cualquier político cuerdo, fijándose en el conocimiento de las causas, pudiera anunciar los efectos en los reinos y el remedio de tantas desdichas, reconociendo a Dios y ejecutando todo lo dispuesto por sus sagradas leyes. Mucho se debe a los reyes cristianos, especialmente a los que por excelencia se llaman católicos, que con leyes séverísimas arrojaron de sus reinos la magia y castigaron a los que la ejercían, porque no tiene lugar en la latitud del Evangelio, que es el campo de las verdades de la fe.

Y tanto más perjudicial es la astrología judiciaria cuanto con falta de modestia asegura los sucesos futuros, como si Dios no tuviera parte en ellos, no fuera primera causa sobre todos los influjos de las estrellas, y cuando en materia de toda certeza, los ángeles y los profetas enseñan el decoro con que se ha de hablar de la Majestad divina. Anuncióle el Angel a Abraham el nacimiento de Isaac de su madre estéril, y dijo: *Revertens veniam ad te tempore isto, vita comite, et habebit filium Sara uxor tua*. Prométele el hijo y sucesor en su casa, y añade aquella palabra *vita comite*, volveré, si me durare la vida, a otro año, y este día mismo. Es digno de ponderación que el Angel no podía dudar de su vida, pues no podía morir ni pecar, que es como muerte en el Angel; ni podía haber duda de la vida de Abraham y Sara, pues le había asegurado el hijo. ¿Pues por qué puso el Angel aquella palabra *vita comite*? Fué, a

mi ver, una santa modestia, pues aunque era ministro grande de la casa del Señor, y tenía presencia de la fecundidad de Sara con toda certeza, no quiso excluir a Dios del suceso futuro, por ser, como es, Autor de la vida y de la muerte.

Esto mismo hallamos en los profetas y apóstoles. Así disponéis vuestras acciones —escribía Santiago— vuestras jornadas y negocios, como si no tuviérais dependencia de nadie: iremos, decís, compraremos, granjearemos, y no sabéis lo que será mañana. ¿Qué es vuestra vida sino un vapor fugitivo que luego se desvanece? Todo está debajo de la voluntad divina, y así debéis hablar sin jactancia, poniendo esta condición: si Dios quisiere, que es confesar la superioridad de la primera causa y reverenciar su providencia.

Empezó a enflaquecerse el dominio de Satanás en el mundo, pareciendo mal sus engaños y ardidés a un Emperador gentil y arrojándolos de la parte principal de su Imperio. Parece que obraba con impulso especial del Príncipe Cristo, que, como primera verdad, había venido al mundo a desterrar las mentiras que introdujo el demonio y a desengañar a los hombres y que conociesen su ruina en darle culto; hacer pacto con él, su perdición; servirle, esclavitud; y adorarle, la mayor desesperación. De aquí suelen tener principio algunas predicciones de futuros, que con facilidad se canonizan en el mundo por revelaciones. No niego que las puede haber en la Iglesia, y sería temeridad negarlas todas, pues no está ahora abreviada la mano del Señor para que no haya Profetas, como los hubo en el tiempo antiguo, que esto sería extinguir los espíritus, contra la doctrina del Apóstol a los Tesalonicenses: *Spiritus nolite extinguere*. También es temeridad admitirlas todas, pues el creerse de ligero está prohibido por el Espíritu Santo en el Eclesiastés, y fácilmente el demonio se transfigura en Angel de luz. Hanse de examinar los espíritus si son de Dios, de que dan muchas reglas los teólogos, especialmente Medina, a quien sigue Tíreo.

Fuerte enemigo es, sin duda, de los hombres, el demonio, pues hasta haberle vencido en el desierto tres veces afrentosamente Cristo, no dió principio a su predicación, milagros y otras cosas singulares de vida. Fué acertado le enflaqueciese Cristo las fuerzas, para que no le hallasen tan ufano y brioso los que en esta vida, que es toda de guerra, era forzoso venir con él a la batalla. Tres enemigos, aunque no a un tiempo, acometieron al primer hombre: demonio, pecado y muerte, como en presagio de que su culpa, como dijo Crisóstomo, fué una y trina. Una fué la acción de comer el manjar prohibido, tres las malicias. El demonio fué el primero que acometió, de ahí la culpa, de ahí la muerte, y Cristo los venció a todos por el mismo orden con que ellos acometieron. A todos los venció Cristo, y no se contentó con despicar al hombre postrándole sus enemigos, sino que tuvo gusto de vencerlos por el orden mismo que acometieron. De cuyas victorias, en lo retirado y escondido del desierto, que hacen labor con el estado de Cristo en su adolescencia, se discurrirá en la siguiente meditación.





MEDITACIÓN X

I

El Príncipe Cristo se retiraba de la comunicación y trato familiar de los hombres. Siendo de diecinueve años, funda Tiberio templos en Roma y examina los oráculos de las Sibilas. Pondéranse las predicaciones de éstas.



CONTINUABA sus ocupaciones y empleos en el ejercicio de las virtudes el Príncipe Cristo, haciendo mayor ostentación de los tesoros escondidos en su alma (no hay duda que para dar buen ejemplo a los que le atendiesen), especialmente cuando crecía en años. Corría el diecinueve de su edad, y aunque en todos se mostró muy observante, en los que, al parecer humano, suponían ya el uso de la razón, hacía los ejercicios de religioso Príncipe, huía de la comunicación de la juventud y del trato familiar de los hombres. Su mayor asistencia era en la sinagoga: allí oraba con mucha frecuencia al Padre, ocupando siempre el asiento más humilde. Así lo refiere San Buenaventura. No hubo en Cristo, ni pudo tener lugar acción alguna, sin que se dirigiese a fines grandes, que su providencia lo abraza todo, y no hay criatura que no se

gobierne por su imperio y a quien no prescriba el fin de sus operaciones, como lo confesó San Agustín en sus Soliloquios. Los polos del mundo se mueven por su disposición; rematan sus cursos las estrellas; templa la luna la oscuridad de la noche; el sol acarrea el día, y todo el mundo, con la varia sucesión de luz y tinieblas, meses y años, todo está subordinado a la Divina Providencia.

Dicho se estaba que el autor de tanta y tan bien concertada armonía en la Naturaleza, que tuvo providencia para las criaturas de los años, meses y días, pasaría los de su edad (si a lo secreto) con tanta atención como lo pedía la decencia de un Dios hombre cuyas luces, aun en medio de las tinieblas de la gentilidad, ya se divisaban en Roma, pues Tiberio se mostró muy aficionado a la Religión, aunque con error, y al segundo año de su imperio acabó de edificar y consagró los templos de los dioses que por incendio o vejez se habían arruinado y los había comenzado Augusto. Así el del dios Libero y el de la diosa Libera, el de Ceres, junto al circo Máximo, y en el mismo lugar el templo de Flora, el de Jano y el templo de la Esperanza, que había hecho voto de edificar Artilio Régulo en la guerra contra los cartagineses. Parece muy feliz presagio de los muchos templos y basílicas que se habían de edificar allí al Dios verdadero. Por este tiempo descubriéronse unos oráculos que anunciaban la destrucción de Roma; imponiéndolos a las Sibilas, los redarguyó de falsos Tiberio e hizo ver todos los libros de las fatales predicciones y aprobó los que parecían legítimos y arrojó los inciertos, como refiere Dion en la Historia Romana. Pareció divina disposición, como lo advierte el Cardenal César Baronio, para que cuando se predicase a los gentiles y se les persuadiese la venida de Cristo, Dios y hombre, por si no creían las escrituras sagradas, diesen crédito a los oráculos de las Sibilas, testimonios familiares y domésticos, y que los hallasen espurgados de errores, para que aun por ese principio constase la verdad de que Cristo era Hijo de Dios.

Las Sibilas, de quien con mayor certeza escriben algunos Padres de la Iglesia y otros autores de opinión, fueron doce. La Pérsica, natural de Persia, región del Asia oriental, que se llamó así de su Rey Perseo. Su nombre propio fué Sambetha, y de ella hacen mención Nicanor, historiador de Alejandro Magno, San Agustín y Lactancio Firmiano, y se le atribuye comúnmente la profecía de que el demonio, significado con el nombre de bestia, había de ser átopellado con la venida del Salvador, y que había de nacer en la tierra de las entrañas de una Virgen.

La sibila Líbica fué la segunda, y nació por los años 2200 antes de la venida del Hijo de Dios al mundo. Atribúyensele muchas profecías, en particular las que se refieren a los milagros de Cristo.

La sibila Delfica nació en Delfos, ciudad de la Fócida, cerca del Parnaso; floreció 1255 años antes de Cristo; fué gran profetisa y escribió altísimamente en sus versos los principales misterios de la vida y muerte de Cristo, como escribió Crisipo.

La sibila Cumana fué natural de Cumas, ciudad del Asia Menor; escribió nueve libros de sus oráculos y llevó a Roma al Rey Tarquino para que los comprase. Quemó ella misma los seis porque no le daban el precio que pedía por ellos. Los tres se pusieron en el Capitolio y se tuvieron en grande veneración entre los romanos, como dice Plinio.

La sibila Europa, o Europea, es constante, fué natural de Europa; mas como esta parte del mundo abraza treinta y cuatro regiones (como escribe Tolomeo) no se puede atinar de cuál de ellas haya sido. De esta sibila hallamos la profecía siguiente: «Vendrá Aquel deseado de las gentes y pasará los montes, collados y lo escondido de la selva del Olimpo; reinará en pobreza y mandará en silencio, y nacerá de las entrañas de una Doncella.»

La sibila Cumea, a quien llamaron otros Itálica, fué natural de Cimerio, villa de la Campania, en Italia. Hace de ella grave mención San Justino, mártir, y refiere de ella es-

tas palabras suyas: *Para que os animéis más al culto y honra de Dios, no poco os ayudarán los oráculos de la sibila Cumea, los cuales se llegan mucho a la doctrina de los Profetas.* Fué contemporánea de Eneas, cuando iba a la guerra de Troya, y Virgilio hizo especial mención de ella en sus obras; llamábala casta, diosa, sacerdotisa, virgen, santísima, venerable; pero adonde habló más en particular de ella y de su profecía, fué en una de sus églogas:

*Ultima Cumael iam venit carminis ætas,
Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo.
Iam redit et Virgo redeunt Saturnia regna,
Iam nova progenies coelo demittitur alto.
Tu modo nascenti puero, quo ferrea primum
Desinet ac toto surget gens aurea mundo,
Casta, fave, Lucina: tuus iam regnat Apollo.*

Y que estos versos de Virgilio se entienden de Cristo Señor nuestro, lo declararon San Agustín y Eusebio. En las Colectaneas de Estractonico, Obispo de Cumas, se hallan unos versos de esta sibila que tratan de la paz y tranquilidad que había de haber en los tiempos de Cristo nuestro Señor, que se pueden ver en su autor traducidos del griego, y frisan mucho con la profecía de Isaías: *Habitabit lupus cum agno.*

En Tibur, ciudad en Italia, dieciséis millas de Roma, nació la sibila Tiburtina; los romanos un tiempo la adoraron por diosa. Consultóla el Emperador Augusto, como refiere Filipo Vergomense, y al tiempo que la sibila daba su respuesta, se abrió el cielo de repente a vista del Emperador y vió en él una hermosísima doncella que estaba con un niño hermoso en sus brazos, y oyó una voz, que le dijo: *Este es el altar del Hijo de Dios.* En aquel lugar donde el Emperador vió este prodigio edificó para perpetua memoria un templo, con título de *Ara Cæli*, que tienen hoy los religiosos de la Orden de San Francisco en Roma, como lo afirman graves autores.

En Ancira, ciudad del Asia Menor, dicha así por las án-

coras de las naves que cogió Mitrídates en este puerto, y eran de Tolomeo, Rey de Egipto, floreció la sibila Frigia a los 3925 años del mundo. En alabanza de MARÍA SANTÍSIMA dejó entre sus oráculos escrita una profecía que reflere el Padre Canisio.

La sibila Egipcia fué natural de Egipto. Profetizó la divinidad y humanidad de Cristo, su encarnación y muerte. El Verbo invisible—dice—se tocará con las Manos, brotará como la raíz, secaráse como las hojas y se desfigurará su hermosura; ceñirále el vientre de su Madre; florecerá Dios con alegría perpetua y será maltratado de los hombres.

Cerca de Tracia, en una isla del mar Egeo, que se llama Samos, tuvo su origen la sibila Samia. De ella escriben San Agustín y otros muchos autores y la ponen 665 años antes de la venida del Hijo de Dios al mundo. A esta sibila la llama Babilónica un autor grave; y a ella, como a una de las más antiguas de todas, se le atribuyen los libros de los oráculos de las Sibilas. El prodigio de Cristo Sacramentado, le profetizó por aquellas palabras: *Edentes dulcem pane e coelo stellato*. Predijo también el incendio de Roma en tiempo de Nerón; llama a la Iglesia casa antiguamente deseada; alude al martirio de San Pablo, a quien fué cortada la cabeza y al de San Pedro, crucificado con la cabeza abajo. Otro oráculo acerca del día del Juicio, muy conforme a las divinas letras, trae esta sibila. Imitáronle Platón en su Timeo, Séneca al fin del libro *De consolatione ad Marciam*, Lucano en el libro primero de la Farsalia; y lo que más es, parece lo escribió San Pedro en su segunda epístola tratando del día del Juicio.

A esta sibila se atribuye, entre otras cosas, aquel verso de la Cruz Sacrosanta: *O lignum fœlix, in quo Deus ipse pependit*. Del que hacen mención Socomeno, Suidas y Nicéforo.

En el campo de Troya, en un lugar llamado Marmiso, nació la sibila Helespónica, en los tiempos de Ciro, el primer rey de los persas, 544 años antes de Cristo. Profetizó

altamente esta sibila de la Virgen nuestra Señora. Entre las ilustraciones que tuve del cielo antiguamente, vi—dice—enriquecer y ennoblecer con honra extraordinaria y rara a una casta doncella; fué digna de la alteza que tuvo, vista y preservada de Dios, porque se guardó y conservó para él y para que pariese un hijo que resplandeciese con suma luz. Predijo otras cosas de los misterios de la vida de Cristo, que no son para esta corta narración.

La sibila Eritrea nació en la ciudad de este nombre, en la provincia de Jonia, del Asia Menor. A esta sibila tuvieron los romanos en grande veneración; y siendo cónsules Curcio y Octavio, fueron enviados por mandato del Senado quince embajadores a la ciudad de Eritrea, para que trajesen las profecías, que se pusieron después en el Capitolio. De esta sibila Eritrea son aquellos memorables versos griegos que pone Eusebio en la vida de Constantino, en cuyas primeras letras se leen estas palabras: *Jesu Cristo Hijo de Dios Salvador*. Citan estos versos San Agustín y San Próspero y los menciona Cicerón en el libro segundo de la Adivinación; tratan del riguroso juicio de Dios, y a ellos se refiere el verso de la secuencia y prosa de los difuntos:

Teste David cum Sibylla

Que la atribuye a San Gregorio el autor del *Lignum vite*; pero más cierto es que la compuso San Bernardo, como lo dice Estéfano Prostinio, y empieza de esta manera:

*Cum recordar moriturus, quid post mortem fim futurus
Terror terret me venturus; quem expecto non securus,
Terret dies me terroris, dies irae, ac furoris,
Dies luctus, ac maeroris, dies ultrix peccatoris
Dies irae dies illa, etc.*

Así lo afirma Angelo Helense de Milán, religioso de la Orden de San Francisco. Hizo mención de estos versos Constantino en la oración que escribió a los Padres del Concilio Niceno, como lo afirma Pedro Opmero en su Cro-

nografía. Otras muchas profecías que atribuyen a la sibila Eritrea se pueden ver en Lactancio, Canisio y otros.

Estas doce Sibilas, que son las que con mayor certeza se hallan en los autores de más crédito, fueron mujeres ilustres: los santos y los doctores escolásticos las llaman profetisas. Fueron llenas de espíritu; guardaron perpetua virginidad; negaron la multitud de los dioses gentílicos y confesaron un solo Dios. Fuera de estas doce se ponen otras por varios autores, pero no tienen tanta autoridad. A éstas se les dió el don de la profecía en premio de su virginidad, como escribió San Jerónimo contra Joviniano. Y por lo que profetizaron de nuestro Príncipe, merecen tener lugar sus versos proféticos en estas meditaciones.

II

No se halló en el Príncipe Escondido cosa pueril. Refiérense graves ejemplos de una bien lograda juventud. Aunque vivió retirado Cristo, en Nazareth y en el desierto, murió a la mayor publicidad, y fueron muy públicas sus victorias.

Retirábase Cristo del consorcio y comunicación de los hombres, dice el Seráfico San Buenaventura, no porque le pudiera hacer daño su trato y comunicación, ni divertirle de los honestos fines de sus obras, sino para entregarse más a la oración y contemplación, substraído de todo lo visible y de las criaturas; que si a un Hombre Dios, no le pueden servir de embarazo, por estar su voluntad humana regulada por la divina, no admite duda que puede servir de cautela a un puro hombre, para que huya de la demasiada comunicación. Esta tenía Tobías siendo muy mozo, o el más mozo de la tribu de Neptalí, como se refiere en su libro, con que no se halló en él cosa pueril. Y se le conoció muy

bien en que huyó la comunicación de los hombres que iban a adorar los becerros de oro que levantó el Rey Jeroboán.

No es argumento de mediana virtud conservarse puro entre depravadas costumbres y retener el candor de la inocencia entre las fealdades del siglo. Andar entre espinas y no salir herido, sólo lo puede asegurar el poder divino; que no hay fuerzas humanas para negocio tan árduo, dice el padre San Bernardo, porque viene a ser paloma segura en medio de aves de rapiña, oveja en medio de lobos, estrella en medio de nubes, azucena en medio de espinas, renuevo de justicia en pueblo de iniquidad. Así llamó el padre San Crisóstomo al santo Job, considerándole tan lleno de virtudes en medio de la nación de los Husitas. Y es cordura huir la comunicación del vicioso para no vestirse de su color, según aquella sentencia del Espíritu Santo: *Qui communicaverit superbo, induet superbiam.*

Tómanse las costumbres (dijo Séneca) de las personas que se comunican, y a la traza que se pegan los achaques del cuerpo, pasan también, a los que están cerca, los achaques del alma. Una cosa es el Palacio de Caifás y otra el Cenáculo del Mesías, dijo San Agustín hablando de San Pedro. ¡Cuán diferente hombre fué entre los Apóstoles en el Cenáculo, y entre los infieles ministros del Pontífice! Allí aseguró seguir al Maestro, aquí negó ser discípulo, y al primer vientecillo tembló la más fuerte columna de la Iglesia. Tanto como esto importa la buena o mala compañía. Y a este fin miraba el consejo que dió a Nepociano el padre San Jerónimo. Los compañeros que has de tener, oh Nepociano, han de ser tales, que su trato y comunicación te den honra, no infamia; su mayor adorno no ha de ser el vestido, sino las costumbres; no han de ser hombres que encrespen el cabello con moldes de rizos, sino que prometan en el hábito, honestidad y modestia; ninguno tiene más opinión de la que tiene granjeada la persona con quien trata, que de ordinario vuelan juntas las aves de un color. Aun cuando las compañías sean buenas y útiles, es cautela

prudente y cristiana huir de la comunicación de los hombres y retirarse de ellos cuando la justicia o la caridad no pide la asistencia para ejercitar con ellos esas virtudes.

No es dudable que Cristo, en este estado, obró como muy hombre, que si lo fué en su ser perfecto desde el instante de la Concepción, no se hace creible que en la infancia obrase como niño; y así con justa razón se prohibió por apócrifo el libro que tiene por título: *De la Infancia del Salvador*; porque los prodigios que allí se refiere obraba Cristo entre los niños de su edad, no eran decorosos a la persona del Hijo de Dios, cuando para obrar milagros, aun en la edad y en tiempo convenientes, fué necesaria la intervención de su Madre. Contra esta verdad no prueba nada la contienda que refiere San Vicente Ferrer, entre José y María, sobre hacer las haciendas de casa, y que Cristo las tomaba por su cuenta, ejercitándose en acciones humildes, sirviendo a sus padres sin quererse servir de los ángeles, porque no fué hacer milagros sino actos de humildad y de obediencia y cumplir a la letra aquello que él mismo había dicho de sí: *Que el Hijo del hombre no vino a ser servido sino a servir*. No fué acción milagrosa sino humilde la que refiere el Maestro de las Historias, que Cristo, con otros niños, traía para su casa agua de la fuente, para lo cual no era necesario hacer milagros, sino disimulando quién era, obrar como los demás hijos en servicio de sus padres.

He considerado que aunque Cristo no podía tener inconveniente de hacer todas sus obras en público, para las mayores le veo que se esconde y se retira; sólo para padecer escogió lo más público, pues pudiendo morir en lo escondido, en lo retirado, en un lugar corto, en un día común, no quiso sino que todo fuese a la mayor publicidad. Pudiera morir en un madero humilde, y quiso fuese muy descollado; pudiera morir de noche, como nació; no fué sino al mediodía y en Jerusalén, que era la metrópoli, y en el día solemne de la Pascua, todo a fin de que nadie ignorase su muerte, que había de ser triunfo. No podía ser la muerte de

Cristo en lo retirado y escondido, dijo San Ambrosio, porque triunfo es una aclamación pública, que a vista de todos se hace al vencedor, y de aquel propiamente se triunfa que es vencido en público, y cuyos despojos se pregonan en alabanza del vencedor. Las victorias públicas de Cristo, los triunfos majestuosos, que tuvo del demonio, se vieron en el remate de su vida; el ensayo de sus victorias fué en secreto, porque convenía hasta su tiempo.

A muchos le ha hecho novedad que el Espíritu Santo llevase a Cristo al desierto para que fuese tentado del demonio. Que el Santo Espíritu se hallase en la formación de la humanidad de Cristo, en fecundar el vientre sacrosanto de María, para que como principio activo se uniesen las dos naturalezas, divina y humana, en un supuesto, y naciese al mundo sin obra de varón; que llenase de gracia y celestiales dones aquella humanidad santísima y que se pusiese en figura de paloma sobre su cabeza en el Jordán, bien se deja entender; pero sacarle al campo del desierto, para que sea tentado del demonio, no parece obra suya. Pero sí lo fué, que como el amor ha de llevar a Cristo a la muerte y a la ocasión de las victorias públicas, le llevó también al ensayo de esos triunfos que habían de ser en lo escondido, y se conoce que es el Espíritu Santo el que le guía, por las armas con que sale, armado de verdad, escudo fuerte. Y cuando yo no supiera que era Dios el combatiente y el Espíritu Santo el que le apadrina, me lo dijeran las armas; porque escudo de verdad, ¿quién puede darle, sino el Espíritu Santo?, ¿ni quién puede ceñírsele, ni embrazarle con valentía, sino es un Dios hombre que sale armado de verdad, contra el padre de la mentira? Ha de salir el demonio al campo, armado de engaños de impía apariencia de piadoso, de interpretaciones falsas de la divina palabra, de ficciones, de promesas, de falsas seguridades, de soñados imperios, de reinos aparentes, y contra tan grande tropa de mentiras, con que hace platos a todos los sentidos, se arma Cristo con un escudo de verdad. Así le aseguró el Profeta

que no tendría ocasión de temores, ni de *la saeta que vuela de día, ni del negocio de que se trata en tinieblas*, ni del *demonio* más disimulado, como lo es el *del mediodía*, en que están delineadas las tentaciones que padeció Cristo en el desierto, y adonde, para que las tuviese, le guió el Espíritu Santo. Ponderémoslas.

111

Atrévase Satanás, muy en su daño, a Cristo retirado en el desierto. Valióse de diferentes armas. Suele lograrlas contra los hijos adoptivos de Dios. Y afecta mucho el blasón y título de Angel de Luz con que, engañados los hombres, cargan sobre sus hombros cada uno el peso de su ídolo.

La primera tentación, *saeta que vuela de día*, es la mala doctrina (dice San Jerónimo), que por lo que tiene de luz, parece que ilustra el entendimiento y es saeta que atraviesa el corazón. «Si eres Hijo de Dios, haz de las piedras pan». Aquéllos en quien está sola la piedad y la virtud en los labios y en sólo la lengua, hieren de agudo las conciencias y hacen en ellas heridas penetrantes. La primera circunstancia que tuvo la Pasión de Cristo, fué un beso de unos labios alevés. ¿Quién creyera que por un beso de paz se había de empezar una guerra tan sangrienta que pusiese pasmo a todas las criaturas y enlutase el sol? La paz suele ser hija de la guerra, pero la guerra de la paz es singular monstruo; así los forma la malicia. Tan cierto es que empezó la Pasión por el beso de paz, dice Tertuliano, que no pudo ni debió ser entregado Cristo a sus enemigos con otra seña. Es Cristo Hijo de Dios. ¿Con qué se probará que lo es? Con que le trate el pueblo judaico como a su Padre, honrándole con los labios y haciéndole millares de injurias. Pues para que se conozca que es Cristo el profetizado Hijo de Dios, dénle

besos de paz, honor y cortesía de labios, vaya así paliado el atrevimiento de quitarle la vida. *Si filius Dei es.* ¡Qué cortesía! *Dic ut lapides isti panes fiant.* ¡Qué injuria! Es saeta que vuela con luz de divinidad y es conocida injuria al Hijo de Dios. ¡Qué de saetas a esta traza dispara el demonio a la mayor luz! Y volando de día no las vemos. ¡Qué de traiciones se ven con capa de amistad! ¡Qué de vicios se aprueban a la corta luz de una modesta apariencia, con olor de bálsamo puro!

Pedíale Eliseo a Elías, al tiempo del rapto, su doblado espíritu, y el gran Profeta le dejó la capa. En Eliseo hubo capa y espíritu, pero hay muchos que con sólo capa les parece tienen espíritu para infundir a otros. Es saeta que vuela de día y al parecer con buena luz, pero hace heridas mortales.

Mas quien estuviere armado con escudo de verdad, no temerá *el negocio que se trata en las tinieblas*. He procurado apurar qué negocio sea éste que se trata entre oscuridades. Agrádame la exposición de San Bernardo, que por este negocio entiende la tentación de la ambición, como refiere el cardenal Belarmino, y cuando veo que el demonio llevó a Cristo del desierto a la ciudad, y que le puso en la mayor frecuencia de pretendientes y negociantes, me persuadí es la plaga general que corre de ambicionar puestos grandes, pináculos de templos. Plaga, dije, y no sin misterio, que en el hebreo se lee, según San Jerónimo, «peste que anda en tinieblas». Con nombre de peste es entendido el demonio, porque suelen preceder visiones suyas en humana apariencia y avivar con su malicia la peste. Para tutelares de las ciudades contra los demonios meridianos ponían los antiguos sobre las puertas efigies de ángeles buenos y de varones santos.

Allá fingía Platón una República en tinieblas, con las diferencias de tratos, oficios, jueces, ministros y ciudadanos. ¡Qué grande confusión fuera este modo de gobierno! Pero mayor, sin duda, si enviara Dios peste a esta Corte y quita-

ra todas las luces del sol, luna y fuego, y corriera la plaga en tinieblas, sin que pudieran verse unos a otros ni acudir al socorro de la necesidad, porque ni ella constara, si no es por gemidos, ni se viera el remedio conveniente; por aplicar el útil, se aplicara el contrario y ayudaran los médicos a la muerte y dieran mayores fuerzas al contagio; discurrirían por una y otra parte tropas de heridos y sanos, con igual peligro, sin conocerse el padre al hijo. Extraño fuera el conflicto, insufrible la confusión. Pues esto que allí fuera ficción es, por nuestra desdicha, lo que verdaderamente pasa en las Cortes: es peste la ambición, el deseo de honor, de estimación y crédito, pégase con facilidad; anda el pretendiente en tinieblas, porque ni sabe si se decretó el memorial de servicios, si le trata verdad el consejero, si le engañó el secretario, si le consultan o no; de nada tiene luz, todo corre entre oscuridades; tal vez aplica un favor, y como no sabe si es útil, suele ser contrario y le atajan su pretensión. Encuéntranse por las calles y palacios tropas de apestados, todas confusas. Este es el negocio que anda en tinieblas; esa es la peste de la hacienda, de la vida y del honor, que mata sin luz.

Persuadido el demonio—dice San Cipriano—a que nadie se escapa de esta peste general, le pareció lisonjeaba a Cristo en ponerle en puesto eminente, en la mayor frecuencia del pueblo, para que le aclamasen por santo; pero bien se conocía andaba el demonio en tinieblas «Si eres Hijo de Dios, despiénate». Y por donde se pretendió ocultar, manifestó quién era. ¡Oh, tinieblas de la culpa, al paso que encubris la malicia, la vais gritando! ¡Oh, noche del pecado, qué confuso tienes a quien te comete! El remedio, que entre sus tinieblas elige, le encona más y le lleva a la muerte. Comió el primer hombre la fruta prohibida, pecó, abrióronse los ojos, vióse desnudo, cogió las hojas del árbol mismo y cubrió su desnudez y palió su culpa, y ellas le iban gritando. ¿Pues cómo echó mano de ellas? ¿No había en el Paraíso otros árboles frondosos? Claro está, pero an-

daba en tinieblas, y presumiendo que se escondía, se manifestaba. Así el demonio, por donde entiende encubrir su malicia, la publica, y entre las confusiones y oscuridades en que vive, persuade precipicios al que llama hijo de Dios.

El peligro último, de que se verá libre el que estuviere armado con el escudo de la verdad, es *el demonio del mediodía*. ¿Quién no extraña este título? Yo creo que los demonios lo son a todas horas, y cuando hubieran de tener nombre con orden a tiempo, se llamaran de la noche, como se llaman príncipes de tinieblas; pero de mediodía, ¿quién será? Yo dijera que, singularmente, Satanás, el que tentó a Cristo en el monte y le ofrece los reinos del mundo y la gloria de ellos. Mediodía en la Escritura, es tiempo de Dios, que aunque son suyas todas las horas e instantes, mas como habita la plenitud de la luz inaccesible y el medio de la luz, aprópiasele el mediodía. A esta cuenta está aparecersele los ángeles a Abrahám a mediodía: *In ipso fervore diei*. La esposa le pregunta: *Ubi pascas, ubi cubes in meridie, etc.*; dando a entender que si le quería hallar, le buscasse al mediodía. Pues como el demonio ninguna cosa afecta tanto como, siendo tinieblas, transformarse en ángel de luz y siendo criatura parecer Dios, finge la luz de la deidad y prohíjase la luz del mediodía. Todo este discurso se debe a San Jerónimo. No pudiera el demonio fingirse Dios por dos caminos tan derechos como hacerse dueño de todos los reinos del mundo y ofrecerlos al que le adorase, porque esto hace Dios. Pues si Satanás así toma la investidura de la divinidad, bien le llama el Profeta demonio de mediodía. Y qué sé yo, si por esto en esta tentación no le dijo: «Si eres Hijo de Dios», porque se fingía ya serlo él y que no había otro. Anduvo sagacísimo el demonio—dijo Cayetano—para saber si Cristo era Dios; propúsole el pecado más abominable: adorar al demonio. Como quien dice: aquí se declarará y dirá: Traidor, tú me has de adorar a mí. Pero engañóse, que ocultó Cristo el mediodía de su divinidad, repeliéndole con generalidades. No dijo: A mí

se me debe la adoración. Con el escudo de la verdad de Dios, rebatió el golpe del demonio del mediodía. ¡Qué riza hace de ordinario en las almas este demonio meridiano! Demonios que vienen de noche, aunque se ocultan, se conocen y no hacen tiro de importancia; mas cuando vienen como señores, prometiendo reinos y con esplendores de divinidad, es mayor el riesgo y es necesario escudarse bien el alma, con la protección de la verdad de Dios. De lo dicho se infiere la atención con que, en medio de tantos peligros, debe vivir el fiel, pues una piedra sola que convierta en pan por orden del demonio, un amago a obedecerle y a adorarle, le saca a un hombre de la línea de hijo de Dios; porque cualquiera parte que esté presa de estos lazos, es como si hubiera caído en todos ellos. Entró por fuerza de armas Ciro a Babilonia, y los sacerdotes de los ídolos se cargaron de ellos y acometieron la huida; era grave el peso, luego les dieron caza, y ellos y sus ídolos fueron deshechos. ¿Qué sería verlos caminar cargados de Júpiter o Marte?

¿Y qué se me da a mí que no seas tú sacerdote de Babilonia, si en la corte de Madrid vas cargado con tu ídolo? ¿Qué importa no sean muchos, si uno basta? Si va un hombre cargado con el ídolo de su honor y vanidad, lleve la pompa que quisiere, que idólatra es, aunque no lleve sobre sí todo el carro de Júpiter, no es menester convertir muchas piedras en pan para perder un hombre la gracia; una sola basta, si sacude de sí la obligación y atención de hijo de Dios.

IV

No hay República habitable por la malicia del tiempo para el varón justo. A Cristo no le embarazó para sus prodigios nuestra humanidad. Negó Moisés con grande misterio el ser hijo de la hija del rey Faraón y se retiró a Madian.

Retirábase Cristo en Nazareth del consorcio y comunicación de los hombres para entregarse más a la contemplación en la soledad, que es más a propósito para recibir los dones celestiales, como enseñó Santo Tomás, pues el alma abstraída en secreto de los tumultos forenses y populares, está más apta para recibir en sí el fuego del divino amor y los rayos de luz que despide el sol celestial. De donde dijo Aristóteles y lo confirmó Plinio, que allí también se halla Minerva, diosa de las ciencias, como Diana, diosa de las selvas. Que como la tierra no solamente consta de campos muy llanos, sino también tiene sus valles muy amenos y retirados, allí se encuentra el contemplativo con los dones de Dios sin que le embarace el tropel y frecuencia de los hombres, cuyas costumbres, por detestables, hacen inhabitables las ciudades y los reinos; con que viene a ser la mayor comodidad, el mayor retiro del comercio humano.

Pregunto yo: ¿a qué República podrá ir un varón sabio que goce en ella de quietud? ¿A la de los atenienses? Allí fué condenado a muerte Sócrates y huyó Aristóteles porque no le condenasen. Allí la envidia oprime las virtudes; ¿cómo puede ser lugar acomodado a quien desea ejercitarlas? Pues si se pasa a la República de los cartagineses, allí hay una sedición continua, una suma libertad, desestimación pública de lo bueno y ajustado a la razón; contra los enemigos, crueldad inhumana; contra los propios, hostilidad sangrienta. Por la malicia de los tiempos se experimen-

tan éstas y otras desdichas casi en todas las Repúblicas. Hállase ajada la virtud, premiado el vicio, puestos al rincón los talentos grandes, en los puestos mayores pocas veces los beneméritos; todo arde en guerras, y con las armas solamente se busca el decoro de la majestad, siendo así que, como dijo el emperador Justiniano, la majestad del Príncipe no ha de estar armada solamente con armas fuertes, sino con leyes justas. Experimentóse en la monarquía de los Macedonios, que creció fundada en el consejo, fuerza y libertad de Filipo y Alejandro, y su ruina la ocasionó la falta de consejo, el vicio y avaricia de Perseo, como consta del primer libro de los Macabeos. Infelicidad grande que tenga más peligro la pureza en las guardas que la han de defender de osadas lascivias. Pintaban los antiguos la justicia en hábito de doncella y la llamaron Astrea los poetas, como consta de Hesiodo, y en poder de los jueces tiene muchos peligros, como observó Jansenio, si no la conservan con pureza, siendo guardas de su integridad.

Con curso veloz va declinando la monarquía, como quien se despeña, y en un instante halla paso de la virtud al vicio. De Roma lo afirmó así Veleyo Patérculo. ¿Qué maravilla se acaben la ciudad, el reino y la monarquía, si se halla desamparada la disciplina antigua que corregía las costumbres y se ha introducido otra que las tolera; si se pasó al sueño de la vigilia, de las armas a los deleites, de los negocios al ocio, conque se hacen inhabitables las Repúblicas, las virtudes se acobardan, los delitos crecen por falta de justicia, y faltando los premios a la virtud, como el castigo al vicio, teniendo lo que es bueno virtud para mover el ánimo no acierta a moverlo, pues, tal vez, si se miran las materias con ojos del mundo le pesa a un hombre de la bondad que tiene?

Uno de los remedios de estos daños es huir un hombre y reducirse a una vida privada, cerrando los ojos al mundo y amando la clausura de sus mismos sentidos, ya que no pueda retirarse a los desiertos. Así Cristo se retiraba de los

hombres, aunque no tenía riesgos con ellos, ni le experimentó ni pudo en aquella sacratísima humanidad que unió a sí el Verbo divino, para cautelar en los hombres los daños que pueden recibir de su misma carne.

Es grande lugar a este intento uno del Salmo 55 en que, hablando Cristo con su Padre, le dijo por la boca de su Rey: *In Deo laudabo sermones meos, in Deo speravit: non timebo quid faciat mihi caro.* Y para que se entienda que es Cristo el que habla aquí, glosó San Hilario: Nadie puede hablar en este lenguaje si no es Cristo Hijo unigénito del Padre. Alabaré yo —dice— mis palabras en Dios; en mi Padre tengo la confianza, y no temeré los tiros, los reveses o traiciones que suele tener la carne. Con nombre de carne se explican en la Sagrada Escritura todos los embarazos de la vida humana. A la letra significa la humanidad, a quien en los hombres están vinculados tantos achaques. No dejó el Verbo la humanidad, que una vez tomó, y la carne con que ocultó el ser divino; pero obró en ella como si la hubiera renunciado y como si no fuera hombre; quiero decir, nunca le embarazó la humanidad, nunca le gravó la carne, nunca le sirvió de óbice para que no pudiera andar ligero sobre las olas del mar; no impidió la divina virtud, para que no llegase hasta las fimbrias del vestido; no le acortó la potestad, para que no perdonase; no le embarazó la cantidad corpórea, que no se penetrase con las paredes más sólidas, con los más vivos y fuertes peñascos. Ponderaciones son todas del Doctor santo. Grande virtud; ¡cómo se le conoce a la carne estar deificada, pues siendo Cristo hombre, no lo parece en sus prodigios, y obra como hombre, sin haber renunciado la humanidad, con que pudo blasonar de libre de los asaltos de la carne! ¡Singular ardid, saber dejar una cosa, sin dejarla, cuando parece puede ser obstáculo a hazañas gloriosas, y que ellas mismas lo testifiquen cuando lo calle la lengua!

Alaba el Apóstol, y con razón, entre otros varones ilustres de la antigüedad, a Moisés, a quien la fe dió título de

Grande en la Casa de Dios. En la carta a los Hebreos, y dando la causa de haber tenido Moisés tantas medras, dijo: negó la filiación adoptiva de la hija del Rey Faraón, que se preciaba de llamarse madre suya. No se sabe cuándo o cómo la negó, porque ni se halla en el texto tal renunciación, ni la hay en términos formales ni expresos en ningún libro canónico; fuera de que parece sería contra toda razón, y contra toda razón de estado, ya por haberle dado la vida, rescatando su cuna de los raudales del Nilo, ya por la golosina que tiene emparentar con un Príncipe y estar dentro de Palacio con título de hijo de la hija del Rey. Pues ¿cómo dice y afirma Pablo, que Moisés negó que era su hijo? Duda grave es entre los intérpretes. Agrádame el parecer de Santo Tomás, que asegura negó el parentesco. Negó el parentesco sin negarle de palabra; nególe con las obras, porque teniendo revelación (como la tenía) de que le había de encomendar Dios la libertad de su pueblo, y por eso la dió principio en defender al hebreo oprimido de un gitano y enterrarle en la arena, como después sepultó ejércitos enteros en las vehementes aguas del mar Bermejo, era fuerza negar el parentesco con el enemigo del pueblo fiel, pena que si no le negara, fuera cómplice de su tiranía y le embarazara para obrar heroicamente. Pues para que no le embarazase, le negó sin negarle, deshaciéndose de todo lo que podía servir de embarazo a la autoridad del oficio que había de ejercer. Así se colige de los Hechos apostólicos. Entonces se retiró a Madian, ciudad que fundó un hijo de Abrahám, como quien conocía los achaques de la vida de palacio, aunque no de miedo, sino de misterio, como consta de las palabras del Apóstol.

Con mejor título y más ánimo y valentía se retira Cristo del consorcio de los hombres, no porque les teme ni pueden serle embarazo para sus obras, sino por entregarse más a la divina contemplación.

V

Frecuentaba el Príncipe la sinagoga y no hizo milagros en su vida oculta; que se guardaron por celestial disposición para introducir y apoyar la Ley nueva.

Iba Cristo con frecuencia a la sinagoga, que era la iglesia de aquel tiempo, a cumplir con la obligación de fiel y hallarse adonde, con la lección de la ley y de los Profetas, oía referir los misterios de su divinidad y humanidad sacrosanta. La ley, sobre ser precepto a los que la oyen, es enseñanza para la buena dirección de las costumbres, y ha de ser breve, para que más fácilmente se perciba de los ignorantes, y recibirse con tanta veneración como se debe a una voz venida del cielo. Y esta veneración justamente merecen los preceptos de la ley, porque presuponen la sujeción que cada uno debe tener al que le dió la ley, como dijo Santo Tomás. Conque los fieles, no solamente deben tener veneración a quien intima la ley de Dios, sino aún mayor al que la dió para que se intimase. Verdad es que no se agradaría Cristo tanto de oír la relación de los misterios contenidos en los sagrados volúmenes, cuanto se gozaría de ver ejecutada la ley, y que la venerasen los oyentes, más con la vida que con la voz, que esa es la música sabia y dulce con que se regalan los oídos divinos. David dijo a los fieles que la cantasen a Dios sabiamente *Psallite Deo, psallite sapienter*. Y aquí el Padre San Crisóstomo pregunta: *¿Quid est psallite sapienter?* ¿Es, por dicha, cantar con voz sonora, con música acordada, con bien templado instrumento? No es nada de eso, responde; otra cosa hay más profunda y más oscura: *non lingua tantum, sed vita*.

No pretendió Cristo introducir su vida oculta para ejercer magisterio, cosa reservada al tiempo de la mayor edad.

Mas no parece puede dudarse que su vida ajustada era táctica enseñanza, y que con voces mudas, y sin ellas, enseñaba el decoro que se debía a la sinagoga y al templo donde se hacían memorias de los divinos beneficios, que no siempre se ha de enseñar hablando. He reparado que Cristo no llamó a los Doctores de la Iglesia lenguas, ni palabras, sino luces y sol, dos cosas mudas que sin hablar hacen sus oficios. Y en este pensamiento, sobre aquellas palabras de San Mateo: *Aperiens os suum, docebat eos*, dos enseñanzas de Cristo publicó San Crisóstomo: una de palabras claras y manifiestas; otra de obras ocultas, pero no menos eficaz. Virtud tan rara, sin desplegar los labios, era lección importante a los que atendiesen que en tan pocos años no se conocía cosa alguna que desdijese de la recta razón.

Debió Cristo hacer milagros para confirmar la verdad de su doctrina, porque las cosas de la fe que exceden la razón humana, no se pueden probar por ella, sino por aquellas obras que son argumento de la virtud divina, porque el milagro de tal suerte tiene su origen de Dios, que no le pueden obrar las causas segundas, y para hacer creíble lo que enseña, es necesaria virtud superior y que pruebe la presencia de Dios en el que obra el milagro. De aquí es que los Profetas enviados de Dios para reformar a su pueblo era necesario confirmaran con milagros la misión, porque de otra suerte, el pueblo no creyera. Probó Moisés ser enviado inmediatamente de Dios, convirtiendo la vara en serpiente; las aguas de Egipto, en sangre, y otros prodigios. Elías, en tiempo del Rey Acab, probó ser profeta del Dios verdadero, contra los profetas de Baal, porque invocando el nombre del Dios de Israel, hizo bajar fuego del cielo sobre su holocausto; lo que no pudieron los falsos profetas, aunque con repetidas voces invocaron el nombre de su ídolo; antes bien, les quitaron la vida por engañadores del pueblo, como se refiere en el tercero libro de los Reyes.

¿En qué tiempo empezó Cristo a hacer milagros? ¿Fué el primero el de las bodas de Caná?, pregunta el angélico Doc-

tor Santo Tomás, y aunque en el libro de la Infancia del Salvador se refiere que Cristo hizo muchos milagros en el tiempo de su puericia (y parece los debiera obrar en todas las edades, porque teniendo su origen en la divina virtud, que estuvo en él desde el principio de su concepción, desde entonces fué verdadero Dios y hombre), le pareció al santo Doctor, que no debió obrar milagros antes que empezase a enseñar su doctrina, por obrarse en manifestación de ella y en prueba de la divina virtud, y para esto eligió la edad perfecta; conque se ajustan bien las palabras de San Juan, que el milagro de las bodas, a los treinta años, fué el primero de los milagros de Cristo. Y si en aquella edad Cristo se manifestara con sus milagros, no necesitara, para ser conocido, del testimonio de San Juan, como la luz manifiesta lo que es por los rayos que arroja de sí.

Como, pues, con el modo de la vida de Cristo, ocultándose quién era, no pretendía introducirla para otros, se abstuvo de hacer milagros en ese tiempo y esperó la ocasión donde, haciendo labor sus palabras y sus prodigios, se fundase, con asombro del universo, la nueva Iglesia. Condición es de Dios, cuando quiere introducir alguna cosa nueva, abrir puerta a la fe con milagros y prodigios, como quien envía delante las prendas y empeños de su potestad. A la creación del hombre (obra singular de las manos de Dios) precedió la creación del mundo. A los pactos que hizo Dios con Noé, precedió el diluvio, que inundó el universo. A las promesas de Abrahám, la victoria que alcanzó de aquellos cinco Reyes. A la ley del Sinaí precedieron maravillas y prodigios. Y de esta manera introdujo Cristo la ley nueva y evangélica. Y pues Cristo, en el tiempo de su vida oculta no hizo milagros, parece no quería introducir aquel modo de vida, sino hacer tiempo (digámoslo así) hasta que con la fuerza de sus milagros y predicación introdujese la Ley evangélica, y así en la edad oculta se contenía dentro de los límites de la Mosaica, acudiendo a la sinagoga, como los demás, y al templo en la ocasión que obligaba a ello la ley,

porque aún no estaba propuesto por maestro de la evangélica, cuanto a lo público, ni para ser imitado de los hombres, caso reservado a la mayor edad.

De aquí sabremos el misterio de aquellas palabras, que le dijo en cierta ocasión uno de los escribas: *Magister, sequar te, quocumque ieris?* Fué] grande atrevimiento dudar de la obligación de imitar al que tenía por blasón y título ser maestro; dudó lo que no debía dudar, dijo San Hilario, y que Cristo no era el Mesías verdadero. Es argumento de infidelidad dudar si se ha de seguir el modo y vida de Cristo y tener su fe y todo lo puso en duda con la desconfianza de la pregunta. Infiel es el que no imita, obedece y se rinde a Cristo, propuesto por maestro de toda virtud. En la vida oculta corría otra razón, porque no era público el magisterio de Cristo, aunque su vida podía servir de ejemplar, por su modestia y atención al culto de Dios.

VI

Dios esconde su amor cuando ostenta su majestad. Padecer por lo que se ama, es argumento de singular benevolencia. Divídese por septenarios la vida humana. La de Cristo corría varias edades, y tuvo grande misterio nacer niño. Pondérase la atención que deben tener los que se precian de siervos de Dios.

A los dieciocho y diecinueve años de su edad, siendo Cónsules en Roma Celio Rufo y Lelio Pomponio Flaco, corría la carrera de su adolescencia felizmente (¿cómo puede dudarse?) el Príncipe Cristo, utilísimo a los hombres y al mundo en todas edades, pues lo fué desde la niñez, y tuvo por apellido ilustre llamarse Niño, Hijo y Príncipe. Empleó lo significado por estos títulos en ganar las voluntades a los hombres, según aquella profecía tan misteriosa de Isaías:

Parvulus natus est nobis, et filius datus est nobis, et factus est Principatus super humerum ejus. Hizo alarde, no ya de soberanía y majestad, como en la creación del universo, sino del amor vehemente que le obligaba a ponerse en ocasión de padecer algo por las criaturas que amó con tanta ternura. La más insigne demostración de una ardiente e inmensa caridad, el argumento de más singular amor fué en Dios padecer por los súbditos, morir por los siervos, y al paso que contenido (digámoslo así) dentro de su mismo ser, estaba libre de los achaques y penalidades de la vida humana. Era Dios Escondido cuanto al amor; ocupaban oscuras sombras su eterna dilección.

Gravemente lo ponderó el padre San Crisóstomo, quien hizo una elegante contraposición entre Dios bienhechor de los hombres, y Dios que padece por ellos. Dar Dios, hacer merced a sus siervos, beneficiar a sus criaturas, indicio es manifiesto de su majestad y soberanía; mas padecer por ellos, es indicio claro de su amor. Y de aquí era que cuando lucía Dios más, como Dios y Señor, en la creación de las cosas, tanto se escondía su amor, oscurecíase su claridad. Así que padecer, más que obrar, es indicio de mayor amor, y ama más quien padece que quien hace favor.

Hace Oleastro una curiosa pregunta, comentando el capítulo 9 de Isaías: cuál sea la razón por que Cristo, cuando vino al mundo, no se apareció muy hombre, como muchos de los Profetas, de cuyas niñeces no se hace mención, sino en edad y apariencia de niño. La diferencia de las edades diversifican los empleos; siete describió Solon, legislador de los Atenienses. Siete son las edades, infancia hasta los siete años; puericia, hasta los catorce; adolescencia hasta veintiuno; juventud, a los veintiocho; virilidad, hasta los cincuenta; mayor edad, a los cincuenta y seis; y lo demás restante pertenece a la vejez. Pudiera, pues, Cristo aparecerse en el mundo en la edad robusta de los treinta años, pues a ese tiempo había de dar principio al oficio de Redentor y Maestro; no parece que era necesario que naciese niño,

para haber de estar oculto y escondido tantos años. Pero sí lo fué, y tuvo gravísimos misterios, si ponderamos los títulos que le dió el Profeta, todos misteriosos, de Niño, Hijo y Príncipe: *Parvulus natus est nobis, et filius datus est nobis et factus est Principatus super humerum ejus*. En los dos títulos de Niño que nace y de Hijo que se da al mundo, empieza ya a descubrirse Cristo, Dios y hombre, a quien miraba de lleno el Profeta; y la diferencia de voces y términos declararon más el misterio; pues por la parte que el Verbo Divino es Hijo de María, se llama Niño que nace, y por lo que tiene de Verbo del Padre, se llama Hijo que se dá. Mudáronse también como los nombres los verbos; el Niño, se llama nacido; el Hijo, se llama dado; lo que nace, es de nuestra naturaleza; lo que se dá, es superior a todas sus leyes; con que queda llano que este Señor, que nace pequeño y se dá como hijo (preciosa prenda de su Padre) es Cristo, Dios y hombre, que hace a muchas luces, de Niño, Hijo y Príncipe, que trae el Principado sobre sus hombros.

Pero pasemos adelante con nuestra duda. ¿Por qué este Príncipe Hijo de Dios, cuando se aparece en el mundo, es en forma de niño? Vino Cristo al mundo (como él mismo lo dijo) no a ser servido, sino a servir; y fué conveniente que desde niño tomase la investidura de siervo, y que se hiciese tratable, igualándose o haciéndose inferior a los hombres, como quien siendo gigante velocísimo en el curso de la vida mortal, se ajustó a andar al paso de un pigmeo. Gozárse Dios solo a sí mismo, y cuando mucho le gozaran los ángeles y espíritus beatíficos, ágiles en el vuelo, sutilísimos en su naturaleza, si no se humillara proporcionándose, hecho hombre, a los ojos de carne. ¿Cómo pudieran hablarse en secreto y comunicarse con comodidad un gigante y un pigmeo? Es gigante Dios, Cristo Señor nuestro, y así le vió salir David del sumo Cielo. Pero bajó de la soberanía y majestad, así le consideraba la Esposa, y luego le llamó *hacecillo de mirra*. Así fué menester. Lo mismo hallaremos en el capítulo 5 de San Mateo. Vió Cristo unas grandes turbas

que le seguían y sentóse en un monte. Encogióse porque no le entendieran, pues si hablara desde el Trono de su Majestad, no se llegarán a él, porque es inaccesible.

Por eso la humanidad se llama camilla en los Cantares: *lectulum Salomonis*; que si allí descansó, allí pareció menos de lo que era. Allí, humillando su magnitud y haciéndose siervo de los hombres. ¡Y aún habrá algunos que a la luz de este ejemplar no se precien de ser siervos de un Señor tan grande, siquiera por agradecerle el título que tomó de siervo suyo!

El que me sirve (dijo Cristo) sígame. ¿En qué se conocerá que un hombre desea servir de veras a Dios? En que no se le aparte del lado (dice San Crisóstomo) en lo próspero ni en lo adverso. Como Cristo había de ser súbdito de sus padres, asistirles y servirles por el tiempo de su vida oculta, bajó con ellos a Nazareth y nunca faltó de su compañía en dieciocho años. En el mundo queremos servir a Dios con todas comodidades y no perderlas de vista cuando vamos siguiendo el guión de la Cruz; y es error, si no merece otra más agria censura, entender que pueden componerse la atención a Dios con servir a nuestros afectos. ¡Qué gran maestro de esta facultad fué Abrahám! Mándale Dios que le sirva en ofrecerle un hijo en ardiente holocausto. Obedeció puntual. Esto mucho fué, pero no la mayor fineza, sino que por hacer a Dios un debido obsequio de todas maneras cabal, se le olvidó que era padre de Isaac. Así lo ponderó San Zenón de Verona. Lo demás no fuera servir a Dios con fineza singular, sino a su afecto y paternal cariño.

Dos maneras de criados tiene Dios, dijo Dacriano Abad: unos fidelísimos y otros poco atentos a lo que deben a un tan gran Señor. Y llegando a apurar en qué consiste esta fidelidad o infidelidad, responde: Algunos hay que si tienen sensible devoción, oración afectuosa, gozos y tal vez lágrimas presentes, sirven a Dios con gusto, oran con alegría y les parece gozan de paz interior y de seguridad en su camino y que son ya como secretarios celestiales, a quien

descubre y fía Dios sus secretos; pero si para probar su espíritu o para mortificarles, suspende Dios sus favores, la devoción, el gozo y les infunde sequedad, los veréis tristes, sobresaltados (si no impacientes), no tienen gusto en la oración ni en los ejercicios espirituales, y les dan de mano. Éstos nunca sirven de veras a Dios, sino a sí mismos, y no solamente en lo que parece adverso, sino ni en lo próspero. Quiere Dios que sus siervos le sigan en todas fortunas y que se precien de ser fieles criados de su casa, como Cristo niño hizo gala de servir a los hombres.

VII

Dios, escondido en apariencia de niño, quita miedos y pesares. La majestad en los Príncipes mueve más al decoro y reverencia que al amor. Cristo, humillándose a la humana naturaleza, rindió los corazones. El pecador hambriento lame la tierra de sus deleites y nunca satisface su hambre.

El segundo motivo de nacer Cristo niño fué para que no temiesen los hombres llegarse a él, por ser como es tan cariñosa la poca edad, que de su naturaleza excita amor y espanta todo recelo. Si hubiera venido Dios al Paraíso en figura de niño, no temiera ni se escondiera Adán. Pues para desterrar los miedos que causó la voz de Dios, vuelva al mundo en forma de niño, que no hable, y no huirán los hijos de Adán. Bajó al mundo este Dios hombre en edad que no espante, sin voz que atemorice, y para muchos años la vida sin pompa, sin majestad, disimulado como si no fuera Dios, y aunque heredero de la mayor Monarquía, no había diferencia entre él y sus siervos.

Déjase amar a poca costa y es bien querido de sus vasallos el Príncipe humano y tratable; que la soberanía destierra el amor, induce temor en el súbdito e impide la liberali-

dad en el Señor, pues se experimenta andan juntos y se dan la mano el ser benigno y bienhechor. Estaba en su trono Asuero, Rey de los persas y medos, vestido de oro: llegó su mujer, la Reina, a hablarle, y fué tan grande el pavor, que se cayó desmayada en los brazos de una dueña, perdidos los pulsos y el color. ¿Qué maravilla, si dice la Escritura, del Rey, que era de terrible aspecto y que echaba lumbré por los ojos? Rey en majestad y soberanía, a todos pone miedo y es terrible. Pero notad que al punto que bajó del trono la cogió en sus brazos, diciendo: Mira que soy tu hermano. Un Rey hermano, éste quita miedos, restituye la salud y da vida. Fuera del aparato de la deidad (sin la majestad que ella pide y goza) deseaba la Esposa a su Dios, a su Esposo. Sí Rey (que no podía dejar de serlo de todas las cosas siendo Dios), pero Rey hermano, tratable y amoroso. Muchas cosas pide a Cristo, Dios y hombre, y que se declare serlo mamando los pechos de su madre, fuera de la apariencia de Dios, con afabilidad de hombre: ahí están vinculados los bienes todos, cobrarán aliento los pecadores, volverán en sí de los desmayos de la culpa, de los achaques de alma y cuerpo. Decía Isafas: Ea, levantad las manos flacas, y los pies débiles cobren nuevas fuerzas; échese un bando, que vuelvan en sí los descaecidos, que no teman los pusilánimes, porque ya Dios sale de su trono y viene humano a dar salud y alientos de vida. Que como Dios, entre apariencias de terribilidad, quita la vida, y por eso temían los hebreos, como la muerte, que les hablase, y pedían a Moisés que intercediera; mas cuando se aparece en el ser humano, da vida y salud. Repárese en el capítulo 6 de San Lucas, que nunca más expresamente se refiere de Cristo la virtud que de él sabía para sanar todos los achaques, como cuando bajó de un monte a un llano. De muchas maneras sanaba Cristo de todas enfermedades: unas, con sólo imperio; otras, con el tacto, para manifestar la autoridad divina y la santidad de su humanidad, y que se conociese que la naturaleza humana era instrumento conjunto de la divini-

dad, como la mano lo es del cuerpo y la lengua del entendimiento. Salía la virtud de Cristo por la acción y operaciones de sanar, y se conocía ser celestial la virtud porque los amaba a todos sin exceptuar ninguno.

No sanan así de los achaques y necesidades que padecen generalmente los vasallos y súbditos de los Reyes del mundo, porque son con excepción sus leyes. Pero volviendo al punto, obró Cristo todos estos prodigios porque bajó del alto monte del cielo a este profundo valle del mundo, y deponiendo la majestad se hizo médico que, en virtud de su palabra, sanase de todos achaques.

Había gastado su hacienda con médicos la otra mujer del capítulo quinto de San Marcos, que tuvo doce años flujo de sangre, y cada día se hallaba peor; oyó decir que había venido al mundo un Príncipe médico; llegóse a Cristo, tocóle la fimbria del vestido y quedó sana. ¡Oh, qué bien entendido, mujer! dice San Ambrosio; conoció que su enfermedad, ya en el estado que tenía, necesitaba de médico celestial. Daba salud la palabra divina; pero no cuando ocupaba solamente el trono regio de su Divinidad, sino cuando venía disimulado con el velo de la Humanidad, a la que estaban vinculadas la salud y el remedio de las necesidades.

Este camino eligió el Verbo en carne para ganar por amigos los hombres, y que se conmutase en amor y cariño el miedo que le tenían y para que se mudasen los corazones y entendiesen era su Rey, pero tratable y bienhechor, y que deseaba reinar en sus voluntades; y así lo experimentaron los que llegaron a ser tan dichosos, que le conocieron y le amaron, prefiriéndole a todas las cosas de esta vida.

Todos estos misterios saldrán más a luz con unas palabras de David en el Salmo 44, cuyo título es: *In finem, pro his, qui commutabuntur*, para el fin, por los que se han de mudar y trocar. ¿Y dónde se explica ese título? *Sagittæ tuæ accutæ, populi sub te cadent, in corda inimicorum Regis.*

En estas palabras dijo el glorioso padre San Agustín, que está el título del Salmo: Las saetas penetrantes de nuestro amor saldrán cuando os viéremos vestido de caridad y amor, con las ropas de nuestra humanidad, y entonces veréis cómo caen a manadas los pueblos. ¿Dónde es ese Reino? *In corda inimicorum Regis*, en los corazones de los que eran enemigos del verdadero Rey, que entonces es Rey, cuando lo es de corazones. Entonces le llama Rey, y reconoce que lo es cuando las saetas caen en el corazón; eran enemigos, eran pecadores; con las saetas de su amor cayeron; pasaron de enemigos a amigos; mudaron el corazón a quererle: eso es tener a Cristo por Rey, ese es el título del Salmo, «por los que se han de mudar y trocar en mejores»

Dos géneros de gente se sujetaron a Cristo: unos se quedaron enemigos y mal de su grado se han de arrodillar y postrar delante de su presencia; otros Reyes que le darán presentes y ofrecerán dones. ¿Y por dónde conoceremos cuáles son enemigos, y cuáles los amados, pues todos se sujetan a Cristo? En que, *Inimici ejus terram lingent*: En que aquéllos solamente pasan la lengua por la superficie de la tierra, que es lamerla, y el interior y corazón no cuidan de arrodillarle a Cristo Señor nuestro. Con notable advertencia dijo el salmista que los enemigos que han de arrodillarse a Cristo son aquellos que lamerán la tierra. No dice que comerán, que morderán, sino que lamerán; porque todo lo que desea el pecador, el que se queda enemigo de Cristo, es superficial y temporal, es vano y nunca llega a hartar ni a pasar a lo interior, sino solamente tocar la lengua por la superficie del deseo, que no sirve de llenar la voluntad, sino de provocar el apetito. Mucho antes nos dijo esto el glorioso San Agustín en el cap. nono de sus Confesiones. No pudo el Santo pintarnos mejor la vanidad de las cosas de este mundo, ni conocer cuáles son los enemigos de Cristo, aunque están postrados a sus pies y le adoren: los que buscan el gusto y alegría en estas cosas de afuera, estos que se derraman y desvanecen en los bienes temporales, que

van pasando y no tienen otra vida ni otro sustento que lamer imágenes con un deseo hambriento. Que bien lo dice el Santo: No busca el pecador más que la superficie de las cosas, nunca lo interior y la verdad y sustancia, sino un bien aparente; lo que llamó el Apóstol figura del mundo. ¿Cómo se ha de sustentar así un entendimiento criado por Dios, para alimentarse con verdades? ¿Qué sustento ha de sacar de apariencias, de imágenes, de simulacros? Lo que se saca es que, como el corazón no se arrodilla a Dios, ni se le sujeta, sino que le adoran solamente por razón de estado, y para con eso lamer la tierra, lo superficial de este mundo, no se hartan, sino cada vez apetecen más. Llegad a ofrecerle dones a Dios; ofrecerle digo, no fingidamente, sino de corazón, que el que ofrece de corazón, el primer don que dá es la voluntad, y entonces tendréis a Cristo por Rey y por amigo, porque entonces se puede llamar Rey de los amados, y con los amados y rendidos no hay soberanía, todo es llaneza, que ahuyenta los temores y los miedos.

VIII

En la adolescencia y menor edad, no hubo diferencia entre Cristo Señor y el hombre siervo. No le dieron asco los pecadores, como al profeta Elias. Entregóse a todos los hombres como hijo de cada uno, cediendo de la majestad por el interés de ganar almas, eficaz prueba de verdadero amor y argumento de su divinidad.

Alta razón de estado (si se puede hallar en Dios) fué la del Eterno Padre, enviar su Hijo al mundo, niño tierno, a que creciese entre los hombres y se criase con ellos, para que aun por este principio de cariñosa comunicación, se asegurase más el amor que quería les tuviese, y así fué. Nació, creció en edad, sabiduría y gracia, cerca de Dios y

de los hombres, y aquí le consideramos de diecinueve años. Parecióle a alguno ociosa la vida de Cristo por todo el tiempo de su adolescencia y juventud en Nazareth, porque no penetró el fondo de este diamante y la traza peregrina de estar ganando afectos en aquel retiro, comunicando con todos muy a lo humano, para hacerse dueño de los corazones, sin que le diesen asco (a nuestro modo de discutir) pecados ni pecadores, con que manifestó que era Dios, si disimulado con los aumentos de la edad.

Arrebató Dios a Elías para el lugar adonde le tiene en coche de fuego. No me admiro tanto de este prodigio cuanto de que pudiendo llevar las cortinas del coche como de rico, le llevó cerrado y cubierto el profeta con un torbellino. Así lo dijo Salomón en el Eclesiástico. Ahora pregunto: ¿Fué cubierto Elías porque no le viese nadie subir al cielo, a la traza que el justo encubre sus virtudes porque no las marchite el viento de la vanidad? Bien pudiera ser ésta la causa, a no haberle dicho él a Eliseo, que le viese al levantarse por esos aires, condición que sacó para comunicarle su doblado espíritu. ¿O fué acaso porque no viese Elías el camino tan nuevo por donde iba? No fué eso, ni esotro, dijo San Basilio Seleuciense, sino que le ofendían tanto los pecadores, que se tapó por no verlos. ¡Extraño melindre! ¡Ojalá que en nuestros tiempos se taparan las damas por no ver a los que las miran con ojos lascivos! Pero notad y caread la condición de Dios y el corazón que tiene tan ancho, con la estrechez de Elías, como lo pondera el Santo. ¡Ea, Elías, que os hacen asco los pecadores, que cerráis los ojos por no verlos y los vendáis! Bien parece que sois hombre, que a mí, que soy Dios, me obliga a verlos la ley de mi humanidad y clemencia; si tanto os ofenden culpas de pecadores necios, subid al lugar adonde no habita pecado y comunicad con los sabios espíritus que no le tienen; subid vos al cielo en carne a tratar con espíritus, que yo, que soy espíritu, me vestiré de carne para vivir con pecadores y tratar de su remedio. Fineza grande del Hijo de

Dios y ardid soberano, templar su divinidad de manera que siendo luz, y tinieblas las culpas de los hombres, habítase con ellos con amor y cariño, para que, tratándole, le venerasen.

En el principio del mundo apartó Dios la luz de las tinieblas. Cuerda providencia del Altísimo, por que con la vecindad no causasen confusión y estuviesen en perpétua contienda sobre quién había de prevalecer, tocando siempre al arma la luz contra las tinieblas, las tinieblas contra la luz. De ahí se retiraron dos campos, la tarde y la mañana: éste anunciando el alegre nacimiento del Sol, y aquél recibiendo las tinieblas del mismo que partió a su Occidente. En Nazareth compone Cristo la luz y las tinieblas, para que éstas no huyan de la luz, antes soliciten su amistad y granjeen sus caricias, que para ese fin, pudiendo aparecerse hombre, se manifiesta en edad que se pudiese granjear su amor con la comunicación y el trato.

A este fin miró también la profunda disposición de Dios, de que el Verbo humano se llamese Hijo, para que cargase aquí su juicio la consideración humana de lo que debe al Eterno Padre, pues la dádiva que dió a nuestra naturaleza, no fué menos que su Hijo unigénito, a quien no perdonó la pena de morir, contraída por la culpa del primer hombre, sino que le entregó para el reparo de todos y para que entendiésemos la diferencia que hay entre este Hijo y los demás que se prohijan en la naturaleza; que éstos nacen para sus padres; Cristo no nació para ellos, sino para nosotros (si bien fué gloria del Padre su nacimiento, y reparo de la Madre su muerte.)

Y porque no se entendiese que al Niño Dios, hombre e hijo, le faltaba alguna cualidad aún de los terrenos, llamósele Rey, pusiéronle el Principado sobre los hombros, o porque le granjeó con su fortaleza y valentía, como suelen cargar sobre los hombros el mayor peso, por ser las partes más fuertes del cuerpo humano, o para dar a entender que nos traía sobre sus hombros, porque el pueblo fiel, que es

su Principado, le granjeó con la fuerza de su doctrina milagrosa en vida y muerte, que a este blanco encaminó siempre sus obras, como olvidando su grandeza y propia comodidad.

Disputóse en el palacio del presidente de Judea si Cristo era Rey, y esta fué la pregunta del interrogatorio de Pilatos. Respondió Cristo: Mi Reino no es de este mundo; si lo fuera, mis vasallos pelearan para que no les quitaran su Rey. De este antecedente de Cristo infirió el presidente: *Ergo Rex es tu?* Repuso Cristo: *Tu dicis.* Ni afirmó ni negó, dice Cayetano. No nací para parecerlo, sino para dar testimonio de la verdad. Yo nací para testificar por la verdad, para enseñar que soy Hijo de Dios. Pues, Señor, si sois Rey, ¿por qué no decís claramente, Yo soy Rey, en lugar de decir que nacistes a dar testimonio de la verdad? Dos títulos, como si dijera, tenía Cristo: uno de Rey, que Rey nació, y otro de Maestro nuestro, que nos enseñase la verdad de su palabra; pues el primero, ya que no lo niega, que no podía, déjalo así, ni niega, ni afirma, y publica él que era en bien nuestro, y dice que para eso nació. ¿No se ve cómo se despoja de la Majestad de Rey, cede su autoridad y pone solamente los ojos en nuestro bien?

Una pregunta singular hace Alacino: ¿Por qué Cristo instituyó el Santísimo Sacramento, siendo tan alto y soberano, debajo de especies tan pequeñas como un bocado de pan, un sorbo de vino? Un Sacramento tan levantado, que se alza con el título de misterio de nuestra fe, ¿no fuera mejor que se instituyera en cosas más altas, más ricas, más preciosas, pues para Cristo no importaba más una materia que otra, y no debajo de especies tan comunes como son pan y vino? Responde el mismo, que: *In sacramentalibus speciebus, non quæ sivit dignitatem, sed aptitudinem.* Verdad es —dice— que pareciera muy bien Cristo en especies de perlas o diamantes, y cediera en grandeza y majestad de Dios; pero no atendió a eso, sino a nuestra comodidad. Si no se quedara debajo de especies tan comunes

como pan y vino, ¿quién pudiera comulgar? Los reyes, los señores, los poderosos solamente. Pues cede Dios de la majestad y grandeza por nuestro interés, y quédase sacramentado debajo de especies comunes, fáciles de conseguir de todos, para que se sepa que no atiende tanto a su grandeza y autoridad como a la de los hombres, que esta es la prueba del verdadero amor, no como el fingido del mundo, acompañado de una adulación engañosa, en que se dá a entender se ama al amigo, al señor, al hermano, y es como el amor lascivo de las rameras del mundo, que haciendo granjerías de él, solamente se aman a sí mismas.





MEDITACIÓN XI

I

A los veinte años era casi varón perfecto el Príncipe Cristo. A la más robusta edad del hombre tiene Dios mejor derecho, y la juventud con mala educación tiene grandes riesgos.



estaba en el Príncipe Cristo robusta la humana naturaleza a los veinte años de su edad, y ésta especialmente consagró al Padre por medio de la oración y contemplación, como queda advertido en la Meditación precedente. Frecuentaba la sinagoga, y observando los ritos judaicos, iba al templo en los días señalados, manifestaba sin doctrina la regla de un vivir bien ajustado, la bien ordenada compostura de los sentidos; su principal ocupación era la oración y contemplación inefable.

Que Cristo al año vigésimo de su edad estuviese ya como varón perfecto en la magnitud y fortaleza viril, su Madre Santísima lo reveló a Santa Brigida, como se refiere en sus revelaciones. Tiene Dios (a nuestro modo de entender) mejor derecho para que le sirvan los hombres sobre la más robusta edad, cuando ni sirve de excusa la infancia para los empleos grandes de la virtud, ni impiden los inevitables

achagues de la mayor edad, pues como a Dios se debe dar siempre lo mejor de los frutos, como lo hacía Abel, también se ha de guardar para servirle lo más vigoroso y fuerte de la vida.

Reparado he en la parábola de los siervos, en la advertencia singular que hizo Cristo a sus apóstoles de la venida del Señor a deshora, para que estuviesen en vela: ¡Dichosos los siervos que, ceñidos y con luces en las manos, los hallare su dueño, cuando venga de bodas, a la segunda y tercera vigilia de la noche! Estas vigiliass las entienden los Padres y Doctores de la Iglesia tomando la metáfora de las centinelas de la milicia, que los soldados de posta dividen en cuatro estaciones la noche. Es digno, pues, de reparo, porque Cristo no hace mención de la primera y cuarta vigilia, sino solamente de la segunda y tercera, siendo así que a todas horas viene a visitar sus siervos para ver si están dormidos, como a los Apóstoles en el huerto. Pero es el caso que por estas vigiliass se entienden las edades del hombre, y para que conozca cómo tiene especialmente por suya la edad más robusta, a esas horas le visita: a la segunda y tercera de la vigilia, porque al niño nadie le puede pedir que esté en vela, y el anciano no puede dormir mucho. Las vigiliass y edades en quien y de quien especialmente desea Dios ser venerado y asistido, son la segunda y tercera, que es lo más robusto de la edad y de la vida.

El mismo gusto que tiene Dios tiene la virtud, que quiere y ama un espíritu robusto. Así lo ponderaba el padre San Crisóstomo. Nadie gusta de un criado anciano, ni el que elige soldados para la guerra los quiere niños ni viejos, sino en edad competente para jugar las armas y tolerar las penalidades de la milicia. Reine, pues debe reinar siempre, la virtud, ilustre y floreciente imperio de grandes conveniencias para sus vasallos, mas aunque le parecen bien todas edades, con quien se estrecha más con un vínculo de matrimonio es con la gallarda juventud, edad virgen, muy a propósito para espirituales ejercicios, y anda deseosa,

como bebiendo los aires, por gozar las primicias de una edad juvenil, madura en sus años, a quien no ha tocado la malicia del tiempo ni los vicios del mundo. Así lo pondera y ejemplifica en sus Declamaciones Castellanas una gallarda y bien cortada pluma española, a quien con justa atención están encomendadas las memorias de estos Reinos.

[Que felicidad del siglo fuera ver tan bien guiada la juventud y tan morigerada, que pudiera verificarse lo que escribía el padre San Jerónimo, de Timoteo, en una de sus epístolas! Timoteo, dice el santo Doctor, aunque tenía pocos años, no era mozo; no se hallaba en él cosa alguna que oliese a los verdores de la juventud, ni la descubriera la mayor emulación, que lo reconoce todo. Anciano era en sus costumbres antes de llegar a la vejez, y en una edad juvenil se descubría la gravedad de la edad madura; así le encomendó el Apóstol en pocas palabras las mayores materias de la Iglesia. El depósito que le manda guardar es la fe pura, intacta, que se le había fiado como oro finísimo, en cuyo lugar no había de volver otro metal de bajos quilates, ni en el ser ni en la apariencia, y el medio de conseguir este fin había de ser no admitir voces ni locuciones profanas de perniciosos dogmas contra las verdades de la fe. Lo más lamentable en esta materia es que los que tienen alto nacimiento y por lo generoso de la sangre deben tener mejor educación, el mal gobierno los pone desde niños en los puestos grandes, cuando apenas han dejado el maestro y la disciplina, y siendo niños, salen a presidir las canas y ser superiores a los ancianos.

Antes que saliese Cristo a ejercer la dignidad de Mesías le tiene escondido y retirado el Padre, ejercitándole en obediencias y rendimientos, y elevado a la contemplación de sus misterios, como quien navegaba al puerto de la salvación de los hombres, y como navegante celestial, prescribía la forma de aquella feliz navegación que pinta el padre San Basilio, tomando la costumbre del piloto que está mirando al cielo: de día pone los ojos en el sol, de noche

en el Norte y en las estrellas, para hallar camino en medio del golfo o piélago inmenso del mar. Así ha de caminar el fiel al puerto de la eterna salud, levantando al cielo los ojos, mirando al sol de justicia, y por estrellas los mandatos de la divina ley, no dejándose vencer del sueño, sirviéndole de faro la divina palabra, y con el viento favorable del Espíritu Santo llegará seguro, sin contraste de las olas, al puerto deseado, que es ejecutar la divina voluntad.

II

La Oración es intérprete del deseo. Tiene por abogado al Espíritu Santo. Es un soplo divino, a quien está vinculada la vida espiritual de los hombres.

Visitaba Cristo la Sinagoga, acudía a la Iglesia y allí hablaba y trataba en oración perfectísima con su Padre, las materias grandes del nuevo reino de la Iglesia, de la salvación de los fieles, de los medios por donde habían de conseguir la salud eterna, y otros misterios que no puede darles alcance la más viva imaginación humana. Basta saber que en la escuela de la vida espiritual no se enseña ni aprende cosa más dificultosa que la oración y las circunstancias de que se ha de vestir para que tenga buen despacho en la Audiencia y Tribunal de Dios. Tocó este punto delgadamente el padre Santo Tomás en uno de sus opúsculos, y asentó por cosa muy dificultosa saber qué se ha de pedir a Dios, porque es muy difícil dar en el blanco de lo que se debe desear. Es la oración intérprete del deseo, y como no es fácil ajustarle a lo lícito y conveniente, comunícale esta dificultad a la oración. Las cosas que lícitamente se piden en la oración, lícitamente se desean; pero por la dificultad de preferir unos bienes a otros, y por las circunstancias que deben tener, esta es una materia que necesita

de maestro; y aunque lo es el Eterno Padre, que con su sabiduría y providencia lo gobierna todo y nos trata con reverencia, como lo dijo el autor de la sabiduría: *Tua Pater providentia cuncta gubernat, et cum magna reverentia disponis nos*; y también el Hijo, según aquello de San Lucas, cuando le dijeron los Apóstoles: *Domine, doce nos orare*, parece le toca esta enseñanza más propiamente y se le apropia al Espíritu Santo. Así lo dijo el Apóstol escribiendo a los fieles de Roma. Tenemos —dice— en nuestra flaqueza, el auxilio y socorro del Espíritu Santo, el consuelo en la tribulación, la enseñanza para saber pedir a Dios, porque ignoramos lo conveniente.

Esta tercera persona de la Trinidad beatísima estuvo con el lleno de sus dones en la persona de Cristo, como lo testifica Isaías, desde el instante de su Concepción, conque no necesitaba de particulares socorros; y por ser como era la persona divina, de tal suerte dignificaba la humana naturaleza, que le oía el Padre con reverencia y decoro, según aquello del Apóstol: *Exauditus est pro sua reverentia*. Pero los hombres puros necesitan de su asistencia y favor; que como esta vida presente es una peligrosa navegación al puerto de la bienaventuranza (Indias ricas a quien el sol de justicia con más cercanos y lustruosos rayos enriquece), necesitan de favorable viento, que esa es una de las significaciones de la palabra *spiritus*. Aprobó y autorizó Cristo esta semejanza, comparando el Espíritu Santo al viento y atribuyéndole las condiciones del uno al otro: *Spiritus ubi vult spirat, et vocem ejus audis, sed nescis unde veniat, aut quo vadat: sic est omnis, qui natus est ex spiritus*. Ponderemos estas palabras, que son misteriosas. Lo primero: *Spirat ubi vult*, sopla donde quiere, sin que haya fuerza que le estorbe ni remedio o diligencia alguna que impida su soplo; de la misma manera que el aire, de quien dijo el Eclesiástico, que lo anda todo y por todas partes: *Lustrans universa, in circuitu pergit spiritus*. Estará la hija doncella o el hijo mayorazgo mirándolos sus padres, guardán-

dolos y celándolos del aire, y si este espíritu quiere, con un soplo que les dá en el corazón, con una centella, que en ellos prenda del amor divino, burla los cuidados, o por mejor decir, los logra y mejora, sácalos de sus casas y tráelos a la Religión. Estará el otro caballero mozo en lo mejor de su edad, con propósito de gozarse en el mundo, yéndosele los ojos y el corazón tras sus deleites, que tan agradables se representan en la flor de la edad; mas darále un soplo de inspiración divina: *¡Qué breve es el tiempo! ¡Qué falta la salud! ¡Qué engañoso el placer! ¡Qué cierto el fin! ¡Qué incierta la hora! ¡Qué riguroso el juicio! ¡Qué amable Dios! ¡Qué seguras sus promesas! ¡Qué grandes sus bienes!* Y con esto mudará el propósito, aborrecerá lo que amaba, amará lo que tenía en olvido, pisará el ídolo de su mayor estimación. ¿Qué fué esto? Un soplo de viento que sopló donde quiso: espíritu voluntario a quien está vinculada la vida espiritual de los hombres (que la natural se debe al aire que respiramos, pues no se puede pasar un breve momento sin él; sin comida y bebida sí, sin viento no, y está la salud en gozar de buen aire sano y puro.) Este consejo dió Hipócrates en una pestilencia, que destruía el Asia toda, como refiere Marco Varron, y estando las casas todas llenas de enfermos, hizo cerrar las ventanas que miraban al Mediodía y abrir las que miraban al cierzo, y mudando el aire, se recobró la salud perdida. La vida de nuestra alma y la salud suya consiste en gozar de este puro aire, de estas divinas inspiraciones, y venturosa el alma que tapió de una vez todas las puertas y resquicios a los dañosos vientos y se descubrió toda a los soplos regalados y eficaces del soberano Espíritu.

Ubi vult spirat. Aquí y no allí. Misterio grande. Cosa de considerar es en la primera creación ver al Espíritu divino caminar sobre las aguas: *Spiritus Domini ferebatur super aquas*: a todas las cubría y dada virtud de producir vivientes; mas eso no era para que todos fuesen iguales, ni participasen con igualdad de esta virtud. Unos quiso que partici-

pasen en espíritu animoso y ligero con que subiesen a los aires y discurriesen por ellos con alas libres; otros, que se quedasen a dar vueltas en la misma cama del mar, en que fueron criados y se zambullesen y ocultasen en sus cavernas; que de un mismo elemento sacó el Supremo Artífice aves y peces. Esta misma diferencia hace el Espíritu divino en el mar de este mundo que le cubre y anima todo; unos saca para aves y otros para peces; unos levanta al estado perfectísimo de la Religión y allí los ocupa en meditaciones y contemplaciones; que es levantarlos a que gocen de la región celestial del aire puro y suave, del cielo ancho, del sol alegre; otros deja en la cama viciosa de los deleites del siglo, entre las ocasiones de fatales ruinas. Pues, Señor, ¿por qué? Porque *Ubi vult spirat*. A sólo Pablo, cuando camina a Damasco, le sitió la luz celestial; a sus compañeros no, a él luz, a ellos pasmo. Desigualdad parece en Dios. ¿Pues Pablo no es el Capitán? ¿No era el más culpado? ¿No se refiere de él que iba brotando amenazas contra los fieles? ¿Pues cómo a él solo le cerca la luz y le derriba el Espíritu del cielo? ¿Con él solo habla Jesucristo, de él se queja y no de los otros? Es que el Espíritu Santo es Espíritu voluntario: *Ubi vult spirat*. No demos más razones, que todas son cortas a sondear el profundo archipiélago de las vocaciones divinas y de la predestinación de los Santos. Pero es bien que se advierta en Dios, Señor de la voluntad humana, no porque la potencia obedencial destruya la libertad del libre albedrío, que Dios inclina al que quiere y no fuerza la voluntad. Explícase la eficacia y facilidad de la operación divina para inclinar el corazón del hombre a su voluntad, a la traza del que divide las aguas que no hallan resistencia, como lo pondera Cayetano.

III

Pondéranse algunas propiedades de la tercera persona de la Trinidad Beatísima. Las Esposas de Cristo son aves de entretenimiento para Dios. Oyen su voz, aunque no penetren los fines de su providencia.

Otra propiedad del viento es que, no viéndose, se oye: *Et vocem ejus audis*. Estará el otro durmiendo de noche en su cama, y por encerrado que esté, si llega un soplo de viento a la ventana, si ya por estar cerrada no la abre, la estremece, la despierta e inquieta su sueño. Esta es propiedad del divino Espíritu, bien retratada en los Cantares. Quédase dormida la Esposa, y su amado empieza a guardarla el sueño: *Adjuro vos, filiae Jerusalem, per capreas cervosque camporum, ne suscitetis, dilectam, donec ipsa velit*, y cuando manda que nadie la despierte, empieza a hablarla y ella oye la voz, *Vox dilecti mei*. Como quien dice: dejadla dormir, que mi voz, que lo penetra todo, la despertará dulcemente para seguirme. Dejadla a ella; que dirá: *En dilectus meus loquitur mihi*, y de su boca se oirán las palabras que sin verme le dije al corazón. Venturosa el alma que a la voz regada de su Esposo pudo decir: *Anima mea liquefacta est, ut locutus est*; no le quedó a mi corazón cosa alguna de dureza o de entereza que no se ablandase con tan amorosas palabras. Del hebreo tradujeron los sesenta Intérpretes: *Anima mea egressa est in loquendo*. Mi alma salió de mí y se fué tras la voz de su Amado; no la busque el cuerpo para los cuidados que solía, que la llamó el soberano Espíritu a otros superiores; no la busquen los respectos de carne y sangre, que ya no la hallarán, que se fué tras de su Dios a ser sus delicias y regalo. Y pienso yo que por eso la llama aquí paloma: *Columba mea*. Fué la paloma, ave tenida en

regalo, estimada por su hermosura, que dudo haya entre todas las aves especie alguna adonde tantas diferencias de pinturas, de luces, de matices, de vislumbres, haya puesto la naturaleza como en ella. Es ave mansísima, fidelísima; nunca desampara la casa donde se cría. En la guerra se solían valer de ellas para dar avisos. En el Anfiteatro de Roma las llevaban algunos en el seno para avisar en sus casas; en fin, las criaban para entretenimiento y gusto, y así dijo Marcial:

Cujus in Elisio, nigra columba volat.

Todas son propiedades que desea Dios tengan sus Esposas, a quien el Espíritu Santo solicita para su agrado y gusto. Estas palomas especialmente las tiene recogidas en los sagrados encerramientos, en las clausuras de los monasterios, y aunque hay muchos que reciben favores del Espíritu divino, en pocos tiene muchas mi religión sagrada que vestidas del hábito cándido de María son palomas muy del gusto de Dios. ¿Qué santuario de vírgenes, como nuestro convento de la Asunción de Sevilla, adonde han florecido y florecen en virtud tantas Esposas de Cristo, como lo publica la fama y opinión que tiene su convento en aquella nobilísima ciudad, de que escribió un corto volumen, y pudiera ser muy grande, el reverendísimo P. M. fray Felipe de Guimerán, general de la Religión y Obispo de Jaca? ¿Qué jardín para Dios, como el convento de Mercenarias Descalzas de esta Corte, cuya aspereza de vida, recogimiento, abstracción de todo lo visible, las labra, no ya como flores, sino como piedras preciosas para la fábrica de la celestial Jerusalén? Su observancia es como su opinión, y ésta no solamente no ha bajado de quilates desde su fundación, pero siempre ha ido creciendo y se cogen los frutos de virtud, tantos y tan sazonados como debían corresponder a tres ilustres fundadoras que le dieron principio. Una de ellas fué la Madre Sor María Jacobela de la Cruz, que de veintidós años (por el crédito que se tenía de sus grandes partes)

se trajo con Breve de Su Santidad, del convento de Porta Cœli, de Valladolid, a fundar el que en Madrid se llamó de Don Juan de Alarcón. Retirados están de nuestro comercio los religiosos conventos de Vizcaya, y, aunque entre valles y montes, la vida de las religiosas es como celestial y angélica: sirven de ejemplo a la provincia en Marquina, Escoriaza, Garnica y Bilbao, religiosas de mucha virtud y calidad. ¡Quiera Dios que todas se muestren tan agradecidas a su Esposo celestial, que nunca pueda formar queja de su correspondencia y atención, y que sea más notoria cada día la conveniencia de que se erijan conventos de Sagradas Virgenes, adonde con castidad y pureza canten al Esposo celestial cánticos de alabanza! Que él fué quien delineó en la primitiva Iglesia los conventos de monjas con el colegio que se fundó de mujeres religiosas en Galilea, que seguían a Cristo y servían a los Apóstoles, y si no los hubiera o se conmutaran estas fundaciones en otras, privárase la Iglesia de Santa Escolástica, Clara, Francisca Romana, Teresa y de otros millares de mujeres santas, como lo pondera Boecio.

Y porque no se pase la ocasión de algún recelo, halló la queja en Jeremías, del alma poco atenta o de la religiosa poco agradecida: *Facta est mihi hæreditas mea, quasi leo in sylva; dedit contra me vocem, ideo odivi eam. Numquid avis discolor hæreditas mea mihi? numquid avis tincta per totum? venite, congregamini omnes bestiae terræ, properate ad devorandum.* Las aves pintadas, en cuyo matiz se esmeró la naturaleza, o ya variándolo con mezcla de diversos colores, o reteniéndolas de alguno más fino, eran entretenimiento y regalo de los Príncipes y señores. A Job, tratando de la ballena, le dice Dios: Entretenerte has con ella como con un pájaro de gusto. Y por el Profeta Baruch: *Qui in avibus cœli ludunt.* Pues ahora se entenderá lo que quiere decir Dios. Un pájaro de gusto, pintado o retinto, manso y hermoso, dedicado a mi entendimiento, se me ha trocado en un león fiero y montaraz; aun no de aquellos que con la comunicación y trato humano han perdido algo de su fiere-

za, *quasi leo in sylva*, sino como los que se crían en los montes entre las breñas silvestres, cuyos bramidos atemorizan. Hame obligado a que le aborrezca, y que habiéndole escogido para mi regalo, lo eche a los perros y a las fieras. Justa sentencia contra la ingratitud del alma, que a los regalos del Espíritu Santo se mostró villana y a las caricias y favores correspondió sacudida, habiéndola llamado tan a lo dulce a las puertas del corazón

La última propiedad del soberano Espíritu es que oímos sus voces, sentimos sus toques, gozamos de su recreo; mas conocer sus intentos, saber sus fines, eso no. Nadie se admire de que no vea a Dios, aunque sienta sus impulsos, sus toques, porque es como el viento impetuoso, que sobre impeler y agitar de una parte a otra las cosas, no cae debajo de la esfera de los ojos, como tampoco se puede ver el viento. De aquí nace que, como no acabamos de entender los fines de Dios, los extrañamos, y tal vez huimos de los medios de nuestra salud, haciéndonos no sólo ásperos y dificultosos, sino horribles. A la primera jornada de su viaje, entró Tobías el mozo a lavarse los pies en el río Tigris, y un pez fiero le salió al encuentro para tragársele. ¿Qué cosa, al parecer, tan fiera pudo encerrar tantas conveniencias y utilidades? Allí hubo comida, medicamento con que ahuyentar el demonio, y siendo tan amable todo, se representaba tan aborrecible. ¿Quién duda que a no estar allí el Angel que advirtió a Tobías, huyera él mismo de su bien? No se extraña cosa ordenada por Dios, que aunque se ignore su principio y fin, podemos saber con toda certeza que el principio es su bondad y el fin nuestro aprovechamiento. Justamente, pues, apadrina y asiste el Espíritu Santo a las almas que se entregan a Dios, especialmente por medio de la oración y ejercicio de las virtudes, y como viento suave, respira adonde es servido y no se oye su voz, y si se ignora el principio y fin de sus obras, siempre se conoce que obra como Dios y como abogado de los hombres.

IV

Cristo se entrega de ordinario a altísima contemplación. Es música de más aprecio para Dios que la que le dan los ángeles. El eclesiástico es querubín de mayor magnitud. Debe estar muy atento al cumplimiento de sus obligaciones.

Las asistencias de Cristo en el templo y en la oración, cuando está retirado, parece daban luces y hacían visos a los ejercicios de esta misma calidad, que había de tener cuando se pusiese en público y empezase la fábrica de su Iglesia con explosivos de virtudes heroicas que en ellas se imitasen. Y no dudo pasaría las noches en la contemplación de los divinos misterios, como deseando ya hallarse engolfado en sus abismos; música singular y dulcísima que da el alma a Dios, que suspende en parte la que le dan los ángeles, pues vemos que tal vez pone Dios silencio a su capilla real, por oír gustosa la oración de un varón justo. Aquellos animales de Ezequiel que volando daban con sus alas música a Dios, los halló en el Apocalipsis, y me hace novedad que siendo tal la música, hubo silencio en el cielo por espacio de media hora. Admírame que a cantores tan diestros se les mande callar. ¿Pues qué sería la causa? Venía un ángel y se puso ante el altar con un incensario de oro, cuyo incienso eran las oraciones de los santos, y adonde hay oración de justos, calma la música celestial; el mismo Dios cede de su derecho, porque le parece más sonora música que la de su real capilla.

De aquí entenderemos el alma de aquellas palabras con que amenazaba Dios a Jerusalén por Isaías: *Ecce Dominator Dominus auferet a Hierusalem, et Juda validum et a fortem, et prudentem eloquii mystici.* ¡Terrible amenaza! Los Setenta leyeron: *Auferam gigantem et fortem.* Hace la

oración hombres valerosos, y si quita Dios de una República o Congregación los que se ejercitan en la vida espiritual y tratan de la contemplación, es quitar a una fábrica las columnas en que estriba. Especialmente si se acompaña de prudencia. Oración acompañada de prudencia es la fortaleza de la Iglesia, y es el mayor gusto y regalo de Dios y lo que más le divierte y le entretiene, y por eso, aunque pone silencio en el cielo, no quiere cese la música de la tierra, sino que se vayan continuando siempre las alabanzas suyas, especialmente los que están dedicados a su culto, como los sacerdotes y ministros del altar, cuya oración tiene grande lugar en el trono de Dios, si se hace con la pureza de vida que pide el estado.

Hallo a Cristo trasnochado y en oración en el capítulo 6 de San Lucas: *Exiit in montem orare, et erat pernoctans in oratione Dei*: fué este desvelo y oración de Cristo muy de la ocasión en que se hallaba. Fué aquel día y aquella noche, víspera y vigilia muy digna del día que se le siguió. Tenía entre manos un negocio grave, un caso importantísimo; y tanto, que después del de su muerte, ninguno se le ofreció en esta vida tan importante ni tan grave. Había de elegir otro día ministros de su Evangelio, sacerdotes, predicadores y doctores de su Iglesia; conocía cuán ocasionada era tan gran confianza, como la que quería hacer del hombre, para quebrar con ella la fragilidad humana, poner en vaso de barro el tesoro grande de su conocimiento, de su voluntad, de sus méritos; llamar hombres puros y frágiles a la parte de la Redención. Caso es éste cuya importancia quiere Cristo intimar, con que le vean cuidadoso, desvelado y trasnochado en la oración. ¡Qué diferente aprecio hacemos de él los interesados! ¡Qué diferente estimación los que recibimos ese peso sobre nuestros hombros, tan grande, que reventó con él un Apóstol; elección de Jesucristo tras larga oración y examen!

¡Qué es ver en la Corte bandadas de ordenantes, sin saber lo que se buscan, que temblaran los ángeles si se

vieran cargados con la dignidad del Sacerdocio! Trató de casarse Isaac, y para asegurar el buen suceso, salió a meditar al campo. ¡Qué inventiva tan viva y eficaz contra los que, deseando ascender a la mayor dignidad, no se previenen de meditación, oración y pureza de la vida! Nabucodonosor le encargó a Alfenez, mayordomo mayor de su casa, que eligiese de los hijos de Israel y de la sangre ilustre muchachos hermosos, entendidos, sin mácula ni fealdad, para que le sirviesen de pajes. ¿Para paje de un Rey idólatra tantas cualidades. sangre, hermosura, sabiduría, prudencia y enseñanza? ¿Qué será para un sacerdote y ministro del Templo? Parece que veo el cargo de un eclesiástico, cuya suma resulta de gravísimas partidas, en unas palabras, llenas de ponderación y quejas, de Ezequiel, dichas al Príncipe de Tyro: *Tu cherub extentus, et protegens, et posui te in monte sancto Dei, in medio lapidum ignitorum ambulasti, et peccasti.* La explicación de este lugar se ha de tomar del libro tercero de los Reyes, adonde se refiere que Salomón hizo dos diferencias de Querubines en el Templo, unos mayores y otros menores; los menores eran de medio relieve, en las paredes, entre unos grotescos; los mayores fueron dos, que puso en el Oráculo, que tenían diez cúbitos de altura, muy anchos de alas, que tocaban a grande distancia el uno el ala de otro. No puede haber más viva semejanza de la diferencia del seglar al eclesiástico, ni demostración más eficaz de su diferente cargo. El seglar, los fieles todos, querubines son de la casa de Dios, pero querubines de medio relieve, retirados, encogidos, arrimados a una pared, adorando desde allí a Dios en nuestras manos y a nosotros por nuestro ministerio. Mas el eclesiástico, en medio está del Templo, en lo mejor de él se extiende y ensancha, adornado de preciosos y sagrados ornamentos. ¿Qué decir si se mira la jurisdicción tan grande, tan dilatada, como la dió Cristo? Pues si se mira la noticia, ellos son y deben ser el depósito de la sabiduría y sus labios el oráculo del pueblo. ¿Qué, en fin, si se mira a la renta, que extendida

en la casa de Dios, se quitó a todo su pueblo para dar a los eclesiásticos?

Mas cosa es harto peligrosa gastar dinero de Dios. ¡Cuánto no es de sentir que sus salarios, ayudas de coste y demás ventajas se conviertan en ofensa del mismo que lo da! ¡Que esté el labrador rompiendo con tanto afán la tierra, regándola con su sudor, primero que el cielo con su rocío, y que en el fruto sazonado y limpio entre la jurisdicción eclesiástica y saque diezmos y primicias con autoridad divina y los reparta entre sus eclesiásticos, para que sobre al regalo de éstos lo que se quita a la necesidad de los otros!

Sentir es de Dios por San Mateo: *Vae vobis, qui decimatis mentham, et anethum, et cuminum, etc.* Desdichados diezmos serían para aumentar patrimonios. Es grande, pues, el cargo del eclesiástico; se compone de muchas partidas, de honra, jurisdicción, ciencia y caudales. ¡Cuánto no ha de velar y orar el que le recibe, pues vela, ora y trasnocha el que le da!

V

Al templo de Dios se debe grande veneración, porque está Dios en él verdaderamente. En la primitiva iglesia las casas eran templos. Ahora las iglesias se han vuelto casas de contratación.

La ocupación de Cristo en la Sinagoga era ejercer lo más perfecto de la oración, dice Simón de Casia: era orar con un recogimiento grande de sentidos y pensamientos, que son los que de ordinario distraen a los hombres de la perfecta oración. No hay pensamiento que no pretenda derecho para hacerse dueño del corazón, y cuando se multiplican, litigan entre sí sobre quién lo ha de ser. Al hombre distraído en la oración le habla así el padre San Crisósto-

mo: Hincaste las rodillas para orar, pero aunque el cuerpo está dentro del templo y de la iglesia, el entendimiento y la memoria andan vagando fuera; habla tu lengua y tal vez cosas divinas, pero el alma piensa en usuras, cuenta los réditos de las posesiones, las descripciones de las cosas, las pláticas de los amigos, los descuidos de los criados, la hermosura prohibida y todo lo demás que distrae, para que no se haga la oración con la solicitud que se debe. Muchos motivos tiene el fiel que le llaman a la devoción en la casa del Señor con vehemente suavidad: el sacrificio incruento, el altar sacrosanto, asiento del cuerpo y sangre de Cristo, y la recámara, rica, adonde se pone en guarda la pompa honorífica del mayor misterio.

Y ora sirvan los altares a este sacrificio o para guardar el cuerpo de Cristo Señor nuestro, siempre contienen grande fuerza en materia de religión; porque como dijo San Crisóstomo, son un nuevo pesebre donde vuelve a nacer Cristo, majestuoso tribunal donde reside, cruz en que se crucifica, sepulcro donde se esconde, cielo donde los ángeles le asisten, y considerando todo junto, dijo: Misterios que ponen pasmo, altar que ocasiona reverenciales miedos y devoción; considerando estoy allí especialísimamente la presencia de Dios, origen de todas nuestras fortunas, que pueden ser motivo de la oración, unas veces por lo próspero y otras por adverso.

Al sol atribuye Aristóteles en sus meteoros reprimir y concitar los vientos; unas veces soplan con furia y talan los campos, y otras se convierten en suave marea que los fertiliza y hacen que respiren fragancia en sus jardines las hermosas flores. Y levantando de punto esta filosofía a la providencia que Dios tiene en el gobierno del mundo, dijo: *Sicut enim sol ventos, et reprimat, et concitat, ita Deus utramque fortunam in rebus nostris, pro suo beneplacito moderatur.* Alto conocimiento de un gentil que, teniendo por diosa la Fortuna, reconoció suprema deidad sobre todas las que suelen tener los hombres. Explicólo con ga-

llardía San Agustín en una de sus Epístolas: La próspera fortuna es dádiva de Dios, que consuela; la adversa también es dádiva de Dios, que amonesta; para que ni desvanezca la prosperidad ni desmaye el ánimo lo adverso, porque todo es obra de Dios y dádiva de su poderosa y franca mano, cuya providencia está atalayando, no tanto a la súplica del que le pide como a la conveniencia de lo que necesita.

Aquí tiene lugar aquella grave y breve sentencia del mismo Doctor: *Inveni cor meum, ut orarem ad te*. Huíase tal vez su corazón, cuando se ponía a orar, y el santo, a fuerza de congojas, le buscaba como fugitivo y le volvía a casa, vencida la distracción que le ocasionaba su fuga. *Multum valet oratio iusti asidua*, dice Santiago. Mucho puede con Dios la oración del justo si sobre ser continua es atenta y obra en ella un hombre ajustado al gusto de Dios. ¡Con qué atención y reverencia estaría Cristo en la sinagoga; qué profundos serían sus pensamientos fijos en su misma divinidad y en la sinagoga, que representaba la iglesia adonde se había de dar a Dios el verdadero culto en espíritu y verdad!

Cuando Jacob, camino de Mesopotamia, se echó a dormir, dijo aquellas palabras, siempre dignas de ponderación: *Vere Dominus est in loco isto, et ego nesciebam*. Hago reparo en la palabra *nesciebam*, que no parece viene ajustada al intento: Dios está en este lugar, y yo no lo sabía. Un patriarca tan santo, criado en tan buena escuela como en la casa de su padre Isaac y de su abuelo Abrahám, ¿cómo podía dudar que Dios estuviese en aquel lugar y en todos, por el atributo de la inmensidad? ¿Pues cómo dijo que no lo sabía, *et ego nesciebam*? Bien dijo, advierte Hugo Cardenal, que él no sabía que en aquel mismo lugar donde se echó a dormir se había de fijar y edificar el Tabernáculo, y quiso Dios que le guardase tan grande decoro a aquel puesto, que le llamó terrible: *Quam terribilis est locus iste!* Hagamos, pues, de aquí el argumento: ¿Qué respeto se debe a

la Iglesia, si quiere Dios que se venere, y por eso llama terrible el lugar donde se había de poner el Tabernáculo? Y a la verdad, la Iglesia no es lugar común, no es plaza, ni mercado, ni lonja de contratación, sino lugar de beneplácito de Dios, y a su presencia está la puerta del cielo, cosa que obliga a grande reverencia y a que la oración se haga con todo fervor, por ser lugar adonde tiene Dios los ojos abiertos a ver lo que pasa, y atentísimos los oídos para conocer bien la atención o distracción del que ora. Acabado el templo de Jerusalén, dijo Dios: *Elegi et sanctificavi mihi domum istam, ut sint oculi mei aperti, et aures meae erectae ad orationem*. Señor—pudiéramosle decir—si arrojado de las demás partes del mundo, contaminadas con culpas y pecados, habéis elegido por habitación la Iglesia, ahí podéis, por nuestra desdicha, cerrar los ojos y los oídos, porque en lugar de súplicas no oigan detracciones, y en vez de ver los hombres humildes los vean vanos, como que se burlan del templo y de los sacrificios; porque no vean que cuando se han de convertir a Dios, se convierten a las criaturas. En esa casa que habéis elegido, podéis, Señor, cerrar los ojos y los oídos.

En la primitiva Iglesia—dice Crisóstomo—eran las casas iglesias; ahora las iglesias se han vuelto casas y no se pondera mucho. Más profana está la iglesia que la casa de un honrado ciudadano; que allí la señora está con decencia en su estrado, las doncellas sentadas hacen labor, los criados se ocupan en lo que se les está mandado; pero en la Iglesia hay mayor desorden. No es pequeña infelicidad que en este siglo se experimente lo que lloraba del suyo tantos años antes el Doctor Santo. El justo en todas partes considera a Dios, y ahí le venera, aunque no sea dentro de su casa; en todas partes compuesto, en todas partes con reverencia. Así Cristo, con su ejemplo, movería a compostura, a decencia, a los que le viesan puesto en oración, y aunque no llegasen a conocer el fondo de aquella persona divina, era forzoso aprendiesen de allí muchos la veneración

que se debe a la casa del Señor e hiciesen penitencia de sus pecados, por la fuerza del buen ejemplo en un hombre mozo.

Es grande la conveniencia de las oraciones públicas en comunidad y en congregaciones, por los buenos que se hallan en ellas; y es desdicha en la Sagrada Escritura estar solo, porque si cae, no hay quien le dé la mano para que se levante. Aquellos animales de Ezequiel, no solamente caminaban juntos, y uno servía de ejemplo a otro, sino que se herían con las alas, adonde dijo gravemente el Padre San Gregorio, puestos los ojos en una comunidad religiosa: Hiéreme con el ala el que con el ejemplo de su santidad propia enciende mi tibieza y me enseña el verdadero camino de la patria celestial con señas de virtuosos ejemplos.

Muchos medros en el espíritu tuvo Eliseo al lado de Elías, y heredó doblado el de su maestro; mas para merecerlo, se apartó de su lado, y cuando más no pudo, se le acercó con los ojos. Así lo meditaba Ruperto Abad, y que Eliseo, tocando siempre el lado de Elías, de allí sacó su mayor mérito, y perseverando siempre en su compañía, casi mereció tener por herencia el duplicado espíritu que tuvo su maestro por gracia, y quedó con empeño de ser como su antecesor, con obras y méritos, palabras y consejos, coche y cochero de Israel, llevando a fuerza de sus méritos sobre sus hombros al pueblo, a quien enseñaba, y rigiéndole con predicaciones profetizaba en utilidad pública de los gobernados y súbditos, y sin riesgo propio, pues que le tiene siempre mayor el que enseña que el que aprende, según sentencia de San Agustín. Adonde tiene riesgo la vanagloria, mejor es ser discípulo que maestro; más seguro es para quietud del alma oír las verdades de Dios que predicarlas; que el que aprende, asegura la humildad; el que enseña, tiene el riesgo de vanagloria, doctrina importante para todos magisterios, especialmente para los del espíritu.



MEDITACION XII

I

Vive oculto con suma honestidad Cristo retirado. Roma, en tiempo de Tiberio, por decreto del Senado, reforma la liviandad de las mujeres. El vicio torpe de la sensualidad desacredita al que le tiene.



ENTRE las piadosas meditaciones que de la vida oculta de Cristo refiere Simón de Casia, es digna de atención su castidad y pureza, cuando a los veintiún años de su edad cautelaba el Príncipe Cristo el riesgo que tienen los hombres dejándose llevar del afecto desordenado de la sensualidad, oso fiero con tres órdenes de dientes, como le pinta Daniel, en señal de que son muy pocos a los que no hiere en la juventud, en la virilidad o en la vejez. No ponía Cristo los ojos en mujer alguna; menos el ánimo, no por cautelarse a sí mismo (porque como Dios y Hombre, no necesitaba de ese reparo), sino por no dar nota y conservar crédito para los misterios futuros. Y por este fin y otros, como la ley de Moisés prohibía toda sensualidad ilícita, era muy observante Cristo de los ritos mosaicos, como lo advirtió San Buenaventura. Y así dijo

el Abulense cómo Cristo no vino al mundo para quebrantar la ley, sino a cumplirla. Aunque del tiempo de la vida oculta de Cristo no hablan los Evangelistas, como arriba queda advertido, también callaron otras muchas cosas aún de la vida manifiesta; y lo que no se escribió en libro canónico, no por eso desmereció para que no se haga memoria.

Con misterio grande empieza San Mateo a referir la predicación del Bautista, diciendo: *In diebus illis venit Joannes Baptista, prædicans in deserto Judæ*. La palabra *In diebus illis*, significa continuación de lo antecedente con lo subsecuente, y aunque no la hubo de tiempo, porque pasaron muchos años desde que Cristo fué adorado de los magos, hasta la predicación de San Juan Bautista, la hubo bastante de las obras y hazañas de Cristo, porque desde que se retiró a Nazareth hasta la predicación de San Juan, no hubo cosa alguna escrita en libro canónico si no fué la subida al templo siendo de doce años; y así el Evangelista da a entender hubo continuación de sus obras, según habían de quedar escritas en los Evangelistas, si bien todo lo que Cristo obró en cualquier tiempo merece estar en la memoria de los hombres, por la dignidad de la persona divina. Y ya sabemos que no todo lo que Cristo obró, dijo y enseñó, está escrito en los Evangelistas, pero escribióse todo lo necesario para la salvación de los hombres.

No solamente es digno de memoria todo lo que se presume obraría Cristo escondido y retirado, sino aun lo coetáneo a su edad en el principal gobierno del mundo. Siendo cónsules en Roma Marco Silano y Lucio Norbano, al año 772 de la fundación de Roma y sexto de Tiberio, hizo el Senado romano rigurosas leyes para refrenar el desordenado apetito de las mujeres, especialmente de las nobles, por ocasión que una mujer llamada Vistilia, nacida de familia pretoria, escandalizaba mucho la República romana, como lo refiere Tácito. Obligación precisa es de los príncipes refrenar la deshonestidad de las mujeres de sangre ilustre, que tan grave daño hace a los reinos e impide tantos

bienes, y así es justo se gobiernen con más atenta disciplina.

¡Quién pudiera persuadir a los señores que la nobleza no debe ser sagrado de delincuentes, sino tácita enseñanza de virtuosos ejemplos, y que Dios se enoja agriamente con los que, disfrutando los puestos más altos, por su calidad y sangre, le retornan injurias, especialmente los que no son cautos en el vicio de la sensualidad!

Quitó la vida Finees a Zambrí porque a los ojos de Moisés y del pueblo se juntó con la ramera de Madian, como se refiere en el capítulo XXV de los Números, y allí se dice que ambos eran muy nobles. ¿Qué necesidad había, pregunta aquí el cardenal Damiano, de referir el Espíritu Santo las genealogías de estos públicos pecadores lascivos? Bastaba decir que no los pudo tolerar el justo celo de Finees y que los cosió con un puñal. ¿Qué importa que él fuese capitán y ella nobilísima? Y responde: *Ut diceret, carnales illecebras, in eminentioribus personis, acrius perseguendas*. Comparan San Basilio y San Gregorio Nacianceno las personas nobles a la rosa, princesa de las flores, que siendo la más odorífera y de mejor color, nace de un ramo áspero y lleno de espinas. La persona más noble en sangre, puesto y autoridad, ha de estar sitiada por todas partes, tan rodeada de espinas de atenciones, que la hermosura quede acompañada con la tristeza; porque es ficción esperar frutos sazonados de virtudes adonde no se halla mortificación de afectos e inclinaciones. Las piedras preciosas, cuanto más unidas en sí y más densas, resplandecen y vibran más rayos que el agua flúida. La disciplina con severidad, causa lo denso del ánimo, destierra lo flúido, con que viene a lucir más la joya de la nobleza, porque si se distrae, especialmente en vicios torpes, se pierde la calidad, y el señorío se pasa a la mayor servidumbre.

En dos clases dividió los hombres, no la naturaleza, sino la tiranía, unos libres y otros esclavos; pero para mí (dice Nacianceno), esclavo es el que vive con torpeza; libre, el

que a fuerza de la virtud conserva la integridad. Porque como dijo Casiodoro, ¿qué obran las inmundicias del ánimo o qué no obran de fealdad en los esplendores del ilustre nacimiento?

De aquí nace la poca estimación que tienen en las Repúblicas las mujeres y aun los hombres cuando se dejan vencer del vicio de la sensualidad con nota y escándalo. Cercano a la muerte el patriarca Jacob, dijo, en lugar de bendición, a su hijo Rubén estas palabras: *Ruben primogenitus meus, effusus es sicut aqua; non crescas; quia ascendisti cubile patris tui*. Había comunicado incestuosamente las mujeres de su padre, manchó el lecho de mayor decoro, y para ponerle bien puesta la ceniza del desprecio, le llama primero su primogénito, *Ruben primogenitus meus*; y luego le desestima como a un poco de agua derramada, *effusus es sicut aqua*; dícele que no ha de crecer, *non crescas*. Más claramente la paráfrasis del Caldeo: *Ne ascendas*; como quien dice: A ti, por primogénito, eran debidos el sacerdocio, el reino y el mayorazgo; todo lo perdiste por tu incontinencia; no subirás a ninguna de estas dignidades, porque a Leví se dará el sacerdocio; a José el mayorazgo; a Judas el reino, y tú quedarás derramado en el suelo de tu ignominia para ser el oprobio del mundo y para que te huellen todos como a cosa vil.

Admirable atención la de Cristo: no poner los ojos en mujer alguna ni hacer reparo de la engañosa hermosura, que aunque Él no tenía riesgo, fué una tácita advertencia a los hombres a quien de ordinario entra la muerte por las ventanas de los ojos. Jeremías decía en sus Trenos: Que sus ojos como ladrones de casa, le habían robado el alma. ¿Qué maravilla que allá Job, para evitar un mirar lascivo, hiciese concierto con sus ojos; si el mirar incauto hace tal vez se ame lo que no se quisiera haber amado y se empieza a labrar aquella cadena que siendo el primer eslabón un ojo, suele ser el último la eterna condenación? A la vista sigue el pensamiento, al pensamiento la delectación, a la delectación el

consentimiento, a éste la obra, a la obra la costumbre, a la costumbre la fuerza, a ésta la desesperación, y a la desesperación condénase el que por no recoger los ojos para no ver y cerrarlos para no percibir, quiso perderse. Con Eva tiene un gran pleito el padre San Bernardo, porque vió la fruta prohibida y ocasionó el primer pecado; ella miraba al árbol, a su parecer, pero no miraba sino la muerte, y fué culpable al mirar tan atenta con los ojos el árbol prohibido para sus manos. Para cerrar las puertas al torpe deseo es grande arbitrio cerrar los ojos a todo lo mundano, que es veneno la sensualidad que, entrando por los ojos, tira al corazón.

II

La castidad es joya muy estimable. Los apóstoles se admiraron de ver a Cristo hablar con la mujer de Samaria. Los achaques de una mujer perdida se discurren por un alfabeto.

Con grande misterio Cristo, nuestro bien, conservaba la modestia de sus ojos que, aunque incapaces de un mirar lascivo, cautelaba atento los daños a que se sujetan los que indebidamente ponen los ojos en las mujeres. Y sin duda en todo el discurso de su vida, usó de la misma modestia para dejar este ejemplo de pureza en la Iglesia, especialmente en los varones apostólicos, en los ministros de Dios, que aspiran y deben aspirar siempre a la mayor perfección. Admiráronse los apóstoles a la vuelta de Samaria para el pozo de Jacob, de ver a Cristo hablar con la Samaritana. No dice el Evangelista San Juan por qué se admiraron los apóstoles y discípulos; pero dicenlo los Padres y Doctores de la Iglesia. Admiráronse de verle hablar con una mujer extranjera y de poca estofa, según dijeron Orígenes, Leoncio, Cri-

sóstomo, Cirilo, Teofilato y Eutimio. Admiráronse de que hubiese salido de Jerusalén a recoger una mujer perdida y de que se dignase de hablarla y mirarla, escribieron San Agustín y Beda. Admirábanse de la bondad del Señor, no con sospechas, sino con veneración. Pero lo más corriente entre los autores modernos es que se admiraron de la novedad (propio objeto de la admiración) porque no acostumbraba a tener pláticas con mujeres; ni aun les parecía a los apóstoles muy decente que Cristo solo hablase a solas con una mujercilla, como lo notó Cipriano, si bien no se atrevieron a preguntarle cómo o por qué causa hablaba con ella. Ilustre ejemplo para los inferiores y súbditos, que no conviene juzguen de los consejos y obras de sus Prelados; y si es justa esta modesta atención de hombre a hombre, ¿con cuánto mejor título debieron tenerla los hombres con Dios?

De aquí se infiere la atención con que debe vivir el varón justo, especialmente el religioso, para conservar la castidad, y cuán necesaria es la mortificación de la carne para asegurar la fuerza del espíritu. Así—dijo Ambrosio—se deben evitar convites, delicias, vinos generosos y otros alimentos con que la sensualidad crece, arde y se inflama. Y así su mayor remedio es huir de la ocasión de la culpa para no consentir en ella. Doctrina es de Santo Tomás que hay dos maneras de vicios: unos, que se han de vencer huyendo, y otros, resistiendo. Si el pensamiento quita el incentivo del pecado, entonces debemos vencerle con resistencia; pero si el continuo pensar aumenta el incentivo de la culpa, entonces le debemos vencer huyendo de todo pensamiento inundo. Deben huirse la ocasión, el mirar lascivo, el ocio, el regalo, divirtiendo los ojos y el alma para que mire y piense en otra cosa; porque de otra suerte, no puede ser cierta la victoria, aunque sea continua la pelea, como dijo Tomás Kempis.

Describe en orden a esta misma cautela San Antonino, por las letras del alfabeto, curiosamente, los vicios de las

mujeres: *A est mulier, avidum animal; bestiale baratrum; concupiscentia carnis; damnosum duellum; aestuans æstus; falsa fides; garrulum gutur; Herinis armatan; invidiosus ignis; kalumniarum chaos; lepida lues; monstruosum mendacium; naufragii nutrix; opifex odii; prima peccatrix; quietis quassutio; ruina Regnorum; sylva superbæ; truculenta tyrannis; vanitas vanitatum; Xantia Xerxis; imago Idolorum; zelus zelotipus.* Es la mujer avara, y la avaricia, vicio femenil, como dijo Séneca; presumen siempre que se han de ver en grande necesidad. Por eso, Safira, en los Hechos Apostólicos, ocultó parte del dinero del precio del campo, para que no le faltase alimento a ella y a su marido. Dejándose llevar del vicio, en que parece huyen de la parte racional, son la concupiscencia carnal, de que hay muchos ejemplares en humanas y divinas letras: de Putifar; de Cleopatra, reina de Alejandría; de Semíramis, reina de los asirios. Es un duelo dañoso, que de ordinario tiene oposición al varón, armado de quejas. Es un mar de ira, cuyas espumas siempre crecen, de que habló el Eclesiástico y Séneca en la octava tragedia. Fe falsa, que siempre cree que es engañada y siempre procura engañar, según aquello de Catón:

Instruit infidias lachrymis, dum faemina plorat.

Todo es queja; por eso dice el Espíritu Santo: *Tecta ingerit, perstillantia, litigiosa mulier.* Y Teofrasto, filósofo, tratando de cuán molesta suele ser la mujer al marido, dijo: *Per totas noctes garrulæ quæstiones.* Armada siempre, como la diosa de la discordia, es una furia del infierno, de quien dijo Séneca: *Quam superba vincit herymnis.* Fuego envidioso, por la envidia inextinguible, que ocupa su corazón: Sara tuvo envidia de Agar; Raquel, de Lía; Ana, de Fenena; María, hermana de Moisés, de la Etíope. Es un caos de calumnias, por las murmuraciones confusas que se originan de la emulación; pestilencia graciosa que agra-

da y hiere; rosa, debajo de cuyo color purpúreo están escondidas las espinas, (de donde dijo el Autor de los Proverbios: *Nitidius oleo guttur ejus; novissima ejus amara, quasi absint hium*); mentira monstruosa, hermosa en el aspecto, engañosa en la conversación; naufragio de la vida, adonde peligran los bajeles más veleros; artífice del odio, que con facilidad aborrece aquello mismo que amó, y tiene artificio para todo; primera pecadora, causa del pecado y destrucción de la quietud. Por eso, preguntado Cicerón por qué había repudiado a su mujer, dijo: que no podía ser casado y filósofo. Destrucción de los reinos: (perdióse Troya por Elena, muertos muchos millares de hombres de la Grecia; el reino de los judíos, por Jezabel y su hijo Athalia, y el reino de los romanos padeció mucho por Cleopatra, reina de Egipto); bosque de la soberbia, cruel tiranía que a nadie deja con libertad; vanidad de vanidades, que no necesita de prueba; ímpetu de Xerxes, que furiosamente acometía y seguía sus ímpetus sin freno; imagen de los ídolos en el adorno, en la gala; zelo zeloso, por el que de ordinario tiene y por quien llegó Laodicea, mujer de Antíoco, rey de Siria, a quitarse la vida con veneno, como refiere San Jerónimo sobre Daniel. Pues si son tantos los daños que ocasiona una mala mujer, con razón debe cautelarlos el varón justo, por enemigos declarados de la castidad y pureza, y tapiar los ojos y todos los sentidos, para que no se comuniquen por ellos el veneno al alma.

III

Difícultoso es no peligrar en la vida bebiendo veneno. Grandes riesgos (aunque sean espirituales) hay con la comunicación y visitas de mujeres. Muchas asistieron en sus errores a los heresiarcas de la Iglesia.

Aunque el principal riesgo que debe temerse es por la comunicación con las mujeres que se dejan llevar del vicio de la sensualidad, quisiera saber escribir aquí un importante preservativo de los peligros que tiene la demasiada comunicación con las mujeres, aunque sean virtuosas; contra el engaño que padecen muchos varones espirituales que con demasiada confianza emprenden frecuentes visitas. Y aunque es posible especulativamente salir sin una herida de una batalla, del fuego sin lesión, de beber el veneno sin achaque, de dormir en la ribera de un río hondo sin caer, todo le pareció prácticamente imposible a San Cipriano.

Aquellos a quienes parece que la demasiada familiaridad en el trato no es riesgo, sino triunfo de la castidad, engañanse a sí mismos, y como ignorantes, cometen dos delitos: uno, ponerse en peligro, y otro, dar ejemplo para que otros elijan aquel modo de familiaridad.

Dirá alguno que todos esos riesgos y peligros son miedos y recelos cuando se tiene noticia y experiencia de que la persona que se comunica es santa, devota, honesta, amiga de la pureza, con quien no tiene censura el trato, peligro la castidad ni riesgo la opinión. Contra este modo de sentir me ha parecido poner aquí el de San Buenaventura, santo docto y experimentado y gran maestro de la vida espiritual, que con grande celo de la salvación del alma del religioso confesor, en el tratado que escribió del hombre interior, dijo que el varón religioso y espiritual no contraiga fami-

liaridad estrecha y singular con mujer, aunque sea religiosa y santa, que siempre tiene inconvenientes. El peligro de la tentación es de tanto mayor riesgo cuanto no se teme el mal por tener apariencias de bien. La sospecha que conciben los que lo miran, si no llega a ser mácula en el honor, le engendra al corazón grande inquietud, que el amor, aunque sea con recta intención, es inquieto y procura manifestarse; expláyase el deseo con la presunta seguridad de que no hay dolo, y se procura que de parte de ella no haya indignación ni se entibie el afecto y oré menos por él, que es el más honesto rebozo del cariño. Yo añadiera que cuanto más santas, más continentas y devotas son las mujeres, tanto más se han de tratar con decoro y templanza, porque padecen mayores tentaciones del demonio y es más fácil consentir al objeto presente, materia de que han escrito más a lo largo autores graves.

No consiste el mayor daño en los peligros arriba propuestos, sino que, considerada la inclinación de las mujeres, las ha hallado siempre buenas el demonio para los mayores daños de la Iglesia. Cuando San Pablo y San Bernabé predicaban en Antioquía la palabra de Dios, refiere San Lucas en los Hechos apostólicos que los judíos, para embarazarles la predicación, se valieron de unas mujeres religiosas y honestas, para desterrar de la ciudad el Evangelio y sus predicadores, porque con especies de celosas del judaísmo y de piadosas, con palabras blandas, concitasen el pueblo contra las verdades de Dios. Y así el padre San Jerónimo afirma que siendo el demonio el origen de las herejías de la Iglesia, por mujeres fomentó la propagación de sus errores: Simón Mago dió principio a su herejía ayudado de Elena, su ramera; Nicolao Antioqueno, autor de todas las inmundicias, con mujeres las introdujo; Marcion envió a Roma una mujer que fomentase la lascivia; Apeles se acompañó de Filomena; Montano, de Prisca y Maximila; Arrio, para engañar al mundo, engañó primero a la hermana de un príncipe; a Donnato socorrió con sus riquezas Lucilla. En Es-

paña, Agape trastornó el juicio de Elpidio, que tuvo por sucesor a Prisciliano, y éste, en compañía de la mujer Gala, fué heredero de su herejía.

IV

Tiberio arroja de Roma y de Italia a los gitanos y judíos para apagar el fuego de sus supersticiones. Debe el Príncipe conservar la República cristiana con sanas doctrinas.

Al tiempo que Cristo se mostraba en Nazareth muy observante de los ritos mosaicos, se levantó en Roma (como arriba queda advertido) la persecución contra el judaísmo, que entonces era el pueblo de Dios. El principal autor contra aquella mosaica ley fué Seyano, valido y privado de Tiberio. No hay ni ha habido entre los hombres religión alguna que haya podido prevalecer sin señales y ceremonias externas, medio sensible para excitar devoción en los hombres, o al Dios verdadero o al fingido. Doctrina es de San Agustín contra Fausto. Pero entre éstas ha habido grandes diferencias; algunas ceremonias han sido más ilustres que otras y más eficaces para mover. Los ritos mosaicos tuvieron en su siglo grande lugar, y como ahora tienen tanta estimación nuestras iglesias y el lugar de la consagración, los altares, ornamentos, sacerdotes, así hacían célebre la religión judaica el templo, el propiciatorio, las ceremonias, los sacrificios, los aparatos; y llegaron a tanta grandeza, que los envidiaron los príncipes extranjeros, y nunca llegó la religión griega ni romana a tan alto punto. Ocasión bastante para que la Gentilidad solicitase su acabamiento y destrucción, que la envidia sabe hacer mayores tiros, con ser tan grande atreverse a la Religión. ¿Qué víbora, qué áspid no tiene menos malicia que un alma ocupada de la envidia? Esta derriba las iglesias, pare las herejías, arma la mano de

un hermano contra otro, destierra las leyes de la naturaleza y abre las puertas de la muerte. Envidió al hijo pródigo su hermano las ceremonias de alegría que trazó el padre a la fiesta de su conversión y huyó de casa por no verlas, y a quien llamaba la obligación de la naturaleza ahuyentó la tiranía de la emulación. La envidia arrojó al ángel del cielo, al hombre del Paraíso, al hermano del pródigo de la casa de su padre; que el envidioso, cuando más no puede, huye por no ver las glorias del envidiado, pero si tiene poder y autoridad no huye sino le persigue hasta quitarle la vida y el honor.

Movióse en Roma una grave persecución contra los egipcios y judíos, detestando aquella República sus ritos y ceremonias, hasta llegar a pegar fuego a los ornamentos y vestidos religiosos, y a los instrumentos del culto. Con apariencia de celo religioso desterraron de Roma la juventud de los judíos a otras provincias de mala constelación; a los demás los echaron de Roma por decreto del Senado, con pena de perpetua servidumbre si no obedeciesen. Así lo refiere Suetonio en la vida de Tiberio. Esto mismo refiere Tácito en sus Anales de Roma. Tratóse (dice) de quitar de la ciudad las ceremonias y sacrificios judaicos y egipcios, y determinó el Senado que cuatro mil libertinos infectos de aquella superstición, y en edad juvenil fuesen llevados a la isla de Cerdeña, para refrenar los robos de los caminos, que cuando por la aspereza del cielo e intemperie del aire muriesen allí, era daño de poca importancia, y que los demás saliesen de Italia si dentro de ciertos días no dejasen aquellos tiros profanos. Atención cuerda del Senado y que fuera muy útil se observara en las naciones católicas para conservación de la fe pura: no dar lugar a que se introduzcan nuevas sectas ni ceremonias contra la verdad de la fe, pues como observó Justo Lipsio, la Religión verdadera, si se menosprecia o cae de su autoridad, por admitirse otros errores, lleva tras sí las Repúblicas a la perdición, y especialmente a la herejía, cuya obstinación más fácilmente se

vence que se persuade. La fuerza de las armas es más poderosa que las razones.

El motivo que tuvo Roma para este decreto contra los ritos y ceremonias judaicos y egipcios fué (como refiere Josefo) por ocasión de que Fulvia, mujer noble, casada con Saturnino, abrazó la ley de Moisés y la persuadieron remitiese al templo jerosomitano una cantidad grande de púrpura y oro, que convirtieron en sus propios usos, después, los intérpretes de la ley mosaica. Quejóse el marido al Emperador de la injuria que se le había hecho a su mujer, y por esta ocasión salió el decreto que los desterrasen de Roma. De secreto movió todo esto Seyano, valido de Tiberio, como veremos después, que con su muerte se mejoró el partido de los judíos; aunque vista la materia entonces, como se hizo relación del Senado, se obró prudentemente en administrar justicia, quitando el daño de la República sin sacar sangre, para que la facilidad del perdón no fuera incentivo del delito, como se dice en el Derecho, que viene a ceder en indignidad del Príncipe y no se puede tolerar. Bien parece la piedad en los Príncipes; pero cuando la misericordia desacredita el valor, hace el Príncipe injusticia contra sí mismo por no hacer justicia como disponen las leyes, pues no siempre es fácil que a un mismo tiempo tenga misericordia y castigue los delitos.

Fué conveniente en Roma atajar el fuego de lo que les parecía superstición, porque no fuese contagio, pues, como dijo el Espíritu Santo, una pequeña centella abrasa un monte. Empieza en uno la mala doctrina, óyenla dos o tres, pasa a otros muchos, acomete a la multitud. Es achaque del ganado adonde un bruto inficiona a los demás. Luego que se aparece la centella se ha de extinguir, como la mala levadura de la masa vecina, porque no la corrompa. Que aunque en Babilonia no tuvo riesgo el ánimo santo y frío de Daniel, ni su asistencia en el palacio de un rey idólatra; ni abrasó el fuego a los niños en el horno; aunque Tobías vivió santo en Nínive y Lot incontaminado en medio de So-

doma, y aunque tal vez es conveniente que los Príncipes toleren ciertos peligros por evitar mayores y seguros males, sano y firme consejo es conservar la República cristiana con graves y austeras doctrinas sin que en el camino de la salvación se pongan embarazos ni se hagan fosos adonde den peligrosas caídas los fieles, y no es bien que siendo el camino derecho y llano, le hagan breñoso y dificultoso de andar las sugestiones de una doctrina perversa, las ceremonias de una secta abominable.

V

El pueblo judaico fué infiel a su Dios y muy inclinado a la idolatría. Con los mismos pies que pasó el mar milagrosamente, hizo fiestas al Becerro, dándole culto de divinidad.

No fué solamente Roma la que aborreció el judaísmo, sino otras muchas naciones; y aun desde su primer origen fué creciendo a fuerza de persecuciones. En Egipto lo aborreció Faraón, como consta del Exodo, por tres causas: miedo, envidia y aversión natural. Crecía mucho aquel pueblo, y temióse el Rey no se agregase a los enemigos de su reino y como domésticos le entregasen a quien le intentaba debelar. La envidia fué otra causa: porque los hebreos, sobre ser muchos, eran más valerosos que los gitanos. El aborrecimiento consta también y se fundaba, en que los hebreos comían los animales que adoraban los gitanos; con que era una queja continua decir que se comían sus dioses. El Rey Senaquerib, en Nínive, consta del libro de Tobías que los aborrecía de muerte y todas las naciones de la gentilidad aborrecieron tanto la nación y el culto de los judíos, que se conjuraron todas para destruirlos. Ya se sabe el esfuerzo que puso Antioco para acabar con esta nación y el

destrazo que hizo en Jerusalén, pues sobre haber persuadido la idolatría a los judíos, los ritos y ceremonias de la gentilidad, contaminó el Templo y siendo Templo de Dios, quiso que se llamase de Júpiter Olímpico. Y en Garicín, lugar también de oración, le dió nombre de Júpiter Hospital y llenó el Templo de lujurias y de ramera, de gente perdida en materia de sensualidad. El altar estaba lleno de lo ilícito que prohibía la ley; no se guardaban las fiestas ni días solemnes, ni había quien se atreviese, por miedo de los tormentos, a confesar que era judío. En el día que se celebraba fiesta al nacimiento del Rey, les obligaba la tiranía a que celebrasen fiestas al dios Libero, coronados de yedra, y no contento con esto, envió decreto a todas las ciudades circunvecinas para que quitasen la vida a todos los de aquella nación si no se ajustaban a observar los ritos gentílicos. Del libro de Ester consta el decreto de Asuero que, a instancias de su valido, echada la suerte el primer mes, que se llamaba Nisan, se despachó orden a todas las provincias y a sus gobernadores para que a 30 del mes Adar, que era el 12, quitasen la vida a todos los judíos, sin perdonar sexo ni edad. Esta persecución de todas las naciones contra el Judaismo (que era entonces el pueblo de Dios), la trazaba la divina Providencia para ejercitarlos y que tuviesen mayor mérito. No porque Dios moviese el corazón de los idólatras para que obrasen mal, sino que lo permitió en bien de los judíos; como notó San Agustín.

Aunque si se atiende a la ingratitud que aquel pueblo tuvo siempre con Dios, de quien fué tan favorecido, muchas penalidades que tuvo fueron por su culpa; y la mayor fué, sobre olvidar el beneficio, ofender al bienhechor. Sacó Dios a este pueblo con brazo fuerte, de la cautividad de Egipto; obró con él aquel prodigio tan estupendo del Mar Rojo; poco después los hebreos danzaban haciendo fiesta al Becerro, con los mismos pies con que pasaron el mar milagrosamente; y la verdad, que antes habían cantado en coros dando gracias al Dios verdadero por la victoria, anegado

el caballo y el caballero de Egipto en las furiosas olas del mar, la conmutaron en el Idolo. Y prosiguiendo en sus abominaciones hasta la mayor, que fué quitar la vida al Hijo de Dios, se pusieron en estado que los Profetas mayores les cantaban endechas anunciando su infelicidad.

VI

Los fieles fueron muy aborrecidos de las naciones en la primitiva Iglesia. De poco sirve el nombre de cristiano, si falta la virtud y los demás requisitos que le llenan. Fué muy aborrecido de los idólatras.

En la primitiva Iglesia intentó el demonio gravísimas persecuciones contra los fieles, que blasonaban llamarse cristianos, título honorífico que la primera vez que se oyó fué en Antioquía, como consta de los Hechos Apostólicos. Antes de esto se llamaban *de Via*, gente que caminaba por el camino de los apóstoles. Y llenaban bien el nombre, porque el que le tiene y no imita a Cristo (debiendo ajustarse los nombres a las cosas) en vano tiene ese nombre. Llámase lo que no es y usurpa el nombre ajeno, como lo decía San Agustín. Porque si ninguno hay tan vano que se llame abogado, sin letras; soldado, sin armas; artífice, sin pericia, ¿cómo se puede ni debe llamar cristiano aquel en quien no se halla una acción de Cristo? El nombre de cristiano es nombre de justicia, bondad, integridad, castidad, paciencia, humildad y de todas las demás virtudes; y así dijo San Gregorio Niceno: que el nombre solo es una cosa vacía si no se acompaña de obras. Que cuando el nombre asienta sobre las obras, no hay corona de tanto lustre ni diadema de honor que autorice tanto a quien le tiene. Nacióle a Adán un hijo, que llamó Seth, y luego Enós, de quien se dijo que empezó a invocar el nombre del Señor. Ya le ha-

bía invocado Adán; pero Enós, como advierten autores graves, instituyó particular culto y modo más superior que el que usaban los demás hombres; por eso se dice que le dió principio, y se escribió en su nombre, pues le tuvo del culto mismo que dedicó a Dios, como lo pensó San Crisóstomo. Esto es llenar bien el nombre del que invoca a Dios y se precia del nombre de Cristo.

No hubo entre los gentiles nombre tan aborrecido, pues era crimen y delito capital en los fieles de la Iglesia primitiva llamarse cristianos; siendo así que el nombre más era digno de amor que de aborrecimiento, como lo escribió San Justino Mártir al pueblo y Senado romanos. Pero quien lo ponderó gravemente fué Tertuliano en su Apologético. «Sin que se examine si es delito el ser cristiano, se aborrece solamente el nombre. Grita el fiel, diciendo: Cristiano soy, y le aprieta los cordeles la tiranía, para que diga lo que no es. A los delincuentes se da tormento para que confiesen; a sólo los cristianos para que nieguen; y como guerra que se hace solamente al nombre, atormentan al que le confiesa, absuelven al que le niega y se tiene por delito que se llame cristiano el que lo es». Infelicidad de aquel siglo, pero mayor la experimentamos en el que vivimos, pues hay muchos que se afrentan del nombre de cristiano. El que tiene por negocio de menos valer la observancia de las divinas leyes y por afrenta imitar los pasos de Cristo, cuando venga el Hijo del hombre en el trono de Majestad, se afrentará de que se haya llamado cristiano y le afrentará delante de todas las criaturas del universo. Tómase en el mundo de la Cruz lo dulce, no lo penoso; mírase el viso de la dignidad en tantas cruces que dan honra, autoridad y renta, no a la luz de la pena, por la imitación de Cristo, conque es materia de duda si hay fe en el que cree los premios de Dios y no cree sus castigos y le ama por lo que premia y no le teme por lo que castiga. No basta para salvarse sólo el nombre de cristiano, es necesario ayudarse el hombre a su salvación, cooperando a los auxilios divinos e imitando

las penalidades de Cristo, que las obras prueban la fe y aseguran llegar la nave del alma con bonanza al puerto deseado. Habiendo Dios de destruir el mundo por las aguas del diluvio y salvar a Noé y su familia, le mandó al patriarca que fabricase una nave o arca en que pudiese escapar de aquel general naufragio. Bien pudiera Dios librarle por otro medio, pero no quiso, dijo Santo Tomás. Que aunque sea odioso el nombre de cristiano (como el de Cristo) a los enemigos de la Iglesia, nadie puede salvarse con otro nombre; como los judíos, aunque perseguidos, no dejaban de ser pueblo de Dios, y era su ley en aquel tiempo (en fe del Mesías que había de venir) camino para la salvación.





MEDITACIÓN XIII

I

El Príncipe Cristo, lleno siempre de sabiduría y gracia huía de los convites y espectáculos públicos. Prohibiéndolos en Roma el Emperador Tiberio. Nerón mancha la nobleza romana con las representaciones disolutas. Las Juntas de Ejecución se hallan en la política de Aristóteles.



FUERZA es que en el común sentir de los Padres y Doctores de la Iglesia no se le atribuya al Príncipe Cristo (aunque más escondido) cosa que desdiga de la recta razón, aunque fué común y ordinaria su vida en lo exterior; pero como juntamente era Dios, no podía obrar cosa alguna que desdijese de la dignidad de la persona, y siempre se verificaban en él aquellas palabras: *Plenus sapientia, et gratia Dei erat in illo*. Y aunque no se dice que crecía, sino en cuanto a la edad, y de la sabiduría y de la gracia solamente se decía que tenía plenitud, como éstas no crecían en sí, sino sólo en cuanto a la manifestación por las obras, que en el tiempo de la vida oculta no manifestaba, por eso no se dice que crecía en ellas, sino que estaba lleno, como lo notó un teólogo grave

de estos tiempos. Pero como nunca se pudo negar la plenitud de sabiduría y gracia, nunca faltó, ni pudo, la atención recta en el obrar, abrazando las virtudes y huyendo de todo género de vicio. Huía los espectáculos, las diversiones humanas, que se proponen a los ojos, que se toman por recreo de la naturaleza. No se hallaba en convites, no veía espectáculos, éstos que llamamos acá toros, cañas, comedias, luchas, y llamaron juegos los romanos, que eran unas fiestas públicas, instituidas por diferentes fines, por aplacar la ira de los dioses, por la recreación del pueblo y granjear su voluntad. (Rómulo fué el primero que los introdujo en Roma, como lo refieren las historias antiguas. Fueron muchos, y se ejercían en diferentes lugares, en el Circo Máximo, y en el Anfiteatro, y en otras partes.)

Comía Cristo con sus padres, a una mesa todos los días, no manjares exquisitos ni extraordinarios, sino con pobreza y templanza, como pertenecía a aquel estado, según doctrina de San Buenaventura. De manera que Cristo ni se hallaba en convites, si no era con sus padres, ni en los concursos dedicados al deleite: juegos, comedias y otras recreaciones humanas.

Grande fué la profanidad de los convites entre los romanos, y se comunicó a otras muchas naciones. Acostumbraban a comer cuatro veces al día, como lo refiere el autor de las antigüedades romanas, si bien la gente de mejor educación no comía sino una o dos veces, como de autores antiguos se refiere, y aunque las primeras mesas las formaban del campo y de las hierbas, según aquello de Ovidio:

Sylvæ domus fuerat, cibus herba, cubilia frondes.

Creciendo la vanidad, llegaron a ser las mesas de plata, con planchas de oro, con tapetes riquísimos de las más remotas provincias del mundo; los gastos en las comidas tan grandes, que siendo cónsules Caro Sulpicio y Decio Athe-rio, el año nono del Imperio de Tiberio César, se trató de

reformularlos, por ser excesivos los aparatos de la gula y de los banquetes: materia dificultosa de reducir a buen punto, y de que escribió el Príncipe al Senado una carta, confesando la dificultad que tenía esta reforma, porque necesitaba de áspero remedio y podía ocasionar mayores daños, según refiere Tácito. Como las enfermedades envejecidas no se pueden curar sino con ásperos remedios, y éstos han de ser de suerte que no las aumenten, el hacer nuevas leyes es peligroso, ya que las antiguas se pierden por olvido; pero cuando no se guardan las que son recién establecidas, es peor el achaque, porque toca en desprecio del legislador.

A los años veintidós y veintitrés de Cristo, promulgó Tiberio un edicto, en que mandó echar de Roma todos los representantes, y prohibió las tragedias y comedias, como lo escribió Dion, y lo refiere el Cardenal Baronio en sus Anales. De manera, que al tiempo que Cristo usaba de templanza y santa moderación en las comidas y huía de los convites y no se hallaba en los espectáculos, trataba el Imperio romano de reformarse en estas materias, moderando los gastos de la comida y desterrando las comedias, como ocasión de inconvenientes grandes en la República; que los representantes, aun entre los romanos, se tuvieron por gente perniciosa, porque su ocupación había crecido y llegado a tan grande desorden, que fué necesario reprimirlo con la autoridad de los senadores; materia que en los años antecedentes se había tratado en el Senado y en que se hicieron decretos muy importantes. ¡Ojalá se guardaran en la República cristiana como se resolvieron y ejecutaron en una República gentil! Refiérelos Cornelio Tácito por estas palabras: Que ningún senador entrase en las casas de los autores de las comedias; que saliendo en público, no les hiciesen corrillo los caballeros romanos; que no se pudiesen ver sino en el teatro, y que los pretores pudiesen condenar a destierro a los que mirasen sin modestia estas fiestas. Así lo decretó un Senado de Gentiles, pero gente atenta a estirpar los vicios de la República. Grave enseñanza para lo que

se debe obrar a la mayor luz de la Fe. Intentóse por este medio borrar aquella afrenta que hizo Nerón a las familias nobles, envileciéndolas para que representasen en el Teatro públicamente a persuasión del Príncipe, dándoles dinero porque cometiesen este delito, como pudiera dársele porque no le cometiesen; quiso lavarse en agua turbia, pareciéndole se purificaba de su deshonor, poniendo esta fea mancha en la nobleza romana.

Pusiéronse en ejecución los decretos del Senado, porque importara poco que se hubieran hecho con todo acierto, si les faltara la ejecución, según aquella doctrina de Aristóteles en su Política: que importan poco las sentencias justas, las resoluciones prudentes, si no hay valor para que lleguen a su debida ejecución. De donde parece se pudo tomar motivo para que en el gobierno de estos Reinos hubiese Junta de ejecución de diferentes ministros, a fin de que resolvieren lo que se debía ejecutar; porque en el sentir de este gran filósofo, otro magistrado ha de ser el que ponga en ejecución lo que se resolviera, y es el oficio más dificultoso: *Difficilimus omnium Magistratum, versatur autem circa executiones eorum.*

II

Condénanse los convites profanos y pondérase el que hizo Cristo en el desierto dando de comer a cinco mil hombres. Dios es muy atento al remedio de las necesidades.

Los convites, en todas las naciones, tuvieron por fin conservar mutua benevolencia y amistad entre los que los celebraban, porque convidar a los amigos y deudos por ostentación y no por amor, no es preparar convite, sino juego o espectáculo. Fué costumbre entre los persas, como lo refiere Alejandro, poner honesto fin a todas sus juntas y con-

gregaciones; antes del convite había disputa de la virtud de la modestia; antes del sacrificio, de la justicia, y de la fortaleza antes de entrar en la lid. Y ponderar las virtudes de la modestia antes del convite, era advertencia, cómo se habían de portar en él, con moderación y con templanza. Y no sé yo si por eso los babilonios, como refiere Ateneo, ofrecían sacrificio a los dioses antes de sentarse a las mesas; y aún es creíble que, para tratarlas con veneración, ponían en ellas los ídolos de plata, oro y otros metales, como lo insinúa el Profeta Daniel. Pero no es necesario buscar ejemplos de Gentiles, cuando dentro de las puertas de la Iglesia hay tantas doctrinas que persuaden la parsimonia. San Pablo, en la carta a los Filipenses, pone al glotón en el andar de los enemigos de la cruz de Cristo, que teniendo por dios al vientre y adorando la gula, tiene por fin y remate una mala muerte. Ya que haya de haber convite, es como suyo el consejo que dá Cristo al rico y poderoso: *Cum facis convivium, voca pauperes debiles, et claudos, et cæcos, et beatus eris.* Así lo hizo Cristo en aquella gran salida de Jerusalén y en aquel camino que escogió de la otra parte del mar de Tiberiades, sanando a los que le seguían de todas sus enfermedades y alimentando a los pobres, como lo pedía su necesidad.

De este suceso parece hablar David en un Salmo: *Viderunt ingressus tuos Deus, ingressus Dei mei, Regis mei, qui est in sancto.* San Jerónimo traslada del hebreo *Viderunt itinera*, las varias jornadas y caminos de Dios y de Rey, y así lo parece en las tropas que le siguen de la otra parte del mar y hasta la cumbre de un monte. Como Dios, les mueve los corazones para que se vayan tras él; como Rey, cuida de su reparo; como Dios, hace milagros; como Rey, trata de remediar el hambre, y el agasajo que les hace como Rey le ordena a que le conozcan por Dios. Ardid soberano fué prometer a los antiguos la tierra de promisión, cuyos montes manaban leche y miel, para que por medio de los bienes terrenos, les persuadiese los celestiales, como

dice Gregorio Magno. Y Dios, siempre el mismo, en ningún tiempo falta a los suyos, y en conociendo la necesidad, acude al reparo, aunque sea con panes de cebada, como en el convite del desierto, y todo tuvo misterio, así en la substancia de los manjares, como en la multiplicación de los panes. Dos convites hizo Cristo en el desierto: uno del que tratan San Mateo y San Marcos, y el otro del capítulo sexto de San Juan. En éste, los panes fueron cinco; en el otro siete; los convidados en éste, fueron cinco mil; cuatro mil en el otro; en éste sobraron doce esportillas y allá siete. Fueron en todo diferentísimos, mas la mayor diferencia estuvo (dice Orígenes) en que en este convite, que fué el primero, los panes fueron de cebada; en el segundo, de trigo. Tratóles a aquéllos como imperfectos; a esotros, como aprovechados. Cebada no es comida de criaturas racionales; pan de trigo es comida de hombres; y a hombres que por sus costumbres e imperfecciones no lo parecen, dáles Dios pan de cebada; y a otros, muy hombres en su vida y acciones, el pan de trigo; y es uno mismo el que los sustenta. ¿Quieren ver cómo ajustó Cristo la comida en ambos convites? Los convidados del uno no llegaron a conocer más de que era Profeta. Los del segundo, tenían más alto conocimiento de que era Dios. Pues quien no conoce a Cristo sino por Profeta, conténtese con pan de cebada, no se le debe más. Al que le conoce como Dios, désele de trigo, manjar de criatura racional, y aunque todo lo que se le pone a su mesa es bueno, pero el segundo pan es el floreado. Aquel pan primero de cebada fué el de la ley, el nuestro es el del Evangelio; ambos los da Cristo, pero éste es el preferido.

Un singular modo de hablar tengo notado en San Lucas. Pasaban los discípulos de Cristo por entre unas mieses; debían de tener hambre, cogían las espigas de trigo, desgranábanlas y comían; llegó a ver qué día era éste, y dice San Lucas: en el sábado segundo primero. No parece sabía mucho de cuentas el Evangelista, porque pone el segundo an-

tes del primero; no había de decir sino sucedió esto el sábado primero segundo. Bien dijo, y con gran misterio, dice aquí Ambrosio: debió ser preferido el día más calificado. El primer sábado miraba a la ley antigua; el segundo a la nueva, y aunque éste es segundo en orden, es primero en dignidad. Día en que los Apóstoles, con el alto conocimiento de que primero era Dios, empiezan ya a desgranar trigo y le comen; no se llame sábado primero segundo, sino segundo primero. En orden, primero fué ayer que hoy; pero en dignidad, primero es hoy que ayer. Sea un hombre quien quisiere primero en sangre, hacienda, oficios, etc., esa primacía para con Dios no se ajusta si no es por la comida; si coméis, como un bruto, pan de cebada, seréis el último, el inferior, aunque seáis el primero; si coméis el pan racional, aunque seáis el último en la cuenta del mundo, seréis preferido en la cuenta de Dios, porque tenéis más alto conocimiento de su bondad y de quién es.

De aquí se sabrá un punto agudo, dulce y devoto. ¿Qué será la causa, pregunta San Ambrosio, que del convite del desierto sobran doce esportillas, y del otro, del cap. 8 de San Marcos, no sobraron más de siete? Y aún aumenta la dificultad el ver que en el convite donde sobra menos, los convidados no fueron más de cuatro mil, y adonde sobra más, fueron cinco mil. Y responde el Santo: ¿No véis que los cuatro mil estuvieron tres días con Cristo? Los de éste no estuvieron más de un día, y quien está más con Dios, come más y mejor. Asistencia con Dios, presencia diuturna con Dios, abre los apetitos del alma para que coma con gusto. ¿De dónde nace que sobre tanto pan en la Iglesia, sino de que hay pocos alientos para la comida espiritual? El que más come, tiene mayor hambre: *Qui edunt me adhuc esurient*. Cuando un alma na tiene mucha hambre de Dios, señal es que no está con él muy de asiento, sino de paso, y quien está de paso no le desea, sino que le injuria y le desestima. Y de aquí consta cómo la virtud del justo le pone en cuidado a Dios, según aquello del Salmo: *Ego autem,*

mendicus sum, et pauper, Dominus sollicitus est mei. Y que al pobre, al enfermo, hace sus convites porque le ve con más hambre y mayor deseo de sentarse a su mesa. El rico y el poderoso, de ordinario tienen hastío y perecen por la falta de este alimento.

111

El pan de Dios alcanza a todos, porque se divide. Por el pecado perdió el hombre el dominio sobre todos los animales, aunque algunos, por permisión divina, le obedecen.

Ya que entró el discurso en la ponderación del convite de Cristo, será bien realzar su providencia, pues aunque las tropas que le seguían eran de gente imperfecta y no merecían sino pan de cebada, tuvo cuidado de procurársela, que es muy de Dios acudir al tiempo, a la hora y a la necesidad del hombre, para que se entienda que es su remedio remedio celestial. ¿Piensan que no tuvo misterio grande que muriese Cristo después de medio día, más que por la mañana o a media noche? Las tinieblas empezaron a medio día, que se llama hora sexta, y duraron tres horas; enlutóse el sol, y a esa hora, que serían las tres, puso el Espíritu Santo en las manos del Padre. Esta muerte sucedió a quince de la Luna del mes Nisán, a los cuatro mil años y medio del mundo, a la Hebdomada 70, la Olimpiada 202, siendo cónsules en Roma Paulo Fabio y Lucio Vittelio, un día después de las Calendas de abril. Mas pregunto: ¿Señor, ¿por qué morís más a esta hora que a otra? Si vuestro nacimiento fué para morir, que si no hubiérais de morir no naciérais, ¿no fuera mejor morir a la hora que nacistes? Que si gustábais de tinieblas, las diera la noche, sin alteración de esos orbes. No lo entendéis, dice Rabano. Pregunto: ¿a qué hora pecó el primer hombre? A las dos de la tarde es lo más

común. Pecó, escondióse luego, salió Dios a buscarle. De la hora en que Dios le busca, podemos colegir a la que necesitó el socorro. Pues para que se vea que la muerte de Cristo es cuidadoso remedio de aquel pecado, muera Cristo a la hora misma en que peca Adán; suba el árbol de la Cruz al tiempo que Adán tocó la fruta del árbol. El remedio al tiempo de la necesidad; corresponda tiempo a tiempo y hora a hora, para que en esa tan puntual observancia se conozca que es Dios el que muere y divino el remedio que aplica: que socorros humanos llegán tarde, y tienen mil achaques. Grande desconsuelo tener necesidad y que no haya quien la remedie ni acuda a favorecer al que la padece.

Todas las cosas las crió Dios para que el hombre se sirviese de ellas, principalmente los animales: perdió por el pecado el dominio; antes le obedecían el oso, el tigre, el león, etc., hoy no hay animalejo que no se le atreva. ¿Pues cómo hoy se sirve de muchos? Dió la razón Hugo de San Víctor. Para que conociese su vileza, perdió el dominio en los animales mínimos; perdióle en los grandes, para que conociese la dignidad que había perdido. Mas fuera desconsuelo grande tener necesidad de un caballo y que se resistiese. Pues acude Dios al remedio de esa necesidad, dejándole el dominio de ellos, y no quiere Dios dejar al hombre tan destituido de consuelo que no tenga algún reparo la necesidad que padece. ¡Qué desconsuelo fuera para la gente que seguía a Cristo, haber pasado mares y montes, con sus enfermos al hombro, y quedarse sin salud unos y otros con hambre! No hace eso Cristo, acude al consuelo de todos. Esta misma providencia parece que ha tenido Dios en estos Reinos de España con nuestro católico Monarca el Rey don Felipe IV pues habiéndole negado la obediencia los dos Reinos que ocupan los extremos de España, Cataluña y Portugal, que son extremos y ángulos de este dilatado Reino, se ha conservado y conserva la lealtad y rendimiento en el medio de estos extremos, que es el flo-

reciente Reino de Castilla, estando siempre en su obediencia para que no le faltase totalmente el consuelo entre tantas pérdidas, y para que con los leales alientos de estos vasallos se reduzcan a su Corona las piedras preciosas que desencajó de ella la suma ambición y la depravada malicia.

Ahora veamos la ejecución de esta providencia. Tomó Cristo los panes, levantó al cielo los ojos, dió gracias al Padre, entrególos a los Apóstoles para que lo distribuyesen, y como se iban dividiendo, se iban aumentando; de tal manera, que (como observó Orígenes) mientras estuvieron enteros los panes, aunque estaban en las manos de Cristo, ni los convidados comieron ni los panes se aumentaron. Hace muchos visos esta doctrina: aplícala este Doctor a los predicadores, que con cinco panes y con menos sermones dan de comer a cinco mil almas; pero para que coman y se satisfagan es necesario que se dividan los panes, que los repartan los Apóstoles. ¿Sois maestro de Espíritu? Dividid el pan celestial conforme a la capacidad del alma, no se le dé el pan entero, que se quedará con hambre. El Predicador que pretende que todos perciban su doctrina, si no la trinchá, la divide y da con distinción, quédase el sermón entero: vanse los oyentes hambrientos. Para que alcance a todos, se ha de dividir. ¿Por qué no crece la hacienda del poderoso, sino que cada día se disminuye y es menor? Porque no se reparte con el pobre, y en la obra de piedad lo que no se reparte no se aumenta.

Con grande misterio llamó el Espíritu Santo rico a aquel enano Zaqueo, cuando entró Cristo en su casa. Nunca él tuvo menos hacienda que entonces, porque dió la mitad de sus bienes a los pobres, y lo mal ganado lo restituyó. ¿Pues cómo le llama rico el Evangelista? Precisamente por eso, porque dividió y repartió su hacienda, es bien que se llame rico, porque nunca lo fué tanto como cuando empezó a repartir lo atesorado. Que como Abrahám se hizo riquísimo repartiendo su hacienda con pobres y peregrinos, así Za-

queo adquirió el título de rico por liberal y piadoso. Así se mostró Cristo en el convite del desierto, y el que antes en su vida retirada huía de los convites, los celebró después, y su presencia santísima siempre tenía virtud contra la intemperancia y voracidad. Era muy retirada antes la vida de Cristo; esperó, para comunicarse, hacer públicas las bodas que había celebrado con nuestra naturaleza. Y por eso en el capítulo segundo de San Marcos dijo que el tiempo de las bodas no era de ayunos ni de llantos. Mas como aún no era tiempo de bodas, no se entregó a diversión de la vida, a convites, a fiestas, sino que huía de todo, con grande misterio, hasta que se llegase el tiempo feliz de celebrar bodas con la Iglesia públicamente.

IV

El Emperador Tiberio desterró las comedias de Roma y prohibió el arte de representar. Condénase por opinión de muchos la poesía cómica.

Entre los juegos escénicos, fué la comedia de los más celebrados y más antigua que la tragedia, como quiere Julio César Scalígero, el cual la definió así: La tragedia es como oración en verso, que representa un negocio grave, un suceso atroz, entre personas idóneas, como reyes, príncipes, etcétera. Algunos las juzgan útiles, porque en la tragedia hay ejemplos y documentos de la vida y condición humana en todo género de infelicidades, como refiere Ateneo y tocó algo Aristóteles en su Poética. La comedia se dijo así en el griego: *Quasi conventiculum rusticorum*. Porque, como escribe Varron, la juventud se divertía cerca de las calles por interés particular y se referían historias de amo-

res con demasiada licencia. Y en tiempos adelante, reducida a arte y con ciertas limitaciones de lugares y tiempos, se representaban y pasaron de los griegos a los romanos. Y definióla así Scalígero: una narración en verso, las más veces fabulosa, al estilo del pueblo, y con alegre remate. La poesía de la tragedia y comedia la refiere Donnato a Homero, fuente del arte poético, que escribió la Iliada, como tragedia, y la Odisea a semejanza de la comedia. Con que son cinco las diferencias que hay entre la tragedia y comedia. En la comedia se introducen amores, raptos de doncellas, materias de sensualidad. En la tragedia, llantos, destierros, muertes. En la comedia hay chistes y risa; en la tragedia, turbaciones. Los personajes de la tragedia son reyes, príncipes, héroes; en la comedia, hombres particulares y de mediana fortuna. En la comedia son blandos los afectos, las palabras; en la tragedia, atroces. Los fines de la comedia son alegres; en la tragedia, tristes y funestos. De unas cosas se hallará ejemplo en la Odisea; de las otras, en la Iliada de Homero.

Es la poesía (a quien llamó Aristóteles Filosofía gustosa) la que sustenta y tiene en pie los juegos trágicos y cómicos, arte dificultosa y que, para usarse debidamente, pide grande ingenio. De donde dijo Tácito: *Mediocrates poetas nemo novit, bonos pauci*: los medianos poetas no lo son; los buenos tal vez se retiran tanto de los sentidos, que parece les dicta alguna deidad, según aquello del poeta:

*At sacri Vates, et vivum chara vocamur;
Sunt etiam, qui nos numina verè putent.*

El uso de los versos fué celebrísimo en lo sacro y en lo profano; entre los judíos hubo Salmos, Cánticos; entre los griegos y romanos, Odas, Nenias, Cantos; Moisés, David y Salomón, contaron muchas cosas poéticamente, y muchos padres de la Iglesia escribieron versos a diferentes intentos, dignos de estimación. Y también deben tenerla los que en

todas lenguas toman asuntos graves, especialmente divinos, que sin duda componen el ánimo y es una gallarda invención de la naturaleza venerada en todas las naciones. Y si bien las fábulas no tienen utilidad, y con razón las llamó San Agustín *dulcissime vana*, y confesó haber llorado leyendo la historia de Dido, escrita por Virgilio, cuando no tratan de cosas lascivas, son tolerables. A esa traza merece estimación el poema español, tan numeroso y tan lleno de conceptos como se usa, que puede dar envidia a la mayor elocuencia latina y griega. Con la entrada de tantas naciones en España (que todas han dejado en ella voces y costumbres), el grave pensar de los poetas latinos y la elocuencia de los griegos se hallan en nuestro idioma español, como lo confiesa Lucio Marineo Sicculo, aunque extranjero. Refiere y pondera esta verdad, con mucha agudeza y erudición, don José Pellicer, Coronista de los Reinos de Castilla, en la primer diatriba o capítulo de su Fénix. Lo que no se puede tolerar es el haber contaminado los poetas, con sus ficciones, la pureza y verdad de la sagrada teología fomentando los vicios entre los hombres, como cosa venida del cielo y poniéndolos primero en los dioses, como gravemente lo advirtió Veleyo en Cicerón, que con voces suaves introducen a los dioses unas veces furiosos y muchas livianos, refieren sus peleas, heridas, discordias, nacimientos, muertes, quejas, sensualidades, adulterios. En sentencia de Platón, el pueblo antiguamente recibía de los poetas la teología y la credulidad, con que a fuerza de ficciones animaron los vicios con doctrinas sumamente falsas. Y por eso Sócrates Tirico Máximo llamó a la poesía alegre peste; alegre, por lo que divierte; peste, por lo que daña; mas como no exceda los límites de la modestia, quedándose dentro de los términos de útil delectación, puede tener conveniencia. La poesía y el uso de ella floreció antes de la oratoria, dijo Cornelio Tácito en tiempos felices, en que no se decía cosa alguna públicamente si no eran las alabanzas de los dioses y encomios de varones ilustres. Después, con la

injuria de los tiempos, fué creciendo la ocasión de muertes y robos, y salió la retórica, como teñida en sangre, a ocupar los estrados y los teatros; empezó por pleitos, y aumentando éstos, llegó a clamores y turbaciones.

V

Los poetas antiguos fueron enemigos declarados de Cristo. Turbaron los misterios de nuestra Fe con sus fábulas.

Contra las verdades de los misterios de Cristo y de su Evangelio, que habían de correr por el universo, armó la malicia del demonio a los filósofos y poetas, o para que escribiesen cosas profanas o callasen sus virtudes y prodigios. Y, por eso en el primer Concilio Niceno, los padres que allí se congregaron llamaron a los filósofos patriarcas de los herejes, pues que negaban los misterios de la Fe porque no los penetraban con sus principios naturales. Armó especialmente contra Cristo a todos los poetas de la antigüedad: los dogmas católicos y los misterios de la Fe que se hallaban en las sagradas Escrituras, los reducían a fábulas y las exponían a la risa del pueblo. Propondré algunos ejemplos en mayor apoyo de esta verdad. La caída del primer ángel en figura de dragón, que trajo tras sí la tercera parte de las estrellas, la pintaban con los colores de la caída de Faetonte, hijo del sol, que habiendo conseguido de su padre que le dejase un día guiar el coche en que caminaba veloz por los vientos, comunicando su luz a los mortales, él, ignorante de aquel ministerio, pegó fuego al cielo y la tierra, y Júpiter, con un rayo, le arrojó al río Pado; y lo mismo quiere decir Faetón que *Lux urens*, luz que abrasa. De quien dijo Virgilio:

Auroram Phaetontis equi, jam lucem vehebant.

El pecado de Adán, que intentó hacerse Dios, le reían los gentiles en la fábula de Proteo, que se hizo dios del mar como hijo del Océano, y se transmutaba cuando quería en varias formas: de quien escribió Virgilio:

*Est in carphacio Neptuni gurgite vates.
Cæruleus Protheus magnum, qui piscibus equor,
Et iuncto bipedum curru metitur æquorum, etc.*

En lugar del Paraíso terrestre (vergel hermoso, que Dios había plantado para el regalo del primer hombre) fingieron la fábula de Alcinoe, de quien escribió Homero en su Odissea: fué Rey en la isla de Corcira, muy inclinado a huertos y jardines, y fué tanta la fertilidad de los árboles, que a las frutas maduras sucedían otras. Fingieron de él los poetas fábulas ridículas, que las creyó el pueblo ignorante, pero de ellas se rió Platón en sus libros de la República. Llamaron Campos Eliseos al Paraíso celestial, adonde las almas habían de tener perpetuo descanso. Al Querubín que con estoque versátil guardaba la puerta del Paraíso, le significaban con título de Cerbero, animal de tres cabezas, de quien habló Séneca: *Tricipitem secum bellum manibus trabeus*. Y Cicerón, en la primera de las Tusculanas: *Dic queso num te illa terrent triceps apud inferos Cerberus?* Porque fingían que esta fiera guardaba las puertas del infierno. Las penas de los abismos, que tiene Dios preparados para el demonio, sus ángeles y los que los imitan, las fingían debajo del nombre de Cócito, río del infierno, que tenía su origen en la laguna Stigia.

Cocytii stagna alta vides, stigiamque palludem.

Cocytus, en latín, se llama *Luctus*, como que aquel río se hacía de las lágrimas de los condenados. A Dios, según que es Juez, le comprendían en la fábula del Radamanto. El diluvio en tiempo de Noé le ofuscaron con la fábula de Deucalion, Rey de Tesalia, en cuyo tiempo, por ocasión del diluvio, se salvó con su mujer, Pirra, en una nave, y fué

llevado al monte Parnaso, y restauró el mundo arrojando piedras a las espaldas, convirtiéndose en mujeres las que arrojaba Pirra, y en hombres las que tiraba Deucalion, de quién dijo Juvenal en una de sus Sátiras.

*Ex quo Deucalion nimbis tollentibus æquer,
Navigio montem ascendit, fortesque poposcit,
Paulatimque anima calluerunt mollia fæxa.*

Las dos naturalezas, humana y divina de Cristo, las confundían (siendo ellas inconfusas e impermixtas en el divino supuesto) con la fábula de Castor y Polux, hermanos uterinos, y a quienes tuvieron los antiguos por dioses del mar; los griegos los llamaron hijos de Júpiter y Roma les edificó un templo. A esta fábula dieron ocasión los Luceros, que cuando el uno nace, muere el otro. El estado de la inocencia, llamaron Siglo de Oro. El bajar el alma de Cristo al infierno y haber sacado de allí las almas de los padres, lo reducían a la fábula de Hércules, que había muerto a la hidra de muchas cabezas en la laguna Serna, y por su fortaleza y valentía fué puesto en el número de los dioses. A esta traza, con ficciones y fábulas, intentó el demonio desbaratar las verdades de nuestra fe, valiéndose de la poesía y de la autoridad que en los siglos pasados tenían los poetas para introducir cizaña en medio del trigo y confundir con errores los verdaderos dogmas de nuestra fe.

De lo dicho se infiere, no levemente, el daño grave, que causa en las Repúblicas el uso de las farsas, cebándose de versos cómicos, cuyo fin es sensualidad, y lo que el mundo llama diversión es, sin duda, escuela de vicios, adonde en poco tiempo aprénde la juventud todas las trazas contra la pureza y castidad y contra el decoro del estado y obligaciones, y no sabemos que por haberse permitido este uso, tan dañoso para las costumbres, se hayan excusado otros daños de la República; antes parece crecen todos con aquella enseñanza, y es tanto más peligrosa cuanto menos se teme, pues tienen todos estados licencia

para asistir a los teatros, adonde, como de escuela de profanidad, se aprende la libertad, la gala, el galanteo, la ociosidad y todos los demás vicios que se van llamando unos a otros; de allí sale el ánimo dispuesto a proseguir aquellos mismos empleos, cuando menos, estudiando en los libros los amores, a que dió principio la asistencia en el teatro. Desterró de Roma el senado a Ovidio por el libro que intitula *Arte de amar*, y en este siglo de senado y senadores fieles, tienen aprobación otros libros más perniciosos para las costumbres, pues no hay libro de comedias que no encierre en sí muchas partes del amor deshonesto.

Fuera tolerable el uso si fuera indiferente (como algunos dicen); si los Magistrados templaran los desórdenes y sobrada licencia con que los poetas escriben (como si fuera lícito) materias obscenas, que ofenden los ojos y oídos piosos, y que se examinasen con la atención que refiere Platón tenían los antiguos con ser gentiles, pues prohibían todo género de poesías, aunque la materia de ellas fuese justa y honesta; y no las podían enseñar a ningún hombre particular, hasta que los jueces señalados para este ministerio y ejecutores de las leyes las vieses y aprobasen. Pero no habiendo de ponerse en esta materia la atención y desvelo que ella pide, es mejor arbitrio la prohibición, y había de comprender todos los libros de poesías cómicas, para que nadie los leyese ni aprendiese, con que se estraga la disciplina doméstica, se acostumbran los ánimos a una vida delicada y aparente, que destruye todos los nervios de la virtud. Todo esto lo dijo Cicerón en la segunda de sus Tusculanas. Por eso prohibió las comedias el Emperador Tiberio; Platón las destierra, Cicerón las abomina, y si les parecieron mal a los gentiles, no habiendo llegado a la profanidad que hoy tienen, santa resolución fuera prohibirlas como pestilencial contagio de la República.

Comía el Príncipe Cristo a la mesa con sus padres pan de bendición y manjares, que servían a la necesidad corporal, no al deleite.

Sentábase Cristo a la mesa con sus padres y comía, no manjares delicados, sino los que permitía el estado pobre en que se criaba y lo dispuesto por la Ley. Distingúanse los judíos de los gentiles no sólo en no poder comer con ellos a la mesa, sino en la elección de los manjares, como consta del Levítico y Deuteronomio. No habían de ser los mantenimientos inmundos, pero tampoco exquisitos, pues consta que aun cuando quiso Dios sustentar a sus amigos milagrosamente y en tiempos de necesidad, no les buscó platos regalados, sino manjares comunes: a Elías, un poco de pan y agua; a Daniel, la comida de unos segadores, como lo ponderó Tertuliano gravemente. Así, la comida de Cristo y la de sus padres era como en tiempo de necesidad, que servía al sustento de la naturaleza y no a las delicias, porque los manjares, cuanto más comunes, sirven más y se aplican mejor a la virtud y a la contemplación. De Daniel sabemos que, por especial orden de Dios, para darse a la oración, tuvo abstinencia, tres semanas, de las comidas regaladas de palacio, como él mismo lo confesó. Y por esta causa el mismo Daniel, con los tres niños de palacio, pidió hierbas para que comiesen. Pagó de contado Dios a Daniel y a sus compañeros haber despreciado los manjares delicados y comer hierbas, porque les dió, no solamente la ciencia de los caldeos, sino la verdadera inteligencia que se podía hallar en los libros de los hombres doctos de las nacio-

nes. A Daniel le concedió el conocimiento prodigioso de las visiones y sueños. Y Cristo, a los cinco mil hombres que le seguían por el desierto, los sustentó con pan de cebada para que estuviesen más aptos para las cosas divinas.

No necesitaba Cristo para con su persona de esta cautela, porque no tenía riesgo. Pero fué importante que se escribiese así, para ejemplo de sus Padres y nuestro, y para que se supiese que el casto alimento es poderoso a conservar la vida, pues la templanza tuvo su origen en Dios, como lo escribió el autor del Eclesiastés. Hierbas y frutas solamente comieron los hombres y aun los brutos, los dos mil años primeros del mundo. Los romanos hicieron estudio particular de no servir al deleite en la comida. Tiberio echó de Roma a todos los maestros de pastelería y la prohibió en Roma, como lo refiere en su vida Suetonio. El cónsul Cayo Fabio introdujo por ley que no se pudiese poner en un convite más que un ave, como escribió Macrobio. Cicerón, alabando a Crasio y Scévola, echó mano de su parsimonia.

Es muy digno de saberse lo que escribió de los romanos Alejandro. Era ley que se comiese y cenase en público, y el cenar en secreto se tenía por ignominia, ley que dió Licurgo a los lacedemonios, cuyo fin era por que ninguno tuviese más platos que otro. De las comidas y manjares (que con el tiempo todo se prevaricó, como en España, después que entraron a ella y su gobierno otras naciones) hizo Juvenal esta sátira:

*Hoec olim, nostri jam luxuriosa Senatus,
Coena fuit: Curius parvo, quoe legerat horto,
Ipse focus brevibus ponebat oluscula: quae nunc
Squalidus in magno fastidii campo defosar.*

Con la presencia de Cristo estaría bendita aquella sagrada mesa, aunque era ceremonia entre los hebreos bendecir los manjares que se habían de comer, la comida y bebida de por sí, y era la bendición, según se colige del ri-

tual, la que trae un autor grave, por estas palabras: *Benedictus Domine Deus noster creator, qui boniis es et benefacis omnibus, qui creasti hoc sapidum vinum, hæc aromatha hos fructus etc.*

De aquí quedó ejecutoriada en la Iglesia la bendición que se da a la comida, a ejemplo de Cristo. Hizo mención el Apóstol de esta bendición la primera vez que escribió a Timoteo, y de camino condenó a ciertos herejes que habían de levantarse en la Iglesia y decir que el vino y la carne eran malos de su naturaleza, y para confundirlos, San Pablo, entre otras cosas, dijo: que toda criatura de Dios es buena y ninguna se ha de desechar por mala, sino recibirla con acción de gracias. Pero demos caso que por alguna causa sea inmundo el manjar, o por prohibido en la ley o por ofrecido del demonio o viciado por él: se santifica y limpia por la palabra de Dios y la oración, esto es, por la bendición, que se hace con palabras de Dios y con oraciones.

La presencia de Cristo o la bendición que se echaría a aquella santa mesa donde comía con sus padres, purificaría los manjares y los haría sabrosos y perpetuos, porque sería aquella mesa como la que pinta San Juan Crisóstomo, que teniendo por principios la oración, tenía por postres a ella misma, con que se aseguraba el plato perpetuo. Dichosa mesa, adonde sentados Jesús, María y José, comen con bendición aquellos tres platos del Apóstol: la templanza, la justicia, la piedad, renunciando a todos los deleites y deseos del siglo.

Cuando en la ley antigua prohibió Dios algunos animales y aves a los hebreos, no era tanto por ellos como por lo que significaban. Prohibió el camello; ahí condenó la vida curva y tortuosa. Cuando prohibió el animal de cerda, la vida cenagosa del que cada día se vuelve al vómito. En el lagarto, una vida varia e incierta. En la tarántula, aborrece las manchas y que se busque la vida con ajena muerte. En otros huye la intemperancia. En la lechuza, los

que huyen de la luz. En el cisne, la cerviz alta del soberbio. En el murciélago, las tinieblas del error, como lo discurrió gravemente Tertuliano.

Nada de esto tuvo que evitar Cristo, con que su mesa y comida toda fué santa, asistiendo en ella la fuente de la santidad.





MEDITACION XIV

I

Muchas y graves son las causas de la declinación de los imperios y monarquías. Refiérese el estado de Alemania, España, Francia, Inglaterra y Venecia.



MURIÓ Seyano en Roma, y con mala muerte, de achaque de Valido del emperador Tiberio, con beneplácito común del Senado y pueblo romano, por haber intentado tiranías grandes y haber conseguido la mayor parte de ellas. Puso en desgracia de Tiberio a Germánico y Agripina; ocasionó la crueldad de Tibe-

rio; acabó a Druso; cometió adulterio con Lilia; procuró la muerte de los hijos de Germánico y de Nerón; sembró entre ellos cizaña, para que se acabasen unos a otros; dificultaba las audiencias para que las solicitase el soborno; ponía miedo con sus razones a la gente más grave del Senado, y no se dignaba de hablarles ni dejarse ver de ellos: indicios todos de su ruina y muerte infeliz. Respiraron con ella los judíos, que estaban desterrados de Roma, porque le constó al César que los delitos que les imputaban antes habían sido supuestos y fingidos por Seyano, para acabar

con aquella nación, porque entendía no había de cooperar a la conspiración contra el Emperador. La tiranía de Seya no puso en notorio riesgo de perderse a la República romana, unas veces por sus enemigos y otras por sus amigos, y si no hubiera sucedido su muerte, hubiera sobrevenido el fin de aquella opulenta República.

Muchas causas dan los políticos de las declinaciones de los imperios; algunos las reducen a la malicia de los tiempos, teniendo por mejores los que precedieron contra aquello del Eclesiastes: *Ne dicas, quid rei tandem putas causæ est, quod prior a priora tempora meliora fuere, quam nunc sunt? Stulta enim est hujusmodi interrogatio.* El tiempo siempre es el mismo, y éste no daña a los imperios; y siendo duración natural del primer mobile, no puede obrar en las cosas si no es con uniformidad. Los vicios de los hombres o sus virtudes, son causa de la bondad o malicia de los tiempos. A las revoluciones de las estrellas atribuye Julio Fírmico la variedad de fortuna de las monarquías, como si el libre albedrío no fuese causa inmediata de las acciones humanas y de los consejos. Enseña la experiencia que debajo de diverso horóscopo y constelación, floreció el imperio romano en Italia, y tuvieron las armas del Imperio la misma felicidad en otras naciones, aunque las dominaban diferentes estrellas. Otros lo reducen a la divina Providencia (y es así) de cuyo Imperio dependen los estados temporales. Pero es muy oscuro conocer los modos que Dios tiene en la conservación o ruina de una monarquía, de donde dijo Virgilio:

... *Tantum placuit concurrere motu
Jupiter æterno gentes in pace futuras.*

Consérvanse las repúblicas y reinos no innovando neciamente en sus fueros, leyes y costumbres. De donde dijo Platón, que no se habían de mudar los himnos y cánticos en el culto de los dioses, porque no se mudase con ellos la Religión. A que aludió el poeta Ennio, cuando dijo: *Mori-*

bus antiquis res stat, Romana virisque. Es grande desdicha que falten de la República los varones grandes que daban autoridad a la justicia, a las leyes y amparaban las buenas costumbres; y por su muerte se debiera hacer causa a los pecadores, que por su culpa envía Dios este castigo a los reyes y reinos. Así lo dijo San Agustín, y lo tomó de Cicerón. Pero siempre se debe presumir que la divina Providencia atiende a las costumbres de los príncipes y de los vasallos, a los méritos y deméritos manifiestos y ocultos; y en esa forma, por los pecados (y más cuando son públicos) envía Dios pública ruina a los reinos. Así vemos que la antigua Alemania, inclita por las armas y poderosa por el señorío, divisa en varias facciones e infestadas de nuevos dogmas (conocido contagio de los reinos), ha faltado a su valor y dignidad.

Francia, que en el tiempo antiguo se hizo formidable con su ímpetu marcial en el Asia y Africa (como refiere Tito Livio), apenas se puede tener en pie, partida en varias sectas.

Inglaterra, vencedora siempre del Oriente, hasta el Piri-neo, hoy ceñida del Océano, no solamente no se oyen en otras naciones sus armas, sino ella dentro de sí misma (a semejanza de su mar, siempre proceloso y lleno de tempestades) se disuelve con guerras civiles, reciprocándose las olas de los escuadrones armados de ella en ella misma, retirado su Príncipe y puestas en armas las naciones de aquel dominio.

Venecia (emporio opulento de Europa, inclita por las victorias contra el turco y con los escritos de varones doctos, que como rayos vibraban de una piedra preciosa), herida de vapores feos, cayó de la altura que tenía a menos lustre y estimación.

Los primeros siglos conocieron a España distribuida en muchos Reinos, que lloraban tristes su infelicidad; crecieron con la gloria militar y con la Fe; unieronse todos en un solo monarca, y, sin embargo, cuando esto se escribe, han

dado grande caída por las guerras continuas, sediciones y tiranías de algunos vasallos.

España se llamó en los tiempos antiguos Thubalia o Pannia, que en lengua caldea significa todas las cosas, como en presagio de lo que había de ser, como lo refiere el autor de la Conveniencia de las Monarquías. Otros dan a esta voz vario origen: Trogo Pompeyo la tradujo de Pannonia; otros del Dios Pan, como dice Plutarco.

En todas las naciones juega la fortuna Reinos, y unas veces se hallan muchos debajo de un dominio y otras descaece de su grandeza el mayor Príncipe. Pintó Séneca el estado del mundo en su tiempo con atención grave. Tiene el Asia tropas de Atenas. Mileto, ciudad de Asia, cabeza de setenta y cinco ciudades, hiciéronse diferentes pueblos y cortes. El lado de Italia, que baña el mar, fué mayor que Grecia. Asia piden para sí los turcos. Los tirios habitan el Africa. Ocuparon a España los pennos. Los griegos entraron en Francia. Los franceses en Grecia. Y concluye: *Fato placuit, nullius rei, eodem semper loco, stare fortunam.*

Estas revoluciones de los Reinos y provincias suelen tener su origen de la ambición humana, que no contentándose con vivir dentro de los términos que le señaló la naturaleza, aspiran a nuevos dominios y toman las armas, y a sangre y a fuego se procura dividir un pedazo de tierra que parece indivisible, y es aquello que dice Séneca: *Hoc est illud punctum, quod inter tot gentes ferro, et igne dividitur.* Hizo la comparación con el reino celestial, tan dilatado, tan extendido, adonde caben y tienen lugar los ánimos más generosos, y adonde el alma, gozosa de ocupar aquel Reino, no tiene adonde ensanchar y dilatar los términos de su deseo; pero mientras no llega a disfrutar esta felicidad y a verse como reina coronada en el Empíreo, viviendo en el mundo, si navega, navega en un punto; si pelea, en un punto se disponen los escuadrones, se distribuyen los Reinos. Que bien lo dijo el filósofo: *Punctum est istud, in quo navigatis, in quo velatis, in quo regnum disponitis.* ¿Quién po-

drá persuadir a los dos mayores Príncipes de la cristiandad, que es un punto el mar donde navegan sus armadas; que es un punto la tierra, adonde escaramuza su caballería y pelean sus escuadrones? Punto es respecto del cielo, y en la tierra es punto de reputación, con que embarazadas las más gloriosas armas que ampararon la fe, sirvieron a la Iglesia, consiguiendo trofeos de infidelidad, convertidas contra ella misma, aunque no es ese el principal intento, se consumen unos Reinos a otros, atendiendo este catolicismo de España y sus Príncipes, no a la dilatación de su Imperio, sino a la autoridad de su Corona, pues como dijo un grave escritor, el doctor Valdés, en el proemio al libro de la Dignidad de los Reyes y Reinos de España: *Sicut fugienda erit privata ambitio, publica magnificentia, et authoritas diligentes erit querenda*. Menospreciar el cuidado de la República y el crédito del Reino se tiene por fea mancha en el ánimo del Príncipe, flojedad que condenan las leyes, las cuales tienen por cosa torpe en un ciudadano que no pelee por la Religión y por la salud de la Patria. Es el Reino, como dijo Tito Livio, la cosa más preciosa que concedieron los dioses a los hombres, y de ahí nace en los vasallos amparar el honor de su Rey, como quien solicita su misma causa, y por ser, como es, el Rey imagen animada de Dios, como lo dijeron Plutarco y Tertuliano. Y así el honor del Príncipe es el honor de sus vasallos; que todo se reputa por un cuerpo, y por eso la corona que se pone en la cabeza y se la ciñe es un muro fuerte con almenas para la defensa de los vasallos, que se representan en el cuerpo.

JI

Los Validos de los Reyes suelen ser causa de la destrucción de los Reinos. Las noticias de lo conveniente al buen gobierno, llegan tarde a los oídos de los Reyes. El Privado debe preferir el bien común al particular.

Admírame cómo entre tantas causas como se señalan del acabamiento de las monarquías, no se pone por principal, si no única, el valimiento y privanza de los que eligen por primeros ministros de su reino los Príncipes; porque esos suelen ser (si les falta el celo del bien común y el agrado, si se valen de la codicia y ponen los ojos en su interés) los que a fuerza de tiranía o mala disposición en el gobierno, ocasionan las ruinas de las monarquías y su misma perdición, como lo vemos en las historias antiguas y en las experiencias modernas. Tolomeo arrojó de su palacio a Eugénides, su Privado; el Emperador Severo a Plauciano; el Emperador Commodo a Cleando; el Emperador Constancio a Hortense; Alejandro Magno a Cratero; Pirro a Fabato; el Emperador Vitilo a Cincinato; Domiciano a Rufo; Adriano a Amproniano, y Tiberio a Seyano. Es felicidad que el Ministro sea de tal condición, que el Rey le estime y el pueblo le ame, y que obre en lo que le toca, dando noticias a su dueño de lo que obrare, conque asegure su gracia y la vida; que lo contrario ocasiona las sediciones de las Repúblicas y aun la muerte de los mismos, que con sus disposiciones y decretos, sin noticia de los Reyes, les ocultan el estado que tienen las materias del gobierno, en la paz y en la guerra, con que vienen a ser los últimos que las saben. ¡Qué tarde llegan a las Majestades las importantes noticias! Ya suele ser materia desesperada con que, si no imposible, viene a ser dificultoso el remedio. No ignoraba el Rey

Asuero que había muerto Amán su Privado, pues fué por decreto suyo la muerte; pero ignoraba que la Reina Ester fuese de la nación de los judíos, y que contra ella se hubiese publicado el edicto de pena de muerte. Después lo supo porque lo dijo la Reina, y admirado de que hubiese tomado su Valido tanta autoridad, preguntó: ¿Quién es éste? ¿Y qué poder el suyo para atreverse a despachar estos decretos? Estaban condenados a muerte todos los judíos y dadas órdenes a los Virreyes y Gobernadores de las provincias, para que en un día los pasasen todos a cuchillo, y no lo sabía el Rey. Estaba sitiada Babilonia por el ejército de los Medos, que la había de ocupar la noche inmediata, y el Rey Baltasar estaba todo entregado a convites, a delicias, sin prevención de armas, sin defensa, y lo que más es, sin noticia del peligro inminente. Estaba llena la ciudad de Nínive de la fama y voces de un predicador, que una fiera marina arrojó en su puerto; ya los ciudadanos en tropas discurren al eco de aquella voz a vestirse de sacos, tratar de ayunos, y aún no había llegado la voz a Palacio, que llegó después de todas estas diligencias. Muchos milagros había obrado Cristo, y no llegó la fama de ellos a Herodes, Tetrarca de Galilea, hasta el capítulo 15 de San Mateo. Son así todos los que reinan, que con la demasiada atención al fausto y a la grandeza, divertidos por su misma soberanía, aprenden tarde lo que debiera prevenir su cuidado.

Mañ el vasallo no ha de hablar mal de su Príncipe, dijo con toda verdad Pedro Clesense, y lo dicta la razón, y lo enseña la razón de estado, porque no puede ser oculta la murmuración, levanta sediciones, y es escupir al cielo flechas que, arrojadas a lo más alto, vuelven sobre la cabeza de quien las disparó. Y esto lo cauteló el Espíritu Santo cuando dijo: que no es decente maldecir a quien se deben bendiciones del cielo y de la tierra. Esta injuria fácilmente la perdonaron en sus leyes los Emperadores Teodosio, Arcadio y Honorio, y la buscaron excusas, como consta del Derecho, pero señálanse penas conforme al estado de cada

uno en las leyes de Partida. Y es de advertir que comprende hasta los religiosos, según aquella cláusula: *Otro sí rogamos y mandamos a los Prelados de nuestros Reinos, que si algún fraile, clérigo, etc., dijere alguna cosa de las sobre dichas, que le prendan y nos le envíen.*

Usaba la antigüedad cierto género de Principado en los ministros de los Reyes, que por él se llamaban Régulos, de quienes hizo mención San Juan. No acaban de concordarse los doctores sobre la significación de la palabra *Regulus*. San Jerónimo, comentando a Isaías, trasladó en caballero de la cámara del Rey un criado de su palacio. Y llamábase Régulo, o por primer ministro del palacio, o porque en la jurisdicción y despacho era algo menos que el Rey en el nombre; que a la verdad, los que con los valimientos se hacen dueños de la voluntad de los Príncipes, mandan lo mismo que ellos o algo más, según aquello que escribió Isidoro Pelusiota a Antioco, familiarísimo del Emperador: Aunque eres criado suyo, no lo pareces; porque le gobiernas a tu voluntad y eres el Emperador del Emperador.

Daño gravísimo para el gobierno, multiplicar Reyes, aumentar en los vasallos atenciones y no contentándose con tener todos los vasallos rendidos a su disposición, quieren ser dueños de las voluntades de los Príncipes. Y no se satisface su ambición con el segundo lugar del Reino, sino que afectan el primero. Todo lo que puede en esta materia ponderarse, lo comprendió el Espíritu Santo en aquella carta del Rey Artajerjes o Asuero, que envió a todas las provincias de su reino, que para que haga fe y se entienda mejor, no es necesario sino traducirla. *El gran Rey Artajerjes, que reina en ciento veintisiete provincias, desde la India hasta la Etiopía; a los Príncipes, Duques, sujetos a nuestra obediencia, salud. Muchos, llevados de soberbia, habiendo usado mal de la bondad de los Príncipes y de los honores que han recibido de su mano, no solamente tratan de oprimir a los vasallos, sino que intentan sediciones contra quien deben la gloria de sus Estados; y no contentos*

con no mostrarse agradecidos a los beneficios, violan los derechos de la naturaleza y presumen pueden huir la sentencia de Dios, que lo está mirando todo, y llega a tanto su locura, que descomponen con mentiras y engaños los servicios de los vasallos atentos, porque no estiman a nadie, sino a ellos solos. Y con malas sugeriones, pervierten los deseos ajustados de los Reyes, en utilidad de sus vasallos, y así es necesario cuidar de la paz pública de todas las provincias y no entendáis, si véis diferentes decretos, que nacen de liviandad de nuestro ánimo, sino que lo pide así la necesidad de los tiempos; y para que lo entendáis más claramente, sabed, que Aman, hijo de Amadati, Macedonio, sin gota de sangre de los Persas, recibimosle peregrino en nuestro palacio y, cruel con los vasallos, intentó poner mácula en nuestra piedad. Y habiendo experimentado en sí efectos grandes de nuestra humanidad, pues se llamó nuestro padre y era adorado por todos en segundo lugar después del Rey, de tal suerte se ensoberbeció, que intentó privarnos del Reino y de la vida. No puede pasar de aquí la vana presunción del Valido de un Príncipe, pues no contento con ser superior a todos, lo quiere ser de su mismo Príncipe. El Privado del Rey, ajustado y cristiano, no ha de disponer las materias de su cargo a medida de su poder, sino en utilidad común de la República, que es la mejor traza para su conservación y para ser amado de todos; como al contrario, en deseando encaminar a sus aumentos y a la grandeza de su casa la gracia del Príncipe, viene a perder la casa, la gracia y la vida.

Estaba una vez Cristo en la Sinagoga favoreciendo a muchos con su doctrina y curándolos de sus enfermedades, y era en ocasión que la suegra de San Pedro estaba en la cama con unas graves calenturas, y pudiera por Valido traerle a su casa y divertirle de que sanase a los otros; pero no lo hizo así, sino que esperó atendiese primero Cristo a la causa pública y luego viniese a curar de la particular. Crióse desde sus principios con esa buena doctrina, en la

escuela de Cristo, dijo San Crisóstomo. Con tan buena leche como ésta, de doctrina y enseñanza, se habían de criar desde su principio los que han de ser ministros de los Reyes, poniendo en mejor lugar las comodidades públicas que las propias y particulares. Doctrina que enseñaron los gentiles, pues es célebre aquella sentencia de Cicerón que, hablando de un Pretor o Prefecto, que todas las materias de su gobierno las encaminaba a su utilidad, dijo: No debió aquél, ni deben otros, encaminar a su utilidad propia la jurisdicción de sus oficios y valimientos, porque llevados de la ambición o codicia, no obran puramente en sus empleos, engañan a los Príncipes, descomponen los vasallos y les obligan, tal vez, a que despachen decretos injustos. Así se experimentó del valimiento de Amán con Asuero; de la privanza de Seyano con Tiberio, y si Dios, secreta y oculta-mente, no interpusiera la mano de su poder, pereciera la nación de los judíos, que era el pueblo de Dios y de quien Cristo trajo su origen, y así parece que era obra suya, aunque oculta y de secreto, desengañar a Tiberio de los engaños que le había puesto en la cabeza su Valido.

III

A los veintidós años de Cristo, nació la hija de Jairo, Príncipe de la Sinagoga. Empezó a enfermar la mujer, que padecía flujo de sangre. Resucitó a la una; sanó a la otra.

Corrían los años veintiuno o veintidós de Cristo, cuando (si creemos a Agustín Torniello) sucedió el nacimiento de la hija de Jairo Archisinagogo; y se ajusta bien con el cómputo de los tiempos, pues era de doce años cuando murió y la resucitó Cristo Señor nuestro, como refiere San Lucas. Y en este mismo año empezó a enfermar aquella

mujer, que padecía flujo de sangre, a quien sanó Cristo nuestro Señor, yendo a resucitar a la hija del Archisinagogo, a los doce años de su enfermedad, y de quien escribió Eusebio en la historia Eclesiástica, que en la Cesárea de Filipo, de donde era natural, agradecida al beneficio de la salud, puso unas insignes estatuas de bronce a la puerta de su casa. Una era un simulacro de una mujer que, hincadas las rodillas y juntas las manos, estaba como en oración; y al opósito, otro simulacro de un hombre, que extendía la mano hacia la mujer, y sobre la base de la columna había nacido una planta, que llegando a tocar la fimbria del vestido del simulacro de Cristo, servía de medicina para todas las enfermedades. Esta estatua, que representaba a Cristo, la derribó y deshizo el Emperador Máximo.

Cuando (a nuestro modo de entender) estaba Cristo oculto y escondido en Nazareth y no conocido, se iban disponiendo materias grandes de su opinión y crédito con los milagros que había de obrar en la mayor edad, para gloria suya y utilidad de los hombres; y en el ínterin, oculta la Deidad, no obraba milagros, como dijo Simón de Casia. Por una parte, no se inclinaba a las armas ni cuidaba de mostrar el valor corporal que tenía; antes lo ocultaba todo, para parecer menos fuerte y menos poderoso entre sus coetáneos; si era herido de alguna injuria, ni respondía con la mano ni con la lengua; con que comunmente era reputado por mozo de poco valer y pusilánime. Todo lo dijo Simón de Casia. ¿A quién no pasma tanto ocultar de inclinación a la milicia en el Dios de los Ejércitos? ¿Tanto paliar de valor en el fuerte? ¿Tanto disimular la injuria, a que no respondía con manos ni voces, y que se tuviese por afeminado y pusilánime, y se pusiese en huida? ¡Extraño celar de misterios! Enigmáticos velos puso aquí Dios a la imagen de su ser y sustancia, y al Dios fuerte, guerrero y valeroso.

Ocultó Cristo su divinidad todo el tiempo que duró el retiro, y aunque pudiera ser conocido como Dios, por sus prodigios y obras milagrosas, hizo especial estudio de ocul-

tarse y que nadie conociese la infinita virtud que tenía. Y aun esto mismo conservó en la milagrosa resurrección de la hija del Archisinagogo, llamado Jairo (presidía a la Sinagoga, y por eso se llamaba así). Echóse a los pies de Cristo, pidiéndole fuese a su casa a restituírle la vida. Era hija única, fundamento de su casa, sucesión de su familia y de doce años, bastantes títulos para el sentimiento, como lo notó el intérprete Griego, citado de Santo Tomás en su *Cathena*: *Quia unica filia erat illi, domus fundamentum, successio generis*. Y en un hombre noble es cierto género de idolatría, en quien el que muere, vive y se eterniza. Aunque vino mensajero a este Príncipe, que le aseguró la muerte de la hija y que se prometían la daría salud Cristo, si no hubiera muerto, y que era ya negocio desesperado, que no le molestasen, sin embargo, fué a la casa de Jairo, que estaba toda llena de llantos y lágrimas, y no permitió entrasen con él sino Pedro, Diego y Juan, y el padre y madre de la doncella; aquéllos, como principales entre los Apóstoles, para que ocultasen el milagro, como dijo Santo Tomás. Los padres permitió se hallasen allí como testigos, porque no dijese alguno que había sido engaño la resurrección.

A la voz de Cristo, que dijo: *Puella, surge. Reversus est spiritus ejus, et surrexit continuo*, volvió el espíritu al cuerpo. Y es ajustada semejanza, porque en la muerte se aparta el alma del cuerpo y deja de animarle, y en la resurrección vuelve a reunirse con el cuerpo y le vivifica. Levantóse al punto y mandó que la diesen de comer, porque constase la verdad del milagro. Pero es muy digno de ponderación el haber mandado a sus padres que no lo manifestasen. Argumento de profundísima humanidad en el soberano Maestro y peregrino ardid que de sus misterios y prodigios se ocultase algo y manifestase algo, según lo juzgaba conveniente para entablar su fe y el crédito de verdadero Dios y verdadero hombre.

De aquí sabremos el misterio que tuvo que los Apóstoles viesen al fin de la Resurrección en Cristo resucitado, no

el principio, porque no le vieron resucitar ni salir del sepulcro. En la Ascensión fué al contrario: vieron el principio cuando Cristo empezó a subir por el aire; pero no vieron adónde paró ni el fin de aquella jornada. Remitió muchas cosas Cristo para el tiempo de la predicación del Evangelio por darle autoridad, y que se descifrasen los misterios con la uniformidad de voces y prodigios. Es muy digno de reparo a este intento que cuando el sacro Parainfante Gabriel bajó del cielo a anunciarle a María la mayor dignidad, la de madre de Dios, varió los nombres de Cristo y los términos y voces con que los propuso. Lllamaréis, Señora—le dijo el arcángel—al que ha de nacer de vuestras entrañas, Jesús. Pero cuando se declaró más, dándola a entender que su Hijo lo habría de ser también de Dios, dijo: se llamará Hijo de Dios. No dijo que ella le pondría ese nombre, sino que se llamaría así. Fué peregrina traza reservar el nombre de Hijo de Dios a la predicación del Evangelio. No parece es conveniente se sepa todo en un tiempo, y así, hasta que llegase el sazón para todo, Cristo en parte se oculta y en parte se manifiesta. Hace testigos del milagro, para que les conste a los padres de la doncella, y luego les intima el silencio.

Algo de esto hallaremos también en el milagro que obró Cristo con la hemorroisa que le salió al camino cuando iba a la resurrección de la hija del Archisinagogo, y como ésta tenía doce años de edad, tenía la otra otros doce de una enfermedad molesta. Y si en la una se significó la Sinagoga y en la otra la Iglesia, como lo entiende el padre San Ambrosio en sus Sentidos Místicos, fué significar el trabajo que tenía la Iglesia el tiempo que estuvo en su vigor la Sinagoga, y que así en una misma edad empezaba esta a nacer en los Patriarcas, cuando la gentilidad traía sobre sí feamente el peso de sus idolatrías, como dijo Beda. Llegóse escondida a Cristo y tocóle la fimbria del vestido, y al punto paró el flujo de sangre. Mujer digna de toda alabanza, pues casi extintas las fuerzas corporales por el achaque continuo, se

metió en medio de una grande publicidad, corroborando con fe de que por aquel medio se le había de comunicar la salud, y anduvo prudentísima y con grande decoro de Cristo, pues no se atrevió a tocarle a él, porque era inmundada por la ley, y no quería salud con injuria de quien se la daba. De ahí mereció, empezando por la fimbria, llegar al altísimo conocimiento de la divinidad de Cristo. ¿Pero quién no extraña, a vista de este suceso, las dos preguntas de Cristo? «¿Quién me tocó? ¿Quién me ha tocado? Porque he conocido que de mí salía virtud». No quiso Cristo que este milagro, que se había hecho en secreto, se quedase así, y la mujer se dió por entendida. Ahí confesó que ella era la que había tocado la fimbria y que al punto sanó de su achaque, y por eso Cristo, que ocultó el prodigio al principio, quiso después que ella le predicase, como lo notó San Crisóstomo. Allí confesó a gritos el hurto que había hecho de su salud, valiéndose de la fe, como dijo Crisólogo. Dichosa mujer, que supo tocar a Cristo con tan grande acierto, no como la turba del mundo, que le embaraza y no le toca. Embarázanle los que no le creen; tócale la fe.

IV

No se inclinó Cristo al arte militar, aunque abraza muchas virtudes, porque nació Principe de paz y la previno el cielo para su nacimiento.

No dió muestras Cristo (dijo Simón de Casia) de inclinarse a la milicia y a las armas, aunque la edad era ya fuerte y robusta. No porque este ejercicio no sea muy excelente, pues su fin principal es la quietud y la paz de la República, la salud y conservación de los ciudadanos, ni porque le faltase a Jesús el ánimo generoso que pide aquella ocupa-

ción, no viviendo con regalo que es el que enflaquece las fuerzas.

Como ha de ser el soldado de fortuna, pinta Vegecio con estos colores: El mozo que se ha de dedicar a las armas ha de ser muy vivo de ojos, la cerviz eminente, ancho el pecho, valiente de las manos y brazos, los pies sin carne superflua, compuestos de duros nervios, que puedan tolerar el trabajo. No hay duda sino que en Cristo se hallarían con ventaja, todas estas partes y otras muchas de virtud, que deben acompañar a la milicia, pues el buen guerrero ha de ser templado en la comida y bebida, porque no se compadecen las delicias con aquella ocupación, y ha de ser inclinado a la pobreza contentándose con sus estipendios, sin divertirse a robos y latrocinios. La castidad también es virtud muy propia del soldado, porque es la que conserva los bríos, y hay quien dice que por eso las estaciones militares se llaman *Castra*; porque en ellas vivían constantemente los soldados antiguos. La obediencia en la milicia es otra virtud que luce mucho, y es también propio de soldados la tolerancia y la vigilia; con aquélla se sufren las adversidades y trabajos de la guerra: hambre, sed, frío, calor; con la vigilancia, llena cada uno su puesto, si es de guarda y centinela, de que habló Cristo mirándolo a mejor luz en el capítulo 24 de San Mateo. Y a esta traza, en la milicia bien ordenada, se halla casi todo el ejército de las virtudes. Y no falta quien diga que ejército se deriva *ab exercitationes*, no solamente por el ejercicio del cuerpo, sino porque el militar morigerado, peleando como debe en guerra justa, y en especial por la defensa de la Fe, ejercita excelentes virtudes, conque se hace capaz y benemérito de muchos premios y glorias.

De lo dicho se infiere que no era muy disonante de Cristo el estado de la milicia, cuanto es de parte de las circunstancias con que se debe adornar, como de preciosas galas, el religioso soldado, sino que se ofrecía al título de Príncipe con que vino al mundo, según estaba profetizado; y no

solamente no había de fomentar la guerra, ni tomar las armas, antes con su venida habían de cesar los rumores bélicos y se había de poner todo el mundo en una paz pública y general. Y así se conoció (dice San Jerónimo) en el nacimiento del Hijo de Dios, porque habiendo estado el mundo en continuas guerras, hasta el año 28 de Augusto César, y abrasándose en batallas, con general peligro de todas las naciones, al año 41 de aquel Imperio, en que nació Cristo y se hizo la descripción del Orbe, siendo Cirino presidente de Siria, cesaron todas las guerras y ya no se conducían soldados para los ejércitos, sino labradores para cultivar los campos.

Así lo había profetizado Isaías del feliz tiempo de Cristo, que de las espadas harían rejas de arados, y de las lanzas hoces, en señal de alegría y gozo, de que es símbolo la siega de los panes. Al contrario, se disponían estos instrumentos en el tiempo de la guerra, pues de los arados hacían espadas y de las hoces lanzas. Con la venida de Cristo se aseguró una general paz y concordia para que, dejadas las armas, se convirtiese la atención a la labor de los campos. Y aunque el profeta añadió que totalmente cesarían las guerras, no excluyó las guerras justas, que las trataron santos Emperadores, sino las ambiciosas, injustas y tiránicas con que se hace invasión al inocente, por sola la ambición de mandar. Así fueron antes de Cristo las que excitaron Nemrod, Nabucodonosor, Alejandro, los asirios, caldeos, persas, griegos y romanos, cuyas guerras no fueron tanto batallas como latrocinios; así lo enseñó San Agustín en su Ciudad de Dios. De éstas profetizó Isaías que se habían de desterrar por Cristo y por su ley. Y a la verdad, no parecen cristianos, sino paganos, los Príncipes que con deseo de dilatar su Imperio y de enriquecerse, o por envidia al vecino poderoso, le mueven guerra injusta. Que aun los mancebos atenienses, con ser gentiles, hacían noble juramento ante sus dioses con estas palabras generosas: Procuraré con todas mis fuerzas pelear por el culto divino, por las leyes,

por las aras y fuegos, solo y acompañado, y procuraré no dejar a los sucesores la patria en peor estado que la hallé.

Cristo, como Príncipe de paz, no se mostró inclinado a las armas; antes ocultó el ánimo valiente y generoso, guardándose para la batalla sangrienta de su muerte, en que salió solo a pelear en defensa de la libertad de los hombres, y consiguió singulares trofeos.

V

Cristo, en Nazareth, no era conocido, y aunque injuriado, no tomó venganza. Nunca supo qué cosa era impaciencia, ni retornó mal por mal. Experimentóse así más singularmente en la mayor edad.

Grave ejemplo de fortaleza (aunque más quiso disimularse) fué en Cristo la tolerancia en las injurias, pues (como asegura Simón de Casia) toleró con ánimo constante los agravios que le hacían sus coetáneos, que se le atrevían porque no le conocían. Aunque sabían los judíos que Cristo era el Mesías prometido por la ley, y que en él se habían cumplido todas las profecías, solamente tenían conjeturas de que era Dios, dice Santo Tomás, que, a conocerle, no se le atrevieran, antes le adoraran. Así estaba desconocido en Nazareth y le injuriaban, teniéndole por hombre de poco valor y desalentado; pero el inocentísimo Príncipe, ni con obra ni con palabra no se vengaba de los que le perdían el decoro. Dió luz anticipada a la doctrina, que después enseñó, de la dilección de los enemigos, practicándolo en sí mismo. No solamente fué Cristo inocente, sino sufrido, y cuando llovían sobre él maldiciones, oprobios e injurias, no retornaba maldiciones. Cuando padecía alguna afrenta no tomaba venganza, ni de dicho ni hecho, y aun-

que muchas veces trató con palabras ásperas a los judíos, llamándolos hijos del demonio y del fuego del infierno, generación mala y adúltera, hipócritas, mentirosos, capitanes de ciegos, homicidas de los profetas, sepulcros blanqueados por de fuera y en lo interior llenos de horrores e inmundicias; aunque los amenazó muchas veces con las tinieblas exteriores, condenándolos a externo llanto con la destrucción de Jerusalén, y que en el día del Juicio se habría Dios más remisamente con las infames ciudades de Sodoma y Gomorra que con ellos, nunca fué por venganza, ni retornó afrenta a afrenta por ira o aborrecimiento. Que a la verdad, no eran tanto amenazas como predicciones. Portóse Cristo como desea obren los que formó a su imagen y semejanza, y así el justo, acusado, calla; herido, perdona; ofendido, disimula y no abre los labios, y teniendo que responder, prefiere el silencio, a imitación de Cristo, que, acusado, callaba, y herido, no tomaba venganza.

Esta doctrina tan celestial la enseñó después Cristo en obras y palabras, entablando en el Evangelio la dilección de los enemigos y renovando la ley de la caridad, para que el fiel sepa que el cumplimiento de este precepto es obedecer, es imitar, es obligar a Dios, y juntamente es hacer el hecho más heroico, el acto más ilustre que puede el corazón del hombre. Mas ha llegado a tan sacrilego menosprecio en el pueblo cristiano la voluntad y el gusto de Dios, declarado en sus preceptos y consejos, que habría de extenderse a muchos el baldón con que San Esteban cauterizaba la obstinada inobediencia de los judíos. Una diabólica y continuada oposición tienen algunos pecadores con el Espíritu Santo, con su ley, con su gracia, con sus preceptos; que en oliendo a precepto y a gusto de Dios, parece difícil, intolerable, apetecerlos. Veámoslo en este precepto mismo: *Diliges proximum tuum et odio habebis inimicum tuum*. Dos partes tiene, amor del prójimo y del amigo, y odio del enemigo; pues de esas dos, la primera es del gusto de Dios, precepto suyo, intimado y repetido. La segunda es contra

su gusto, contra su ley. Pues ésta es la que se ejecuta; la otra no se sabe hacer. De manera que en un precepto, si hay parte del gusto y ley de Dios, no se sabe ejecutar sino la contraria a la ley divina.

La observancia de este precepto es también imitación de Dios, que hace salir el sol sobre buenos y malos, y se hace semejante a Dios, el que, amando a sus enemigos, no les niega la luz ni el sol de su amor, ni los efectos de su caridad. Gran dificultad es amar lo aborrecible, retornar gracias por ofensas; mas el premio es tal, el interés tan divino, que todo se facilita para quien lo sabe estimar. ¿Pareceréme a Dios? ¿Seré como Dios? Tan fuerte y tan eficaz motivo es éste, que para rendir el demonio a las dos criaturas más sabias que Dios crió (que fueron nuestros primeros padres), dióles noticia de lo visible y lo invisible, del bien y del mal; no se valió de otro medio ni les propuso otro interés sino que serían como Dios. En sí había hecho la experiencia, pues con este deseo de parecerse a Dios, inquietóse y se aventuró a perderse, como de hecho se perdió, el más sabio y el más aventajado en dotes naturales de cuantos ángeles Dios crió. Véase, pues si es tal el premio que ofrecido por Satanás puede rendir y mover, ¿qué hará ofrecido por Dios, por la suma verdad? De donde se infiere que no hay precepto de la ley divina que haga tan semejante un hombre a Dios como éste. Aun los idólatras, ignorantes y ciegos, alcanzaron a ver la verdad de esta doctrina. Refiere Plutarco que muchos Príncipes locos se quisieron parecer a Dios, y para eso se hicieron pintar con rayos y tridentes, con que fué su locura blanco de la envidia. Locura grande de los Príncipes de aquel siglo pretender imposibles como la divinidad, que aunque falsa, ofendían con ella al Dios verdadero, en quien no es postiza la luz ni los rayos, sino naturaleza; no le aumentan grandeza y autoridad el curso del sol, el nacimiento y ocaso de las estrellas, ni le hace bienaventurado el tiempo, sino la virtud natural de su eterno Principado.

Pues lo que afectan y no pueden conseguir los Príncipes,

lo ofrece Cristo liberalmente a los que perdonan a sus enemigos.

VI

Dió luz el Príncipe a la dilección de los émulos, primor de la ley Evangélica, acto ilustre del corazón humano. Guárdose su más viva ejecución para la edad más robusta de la Iglesia.

Como la honra alimenta las artes, las sustenta y las tiene en pie, así las virtudes se arraigan en el corazón y crecen, teniendo el premio a los ojos. Por eso es tan grande el interés que consigue el que perdona a su enemigo, que obliga a Dios a que use con él de finezas, con que viene a ser la ganancia grande, el obligado seguro. Y no es menester más apoyo del que le pone la suma verdad por San Mateo: *Si autem non dimiseritis hominibus, nec Pater vester dimittet vobis peccata vestra*. Conque el perdonar o dejar de perdonar al enemigo, y los efectos que a esto se consiguen, tiene de nosotros su principio y viene a estar en nuestra potestad el juicio divino, o con rigor o con piedad. Así lo pondera San Crisóstomo.

No se obliga Dios de cortesés apariencias en la observancia de este precepto: es acto de amor del corazón; no le llenan la cortesía, el agasajo y el cumplimiento, reteniendo en el pecho mortales odios; que por eso la ley suya, que toda es de amor, no la puso Dios en el ornato exterior, sino en el corazón. Estampa Dios la ley suya y la escribe en el corazón humano para que corran igual fortuna; y si hubiere riesgo de rasgarse su ley, sea quedando hecho pedazos el corazón. Ha querido Dios que los suyos tengan la justicia dentro de sí, para que de esta suerte le amen y no les cause miedos ni temores, y que les obligue a su observan-

cia, no la razón de estado del mundo, que obliga a exterioridades, sino la ley de amor, impresa en el corazón, que dice respeto al Señor que la intima y al prójimo, objeto secundario; que uno y otro pide la divina ley, que por ser de caridad y amor aborrece la singularidad, aviva la concordia y unión.

Mandaba Dios que acompañasen el arca dos Querubines: eso sí, no esté uno sólo, que perecerá. Miradlo en Lucifer (dice el Abad Pedro Celense) que pereció por singular, pues se apartó de la concordia de los demás Angeles, y al subir al trono de la Deidad, se rompió las venas de la gracia y perdióla toda. Y lo peor fué que no tuvo quien le diese la mano; que como quedó vacío de gracia y de caridad, desmereció el reparo. Ya se sabe que los pecados son resquicios o roturas por donde se vierte la gracia del alma. Así lo dijo San Agustín. Rómpe se con las culpas el vaso y derrámase el precioso licor de la gracia. Al avaro, por los resquicios de sus codicias; al deshonesto, por las roturas de sus liviandades. Pero en el hombre tienen reparo estas pérdidas y estas caídas, que no le tuvieron en el Angel; éste de una vez rompió el vínculo de la caridad para no poderse unir; en el hombre, tiene reparo la falta de la gracia con ella misma.

Es, finalmente, ilustre y heroica hazaña saber perdonar al enemigo, a pesar de la razón de estado del mundo que la bautiza con nombre de pusilanimidad, y huir de la ocasión que pide valentía y esfuerzo. Estos títulos daban a Cristo (como queda advertido de Simón de Casia) los que le veían grande perdonador de injurias y que no se vengaba de obra ni de palabra.

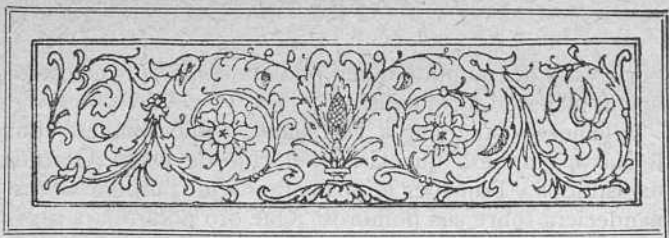
Bien desengaña a los que presumen que el no vengarse es flaqueza, pusilanimidad y cobardía, el padre San Agustín. Tiene el mundo por valentía herir al que ofendió; no lo es, sino conocida flaqueza, dejarse vencer de la ira; con que viene a ser ignorancia llamar fuerte al vencido, cuando grita el Espíritu Santo que es más valeroso el que vence

la ira que el que toma una plaza fuerte por asalto. Dos maneras hay de venganzas (dice San Paulino): humana una y otra divina. Cristo dice: al que te quitare la túnica, dale la capa. Al pecador le parece que si no defiende su capa, queda vencido y afrentado; pero engañase, que no queda sino triunfante y vencedor; y perdonando la injuria, se venga a lo celestial y divino.

Hazaña tan ilustre la guardó Dios para la edad más robusta de la Iglesia, porque a las mayores fuerzas siguen mayores obligaciones. Niña en sus principios la Iglesia (cuyos místicos aumentos corren a la traza del cuerpo natural, como lo meditaba Ricardo de San Victor), bastaba que el Fiel creciese y agradase a Dios con algún sacrificio; creció, y en su juventud recibió la ley de la Circuncisión y la escrita; mas cuando llegó a edad más perfecta, se le intiman mayores preceptos.

Mas en Cristo no hubo estos aumentos de perfección, porque desde el instante en que fué concebido estuvo lleno de gracia y de verdad, y en todas edades observó la dilección de los enemigos, que después intimó por su misma persona, haciendo blasón de lo que en el mundo parece flaqueza y pusilanimidad, con que puso velos a su valor, y antes de empezar a ser Maestro dió muestras en lo oculto de lo que había de obrar a mayor luz.





MEDITACIÓN XV

1

Hizo gala de ser pobre el Príncipe Cristo. Su nobleza fué notoria y por su Madre descendió del real linaje de David. San José nació de la misma familia.



ON velos de pobreza y necesidad quiso el Eterno Padre se ocultase el Príncipe Cristo y que fuese el título de pobre uno de los más ilustres blasones con que le había de introducir en su Corte de Jerusalén el Profeta Zacarías, poniéndole al lado del título de Rey, de Justo y de Salvador. Honróse con la pobreza desde

de los primeros pañales, naciendo desnudo el Señor que viste de hermosas flores los campos. Verdad es que ninguno de los hijos de los reyes del mundo tuvo otro modo de nacer, como lo asegura la experiencia y lo escribió por más alto principio Salomón. Paños cortos en lugar de púrpura, adorno humilde en vez de las holandas de los reyes; no hubo más prevención para el Príncipe Cristo. Y si no hubiera sido misterioso disimulo ser y parecer pobre el que nació tan rico en la eternidad, si no fuera entrar hollando la

gloria vana del mundo, ¿quién pudiera competirle en ostentación, majestad y riquezas?

Dejémoselo ponderar a Tertuliano. ¿Quién pudiera usar de mayor grandeza que Cristo, el Hijo de Dios? ¿Cuántos Magistrados y Príncipes le aclamaran? ¿Qué púrpura no resplandeciera sobre sus hombros? ¿Qué oro no arrojara rayos de su cabeza, a no juzgar ajena de sí y de los suyos la gloria vacía del mundo? Lo que no quiso lo arrojó de sí; lo que arrojó, no mereció su aprobación, por la oposición que harían en el Maestro celestial la pobreza misteriosa y la vana pompa del mundo.

No condenó en los Reyes lo lícito y decente al ornato regio, para conciliar veneración de sus vasallos; pero como el rumbo por donde había de navegar era el padecer y despreciar las comodidades de la vida, abrazó la pobreza, enseñando a los suyos a no temer las penalidades de este yermo. Y así notó aquel mismo Doctor que ninguno de los que eligió Cristo por discípulos, aunque dejaron sus casas, haciendas y ocupaciones, con que aseguraban la comida, ninguno dijo que no tenía con qué vivir. Que la fe no teme al hambre, y quien desprecia la vida no es mucho estime en poco el alimento.

Abrazó Cristo voluntariamente la pobreza, y en compañía de sus padres pasó pobremente la juventud. Con la edad crecieron las penas, y este modo humildísimo de vivir le pareció conveniente para confundir con su ejemplo la sabiduría del mundo y enseñar el menosprecio de los bienes de fortuna. Y con una misteriosa y voluntaria pobreza se disponía la familia de José: pobreza, pero ilustre; vida humilde, pero misteriosa, para que no fuese solamente oculta la vida de Cristo, sino aun la de sus Padres.

Verdad constante es entre los Padres de la Iglesia, griega y latina, que María Santísima fué del linaje de Abrahám, de la Tribu de Judá y de la ilustre prosapia de David. Profetizólo Isaías en el nacimiento de aquella vara de la raíz de José. María es significada por la vara, a quien antes había

llamado el Profeta, Virgen y Profetisa. Cristo es la flor. Cumpliósese aquel vaticinio después de la cautividad de Babilonia, cuando con la persecución de Herodes no había quedado nadie del linaje de David, y conservó Dios el tronco de la vara y la flor. San José, sin controversia, se propone en el Evangelio por hijo de David y de la casa de David, porque a no serlo, no se desposara con María; porque así lo disponían las leyes y no hizo reparo en que fuese artífice, aunque era tan noble la Señora, porque no se atendía a las riquezas ni a los puestos para casarse entre los judíos, sino a la sangre. Y aunque en sola María se cumplió la promesa hecha al Padre de la familia David y afirmada con juramento de que su linaje sería el Mesías, y José se quedó fuera, solamente por testigo del cumplimiento de lo prometido, ambos eran de una familia y de un linaje. Prueba esto mismo la jornada que hizo a Belén con su Esposa, al mandato del César, en la descripción del Orbe, porque era de la familia y casa de David. De donde consta que María y José tuvieron en su linaje la mayor nobleza de aquel siglo. Catorce reyes, muchos capitanes, héroes nobilísimos, y María especialmente, sobre los gloriosos títulos heredados de sus progenitores, de quien fué hija y descendiente, tuvo el más ilustre blasón, por ser Madre del Rey de los Reyes. Con que, a pesar de los Heresiarcas, Lutero, Brenzio y otros, está asegurada su nobleza y calidad.

II

Los padres de MARÍA tuvieron posesiones de sus mayores. Fué MARÍA única heredera. Conservó casa en Nazareth. Fué oratorio de los fieles muchos años, y hoy es el santuario de Loreto.

De lo arriba dicho se infiere que los padres de la Reina de los Angeles no solamente fueron israelitas del antiguo li-

naje de Abrahám, sino descendientes de la tribu de Judá y del real linaje de David; y aunque no hablan de ello los Evangelistas, no se ha de pedir todo a los libros canónicos, como escribió prudentemente Epifanio, pues aún no escribieron todo lo que pertenece a la doctrina de Cristo, obras y milagros, como lo testifica el Evangelista. Y autores graves y santos aseguran esta verdad, por cuya consecuencia es cierto que María Santísima fué heredera de los bienes de sus padres, y única, porque no tuvo hermanos; ni se hace creíble que no tuviese bienes que heredar la que nació de padres tan ilustres. Y a esto mira la tradición antigua, que dejó escrita San Jerónimo, de las riquezas que tuvieron Joaquín y Ana, pues, dividiéndolas en tres partes, una al templo y sus ministros, otra a los pobres y peregrinos, reservando la tercera para sí, era bastante para el sustento de su familia. Conque la hacienda que redituaba estos frutos no podía ser tan corta que no quedara por herencia y congrua bastante a una hija única. Fuera de que cuando por los accidentes del tiempo se hubiese vendido el usufructo, no se podía vender la posesión, y llegado el año del Jubileo, según una ley del Levítico, se volvían a recobrar todas las posesiones cuyo usufructo había estado en empeño; y así la Virgen no pudo vender la herencia que le había quedado de sus padres, ni es creíble careciese de ella habiendo sido tan nobles. Todo lo dijo en términos formales del caso presente Eusebio Emiseno. Y de que en Nazareth, adonde tenían su domicilio María y José, tuviesen también su hacienda y posesión, lo dijo en la Historia Eclesiástica Nicéforo. Habitaron en Belén y se retiraron después a Nazareth, porque en ambas partes tenían posesiones y bienes heredados de sus padres. Con ellos se retiró Cristo a esperar la edad perfecta, viviendo con grande sujeción, pero floreciendo en virtudes, aunque no obraba milagros.

Pretenden los herejes, con todas sus fuerzas, poner feas manchas no solamente en la pureza sino en la calidad de la Reina de los Angeles, asegurando fué pobrísima antes

del nacimiento de Cristo, por no atribuirle el mérito de haberse conformado con su Hijo en la pobreza loable y voluntaria. Treinta años tuvieron María y Cristo una vida común, dijo Dionisio Richel, y a nuestro modo de entender se comunicaban los espíritus; y tanto mayor y más ardiente era el amor natural y espiritual, cuanto era mayor y más clara la noticia y conocimiento que tenía de su Hijo, de quien aprendió muchos secretos y misterios profundos, como quien no dudaba se encerraban en él los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios. Allí aprendió (si no antes) aquel oculto secreto de Dios, que dispuso naciese su Hijo y se criase con pobreza, remediando otras necesidades con su hacienda y reservando precisamente lo necesario para la vida; conque la de María Santísima, por su camino, también fué vida oculta, no solamente el tiempo que estuvo niña en el templo antes de tomar estado, sino después, cuando se retiró a Nazareth. Y esta es la razón, entre otras, por qué José, al paso que se llama justo en el Evangelio, le llaman pobre los santos, porque se conformó con la vida de la Madre y del Hijo. Y así dijo San Leandro Hispalense en el libro de la Institución de las Vírgenes, como se verá en otras meditaciones. Era pobre José y solicitaba lo necesario para la vida con su industria, por conformarse con la vida de Cristo y que hubiese uniformidad en aquella sagrada Familia, y ésta fué una de las penalidades que, entre otras muchas, padeció por Cristo el santo Patriarca, reducido a estado de necesidad y no poder, como quisiera, socorrer al Hijo y a la Madre. Pero nunca la pobreza le redujo a términos de mendigar lo necesario, que corría aquella casa por cuenta de la especial providencia de Dios. Y lo mismo se ha de entender de Cristo (como lo advierte un grave teólogo de esta época) por el tiempo que estuvo retirado en Nazareth. De manera, que aunque María y José no eran muy ricos, no tampoco eran tan pobres que no pudiesen sustentar decentemente su familia sin socorro ajeno, y el haber tenido casa propia en Nazareth y heredado de sus mayores, prueba no

estaban destituídos de lo necesario para el sustento de una familia tan corta.

Esta casa y el aposento adonde esta Señora nació, se crió y habitaba de ordinario y recibió la embajada del Angel y concibió al Verbo divino, es la que se conserva hoy con mucha majestad y grandeza en el Ducado de Espoleto, y se llama Lauretana. Luego que Cristo subió a los cielos, la eligieron los Apóstoles por Casa de Oración y la consagraron para culto divino. Estuvo en grande veneración de los cristianos, hasta que en tiempo de Cosroes, rey de los persas, perdida Palestina, se perdió también aquel sagrado oratorio, y por misterio de los ángeles se trasladó a Dalmacia, junto a un pueblo llamado Río, y después al sitio que hoy tiene en la Marca de Ancona.

En la ocasión que este precioso tesoro de la casa y albergue de la Reina de los Angeles se trasladó de Nazareth (que fué al tiempo que la ciudad de Jerusalén con sus confines fué destruída por Cosroes, rey de los persas), dispuso Dios con su admirable providencia que un arca de madera incorruptible, fabricada por manos de los apóstoles, aportase al Africa; de Africa a Cartagena; de Cartagena a Sevilla, de allí a Toledo, y en la pérdida de España, de Toledo a las Asturias, como lo escribió Pelagio, obispo de Oviedo, y lo refiere Portocarrero. Y en nuestro idioma es digno de ponderación el monumento antiguo que se guarda en la iglesia de Oviedo, que es de este tenor: *Reinando Sisebuto en España en tiempo de Heraclio, cuando Cosroes destruyó Jerusalén, Filipo, presbítero, tomó una arca que estaba en la Casa Santa y había sido hecha por manos de los discípulos de los Apóstoles, de madera de Setín incorruptible, y recogió dentro de ella las más principales reliquias que en la Casa Santa estaban y embarcóse con ellas a la vuelta de Poniente, porque no viniesen a poder de infieles. Desembarcó en Túnez, donde estuvo hasta la Era de D. CLVIII, que fué el año del nacimiento de D. CXX. De allí llevó esta arca Fulgencio, obispo ruspense, a Cartagena, en España, y de allí a Sevilla,*

y de allí a Toledo, donde estuvo hasta la destrucción de España en la Era de D. CCLVIII, que es año de D. CCXXV, yéndose entonces perdiendo España. El príncipe don Pelayo y el arzobispo don Urbau de Toledo, la llevaron con la casulla de San Ildefonso y otros libros y reliquias a Asturias, y puesta en Monte Sacro, estuvo hasta en tiempo de don Alonso el Casto, su tercer año, que fué Era D. CCCXXX, que es año de D. CCXCII, traída que fué con veneración por este rey a la santa iglesia de Oviedo. Después de algún tiempo la quiso visitar el obispo Poncio, y salió tanta claridad, que cegaron muchos de los que asistían allí. Después, en la Era de M. CXIII, que fué el año de M. LXXV, el rey don Alonso el Sexto fué allá desde Zamora en romería, con gran devoción, convocando los obispos de Astorga, Palencia y Oviedo. Después de muchas procesiones y plegarias, ayunos y sacrificios, permitió Dios que se abriese tan gran tesoro y se manifestase a todos, cuyo catálogo es largo y maravilloso. Puédese ver en otros autores que escriben las grandezas de la santa iglesia de Oviedo.

III

Maria fué la mujer fuerte que buscaba el rey Salomón. Idea de la pureza y virginidad con discreción. Mereció se compusieran en grandeza suya la virginidad y la maternidad.

Varias son las exposiciones que dan los intérpretes a aquellas palabras del capítulo 31 de los Proverbios. ¿Quién hallará una mujer fuerte? ¿Quién hallará una mujer con todas las riquezas de que debe acompañarse: valor, hermosura, industria? Que todo se deduce del original y por esta razón se atribuyen tales elogios a la Iglesia, en sentencia de Beda, Salonio y San Agustín. Sin embargo, por esta mujer

valerosa, rica, fuerte, entiende a la Reina de los Angeles, MARIA, el padre San Bernardo; mujer que, aunque humana y nacida en el mundo, como las demás, la adornó Dios de tales excelencias y prerrogativas, que tiene más de divina que de humana, y como Madre que había de ser del más hermoso de los hombres, cuyo origen fué de la más alta cumbre de los orbes celestiales.

Mucho se ha discurrido de esta Señora a la luz de su maternidad, y será bien que se pondere lo precioso, lo no ordinario ni común de ser solamente madre, sino el don precioso de la virginidad y que se compone con ser madre, y aunque todos los bienes, virtudes y gracias bajaron del cielo y reconocen como arroyos al océano de la divina bondad, especialmente bajó de allí la virginidad, como lo pondera San Ambrosio. Con que vino a ser una joya preciosísima, con ricos esmaltes, que sobre ayudar a su adorno la dan más valor, para que tenga más aprecio a los ojos de Dios y de los hombres.

De tres principios deduce San Buenaventura el valor de las obras heroicas y hazañas ilustres de los fuertes de la Iglesia: la dificultad en la obra, la prontitud en la voluntad, el exceso en el amor. Mayor hazaña es vencer lo más dificultoso, muy meritorio el rendimiento de la voluntad humana a la divina, y todo lo realza el exceso de amor, pues al paso que éste crece, tiene con Dios mejor lugar. Todo lo hallaremos con ventajas en la prodigiosa y fuerte Madre del Verbo, mirada a la luz de su virginidad.

De aquí es (ponderemos la doctrina del Doctor Seráfico) no haber puesto Dios precepto de esta virtud, como lo asegura el Apóstol: *De virginibus præceptum Domini non habeo*. Y aquí San Ambrosio, desentrañando con ingenio estas palabras, dió la causa por qué el Apóstol no puso la pureza virginal debajo de precepto, y fué por la excelencia suya, que es tan grande, que pide no obliguen a ella por precepto, por voto libre sí. A todos los demás actos de virtud, como si dijera, obligenme por precepto y ley, que

aunque tienen alguna dificultad, algo se allegan a nuestra naturaleza, y así pueden caer debajo de precepto; mas la virginidad es sobre la misma ley, que comparándola con la naturaleza, la excede totalmente, porque es cosa sobre su línea, y la que lo es, sólo puede caer debajo de deseo, pero no de precepto. Ha de nacer esta voluntad de la voluntad de quien quiere consagrarse a Dios. Verdad que sin llegar a las luces del Evangelio, la dió a entender el Espíritu Santo entre las sombras del antiguo Testamento. Conjúroos, hijas de Jerusalén—dice el Esposo celestial—por las cabras y ciervos de los campos, que no despertéis a mi Amada hasta que ella quiera. Habla con los fieles—dice Justo Orgelitano—y conjúrales por los santos, que se alimentan en los campos de la Iglesia, que no despierten, etc.; esto es, que no la obliguen a que haga voto de virginidad hasta que ella quiera. ¡Qué mal hacen los padres que impiden a las hijas el estado de religiosas, y qué mal hacen si contra su voluntad las entran monjas! Es despertarlas sin tiempo y antes que ellas quieran. Tal estado es dificultoso y no cae debajo de precepto.

Ponderémoslo más. Es el empleo de este estado tan superior y excelente, que comprende casi, casi, el ser de Dios y sus ocupaciones, y excede tanto a los demás, que al estado de virginal pureza es propio lo que en otro cualquier estado, por perfecto que sea, es soberbia y presunción. Notaron San Agustín y San Pedro Crisólogo el desvanecimiento del otro escriba, que se ofreció a seguir a Cristo a cualquier parte que fuese. Fué declarada soberbia, porque no hay en un hombre fuerzas para hazaña tan grande. Bastaba decir: *Seguiréte hasta donde quisieres*. ¿Quién puede prometer seguir por todas partes a Cristo? La obediencia, y aun la prudencia, no se adelanta a más que a seguirle en lo que manda, y cuando más se adelantara, dijera mejor: os seguiré hasta donde fuere vuestra voluntad. Pero ¿hasta donde fuéreis? Bríos fueron tan desmedidos y tan llenos de presunción, que no digo yo un escriba, pero ni

un apóstol, y no digo apóstol, pero aun al príncipe de los apóstoles, que parece tuvo esta presunción, se la castigó Dios de contado. Vió Pedro a su Maestro en la orilla del mar; quiso alcanzarle por las aguas, pero hundióse (que a Cristo no se puede seguir por todas partes). Pasó su presunción adelante, para seguirle en su Pasión, y allí le negó, dice Crisólogo. Es tan dificultoso seguir a Cristo y requiere tanta virtud, que ni aun basta a quien pretende seguirle. Pedro falta; y si él, que es más aventajado en virtud, descaece en acciones particulares, bien se colige que no hay en la naturaleza fuerzas para seguirle por todas partes, porque sólo Dios se puede acompañar a sí mismo con esta comprensión. Pues aguardad y veréis el empleo de las vírgenes: eso que es soberbia en cualquier hombre y presunción en el más perfecto, es ocupación de las vírgenes. Vió San Juan en su Apocalipsis aquel ejército que acompañaba a Cristo a cualquiera parte que fuese: *Sequuntur agnum quocumque ierit*. Y luego dijo: *Virgines enim sunt*. El empleo de este género de fieles es tan dificultoso, que sigue al Cordero a cualquier parte que camina.

Con justo título, en esta consecuencia, en el Evangelio de San Mateo se llaman necias a las vírgenes, porque siéndolo y habiendo conservado virginidad, que es lo más arduo de la vida cristiana, y después de haber esperado al Esposo que viniese de las bodas, que fué como seguirle los pasos, se dejaron vencer del descuido de no llevar aceite prevenido para cebar sus lámparas. Ignorancia grande tener valor para conservar la virginidad y después rendirse a una leve tentación; merecieron que las arrojasen fuera del palacio del Esposo celestial, porque aunque la virginidad es de suyo tan estimable, para que no se desvanezca quien la tiene se queda en la calle con descrédito y le dan la pena del vicio opuesto, y como si hubieran perdido estas vírgenes su pureza se les da el castigo que merece la deshonestidad. Y sobre quedar desestimadas del Esposo celestial, después de las peleas y trofeos que habían tenido

de su misma naturaleza, se quedaron en tinieblas, porque a la verdad, como dijo San Crisóstomo, no hay cosa tan oscura como virginidad sin aceite de caridad y amor bien ordenado.

Fué María Reina de las vírgenes, honor y gloria de la virginidad, causa ejemplar de todos los que en la ley de gracia conservaron pureza; y a la traza que Cristo, el Capitán de la virginidad en los hombres, lo fué la Reina de los ángeles en la serie de las mujeres, como de autoridad de San Juan Damasceno lo refiere Canisio. Y creció más esta virtud al lado de la maternidad, y fueron ambas como dos estrellas claras y resplandecientes, que se comunicaban los rayos y esplendores, para que no pudiese ocultarse aquel singular milagro, y sin ejemplo, que una mujer fuese juntamente Madre y Virgen. Conque sobre la virginidad se acumularon en esta Señora todas las virtudes y gracias para ser Capitana y Maestra del ilustre Coro de las vírgenes sabias y discretas; que fecundidad sobre la virginidad fué una gracia sobre otra, como lo pondera Ricardo de San Lauren- cio. Y con esta atención, cuando la llamó el Espíritu Santo mujer fuerte, por haber conservado la pureza y haber alcanzado trofeos de sí misma, le dió nombre de rica y opulenta de todos los bienes de gracia.

IV

Dios y el hombre tienen (como en trato de compañía) comunes los intereses. La virtud se ha de comunicar del alma al cuerpo; la aparente no santifica. María no pareció en la firmeza mujer, y precedió en un raro prodigio un símbolo de su Concepción.

Lo segundo que realza y dá valor al alma santa es la prontitud en la voluntad. Y es dejarse llevar de Dios, por lo próspero y adverso. Para hacer lo que debe la humana vo-

luntad (dice San Ambrosio) ha de estar unida a su principio, que es la divina, y por ahí, por un modo peregrino, viene a ser la voluntad humana (por la prontitud de ajustarse con Dios) no ya voluntad de hombre solamente, sino de Dios; y tan comunes las obras, que se refieran a un solo principio. Hacen junta de voluntades el hombre y Dios, y es tanta la comunicación y se hacen tan unos, que las obras no son del uno, sino de los dos como uno. Dios ilumina, el hombre es iluminado; Dios justifica, el hombre es justificado; Dios gobierna, el hombre obedece; y están tan conformes las voluntades, que ni Dios puede tirarse a fuera de lo que dió, ni el hombre de lo que tiene recibido. Gajes son éstos que tira la voluntad pronta en ejecutar lo que Dios ordena; y de este interior, tan ajustado a Dios, han de salir fuera las obras en servicio suyo.

¡Qué rendidas las Vírgenes! Toda la noche esperando al Esposo con lámparas encendidas, en oyendo el clamor de su venida al punto salen a recibirle; pero con esta diferencia, que las prudentes pusieron el cuidado principal en llevar aceite en los vasos, y esto eligieron primero que las lámparas. Las necias, al revés. Todo su cuidado fué con las lámparas, no con el aceite. Aquí consistió la dicha de las unas y la infelicidad de las otras. Mandó Dios a estas Vírgenes que le esperasen, que velasen y saliesen a recibirle con lámparas encendidas. Hasta aquí obedecieron todas; pero las necias contentáronse con el testimonio de su obediencia, con lámparas exteriores. ¡Oh, qué necias!, dice Cayetano; de la virtud interior de la conciencia, de la voluntad rendida, se ceban las lámparas de las obras exteriores. ¿Qué importa que en lo exterior te muestres rendida, si está el interior obstinado y no rendida la voluntad? Que de ahí se ha de cebar la virtud para que vaya por camino derecho.

Algunos tuercen el camino y les parece que las apariencias de santidad y virtud son bastantes para traer ajustada la conciencia; y es conocido error y engaño palpable, que

si el alma de Cristo no fuera gloriosa desde el instante de su concepción, no pudiera comunicar la gloria, cuando se transfiguró, a la superficie del cuerpo, al rostro, a los discípulos, a los asistentes y al monte; y como la gloria, si no está en lo interior del alma, no se puede comunicar al cuerpo, la santidad, la gracia, en sola apariencia, tampoco santifica.

Gran lugar a este intento es uno del Profeta Aggeo: hizo en él una pregunta misteriosa. Llega un hombre al sacrificio y coge de la carne santificada y ofrecida a Dios y pónela en la fimbria del vestido y tócala por la superficie, no más; ¿quedará con esto santificado? Y dice que todos los hombres del mundo, si tienen capacidad, dirán que no. Pues bien, ¿y qué tenemos de ahí? Yo lo diré, dice el Abad Celse. Que no hace santos ni santas la aparente virtud que se coge con melindre en la extremidad del vestido, sino la que está arraigada en el corazón: ¡esta es la que obra (como si dijera) que esotra es inútil! Ahora entiendo a San Agustín, que tratando del efecto del Sacramento de la Eucaristía, dijo: No comulga aquel que no queda Cristo en él y él en Cristo. ¿Pues no recibe el cuerpo y sangre de este Señor? Sí; pero como le coge en lo superficial del cuerpo y no llega a lo profundo del alma por el efecto de la gracia, ni comulga, ni le santifica; que la virtud, solamente en la apariencia, es lámpara sin aceite prevenido, que sobre no lucir, causa tinieblas a quien la tiene.

Hallóse con excelencia en María Santísima esta prontitud de la voluntad humana, conformándose en todo con la divina, y en tanto grado, que mereció en profecía la llamase el Espíritu Santo Voluntad de Dios. De tres maneras, dice San Clemente Alejandrino, suele manifestar Dios su voluntad: por prodigio, precepto o profecía. Y de todas maneras se dió por entendida su Madre para obedecerle. Dió asenso firme al prodigio de que concebiría quedando virgen. Ejecutó sus preceptos en ambas leyes, antigua y nueva. Dió crédito a sus profecías, y es una de sus alabanzas en el

Evangelio: *Beata quæ credidisti*. Y todo con voluntad tan constante, tan firme, tan segura, que parece salió de la línea de mujer, que dejada a su arbitrio, fluctúa en el sentir, y con facilidad e inconstancia pasa de la virtud al vicio, como lo escribió San Jerónimo.

No así la Capitana de las Vírgenes, María; es el mismo valor, es la constancia. Aunque mujer, es varonil, y así reparo que en lugar de aquellas palabras *Mulierem fortem, quis inveniet?*², lee la Biblia de los setenta Intérpretes: *Mulierem virilem*. Mujeres que siéndolo en el ser, se han como muy hombres en el obrar. No hay otra como esta Señora, a cuyo honor, si no fué símbolo de sus glorias, y no haber sido infecta de la culpa primera, hizo Dios firme y estable, como columna inmóvil, el líquido elemento del agua, que fluctúa al menor soplo del viento y aun sin él.

De aquí entenderemos el misterio de un raro prodigio que obró el poder de Dios en un trance apretado, y de camino algunos lugares de la Sagrada Escritura. Parecióle bien en cierta ocasión al Esposo celestial el andar de su Madre y los pasos que daba sin desnudar los pies. *Quam pulchri sunt gressus tui in calceamentis, filia Principis*. San Ambrosio y otros leen en la Biblia de los setenta: *Filia Aminadab*. Fué éste un gran capitán, Príncipe de la tribu de Judá, dice el Abulense, con que se prueba en María la filiación de la Casa Real de Israel. Aminadab, cuando abrió Dios el mar Bermejo para que pasase el pueblo a la tierra de promisión, osado e intrépido fué el que inmediato a Moisés se arrojó y pasó, cuando los de las demás tribus estaban temerosos a la orilla, por donde mereció que de aquella tribu fuesen los Reyes, como siente Lira y a que alude la Esposa. *Anima mea conturbavit me, propter quadrigas Aminadab*. Llámase, pues, María hija de Aminadab, que inmediatamente tras Moisés pasó el mar adonde se anegaron tantos, sin que llegase el agua a sus plantas. ¡Oh, misterios grandes! ¿Cómo se pudiera, sin virtud divina y singular favor celestial, hallar camino seguro y firme en

medio del mar? Hizo Dios montañas de las aguas, que naturalmente habían de juntarse, para que pasase el pueblo, y a ese mismo tiempo se anegaron en ella millares de gitanos: *stetit unda fluens*, dice el texto. Detuvo el paso, paróse recogida en sí misma la ola del mar, que naturalmente corría. La vara de Moisés, a quien movía celestial virtud, hizo tocar a recoger las olas, y que recogidas y corvas en sí mismas se detuviesen; y contra el orden natural hizo sólido el licor del agua y sacó polvo del suelo del mar. Sucedió este prodigio de pararse el mar, de su naturaleza flúido, como en símbolo de la firmeza de María y de la que Dios había de usar con ella, especialmente en su Concepción purísima, de quien fué presagio misterioso el tránsito del pueblo por el mar Bermejo. Es la concepción de los hombres como un mar proceloso por donde se pasa a la vida; todos se anegaron al pasar e incurrieron en la culpa original; a María le va abriendo camino la virtud celestial, que alterando el orden natural, la preservó para que pasase a la vida, sentando el pie de su pureza adonde todos se anegan. Sólo Cristo, figurado por Moisés, pasó el primero; luego, sola, María, que mejor que la hermana de Moisés y Aarón pudo cantar después el misterioso cántico de alabanzas, que entonaron divisas en dos coros las damas hebreas: *Cantemus Domino: gloriose enim magnificatus est, etc.* Por eso, pues, María se llama misteriosamente hija de Aminadab, alentado y brioso, que se arrojó al mar cuando todos los demás estaban llenos de miedo.

V

La caridad excita el deseo humano a la patria celestial. Ponderase el efecto que obra la oración en el varón contemplativo. En la Madre Virgen no se interrumpió el acto de amar a Dios en todo el discurso de la vida. Excedió en premios, como en méritos, todas las naturalezas criadas.

La caridad fervorosa es la que echa el sello de su mayor perfección a las virtudes del alma que desea agradar a Dios y anhela por la patria celestial. Ardiente suele ser en muchos el amor a la patria que les dió el ser temporal, caduco y de corta duración, y viéndose lejos, suspiran por el lugar adonde se abrieron los ojos a la luz primera y por una dulzura oculta mueve el ánimo a que se desee con ansias. ¿Pues qué no obrará la consideración de la patria celestial adonde se comunica un ser eterno inmutable, una vida sin muerte, una salud sin achaques, una dignidad sin émulos, un tesoro sin riesgo de perderle? ¿Qué obrará en el ánimo del que llegue a gozarla, si considerada con la oscuridad de la fe así excita a su consecución? Si Dios, aún no visto, entretiene; si la luz inaccesible que habita, aun vista de lejos y entre oscuridades, enamora, ¿qué será Dios visto como es en sí mismo con visión clara, intuitiva, como dice el teólogo? ¿Qué será ver esa luz sin cortinas, sin cuerpos opacos que impidan la comunicación de sus esplendores?

Esto parece tenía presente Moisés cuando, cercano a la muerte, dijo al padre de las tribus esta profecía o bendición: Levantará Jacob los ojos a la tierra, que rinde el más bello pan, el vino más generoso y oscurecerse han con rocío los cielos. Es la tierra que lleva el pan de los ángeles, el vino generoso del amor que engendra vírgenes, dice Ru-

perto, y adonde se goza aquel río de deleites que eternamente corre, porque es indeficiente su origen. ¿Pero qué querrá decir que se oscureceran con rocío los cielos? Que mientras dura el tiempo de esta peregrinación se le esconde Dios y la patria celestial al contemplativo con unas dulces tinieblas, con unas dulzuras caliginosas. Dios, aunque escondido, es dulce, y así se lo pareció al rey profeta; dulzura grande, tan inmensa como escondida, es Dios y la patria celestial. Y si a distancia tanta y entre oscuridades, atrae con tanta fuerza los ojos del Jacob que lucha, ¿qué será vista de cerca por el Israel que triunfa y ve a Dios cómo es en sí mismo? No hay duda hará en el alma maravillosos efectos.

Grandes son los que en esta vida causa este Dios escondido en el que le contempla devoto, en el que mediante la fe y la caridad, le mira enamorado, añadiendo cada día muchos perfiles de lustre y hermosura a la imagen de su alma. Decía David a Dios: Señor, vuestra voluntad dió virtud a mi hermosura. Dificultosa cláusula, pero dejóla llana la autoridad del padre San Basilio. Es el alma hermosa, según su naturaleza, pero quedó fea por la culpa; trazó Dios que aquella pérdida la restaurase con el ejercicio de las virtudes y los dones que en esta vida la dió; pero lo que especialmente la hizo hermosísima fué lo que mediante la contemplación trasladó en sí de aquel divino original, que nadie le mira, aunque de lejos, que no copie en sí (en el modo posible) su dulzura, su grandeza, como si se entrara en baño o tinte de deidad, entre esplendores y apariencias de ser divino. Así dijo el Doctor grande: Todos son efectos de la fe y de la caridad conque en esta vida ama el alma a Dios, y el exceso de la caridad la pone en un andar tan superior, que todo lo que no es Dios en su ser y substancia, no lo puede competir.

A todos se la gana en estos empleos María Santísima, y hay quien asegura fué tan intensa su caridad y el amor divino desde el instante de su Concepción, que no se inte-

rumpió el acto de caridad ni aun por brevísimo tiempo; porque pertenecía así a la dignidad de Madre de Dios, según el argumento de San Buenaventura, tomado de doctrina de San Agustín. Es Dios caridad, es el mismo amor, y estando de asiento nueve meses en el vientre sacrosanto de María, parece la convirtió en sí mismo, y que ella se vistió la naturaleza de la caridad, transformándola en el modo posible, tanto en el ser divino, que parecía se indentificaba con él, que este es uno de los efectos que el divino amor que se comunica al alma obra en ella según la doctrina de San Dionisio. Excesos y éxtasis suele causar con su fuerza y valentía el amor divino, y aunque no quita la libertad, de tal suerte halaga y mueve el libre albedrío, que mientras persevera no puede el alma tener conato a lo que fuere desagradable a la divina voluntad. Es fuego, pero misterioso, como el de la zarza que ardía sin quemarse; con que en María el acto de amor divino sin interrupción alguna, empezándole en el instante de su Concepción, le continuó por todo el discurso de su vida con celestiales aumentos, hasta que llegó a gozar en eternidades el fruto inmenso que granjearon sus virtudes, como lo pondera San Bernardino de Sena, hablando de María y de la corona de gloria con que se halló coronada como reina de todas las criaturas y sobre todas ellas. Coronáronse a un tiempo la maternidad y virginidad de esta Señora, y como excedió en méritos a todos, fué el premio más ventajoso, como lo pondera el cardenal Pedro Damiano, considerando que comprende todas las luces celestiales cuando se llama hermosa como la luna y escogida como el sol. Por esto, pues, la llamó el Espíritu Santo, mujer fuerte, varonil, rica de todos los dones de gracia.

VI

MARÍA, la mujer fuerte, hizo preciosa labor. Ocupación de las matronas nobles de la antigüedad.

Es, pues, María, la mujer fuerte y hacendosa, como queda advertido en doctrina del Padre San Bernardo, y que entregada más a la labor que a las visitas, obraba en diferentes materias de lana y lino, con el consejo y buena disposición de sus manos. Así pudo abrir esas mismas manos para el remedio del pobre y hacer vestido [para sí y para su familia. Corría por su cuenta el reparo de las vestiduras sacerdotales, y es tradición en la Iglesia que labró la túnica inconsútil para Cristo Señor nuestro, de aguja o de otra labor, como serían las vestiduras sacerdotales, a que aludió el Mantuano en estos versos:

*Nunc lanam pingebat acu, nunc pensa trahebat
Serica, immissis perlitia pendula filis,
Vela Sacerdotum, sacros texebat in usus.*

Fué grande su misericordia con los pobres, según aquello de San Ambrosio: La Señora en quien está puesta la esperanza de todos los fieles, dió vestidos a todos sus domésticos, mejorando de galas a los que la primera mujer vistió de confusión. María, siempre bizarra con las galas ricas de la gracia y justicia original, halló vestidos para los demás, cortados de la tela rica, a fuerza de sus méritos, y vistió al Verbo divino de la hermosa túnica de nuestra humanidad, siendo el artífice el Espíritu Santo, y de la lana antigua de Adán, conservada en ella con suma pureza, se vistió de nuevo el Hijo de Dios con admirable y nunca bien ponderado artificio.

Desde que siendo niña esta Señora tuvo su habitación

en el templo (adonde aprendió las letras sagradas, la ciencia de la ley, resolviendo con meditación ordinaria las profecías, como escribió Orígenes) se ocupó en la labor de sus manos, para que después las pudiese ejercitar en obsequio de su Hijo. Fué esta ocupación muy decente en la antigüedad a todas las matronas nobles, especialmente cuando llegaban a estar en trance de necesidad y habían de valerse de la labor de sus manos. De la madre de Tobías el mozo, refiere el Espíritu Santo que iba todos los días a hacer cierto género de labor y tela, conque ayudaba a su sustento y al de su familia. Y refiere Plinio, que las novias, en la antigüedad, llevaban consigo rueca y huso, y coronaban de lana las puertas de sus maridos, significando con esta ceremonia que en la labor de las esposas tenía principio el matrimonio. Ocupación que era común a las mujeres nobles, aunque fuesen hijas de reyes, como lo refiere Herodoto. Esta costumbre floreció mucho entre los asirios y babilonios, de quienes la tomaron los hebreos, labrando vestidos de varios colores y galas con singulares dibujos, y se cree tuvieron su principio en Semíramis. Que la Madre de Dios haya sido muy singular en este género de labor, lo escribió Beda en el libro de los Lugares Santos. Y refiere que en la iglesia jerosolimitana se venera mucho un lienzo tejido de varios colores, rojo y verde, adonde estaban las efigies de Cristo y de los doce apóstoles.

De aquí consta que, siendo María Santísima admirable en este arte, después de haber gastado mucha parte de tiempo de día y de noche en divinas meditaciones, el que la quedaba libre ocupaba en la labor de sus manos, conque ayudaba al sustento de su Hijo. Que si las mujeres santas, que refiere San Lucas, ministraban después a Cristo, gastando lo que tenían en obsequio suyo, ¿cómo es creíble faltase esta atención en la verdadera Madre, y más en tiempo que no había quien supliese su cuidado? Pero celaba siempre la virtud de la pobreza, pareciendo la obraba al gusto de su Hijo, que desde los primeros paños torció el rostro a las

riquezas y no tuvo cariño a la plata ni al oro. Grave sentir de San Buenaventura. Celaba María la pobreza y tenía de de esta enseñanza dos magisterios: uno, que interiormente la persuadía, y otro, en lo exterior, con el ejemplo de su Hijo, al ver que tenía aversión a las riquezas, y así le lisonjeaba, dando lo que podía a los pobres; solamente reservaba lo forzoso para alimentar al Hijo de Dios.

VII

MARÍA anduvo en recíprocos retornos con su hijo. Siempre agradecida a Dios, publicaba las grandezas de su nombre santo. Es el depósito de la esperanza de los fieles.

Parece que la Reina de los ángeles, María (aunque de primera intención de Dios vino a ser Madre suya), nació para mostrarse por todos caminos agradecida al precioso don de la maternidad y cuidar del honor de Cristo, siguiendo su inclinación y ejecutando de todas maneras su voluntad y conformándose con ella; tan rendida a Dios como quien no reconocía otro dueño, y así se fijaron en esta Señora, no solamente las esperanzas de los hombres, sino aun la del mismo Cristo.

Veamos las líneas que dibujan la condición de esta Señora y se verá cómo nace para agradecer a Dios estos beneficios en toda la naturaleza. Cristo no nace para sí, sino para los hombres, y María, cuando parece que nace para los hombres, retorna el beneficio con nacer para Dios, para madre suya y palacio adonde se aposente. Da voces David en un salmo: Judá, rey mío, Moab, vaso de mi esperanza. Judá, rey mío, habla de Cristo, David (dice San Jerónimo), por ser descendiente de la tribu de Judá, de sus reyes y capitanes. Las demás palabras entiende San Ambrosio de la Virgen, que se llama Moab por descender, por parte de ma-

dre, de Ruth, que era Moabita. Es María palacio real de Dios, y no estuvo sujeta a varón, sino a Dios solo, pues aunque fué verdadero y legítimo su matrimonio con José y a él estuvo sujeta como a esposo y cabeza de la familia, si consideramos a la Virgen como madre de Dios, en cuanto tal a sólo Dios tuvo por superior y a sólo él estuvo sujeta y para sólo Dios nació, no para José, y como el palacio es para solo el rey y por él se edificó, aunque allí habiten otros, así María no hubiera nacido si no fuera para madre de Dios y habitación del verdadero rey del cielo.

Y aún me atrevo a decir que de los dos respectos conque puede considerarse María, como mujer y como madre de Dios, primero puso Dios los ojos en que había de nacer de ella que en darla al mundo para que naciese de sus padres. ¿Habrà algún lugar que lo persuada? El salmo 68 lo entienden muchos Padres de María Santísima, y entre otras cosas que en él se tratan, el rey profeta hace relación del nacimiento de Cristo y de María. Dios hombre nació de ella; ese es el nacimiento de Cristo. El Altísimo la fundó, ahí está el nacimiento de María. Introduce el santo a María en metáfora de una ciudad. Y ahora pregunto yo: ¿cuál fué primero, que edificase Dios esta ciudad o que naciese en ella? Claro está que fué primero que la edificase y la diese ser y que luego naciese de ella; cuanto a la ejecución, primero fué que naciese María, pero en la estimación de Dios, graduándolo según su voluntad, primero fué el ser madre de Dios y que de ella naciese que el ser mujer y que naciese al mundo; esto es haber nacido María solamente para Dios, como Dios no para sí, sino para nosotros.

De aquí es llamarse Vaso de mi esperanza, porque de ninguna otra criatura la pudo tener Dios de que le había de ser tan agradecida como de esta Señora. Mucho la obligó Dios, pues podemos decir que nació para tener madre y que la conociesen por madre suya, aunque no tenía necesidad de nacer, pero María nació para pagarle en la misma moneda, dándole a conocer por hijo de Dios. ¿Quieren ver

a Cristo obligar a María y a María cómo retorna el beneficio? Pues oigan a Sofronio: Cristo, cuidando del bien y salud del mundo, llevó con paciencia el estar encerrado en el vientre de su madre, y nació de ella hombre, como los demás hombres; pero hizo más, **en** prueba de que también era Dios, y fué conservar su pureza virginal e interpuso su autoridad, para que el mundo todo conociese que María era madre de Dios. Singular modo de obligar a María que el primero y más calificado testimonio de su entereza y maternidad saliese de la boca del hijo de Dios. Pero vean la correspondencia de esta Señora y cuán a letra vista paga a Cristo, naciendo para dar testimonio de su divinidad y publicando en los siglos que era hijo no solamente suyo, sino de Dios. Singular excelencia de María que saliese al mundo, no tanto a ser madre de Dios y ministrar la sangre purísima de que se formó la humanidad, sino también a ser testigo fidelísimo de la divinidad de su hijo, y esto no a un reino solo, a una nación, como el Bautista, sino a todo el universo. Mejorada queda Cristo en la paga; más recibe de su madre de lo que la dió; pues más es que María testifique que él es hijo de Dios que el publicar Cristo que es madre suya. Y a la verdad, si el don de haber nacido para madre de Dios podía pagarse, no había otra moneda sino manifestar María la divinidad de su hijo, para parecer por ahí persona divina y que había nacido de Dios.

No pudo Cristo pagar mejor a su Padre el haberle engendrado, que con publicar en el mundo su nombre y darle a conocer: *Pater, manifestavi nomen tuum*. Y fué como empeño y debido retorno de haberle comunicado la naturaleza; a la traza que el Hijo, espirando con el Padre al Espíritu Santo, parece que le obligó a que le engrandeciese en el mundo, según aquello que dijo por San Juan: *Ille me clarificabit, quia de meo accipiet*. Allá Zenón, tratando de la generación del Verbo, dijo: El Eterno Padre, sin perder cosa alguna de su ser, se reciprocó en el Hijo. Extraño modo de hablar, que arguye la identidad de la naturaleza

divina que comunicó el Padre al Hijo, salva la personalidad, que no es comunicable. Así dijo Cicerón: Si hay Dios, hay presencia clara de futuros, y ésta arguye divinidad, reciprocándose lo uno con lo otro. Pero volvamos a nuestro asunto. ¿Cómo se reciprocó, si de parte del Hijo no hubo retorno? Sí hubo, que aunque no fué volverse a comunicar al Padre el ser que le dió, porque eso es imposible, la manifestación de la divinidad del Padre es como igual retorno en el Verbo divino, que levantando la voz, dijo: *Pater, manifestavi nomen tuum hominibus*. Pues si María paga la deuda de ser Madre de Dios con manifestar al mundo que Cristo es Hijo de Dios, paga como persona divina y en la moneda que el Hijo al Padre y el Espíritu Santo al Padre y al Hijo.

De aquí nace (y es rara excelencia de María) que como los apóstoles le preguntaban a Cristo y le instaban que les diese noticia de su Padre, así los fieles todos le preguntan a María y la instan para que diga y declare quién es Cristo, quién es el Hijo de Dios y suyo. Las voces de la pregunta oyó en los Cantares. Deseaban las hijas de Jerusalén, las almas fieles, conocer al Esposo, y aunque pudieran preguntarlo a otros, solamente se informan de la Esposa: *Qualis est dilectus tuus ex dilecto, o pulcherrima mulierum? Qualis est dilectus tuus ex dilecto?* Es pregunta que se hizo a María, que es la más hermosa de las mujeres, para que declare quién es Cristo en cuanto a Dios, que eso significa *Dilectus ex dilecto*: Amado Hijo de un amado Padre. Y aunque pudieran preguntarle por él mismo en cuanto hombre, pues como dijo aquí agudamente Giliberto Abad: por el divino nacimiento es Cristo amado, Hijo del amado Padre; por el humano, amado Hijo de madre amada; pero no la preguntan a María sino lo primero de la divinidad del Hijo, que es lo superior, y cuyo altísimo conocimiento fué quien la hizo tan hermosa.

Andad—dice este doctor—en nombre de María, y preguntadle a la Iglesia, que ella os enseñará quién es el Hijo

de Dios. Es que en María está como librada esta declaración, tiene la llave de la ciencia divina, y como a la Iglesia la toca publicar por el mundo la divinidad del Hijo de Dios, la publica María, cuyo amor la obligó a saber de memoria las buenas partes del Esposo celestial, y las publicó todas: color, cabeza, cabello, ojos, mejillas, labios, manos, vientre, piernas, pie, garganta; y por no callar lo que tenía por Hijo suyo, cuando manifiesta lo que tiene por Hijo del Padre, lo llamó blanco y rojo, cifra de su hermosura; y exclama Giliberto: ¡Oh, celestial Esposo, amable y lleno de mil gracias, en quien blanquea la divina generación y bermejea la humana con la preciosa sangre de María! ¿No se ve cuán bien agradece esta Señora a Dios el haber manifestado que es Madre suya y cómo pudo fiar de ella estas finezas y llamarse vaso de su esperanza?

Podemos también llamar a la Virgen vaso de nuestra esperanza, porque en ella, después de Dios, están depositadas las nuestras. ¿Esperanzas en mujer? Condenadas están las que se ponen en los hombres; pero esta mujer divina tiene tanto valor, que lo que de ella se espera parece tiene el mismo seguro que lo que se espera de Dios. Por eso desearon tanto los Padres antiguos verla en el mundo, y la esperaron como el nacimiento de Cristo. Estaba el Bautista en la cárcel de Herodes y envía dos discípulos que le preguntan a Cristo si es el Mesías o si han de esperar otro. *Tu es, qui venturus es, an alium expectamus?* El *expectamus* no suena simple esperanza, sino fervorósísima y ardiente; y así explicó Cayetano: ¿Sois el que ha tantos siglos espera el mundo y aclaman los profetas para su remedio? En nombre de todos los hijos de Adán del tiempo antiguo, aplica esta pregunta a María, Bernardo, viendo que en ella estaba librado el bien del mundo: Señora, que con asombro de la naturaleza habéis nacido al mundo, ¿sois vos la que a título de Madre de Dios habéis de dar buen logro a nuestras esperanzas, o esperamos que nazca otra María? No, no esperéis otra—dice Bernardo—que esta niña

es la que ha de ser madre, no otra; ella es la prometida, la esperada, la deseada. Y para ponderar que casi era lo mismo esperarla a ella que esperar a su Hijo, añadió: Deseaba Jacob y todos los ascendientes de este linaje ver a Cristo en el mundo. Bernardo dice que a María, y todo viene a ser lo mismo, porque esperanzas de su remedio puestas en María, es como depositarlas en Cristo, de quien fué verdadera Madre, como se delineó en la señal que dió Dios a Abrahám, de que sería firme el pacto que hacía con él, mandándole se circuncidase; en su carne, en su mismo cuerpo, se puso la señal. No así la que dió a Noé, que la puso en las nubes, como notó agudamente Ruperto. Y María, hija de Abrahám, como verdadera madre de Cristo, se muestra agradecida a sus dones y los retorna en el modo posible, solicitando el honor, el crédito y la estimación de su Hijo, y ayudando con su labor al sustento corporal.

VIII

José, ministro poderoso, sabio y pío, en el palacio del Rey de los reyes, supo bien la cristiana política y darle a Dios lo que era suyo.

El glorioso patriarca San José, por la parte que le tocó, amó la santa pobreza y se conformó con la voluntad de su Hijo y de su Esposa, para que entre otras virtudes que lucieron en él todo el tiempo de su feliz matrimonio, no le faltase la que juzgó por de tanto agrado al hijo de Dios, de quien fué fidelísimo ministro, dependiente siempre de su voluntad, en que se mostró poderoso, sabio y pío, notadas las circunstancias que le ocurrieron al tiempo que fué esposo de María y como subdelegado del Espíritu Santo. Si fué símbolo de este gran patriarca el antiguo José, virrey de Egipto y heredero con el nombre de los empleos, fácilmente

se hallará ajustado en lo que escribió David: *Constituit eum Dominum domus suæ, et principem omnis possessionis suæ. Ut erudiret, etc.* Fué en el palacio del rey de Egipto, José, mayordomo mayor, maestro de los príncipes en la más cuerda y más importuna política, y tan prudente de lo que había de obrar en todos tiempos, que, siendo mozo de solos treinta años, les dió reglas de gobernar con acierto a los más ancianos consejeros y senadores, juntándose en él, con el poder, la sabiduría y amor de los vasallos. Estas cualidades, y con mayores ventajas, se hallaron en José. Trazó Dios el matrimonio de María y José por mayor gloria suya y de su nombre, para duración de su soberanía con que se le comunicó el mayor poder y autoridad que cabe en los límites de pura criatura. Fué mayordomo mayor de aquella única posada, de aquel corto palacio que tuvo en el mundo el Dios humanado, dueño de sus más preciosas alhajas, María y Cristo; pero reconociendo siempre que si la una era suya en propiedad y la otra en administración, era Dios el Señor principal y que obraba con poderes suyos.

Grande atención debida de todos, conocida de muchos, practicada de pocos, que cuando se ven en el puesto, presumen de independientes y obran como si fuera su autoridad la suprema. ¡Qué cuerdo príncipe el Príncipe de los apóstoles! Encontró a la puerta del templo al cojo, pidióle limosna y dijo: Lo que yo tengo daré, obraré por vos lo que alcanza mi caudal, en nombre de Jesús Nazareno; levántate y anda. Glorioso apóstol si sois vos el que le dais la salud y confesáis que es ese vuestro caudal; ¿para qué lo atribuí al nombre de Jesús Nazareno? Fué gran política, aun cuando no fuera Dios la causa principal operativa de los milagros. ¿Cuántos ministros de los príncipes, debiendo atribuir al nombre de la majestad los beneficios, quieren persuadir en caudal suyo la remuneración? No así el apóstol, y con maña dió a entender no podía obrar por referirlo todo a su dueño, atribuyéndole el acierto de consolidar las plantas de un miserable porque luciese su autoridad.

No es menos mañosa la gracia que la naturaleza, y ésta tal vez da a entender que ni sabe ni puede, para que corrigiéndola Dios sus errores, se conozca su autoridad y dominio. En el prodigio referido hallaremos prueba de este prodigioso modo de obrar. Pregunta San Basilio de Seleucia si la enfermedad del tullido era de algún accidente o desde su nacimiento. Dijo: *Naturalis erat*. ¿Pues qué pretende la naturaleza (digo yo) en formar estos monstruos? Errores son (es así, dice el santo) y cuando ella parece obra al acaso es intención de su autor, para que corregida de Dios, confiese ejecuta lo que le manda y que reconoce su imperio y suprema autoridad. No tiene menos maña la gracia que la naturaleza. ¿No parece error de la naturaleza que se despose un hombre para ser virgen? ¿Que se case para conservar pureza, no es monstruosidad en el orden de la gracia? ¿Y que siendo el matrimonio verdugo de la virginidad haya uno que la fomenta, que la realce, que la acredite? Así parece, y se ordenó este matrimonio a que campease lo más misterioso y singular de la generación de Cristo. Después de haber referido San Mateo las generaciones humanas, Abrahám engendró a Isaac, Isaac a Jacob, etc, pervierte el orden y dice: *Generatio Christi sic erat: Cum esset desponsata etc.* Un matrimonio, entre dos casados que han de guardar uniformes perpetua virginidad, se ordena al crédito de la generación de Cristo, que había de ser por obra del Espíritu Santo, como quien dice: ¿Quieren saber cómo ha de ser la generación de Cristo? Pues reparen en este desposorio de María y José, que así ha de ser: *Generatio Christi, sic erat.*

En este desposorio luce la sabiduría de José, que supo renunciar sus derechos, y por calificar más la autoridad de Cristo, cedió de la suya. Pero esto no fué caída, sino exaltación; no fué disminución, sino aumento. Eso significa José, el que crece. Hácele Dios padre de la mejor familia y él se pone en el andar de hijo, pero de hijo que crece, que se aumenta. Los más gloriosos príncipes de la antigüedad fueron

los padres de las doce tribus; a su imitación fueron doce los apóstoles, doce los tronos del cielo y doce sus puertas, adonde vió San Juan escritos sus nombres; de ellos andaba cargado el Sumo Pontífice y los traía en la lámina o pectoral. Y es digno de reparo que de sólo José se hicieron dos tribus, Efraín y Manasés. Tuvo dos partes en la tierra de promisión. Consagróse al culto divino la tribu de Leví, y en lugar suyo se aumentó la de José; José se divide en dos, casado y virgen, y cuando parece renuncia los privilegios de un estado, se halla con dos, y de ser hijo que crece, llega a ser padre de Cristo, que no puede crecer más. Llega a tener dos suertes felicísimas en la Iglesia, deseada tierra de promisión; una, debida a Efraín, que es monte fértil de méritos y virtudes, y otra, a Manasés, que es olvido de lo terreno, y todo con atención a la mayor gloria de Dios, cuyo hijo humano había de ser el fruto de estos desposorios.

Grave enseñanza para los príncipes, que cuando llega la ocasión de atender al honor divino, a la autoridad de Dios, han de ceder de su soberanía, y como los ancianos del Apocalipsis, arrojar las coronas a los pies del trono del Cordero, y esto no es detrimento, sino gloria; no es disminuirse, sino crecer y negociar con Dios beneficios grandes en utilidad propia y bien de sus vasallos.

Yo no me admiro que en Caná de Galilea convidasen a Cristo a una boda, a un hombre santo; pero admírame que aceptase el convite y que se hallase allí. ¿Cristo en bodas? ¿El que huía todo lo festivo? ¿Adónde está la autoridad del hijo de Dios, el ejemplar de la virginidad? Entre los doctores estuvo bien el maestro celestial, pero entre los saraos y convites de una boda, no parece decente a su autoridad. Sí lo fué: consideró los efectos que había de obrar su presencia, santificando los presentes y los futuros, los casados y los hijos de aquel matrimonio, acreditando la autoridad de su padre, que instituyó el matrimonio entre Adán y Eva, y a la presencia de la gloria de Dios y beneficio de los hombres, cede su autoridad el maestro de la modestia y

compostura y se halla en bodas. Así se halla en la suya José renunciando sus derechos para que su poder y autoridad sirviese a la de Dios. ¡Grande sabiduría!

IX

La sabiduría y clemencia lucen mucho en los ministros de los reyes. El matrimonio de José fué su cruz, pero misteriosa, y semejante a la de Cristo.

Dos virtudes dignas de advertencia se hallaron también con ventajas en San José, dice el Angélico Doctor. Lució la sabiduría en qué meditó la resolución; la clemencia, en que no publicó lo que pudo presumir era delito, y supo retenerlo en el corazón, sin librarlo luego a la lengua; por eso le llama Justo el Espíritu Santo, y glosó Crisólogo: *Fustus quia pius, et pius quia justus*. Celo de rigor sin bondad, es tiranía; y la demasiada justicia tiene nota de crueldad: ha de templarse el celo de la justicia. Sabiamente dijo Simón de Casia que la resolución acelerada obra tal vez sin remedio en el reo. ¿Quién le restituirá la vida al inocente que condenado a muerte la padeció? ¿Quién volverá a unir el alma con el cadáver? ¿Quién podrá hacer que vuelva a ser carne la ceniza? Pecaron en el palacio del rey de Egipto aquellos dos criados, en tiempo de José, y habiéndole ofendido los dos, perdonó al uno y mandó poner en un palo al otro. Pudiera perdonar el rey a entrambos, o mandar que juntos fuesen al suplicio. Así es, dice Ruperto; pero mirólo mejor, y entre estos extremos, tomó un conveniente medio: ejecutar en uno su ira y con el otro manifestar su clemencia; y este temperamento más le tomó por sí que por ellos. Que a tiempo le llamó el Angel a San José hijo de David: fué como tocarle en el pundonor de la sangre generosa

que sabe buscar templanza al rigor y hallar medio suave para la justicia.

Muchas razones dan los santos por que se cometió a Cristo, a la segunda persona de la Trinidad, la judicatura del universo; y no es menester inquirir otra causa que la que señala el Evangelista. *Potestatem dedit ei iudicium facere, quia Filius hominis est.* Yo no dijera que por ser hijo de hombre, sino por ser Hijo de Dios, sabiduría infinita; con eso juzgara bien, y en él se templara lo riguroso del Padre y lo cariñoso del Espíritu Santo. Pero no es sino porque se hizo hombre, dijo Ruperto. Sabiduría que supo humillarse por el hombre, tan abrasada en fuego de amor, que dió su vida por él: ese será buen juez.

Luce mucho la singular piedad de José, no sólo en no tomar venganza de lo que parecía delito, sino en no querer delatar a la Virgen; y por no condenar la inocencia, se hizo a sí reo de la omisión y se condenó a perpetuo destierro. Y lo que más se debe ponderar es que no la dijese una palabra que pudiera argüir sospecha de su pureza. Así lo refirió esta Señora a Santa Brígida, hablando de su Esposo.

¡Qué bueno era para juez! No siempre han de estar ni pueden los ministros de manera que despachen al pretendiente, pero buenas palabras siempre las deben tener. Aun con el reo, a quien han de condenar a muerte, se deben huir palabras afrentosas, porque no vaya dos veces castigado, de obra y de palabra. Ponderémoslo más. Aun en un notorio delito se ha de hablar bien al reo y oírle. Entró un rey a ver las mesas de su convite y halló allí un hombre sin vestido de boda, delito que mereció después que, atado de pies y manos le arrojasen a la tinieblas exteriores, símbolo del infierno, que a buena cuenta era un condenado, un precito. ¿Y cómo le habló? *¿Amice, quomodo huc intrasti?* No le dijo: ¿Cómo os habéis atrevido? sino ¿cómo entraste? proponiendo el caso sencillamente. ¡Oh, qué enseñanza!

Delito fué aparente la preñez contra la pureza de María,

pero cayó en el gran juicio de José, no la afrenta de palabra, porque no se la dice, ni de obra, pues trata de ausentarse y es singularísima la causa tomar para sí la pena de lo que parecía ajena culpa y dejarle a Dios que vuelva por su reputación. Y ¡qué bien lo sabe hacer! ¿Quién no creyera que salir Jacob desterrado de la casa de sus padres, era por haber hurtado la bendición? Sale, camina a Mesopotamia de Siria, alárgase a la ciudad de Bersabec, pasa por Haram y, cuando exteriormente y a los ojos del mundo, había puesto en riesgo su reputación, rásgase el cielo y ve aquella escala, habla con Dios y Dios con él, asegúrale hijo y hacienda.

Ir desterrado por piadoso, no por delincuente, grande felicidad, suma gloria; padecer sin culpa, eso es padecer de Dios. Tres cruces estuvieron juntas en el monte Calvario: la de Cristo, la del buen ladrón y la del mal ladrón, tan desiguales en todo como eran las causas de los crucificados. Pongálo gravemente Hugo Victorino: En la primera, gloria; en la segunda, consuelo; en la tercera, confusión. ¿Pues de dónde nació esta diferencia? En la primera hubo pena, pero no culpa; en la segunda, pena por culpa; en la tercera, pena por culpa sin dolor de ella. ¿Pues entre tantas penas, cuál será la de José? ¿Entre tantas cruces, cuál será la suya? Estáse dicho que la de Cristo, cruz sin delito, pena sin culpa, destierro, pero como el de Jacob, que en él merece se le abra el cielo y se le franqueen misterios. No esperó Dios muchas horas para desahogar al santo; al punto que imaginó ausentarse, le visita en sueños por un ángel.

No sé cómo no tiene Dios muchos que le sirvan, que se le rindan, pues a todos favorece y les paga su resolución. No deja Dios sin premio al más mínimo servicio que se le haga. ¿Y cómo estimará al que le sirve de corazón, al varón justo, si tal vez se agrada de que le reconozca por Señor y se le rinda aquel que sabe le sirve de cumplimiento? A éste le hace favores. ¡Oh, bondad de Dios! Quitó el rey Achab a Nabot su viña, tomó posesión de ella. Mandóle

Dios a Elías que le dijese en dos palabras todas sus culpas y aun no muy claras; fué saliéndole al camino y en el campo a sus solas y entre los dos le dice: mataste, poseíste. No le dice a quién mató ni de qué tomó posesión. Así se portó con la culpa, pero en cuanto a la pena, le amenazó con la muerte suya y de toda su familia. Oyó el rey al profeta, y luego dice el Espíritu Santo: *Scidit vestimenta sua, operuit cilicio carnem suam, ieiunavit, et dormivit in sacco, et ambulavit demisso capite*. Llamó Dios luego a su profeta y díjole: *¿Nonne vidisti humiliatum Achab coram me? Quia igitur humiliatus est mei causa, non inducam malum in diebus ejus*. Pásmase del caso San Gregario, y dice: ¿Cómo le agradará a Dios en los suyos la tristeza por haberle ofendido, si así le agrada la penitencia de un réprobo?

Noli timere accipere Mariam conjugem tuam, dijo el Parainfante celestial para asegurar a José y quitarle los temores con que estaba. Es digno de advertencia el decoro y respeto con que el ángel trató a San José. *Joseph fili David*. Calló la palabra rey por muchas razones: la principal, porque habiendo de ser padre de Cristo, empezase de aquí la semejanza, pues Cristo siempre se llama hijo de David. No le dijo palabra áspera de la sospecha que había tenido. San José no dijo palabra de pesar a su esposa; ¿por qué se la había de decir a él el ángel? Todo tuvo un mismo misterio. No se atreve José a decir a María cosa que oliese a pecado; tampoco el ángel se atreve a hablar de la materia a José. Estimaban mucho a José los ángeles, porque fué el primer hombre que adoró a Dios Hombre en el pesebre, como dijo San Bernardo. Por no haber querido adorar la humanidad de Cristo, fué entre otras razones la ruina de los ángeles, y festejábanle como a reparador suyo. No temas recibir a María tu esposa. ¿Pues habíala dejado? En el ánimo parece que sí. Había deliberado dejarla, dice Santo Tomás, y reconviénele con las razones de su sangre. ¿Temes, siendo hijo de David, quien se tomaba a brazo con los osos y desquijaraba los leones? Pues león de su tribu ha de ser el que

ha nacido de tu Esposa. Encaminábase esta atención a que José guardase al niño Dios de la crueldad de Herodes y le llevase a Egipto, al tiempo de aquella sangrienta batalla que dió a la mayor inocencia la mayor tiranía; en que se conoció el valor del Santo Patriarca y el crédito que de él tenía Dios. Si no le guardara José, fuera la muerte de Cristo como casual, sin gloria, sin triunfo; por ser José su escudo y guarda pudo triunfar de todos sus enemigos.

X

San José habló poco y obró mucho, en obsequio de Cristo y de su Madre. El trato familiar con Dios, enmudece. Fué ardid querer retirarse de su casa.

Ponderemos más las glorias del santo Patriarca. Es digno de ponderación que no refieran los Evangelistas que hablase en alguna ocasión; sus obras y empleos sí; con que me persuado, habló poco y obró mucho, y que casi toda su vida la libraba en obras heroicas, que es un superior modo de hablar y voces mudas por donde se descubre, con mayor certeza, lo que está encerrado en el ánimo. Mandóle Dios por un oráculo, estando en la junta con los sacerdotes, que se desposase con María; obedeció, no se sabe que hablase. Ve fecunda a su esposa con ignorancia suya, y no despega los labios, antes quiso obrar en silencio. Notifícale la huida a Egipto, obedece y calla.

¿Pues nunca habló? No hay duda sino que hablaría, pero yo presumo que los que tratan mucho con Dios y Dios con ellos, si no enmudecen se hacen balbucientes, para que libren en obras lo que otros en palabras. Púsose Dios desde la zarza a hablar con Moisés del rescate de su pueblo cautivo en Egipto y de enviarle por Capitán general. Excúsa-

se por varios medios, juzgándose incapaz de puesto tan grande; pero es ponderable la respuesta del capítulo 4 del Exodo: *Obsecro, Domine, non sum eloquens ab heri, et nudiustertius; et ex quo locutus es ad servum tuum, impeditioris, et tardioris lingue sum.* En el hebreo, en lugar de la palabra *non sum eloquens*, se lee: *Non sum vir verborum.* Embarazósele la lengua a Moisés o se le aumentó el achaque, si le tenía antes. Tal vez es justo que por la reverencia del Príncipe se turbe el que le hablare, aunque sea muy elocuente, y no es mengua, sino decoro. Moisés no sabe hablar desde que Dios le habló a él. ¿Qué maravilla que José enmudezca hablándole Dios tantas veces? ¡Extraña compostura la suya! Ni palabra superflua, ni de murmuración, ni de enojo, Con razón dijo Isaías: La paz es hija de la justicia, y como no puede haber hija sin madre, no puede haber paz interior en el alma ni exterior en la República si no es administrando justicia. El silencio es como padre de la santidad. Cristo calló desde doce hasta treinta años, calló en el tiempo de su pasión. Y calló tanto, que se admiró el Presidente de Judea. Lábrase mucho en lo interior del alma con el silencio, hace a un hombre celestial y divino. ¡Qué bien lo ponderó el cardenal Pedro Damianano en el templo de Salomón; cuando se edificaba no se oyó ruido alguno de instrumento!

Las obras en José eran de calidad que suplían la falta de las voces. Comparó San Hilario a este glorioso Patriarca con el Colegio Apostólico: *Joseph Apostolorum habet speciem.* Y tiene lugar la semejanza en que como ellos llevaron a Cristo por el mundo con la predicación del Evangelio, San José llevó a este mismo Señor en sus brazos a tierras extrañas. Pero de los apóstoles sabemos, que hablaron en todo el mundo. Y por doce lenguas caldeadas con fuego del Espíritu Santo, publicaron que Cristo era Dios. Pues si José se parece a los Apóstoles, ¿cómo no habla? Si lleva a Cristo por el mundo, ¿cómo tiene tanto silencio? Es que sus obras suplían la falta de las palabras.

Buey mudo llamaron en su tiempo a Santo Tomás de Aquino, porque callando y meditando, vino a saber todo lo que supieron y hablaron los doctores de la Iglesia. No se le deslizó palabra que no estuviese muy en su lugar con tener siempre en su presencia a Cristo, supremo juez de vivos y muertos. Notó San Basilio de Seleucia cómo se le desconcertó la lengua a San Pedro en el Tabor. ¿Qué mucho, si tenía todo el juicio de Dios a los ojos significado en la presencia de vivos y muertos?

No solamente no se le deslizó al santo Patriarca palabra alguna exterior, pero ni aun mental; y si tuvo celos o sospechas (antes que el cielo le revelase el misterio) fueron ajustadas, cristianas, hijas de un celo católico. Agudamente pondera el padre San Crisóstomo, en la homilía que escribió de Susana (de quien hubo sospecha de adulterio, y era matrona santísima) los modos de sospechar. Dice que hay dos maneras de sospechas: unas buenas y otras malas; unas hijas del amor y otras de la calumnia. Hay sospechar calumnioso, y hay sospechar de oficio en el que gobierna; los malos siempre sospechan mal de los buenos; el que sospecha con caridad, sospecha el mal, pero desea hallar el bien y desea ser vencido en su misma imaginación; y entonces se alegra cuando halla que se engañó en lo que sospechaba mal. Sospechar mal con benevolencia, es propio de Príncipes cuando ven alguna cosa que tiene mala apariencia, y desean ser vencidos de su misma imaginación. Viendo el gran Capitán Josué y los Príncipes, cabezas de las Tribus, que las de Rubén, Gaad y Manasés habían erigido un ara de la otra parte del Jordán muy alta y eminente, sospecharon se habían apartado del culto del verdadero Dios, y pasándose a las ceremonias gentílicas, resolvieron a darles guerra; pero constó que la erección del altar había sido en monumento eterno de la concordia que habían de tener con los Israelitas. Averiguóse el caso. Eran sospechas benévolas de gobernador atento, y con aquella diligencia quedó vencido en su presunción.

¡Oh, qué providencia tan particular tiene Dios con los Príncipes que obran con recta intención! Confuso José con la preñez de su esposa, hizo como una amenaza a Dios, que se quería ausentar de su casa, como lo hizo en otra ocasión Moisés. Notó Ruperto Abad que fué por moción del Espíritu Santo. Y luego le pareció que la Majestad de Dios (de quien tiemblan el cielo y la tierra) saliendo de su Trono, le rogaba a su amigo que no se apartase de él. A esta traza parece que San José hace como una amenaza a Dios de que se quiere ausentar. Y Dios le detiene por su Angel, para que no se ausente. Atendió Dios con esta advertencia del Angel a la autoridad de José, de María y de Cristo; a José, para que no obrase contra justicia, llevado de ignorancia en materia tan grave, y aventurase el blasón de Justo por poco atento a la esposa. ¿Qué se dijera en el mundo si la desamparara por sospechas de falta de pureza? ¿Quién cuidara del Hijo con la veneración y decoro que merecía? A todo miró la divina Providencia, dijo Santo Tomás; no se ausente José, porque no haga una acción fea; deténgase en casa por el honor de María, y désele noticia del misterio, para que más diligente y devoto, asista al obsequio de Cristo. Por eso le detiene Dios, cuando quiere ausentarse, y le despacha un ministro grande de su Palacio, que le persuade no se retire.

XI

El Espíritu Santo se llama dedo de Dios. Fué José subdelegado suyo. Llenó las funciones del oficio. Debe llamarse Torre de David. Fué excelencia singular llamarse Padre de Cristo. A los validos de los Reyes, llama la adulación padres del Rey y del Reino.

No es lo que menos realza, antes bien parece la más alta cumbre de las virtudes y glorias de San José, haber tenido en el desposorio con María las veces y empleos del Espíritu Santo, de quien fué como subdelegado y sustituto. Llámase el Espíritu Santo dedo de Dios. Dedo con que señala Dios los mayores misterios; y a la traza que un hombre enseña con el dedo lo que quiere que vea otro, los misterios ocultos los señala con el dedo el Espíritu Santo. Así señaló a San Matías por Apóstol, prefiriéndolo al otro José, que tenía también por sobrenombre el Justo, y le pidió al Colegio en oración que le señalase. Y le señaló con resplandores celestiales.

Cuando toca el gobernante con el dedo de Dios la observancia de la ley, todas se hacen fáciles; son yugo y carga leves. Al revés lo hacían los Escribas y Fariseos. Dulce es obedecer cuando el que manda, no solamente enseña, sino que obra; trabaja con los que trabajan, y les ayuda a llevar su carga; pero cuando toma para sí la vida licenciosa y en los demás pretende la vida reformada, carga de nuevo la ley, sin saber cómo, y oprime a los que la guardan, como dijo Teofilato. Hacer la ley y quedarse fuera de la observancia de ella, es lo que más agravía al súbdito.

José, con el dedo de Dios, tocó todas las cargas de su matrimonio y llenó el ministerio, con ser tan dificultoso, si no imposible, de cumplir con las obligaciones de Dios, a fuer

de buen súbdito suyo. Tenía Dios necesidad de un ministro grande, de autoridad, para enviarle por embajador a su pueblo en una ocasión gravísima, y se introduce perplejo, como quien no sabía quién sería a propósito. Eso suenan aquellas palabras: *Quem mittam, et quis ibit nobis?* (Para que no se admiren los Reyes, si tal vez no hallaren ministros tan a propósito como los piden las materias, y se conoce su deseo de acertar reduciendo a consejo y cuestión la mayor conveniencia). Salió como de través Isaías y ofrecióse ir a la Legacía: *Ecce ego mitte me*. Pero nótese lo que agudamente reparó San Jerónimo, que, aunque de parte de Dios, se propusieron dos cosas: ¿A quién enviaré? ¿Y quién irá en nombre mío? El Profeta no se obligó más de a la primera. Truncada fué la respuesta, porque en parte respondió a la pregunta y en parte dejó a Dios en su misma duda. ¿Pues por qué no respondió a lo segundo quien respondió a lo primero? Calló a lo segundo el Profeta, porque no es una misma cosa ser enviado de Dios y hacer esa embajada tan para Dios, que no se atienda a otro respecto temporal. Lo primero, como dice, sujeción de siervo enviado, a señor que envía, no le pareció difícil al Profeta, ni improporcionado a sus partes; pero ir representando la persona de Dios tan por sus cabales, que no haya en la Legacía cosa que huela a hombre, sino que todo sea de Dios y para Dios; cuerdo anduvo Isaías dejándolo en silencio, sin obligarse, porque quizás no pudiera salir bien de obligaciones tantas como representar la persona del mismo Dios.

Esto quédese para José, que como subdelegado del Espíritu Santo, llene ese ministerio en estos desposorios, tan sin resabio de hombre, que todo parezca y sea divino. Muy temprano empezó a mostrar este Espíritu divino su cuidado en la elección de José para esposo, pues en la Congregación de los sacerdotes, adonde se trató que tomase estado la Reina de los Angeles, sentándose primero sobre su vara, de allí dió un vuelo la misteriosa paloma y se puso sobre la cabeza de José. Dos misterios grandes: Cuando el

sacerdote le desposa, le pone una vara en la mano, vara señal de imperio, y sobre ella el Espíritu Santo. De allí se pasó a la cabeza, para infundirle la recta dirección del dominio. Para qué ya que por la fuerza del matrimonio entraba al dominio de la esposa, no imaginase ni obrase cosa alguna en ese gobierno que no la tocase con el dedo de Dios y que fuese dictamen del Espíritu Santo. ¡Qué dicha, cuando sobre los que han de gobernar se sienta la paloma del Espíritu Santo! No hay que temer desaciertos, vencerse han imposibles; hará que a un mismo tiempo sea un hombre casado y virgen; propietario, por esposo substituto, por el fin del matrimonio. Estas son las dichas que ocasiona el Espíritu Santo sobre la vara y sobre la cabeza del que gobierna. El mayor riesgo que tiene la República de la Iglesia, dijo el Angélico doctor Santo Tomás, es cuando el enemigo de ella se sube a la cabeza; y era lo que lloraba Jeremías: *Facti sunt hostes ejus in capite*. ¡Oh, lo que se debe orar por la cabeza de la Iglesia, por los prelados de ella, para que no se ponga sobre aquellas cabezas el dominio, y se ponga el Espíritu Santo, cuyo lugar ocupan esposos de la Iglesia adornados de galas, favorecidos con rentas, reverenciados de todos!

Las cargas del matrimonio de José, que no fueron pocas, ni ligeras (pobreza en sangre real, ausencias, fugas, destierros a tierras extrañas), no pudiera vencerlas si no fuera tocándolas con el dedo del Espíritu Santo. Llámale el Angel hijo de David; yo lo llamara Torre de David: Torre valiente, que no mira a Damasco, sino contra Damasco. Para el Espíritu, Damasco significa: *Similitudo incendii*, y también: *Sanguinis succus*. Admirables símbolos de toda penalidad; semejanza de incendio. ¿No son así unos celos (si los tuvo), y si no la congoja de la suspensión? ¿No es beber sangre atender a la pureza de la madre, a la custodia del Hijo, cuando intentaban beber la suya sus émulos? Pues José, como Torre de David, en quien se conservó el valor y las atenciones santas, no mira a Damasco, sino contra Damas-

co, que es un mirar piadoso para amparar la familia que Dios le encomendó; abrazarse él, porque no le toque el incendio a su Esposa, echarse a pechos una bebida de sangre, porque quedase ilesa hasta su tiempo la de Cristo, y lo que es más, con alegría de corazón. No alegría como la del mundo, imaginada, sino verdadera, que se rasgue el corazón y esté alegre el que lo padece.

El mundo solamente da a ver sus comodidades; no se poseen en lo interior del alma; pasan aprisa y atraviesan el corazón tristemente. Atalo, amigo de Séneca, en una fiesta de Roma, estaba mirando suspenso el oro, la plata, las riquezas, la hermosura de las damas romanas, la gala de sus príncipes y caballeros en sola una tarde, y díjole Séneca muy a tiempo: «¿Qué miras? ¿De qué te pasmas? Estas cosas deslumbran, pero no se las posee; cuanto más nos placen, más aprisa se desvanecen. Alegría que no pasa de los ojos: tal es la alegría del mundo; mas la que Dios procura, llega al corazón y hace olvidar todo lo visible. Burlas de la carne, cuando el espíritu interiormente está alegre; gozas, en medio de fatigas, júbilos que siente el espíritu y no los sabe explicar. Pártese volando, tras de la liebre, el perro de caza, y al sentir el olor de las violetas y flores, levanta las manos, y olvidado de la prisa, se olvida de sí mismo y de la presa.» Si supiera hablar el mundo animal y le preguntaran la causa de aquella suspensión toda pasmosa, dijera mucho: *Mira sunt, quæ sentit*. José olvida todo lo mundano, y atento a las obligaciones en que le puso el Espíritu Santo, no siente las penas y se las hace fáciles la alegría que le infundió Dios en el corazón, tocándolas con el dedo del Espíritu Santo.

Afectaban los escribas y fariseos el título de padres del pueblo y de la sinagoga, no contentándose con el título de hermanos mayores, y querían competirle a Dios este título de Padre universal de las criaturas (que no pudo llegar a más su vana presunción). Este título, y con mayores ventajas (cuanto va de ser padre de una sinagoga o de un pueblo a ser Padre del Hijo de Dios) se halla en el glorioso San José,

pues nadie le puede poner pleito para que no tenga este título cuando se lo da el Espíritu Santo en muchos lugares del Evangelio. Porque le tocaba al Padre ponerle el nombre, y con este blasón de Padre lucía a todo lucir en la presencia de Cristo, cuyos títulos de Hijo y Esposa parecían inferiores. Préstale la obediencia Cristo, María le está sujeta, porque el título de Padre le da tan ilustres esplendores, que luce en medio de tantas luces como estrella singular nunca vista en el mundo, ni que se ha de ver jamás tan admirablemente favorecida de Dios. He notado en esta consecuencia que siendo, como es, la gracia participación de la divina naturaleza, y por este medio pueden emparentar los hombres con Dios, nunca llega el parentesco a ser tan grande que se llame un hombre padre de Dios. Puede llegar un hombre por la gracia a los estrechos parentescos de hermano y de hermana de Cristo, y al estrechísimo de madre suya, pero de padre no se lee. Hago aquí el argumento de San Bernardo, explicando aquellas palabras de San Juan: Dios es caridad, Dios es amor. ¿Pues no es sabiduría? ¿No es omnipotencia? ¿No es todos sus atributos? Sí es, dice el Santo; pero *quod si charitas lego, quod sit sapientia, etc., non lego*. Quien llega por la gracia a emparentar con Dios, como Madre suya, podrá llegar al parentesco de Padre; pero esto no lo dice el Espíritu Santo, y solamente reserva ese título para San José, a quien sin rebozo se lo llaman los evangelistas, y es el tesoro escondido y el secreto mayor que aseguró Dios le daría a un gran siervo suyo, por Isaías. Que fué señalar el fin de los favores. No había tesoro tan escondido y retirado en los siglos como el nombre de Padre de Dios; tanto, que hasta el misterio de la Encarnación, aunque se sabía que había Dios, no se había manifestado el título de Padre suyo, como lo notó Ruperto Abad. Ese tesoro y ese secreto se revela a José y se pone en su cabeza por Cristo, a quien mira la profecía, en que se significa la altura a que llegó el santo Patriarca, pues el Padre le llama Padre de su Hijo.

Era costumbre entre los egipcios y babilonios dar título de padre de la República, y aun del Príncipe, al que tenía primer lugar en su gracia. A José le mudaron el nombre los gitanos y le llamaron *Pater tener*, como lo refiere San Jerónimo en las tradiciones hebreas. El rey Artajerjes, o Asuero, que reinó en todas aquellas provincias, desde la India hasta la Etiopía, haciéndole cargos a Amán de lo mal que se había aprovechado de su benignidad, dijo en el capítulo 16 de Ester: *Tantum in se expertus humanitatem, ut Pater noster vocaretur, et adoraretur ab omnibus, post Regem secundus*. Con mejor título se llama San José Padre del Príncipe de las eternidades, Padre tierno, piadoso, benigno, y el que (salvo la reverencia de otros santos) por haber ministrado a la unión hipostática, merece ser adorado, si no el segundo, el tercero: Jesús, María, José.





MEDITACIÓN XVI

I

Ocupase el Príncipe Cristo, en la juventud, en el ministerio de su Padre. Es la más recibida opinión. No la admite San Agustín, y otros autores clásicos lo ponen en duda.



MUCHO ha dado que pensar a los Doctores santos (hermosas luces de este hemisferio de la Iglesia) qué ocupación o empleo tuviese Cristo hasta los treinta años de su edad; siendo, como es, cosa constante, que no estuvo ocioso, ni divertido en las letras ni en las armas. De esto último ya dimos la razón en otras meditaciones. Lo primero se colige llanamente del capítulo 13 de San Mateo, pues después de haber propuesto Cristo aquellas parábolas del sembrador, de la cizaña, de la levadura, del tesoro, de la red y otras, se retiró a su patria, y predicaba en las sinagogas de Nazaréth, con asombro de los que le oían, que admirados de verle discurrir con tanta superioridad en las materias, se preguntaban unos a otros: *Unde huic sapientia?*, porque les constaba que no se había dado a las letras. Cuanto a la excelencia de la doctrina, Cristo no solamente predicaba, sino con tanta superioridad, que los

ministros de los judíos, en cierta ocasión, dijeron que ningún hombre habló como él. Y esto mismo había conocido antes San Pedro cuando le dijo: *Domine, ad quem ibimus? verba enim vitæ æternæ habes*. Tan dulces eran las palabras, tan vivas y de tal suerte alegraban a los que las oían, que parecían una participación de la vida eterna. El modo de predicar también era nunca visto, porque no hablaba como doctor de la ley o expositor de ella, sino como legislador, que es lo que se dijo en el capítulo 7 de San Mateo. Y por eso les pareció nueva doctrina y nuevo magisterio. Y así no era mucho se admirasen los Nazareitas viéndole de repente Maestro, y tan grande Maestro, sin haberle conocido discípulo, y en esta ocasión dijeron sus émulo: ¿Este no es hijo de un artífice? En que miraron a dos fines: el uno, asegurar que Cristo era conocido, y que eran testigos de su vida, y sabían que nunca había estudiado, sino que asistía en casa de su padre, adonde no podía aprender letras algunas, en que se fundaba la duda de verle después tan sabio. O le llamaron así como por afrenta, porque, aunque Cristo era del linaje real de David, como era pobre y lo eran todos sus deudos, era motivo de más admiración verle tan aplaudido y en puesto tan grande, como si la ciencia y sabiduría estuvieran vinculadas a la sangre o a las riquezas. Y de que fué calumnia de los émulo querer desestimar al hijo por el padre, presumiendo era hijo de José, es llano, y constó su mal ánimo y poca advertencia, pues tenían ejemplos en la antigüedad, que de padres comunes nacieron hijos muy nobles. Antes debieran estimarle mucho que tuviese tanta virtud y sabiduría no habiéndola aprendido en casa de sus padres.

Cuál haya sido la ocupación de San José, no la escriben uniformemente los Padres, porque la palabra *faber*, en su rigor, es un nombre común a todos los artífices de duras materias, como oro, hierro, madera, de donde dijo Horacio:

Marmoris, aut eboris fabros, aut æris amavit.

Y así la significación común se restringe según el adjetivo que se le pone al nombre sustantivo. La opinión más común es que la ocupación del glorioso Patriarca fué labrar en madera. Y ofendidos los Judíos de que se opusiese Cristo a la ley de Moisés, trataron de desacreditar la doctrina y bajarla de quilates, trayendo a la memoria la poca calidad que tenía un hijo de un carpintero, como si la verdad de la doctrina estuviera vinculada a las atenciones del mundo y no fuera Cristo la verdadera sabiduría. Que nuestro Señor ejerciese este mismo arte algunos años en Nazareth, es opinión de muchos padres, y se colige del capítulo 6 de San Marcos: *Nonne hic est faber, filius Mariae, frater Jacobi, et Joseph, et Judae, et Simonis?* (Refiere la Historia que aquel Juliano, emperador gentil, para hacer burla de Cristo, le preguntó a un cristiano: ¿Qué hace el hijo del carpintero? Y le respondió con agudeza: Un ataúd para sepultar a Juliano el Apóstata.) No pasa San Agustín la doctrina de que Cristo se hubiese ejercitado en este ministerio, y que haberle llamado artífice o carpintero, era por entender era hijo de José. Más claramente escribió en esta materia Justino Martir: Para no pasar ociosamente la vida en lo exterior, ejercía Cristo el arte de su padre José, hacía arados para romper la tierra y yugos para sujetar las cervices soberbias de los brutos, ocupaciones todas misteriosas. Si ya no fué para sustentar la vida suya y de sus padres, como lo pensó el Abulense. Y aunque las pruebas que traen estos autores no convencen (con que viene a ser esta materia probable en ambas partes) se hace muy creíble, y no es indécoro el arte ni aun en José ni en Cristo. Así la opinión de que labraron diferentes maderas es la más recibida de todos.

II

Hizo gala de ser escondido el Príncipe a costa de su crédito. Prohibe Roma los honores anticipados a la juventud. Cristo se vió muy favorecido de su Padre en el Tabor y en el Jordán.

Otro velo quiso poner el Príncipe Cristo a la grandeza y soberanía de su persona con el empleo referido con que disimuló quién era, a costa de su mismo crédito. Así lo ponderaba Tertuliano, y de camino la paciencia y tolerancia de este Señor, en caminar a los pasos tardos de la naturaleza siendo niño y no dejarse conocer quién era siendo ya hombre. Pudiera, sin esperar tiempo alguno, llegar a la línea de varón perfecto, y no quiso violentar las leyes de la naturaleza; y ya crecido y adulto, no trató de ser conocido, sino de estar muchos años disimulado, no sin nota de afrenta y deshonor. Siendo Rey noble, Hijo del Rey del Cielo, cerró los labios y disimuló quién era, escondido como hombre de poco valor. Rara humildad que confunde nuestra soberbia.

Fuerte invectiva contienen las palabras de San Bernardo a este propósito, contra la vanidad del siglo y de los que siendo poco afectan con ostentación ser mucho y ponerse a los ojos de todos, valiéndose de mil medios, aun de sus propias alabanzas. En Cristo enmudece la sabiduría, en otros hombres habla la insensatez. Esconde su luz el más hermoso Lucero del alba y hace alarde de sus tinieblas el presumido, el pretendiente de vanos lucimientos, ¡Oh, qué de años se oculta, debajo de sombras de ignorancia, el tesoro de la sabiduría y ciencia de Dios! Mucho confunde la soberbia de los hombres: el que más sabe presume menos, y el que juzga que sabe, no sabe callar. Busca éste las ocasiones de ostentación, y pronto para hablar, para ense-

ñar velocísimo, es muy tardo para oír y aprender lo que le falta. Palabras le faltaban a Cristo, no obras; con ellas instruía, y lo que no enseñó con palabras lo persuadió con ejemplos. Desde el taller de su padre, obediente, humilde y sabio, Cristo enseñaba con ejemplos de toda virtud lo que después en señal de que lo meditó en lo retirado, lo enseñó de palabra en tres retiros (ordinarias cátedras de su enseñanza): la Nave, el Monte y el Desierto.

Refiere Tácito que al tener noticia Tiberio de las honras públicas que se hicieron a los hijos de Germánico, hizo una oración al Senado exhortando que no inquietasen con honras demasíadamente tempranas los ánimos de la juventud. Fué alta razón de estado, especialmente estando Roma dividida en bandos, que se deben extinguir muy al principio, aunque sean en favor del Príncipe sucesor. Mirada a este viso la exhortación del Emperador, fué cuerda y prudente. Mas tampoco se debe amilanar los ánimos de la juventud, regateándole las honras si las tiene merecidas, porque cuando no se dan al que tiene más méritos, vuélvese el mundo al feo y pesado siglo de hierro, en que la virtud estaba sin lustre porque el premio no la ponía a los ojos de todos, como dijo Séneca de los siglos áureos.

¡Cuán digna de toda estimación (si lo conocieran los hombres) fué la gallarda juventud de Cristo! Y ¡cómo se le conocía ser Hijo de quien eral! Si el primer hombre se conservara en el estado de la inocencia, cree Santo Tomás que se heredaran la virtud y la santidad y pasaran de padres a hijos. A Cristo le era natural, y por eso recibió siempre tantas honras de su Padre, aclamándole por Hijo suyo en el Jordán y en el Tabor, sin que le fuese motivo de mayor estimación verle glorioso en el monte que en hábito de pecador en el río, pues aquí, cuando estaba desconocido de todos, le aclamó por Hijo suyo. Mucho fué, dijo Teófilo Alejandrino, que siendo quien es el Eterno Padre, y siendo tan rico, no privase a Cristo, viéndole hombre y pobre, del nombre de su naturaleza, que es el de Hijo suyo. Mucho

fué que viéndole en figura de pecador en las claras corrientes del Jordán, arrodillado a los pies de un hombre, no le regatease el título de unigénito, antes allí rompió sobre su cabeza los cielos y le confesó por tal.

Acá en el mundo, si ve un padre a un hijo, no con el lustre que debe tener conforme a su linaje y riqueza, fácilmente dice que no es hijo suyo y le priva del nombre que le dió la naturaleza; el día que le ve muy humilde y ocupado en viles ministerios, y que, como los pollos del águila, no mira de hito en hito al sol de la estimación vana, le niega y desconoce y le deja de amar. Dios no procede así; antes, cuando vió a su Hijo que, siendo rico, se hizo por nosotros pobre, y siendo Dios, como El, se hizo hombre; cuando le vió en figura de pecador, parece que le estimó más e hizo mayores demostraciones de amor; no le privó del nombre de Hijo suyo, sino que ahí se lo dió y le llamó *Filius meus dilectus*.

Es amable la virtud, y en cualquiera que se halle debe estimarse mucho, especialmente en los que desde la juventud dieron muestra de lo que serían en la mayor edad. Así presumo yo que, como el negocio grande de Cristo fué tratar de la redención del mundo, del reparo de los hombres, por su cruz y muerte, estaba meditando en él y en las circunstancias que había de tener desde la menor edad, creciendo siempre en mayores demostraciones de su amor y perfecciones, a semejanza de la luz, que empezando a mostrarse entre sombras, crece hasta hacer un día muy claro y hermoso. Empezar bien es de muchos; perseverar, de pocos, dijo San Jerónimo, escribiendo contra Joviniano. Y en la epístola décima dijo aquella grave sentencia: No se buscan en los cristianos los principios, sino el fin. Paulo empezó mal, acabó bien. Alábanse los principios de Judas; condenase, por su traición, el fin. Fueron en Cristo los fines, como los principios, tan ajustados al ejercicio continuo de las virtudes, que mereció todas las honras que le hizo su Padre.

Mucho ha dado que discurrir a los Intérpretes qué motivo tuvo Jacob para amar tanto a José. El texto sagrado señala por causa única haberle engendrado en la vejez, y esto se ajustara bien si no hubiera engendrado a Benjamín siendo más anciano, y así prefiero la interpretación de San Ambrosio: *Quod esset filius sapiens sibi*. Su padre le amó mucho porque conoció en él sabiduría muy ajustada a su modo de entender. Estimaba a José Jacob más que a todos los demás hijos (por lo cual fué de ellos envidiado) porque veía en éste mayores blasones y prendas de virtudes, y más le atendió como Profeta que como padre, porque veía los fines altísimos para que Dios le tenía destinado: conque el amor se fundó en un cúmulo de virtudes grandes, que anticipadamente las encaminaba Dios a su mayor gloria.

III

La virtud de Cristo es su juventud: fué preámbulo a lo heroico de sus hazañas. Es muro fuerte a quien ejércita. Y es valeroso el que pelea por la gloria de Dios.

Parecerá a alguno que la forma del estado que tenía Cristo así encubierto, era cosa inútil, y que no en balde lo dejaron de escribir los Evangelistas. Es objeción que se hace a sí mismo el seráfico San Buenaventura. Pero responde fácilmente que no podía ser inútil dar Cristo ejemplo de tanta virtud, antes era utilísimo, y por la conexión que tienen entre sí unas virtudes con otras, fundamento firme a la doctrina que después había de enseñar. Y así se debē creer por el decoro debido a la persona de Cristo. Fué en Él primero el obrar que el enseñar, haciendo con sus virtudes nuevo modo de enseñanza en secreto y en lo retirado, mientras que llegase el tiempo en que a mayor luz fuese muro de la Iglesia y antemuro de sus hijos los fieles. Lle-

gará el tiempo feliz y dichoso en que la Sión santa, por quien se entiende la Iglesia católica, sea y se llame plaza fuerte, bien guarnecida y ciudad de nuestra fortaleza, porque el Salvador la ha de circunvalar, y ha de ser su muro y antemuro, y pondrá en ella todos los pertrechos de guerra, fuertes y necesarios, para su defensa. Será muro la virtud de su divinidad, antemuro el mérito de su humanidad santísima, y todo hará labor para que estén seguros los hijos de la Iglesia contra la más sangrienta hostilidad. Así lo discurrió el Doctor Angélico.

No puede dudarse que la virtud infusa o adquirida es muro del alma con que hace frente a todos los enemigos, que apenas se atreven a las fortificaciones que la ponen, guardándola de día y de noche. Entre las advertencias que a David, arrepentido de su pecado, le dió el profeta Natán, una fué que había ocasionado blasfemia a los enemigos del Señor, y que por esta causa había de morir (como murió dentro de siete días) el hijo nacido de adulterio. Créese, aunque no lo dice expresamente la Escritura, que David había de morir en pena de su pecado, y que el profeta, entre otras le hizo esta amenaza y dispuso Dios que el hijo muriese en su lugar. Esto de haber blasfemado el pueblo, entiendo yo, fué haber hablado mal de David, y aun de Dios, como poniendo desigualdad en su justicia y en la tolerancia de los graves delitos del rey. Y aunque parece que éstos se volvían contra Dios, el mayor tiro era contra David, que resguardado antes con la virtud de la castidad y continencia, descubrió por el vicio el pecho adonde le hiriesen sus enemigos.

No puede dudarse que la virtud y religión es muro fuerte de las personas y de la república; y por eso, en las bien gobernadas, aun entre gentiles, se entregaba el cetro y la corona a quien sustentase la república en justicia, y sirviendo a la utilidad común, defendiese los súbditos, siendo espejo de toda virtud. El más fuerte ejército que armó el pueblo de Judá contra el rebelde Jeroboán (que de criado

de David se levantó con el reino de las diez tribus) fué el que refiere el Espíritu Santo en el libro 2 del Paralip. Tenemos a Dios de nuestra parte; los sacerdotes que le sirven son de la estirpe de Aarón; ofrécnle cada día sacrificios, tarde y mañana; tenemos el candelero de oro que se enciende en su presencia todas las tardes; guardamos las leyes y preceptos que vosotros quebrantáis. Dios es el Capitán general de nuestro ejército; sus sacerdotes tocan las trompetas que resuenan contra nosotros. No queráis pelear contra el Señor; mirad que no está bien.

Advertido razonamiento fué éste, que hizo el rey Abías desde un monte al nuevo rey Jeroboán y a su ejército. Consuelo es grande para el pueblo fiel, cuando puede blasonar que pelea con estas armas; bien se conoció por los efectos con las que peleaba el pueblo de Judá, pues murieron en esta batalla del pueblo de Israel cinco mil hombres esforzados; ocupó muchos despojos, huyó Jeroboán, y el rey Abías le siguió el alcance, y quedó aquél tan destrozado, que dentro de pocos días murió. Las verdaderas armas contra los rebeldes a las Majestades terrenas no han de ser tanto de acero como de oraciones y sacrificios a la Majestad inmensa; la conciencia segura es la que da osadía contra los enemigos y la que obliga a Dios a que se deje rogar por los felices sucesos de las monarquías católicas, que cuando hay de por medio pecados y culpas, o en los que pelean o en los que publican la guerra, se hace Dios inexorable. Quede aquí advertido que la virtud es la que hace muro a las monarquías: la atención al culto divino asegura los reinos, y no tuvo Cristo arma más fuerte para defender la Iglesia que lo heroico de sus virtudes, lo incontrastable de sus méritos.

I V

Hállanse en Cristo por naturaleza y por arte las cualidades de príncipe. Pondérase cuál haya de ser su educación. Háse de vestir de clemencia y severidad.

Aunque en Cristo no tenía riesgo la virtud, encubrió las propiedades que debe tener el buen príncipe. La buena inclinación es el fundamento de las demás cualidades; síguese el ánimo generoso e intrépido; tratar con grandes señores y materias decentes a la sangre real; saber granjear el cariño del pueblo, aunque sea con arte, para reinar en los corazones de los vasallos, y tener audacia en lo adverso de la fortuna, para que el vulgo, que se mueve a todos vientos, no se inquiete. De lo propuesto se deduce cuanto conviene la buena educación en los príncipes que con el tiempo han de llegar a reyes y gobernar reinos y provincias; porque las costumbres que aprenden en la juventud, son las que le acompañan hasta el último aliento, en que se depositan en reales urnas sus cadáveres. Y así el príncipe viene a ser tal como es la enseñanza que tiene: sale bueno si se ejercita en la ejecución de preceptos honestos y decentes a su estado, y habituado a depravadas costumbres, viene a ser ruina de la República. Gravemente lo ponderó un político, Erasmo: ¿Qué puede gobernar con acierto en la mayor edad un príncipe que desde la cuna empezó a instruirse con doctrinas poco seguras? ¿A qué puede aspirar el que cuando niño se cría entre mujeres y ejerciendo la vida la pasa entre lisonjeros y truhanes, entre jugadores, entre lascivos, arquitectos de la fábrica de los deleites, entre ignorantes, adonde no oye ni aprende sino las delicias del vivir, el fausto, la arrogancia, la avaricia, la ira y tal vez la tiranía, y desde esta escuela, sin pasar por otra, entra al

gobierno de los reinos? ¿Qué puede esperarse sino la destrucción y corrupción de las costumbres públicas, que canoniza por virtudes la lisonja, y el acabamiento de los reinos y monarquías?

De muchas maneras dividen las edades del hombre los filósofos y políticos, como lo refiere el Tolosano, y las redujo a tres Aristóteles: juventud, virilidad, senectud; a quien siguió Servio Tulio, emperador de Roma, porque atendía solamente al tiempo que podían tomar las armas. Los jurisprudentes señalan otras: infancia, puericia, adolescencia, etcétera, hasta que llegan a la edad de más de setenta años, a los que llama el Derecho *inútiles* para los negocios. Excusa tienen la adolescencia y la juventud, si no tienen tantos aciertos en sus acciones, porque les falta la experiencia. Por eso Julio César, como advierte el autor del Espejo de los Príncipes, no castigó a Tolomeo, rey de Egipto, porque era niño, como a sus consejeros, que eran ancianos. Y las leyes civiles reputan a los niños como a furiosos y no quieren que sean gravemente castigados. Platón, en el libro nono, prescribe menores penas a los de menos edad, y debe tomarse en cuenta lo ardiente de la sangre, la naturaleza fogosa y por las pocas atenciones inquieta. Son fáciles de engañar por las cortas noticias de las acciones humanas y están sujetos a varias perturbaciones del ánimo. Verdad es que no hay regla tan general que no padezca excepción, y Cicerón la halló en Temístocles, que habiendo sido en la primera edad pródigo y lascivo, salió después un varón consumado. Lo mismo le sucedió a Valerio Flacco, que entregado a todos vicios en la juventud, vino a ser después ejemplo de virtud de Quinto Fabio Máximo, y su vejez esclarecida con virtudes, como afirma Tito Livio.

En todas edades tuvo el Príncipe Cristo en grado heroico todas las virtudes y aborrecía los vicios, que son dos polos sobre que se mueve felizmente la máquina del gobierno.

Bien parece la clemencia en el príncipe, y es una de las virtudes de que se ha de adornar, según aquello de los

Proverbios: *Misericordia et veritas, custodiunt Regem et roboratur clementia tronus ejus*. Y es que guarda su persona y asegura el reino. Por eso se ungían antiguamente los reyes en público, para que constase a todos la obligación con que entraban a reinar, de ser mansos y piadosos, a que aludió el decreto de los Atenienses, que queriendo dar el dominio de aquella ciudad a uno de los dioses para que la patrocinase, y compitiendo esta dignidad Neptuno y Minerva, fué preferida esta diosa porque, tocando la tierra con blandura, brotó un ramo de oliva verde. Neptuno sacó dos caballos briosos del mar con su tridente, y les pareció cuerdamente a los Atenienses que caballos eran instrumentos de guerra por el ánimo belicoso; la oliva, símbolo de paz y clemencia. Por eso prefirieron el patrocinio de Minerva al de Neptuno, como refiere Plutarco. Cuando Isaías, en nombre de su pueblo, pedía la venida del Mesías para que gobernase el mundo, no le llamó León, que despedace; no toro, que hiera; no elefante, que asombre; no ciervo, que huya, sino cordero, que gobierne. *Emitte Agnum Domine dominatorem terræ*. Porque a la verdad, no se le da el poder al príncipe para que destruya, sino para que edifique y para que, como Augusto César, haga de mármol y de piedras preciosas la Roma que halló fabricada de toscos ladrillos. A esto miraba que de la Torre de David estaban pendientes los escudos: *Mille clypei pendent ex ea*. Armas defensivas, no ofensivas; porque el príncipe, verdaderamente piadoso, no ha de usar del poder de la majestad para herir, sino para defender, si bien cuando ocurre la ocasión de reprimir el vicio, ha de tener ánimo osado y valiente, que es lo que llamó David perfecto aborrecimiento de los enemigos, con que se aborrece el delito, no la naturaleza, como lo ponderaba San Agustín: *Oderant in eis iniquitates eorum, diligebant conditionem suam*. Que ni se han de aborrecer los hombres por los vicios, ni éstos se han de amar por los hombres, y esto es aborrecer perfectamente a los enemigos de Dios.

No obsta, para el acierto en el gobierno, que la clemencia sola sea adorno de la majestad, porque tal vez conviene se vista de severidad para administrar justicia, y ha de proceder de manera que no la severidad disminuya el amor ni la demasiada clemencia la autoridad, porque tan grande crueldad es perdonar a todos los delinquentes como no perdonar a ninguno. Agudamente tocó este punto el cónsul Frontonio, como refiere Fulgoso viendo al emperador Nerva, que entregado a la vejez y a la flojedad, usaba de piedad con todos los delitos y delinquentes y dejó aquella grave sentencia: Molesta cosa es vivir en el gobierno de un príncipe tan rígido e intratable, que todo halle torpe y nada se pueda obrar lícitamente; pero sin comparación es peor aquel en cuyo dominio son lícitas a todos todas las cosas, sin que se haga asco del más detestable vicio, con que se da en el gravísimo inconveniente de no haber distinción entre buenos y malos.

Cristo, Señor nuestro, se apareció en el Tabor entre Moisés y Elías; Moisés, blando; Elías, severo; dando enseñanza a los príncipes de las virtudes de que se deben acompañar para tener acierto en el gobierno y que no basta estar acompañados de todas las virtudes si les faltan las que pide el gobierno, que son clemencia y severidad, templadas como las pidieren las ocasiones y los tiempos.

Otros dos extremos turban el buen gobierno de una monarquía, y los llamó Pedro Gregorio Tolosano: *Nimia licentia, et nimia restrictio, vel agravatio*. Entiéndolo así: Conceder el príncipe lo que no es justo y negar lo que está puesto en justicia, es ocasión para que no vivan quietos los vasallos viendo se les concede a unos lo que se niega a otros. Y esto tiene más fuerza si para hacer gracia en lo superfluo, se quitase a algunos lo necesario. Inclínase más la naturaleza a conservar lo que tenía que a adquirir de nuevo, y así es más sensible privar a un hombre de aquello de que tiene dominio y posesión, que negarle lo que, aunque lo tenga merecido, no tiene real derecho a ello. Y de

aquí se sigue que el que recibe la gracia no la agradece y queda ofendido el que ha de contribuir de lo propio al aumento ajeno.

V

Hay grande diferencia entre el sabio y el necio. Cristo, como Sabiduría eterna, guardó para el remate de la vida las mayores finezas de amor y de humildad, ocultas hasta aquella ocasión.

No era cosa inútil en Cristo su modo de vida retirado, como de sentencia de San Buenaventura queda arriba advertido, sino muy provechoso y conveniente, que callando enseñase con obras lo que por no ser ocasión no se libraba en palabras, y que su silencio fuese una tácita enseñanza; que no es mala razón de estado, en los Príncipes, saber callar hasta su tiempo las materias que por intempestivas pierden su conveniente ejecución.

Gravemente dijo el Espíritu Santo, señalando la diferencia que hay entre el sabio y el necio, que éste nada sabe disimular, todo lo que sabe lo arroja de una vez: el sabio no, revela algo cuando conviene y dilata lo demás hasta su tiempo. Vacíase el necio de todo lo que tiene en el alma, de sus pasiones, aficiones y secretos: el discreto va poco a poco, manifiéstase cuando conviene y reserva para la ocasión forzosa la manifestación de lo que disimuló. Este fué el pensamiento de Cristo casi en todo el discurso de su vida; y aunque en todo tiempo descubrió las fuerzas de su amor con los hombres, reservó las mayores para la víspera de su muerte. Entró en el mundo este Señor enamorado de los hombres, pero enamorado discreto, que si descubría algo de su amor, encubría las mayores finezas. Dió aviso de su

nacimiento a los pastores, a tres reyes solos. ¿Por qué no a todos los del mundo? Estaba enamorado de su Madre, y en las bodas ya dijo un desvío: *Quid mihi, et tibi est, mulier?* Guardó para la Cruz las mayores finezas; trató con sus discípulos, a quienes quería como a sus ojos; y tal vez llama a Pedro Satanás; necios, a Juan y Diego; imprudente, a Felipe; notó a todos juntos de ambiciosos; reprimía sus pasiones y disimulaba su amor. Pero fué forzoso que este amor, tan íntimo como misterioso, luciese de una vez, que echase el resto en bien de los hombres el que vino a jugar con ellos en el mundo: *Ludens in orbe terrarum*. Y aquí fué, cuando concluyendo dilaciones, todo lo que tenía represado de amor lo manifestó en una noche, que fué antes del día de la fiesta de la Pascua. Amado había Cristo a sus discípulos, dice el Cronista sagrado, y siempre los amó, aunque no siempre les manifestó el amor; pero ahora: *In finem dilexit*. Este fué el pensamiento de Cristo, dice Guarrico Abad, con que dejándose vencer del tierno afecto de su amor, habiendo de ausentarse de ellos, les manifestó dulzuras grandes escondidas que su ardiente corazón ya no las podía disimular más ni diferirlas. Ahorra todo el año un caballero, modera el gasto de su casa, refórmala de criados y de libreas, y una vez que hospeda un Príncipe, se empeña para siempre. Cristo, como cuerdo, regateaba toda la vida las muestras de su mayor amor, y en una noche se empeñó para siempre. Aquí cena con solemne aparato con sus discípulos y en cenáculo grande entapizado, indicio de la opulencia del convite; aquí se levanta de la cena y coge una bacía, y llenándola de agua, lava los pies a sus discípulos; aquí instituye el Santísimo Sacramento; aquí ordena de sacerdotes a los Apóstoles; finalmente, aquí ostentó todo su espíritu y quedó con eternos empeños, *in finem dilexit*, pues se halla empeñado a descubrir la mayor fuerza de su amor, que fué morir por el hombre. Traía el amor a Cristo, como de la mano, en todas sus obras; y ahora le trajo hasta la muerte, reservando el vino más generoso de su san-

gre para el último convite. Fué, dice Pedro Celense, guardar el Verbo Eterno el brotar todo su espíritu a la hora última de su vida. A la hora de la última refacción, al postrer bocado, les dió en un bocado a sí mismo; les brindó con el vino de su sangre. Esta sí que fué discreción y sabiduría.

También disimuló Cristo su mayor humildad, como su amor, hasta la víspera de su muerte; y sabiendo que el Eterno Padre le había entregado todos sus tesoros, que había salido de Dios y volvía a Dios, lavó con humildad profunda los pies a sus discípulos. Cuando Jesús tenía más presente su grandeza, cuando se ve con las manos llenas de las riquezas de Dios, las pone, no sobre las cabezas de sus discípulos, ni sobre sus manos, sino debajo de los pies; cuando el haber salido de Dios y volver a él, arguye la consustancialidad, la majestad y el dominio, entonces toma forma de siervo, se levanta de la cena, quítase el vestido, cíñese un paño, coge una bacía, llénala de agua y empieza a lavar los pies de sus discípulos. Es la mayor ponderación de la humildad de Cristo, guardada también, como de industria, para el remate de la vida. Siempre fué Cristo humilde y Maestro de humildad, de quien todos habían de aprenderla; pero de esta humildad de hoy, nunca había dado lección a sus discípulos. Cosa constante era que había venido al mundo a servir, no a ser servido, pero no hallo que hubiese servido a sus discípulos, antes ellos le servían a él, ya yendo a buscarle la comida, como en Samaria, para traérsela junto al pozo. Y cuando hubo de entrar en Jerusalén, le trajeron los jumentos; y cuando hubo de cenar, ellos le prepararon el cenáculo y la cena. Andaba Cristo como regateando muestras de humildad, como de amor, más ahora que está cercano a la muerte, echa el resto a la humildad, y cuando para que luciese más se llama imagen de su Padre, igual al que le engendró, y vuelve al lugar donde salió; cuando lucen más los rayos de su grandeza, es mayor su humildad; ocupa sus manos en lavar pies, cuando por

estar llenas de todos los bienes de Dios, puede dar reinos y asegurar eternidades de gloria. Cuando salió de Dios y vino al mundo, da a entender vino a quitar manchas, a limpiar pies de pecadores, y vuélvese a Dios, que del lavatorio empieza el viaje. ¡Oh, humildad monstruosa a vista de la mayor grandeza, hija legítima del amor! Que a no tenerle Cristo y tan fervoroso, ¿cómo se ejercitára en tan viles ministerios? ¿Y cómo rindiera soberbios y endurecidos corazones? No venciera Cristo al demonio, aunque podía, estándose solamente en la Majestad de Dios; humillóse y rindióle; pero no le obligó a eso fuerza alguna, sino puro amor, e hizo humilde lo que no había hecho antes de humillarse.

Pinta el Espíritu Santo las hazañas más ilustres de los soldados y capitanes del ejército de David, y pónle a él en primer lugar, como a Capitán general; mas lo que me espanta es, que tratando de su valentía, le compara a un gusanillo pequeño, que tiene por casa un madero. Aquí está la dificultad: si era David tan soberano que de un ímpetu sólo quitó la vida a ochocientos hombres, ¿para qué me le llama gusanillo muy tierno? Llámale gusano debiendo llamarle león o fiera desatada. ¿Cómo en un hombre caben títulos tan monstruosos? Es, dice Drogon Hostiense, que miraba a Cristo, de quien David, por la humildad y mansedumbre, fué figura expresa. Cristo es como precioso gusanillo que nacido de Madre Virgen, con humildad y amor, taladró la altivez mayor de los soberbios árboles del mundo, y con el ímpetu valiente de su espíritu, destruyó, no sólo ochocientos, pero millares de enemigos. ¿Hay valentía más disimulada y que menos lo parezca que la de un gusanillo que entrándose en un madero, le va comiendo y taladrando poco a poco, de manera que por de fuera parecerá fuerte, recio, y adentro estará hecho polvo? Pues esto pretende Cristo con los hombres, soberbios árboles del mundo, cuando se humilla tanto. Entrase en sus corazones y poco a poco taládralos, hácelos polvo, humíllalos con su ejemplo,

oblígalas a que se humillen, que hartas razones tienen para ello, pues se humilla hasta lavarles los pies el Hijo natural de Dios. ¡Mas qué poco se nos luce este ejemplar! ¡Qué poco se humilla el pecador, aunque ve a su Dios postrado a los pies de los hombres! ¿Cómo no te avergüenzas, soberbio, cuando está tu Dios tan humilde? ¿Es posible que teniendo tantos pecados no se te cae el rostro de vergüenza, viendo a tu Dios, siendo la misma santidad, arrodillado y postrado lavando pies de pecadores?

Trataba aquel doctor —Guarrico— de cómo guardaba la Madre de Dios la ley de la Purificación, siendo tan pura, y su Hijo la de la Presentación, siendo Hijo de Dios, no más de por ser humildes. Ojalá (dice) hermanos míos, que nosotros, cargados de culpas, fuésemos tan humildes como los santos llenos de gracia y adornados de virtudes. Ojalá, que tal vez nos ocupásemos en lavar los pies de un pobre, en compadecernos de sus necesidades, para solicitar con Dios el remedio de las nuestras. Aquel Señor, pues, a quien recibieron en Jerusalén con aclamaciones públicas, por quien en señal de alegría y victoria se cortaron los ramos y palmas, a quien postraron las vestiduras, el Príncipe, el Maestro, el Hijo de Dios, a quien reconoce por tal toda criatura y le hinca la rodilla, se inclina a lavar y limpia los pies, para que si el mundo, antes informe, empezó a reformarse por las aguas, las costumbres del hombre (mundo menor) se redujesen a su debida forma y al camino de la eterna salud, por el agua y las manos divinas.

VI

El silencio es llave de oro de la Majestad terrena. Cristo le guardó hasta la ocasión más oportuna. Imitóle su Madre, gran maestra de la Iglesia. Pudo suplir los Concilios Ella en las materias que la consultaban los Apóstoles.

De lo dicho se infiere cuán misteriosamente disimuló Cristo sus palabras y sus obras, hasta que se llegase al tiempo de hacer demostraciones de quién era con ejemplo y doctrina.

No puede dudarse que el silencio del Príncipe es alma del gobierno. Y es célebre la sentencia de Vegecio: que lo que se debe obrar se ha de tratar con muchos; lo que se ha de ejecutar, con pocos o solamente el que lo ha de ejecutar; conque el silencio viene a ser llave de oro de las disposiciones, hasta que se llegue el tiempo sazonado de que salga a luz lo que se oculte.

A esta traza tiene Dios debajo de la llave de su eterno silencio muchas cosas, que se malograrán si se publicaran sin tiempo. Cuando no fuera eterna sabiduría, que se le ocultase al hombre el día último de su vida, según aquello del Eclesiástico: *Nescit homo finem suum*, sería alta razón de estado que Dios no lo manifieste, para desterrar torpezas en el camino de la virtud, y que no diga el lascivo que quiere darse a todos los deleites hasta tiempo señalado en que toque a recoger con la penitencia. Nadie sabe con certeza de fe si está en gracia de Dios. Este secreto sacratísimo lo cierra Dios con la llave del silencio para que el fiel no flaque en el ejercicio de las virtudes, sino que tenga felices progresos en ellos y haga cierta su vocación y elección por las buenas obras, como dijo San Pedro.

El templo que dedicaron los antiguos al consejo de las

materias grandes, concernientes al bien público, lo pusieron debajo de tierra, como dijo Enrico Farnesio, dando a entender que los secretos de los príncipes han de estar enterrados hasta que sea fuerza los resucite la conveniencia pública. Era el águila entre los romanos (como el cocodrilo entre los egipcios) jeroglífico del príncipe, porque sólo el águila entre las aves vuela sin hacer ruido, y el cocodrilo ni tiene lengua ni forma voces. Enseñanza a la Majestad de cómo debe obrar en el gobierno de sus reinos; tal vez como si no tuviera lengua ni voces, o volando como el águila en sus decretos y resoluciones, sin ruido, hasta que llegue la ocasión de hablar. He notado que David, en el salmo 38, le decía pusiese una guarda a su lengua y una puerta a sus labios. No se puso perpetuo silencio, como notó San Ambrosino, sino guarda que abre y cierra cuando conviene. Así Cristo, bien nuestro, Príncipe de las Eternidades, cerró con el silencio muchos misterios de su vida retirada, para romper después el silencio a su tiempo.

Esta fué la razón de estado que tuvo la Reina de los Angeles cuando, como dijo San Lucas, conservaba y confería en su corazón los misterios de la infancia de su Hijo para manifestarlos después, como lo hizo, y ser Maestra de los Apóstoles y de los Evangelistas. Así lo pondera Santo Tomás de Villanueva, y lo aseguraron antes muchos Padres de la Iglesia. Ildefonso llama a Nuestra Señora, Evangelista; Buenaventura, Maestra de los Evangelistas; Anselmo la llama Voz de la verdad; Ruperto, Maestra de los Apóstoles, que si los enseñó el Espíritu Santo, la voz de María fué voz suya. Y por eso dijo Bernardo que según el Apocalipsis (*de throno procedebant fulgura, et voces, et tonitrua*), es María Trono de Dios y de allí salieron debajo de los símbolos de rayos, voces y truenos, parábolas, enigmas, misterios de la vida de Cristo, especialmente de su puericia e infancia.

No falta quien diga que todo el tiempo de la vida de esta Señora no tuvieron necesidad los Apóstoles de congregar Concilio, porque asentían a su resolución en las materias

que ocurrían. Así lo afirma Viguerio. Y para eso la dejó Cristo en el mundo cuando subió a los cielos, para que como Maestra de los misterios acudiesen a ella los Apóstoles como a una librería santa, adonde se aprenden y estudian todas materias. Y como a una copiosa biblioteca de diferentes libros, unos van a estudiar la Teología Escolástica, otros la Expositiva, éste se inclina a lo moral, y otros a lo historial, y allí se aprende de todas letras y humanidades, así los discípulos de Cristo iban a consultar a esta Señora en los dogmas de la fe, en las verdades de la Escritura, en el punto de las buenas costumbres y en todas las demás pertenecientes al buen gobierno de la Iglesia. Los que la podían visitar personalmente la consultaban así; los demás, por cartas. Así hallamos algunas entre las obras de San Ignacio Martín. San Dionisio Areopagita la visitó en Nazareth y la dijo aquello que comúnmente se refiere, que creyera fácilmente que era Dios si el Apóstol San Pablo, su Maestro, no la hubiera instruido de la divinidad de su Hijo. Después de la gloriosa ascensión al cielo, que fué a los catorce años después de la ascensión de Cristo, tuvieron necesidad los Apóstoles de juntarse en Congregación, y tuvieron aquel Concilio de que se hace mención en los Hechos Apostólicos.

No dejó escrito María Santísima libro alguno dogmático, como ni de Cristo tampoco se refiere, si bien escribió aquella carta al rey Abágaro, como refiere Eusebio. Y aunque el Papa Gelasio II, entre otros escritos apócrifos, la pone, no faltan autores de opinión que la aseguran, y que a este mismo rey le envió un retrato suyo, como lo refiere Damasceno, y de que se hace mención en el segundo Concilio Niceno y la admiten por constante muchos historiadores de opinión. También se refieren cartas que escribió la Reina de los Angeles, especialmente a la ciudad de Mecina, de quien hace mención Flavio Dextro y otros autores antiguos y modernos, por intervención del Apóstol San Pablo, que estando predicando en la Calabria fué llamado de los ciuda-

danos de Mecina para que les predicase. Fué el Apóstol a aquella ciudad, y el primer día predicó de la Pasión de Cristo; el segundo, de la Virginidad de su Madre y de la Encarnación del Verbo. Aficionáronse los mecineses a esta Señora, y en compañía del Apóstol, fletando un navío, enviaron sus embajadores a Jerusalén a visitarla. Llegaron a la santa ciudad, y hecha primera oración, la recibieron por su Señora y Patrona, y con esta ocasión la Sacratísima Virgen escribió a los ciudadanos de Mecina, en la lengua hebrea, la carta que, traducida en latín, en griego, en siriaco y en nuestra lengua vulgar, traen muchos autores, su fecha el año cuarenta y dos de Cristo. También blasona de este mismo favor la ciudad de Florencia, materia que se puede ver en otros autores.

Observó la Virgen el estilo de su Hijo, reservando las noticias de sus misterios hasta que se llegase la ocasión de que se manifestase al mundo, no solamente lo singular de su vida y muerte, sino los de su puericia, infancia y juventud. También tuvo Nuestra Señora ocultos sus prodigios, pues no se lee que obrase algún milagro, si ya no es que en aquel inefable de la Encarnación de Cristo (que si no la mereció de condigno, la mereció de congruo, como dicen los teólogos) estuviesen rectificadas todas las que podía obrar. Verdad es que, aunque no se leen milagros de Ella, no se sigue de ahí que no los hiciese, porque no todas las cosas que obró están escritas, como dijo en sus Instituciones Viguero. Basta que después de su Asunción a los cielos se publiquen sus milagros, mayores que de todos los santos de la Iglesia. Es muy de Cristo y María tener oculta su virtud, poder y autoridad hasta la ocasión más importante. De sí habló Cristo, Señor Nuestro, cuando en el capítulo 4 de San Marcos se comparó al grano de mostaza. No se le conoce al grano de mostaza la virtud que tiene, porque está oculta; es muy pequeño cuando se siembra; pero llegando a deshacerse, descubre la virtud que ocultaba y crece de manera que, sobre hacerse mayor que todos los arbustos, compite

con los árboles y pueden anidar en sus ramas y a sus sombras las aves del cielo. Grave y dulcemente lo ponderó Santo Tomás de Villanueva, considerando al Señor ya crecido y cómo desde las niñeces en que estaba oculto caminó á hacer ostentación de una grandeza infinita: *O mirabilem potentiam pueri! O infantulum tenerum, Angelicis potestatibus tremendum! O granum sinapis, quantam intus virtutem contines! Contunderis aliquando et quid intus lateat, apparebit; omnibus enim oleribus maius fies ita ut aves coeli sub tua umbra resideant...*

Y aquí, donde descansan las aves, descansará bien nuestra meditación, para dar lugar a otros progresos de la vida de este Escondido Príncipe.





MEDITACION XVII

I

Noé, Abrahám y David fueron símbolo del Príncipe Escondido. Los Príncipes seculares deben mucho a los Eclesiásticos. Son ilustres sus blasones. El Romano Pontífice, con todo esfuerzo debe asistir a los Príncipes católicos.



UNQUE Cristo pasaba su vida oculta en Nazareth, no dejaba de acudir al Templo los días señalados por la ley, según la forma y el uso que comprendía a los varones de la provincia de Palestina, como lo observó el Abulense, a que no estaban obligados los judíos que habitaban en reinos muy remotos. Con estas subidas al Templo era Cristo conocido en su persona, no en su virtud, porque estaba oculta hasta su tiempo, como estuvo la de Noé, que nadie entendió había de ser el que conservase el mundo, como después se experimentó con la inundación del diluvio. Y para que fuese conocido en todo el universo, dispuso Dios viviese cien años después de la inundación, para que le tuviesen por restaurador de los hombres que habían quedado después del diluvio y los que naciesen después de su restauración. Y parece que con

mejor título que el primer hombre, porque si aquél dió el nombre a todo viviente, Noé les dió la vida en aquella primera nave, como lo ponderó San Basilio de Seleucia. Y la diferencia que hay entre dar el nombre y el ser, esta ventaja hizo a Adán Noé, con que quedó muy conocido en el mundo. Oculto estaba Abrahám en Caldea, y nadie sabía la virtud que Dios tenía depositada en el santo Patriarca, que había de ser el padre de la Fe, y en quien, a costa de su sangre, tuvo principio el pueblo fiel que dió culto al verdadero Dios. Cuando David era pastor y habitaba los desiertos guardando el ganado de su padre, tenía muy oculta la virtud de reinar; a su tiempo le manifestó Dios, y declaró que era hombre ajustado a su corazón, y puso sobre su cabeza la corona de Israel.

Todos estos fueron símbolos y presagios de la vida oculta del Príncipe Cristo, y así dijo Simón de Casia: Aún no había llegado el tiempo y la ocasión en que Cristo descubriese la cara para corregir y enmendar los desórdenes del Templo, casa de su Padre y casa suya, aunque cumplía con la obligación de la ley, hallándose presente a las materias del culto divino, y tengo por constante que ya a este sacerdote sumo le abrasaba el corazón el celo de aquella casa a quien profanaban los sacerdotes con culpas, los gentiles con amagos de introducir en él idolatrías.

Mucha veneración se debe al Templo y a los sacerdotes del Señor, de que están llenas las Historias, y de la obediencia que les prestaron los Príncipes. Teodosio, Emperador, después del estrago de Thesalónica, ¡qué rendido estuvo al Príncipe Ambrosio! El Emperador Máximo a San Martín; Athila a San León, Papa; Mauricio, Emperador de Constantinopla, a Gregorio Magno; Federico I, a Adriano IV. Y no me admiro de éste y otros sucesos, que prueban la veneración que los mayores Príncipes del mundo han hecho a los sacerdotes, cuando leo los títulos gloriosos con que los engrandecen la pluma del Espíritu Santo y las de los doctores de la Iglesia. El Exodo los llama dioses; Malaquías, án-

geles; Jeremías, reyes; David, príncipes; Miqueas, señores; San Mateo los llama luz; San Lucas, sal de la tierra; San Jerónimo, vicarios generales de los apóstoles; San Gregorio, estrellas del mundo; San Basilio, hachas encendidas; Teodoro, ayudantes de Dios.

Los Príncipes, por la causa pública, se rinden a la cabeza de la Iglesia, y decorosamente le besan el pie, inclinando el hombro, para tener en pie su máquina; hazaña de Reyes católicos, porque no fluctúe la nave de San Pedro, ni blasones el enemigo contra Roma. Para excusar muchos accidentes, que si no la anegan, la amagan y turban su quietud, es convenientísimo que el Romano Pontífice asista con su autoridad a los Príncipes católicos, contra otros que no justificaren sus causas o pretensiones; que sobre ser punto de justicia y atención debida a la cabeza de la Iglesia, es alta razón de estado para la conservación de la paz pública y de la Silla Apostólica.

Algo de este asunto puso en un papel docto y cuerdo, a la Santidad de Urbano VIII, don Juan Chumacero y Carrillo, siendo embajador extraordinario del Rey de España en la Curia romana, del Consejo de Castilla, y hoy su presidente meritisimo, sobre la exclusión del obispo de Lamego, para que el Pontífice usase de la potestad directoria que tiene en los Príncipes temporales, y de la coactiva, en casos de inobediencia a la dirección justa en bien de la Iglesia. Inocencio I excomulgó al Emperador Arcadio y a la Emperatriz Eudoxia, porque consintieron en el destierro de San Juan Crisóstomo; León IX excomulgó al Rey de Hungría porque no admitió la paz con Henrico, Rey de los Francos; Gregorio VII excomulgó a Nicéforo, usurpador del Imperio, y asistió al Emperador Micael, que era el dueño propietario; Gregorio IX excomulgó a Henrico por haber usurpado el Reino de Nápoles, no obstante el derecho de sucesión legítima a los estados de su padre.

Estos y otros ejemplares propone, muy ajustados a su intento, el doctísimo embajador; yo al mío propondré lo que

he descubierto. Inocencio III excomulgó al Emperador Otón, cuarto de este nombre, y por mal afecto a la Iglesia, le privó del título del Imperio; Inocencio IV, en el Concilio general de León de Francia, con acuerdo de todos los padres del Concilio, depuso a Federico II, y al Rey de Portugal le señaló coadjutor que gobernase el reino, porque la negligencia del Rey ocasionó grave detrimento de la República y de la Religión en la Lusitania; Gregorio VII depuso al Emperador Enrique IV; Clemente VI a Ludovico IV, a quien tenían excomulgado antes los Pontífices Juan XXII y Benedicto XII; León III, viendo lo que padecía la Religión cristiana, por la negligencia de los Emperadores griegos, trasladó los derechos del Imperio Romano, desde Constantino, hijo de Irene, a Carlomagno, Rey de los Francos; el Papa Zacarías privó del Reino de Francia a Childerico porque, con su gobierno, tenía grandes riesgos la Religión católica, y se le dió a Pepino, padre de Carlomagno; la Santidad de Paulo II excomulgó a los que en Castilla seguían al Infante don Alonso contra el rey don Enrique IV, su hermano. Basten estos ejemplares, aunque se pudieran traer más; de donde constan las asistencias que los Pontífices, en virtud de la suprema autoridad de su Silla, han hecho a los Reyes católicos en favor de la Iglesia, contra los que les invadían sus derechos y justa posesión de sus reinos, excomulgando, anatematizando y privando de sus Imperios y dignidades a los que intentaron entrar en ellas con violencia; moneda con que los romanos Pontífices deben pagar la obediencia, reconocimiento, obsequio y fidelidad que tienen los católicos Príncipes a aquella sacra Sede.

II

El Principe Cristo entra con aplauso dos veces en la Corte de Jerusalén. Ponderase el celo del honor de su Palacio y casa de su Padre.

Halláronse en Cristo (aun por la sangre que tuvo de sus mayores, especialmente de su Madre) los empeños de rey y de sacerdote, si bien su sacerdocio, cuanto al espíritu, no había de ser según el orden de Aarón, sino de Melchisedech; pero estuvieron en su dictamen, que es el fiel de la razón, tan iguales las balanzas, que celó y veneró el estado sacerdotal y el templo sin vulnerar los derechos del César ni de los Príncipes del mundo, y obró en todas ocasiones con la atención que pedían materias de tanto peso. Lo primero se vió en las entradas que hizo en el templo, cuando ya manifestaba quién era, y lo segundo, en la paga del tributo que pagaban las familias o personas al César en reconocimiento de la Majestad temporal.

Dos veces, entre otras, entró Cristo, Señor nuestro, en el templo de Jerusalén. De la una hace mención San Juan en el capítulo segundo, y de la otra, San Marcos, en el capítulo veintiuno. Al primer año de su predicación se halló en la solemne fiesta de la Pascua que celebraban los judíos. Fué a cumplir la ley del Exodo. En esta ocasión, en el atrio del templo, adonde se ofrecían los sacrificios, se hacía oración y se leía la ley (que al Tabernáculo no entraban sino sólo los sacerdotes), halló una gran tropa de mercaderes y trahantes que vendían bueyes, ovejas y palomas, como se acostumbra hoy, a las puertas de los santuarios, haber aparato de medidas e imágenes de los Santos; a otro lado vió una tropa de usureros, que con banco público y de asiento daban y recibían dinero con trato ilícito, llevados de su con-

dición, contra lo que tenía determinado Dios en el Deuteronomio. Era el pretexto que los peregrinos que acudían al templo hallasen pronto trueque y cambio de la moneda, como dicen los hay hoy en las gradas de San Pedro de Roma. No le pareció a Cristo cumplía con las obligaciones que tenía a su Padre si toleraba tan grande desacato y atrevimiento; y así, cogiendo un azote, echó más que de paso a los mercaderes del templo con sus mercaderías. Infeliz pronóstico (dijo Orígenes) para la sinagoga, arrojar fuera del templo lo que acostumbraba a sacrificar; presagio de que muy presto darían al traste sus sacrificios y sacerdocio. Derribó las mesas de los cambios, y a los que vendían palomas les dijo con imperio: Quitad esto de aquí, vaya fuera, que no es bien hacer casa de contratación la casa de mi Padre. Y llamando suya la casa del Eterno Padre, ingirió aquella verdad de ser Hijo natural de Dios. Este suceso y ver a Cristo tan celoso de la honra de su Padre, despertó la memoria de los Apóstoles y se acordaron de lo que estaba escrito en el salmo 68: *Zelus domus tuæ comedit me*. El amor impaciente, que no admite compañía, y que su casa fuese común a lo sagrado y profano, le comía el corazón; que el celo, como dijo Alcuino, es un fervor del alma, que desechando miedos sale intrépidamente a la defensa del honor. Pidiéronle los interesados algún milagro (cosa ordinaria en los judíos, como dijo San Pablo: *Judei signa petunt*, y herencia de sus mayores, pues se le pidieron a Moisés en Egipto para asegurarse de la autoridad del capitán general, como consta del Exodo). Respondió el soberano Maestro: Desbaratad este templo y le resucitaré dentro de tres días. No merecieron los judíos que les hablase con claridad, sino debajo de la metáfora de su muerte y resurrección, y se conoció en la réplica de cómo podía levantar en tres días un templo que habiendo empezado a edificarle Zorobabel al primer año del rey Ciro, duró la fábrica hasta el año sexto de Darío, hijo de Hidaspe, que pasaron cuarenta y seis años de por medio. Hablaba Cristo del templo

de su cuerpo, cosa que aun los Apóstoles no entendieron hasta verle resucitado. Duró la solemnidad de la Pascua siete días; obró Cristo muchos milagros en el templo (que no están escritos); creyeron muchos, pero no se fiaba de todos, porque conocía los interiores, el entendimiento, la voluntad, el afecto y que muchos empezaban a aborrecerle por interesados en aquellas ganancias que prohibía.

La entrada más ruidosa que hizo este Señor en Jerusalén es la que se refiere en el capítulo 21 de San Mateo: Rondaba ya la puerta a su amada Jerusalén (ciudad de su hermosura, porque había de ser el teatro de sus afrentas) Cristo, Señor nuestro. Muy cerca estaba de sus soberbios muros, cuando llegó a Betage (casa de campo de los prebendados del templo a un lado del monte de las Olivas), y allí, gozoso y contento porque, se llegaba la hora de morir por el hombre, quiso se manifestase su alegría con dejar asombrados los ciudadanos, viéndole entrar entre ramos y palmas de vencedor triunfante, acción que por nueva y nunca vista en Cristo pudo asombrar, pues habiendo entrado otras muchas veces en la ciudad santa, nunca con las ceremonias de aquel día. Nunca para entrar Cristo en Jerusalén buscó cabalgadura, como en esta ocasión, que envía dos discípulos para que, desatando un jumentillo y a su madre, sin resistencia suya ni de sus dueños, se le trajesen allí, cumpliéndose a la letra lo que del rey de Sión, manso y humilde, estaba profetizado por Zacarías. Obedecieron con puntualidad los Apóstoles, y aún excedieron del orden (bien que excesos tales, alabanza granjean, no censura) pues no sólo trajeron el animal del triunfo, suelto y libre, sino que le hicieron silla y gualdrapa de sus vestiduras, obligando al Redentor a que de esta manera se pusiese a caballo. Nunca, sino esta vez, salió Cristo entre verdes ramos y victoriosas palmas, porque en esta ocasión sola fué cuando muchos de los ciudadanos de Jerusalén trepaban por los frondosos árboles, y cortando sus ramas, unas sembraban en el camino para que sirviesen de alfombras, como los vestidos, y

todo lo tuviese debajo del pie el vencedor, y otras llevaban en sus manos, para mayor solemnidad del triunfo. Nunca así excitó los ánimos para que desatasen los labios en alabanza de su divinidad como en este día, pues las turbas que iban delante haciendo plaza y las que iban detrás (como guardándole las espaldas) decían a una voz: *Hosanna filio David: benedictus, qui venit in nomine Domini*; pidiéndole como a Dios la salud del alma, que esto suena *hosanna*, dice Simaco, del verbo *hosiach*, que es lo mismo que *salvificare*. Y llamándole Bendito, que venía en nombre del Señor, empezó el aplauso cerca del monte de las Olivas, corrió la fama por la ciudad de Jerusalén y excitáronse los ánimos de los ciudadanos por la novedad, preguntándose unos a otros: *Quis est hic?* Terminóse la célebre entrada en el templo, e indignado ya Cristo de que no se hubiesen corregido los mercaderes con la advertencia que les había hecho dos años antes, reprendió agriamente la reincidencia y haber hecho cueva de ladrones la Casa del Señor.

III

Debe ser venerado con mucha atención el Templo del Señor. Obras, no palabras, le tienen en pie. Arrojó Cristo del atrio los contratantes y mercaderes.

Estas entradas de Cristo en Jerusalén y en su Templo, por nuevas y singulares, causaron pasmo y asombro a aquella República populosa y a sus ciudadanos, y lo que ellos vieron con los ojos del cuerpo, vió con los del espíritu el Rey Profeta, cuando dijo: *Viderunt ingressus tuos, Deus, ingressus Dei mei; Regis mei, qui est in sancto*. Estas entradas de Dios fueron, dice Teodoreto, las que hizo Cristo en bien de los hombres, y los varios caminos de procurar nuestra

salud. Sea, pues, uno el haber entrado en Jerusalén, en su Templo santo, pues no dió paso que no fuese ordenado a este fin del aprovechamiento de los hombres. Dícele, pues, el Profeta: Vuestras entradas en Jerusalén, Dios mío, no fueron solapadas, ni a lo encubierto: todos las vieron, desde el anciano y lleno de canas, hasta los niños tiernos; todos se hallaron presentes y salieron a recibiros, y fueron entradas, *Dei mei, Regis mei*, de Rey mío y de Dios mío. Como Rey entra Cristo, alborotando al Estado secular, conmoviendo la plebe; como Dios y sacerdote sumo, en el Estado eclesiástico: *Cum intrasset Jesus Ferosolymam, commota est universa civitas*. Milagro de los mayores que Cristo hizo, superior a la muestra de ellos, que fué el de las Bodas, dice Orígenes. Pues un hombre pobre y de humildes parientes, fué poderoso para entrar triunfante como rey, sin ir capitaneando ejércitos, ni con vara alta de juez. ¡Prodigioso caso! Por tal lo pondera San Juan Crisóstomo. Ponderen otros los milagros de Cristo, las curas maravillosas, dar vista a ciegos, oído a sordos, vida a muertos; mas para mí no hay milagro que tanto me persuada el poder y majestad de Cristo, como ver que un hombre en la voz y fama, hijo de un carpintero, tan pobre que no tenía casa, ni adonde reclinar la cabeza, no tenía ejército, no era capitán, no era juez, no tenía título alguno de los que el mundo adora, con todo eso entra en Jerusalén y en su Templo, alterando el mundo.

Entró Cristo en Jerusalén, fuése derecho al Templo y arrojó del atrio una multitud de mercaderes y contratantes, que desestimaban su soberano Alcázar. La irrisión que se hacía a la casa de Dios consta de haberla hecho lonja de contratación los sacerdotes, llevados de avaricia, como dijo San Gregorio, debiendo solamente cuidar de lo tocante al divino culto, de que se tenían por tan observantes. Pero, ¿quién no ve que la estimación, si tenían alguna, de la casa de Dios, era sólo de palabras? Daban voces exhortando al pueblo, que se aficionasen al Templo santo, para que cada

día ofreciesen en él más sacrificios. Mirad, decían, que es templo del Señor, que es templo de Dios, que es casa suya, para robar las ofrendas con capa de culto divino. Así lo dice el gran padre Jerónimo. Y en buen romance pretendían cumplir con Dios solamente de palabra, como si el hablar bien cuando las obras faltan, fuera testigo bastante de la bondad que hace a un hombre cumplir con sus obligaciones. De aquí es lo que pensó Tertuliano, que cuando Dios daba ser a las criaturas, iba vocalmente echándoles la bendición, para que le tuviésemos por perfectamente bueno, por obras y palabras. Y si para que se persuadiesen los hombres que era Dios perfectamente bueno, no bastó (digámoslo así) que hablase, sino que obrase también, ¿qué maravilla se ofenda de los que vanamente pretenden crédito de virtuosos y agradecerle por solas palabras? Entró una vez San Pablo en Efeso, temieron los ciudadanos y sacerdotes la ruina de aquel hermoso templo de Diana, y que predicando el nombre de Cristo, había de dar al traste con el culto de la diosa. Pero es muy de notar que, para tenerle en pie, no le aplicaron otros estribos, sino palabras y vocerías, que toda la ciudad a un grito, por espacio de dos horas, sin cerrar los labios, decían: *Viva la gran Diana diosa de Efeso*. Así lo refiere el Espíritu Santo en los Hechos Apostólicos. Ríese de estos voceadores San Crisóstomo, motejándolos de niños, que con gritos y voces pretendían oponerse a la virtud de Dios y reparar la ruina que amenazaba al culto de su diosa. Mostrábanse celosos con solas palabras, faltando las obras, que eran necesarias en ocasión tan apretada. Así los sacerdotes del templo con solas palabras (en que parecían virtuosos) pretendían crédito de tales, siendo en las obras tratantes y mercaderes y declarados enemigos de Cristo. Los pecados no hay duda sino que amenazan ruina al templo de Dios, y que no está segura su fábrica de la ira divina si no se trata con mucha decencia. ¿Qué maravilla, dice San Jerónimo, si era abominable el trato de los que cursaban en aquel tabernáculo?

Lo mismo hará con el más precioso templo, si viere en él abominaciones. Muchos incendios padeció Roma en diferentes siglos, y todos en pena de culpas. Abrasóse el Capitolio en tiempo del Emperador Cómodo por la injusta muerte de Apolonio, cristiano y senador, y después toda la ciudad, por la muerte de Julio y de otros fieles. Lo mismo sucedió a Constantinopla por el destierro de San Juan Crisóstomo y favor que hacía al hereje Nestorio. Sepan de aquí los eclesiásticos que cursan el coro, que no se agrada a Dios, ni se cumple con su Majestad, con alabarle de palabra, si el ánimo está distraído en codicias desordenadas y en pasatiempos del mundo. ¿Quién duda que al entrar en el templo los sacerdotes de la Sinagoga tropezarían con las mercaderías (cebo de su desordenada codicia) aprovechándose mal del consejo de Salomón en el Eclesiastés? Cuando entrases en la casa de Dios, guarda tus pies, no des algún traspíe. Y aquí Salonio, obispo de Viena, pregunta. ¿Por ventura nos aconseja Salomón que cuando entremos en el templo guardemos los pies de las piedras de sus umbrales? Ea que no; no habla de los pies groseros del cuerpo, sino de los espirituales del alma. Es decir, que a la puerta del templo no halle la voluntad sus vicios, en que tropiece; no halle sus codicias, sus vanidades, que le hagan dar de ojos y manchen la oración y el sacrificio, que ha de ser puro y limpio a los ojos de Dios. ¿Cuántos hay que sin miedo de la ofensa que se hace a la Majestad divina van a buscar a su casa y templo las ocasiones de pecar, no reparando que están a los ojos de Dios? Y por lo menos a los de los ángeles: que como sintió piadosamente San Basilio, están en el templo escribiendo las palabras que dicen los que entran en él. Y Dios, que no puede faltar, está mirando los afectos y leyendo las intenciones de los que entran en su casa. ¿Pues ha de haber alguno tan atrevido que diga palabras descompuestas y dignas de censura? ¿Habrá alguno que no se emplee en las divinas alabanzas? Parecióle a David que no. En el templo de Dios todos dirán la gloria de

Dios; como quien dice, esta es la obligación de los que entran en la casa del Señor: alabarle, bendecirle con palabras y afectos. No es lugar ese de comprar ni vender, de ocupaciones de mundo, sino solamente de tratar con Dios las cosas del espíritu. Pero si hubiese alguno tan atrevido, que dentro del templo tuviese tratos y contratos ilícitos, ahí está Cristo, que le sabrá echar de él. Que no es digno de estar en la casa de Dios quien no se conforma con su voluntad y le pierde el respeto.

En la primera entrada reprendió Cristo con voces honestas la negociación; pero en la segunda, viéndolos ya endurecidos, sacó más a luz su delito, llamando cueva de ladrones la casa que era de oración, que como la cueva oculta los ladrones para salir a robar los pasajeros, así, debajo de apariencia de que atendían al culto divino, paliaban la opresión que se hacía a los peregrinos y agravando los precios, los robaban. Estas reprensiones, que hizo Cristo después con los que profanaban el templo, le abrasaban el corazón todas las veces que entraba en él y no se manifestaba; conque aunque era conocido por la persona, disimulaba el celo del honor divino y del templo profanado, hasta la ocasión que pudo entrar en él con imperio. Pero vuelva el discurso a lo que pasaba en Nazareth antes que se ocupase en estos empleos.

IV

En lo más florido de su juventud causaron asombro las costumbres del Príncipe Cristo. Los herejes le atribuyeron la magia; convence su error San Agustín. No escribió el Maestro Celestial libro alguno. Su doctrina la estampaba en los corazones humanos. Lo demás se reservó a los Evangelistas.

En el Consulado de Cayo Sulpicio y Decio Haterio, a quienes siguieron C. Asinio y Antistio, corrían de la edad de Cristo los años 24 y 25. Era de la fundación de Roma el año 775 y 776, y del imperio de Tiberio César los años 10 y 11. No hubo por este tiempo en Roma, cabeza del mundo, alboroto alguno de los enemigos extranjeros; pero no fué poco sangrienta la guerra doméstica, porque la superfluidad en los gustos y alhajas había crecido sin medida, al paso mismo de la necesidad de la República, de que resultaba grande menosprecio de las leyes, contra lo cual no eran bastante los ordinarios remedios (que las leyes, sobre no ejecutadas, estimadas en poco, ocasionan mayores desórdenes y se defienden los transgresores de ellas cuando ven se pasa sin castigo por las cosas prohibidas). Propúsose en el Senado el daño que padecía Roma y remitióse la reforma al Príncipe; materia a todas luces difícil, porque no es reputación de una Corona intentar cosas con que no ha de salir, y cuando se intenta y no se sale con la reforma, es gravísimo el daño, porque se conoce es flaco el poder para corregir las malas costumbres en los poderosos y ocasiona mayor osadía a los transgresores de la ley. Era esta culpa vulgar entre los señores, con que se hacía más difícil de reparar; lo conoció así Tiberio, y por no hacerse odioso a la Nobleza, hurtando el cuerpo a la obligación de

atender a la observancia de las leyes, escribió al Senado lo que sentía, deseando hubiese algún magistrado que con valor y celo del bien común tomase por su cuenta la reformatión de las malas costumbres de Roma. Y si en él no hubiera sido cobardía no ocurrir a los daños de la República, pudiese ser buena razón de estado, que el Príncipe no ha de tomar el oficio de los jueces ordinarios, especialmente en materia que no excede la jurisdicción ni capacidad de los ministros. La reformatión de los gastos excesivos digna es de pasar por los ojos del Príncipe, porque es una parte general que toca a todos estados, pues se afecta en los inferiores la igualdad a los más ricos, y lo que hace especialmente guerra a un Reino y Monarquía es el gásto de las mujeres, pues para su adorno se lleva el dinero a los mayores enemigos, como lo dijo Tácito. A este tiempo, pues, el Príncipe que nació en Belén, en la casa solariega de su padre David (presagio feliz de su principado), como del emperador Calígula lo refiere Suetonio, porque nació en la campaña:

*In castris nat, Patriis nutritus in armis,
Jam designati Principis nomen erat,*

teniendo su habitación en Nazareth, era asombro del mundo verle en lo más florido de su juventud cómo se portaba en las costumbres, en las palabras, en el vestido, con tal compás y modestia en todas las acciones, que ninguna de ellas podría padecer censura de presunción o liviandad. Así lo pondera Simón de Casia. Causaba, y con razón, asombro la gallarda juventud de Cristo, hombre insigne entre sus coetáneos, grave en las costumbres, alegre en el rostro, honesto en el andar, inclinados los ojos, hablando poco y con utilidad, sin clamor y con voz baja, discretísimo en lo razonado, vestido sin superfluidad; andaba con pasos medidos, descansaba cuando lo pedía la ocasión y en todas materias tan bien morigerado, que no le pudiese notar cosa reprehensible la mayor y más grave calumnia. ¡Qué pocas alha-

jas tendría en casa de su Padre, qué moderación en el vestido, qué poca profanidad en el traje, qué observante de las leyes, qué templado y usando precisamente de lo inexcusable para la vida y gastándola en ocupaciones honestas! Cumplió con todas las leyes de la modestia, humildad, apacibilidad, entereza y recato, con ser infinitamente poderoso.

No faltaron herejes que imputaron a Cristo que había desde la infancia y juventud entregádose a la magia. Así lo sintieron los Valentinós y Gnósticos, e introdujeron este error en el libro *De Infantia Salvatoris*, que prohibió (como arriba queda advertido) el Papa Gelasio II, y contra quien escribieron Ireneo y Epifanio. No se contentaron con afirmar que Cristo hubiese ejercido ese arte, sino que corrió voz en aquel siglo entre los gentiles haber visto y leído algunos libros de Cristo, dirigidos a San Pedro y San Pablo, adonde estaba escrita la suma del arte mágico, en cuya virtud, en todas edades había obrado sus prodigios y milagros. Así lo refieren San Jerónimo y San Agustín. Tomó por su cuenta este Doctor impugnar la osadía y locura de los herejes. Lo primero, porque San Pablo, ni asistió a Cristo estando en carne mortal, ni fué su discípulo ni familiar, ni lo fué hasta que este Señor subió a los cielos. Conque se refuta el error de que Cristo hubiese escrito al Apóstol como familiar suyo. Ni escribió a San Pedro, conque cogido en mentira el hereje, no merece crédito, aunque dijera verdad.

Lo segundo, porque los que presumen que Cristo, por arte mágico, convirtió al mundo e hizo tantos prodigios, no reparan que por esa arte no pudo Cristo antes que naciese, si no fuera Dios, llenar de espíritu divino los profetas que habían de anunciar sus hazañas, porque lo que el mundo vió a sus ojos, estaba escrito por los profetas, y si Cristo hubiera obrado con este arte, no le veneraran después de muerto; pero no pudo ser mago antes de haber nacido, que envuelve una evidente repugnancia.

Lo tercero, neciamente creen que Cristo compusiese li-

bros, porque no los escribió, sino mandó que se escribiesen en crédito de lo excelente de su doctrina, que había de quedar escrita en los corazones con el estilo del Espíritu Santo, para que fuese perpetua que si aquellos nobles filósofos Sócrates y Pitágoras hicieron punto de reputación de no dejar escritas sus doctrinas, si no es en la memoria de sus oyentes, con cuánta más razón el Maestro Celestial había de dejar la suya impresa en los corazones humanos para monumento eterno. Verdad es que escribió Cristo en el pavimento jerosolimitano, no con pluma ni con buril, sino con el dedo (cuando le presentaron la mujer adúltera, como lo dice San Juan) lo que nadie ha sabido leer: *Iesus autem, inclinans se deorsum, digito scribebat in terra*. Más opiniones hay que letras entre los doctores sagrados, sobre ajustar lo que escribió Cristo en aquella ocasión, como se puede ver en San Ambrosio, en Beda, Rabiano y Eutimio. Dictó el Espíritu Santo lo que convenía dejar escrito en la Iglesia. Con que quedan los herejes convencidos de que Cristo no escribió libro alguno, ni usó de la magia, sino de su divino poder para reducir los corazones humanos a su obediencia y obrar sus admirables prodigios, y que no tenía lugar este arte en un sujeto tan lleno de ciencia y de sabiduría, pues por tan alto principio, como ser comprensor, según la parte superior del alma, veía en el Verbo lo presente, pasado y futuro, aunque no todas las criaturas posibles, como enseña Santo Tomás, y se ejercitaba de ordinario en todo género de virtudes opuestas a la magia, vicio abominable.

V

Bajó el Verbo divino al mundo; no cayó del cielo a la tierra. Fué ave misteriosa del Oriente: su morir fué volar. Fué célebre su muerte, glorioso su sepulcro. Débense honoríficas exequias a los varones ilustres. Pondérase la entrada de Augusto César al sepulcro de Alejandro Magno.

Aunque Cristo, en lo florido de su juventud, estuvo fijo e inmoble en la labor de sus acciones virtuosas sin declinar al vicio ni aun en la apariencia, los émulos de su grandeza y autoridad le quisieron hacer mozo y que lo pareciese en las costumbres, como si pudiera caer de su misma altura y eminente ser de Dios. Hizo elegante reparo San Bernardo sobre aquellas palabras de David que, hablando del Verbo Eterno cuando vino al mundo, dijo: que inclinó los cielos y bajó. Y glosó el santo: Bajó, no cayó, que el que cae descompasadamente y sin orden, da con su cuerpo en la profundidad; pero el que baja pone los pies en la escala con tiento y baja seguro. Por tres gradas bajó el Verbo (prosigue el santo): la primera, del cielo a la humanidad; la segunda, hasta la cruz; la tercera, desde allí a la muerte. Y para que se entendiese que su jornada más era de ave que vuela que de hombre que camina, se llamó Cristo ave por Isaías, llamada de Dios desde el Oriente del mundo del nacimiento del sol, y varó cortado al talle de su voluntad. *Vocans ab Orientem avem et de terra longinqua virum voluntatis meae.*

Algunos intérpretes entienden por esta ave al rey Ciro, porque en sus banderas traía un águila de oro con las alas tendidas, como dijo Jenofonte, blasón de que usaron después los reyes de Persia y los emperadores de Roma. Agrádame la exposición de San Jerónimo y de Cirilo, que por

este ave entienden a Cristo, y así lo entendió la Glosa interlineal, que en lugar de la palabra *Avem* puso *Christum*. Ave del Oriente, porque nació hombre en Judea, parte oriental del mundo. Y para significar que no solamente había de ser hombre, sino Dios, después de haber dicho que le llamó su Padre para que viniese del Oriente, añadió: *Et de terra longinqua*: que vino de lejos al mundo; *qui longe a cælo est*: bajó de lo retirado del cielo en cuanto Dios y como hombre nació en el Oriente, para cumplir la voluntad de su Padre. En este sentido tiene lugar lo que notó Arias Montano, que por esta ave entiende al sol, cuyo curso es velocísimo, como del ave más ligera, y con presteza grande caminó la jornada de la redención del mundo, siendo su caminar, volar, y sus pasos, ligeros vuelos por la salud de los hombres, hasta morir en un madero por su rescate.

Pero si llamó el Padre a su Hijo para que muriese por los hombres, no parece que le da título ajustado, que en la filosofía de Job nace el hombre para padecer y el ave para volar. Si la voluntad del Padre es que muera por los hombres y que como grano de trigo caiga en la tierra y le sepulten en ella, ¿cómo le llama ave, cuyo empleo es huir de la tierra y surcar los vientos? ¡Oh, que habló con grande misterio! De Isaac, vivo símbolo de Cristo, dijo con gala San Zenón Beronense, que nació para el cuchillo: *ad gladium nascitur puer*. Cayó Cristo en la tierra y voló, que el morir fué como tender las alas de la Deidad para que el Dios escondido se hiciese tan a su costa manifiesto. Expliquemos más este pensamiento con un lugar del salmo 54, adonde Cristo, por la boca de David, pide alas como de paloma, para volar y descansar: *¿Quis dabat mihi pennas sicut columbæ, et volabo, et requiescam? Ecce elongavi fugiens: et mansi in solitudine*. ¿Qué vuelo es este de Cristo?—pregunta aquí San Ambrosio.—¿Adónde o cómo voló? Y responde muy al intento: Voló Cristo muriendo, voló en su pasión. ¿Pero cómo, si quedó el cadáver yerto? ¿Cómo, si cayó en la

tierra del sepulcro? Es que voló su divinidad, que hasta allí había estado como en olvido, solapada, encubierta. Era Cristo sol con alas en la profecía de Zacarías, pero no descubrió las alas este ave divina, este sol hermoso, hasta llegar al ocaso de la muerte. Ahí voló su fama, su crédito; allí fué conocido. ¿En qué? El lugar que fué término de su vuelo nos lo dirá: paró en el desierto para que en la Iglesia de la gentilidad, desierto y erial estéril, tuviese Dios más hijos que de la fecunda Sinagoga, y que los póstumos de Cristo fuesen más en número y en calidad y se conociese el Padre que los engendró. Ave que murió en el árbol de la cruz y sol que se puso y encerró en tinieblas para salir por segunda vez lustroso por su oriente a nuestro horizonte.

De aquí nació haber sido tan célebre la muerte de Cristo y tan glorioso su sepulcro, según la profecía de Isaías, que todas las criaturas celebraron sus exequias honoríficamente, y un Dios, antes no conocido, se hizo famoso en toda la circunferencia del orbe. Desearon los émulos de Cristo echarle del mundo, borrar su nombre, oscurecer su gloria y que nadie le conociese, y usaron de aquel ardid que profetizó Jeremías. Pusieron en un palo aquel pan divino que bajó del cielo. Como quien echa veneno en la comida y en la bebida ponzoña, y hay quien diga quisieron echarle en el pan eléboro, que es árbol venenoso. Así lo sintió San Vicente Ferrer. Pero ¡qué mal les salió el arbitrio! Por el mismo caso que intentaron y procuraron borrar su fama de la memoria de los hombres, sobre quitarle la vida, corrió de polo a polo el nombre de Cristo y se eternizó en los anales más auténticos a la posteridad. Al nacer, solamente se oía su nombre en los confines de Judea, y cuando mucho, llegó a oídos de tres Reyes de la gentilidad; murió, y al punto sonó su nombre hasta en el más retirado ángulo del mundo, y haciendo con la muerte alarde de su divinidad, se dió a conocer el Príncipe no conocido, y con singular pasmo de todas las criaturas celebraron las exequias al difunto, publicaron las glorias de Dios inmortal. De donde

dijo con razón un autor grave, que todas las heridas de Cristo eran como articuladas voces que publicaban el fracaso de su muerte para que las oyesen los más sordos pecadores del mundo. Fueron lenguas a la fama e incansables voces a la memoria todas las heridas de Cristo, honores debidos a su muerte, glorias que vinculó Dios a su sepulcro.

Infírese de aquí cuán justamente se debe honor a los difuntos nobles que le merecieron con sus hazañas y obras heroicas. En los años que va discurrida la vida de Cristo, murió en Roma Sulpicio Quirino, aquel que fué Presidente de Siria al tiempo que salió el edicto de César Augusto para la descripción del Orbe, como lo testificó San Lucas. Era entonces Herodes rey de Judea y Cirino presidente por los romanos de la provincia de Siria, cuya parte era Judea, que aún no había llegado a tener presidente propio, como le tuvo después. Pidió el emperador Tiberio al senado que la muerte de este Presidente fuese honrada con exequias públicas, como se acostumbraban en Roma a los varones ilustres. Y aunque no tenía parentesco con la familia antigua de los Sulpicios, ni era agradable al pueblo su memoria, por haber repudiado a su mujer Lépidia, que era de gran familia, había sido tan valiente soldado y sus hazañas tan gloriosas al pueblo romano, que fué cónsul en tiempo de Augusto, ganó muchos castillos, alcanzó las insignias del triunfo, fué consejero y ayo del César en Armenia y había asistido con fineza a Tiberio en Rodas, con que se hizo lugar a merecer los honores que en vida y muerte se acostumbraban a los varones de sangre ilustre. No sé si las hazañas que había obrado Quirino en autoridad del pueblo romano fueran bastantes motivos para los honores públicos en su muerte, si en vida no hubiera sido atento al obsequio de Tiberio antes de ser príncipe (que los que se hacen a un hombre siendo particular y viéndose en más baja fortuna, obligan a mucho). Estuvo Tiberio desterrado en Rodas, y aunque había sido tribuno, le redujo la necesidad a estado

de hombre común, como lo pondera Suetonio, y que por envilecer su nombre le llamaban en Roma el desterrado. Y Cayo (ofreciéndole al Emperador si quería le trajese su cabeza) le llamó así. Lección importante a los cortesanos de asistir a los que pueden entrar a la sucesión de los puestos grandes, por tener partes y talento para ocuparlos, que una adversa fortuna los hace más capaces; y aumentan méritos con la tolerancia y vivo estímulo a los que desean merecer honras en la muerte que las procuren solicitar en vida; que quien alcanza el puesto sin méritos y no le gobierna por buenos medios ni atesora honores al cadáver; suple la virtud la falta de la sangre, que nacer de príncipes es beneficio de la fortuna; lo que se adquiere por elección, que es acción libre, da a conocer los más beneméritos con aceptación universal. Así lo dijo el emperador Galba cuando trató de adoptar por hijo suyo a Pisón y por sucesor en el reino, como lo refiere Tácito.

Justamente se consagran honores a los difuntos que supieron ganar con hazañas y obras heroicas el lado y estimación que se debe a la mayor nobleza. Veneración fué, no codicia, entrar Augusto César al sepulcro de Alejandro Magno y reconocer su cadáver (solían enterrarse grandes tesoros con los reyes) pero no entró sino a darle el culto que merecía un varón tan insigne. Cosa singular fué de este príncipe, que en treinta y dos años de edad y en doce años de rey conquistase tantos reinos y provincias. Y aunque el emperador Severo, declarado enemigo de Alejandro, cerró su sepulcro para que de allí adelante nadie le viese ni le venerase, sin embargo, tuvo tan grande estimación su vestido, que se adornaba con él Pompeyo en los días de su mayor triunfo, como lo testifica Apiano escribiendo las guerras de Mitrídates.

VI

Competen los herederos ordinariamente cerca de las joyas despojos de la mortalidad en los antecesores. El cielo y la tierra tuvieron competencia sobre el derecho del cuerpo difunto de María Santísima. Débese culto y veneración a las reliquias de los varones santos. Tuviéronle los patriarcas antiguos. Refiérense las que de Cristo goza hoy la Iglesia.

En todas edades estuvieron en veneración grande los cuerpos y reliquias de los varones ilustres, y había competencia entre los sucesores y herederos sobre quién había de suceder en la joya, en la presea; pues ¡con cuánta más razón se deben estimar los cuerpos de los Santos, ilustres depósitos del alma, siendo más familiar y más unida al cuerpo, que todas las demás alhajas! En esto debiera de fundarse aquella competencia que tuvieron el cielo y la tierra sobre llevar cada uno para sí el cuerpo de la Reina de los Angeles. Como en la resurrección de Cristo se movió la tierra, según aquello de San Mateo: *Ecce terræmotus factus est magnus*, como peleando para no dejar salir aquel cuerpo, a esa misma traza pretendía la tierra del sepulcro de María que no saliese de allí el cuerpo sacratísimo; pero a la conmoción de ese elemento bajó armada la milicia celestial, y divididos los celestiales espíritus en diferentes tropas, unas acompañaban el cuerpo, otras iban delante haciendo plaza y las demás le servían de escolta, hasta que, como arrebatado por la fuerza el cuerpo sacrosanto, reunido al alma, voló por esa región celestial; como quien le quitó de las manos de la tierra, a fuerza y valentía de los Angeles. Murió como mujer, depositóse en el sepulcro; excedió los términos de la naturaleza, y aunque la recibió el sepulcro, no la

pudo detener para que no saliese. Mas ya que la tierra no pudo defender tan precioso tesoro, no por eso se la quitó el honor de haberle tenido, y que aquel sepulcro fragante de aromas divinos fuese fuente de todos los bienes y de la salud de los que con entera fe le frecuentasen. Esto fué como litigar el cielo y la tierra por las reliquias de la Madre de Dios y por la preciosa joya de su cuerpo.

Es muy antiguo en la Iglesia el honor y culto a los sepulcros y reliquias de varones santos, y está fundado en buena razón. Jacob juramentó a su hijo José para que diese sepulcro a su cuerpo, no en Egipto, sino en la tierra de Canaán, entre sus ilustres y santos progenitores Abrahám e Isaac. Muchos motivos pudo tener para este juramento, ya dándoles esperanza de que habían de salir de la cautividad de Egipto, ya para que los sepulcros de sus difuntos fuesen vivos monumentos a la posteridad y estímulo para imitar las virtudes de los mayores; si ya Jacob no tuvo presencia de los misterios de Cristo, que había de nacer, morir y resucitar en tierra de Canaán, como lo notaron autores de opinión. O fué devoción singular querer se diese honorífico sepulcro a su cadáver en la tierra, que en vida y muerte había de autorizar el Hijo de Dios. Y a la traza que al tiempo de morir adoró Jacob la parte más alta del cetro de José y le hizo reverencia por la potestad que ejercía, más dada de Dios que de Faraón, empezó ya desde allí a adorar, como reliquia sacrosanta, la tierra donde había de estar el sepulcro de Cristo, y por eso se dice que se volvió hacia la cabecera de la cama. Fué mirar al Oriente, a la tierra prometida, que así hacían su adoración los hebreos cuando estaban fuera de su patria, como consta del capítulo 6 de Daniel, que en esta forma hacía su adoración estando en Babilonia. Y lo mismo se hallará en la Oración que hizo Salomón en el 3.º libro de los Reyes, el día de la consagración del templo.

De aquí infero yo que en la antigüedad tuvieron veneración las reliquias de los varones santos, y aunque lo nie-

ga un autor moderno, y que este culto empezó en la ley nueva, engañóse, a mi parecer, y el fundamento que trae prueba poco, y es la prohibición de la ley antigua, de que no se tocase el cadáver, porque inducía inmundicia de siete días, como consta del libro de los Números. Y es así, que después de cada ley era inmundo el que tocaba el cadáver humano, y no solamente el que le tocaba, pero si moría en el Tabernáculo, todos los que entraban en él, y los vasos que había dentro quedaban inmundos por siete días, hasta que lavándose con agua hecha de las cenizas de la vaca roja, se purificaban. Ceremonia que imitaron los antiguos gentiles, pues todos los que se hallaban al entierro y cremación de los cadáveres y a recoger las reliquias del difunto, no se apartaban de aquel lugar hasta que, rociados tres veces con agua, purgasen la inmundicia que había causado aquella asistencia. Así lo escribió Virgilio en la muerte de Misenio:

*Ossaque lecta cado textit Corynaeus aeno.
Idem ter socios pura circumtulit unda,
spargens rore levi et ramo felicitis olivæ.*

Pero antes de la ley sabemos que Moisés trajo consigo desde Egipto los huesos de José, y los tocaría al sacarlos de su sepulcro y ponerlos con la decencia que convenía; y José, después de muerto su padre Jacob, le abrazó estando difunto, como consta del capítulo 50 del Génesis, y le dió ósculo de paz, y mandó luego a sus médicos, que ungiesen el cadáver: esto fué culto y veneracion por padre y por santo. Y por tal razón quiso Dios que los huesos de Eliseo diesen vida al cuerpo difunto, a quien quitaron la vida los piratas de Siria, como se halla en las Constituciones Apostólicas de Clemente Papa y Mártir, que andan en el tomo primero de los Concilios. A ninguno de los varones grandes les pareció que necesitaban purificarse por haber tocado los cadáveres y reliquias de sus difuntos.

Del Príncipe Escondido quedaron algunas en la Iglesia: una túnica de lino que vistió Cristo siendo niño, que se

guarda en la iglesia de Santa María la Mayor, en Roma. Las espigas de su corona en muchos relicarios de la cristianidad. Dos en la iglesia de Santa Cruz en Jerusalén de Roma. Otras dos en Rodas, como lo refiere Francisco Mauro Licio. Afirma Guillermo Durante haber visto la corona de Cristo en el tesoro de los Reyes de Francia, que la redimió del poder de los griegos San Luis, rey de Francia. La sábana en que fué envuelto el cuerpo sacrosanto y adonde quedó impresa la imagen de Cristo, se guarda y venera en Turín, corte de los duques de Saboya. De los clavos hay varias opiniones. La Historia Tripartita, a quien siguen Rufino, Nicéforo y Teodoreto, afirman que la madre del emperador Constantino hizo poner uno en el freno del caballo del Emperador para que le ayudase a vencer los enemigos de la Iglesia, según la profecía de Zacarías: *In die illa, quod super frænum est sanctum Domino*. Y así lo entendía San Ambrosio escribiendo de Constantino Magno en la oración que hizo en la muerte del emperador Teodosio. En Milán se venera hoy este clavo, como lo refiere Justo Lipsio, si bien el cardenal Baronio cree se puso este clavo no en el freno, sino en la celada del emperador Constantino. Otro se guarda en la iglesia de Santa Cruz de Jerusalén, como lo refiere Mauro Licio en su Topografía y Adricomio en la Descripción de la ciudad de Jerusalén. Créese, y con grave fundamento, goza de este precioso tesoro la capilla real de los reyes de España en esta Corte de Madrid, y es venerado de los fieles con mucha devoción.

Entre los vestidos de Cristo, Señor nuestro, que quedaron en el mundo, tiene el primer lugar la túnica inconsútil, que presumo fué la interior, y que inmediatamente tocaba al cuerpo sacrosanto. No se dividió como los demás, porque les pareció a los ministros de su muerte no les podía ser de provecho a cada uno la cuarta parte de ella, y por eso la sortearon. Esta túnica fué la que acompañó siempre a Cristo. Y fué la que especialmente se llenó de sangre o de sudor sanguíneo en el Huerto; la que se vió glorificada

en el Tabor, el instrumento de la salud a quien solamente tocó la fimbria.

Mayor dificultad tiene, si quedó en el mundo aquella parte de la carne de Cristo, que se apartó por la circuncisión del cuerpo sacrosanto o la volvió a resumir Cristo en la resurrección, si hay sangre suya en la Iglesia o algunas reliquias de aquella sacratísima humanidad. Acerca de lo primero hay varias sentencias entre los teólogos. Algunos tienen por cierto que Cristo, en su resurrección, volvió a resumir aquella parte de carne, porque pertenecía a la integridad de su cuerpo, especialmente que en el cuerpo glorioso no puede haber defecto alguno, y menos en Cristo. Sin embargo, considerada la carne materialmente, no tiene inconveniente alguno que se conservase en el mundo por la devoción de los fieles, y se tiene por cierto se conserva en la iglesia lateranense, adonde se trasladó en tiempos del emperador Carlos Calvo desde Aquisgrán, como lo refiere el Papa Inocencio III. Y en las revelaciones de Santa Brígida se dice que María Santísima conservó hasta su muerte aquella reliquia, y que la dejó a San Juan, y él a los sucesores, la cual los fieles pusieron en lugar muy oculto, adonde estuvo muchos años escondida, hasta que la manifestó Dios por un ángel; con que se tiene por cierto que está en el mundo esta preciosísima reliquia, y lo aseguran y allanan las dificultades que puede tener, dos graves teólogos de estos tiempos; porque no tuvo inconveniente se conservase en Cristo, después de resucitado, la cicatriz de la circuncisión, como se conservaron las que recibió de su pasión y muerte. Cuanto a la sangre, siente Santo Tomás que no quedó cosa alguna en el mundo, sino que toda la resumió al tiempo de su resurrección, y que aunque en Mantua, Roma y en otras partes se hace memoria de que hay sangre de Cristo, es sangre milagrosa de alguna imagen suya. Fué sentencia de San Atanasio, y se refiere en la séptima del Sínodo general. Pero también es opinión probable la contraria, y de que quedó alguna parte de sangre en

el mundo derramada en su pasión, como se colige de una Extravagante de Pío II, y se hace creíble quedaron algunas gotas de ella en las espinas, clavos, lanza y sudario, para aumentar la devoción de los fieles, como lo refiere el Directorio de los Inquisidores. Y en esta conformidad refieren las Historias eclesiásticas que María Santísima y San Juan Evangelista recogieron un vaso de la sangre que salió del costado de Cristo y le guardaron para perpetuar memoria en la posteridad. Así lo refiere Nicéforo. Otros vasos de sangre que se veneran en algunas iglesias, presumo son de sangre milagrosa de imágenes de Cristo heridas de los judíos, como sucedió en la ciudad de Berito, según la doctrina de San Atanasio.

VII

España ofrece al Senado de Roma edificar templo al emperador Tiberio. No se admite. La virtud tiene sus estatuas, templos e imágenes en la memoria de los sabios. Cristo asecuró el tributo al César. Explicase lo que deben los vasallos a los reyes.

Al año en que corre la pluma, 26 de Cristo, llegaron a Roma embajadores de la España Ulterior y propusieron al emperador en el Senado se les diese licencia para edificar un templo a Tiberio y a su madre, y consagrarle a la inmortalidad de ambas majestades, en la forma que se les había dado antes a los de Asia, compitiendo los reinos y provincias cerca del culto y veneración de sus Césares. Así lo refiere Cornelio Tácito. No quiso admitir el emperador aquella honra, aunque se lo murmuró el pueblo, habiendo murmurado antes su ambición. Algunos lo atribuyeron a modestia; no faltaba quien lo bautizase con nombre de bajeza de ánimo, pues tenía ejemplares extranjeros y propios:

Hércules y Baco, entre los griegos, y Quirino entre los romanos, que fueron agregados al catálogo de los dioses. Sin embargo, no aceptó Tiberio la oferta; antes para excusarse, hizo al Senado una oración de esta manera: *Padres conscriptos: España me pide licencia para erigirme un templo, y aunque lo concedí a las ciudades del Asia, ahora me parece acertado tomar otra resolución. Notorio es que Augusto no contradijo a los de Pérgamo, que le erigieron templo a sí y a la ciudad de Roma; pero yo, aunque venero mucho sus hechos y los tengo por ley para regular mis acciones, y por eso me dejé llevar de este honor, no es bien consentir se repita, porque si en todas las provincias me tuviesen por dios, sobre ser vana soberbia, era competir o exceder las gracias del dios Augusto. Conozco que soy hombre mortal, y no será poco cumplir con las obligaciones de quien ocupa el primer lugar en la República romana. Mis obras, si mereciesen vuestra calificación y aprobación, me servirán de templos y eternas estatuas, más firmes que las que levanta la adulación. Ruego a los dioses y diosas me concedan conocimiento del derecho divino y humano, y a vosotros, ¡oh Padres conscriptos!, que después de mi vida habléis bien de la fama de mi nombre.*

Hasta aquí Tiberio. Así se despacharon los embajadores sin la licencia que pedían. Grande valor, si el motivo que tuvo el emperador de no recibir honras divinas hubiera sido ajustado a la razón; pero fué pura razón de estado parecer modesto y humilde, siendo sumamente ambicioso. La buena fama, que es premio de la virtud, siempre se debe desear, y es felicidad quedar en la memoria de los sucesores, como varones ajustados, sabios y cuerdos, a la traza de lo que refiere Plutarco de Agesilao, a quien muchas naciones de la Grecia trataron de erigir estatuas como a varón insigne. Y llegando a su noticia, les escribió una carta disuadiéndolas. Anduvo muy prudente Agesilao, porque no hay imagen que así eternice la memoria de un varón grande, como la que se esculpe en los ánimos de los que conocie-

ron y aprobaron su virtud, cuyo premio es el honor y la fama pública. Poco se usan en el mundo estas estatuas, que, por la malicia del tiempo, ni el vicio se castiga ni la virtud se premia, conque las Repúblicas y los Reinos como de milagro se tienen en pie.

Cuando parece que Tiberio, por el decreto del Senado, no quería usurparles a los dioses el derecho de su divinidad, Cristo cumplía enteramente con el decoro que se debía a las majestades temporales, como por empeño de sangre atendió antes al decoro que se debía al templo y sacerdotes. Conocióse después a mayor luz cuando los que recogían el tributo del César se llegaron a preguntarle si era lícito o no: *Licet census dare Cæsari, an non?* De que le hicieron cargo después, como consta del capítulo 23 de San Lucas: *Hunc invenimus subvertentem gentem nostram, et prohibentem tributa dare Cæsari*. Hizosele la pregunta por parte de los ministros, que recogían el tributo con toda cavilación, que por eso los llamó hipócritas. *Quid me tentatis, hypocritæ?* Porque si decía que se había de negar el tributo al César, le argüirían del crimen de lesa majestad, y si aseguraba que se debía pagar, con eso negaba ser Cristo y rey de los judíos, de quien esperaban los había de poner en libertad de todo género de tributos. Pidió Cristo la moneda corriente en que se pagaba, y era un denario romano, una dracma ática, de peso como un real de plata en España, aunque hay quien diga que se pagaban dos por cada persona al emperador romano, y aún se colige, con gravísimo fundamento, de que Cristo dió cuatro dracmas de plata por sí y por San Pedro, en el capítulo 17 de San Marcos. Tenía la moneda la imagen del César, de donde también se colige que era moneda romana, porque los judíos nunca pusieron imágenes en su moneda, por ser cosa execrable, como veremos después a otro intento. Pero Cristo, muy atento a que no se le quitaba a Dios lo que se le daba al rey temporal, dejó ejecutoriada aquella grave sentencia: *Reddite ergo, quæ sunt Cæsaris, Cæsari; et quæ sunt Dei,*

Deo. En que enseñó, como observó Cayetano, que el pagar los tributos a los príncipes, aunque sean infieles, no tiene oposición con dar a Dios lo que le pertenece, que todo junto se puede ejecutar. Y por eso le pagó Cristo por sí y por San Pedro, y es común doctrina de San Pablo. Y por el mismo caso, que se reconoce por la moneda la autoridad y dominio del Príncipe, consiguientemente se le debe pagar el tributo.

Dijo el Apóstol a los fieles de Roma: tres principales obligaciones tiene el vasallo a su rey, y las debe pagar de justicia: tributo, temor y honor. El tributo como estipendio de su ocupación, que el reinar es oficio y tiene estipendios por la administración de la justicia, y entonces la llevarán con justo título cuando la administraren. Temor debe tener el súbdito al rey, por la potestad soberana, por ser supremo juez en el mundo sobre todo delito y delincuente, en cuyo símbolo, en su coronación y cuando preside a las cortes en los reinos, tiene el estoque desnudo en la mano. *Non enim sine causa gladium portat.* Honor es el premio de esta vida para los reyes, como enseñó en su Ética Aristóteles: *Mercēs autem quēdam danda, hęc autem honor et gloria.*

Usaba Roma de un género de ministros que llamaron Censores, y se daba de ordinario a los hombres más ajustados y de mayor valor; fueron los primeros Pampinio y Cernonio. Tenía este magistrado dos jurisdicciones: una, reprehender agriamente los vicios y viciosos de la República, aun a los mismos senadores y caballeros, hasta privarles de los honores y títulos honoríficos que tenían en aquella República. La otra era numerar y apreciar de cinco en cinco años, que es lo que llamaron lustró, todas las haciendas y bienes de los ciudadanos de Roma, para que a su tiempo, llegada la urgente necesidad, se impusieran igualmente los tributos mirando sin distinción al poderoso y al humilde para estorbar quejas comunes, como lo advirtió Patricio en su República. Con esto se quitaba la desigualdad que suele haber en los tributos, pues de ordinario cargan las extor-

siones sobre la hacienda del pobre, porque no se puede defender del imperio de los ministros. Estas contribuciones tenían muchos nombres. Tributo, era dinero de la gente particular que se recogía de las tribus y se ponía en el erario público por ley de los tribunos. Censo, era tributo del poderoso de que se hizo la ley Boconia; pero también se extendía a significar el que pagaban las haciendas de los ciudadanos. Entre los que tributaban había algunos que no con dinero, sino con sus hijos, servían a la República, y éstos se llamaban proletarios, no como se usa tal vez en la República de que uno mismo tribute al príncipe el hijo y el dinero para la guerra, por distribuirse desigualmente las cargas que necesitan de muchos hombros. De aquí nace el mal logro que suelen tener los tributos que recogen los príncipes, porque se juntan con las lágrimas del pobre y se recogen haciendo los ministros extorsiones culpables en daño gravísimo del bien público y de la corona del príncipe.

Por el tiempo de su vida disfrutaban los príncipes estos tributos, cobran de justicia estas deudas, pero después de la vida, solamente queda en pie la deuda del honor, que se debe al cadáver real en veneración del alma que triunfa. Así lo ponderé en la capilla real a la majestad católica de nuestro rey y señor Felipe IV, a las exequias reales y aniversario del monarca Felipe III, el año 1646, y en especial, haciendo alarde de la dichosa serie de Filipos que, aunque mueren, dejan feliz sucesión en su casa, de que parece causa principal su fe, su religión y atención a la Iglesia romana. No se hallará en las Historias emperador ni rey inobediente a la Iglesia que haya tenido más que tercero poseedor en su reino, como lo advirtió el autor del Tesoro de los Aforismos políticos. Es providencia divina que los nombres de los príncipes que se mostraron más afectos a la defensa de la fe y florecieron en piedad, se repitan muchas veces en los sucesores. Cuatro Felipes tuvo España y otros que se espera dará Dios a esta monarquía en lugar de nuestro

serenísimo príncipe don Baltasar Carlos, pues sabe su Majestad Divina subrogar unos hijos en lugar de otros, como se conoció en el principio del mundo, pues en lugar de Abel, difunto, les dió por hijo a Seth, y le llamó así como fundamento firme de su posteridad, y lo que más es, de la iglesia y de la ciudad de Dios.

VIII

La virtud de Cristo llegó a la edad más robusta cuando se manifestó. Entra Poncio Pilato a ser presidente del reino de Judea. Describense su cualidad y costumbres y la sentencia que dió contra Cristo.

Al año 27 de Cristo entró Poncio Pilato por presidente de los romanos en el reino de Judea. Ya empieza a tomar posesión de su gobierno el más inicuo juez que ha de sacar en figura de delincuente a la mayor publicidad al Hijo de Dios, cuando, como árbol plantado junto a la corriente de las aguas, llegue a tener su fruto más sazonado, según los decretos del Padre, para que se aplique a la salud de los hombres, clavado en otro árbol y hecho ignominia del mundo. Siempre tuvo razón y perfecto estado la santidad de Cristo, pero cuando llegó a hacer manifestación de ella en los primeros pasos del desierto, en que con las tentaciones de Satanás, a que le llevó el Espíritu Santo, se delinearon sus fatigas, su cruz y muerte, llegó su virtud a tener edad robusta; que todo lo antecedente fué como infancia, puericia o juventud.

Los pasos tardos con que la virtud de los hombres camina de la infancia a la virilidad, pintó Tertuliano en la metáfora de un árbol, que primero es grano, luego pimpollo, luego arbolito pequeño, y creciendo sus ramas y dilatándose, llega a ser árbol; hínchase el botón, sale la flor y lue-

go de la flor el fruto, y aplicándolo al árbol racional, que camina al mismo paso de las virtudes, dijo: En Cristo, por ser hombre y Dios, no tuvo la justicia y santidad niñeces ni infancias, siempre estuvo como el sol en el meridiano de su luz; solamente creció en la manifestación y tuvo en ella diferentes alturas de Oriente, Mediodía, Occidente, etc. Y cuando dió principio a la manifestación de quién era con su predicación, llegó a estar el fruto de este árbol para aplicarse por remedio a la culpa de los hombres, que fué (como veremos después) a los treinta años.

Al año 13 del Imperio, según la cuenta de Saliano, o como quiere Josefo, a los doce, entró Poncio Pilato en el gobierno de Judea, por sucesor de Valerio Grato. Fué Poncio Pilato, francés de nación, natural de León de Francia, por parte de su padre nobilísimo, hijo de un Régulo, que tuvo por nombre Tiro, como lo afirma el autor del Suplemento de las Crónicas, al año 25 de Cristo y otros. En las costumbres no siguió la nobleza de su padre, sino la humilde condición de su madre, persona de menos obligaciones. Fué sedicioso, inclinado a homicidios; quitó la vida a un hermano suyo siendo niño, y por insidias, hizo matar a un hijo de un legado de Francia, a que juntó con otros muchos homicidios, siendo de su natural pronto para todo género de delitos. Luego que entró en el gobierno de Judea profanó todos los lugares sagrados e intentó quitar del templo del Señor los sacrificios y ofrendas, según lo había profetizado Daniel. Retiróse Poncio Pilato a la ciudad de Cesárea, y desde allí dispuso que se introdujesen en Jerusalén las insignias del César, como quiere Josefo, cosa que causó grande turbación a los judíos. Pero no fué esto solo lo que les inquietó, sino haber introducido y dedicado en el templo unos escudos dorados, con las imágenes de Júpiter y Mercurio, como dice Fibon, cosa justamente aborrecida de los judíos y contra su ley. No era inconveniente que se pusieran allí imágenes como no se adorasen, que era lo que prohibía la ley, pues sabemos se compadecían con

ellos las imágenes de los querubines en figura de hombres en el Sancta Sanctorum, y fué Dios el que mandó se pusiesen allí y llenó de su espíritu los artífices. Con ánimo intrépido se opusieron los judíos a la determinación del presidente y a defender la inmunidad de su ciudad y templo, materia de muchas muertes y estragos, y últimamente hicieron recurso al César, y es creíble que de camino le darían cuenta de la vida, costumbres y gobierno del presidente de Judea. Es muy propio el miedo al que obra mal, y como Pilato sentía sobre sí tantos delitos, temía que los judíos, por medio de sus embajadores, no los hiciesen notorios al emperador y le refiriesen las sentencias vendidas, los robos, injurias, tormentos, muertes injustas, con todo lo demás con que se acompaña la tiranía, y así, medroso y confuso, viendo la constancia de los judíos, especialmente de los sacerdotes, en defensa del culto del verdadero Dios, hizo retirar las imágenes y escudos con las efigies de los dioses de la ciudad de Jerusalén a la de Cesárea.

Muchos delitos cometió Poncio Pilato, especialmente en la muerte de Cristo, cuya sentencia inícuca la refieren los autores y se puede ver en ellos. Parece más ajustada la que refiere Cristián Adricomio, que se halló en los anales antiguos de los judíos en el capítulo 8, y dice así: «Nos Poncio Pilato, presidente de Judea, por el sacro imperio romano, condenamos a Cristo a pena de muerte por haber querido usurpar el reino de los judíos, como está muchas veces probado por testimonio de los mayores pontífices y sacerdotes de la ciudad de Jerusalén y porque intentó hacerse rey contra el decreto de los príncipes. Juzgo que debe ser levantado en una cruz fuera de la ciudad de Jerusalén, en el lugar que se llama Monte Calvario, hasta morir en ella, por la cual muerte quedará salva y libre la República de los judíos. Y en la misma forma ordeno y mando sean crucificados dos ladrones llamados Dimas y Cismas, por sus delitos: uno a la mano diestra y otro a la siniestra; y Cristo, como rey, puesto en la cruz en medio de ellos.» Fué pronunciada

esta sentencia en Jerusalén en el tribunal que se llama Litostratos, en el Parasceve de la Pascua, a la hora sexta. En todo el discurso de la vida de este presidente de Judea no se refiere cosa alguna digna de alabanza si no es la carta que escribió al emperador Tiberio en abono de la persona de Cristo, confesando su inocencia, milagros, muerte, resurrección. Hállase esta carta en la Biblioteca vaticana. Hacen memoria de ella, de los antiguos, Tertuliano; de los modernos, Sixto Senense, y Paleoto la trae a la letra.

IX

El pueblo de Dios padeció guerra de muchas naciones. Padece la Iglesia y hoy la Monarquía de España. El ejemplar bueno o malo de los Reyes, es muy poderoso. Deben ejecutarse sus decretos con veneración, cuando no son contra el bien público o particular.

En la ocasión que Poncio Pilato intentó introducir idolatrías e imágenes de sus dioses en el templo (para que los venerasen los judíos, como si en materia de religión estuvieran también sujetos al pueblo romano) ayudó mucho Pompeyo a Mitridates, Rey del Ponto, para que consiguiese insignes victorias, hasta que, estimulado de las discordias de los Pontífices y Sumos Sacerdotes, ocupó a Jerusalén é hizo tributaria la nación de los judíos el año 60 antes del nacimiento de Cristo. Entregóse después su gobierno a Herodes y a los presidentes de los romanos, pero siempre conservaron las materias de religión, aunque con grande riesgo, por haber sido invadidas de diferentes naciones, cosa que obligó a llantos y oraciones públicas a los sacerdotes y ministros del templo, porque se veían supeditar de diferentes naciones, en oprobio suyo y del templo. Así lo dió a entender el profeta Joel. Las naciones que dominaron a

Jerusalén las había significado en aquellas cuatro plagas: oruga, langosta, brugo y niebla; que lo que dejó la una, consumió la otra. Lo que dejaron los caldeos talaron los persas; a éstos siguieron los macedonios, a éstos los romanos.

Es la mayor infelicidad que puede tener una Monarquía cuando hacen invasiones en ella diferentes naciones y consume una lo poco que ha dejado otra. En tal estado parece la Monarquía de España cuando esto se escribe, pues la acometen tantas naciones y por tan diferentes partes, en Italia, Flandes, Cataluña, Portugal, consumiendo un ejército el residuo de otro, con que tiene grande riesgo si entrase en ella una nueva religión; pues como se experimenta, ninguna cosa así turba y echa por el suelo el gobierno político y económico de una Monarquía como introducirse en ella una nueva religión que ha de ser forzosamente enemiga y émula declarada de la que antes por antigua estaba en veneración.

No hay cosa que así turbe y destruya una casa, como que un marido distraído traiga a ella otra mujer a que disfrute el honor, libertad y autoridad de la mujer legítima. Por eso entre las antiguas leyes de Numa Pompilio se prohibía a las concubinas la entrada en el templo de la diosa Juno, protectora de las matronas honestas y nobles, para significar no habían de tener igual lugar con ellas en el templo ni en la casa de sus maridos. ¿Quién puede dudar que la religión católica romana, observada tantos años, recibida y defendida de tantos Príncipes, Emperadores y Reyes, ilustrada con innumerables Santos y con la sangre de muchos, corroborada de tantos milagros, tantas veces combatida y siempre vencedora, no sea la mujer legítima que ha de abrazar con ambos brazos la República y que la que se introdujere de nuevo ha de ser su enemiga, y enemiga de la paz pública y ocasión de grandes discordias, como lo pondera Juan Lenseo en el libro *De la única Religión*?

De aquí es que en el tiempo que entre los judíos flore-

cía la verdadera religión, no era lícito a los Reyes tolerar maestros de diferente fe ni podían consentir libertad de conciencia, como consta del Deuteronomio. Y si en aquel pueblo gobernado por la ley de Moisés se estimaba tanto la Fe, ¿qué lugar debe tener en la ley Evangélica, adonde es tan notorio el exceso que hace a la ley antigua, como se colige notoriamente de aquellas palabras de San Juan en su primera epístola: *Lex per Moysen data est, gratia, et veritas per Jesum Christum facta est?* Argumento que eruditamente prosigue Enrique Lancellato, adonde señala los daños que se siguen de admitirse en un reino nueva Religión. Atención grave que debe correr por cuenta de los Príncipes, porque si se consultan las sagradas letras, se hallará que casi todos los daños y desdichas de los reinos se ocasionan de los malos Príncipes. Los Pontífices de Jerusalén enviaron a prender a Cristo con sus ministros, con orden de que le trajesen vivo o muerto; fué querer atar la salud, para que no se difundiese; el Evangelio, para que no se propagase; la vida, para que no vivificase, y el sol de justicia, para que no diese su luz. No hay oración tan importante en la Iglesia como la que se aplica por los Príncipes, que siendo buenos son de grande utilidad, y si les falta la virtud, ocasionan grandes infelicidades; pues como dijo Alfonso Salmerón, autor grave y docto: *Omne malum oriri ex malis Principibus, sicut omne bonum a bonis.* Y no faltan ejemplos, que persuadan esta verdad. Cristo fué crucificado, pero por los Príncipes; y así dijo Pilato: *Gens, tua, et Pontifices tradiderunt te mihi.* Herodes quitó la vida a San Juan Bautista; Domiciano puso en una tina de aceite a San Juan Evangelista; Herodes Agripa degolló a Santiago; otro Herodes a doce mil infantes; Nerón crucificó a Pedro, degolló a Pablo; mucho padeció Egipto por Faraón; Babilonia por el Rey Baltasar; Elías fué perseguido por la Reina Isabel; apedreado Nabath por el Rey Achab; el Rey Manases aserró a Isafas; a Jeremías le empozó Fasul; Darío puso a Daniel en el lago de los Leones; Miqueas recibió una bofe-

tada por Josafat; Urías, vasallo fiel, fué muerto por mandado del Rey David. Y finalmente, si atendiesen como deben los Príncipes católicos a las obligaciones tocantes a su ministerio, no se oyeran tantas blasfemias de Cristo y de los Santos; no se menospreciaran los templos y los sacerdotes; no salieran a luz tantos libros profanos, peste de la República; no fueran inmortales los pleitos, ni se vieran otros muchos desórdenes que experimentan en sí todas las Repúblicas.

Apenas el rey Nabucodonosor hizo la estatua de oro y la puso en el campo Dura, de la provincia de Babilonia, quando se juntaron los sátrapas, magistrados, jueces, tiranos, cabezas de las Repúblicas, y cayeron en tierra a adorarla, para que con su ejemplo todo el pueblo y todas las naciones hiciesen la misma ceremonia. Ese es uno de los riesgos —dice el padre San Jerónimo— que tiene el pueblo grande y eminente, que cae más presto en la ocasión de su ruina y de la de sus súbditos. Y para que se conociese que era la caída mortal y era adorar a un ídolo, notó el Santo sobre aquellas palabras: *Cadentes adorete statuam auream*, que en la Sagrada Escritura el que adora a Dios verdadero nunca se dice que cae, sino el que adora a ídolos, demonios, cosas ilícitas. Quédase muy en pie y muy derecho, en señal de la rectitud de su culto, el que se postra a adorar a su Dios; pero el que adora al demonio, cae, aunque parezca que se queda en pie.

Es digno de reparo la puntualidad conque tantos príncipes, sin resistencia alguna, obedecieron el decreto del rey. Solamente aquellos tres mancebos: Sidrach, Misach y Abdenago, de la sangre real de los reyes de Israel, sobre no obedecerle, le menospreciaron. Ese fué el cargo que se les hizo por parte de los caldeos. Hicieron lo que debían, por ser materia de religión, y se expusieron debidamente al peligro de morir en el horno; pero si fuera en materias políticas o de otra calidad, debieran obedecer al Príncipe, aunque era infiel, por la potestad soberana que ejercía.

No se tiene hoy tanta atención en obedecer los decretos de los príncipes, aunque sean muy lícitas las materias; conque se disminuye la autoridad del que manda por faltar en el súbdito la obediencia pronta; siempre se proponen réplicas o súplicas con que no llegan a ponerse en debida ejecución los decretos de los reyes, en grave daño de la República que se gobierna por ese medio. En el principio del mundo, Dios gobernaba por sí, era fuente de justicia, como se dice en el Derecho. Así castigó a Adán y Eva, a Caín y Sameth. Después dió leyes a los pueblos y cometió a hombres la ejecución de ellas, no para que se le opongan, sino para que le obedezcan en utilidad pública, ejecutando lo que disponen las leyes y lo que ordena el príncipe.

Viene a ser la vida de los consejeros en las Repúblicas si no más útil, como dijo el Ostiense, que la de los religiosos (porque éstos son como superiores), por lo menos son utilísimos y muy dignos de veneración si usan bien de las leyes y ponen en ejecución (cuando no tiene inconveniente notorio) los decretos de los príncipes, ni son en perjuicio del bien público ni de algún interesado, que esto ya está cautelado en el Derecho: *Nec in cujusquam injuriam beneficio tribuere, moris est nostri*. De todas estas doctrinas utilísimas al buen gobierno del mundo, fué el Príncipe Cristo ejemplar vivo, y en lo oculto y retirado dió insinuaciones de lo que después había de obrar, llegado al feliz tiempo de su manifestación.





MEDITACION XVIII

I

En todas edades fué, por sus virtudes y ejemplo, digno de imitación el Príncipe Cristo. En lo oculto tomó la forma de discípulo, que calla y aprende, porque no había llegado el tiempo de hablar como Maestro.



ROSEGÚA los años 28 de su edad en su vida retirada nuestro Príncipe, aunque estaba cerca ya el tiempo feliz en que había de dar principio a su Real Magisterio y levantar de la antigua Sinagoga la hermosa fábrica de la nueva Iglesia, según aquello del Profeta: *Aedificabo tabernaculum David, quod cecidit*. Era símbolo vivo del discípulo que en lo retirado calla y aprende, para ser a su tiempo consumado Maestro y no caer en la nota, que dejó en el Derecho el Pontífice Hormisda cuando dijo: *Miserum est, eum fieri Magistrum, qui nunquam fuit discipulus*.

En todas edades tuvieron mucho que aprender de Cristo los hombres y pudieron ser discípulos de sus virtudes y atenciones, como lo asegura Rodolfo de Sajonia en el prólogo a la vida de Cristo. Es Cristo espejo terso y lim-

pio que arroja de sí rayos de pureza, ejemplar vivo de todas virtudes; bajó del cielo a capitanear los hombres; su lugar fué delante de todos, para que, como fueron criados a semejanza de Dios, se reformasen en las costumbres a su imitación. En todas edades hubo en el divino supuesto, según que terminaba nuestra naturaleza, heróicas virtudes, dignas de ser imitadas, hallándose en él (por ser Dios) el lleno de todas perfecciones, y por hombre, la regla viva de las acciones humanas, por estar aquella humanidad sacrosanta tan cerca de Dios como supositada en una persona divina; conque de necesidad se habían de hallar allí los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios y el más alto conocimiento de lo conveniente a la vida cristiana. No se pudo hallar aquí el inconveniente, que cada día se experimenta en algunos hombres, que presumidos de sabios no eligen medio conveniente en sus acciones y se pierden por sobradamente entendidos, según aquella doctrina del Apóstol: *Noli altum sapere*, y lo que dijo el Espíritu Santo: *Ne plus sapias quam necesse est*. Nadie presuma ser más ajustado que la ley, más claro que la luz, más recto que la regla, más atento que el precepto divino, como dijo el Nacianceno.

No todas las dignidades, y puestos eminentes del mundo aseguran el más alto conocimiento de Dios; pero hállese en los que se dejan guiar de este celestial Capitán, que los pone muy cerca de sí mismo con mayor conocimiento suyo, más lleno el corazón de noticias y de afectos, rendido a Dios y a la grandeza de su Majestad, conque se da lección de desengaño a los que de las dignidades y altezas se prometen noticias de lo celestial y divino. Iba caminando Apolonio con su discípulo Damis por la cumbre de los montes altísimos que dividen la Media de la India y se terminan en el mar Bermejo, y teniéndole en lo más alto de la cumbre, le preguntó lo que refiere con mucha gala Filostrato, si le parecía más alto aquel camino que el que el día antes habían andado los dos. Y respondióle el Damis, que sin duda

era más alto y más vecino al cielo, y lo manifestaba también ver andar por lo llano a tantos y por lo alto tan pocos. Pues ¿te parece, dijo Apolonio, que, por estar más cerca del cielo, tiene más alto conocimiento de Dios que tenía antes? Respondióle que no; porque no consiste la penetración de la divina naturaleza en la cercanía material con el cielo. Y concluye Apolonio: Mas distante está del alto conocimiento de Dios el que ocupa la mayor altura que el que camina por lo más profundo, si no se rinde a Dios y trata de imitar los pasos de sus virtudes, y vanamente se promete de las dignidades la suficiencia para el ejercicio de ellas mismas, soberbio con la altura del puesto, como si fuera suya y no de Dios la potestad que ejerce, la altura que ocupa.

Aseguró David en un Salmo que Dios, enojado, resolvería en menudas piezas los cedros del Líbano. Descubrió singular ojeriza con los desvanecidos del mundo, que por estar eminentes a los demás en la dignidad, se ensoberbecen con la altura que no es suya, sino del monte adonde los plantó la ambición, y usan de ella como de propia, como los cedros de la altura del Líbano. Aunque Cristo ocupó siempre la eminencia de su ser divino y humano, tenía el más alto conocimiento que se podía tener de Dios: hizo oficio de discípulo y estuvo en esa apariencia en el retiro de Nazareth, hasta que llegó a la edad perfecta y empezó a descubrir la autoridad de su magisterio y a ejercer el oficio de Redentor, dando testimonio de esta verdad y enseñando a la conquista del Reino celestial, para cuyo empleo no era decente edad la de la juventud, más a propósito para ser enseñada que para enseñar, hasta que en la edad madura se vistió la forma de Doctor y Maestro.

Tales fueron los estados de la vida de Cristo: uno de discípulo en la vida retirada desde los doce hasta los treinta años; otro de Maestro, desde los treinta hasta el remate de su vida, siendo en el primero discípulo para dar ejemplo, y en el segundo, Maestro por obligación y deuda en que él mismo se puso.

Pudiera presumir alguno que Cristo había ejercido el oficio de maestro antes del tiempo que señalan los Evangelistas, gobernado el discurso por las palabras que dijo a sus émulos en el huerto al tiempo de su Pasión. Quejósese el mansísimo Cordero, y con sobrada razón, que viniese a prenderle una cohorte armada de soldados gentiles, acompañados de ministros de la jurisdicción eclesiástica, de noche, como si fuera ladrón forajido. Y estuvo bien fundada la queja, pues sin tanto aparato ni estruendo le pudieran haber preso en el templo, adonde cada día estaba enseñando su doctrina. No se atrevieron los enemigos de Cristo, ni Judas, que les servía de capitán en esta traición (que los discípulos también las saben hacer a sus maestros) a embestirle cuando predicaba (que la fuerza de sus palabras, como era con potestad sobre toda criatura, ponía miedo y obligaba a veneración). Esperaron el tiempo en que callase y orase en silencio. Ponderólo gravemente el Padre San Crisóstomo. Parece que, aunque Cristo era palabra eterna y sustancial que salió de la boca del Eterno Padre, recibía más autoridad y veneración por la palabra que salía de su boca y obligaba a que le tuviesen miedo. Fuerza grande de la palabra divina cuando se predica y enseña con celo santo, con verdadera inteligencia, por los ministros de Dios; o fué dar a entender que al superior, el Príncipe eclesiástico o secular que calla teniendo obligación de hablar, se le atreven todos, cuando faltando a este empleo detiene su voz en un mudo silencio, según aquello del profeta: *Canes muti, non valentes latrare*.

Pero volviendo al punto, ¿qué quiso decir Cristo por aquellas palabras: «Cada día me habéis visto sentado enseñando en el templo»? ¿Fué acaso porque cuando venía desde Nazareth a cumplir con las obligaciones de las tres solemnidades, Pascua, Pentecostés y Fiesta de los Tabernáculos, según lo dispuesto en el Deuteronomio, se sentaba y enseñaba como maestro? Bien pudiera entenderse así el adverbio *quotidie*, que significa mucha frecuencia en lo que

se obra, y es, sin duda, que si se hablara de enseñanza, por ejemplo, había sido continuada la de Cristo y que se mostraría gran maestro en esta facultad, siempre que entrase en el templo. Mas siguiendo el texto de los Evangelistas, no habló aquí sino de la doctrina a que había dado principio por público magisterio y no sin alusión a lo antecedente de su vida, y fué decir que ya no estaba en estado de esconderse ni retirarse, sino de manifestar en público quién era, y que no era volverse a ocultar el retiro en que le hallaban en aquel huerto. A esto miró la queja de que le trataban como al ladrón. Porque el ladrón roba y escóndese, mata y se retira, elige por su albergue las quiebras de los montes, hace del día noche, y ésta, vestida de sombras y de tinieblas, es la luz con que obra, en daño común, hiriendo, robando y matando. Gravemente lo meditó San Remigio. El Señor no tuvo por hurto, en doctrina del Apóstol, ser igual al Padre: *Non rapinam arbitratus est esse se æqualem Deo.* (Porque no puede ser hurto lo que es naturaleza, y es proverbio español: *Quien lo hereda no lo hurta.*) Como si hubiera hurtado la divinidad y la igualdad con el que le engendró, estuvo escondido y retirado muchos años; pero allí, en las sinagogas, cada día enseñaba con obras heroicas y ejemplos vivos lo que después manifestó más con la doctrina y milagros; a nadie robó ni hirió, antes se mostró con todos liberal, repartiendo lo que tenía, y tal vez haciendo milagros para tener que dar, y sanó todos los achaques, como verdadero Príncipe de los médicos y de la medicina celestial, que así le llama San Crisóstomo: *Egregius Medicus, et verus Archiater*, que en el griego es lo mismo que *Primarius, Princeps Medicorum*, Protomédico de los protomédicos del mundo.

Si por el nombre de templo se pueden entender las sinagogas, como lo da a entender Remigio, bien puede tener extensión la palabra *quotidie*, cada día, a todo el tiempo de la vida oculta de Cristo. Las sinagogas, materialmente hablando, eran unos sagrados edificios adonde se juntaban los

judíos todos los sábados, como ahora los fieles acostumbran a congregarse en las iglesias los días festivos. Algunos sienten que la primera vez que se edificaron fué en la cautividad de Babilonia, porque no tenían templos; mas cierto es se les dió principio antes de esta cautividad en el tiempo de los reyes y jueces, porque era fuerza tener lugar adonde juntarse, y no era bastante a tanta multitud el Tabernáculo y el templo. Así lo siente Torniello en sus anales a los años 2594 del mundo. En el reino de Judea se erigieron muchas, pues en sola Jerusalén, al tiempo de la destrucción por los emperadores romanos, había cuatrocientas ochenta. También se habían edificado algunas en otras ciudades y provincias, Damasco, Salamina, Antioquía, Iconia, Tesalónica, Atenas, Corinto y Efeso, como consta del libro de los Hechos Apostólicos. Allí se enseñaba la ley de Moisés y tenían sus cátedras los escribas y fariseos; allí se juntaba el pueblo a la oración; allí se castigaban algunos delitos y delincuentes, echándolos de la sinagoga, como quien los excomulgaba, pena gravísima para los judíos y que la impusieron a los que confesaron el nombre de Cristo, como lo testifica San Juan: *Jam enim conspiraverant Judaei, ut si quis eum confiteretur esse Christum, extra synagogam fieret.* Y lo mismo se halla en el capítulo 12, que muchos principes, aunque creían que Cristo era el verdadero Mesías, no se atrevían a protestarlo en público porque no los arrojasen de la sinagoga: *ex principibus multi crediderunt in eum; sed propter phariseos non confitebantur, ut e synagoga non ejicerentur.* El castigo que allí se daba por culpas verdaderas o presuntas, lo profetizó Cristo a sus discípulos en aquellas palabras: *In synagogis suis flagellabunt vos.* Y hablando en otra ocasión con los escribas y fariseos, les dijo: *Mitto ad vos Prophetas, et ex illis flagellabitis in synagogis vestris.*

Esto supuesto, no es ajeno de probabilidad que Cristo, en la sinagoga de Nazareth enseñase tal vez la ley, aunque no lo escriban los Evangelistas (que no lo escribieron todo),

que aunque los escribas y fariseos y doctores de la ley tenían las primeras cátedras en la sinagoga, según aquellas palabras: *Amant primas cathedras in synagogis*, había otros de menor autoridad y otros asientos inferiores en que se sentaban a disputar, y cada uno tenía autoridad para decir allí lo que sentía. Y era costumbre que el doctor de la ley, en habiendo explicado algún lugar de la Sagrada Escritura, diese el libro a otros para que leyesen. Así les sucedió a los Apóstoles Pablo y Bernabé, como consta de los Hechos Apostólicos. Y esto mismo usaron con Cristo los escribas y fariseos, como lo aseguran los Evangelistas: *Sabbatis ingressus in synagogam, docebat eos*, dijo San Marcos, y San Lucas añadió: *Venit Nazareth, ubi erat nutritus, et intravit, secundum consuetudinem suam, die sabbati in synagogam, et surrexit legere: et traditus est illi liber Isaie Prophetæ*. Entró un día en la sinagoga de Nazareth, como lo tenía de costumbre, levantóse a leer y entregáronle el libro de Isaías. Misterio grande encierran aquellas palabras: *Secundum consuetudinem*, según la costumbre que tenía. Y habiendo sucedido esto en el capítulo 1 de San Marcos, no podía ser costumbre, si no se refiere a la que tenía antes en la vida privada y oculta, que en la manifiesta, ésta fué la primera vez que actuó, y una sola no es costumbre; pero lo cierto es que la tenía de entrar en las sinagogas y disputaba allí como los demás los puntos de la ley, con asombro de los circunstantes, porque su sabiduría crecía en la manifestación al paso de la edad delante de Dios y de los hombres. Y habiendo de manifestar Cristo su sabiduría, en que iba creciendo (cuanto a la manifestación) a los ojos de los hombres, me persuado no fué fabuloso lo que de los herejes de este tiempo refiere San Ireneo por estas palabras: los herejes valentinianos, no pudiendo valerse contra la autoridad de Cristo de verdades que tienen mucha fuerza para persuadir, se armaron de fábulas y las dejaron escritas en libros apócrifos, como decir que Cristo, siendo niño y aprendiendo las primeras letras, diciéndole el maestro que

pronunciase a, dijo a, y diciéndole después que dijese la b, respondió Cristo que le explicase primero el maestro lo que estaba escondido en la a y luego le diría la b, como dando a entender que sólo Cristo sabía los misterios que estaban encerrados en aquella primera letra; conque por una parte querían probar grande sabiduría en Cristo, y por otra, que aprendía como niño ignorante las primeras letras. Y a esta cuenta dejaron escritas otras cosas apócrifas que no tienen ni deben tener autoridad en la Iglesia. No es de este porte haber hecho Cristo manifestación de su sabiduría en la sinagoga y haber empezado allí a ejercer su magisterio, que cuando bajó a Nazareth con sus padres, a ser su maestro fué, dice el Padre San Bernardo: *Sequi illos in Nazareth non despexit, Magister discipulos, Deus homines Verbum et sapientia, fabrum et feminam*. Con que puede verificarse su asistencia en el templo en las sinagogas y algún magisterio en la vida oculta, aunque fuese aquel modo de vida estado de discípulo, según lo que después había de enseñar.

11

Los herejes hacen guerra a la Iglesia con libros llenos de errores. Presérvense las cualidades del predicador Evangélico. Los obispos y predicadores eclesiásticos deben hacer mucho aprecio de los religiosos, que les ayudan a llevar el peso de su dignidad.

Era costumbre entre los herejes, para engañar a los fieles de la primitiva Iglesia (y lo mismo hacen en estos tiempos) arrojar a la publicidad del mundo libros llenos de errores, y para disimular el veneno de sus doctrinas les ponían títulos de Cristo y de los Apóstoles, como lo testifica San Clemente en sus Constituciones Apostólicas. Dieron principio a este engaño Simón y Cleobio, y antes se habían introdu-

cido otros con títulos de Moisés, Enoch, Adán, Isaías, Elías y Daniel, para que se tomase dorada la píldora con nombres de autores bien opinados. Muchos de éstos confiesa San León Papa halló en su tiempo introducidos de los herejes priscilianistas. Atribuíanse a Cristo muchas ignorancias impiamente; resucitó esta ya casi muerta doctrina el here-siarca Calvino; imitóle Brencio, afirmando en Cristo aumentos en el ánimo como en el cuerpo. Artífice idiota le llamó Osiandro blasfemo en su 4.^a conjetura del fin del mundo. Que no tuvo desde su principio la sabiduría, sino que la obtuvo con el tiempo, grita Molineo sobre San Marcos, y que aprendió lo que supo como los demás hombres, afirma Gallasio en las anotaciones a San Irineo; con que asegurar su sabiduría y ciencia desde el instante de su Concepción, y probar hizo manifestaciones de ella sin magisterio humano en su vida oculta, y por el discurso de sus edades, es convencer la herejía y desterrar la blasfemia y condenar la impiedad.

De aquí infieren algunos que el predicar no está anexo a algún orden de la Iglesia; así lo entendió Cayetano. Apoyan este sentir los ejemplares arriba propuestos, de que en la Sinagoga predicaban los que no eran sacerdotes ni levitas; y a no ser así, no le hubieran permitido a Cristo que predicara, ni después al Apóstol San Pablo. Ya está condenado el error de algunos herejes, que dijeron pertenecía la predicación libremente a todos los fieles: así lo afirmaban los valdenses, y contra este error está el Canon 33 del Sínodo general, y las leyes Eclesiásticas señalan los que son idóneos para tan alto ministerio.

Yo solamente hago reparo en aquellas palabras del Apóstol a los fieles de Roma: ¿Cómo puede predicar el que no es enviado de Dios a esta comisión? ¿Cómo se puede introducir a embajador del Rey aquél a quien no fió su secreto? ¿Pues cómo predicaron los que sin ser enviados se ofrecen y solicitan el puesto y el auditorio? El oficio de predicar pertenece al obispo, como consta del decreto de

Nicolao Primero y está en el Derecho 43 del Concilio Toledano, segundo del Turonense, celebrado en tiempo de Carlomagno, y en el Tridentino se les vuelve a intimar esta obligación; y si por sus muchas ocupaciones o por otro respecto no pudiera predicar ni dar pasto espiritual a sus ovejas, elija ministros coadjutores que sean a propósito para ocupación tan grande, según lo dispuesto en el Concilio general Lateranense.

De esto sirven las religiones en la Iglesia; y como son tantas y tantos los ministros que asisten a la enseñanza en el confesionario y a la predicación de los misterios en el púlpito, sin que los obispos los llamen, parece que sobran y que son muchos de ellos inútiles. Mas si se repara con atención, se hallará que si faltasen a estos ministerios los religiosos, apenas habría quien pudiera suplir su empleo y que el pueblo estuviera en el estado que pinta Jeremías a Jerusalén. Anduvieron muchos pidiendo pan como los niños y no había quien se lo diese. Pues si es tan necesario, y a mi entender tan forzoso, que los religiosos asistan a estos empleos, ¿cómo no estiman mucho los señores obispos tener conventos en sus diócesis? ¿Cómo no hacen muchos aprecio de los que ponen sobre sí la carga que debe estar sobre los hombros del que disfruta la autoridad e intereses de la prelación? Yo dijera que todo nace de que no esperan a que los envíen, de que se ofrecen a ocupaciones tan penosas, conque lo que pudiera ser mayor mérito viene a ser menos decencia y autoridad, y no dedignándose Dios de tener coadjutores en la labor de salvar almas, según aquello del Apóstol: *Dei enim sumus adjutores*, conque se aseguró el premio, como observó Cayetano, no estiman como debieran a estos obreros, que trabajan sin aspirar a premio temporal siendo su trabajo digno de toda remuneración.

Qui bene præsunt presbyteri, duplici honore digni habeantur (decía el Apóstol a Timoteo). Dos honras merece el obispo que preside bien en su dignidad: una, la reveren-

cia que se le debe por su oficio, y otra la renta, especialmente si trabaja en la predicación: *Maxime, qui laborant in verbo et doctrina*. Es ponderable la palabra *laborant*. El mayor trabajo es enseñar, o lo que únicamente merece nombre de trabajo. Gran cosa es enseñar con ejemplo, vida, costumbres, limosnas, ejercicio de la virtud de justicia, de la distributiva en los premios, de la vindicativa en los castigos; pero al predicar llama trabajo el Apóstol, y ese (que son muy pocos los prelados que le tienen) cae sobre los religiosos muy de ordinario, y si hacen lo que deben en este ministerio, trabajan, afanan y se fatigan mucho.

Pero si el predicar es hablar, cosa de suyo tan fácil, ¿por qué se pondera tanto el trabajo de los predicadores? Duda es que la levantó San Gregorio Niseno sobre aquellas palabras del Eclesiastés. c. 1: *Cunctæ res difficiles: non potest eas homo explicare sermone*. Y pregunta el Santo: ¿Cómo puede ser dificultoso exprimir con voces los conceptos del alma y hablar de las materias más árduas, siendo la lengua instrumento del entendimiento tan dócil y de tan fácil movimiento para formar las palabras? ¿No tiene quien la impida la atracción del aire (que eso es voz, un aire dulcemente herido) con que se forma el sonido de la palabra? ¿Cómo puede obrar con embarazo, cuando lo que pudiera ser estorbo, como las mejillas y los labios, son sus ministros, que de cerca ayudan a la formación de las voces, a la pronunciación exterior de los conceptos? Es así que, físicamente hablando, como es fácil la moción de la lengua, es fácil el hablar. En otra cosa estará fundada esta dificultad, y es en hablar bien, a tiempo, a propósito y como lo pidieren las ocasiones. El predicar es fácil, que a no serlo, no predicaran tantos: predicar bien es dificultoso; por eso aciertan pocos, y entonces se conoce lo que se trabaja en este ministerio, cuando el predicador enseña primero con la vida, lo que después por la doctrina. Este modo de hablar en aprovechamiento del que habla, y en conveniencia espiritual del que oye, es sermón al que

acompañan trabajosas circunstancias de ayuno frecuente, oración constante, infatigable estudio. Este predicador merece doblado premio, porque es verdadero coadjutor de los obispos, trabaja por ellos, es lengua suya, y siéndolo de los sucesores de los apóstoles, parece lengua del Espíritu Santo.

¡Oh, qué de honras deben hacer a sus ministros subsidiarios los prelados eclesiásticos! ¡Oh, qué cargo se les hará de que llevándose copiosas rentas por el trabajo ajeno son pocos los que le estiman y menos los que le premian! Y quiera Dios que en vez de agradecimiento no se forme queja para meter a pleito la paga. No lo creeré de los prelados cuerdos y prudentes, que yo sé a quién puso Dios sobre su familia, para que en el modo posible den a los siervos de inferior jerarquía el alimento que se les debe. A unos, beneficios, dignidades, prebendas, y a otros, la protección, amparo y defensa que les encargó el Concilio Lateranense a los obispos hiciesen a los religiosos, para que con más libertad y quietud puedan servir al Señor a quien están consagrados. Y por esta causa llama un autor grave dioses tutelares a los que profesan la vida monástica, y aunque están exentos de las leyes diocesanas, no de la jurisdicción, porque reciben los religiosos de los obispos la crisma, el óleo, las órdenes, etc. Cristo la introdujo en la Iglesia, y fué el primer prelado que predicó la doctrina del cielo, que padeció por fijarla en los corazones y murió en defensa de las verdades del Evangelio.

III

Prescribese la edad y cualidades que deben tener los que ascienden a la dignidad episcopal y cardenalicia, según las disposiciones del derecho, y lo que piden tan altos ministerios.

De aquí se dió forma a la Iglesia, dice aquel doctor, de la edad conveniente para la dignidad de Obispo, cuyo oficio es el de maestro, y se descubre el misterio porque escribieron tanto los Evangelistas de los años últimos de la vida de su Cristo y estuvieron tan cortos en manifestar los lances de juventud. Si, como el Derecho señala, la edad y partes que debe tener el Obispo (gran Prelado Elesiástico) se hallasen en todos los que ocupan esa dignidad, se viera en gran utilidad pública de la Iglesia el ejercicio de sus funciones. Antes de treinta años cumplidos no debe ser asunto a la dignidad episcopal, por benemérito que sea el sujeto; así lo determinó, sobre lo que estaba en el Derecho, la santidad de Gregorio XIV por una constitución de 15 de mayo del año de 1591. A que se debe juntar, entre otras cualidades, la ciencia y vida reformada que pide tan alta dignidad; y a la traza que en una fábrica debe ser de mejores partes el arquitecto maestro de la obra que los demás artífices que trabajan en ella, así debe el Obispo, que es superintendente en la fábrica espiritual, aventajar a los demás en ciencia, sabiduría y vida ajustada. Ejemplo es del angélico Doctor Santo Tomás en el 1.º de sus Quodlibetos. Y se conoce el exceso que deben hacer a los demás sacerdotes en ciencia y costumbres por las funciones de su ministerio, y por eso se les señalan diferentes ornatos en el ejercicio de su dignidad, de que no pueden usar los demás sacerdotes.

Así lo pensó admirablemente el angélico Doctor Santo Tomás cuando dejó escrita esta advertencia en sus Senten-

ciarios Por cuenta de que pueden los obispos ordenar los sacerdotes, bendecir las vírgenes, purificar iglesias, depoler clérigos, celebrar sínodos, hacer los óleos, consagrar las vestiduras y vasos sagrados, usan los Prelados de nueve vestidos diferentes, que son símbolo de la idoneidad que se requiere para tratar las cosas divinas, y todas ellas están gritando (sobre la potestad que suponen en el Obispo) la vida reformada de que son índices las pontificales insignias, pues según doctrina del mismo Doctor, en el calzado se significa la rectitud de los pasos, el menosprecio de los terrenos cuando se llega al altar; el amor de la castidad, en el cingulo; en la túnica talar, la perseverancia; en la dalmática, la misericordia; en los guantes, la cautela en sus obras; en la mitra, la ciencia de ambos Testamentos; el cuidado pastoral, en el báculo; el desposorio con su Iglesia, en el anillo. Y porque a tanta dignidad no le falte el magisterio que ella pide de su naturaleza, el Concilio de Trento pide que sea graduado el electo a esta dignidad en Teología o en Derecho canónico, y porque puede ser graduado y no apto para enseñar, a la disposición del Concilio añadió Gregorio XIV que no baste el título o grado por sí sólo, sino que se haga diligente inquisición de la ciencia que tiene el que ha de ser Obispo. Después, la santidad de Clemente VII determinó fuesen examinados en su presencia, y de la sacra Congregación de Cardenales, los que en Italia habían de ascender a esa dignidad. En Francia y en España, por los Cardenales Legados o por los Nuncios de Su Santidad, como lo refieren autores graves, que cita Barbosa. Y si para este ministerio son más a propósito los teólogos o canonistas, es punto que le ajustan con distinción los doctores, porque para el fuero judicial debe ser preferido el canonista, si bien para la enseñanza de los dogmas y misterios de la fe, especialmente para las disputas, no es materia de duda que debe ser preferido el canonista al teólogo, cuya metafísica apura las verdades y es como el crisol adonde se conoce la diferencia que hay del error a la

verdad. No es pequeña confusión para quien asciende a esta dignidad, ver los requisitos que pide, y sea carga que puede poner miedo a los hombros angélicos, como dice el Concilio de Trento, y mayor es justo le parezca a quien tiene más corto caudal que otros muchos para este ministerio. La majestad católica del rey Felipe IV me ha presentado a la Iglesia de Trujillo en los reinos del Perú, que se erigió en catedral el año de 1612, y de quien escribe el doctísimo D. Juan de Solórzano, de los Consejos de Castilla e Indias (cuya pluma ha dado a conocer el imperio de la América con mayor lustre que el acero español que le conquistó) estas palabras: (*Trujillo a Francisco Pizarro, año 1533*). *Agrum ferocissimum habens, et plures Hispanorum domos, in qua ob dignitatem, et commoditatem, et plura Hispanorum, et Indorum oppida quæ illi confinia sunt, cathedralis ecclesia cum proprio Episcopo creata, et erecta est anno 1612.*

Irreprensible quiso el Apóstol que fuese el Obispo en todas materias, vida, doctrina, gravedad de palabras, y de manera que la emulación no hallase resquicio ni camino para entrar a deponer su pureza, y comentando en su abono San Lucífero, obispo de Caller, a quien sus émulos le atribuyeron delitos y que estaba incurso en la herejía de los arrianos, dijo, escribiendo por San Atanasio: ¿Cómo se compadece (dice Lucífero) ser yo para los demás forma y ejemplar de buenas obras, si hubiera derramado la sangre de un ministro de Dios? ¿Cómo tuviera entereza mi doctrina y fuera semejante a la de los Apóstoles, si mis oyentes me hallaran sospechoso de herejía y que tenía comunicación con los falsos obispos arrianos? ¿Y cómo pudiera ser sano e irreprensible el sermón que les predicase, si habiendo desamparado la verdadera fe evangélica y apostólica hubiera recibido su blasfemia y la defendiera? Todo junto prueba la sinceridad de la doctrina, la integridad en la vida que deben tener los Obispos y Prelados eclesiásticos, y de que debe preceder aprobación pública, que si los que ha-

bían de ser admitidos a la lucha en los circos y en los teatros de la gentilidad se examinaban a voz pública, como lo refiere Filostrato en la vida de Apolonio, y lo que más es, San Crisóstomo, escribiendo al pueblo antioqueno, y no era admitido para aquella pelea el esclavo, ladrón o públicamente infamado, como lo refiere Casiano, ¿con cuánto mejor título el Prelado eclesiástico debe tener toda aprobación, para que, armado de virtudes y ejemplo, salga al campo de su dignidad a pelear contra los vicios? Y si pedía este examen el Apóstol, escribiendo a Timoteo en los que habían de ser diáconos, ¿qué mucho se pidan estas cualidades en los primeros Prelados de la Iglesia, y que sean tan atentos a las funciones de su ministerio que no las olviden aun después de muertos?

Costumbre fué en la antigüedad que para la consagración de las Iglesias se juntasen muchos obispos, y así refiere Eusebio en la vida de Constantino Magno, que para la erección del templo de Jerusalén congregó todos los Obispos que pudo para que se hallasen a la consagración del nuevo templo. El emperador Carlomagno edificó suntuosísimo templo en Aquisgrán, y para la consagración de él dispuso hubiese tantos obispos como los días del año, 365, y como faltasen dos para llenar el número (refieren las Historias de aquel siglo) los obispos Monulfo y Gandulfo salieron de sus sepulcros y asistieron a la consagración de la Iglesia; y acabada la Dedicación, el Sumo Pontífice León IV les echó la bendición, y admirados todos los circunstantes se volvieron a sus mausoleos y sepulcros adonde estaban antes depositados. Así lo testifica Merseyo en los anales de los Obispos de Treyecto. Buen ejemplo dieron de esta asistencia Cristo, Señor nuestro, y su Vicario, San Pedro, pues si creemos las historias de Francia, acompañado de San Pedro y San Pablo, y de los gloriosos mártires Dionisio, Rústico y Eleuterio, consagró la iglesia de San Dionisio de París, y San Pedro consagró la iglesia que había edificado en Londres el rey Severo, como lo afirma Surio en la vida del santo rey

Eduardo y consta de unas letras de Nicolás II, remitidas al rey Eduardo, que se hallaran en el primer tomo de Surio.

Para ascender a la dignidad cardenalicia, que en opinión de muchos es la mayor de la Iglesia, se requiere la edad de treinta años, como en los obispos, según lo dispuesto en el Concilio de Trento, ses. 24, y por constitución de Sixto V, por lo menos el Cardenal diácono ha de tener veintidós años y ha de ser nacido de legítimo matrimonio, sin que baste para esto estar legitimadas por matrimonio subsecuente, aunque basta esto para los obispos. Consta de la constitución del Santo Pontífice Sixto, de tres de las Nonas de diciembre, año 1595. Y antes de esta constitución se refiere por Nicolás de Ubaldis que Paulo II había dicho, siendo Juez de la Rota, que el cielo de los cardenales había de estar limpio y sereno de las nubes de ilegitimidad. Y en esta conformidad refieren autores graves que un ilegítimo fué electo cardenal por Eugenio IV y que murió antes de recibir el capelo.

IV

El tronco de la Cruz fué cátedra del magisterio de Cristo. Obró atendiendo a celestiales intereses. El tesoro del mundo arrastra al corazón humano. Pondérase el espíritu y prodigios de fray Pedro Pascual de Valencia, obispo de Jaén, varón admirable en todos siglos, del orden de nuestra Señora de la Merced.

Pasó Cristo del estado de discípulo al de maestro en la edad provecta, guardando medidos compases al tiempo y a los empleos de su obligación, no volviendo pie atrás en ellos, sino llegando a la más alta cumbre de su magisterio, enseñando con palabras y obras, hasta que entregó el Espíritu al Padre, sin aspirar en ambos estados a intereses pro-

píos (que el fin de su mayor gloria fué inexcusable) sino a la salvación de las almas, allí, escondido en un pobre albergue, y aquí en la cátedra de su enseñanza, que así llamó a su cruz San Agustín. Fuerte invectiva contra los que, siendo discípulos y maestros en la escuela de Dios, miden con la vara del precio temporal y del interés terreno el valor de su virtud, atentos por la codicia humana a lo que rinde de intereses y frutos la dignidad, aunque sea apostólica.

Todas las cosas, por la malicia del siglo, obedecen al dinero, dijo en el suyo el autor del Eclesiastés. Y en el Hebreo se lee: el dinero lo responde todo, a todo sale y parece habla por todos. Desde que el dinero empezó a tener más valor y estimación del que se le debía, perdieron su estimación verdadera y su honor todas las cosas, ya como mercaderes, comprando y vendiendo, ya como mercadería, compradas y vendidas; no reparamos en las cosas tales como son, sino lo que valen. Por interés somos religiosos, y por el interés presente ocupan prebendas eclesiásticas muchos que tienen aversión a aquel estado, hasta que toman otro de mayores delicias; seguimos la virtud en cuanto por ella tenemos esperanza de mejorar de fortuna, dispuestos a pasarnos con felicidad a la banda de los vicios, si ellos nos hicieren mejor partido. El pastor que viendo venir al lobo, huye, desamparando sus rebaños, declaró Cristo, Señor nuestro, en el capítulo 10 de San Juan, que no era verdadero pastor, y los miedos de oponerse a la furia del animal voraz, que se ceba en la sangre de las simples ovejas, nacen siempre de tener por fin el interés mundano y terreno, al que obedecen su afecto y voluntad. Así lo discurrió San Gregorio. Camina el cuidado siguiendo los afectos propios, y allí se fija de asiento adonde tiene su lugar el interés profano; no se pone en el peligro que tienen los súbditos el que los gobierna, pues no los gobierna por amor, sino por interés.

Muy digno es de ponderar aquí, aunque lo griten otras historias, el hecho célebre del Ilustrísimo señor y religioso

nuestro, Fray Pedro Pascual de Valencia, obispo de Jaén, y allí aclamado por santo, aun antes que padeciera el glorioso martirio en las mazmorras del monte de Granada, que se llama de los Mártires, por estar regado con la sangre de muchos, que a ejemplo de este capitán consagraron a Dios sus vidas en defensa de la fe. Trátase de enviar a Roma las informaciones de su vida y martirio, para que según los decretos de la Santidad de Urbano VIII, pasen los méritos por la atención apostólica, contraste de la verdad, y no se prevenga su juicio con dar culto a sus efigies anticipadamente. No huyó de los peligros este buen Pastor, antes se metió en ellos mismos, o por mejor decir, Dios le puso en ellos llevándole cautivo a Granada, y aunque puesto allí pudiera tratar de su rescate y volver a su Iglesia, que le deseaba afectuosísimamente, tuvo dictamen de quedarse por Maestro de los cautivos y tratar de la conversión de algunos infieles, por parecerle servía allí más a Dios. Esta resolución fué, sin duda, por orden celestial, y no carece de grave fundamento, que aun por dictamen propio se pudiera poner en ejecución.

Pregunta Santo Tomás en el primero de sus Quodlibetos, si puede haber caso en que puedan lícitamente los obispos hacer elección, en caso de necesidad, de lo que es menos de su atención y cuidado, dejando lo que parece más. Y después de haber dicho que no hay inconveniente en que en algún caso se elija lo que es menos, dejando lo que absolutamente es más, resuelve que, en caso de necesidad apremiante, deben los obispos acudir a lo que pareciendo menos importe más a la salud de las almas. Este fué el caso en que se halló el Santo Fray Pedro Pascual, pues viendo muchos cautivos en Granada con peligro de perder la fe, tuvo por su mayor interés asistirlos (porque muchos de ellos eran súbditos suyos) que volver a su Iglesia, adonde era menor la necesidad; fuera de qué como también era obispo de Granada, corrían por su cuenta los fieles de aquella ciudad. Y porque estos días ha llegado a mis manos un

manuscrito auténtico en pública forma, que se me ha remitido de la ciudad de Jaén, que refiere esta hazaña de nuestro santo pontífice y cuán de contado en esta vida le pagó Dios con asistencias suyas y prodigios lo que obraba en beneficio de los cautivos, le pondré aquí a la letra, remitiéndome, en lo restante de su vida, a la memoria que hago en mis Recuerdos políticos de este santo prelado y al libro que de su vida dió a la stampa el padre Fray Pedro de San Cecilio, atento cronista de nuestra familia descalza y persona muy noticiosa de las Historias y digno de toda veneración.

V

Manuscrito de algunos prodigios del Santo Fray Pedro Pascual de Valencia, Obispo de Jaén y religioso del orden de Nuestra Señora de la Merced.

«He procurado con todas veras las noticias del Santo Mártir Fray Pedro, y mayores las he hallado en la ciudad de Granada que en la de Jaén; pero no me admiro, porque su mayor asistencia fué en aquella ciudad, como prisionero de tantos años y operario de la viña de Dios, y adonde le puso, como en universidad, para que mostrase ser doctor de su Iglesia, no sólo enseñando en las clases de las mazmorras, adonde había tanto número de discípulos que apenas me atrevo a señalarlas, sino con sus escritos, haciendo diálogos para enseñanza de cristianos y refutando con sus razones evidentes la secta de Mahoma.

Fué este santo obispo natural de Valencia o su comarca, y échase de ver en un libro que compuso llamado *Biblia de los Misterios de la Fe*, en lengua valenciana, que dió el Excelentísimo señor Marqués de Mondéjar, don Luis Hurtado de Mendoza, a los padres del Carmen Descalzo y está

en su librería. Fué religioso de Santa Olalla (así se llaman los frailes de la Merced) y después obispo titular en Toledo, adonde sirvió y administró el pontifical del señor obispo de aquella ciudad. Fué electo por los señores capitulares del cabildo de Jaén por los años 1294, algo más o menos, como consta del manuscrito que dejó un capitular de la Santa Iglesia de Jaén por los años de 1428, del que me envió un padre monje de la Cartuja algunas apuntes que estaban en poder del señor don Pedro de Castro y Quiñones, arzobispo de Granada y después de Sevilla. Fray Pedro Pascual se ejercitó desde el día que entró en su obispado en el cumplimiento de su obligación, sin perdonar el trabajo ni tener hora que no fuese en orden a la enseñanza de los fieles, predicando y confesando por todos los lugares de la comarca. Este santo obispo se iba a Granada con salvoconducto del rey moro, para visitar los cautivos y confortarlos en la Fe y socorrer sus necesidades, hasta que en una entrada que hizo se quedó prisionero, porque le dijeron al rey que no sólo hablaba con los cautivos cristianos, pero que alteraba la república, oponiéndose a ella y a su ley, y que había traído muchos moros a sí, convirtiéndolos a la ley de los cristianos, y que era traición manifiesta a que se debía poner remedio, y no guardar salvoconducto, supuesto que el obispo había quebrantado las leyes comunes contra la ley y la patria. En este tiempo reinaba en Granada Amir Molezmín, llamado por otro nombre Muley Mahomet Abdallá, el cual juntó a los mayores de su corte y morabitos de Granada y consultó el caso, no tanto por su palabra y letras (debajo del cual seguro había entrado el santo obispo) cuanto temiendo al Rey don Sancho el Bravo, con quien tenía hechas treguas. Determinaron todos se quedase preso el santo obispo, pues había quebrantado las leyes comunes de la patria y religión; conque luego fueron a las mazmorras, adonde estaba ocupado en el ejercicio que le traía desde Jaén, que era de enseñar la doctrina cristiana y los misterios de la santa Fe católica, y lo aherroja-

ron como a los demás cautivos. Este día fué de los más festivos para su alma, pues en aquellas prisiones se glorificaba, y más siendo padecidas por el cumplimiento de su obligación. Ejercitábase allá constantemente en predicar y confesar a los cautivos, llenándolos de consuelo. Acordó el rey, de consulta de los suyos, que no se le apretara mucho con prisiones, porque siendo tan viejo, podían acabarle la vida y que de su cautiverio interesaban un grande precio con su rescate. Y como no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios, movió la de estos bárbaros a que le diesen suelta al santo obispo para que mejor pudiera ocuparse en los ejercicios tan de su gusto, como era enseñar y confesar a los cautivos. Pudo con esto salir a visitar a las cristianas que estaban sirviendo a muchos moros principales, y con su doctrina esforzarlas, para que en sexo tan frágil no faltara el cimiento de la ley, que es la Fe, y a los niños hijos suyos les enseñaba sus misterios, y así mismo buscaba socorros que llevar a los cautivos oprimidos y muertos de hambre.

Por este tiempo se vió muy afligida la santa Iglesia de Jaén, viendo a su obispo cautivo; unos le culpaban la nimiedad de su celo, que primero era acudir a las obligaciones de su Iglesia; otros ponderaban su mucha caridad. Trataron de su rescate y enviaron a los mercaderes catalanes que tratasen de él con el rey, el cual pidió una gran suma de dinero (cuánta fuese no consta), pero con ella se hizo una muralla muy dilatada, que hoy llaman la Muralla del Obispo, y algunos quieren sea del rescate del obispo don Gonzalo de Zúñiga; pero la verdad es haberse hecho con el rescate de este santo obispo, pero fué de este modo: que llevando el dinero a Granada por medio de estos cristianos mercaderes, Fray Pedro, viendo la mucha falta que haría, porque halló a los cristianos muy faltos en la Fe, y muchas mujeres y niños a quienes habían engañado los moros y hecho renegar, y que eran estos mayores daños de la Iglesia que la que causaba en la suya con la ausencia, estuvo toda

la noche consultando con Dios, que es el Padre de las luces, y así tomó resolución de no salir del cautiverio. Fuese al rey y le dijo que le había de dar tantos cautivos por aquel dinero (los que él nombrara), y que en otra ocasión se rescataría él. El rey se alegró mucho, porque con eso se prometía nuevo precio y más ganancia. Nombró el santo obispo muchos niños y mujeres, y otros cautivos del obispado de Jaén, en que se concertaron y salieron libres. Mucho sintieron en Jaén esta acción, por la falta que les hacía su prelado, pero mucho edificó ver un hecho tan heroico y de tanto precio, como renunciar su libertad y trocarla por una vida tan arrastrada y abatida, como ser esclavo de hombres bárbaros, sin ley ni piedad. Y así le escribió su cabildo con grande sentimiento, a que respondió satisfaciendo con razones tan fuertes y tan llenas de celo de amor de Dios, que no sólo quedaron satisfechos, pero consolados. Parecióle al santo que la carne hacía resistencia al amor y caridad en que estaba encendida su alma por los cristianos cautivos a quien había rescatado y a los que quedaban quisiera rescatar, y aquella noche castigó su cuerpo con disciplina, más de las ordinarias, y así determinó otro día, luego que amaneció, decir misa para consuelo suyo y de los cautivos que quedaban en las mazmorras.

Solían ayudarle unos muchachos a quienes el santo obispo había enseñado y a los cuales había rescatado el día antes. Salió a la puerta del baño a ver si se encontraba con algún cautivo que supiese, y se le ofreció un niño hermoso, con su jaquetillo y bonete al modo de cautivo, como de edad de cuatro años, y le dijo: ¿Qué buscas, obispo? Respondió el santo: Niño mío, quien me ayude a misa; ¿cuyo eres, que no te he visto jamás? Dijo el niño: Después lo sabrás; yo sé ayudar a misa. Dijo el santo obispo: ¿Pues tan pequeño y sabes? Dijo el niño: Pregúntame y lo verás. Habiéndole examinado, se vistió, y en la preparación que hizo le dió a Dios gracias de que a un niño tan pequeño le hubiese dado saber para consuelo de su alma y que supie-

se ayudar a misa y lo hallase en tiempo que le buscaba. (Estas, Señor, son obras de vuestra mano, decía el santo obispo). Habiendo dicho misa, se puso a dar gracias a nuestro Señor, y le hizo cargo del sacrificio que había ofrecido y al que había ayudado la inocencia de un niño, en cuya boca (decía) sueles, Señor, poner vuestra alabanza, como lo dijo el profeta Rey. Ardía su corazón tanto en el amor de aquel niño, que no dió gracias tan despacio como otros días, y fuese para él y le dijo: Niño mío, ¿cuyo eres? ¿Tienes padre? Y respondiéndole: Padre y Madre tengo, pero no están en esta tierra, y tú muy bien los conoces. ¿Pues qué haces tú aquí? dijo el santo obispo. Vengo a un negocio que tú sabrás. Pues, quien sabe ayudar a misa también sabrá los misterios de nuestra santa Fe. Pregúntame, dijo el niño, y el santo obispo le dijo: ¿Quién es la Santísima Trinidad? Respondiéndole tan altamente cual jamás había oído. Hízole otra pregunta: ¿Quién es Jesucristo? Respondiéndole: Pedro, yo soy Jesucristo, ve aquí las llagas de mi Pasión; y por los niños y cautivos que has rescatado, quedándote tú en prisiones, me has hecho tu prisionero. El santo se arrodilló y el niño desapareció, quedándose el santo obispo don Pedro en éxtasis, del que volvió al cabo de una gran pieza bañado de lágrimas, efecto del gozo que su alma tenía con los favores que de Cristo había recibido.

Trató el santo con mayores veras de favorecer y amparar a los cautivos, llevándoles cuanto podía juntar de los cristianos cautivos que servían en casa de algunos moros principales. Y como el rey tenía la mira al interés, ponía muchos cautivos en aprieto para que se concertasen o escribiesen a sus tierras, que los rescatasen o renegasen; por lo cual no era sólo malo el tratamiento que les hacía dándoles de palos, sino que no les daba que comer, y el santo obispo se lo buscaba y llevaba. Dijéronle un día al rey que no conseguía su intento porque todos los días les llevaba comida el obispo y regalos. El rey se quiso satisfacer, y al pasar junto a la Alhambra, que es camino para el cerro de

las mazmorras, adonde estaban los cautivos, le salió al encuentro, y viendo que en la falda llevaba bulto, le dijo: ¿Qué llevas ahí? Y el santo obispo le respondió que llevaba unas flores (siendo así que lo que llevaba eran viandas de pan y otras cosas) y aparecieron milagrosamente flores. El rey se quedó como corrido, porque no halló lo que buscaba, ni consiguió lo que pretendía; con que el santo obispo prosiguió su camino sin impedimento alguno y les dió el refresco que esperaban los afligidos cautivos y que el santo obispo acostumbraba a llevarles todos los días. Sus ejercicios eran confesar y predicar y consolar a los cristianos cautivos, enseñándoles los misterios de nuestra santa Fe católica y quitándoles de algunos errores en que estaban y apartándoles de muchos pecados. Y juntamente escribió muchos libros de santa doctrina, que hoy están en el convento de San Lorenzo de El Escorial, en especial uno contra la secta de Mahoma, del año de 1300. El santo obispo no se ocultó para las disputas que tenía, pues la predicación era en público, en la cual no sólo exhortaba al cautivo cristiano, sino refutaba al moro y reprendía su mala secta, por lo cual convirtió a muchos a nuestra santa Fe católica, manifestando sus escritos, haciendo disputa con los leídos de la ley de Mahoma y mostrándoles el libro.

Habiendo llegado todo esto a noticia del rey (porque los morabitos le acusaron) aunque de su rescate interesaba gran suma de dineros, se vió obligado a hacer demostraciones de juez, y así mandó que luego al punto le quitasen la vida, y que por cuanto era muy querido, así de moros como de cristianos, no se le diese el castigo en público, sino que se la quitasen adonde quiera que estuviese. El santo obispo sucedió estar diciendo misa, y llegaron los crueles verdugos y con un alfange le cortaron la cabeza y después la pusieron en una escarpia. Este cuerpo y cabeza hallaron los padres del Carmen Descalzo en una zanja que hicieron en su huerta, cerca de los años de 1580, de suerte que se conocía ser unos huesos de santo, muy blancos.

Tenía un pectoral de obispo y se halló una imagen que llamaban Nuestra Señora del Sepulcro. Pero en algunos manuscritos de Baeza se dice que le trajeran a ella y que Dios hace muchas mercedes a esta ciudad por las reliquias de este santo obispo y mártir, aunque no se sabe en qué parte pusieron el cuerpo, que por guardarlo no parece; y es cierto que si está allí, le pusieron en buena guarda por las invasiones de los moros, que cada día había en aquella ciudad.

Fué su martirio por los años de 1302, algunos más o menos, según el manuscrito que me certifica haber visto el padre Fray Sancho de Noruega, monje Cartujo, en poder del señor arzobispo de Granada, don Pedro de Castro. En la capilla del Castillo de Jaén pusieron los antiguos su estatua, pocos años después de su martirio y tránsito glorioso. Y aunque no está canonizado, siempre han hablado con grande veneración de su santidad y martirio los señores obispos de Jaén, y el señor obispo don Sancho de Avila y Toledo por tal lo tiene, como consta del rótulo que le puso. Este descuido es de los Cabildos, que a un santo y mártir tan esclarecido no hayan cuidado de sus noticias y de tratarlo en Roma con su Santidad; quiera Dios venga tiempo en que lo hagan, para mayor gloria y honra suya y lustre de esta ciudad de Jaén.»

Muchas cosas se podían ponderar cerca de este manuscrito; pero basta se entienda cuán grave es la necesidad que padecen los cautivos en poder de los infieles, pues para tratar de su rescate tiene conveniencia que un obispo se quede en su cautividad y que Cristo apruebe el empleo manifestándose con disfraz de cautivo y favoreciendo tan, a lo descubierto al que se preciaba del oficio de Redentor. También consta de aquí cuán grave es la necesidad que padecen los cautivos. Extrema la llaman autores de grande opinión. Y tuvo poca razón un moderno negando ser extrema la necesidad que padece un cautivo; si bien vino a

confesar lo mismo cuando dijo: *Si tamen, aut sit occidendus a tyranno, aut melancolia, aut coelorum inclementia interitus, tunc est in necessitate extrema*. Yo no entiendo cómo se puede negar que no tenga peligro de muerte, puesto entre tantos riesgos de tiranía, melancolía, opresión, etc. Pero lo más considerable es el riesgo que tiene de perder la Fe, pues viene a ser esclavo de un enemigo de ella, que es la suma miseria y la más extrema necesidad.

VI

La repentina mudanza de un estado a otro tiene grave censura. Los hechos heroicos de los varones grandes descaecen careados con su niñez. No se habla de muchos ministros de Dios hasta que se introducen grandes. Nadie ha visto el origen del Nilo. Cristo, siempre grande y varón perfecto, hizo gala de padecer.

Oculto estaba Cristo en forma de discípulo que aprende mientras se llegaba el tiempo de ostentar su sabiduría y hacer alarde de su magisterio, pasando de un estado a otro, con misterio grande y a lo disimulado. Las mudanzas de fortuna no han de ser tan repentinas que parezcan inconsideradas e injustas, sino despacio y que se dispongan poco a poco. Eligió Dios a Saúl para rey de su pueblo, ungióle y consagróle su profeta Samuel, descubrióle por suertes y revelaciones milagrosas, púsole en público a ser adorado y aclamado de sus vasallos, según aquello del primero de los Reyes: *Certe videtis, quem elegit Dominus, quoniam non sit similis illi in omni populo. Et clamavit omnis populus, et ait: Vivat Rex*. Juntamos esta cláusula con la del capítulo siguiente: *Et ecce Saul veniebat, sequens boves de agro*. No venía arrastrando púrpuras, traje de los reyes según aquello: *sacra vestis purpurea Imperatorum, etc*; no venía con cetro

en la mano, ni corona en la cabeza, porque no era bien fuese tan repentino el tránsito y pasar del ejercicio común a la ostentación de grandeza y majestad. Abominaba, y con razón, de semejante trueque repentino de mudanza el orador griego, cuando dijo: Son varios juguetes de la fortuna, que muda hábitos y figuras como representante en esta comedia o tragedia del mundo; el que antes era corvo y torcido, anda derecho; ríe el melancólico; es orador de la fortuna el que la acusaba de poco advertida, y viste ya vestidura sagrada el que apenas tenía con que cubrir su desnudez. Son disposiciones de la divina Providencia las que parecen juegos de la fortuna, que como la sabiduría de Dios, dice Salomón que juega en el mundo: *Laudens in orbe terrarum*, se vale de artificios misteriosos para encaminar a fines altísimos las resoluciones de su providencia, encubriéndose unas veces y manifestándose otras. Así se portaba Cristo, Señor nuestro, el tiempo de su retiro, esperando mejor ocasión de manifestar quién era a mayor luz.

Fué soberano ardid esta detención del Príncipe (si queremos filosofar a lo humano) para decoro de su oficio y veneración de su persona, y que le viesen ya muy hombre los que había de comunicar al tiempo de su predicación. Hace a lo venerable de una persona e importa para su reverencia y admiración que no hayan sido testigos de sus niñeces los que le han de reverenciar y estimar, y que les esté oculta aquella parte de flaqueza, de ignorancia, de niñez; que le conozcan y traten siempre grande, varón entero, con severidad bastante a componer, a admirar y atemorizar. Esta es una de las razones, si no la principal, porque es rarísimo ser admirado y estimado un hombre en su patria: redúcese dificultosamente nuestro ánimo a dar estimación a quien vió y trató en los humildes principios de la niñez, y aun entre los grandes aumentos de la naturaleza duran firmes las memorias de aquellos principios, tan dignos de estimación y respeto. Error es ciego de nuestro corazón, en quien puede con sus aumentos la fortuna hacer a su juicio venerable

y digno de todo respeto a cualquiera, por vilísimo que haya sido, hasta el día en que ella empezó a mirarle con buenos ojos, y no puede la gracia diligenciar esta veneración en el sujeto que de veras aumenta. ¡Hoy das, oh, hombre, estimación al que ayer conociste pobre y con eso desnudo de toda honra! ¿Por sólo que le favoreció la fortuna ya es rico? ¿Pues por qué la niegas a quien Dios y la naturaleza aumentó y prosperó con prosperidades y aumentos verdaderos? La fortuna hace venerable la persona en quien nada pone, y la naturaleza y gracia que de veras la aumentan, ¿no la hacen estimable?

Para huir el cuerpo a este achaque con que nuestro mal juicio se atreve a la más severa doctrina, quiso Dios que sus profetas y ministros fuesen a ser sus predicadores donde no hubiesen sido vistos pequeños, sino siempre grandes. Halláremoslo claramente ejemplificado en Elías, a quien la Sagrada Escritura introduce ya varón celoso de la honra de Dios, lleno de espíritu suyo, amenazando y atemorizando reyes. Dióle el cielo honradísimas comisiones para ungirles y que ellos de sus manos recibiesen la investidura del reino.

Al río Nilo tuvieron por venerable y sagrado en Egipto, y los ciegos idólatras le daban adoración por las utilidades que de él recibían. Yo presumo no fué leve motivo para adorarle ser oculto su origen, porque primero que llegase adonde ya caudaloso se ofreció a la vista de las ciudades y pueblos que le gozaban, había discurrido por tantos rodeos de desiertos y arenales, que ninguno había podido, siguiéndole, llegar a su primera fuente. Viene este río de los desiertos de Africa, corre igual hasta la isla Meroc, divídese en la Etiopía en dos brazos; después se vuelve a unir y empieza a llamarse Nilo. Cerca de la ciudad de los Cercasos se divide en tres corrientes. Regaba en tiempo del rey Amasir de Egipto veinte mil ciudades. Muchas se han destruído; las más ilustres que han quedado son seis: Menfis, Siene, Bubaste, Elefantina, Tebas, Alejandría y Pelusio. Mas volviendo a mi intento, le dijo un sacerdote a César en el

símbolo de este río: Escondió la naturaleza tu principio y no concedió a ninguno el verte pequeño, y lo dispuso de manera que las naciones del orbe se admirasen antes que supiesen tu origen.

A la verdad, aunque Cristo se retiró por espacio de diez y ocho años y le empezaron a ver con la autoridad de Maestro a los treinta, no se ignoraron del todo los prodigios de su niñez, pues apenas ilustró el mundo con sus rayos el sol de justicia en el oriente de su nacimiento, cuando con diferentes voces y lenguas publicaron sus glorias el cielo y la tierra, y se dejó conocer en su origen, en cuanto Dios, como Hijo del Padre, y en cuando hombre, nacido de una Madre Virgen; misterios que en pocas palabras ciñó el profeta Miqueas, dando mil parabienes a Belén, aunque ciudad pequeña, grande ya por el nacimiento de tan excelso Príncipe: *Et tu Bethlehem terra Judà, nequaquam minima es in Principibus Judà, ex te enim exiit Dux, qui regat populum meum Israel, et egressus illius ab initio, a diebus aeternitates*: en que comprendió los dos nacimientos de Cristo: uno eterno y otro temporal. En otros lances, al tiempo de la infancia, se conoció también quién era Cristo, y aunque más retirado, no pudo ocultarse; que como fué varón perfecto desde el instante de su concepción, apenas pudo encubrir quién era; conque sus principios parece se agravian con este nombre, pues en la menor edad tuvo toda la perfección a que aspiran pocos y llegó ninguno. Fué felicidad que permitió Dios al mundo conocerle pequeño; y así, si a los otros de la naturaleza oculta los primeros principios con tantos velos, aquí parece corrió algunos, para que entre las niñeces se descubriesen los primores que no pudieron conseguir ni aun en amago, los mayores santos ni varones ilustres de la Iglesia.

Con singular misterio empieza Isaías el capítulo 49: *Audite insulae, et attendite populi de longe: Dominus ab utero vocavit me; de ventre matris meae recordatus est nominis mei. Et posuit me sicut sagittam electam: in pharetra sua*

abscondit me. Este lugar, aunque algunos le explican del rey Ciro, como quiere Hugo, y otros del Bautista, pero penetrado bien el misterio y contextura de palabras, se habla en él de Cristo a la letra y se colige del capítulo 13 de los Actos Apostólicos, y lo entienden así muchos expositores antiguos. El Señor, pues,—dice Cristo—me llamó desde las entrañas de mi Madre, oíganlo las islas y las naciones más remotas (y este llamar Dios es obrar, como es hacer el decir, por la eficacia que pone). Allí oí su voz, allí se acordó de mi nombre, y me le puso, como se lo dijo a María el Angel: *Vocabis nomen eius Jesum.* Allí me afiló como espada de fino acero y como saeta escogida de punta penetrante y luciente, si bien me tuvo escondido algún tiempo en su aljaba.

¡Oh, misterio grande! A otros valerosos ministros, cuando Dios les vino a poner nombre, que significase su oficio, o el intento divino que por su medio se había de conseguir, ya eran varones en edad entera. Noventa y ocho años tenía Abrahám, y había entrado en los noventa y nueve cuando le mudó el nombre de Abrán en Abrahám. Cuando por orden de Dios mudó Moisés a Josué el nombre que tenía de Oseas en Josué, ya estaba harto de seguir la guerra. Cristo, desde el vientre de su Madre, tuvo el nombre de su oficio y dignidad; allí se llama Jesús y Salvador; allí le templó como a espada, con los filos que había de tener aquella sacratísima humanidad para hacer seguro corte. Los demás ministros, primero que llegasen a ser defensores de la causa divina y espadas en la mano de Dios, los vimos en manos de hierro o acero informe; salieron como el acero de la mina, tosco y pesado; fué necesario martillar y desbastar, y que los formase y templase Dios como convenía, que esto suenan aquellas palabras: *Facian vos fieri piscatores hominum.* Cristo fué una espada milagrosa que salió formada y templada con corte eficaz y lustroso en la mina oculta de las entrañas de María. No es necesario esperar a que crezca para que manifieste quién es. Sale al mundo

con imperio y majestad y como saeta para herir los corazones, pero tal vez escondida o en la carne, como dijo la Glosa interlineal, por donde se llamó Dios Escondido, o en su providencia, de donde se disparan decretos y resoluciones, como lo advirtió la Glosa ordinaria. Allí le escondió hasta que se revelase en tiempo conveniente. Conque se había de dar al mundo aquella buena nueva de un Dios descubierto, un Redentor enamorado, un Dios perdonador de culpas, para que a la presencia de ellas mismas resplandezca más su misericordia, como lo anunció el mismo Profeta: Enjúguense tus lágrimas, pueblo mío; consuélate, consuélate. ¡Oh, vosotros, a cuyo cargo está intimarle mis órdenes, profetas míos, trocad ya las voces duras de reprensión y amenaza en halagos, en regalos, en promesas de felicidad y consuelo, en palabras que seren y alegren a los afligidos! Pregonad la salud, pregonad la paz y publíquese regocijo común; llamad a Jerusalén, hasta aquí esparcida y derramada, que se junte en alegre concurso para oír unas buenas nuevas: *completa est malitia ejus*. Acabóse la congoja, la aflicción: eso quiere decir. Y en el Hebreo se lee *militia*; como si dijera: Acabáronse las penalidades militares; ya se acabó el cuidado de velar y trasnochar; ya la puntualidad de aquellas prolijas ceremonias y sacrificios; ya el estar como en frontera de enemigos, en perpetuo cuidado y vela; ya descubre el atalaya el bien que se deseaba y esperaba; ya el enfermo, que en la cama de su miseria daba desconsoladas vueltas en las tinieblas de la noche, tiene prendas de certísimo alivio, con la luz del día que ya amanece; ya el salvado, que en la peligrosa vela de las tinieblas traidoras no tenía punto seguro de descanso, con el sol vecino, que viene a descubrir la tierra toda, puede descuidar y descansar, a la traza de lo que dejó escrito Ovidio:

*Ecce vigil nitido patefecit abortu,
Purpureas Aurora flores, et plena rosarum,
Atria diffugiant Stellæ, quarum agmina cogit
Lucifer, et coeli statione novissimus exit.*

Como si dijera: Ya se cumplió el tiempo profetizado; ya ha llegado el amanecer del día más dichoso que vieron los cielos y la tierra; llegó el punto de abrir sus rosadas puertas el Aurora; desaparecen las oscuras sombras de la noche de la ley al amanecer del día de la gracia; huyen las estrellas, menores luces, a la presencia del Sol, padre de la luz y fuente de los esplendores. Fué anunciar que en la vida y muerte de Cristo estaba librado el reparo de la humana naturaleza, y por mucho que se escondiese de los ojos de los hombres, había de llegar tiempo en que, siendo el Hijo querido del Eterno Padre, se expusiese a los rigores de la muerte y a las injurias de sus enemigos e hiciese de las injurias toleradas más ilustre blasón de las caricias del Padre que la mayor ponderación de su fineza.

Admirable prueba de esta verdad hallaremos en el Apocalipsis. Con singular regalo y gozo, había padecido el Evangelista San Juan muchas tribulaciones (pues al año 92 del nacimiento de Cristo y 15 del emperador Domiciano, fué llevado preso a Roma por el procónsul de Asia, desde Efeso, ciudad insigne de la Grecia, cuyas iglesias regía e instruía el gran apóstol, y en Roma fué echado en aceite hirviendo, de donde salió milagrosamente libre y sano, como lo refieren Tertuliano y Jerónimo, y desde allí fué llevado a la Isla de Pathmos, donde fué condenado a cavar en las minas de metal que allí había, como lo dice Victorino Pictaviense y Primacio). Tocando, pues, esta historia, el sagrado Evangelista dijo a los fieles de la primitiva Iglesia: Yo, Juan, vuestro hermano, el que va a la parte de los trabajos y de los premios de la tribulación y del reino y del sufrimiento por Jesucristo, estuve desterrado, etc. Hase de notar que cuando el glorioso Evangelista concluyó su Evangelio, quiso poner sus señas, y en el discurso de él, cuando hubo de hablar de sí, se nombró por aquel que amaba Cristo, por el que descansó en su pecho, por el valido, que preguntaba los secretos para revelarlos a otros. Mas cuando quiere poner las señas de su persona en el prin-

cipio de su profecía, de ninguna de éstas se vale, ni dice de sí que es el amado, ni el que se recostó en la Cena, ni el que preguntó cuando los demás callaron, sino *particeps in tribulatione, et Regno, etc.* ¿Qué novedad es ésta? ¿Ya mudamos las señas? ¿Ya trocamos los apellidos? ¿Y cómo y con qué razón? Preciábase Juan de las finezas de Jesucristo y de las mercedes que le hacía, teniendo siempre presentes y refiriendo las de más estima que hasta el día en que hablaba había recibido. Cuando escribió el Evangelio, lo más que de sí pudo decir fué que él era a quien regalaba Jesús, a quien recostaba en su pecho, a quien comunicaba sus secretos; mas cuando escribió sus profecías, había nuevos y mayores favores de que preciarse, nuevas y más extremadas finezas de que gloriarse: *participe en la tribulación y el sufrimiento*; el que bebió el cáliz de Jesucristo, el que padeció por él. Blasón es éste a quien pueden ceder los demás blasones; señas son éstas con que se puede conocer un notable favor, que debe tener lugar entre los muy grandes en un corazón verdadero estimador de todas las cosas. Así Cristo, aunque tuvo ilustres blasones de Hijo querido de su Padre, parece se precia más del blasón de Redentor, cuyo empleo cedió en bien universal de los hombres padeciendo afrentas y muerte.

VII

Oculto y desconocido estaba en la cruz el Principe Cristo, por la fiera disposición de sus émulos, pero allí se publicaron sus glorias con voces articuladas por el Espíritu Santo.

Descubrió cómo se debía entender el título de la cruz.

Probado queda el misterioso cuidado que tuvo Cristo de esconderse en el tiempo de su juventud y cuando hacía la figura de discípulo; pero es digno de ponderación que sus émulos también pusieron especial cuidado en que cuando

hacía oficio de maestro, especialmente en la cruz, estuviese tal a fuerza de afrentas y de ignominias, que no fuese conocido por quien era y le hiciesen aborrecible y abominable a los ojos que le mirasen. *Vidimus eum, et non erat aspectus, et desideravimus eum*, dijo Isaías. En el hebreo se lee: *Et non erat aspectus. Ut desideraremus eum*. Tan escondido, que no había puerta por donde pudiese entrar el deseo de verle y reverenciarle; para ese fin le pusieron, entre otras injurias, ladrones por colaterales, que fué como guardarle los lados y que no tuviese por donde entrarle la fe de quien le buscara para Dios. *Et cum sceleratis reputatus est*. En el hebreo corresponde a estas palabras un verbo que explica aquella parte de Aritmética que llamamos sumar, y quiere decir que los príncipes del pueblo, los jueces, a cuyo cargo está limpiar la República haciendo su cuenta, hallaron entre los presos tres dignos de muerte afrentosa, tres malhechores, de iguales o semejantes delitos, y en la suma de esos tres entró Jesucristo, queriendo los autores de esta injusticia confundir las causas y hacerlos a todos unos, persuadiéndose que con este hecho quedaba bastante desfigurado y desconocido. ¿Quién le viera, no sólo en una cruz, sino entre dos malhechores, que no se escandalizase? ¿Quién llegara a la horca y viera puestas tres en ella y le dijeran: Uno de éstos decía que era rey y que era Hijo de Dios—que no se riera? Contado en número de quienes, por menos perjudicial, según la opinión del pueblo, había escapado Barrabás, ¡bueno es el mundo en casos tales para no creer que Cristo era malhechor! Teníanle por glotón y bebedor, porque le veían alguna vez de huésped de algún hombre rico; teníanle por hereje, como a los samaritanos, porque se detuvo entre ellos tres días: ¿en qué opinión le tendrían viéndole morir entre ladrones y malhechores? La voz común del pueblo sería: Tres ladrones llevan a crucificar, de tres malhechores hacen hoy justicia.

Pero, ¡oh, bondad inmensa!, poniéndole entre dos ladrones para que muera afrentosamente, tenido por otro tal,

hace Dios al uno testigo y confesor de la gloria suya, para que allí amargue la intención de los que para tan diferentemente le habían dado cruz al lado de Jesucristo. *Hic vero nihil mali gessit*, clamaba desde el árbol de su suplicio: ¿qué más pudo decir un profeta o un apóstol? ¡Oh, testimonio libre y verdadero, nacido de un ánimo desengañado! Más obra este ladrón en la cruz que Pedro en casa del pontífice, y así dijo Drogón Ostiense: *Tu Petrus in cruce fuisti et Petrus in domo Caiphæ latro, etc.* Conoce su culpa y no busca para consuelo, como se usa en el mundo, un cómplice de tanta opinión como Jesucristo.

El testimonio de este confesor singular alegró los cielos, regaló los oídos del Eterno Padre, fué música muy en favor del eclipsado sol de justicia. Podemos decir de su voz lo que Juvenal en una de sus sátiras dijo de otra:

Una laboranti poterit succurrere Lunæ.

Creían los antiguos que podían las voces mágicas de los conjuros oscurecer las luces celestiales, y para que no llegasen allá sus eficaces sonos, le socorrían con música que resonaba al mismo tiempo. Llegaban al cielo las voces de blasfemia, los clamores impíos y las indignas mofas con que los príncipes de aquel pueblo y el pueblo en su compañía, ofendían las orejas del Padre Eterno; oscurecían las luces celestiales y al mismo sol de justicia, Cristo, le quitaban su luz, deslustrando su opinión a vista del mundo todo: provee Dios en tanto de esta voz, que suene suave a los oídos del cielo y de la tierra, que regale al Padre Eterno, que socorra al sol y luna denegridos y que al mismo Sol verdadero consuele en su mayor eclipse: *Hic vero nihil mali gessit*.

No paró aquí la voz, que prosiguió con singular fe llamando rey al que veía crucificado: *Et dicebat ad Jesum: Domine, memento mei cum veneris in regnum tuum.* Fué verdaderamente efecto milagroso, indicio gravísimo de la eficacia de la sangre de Jesucristo, que estaba fresca y co-

riendo a sus ojos. La mayor dificultad de nuestra fe es la que le pone este misterio, de quien dijo el apóstol: *Judaeis quidem scandalum, gentibus autem stultiam*. Esa dificultad se vence con los créditos y motivos que Dios quiere persuadir a la razón humana, con los milagros, con la doctrina de los santos, con los testimonios de sus confesiones entre los tormentos, con el ejemplo de nuestros mayores, con el crédito que han tenido entre los hombres sabios, y otros favores de Dios y mercedes grandes que quiere hacer al fiel. Todo esto, menos lo último, le faltó a esta conversión, y cuanto esta fe tiene menos de motivos, tanto tiene más de admirable. Dificultad es creer en Cristo crucificado; mas es ya dificultad vencida por grandes cabezas. Hállase ya adorado de muchos y su nombre santificado; pero en esta ocasión veía el ladrón un hombre en un palo, y a su lado, puesto por otro tal como él; si lo miraba, le veía agonizar con la muerte, cosa tan ajena de Dios; si oía las voces universales del pueblo, todas eran de abominación; si buscaba maestro, no le había, que los apóstoles habían huído escandalizados todos; y, sin embargo, con osadía y segura fe, creyó con firmeza, esperó con valor, amó con caridad; con qué en muy breve halló, aun en lo exterior, prueba eficaz del acierto de su confesión. Vió oscurecerse los cielos, denegrirse el sol, cerrarse el día, estremecerse el mundo, deshacerse las piedras, y al ruido despertar los muertos del sueño pesado de la muerte. Oyó aquella postrera y poderosa voz del crucificado, aquel clamor que estremeció los corazones: *Vere Filius Dei erat iste*. Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios. Mucho oyó y mucho vió de Cristo (aun en la posición del cuerpo) que le pudo persuadir divinidad en el crucificado; la cabeza inclinada para dar paz al mundo, el corazón abierto revelando finezas, los brazos extendidos para abrazar la Iglesia y todo el cuerpo ocupado en el ministerio y oficio de Redentor, como lo ponderaba San Agustín. Fué proverbio en la antigüedad, que el que salía a luchar a la arena atendiese al semblante del

contrario, a la moción de las manos, a la inclinación del cuerpo, que todo eso enseñaba cómo se había de portar con él. Así el confesor santo miraba en el patíbulo de la cruz la cabeza, los brazos y el cuerpo todo de Cristo, que todo junto le daba enseñanza de quién era.

No es de perder aquí la respuesta de Cristo que le asegura, como juramento: *Amen dico tibi: hodie mecum eris in paradiso*. ¿Qué afirmáis, Señor? ¿Pues es menester más que decirlo vos? Y parece que responde: Estoy de manera que es milagro que me crean. Son palabras éstas más pronunciadas desde el Tribunal de la Gloria que desde la cruz afrentosa. Deseaba firmar esta verdad, esta promesa, de que aquel día estaría con él en el paraíso, no sólo en el crédito del ladrón que estaba ya persuadido, sino en el corazón del otro rebelde, para que no quedase por Dios dejar de darle bastante seguridad para su conversión.

El convertido quedó desde aquel día como por maestro de la Iglesia que supo ganar tan de presto el corazón de Cristo y alcanzar absolución de sus culpas. Que la Magdalena oyese aquellas palabras: *Remittuntur tibi peccata tua*, no me admiro, que ya vimos las obras que lo merecieron; a sus pies la vimos rendida, sus ojos los bañaron con lágrimas, sus cabellos los enjugaron, sus manos los ungían, su boca los besaba; pero para llegar a su Redentor, no tiene este confesor divino manos, que las tiene puestas en una cruz; no podía ocupar su cabello y boca en obsequios, ni besar sus pies, ni tuvo ungüentos que aplicar y ofrecer al decoro de aquella sacratísima humanidad; pero tuvo corazón para sentir y para amar, fe para creer, boca para pedir, humildad y cortesía en la demanda, conque granjeó el buen despacho de entrar a la parte con Cristo en su reino, y él fué el que verdaderamente entendió el título de la cruz adonde con letras griegas, latinas y hebraicas, fué Cristo aclamado por rey.

Llegaban todos y leían el título y luego hablaban con el que padecía, mofando de su corona y reino: *Si tu es rex*

Judaeorum, salvum te fac. Sólo el ladrón santo conoció cómo se había de entender el título de la cruz. ¡Oh, escritura sagrada, y cuánto mejor les estaría a los que no te entienden no leerte! *Qui legit intelligat.* ¡Qué de errores están sembrados en el mundo por haberte leído sin espíritu del cielo! (No acuso la ignorancia que a todos nos toca y confesada no es peligrosa; acuso la presunción, que esa es la perjudicial ignorancia). Piden los pontífices enmiendas del título, y es porque no le entienden; léelo este letrado moderno y entiéndelo y créelo, pues conoció iba camino derecho de reinar el que estaba padeciendo en la cruz, cosa que no la entienden los judíos todos, pues dicen: *Si rex Israel est, descendat nunc de cruce, et credimus ei.* Toparon con una fuente de mala doctrina, con un maestro engañoso, ofuscóles el entendimiento el veneno de la serpiente. Fué error palpable entender que no había de morir, y con muerte de cruz el Mesías prometido, cuando lo gritaban así tantos profetas, tantos misterios de la ley antigua; pero no entendieron el título, obstinados en su mismo sentir, y como erraron en no conocerle, cuando nació, erraron también al tiempo de la muerte, que fué el medio a sus mayores glorias y a la manifestación de su reino. No entendieron que el título de la cruz escrito en las tres lenguas: hebrea, griega y latina, aseguraba al Mesías Dios del universo y que había de ser venerado en todas las naciones. A esto aludieron las voces en diferentes lenguas con que en la cruz formó Cristo la amorosa queja del padre, porque le había desamparado: *Eli, Eli*; estas voces son hebráicas, pero las inmediatas: *Lamma sabacthani*, son de la lengua siríaca. El misterio de quejarse Cristo en diferentes lenguas, lo enseñó San Epifanio; había de darse a conocer Cristo en todas las naciones; por eso no quiso se limitasen sus voces, ni el título de su cruz a sólo la lengua hebrea, sino autoriza otras lenguas, como su sangre había de rubricar lo interior y exterior de las cosas adonde se ofrecía la del corredo simbólico en Egipto.

VIII

El Imperio romano, dueño de las naciones del mundo, fué símbolo del Reino de Cristo que había de exceder sus límites. Los pecados ocasionan muchas veces las pérdidas de las monarquías. Ponderánse los castigos que suele Dios enviar por los secretos juicios de su sabiduría.

Declinaba en parte el Imperio romano a los años setecientos y ochenta de Roma, al décimo cuarto de Tiberio, y en el que se va escribiendo la vida de Cristo, como en señal de que se había de introducir muy en breve otro nuevo Imperio, que por medio de la predicación del Evangelio había de hacerse dueño de toda la circunferencia del orbe, en cuya prueba, a la venida del Espíritu Santo sobre el Colegio apostólico el día de Pentecostés, se hallaron en Jerusalén todas aquellas naciones que se refieren en los Hechos Apostólicos. Concurrieron todas las naciones del orbe a oír hablar en varias lenguas, los divinos misterios de la vida, muerte y resurrección de Cristo para que no pudiese el Imperio romano, a quien todas estaban sujetas, medir la espada en su propagación con el Evangelio, si bien fué admirable símbolo de la unidad de las naciones en la Iglesia ver unidos debajo de una coroa imperial tantos reinos. Y para que constase la fuerza y valentía de la Cruz y del Evangelio, nunca estuvo tan robusta la milicia como al tiempo que se manifestó para que hiciese más su gracia y conociese, no solamente en el pueblo judaico, cuyo impío furor quitó la vida al Hijo de Dios con circunstancias tan relevantes de ingratitud, de obstinación, sino también en el Imperio romano, tan entregado a sus idolotías, por cuya causa le sobrevinieron en todos tiempos calamidades grandes.

Siendo cónsules Marco Licinio y Lucio Calpurnio, tuvo grandes guerras, enfermedades y sucedió la caída del Anfiteatro, que se hizo para celebrar el juego de los gladiadores, cerca de Roma; y estando el edificio lleno de gente, se cayó su máquina, que despeñó una grande multitud, que pasó el número de cincuenta mil, como lo refiere Tácito; y aún no se había olvidado del todo este estrago, cuando la ciudad de Roma fué invadida del fuego y se abrasó el monte Celio, de que atribuían la culpa a Tiberio, aunque estaba ausente (que cuando el vulgo aborrece a un príncipe le pone también a su cuenta las desgracias casuales) y dejándose llevar Roma de sus supersticiones, hicieron votos en el Senado de que allí adelante el monte Celio se llamase Augusto, porque a sola la estatua de Tiberio no la embistió el fuego voraz; y alegaban que lo mismo había sucedido antiguamente a Claudia Quinta, a cuya estatua (que se había escapado dos veces de la violencia del fuego) habían consagrado los antepasados en el templo de la madre de los dioses; que los Claudios eran santos y que se debía aumentar la ceremonia y veneración de un lugar adonde los dioses habían hecho una demostración tan en honra del príncipe. Esto sucedió al año veintiocho de Cristo, y la ciega gentilidad no acababa de comprender la causa de sus desdichas, que eran sus abominaciones e idolatrías. ¡Oh, qué dicha y felicidad es que nos haya plantado Dios en la Iglesia, infundido su conocimiento, el de su ley y adonde el fiel goza del fruto de los sacramentos y de la eficacia de la sangre de Cristo! Sin embargo, es tan perverso el corazón humano, que duerme al son de tanto beneficio, cuando debiera con desvelos responder con voces de agradecimiento y de alabanza.

Si se descubriera a puerta abierta el estado del mundo y en qué poco se estiman beneficios tan grandes, pudiéramos exclamar, y no sin grave sentimiento, contra otro género de idolatrías que ha introducido en las casas y familias la poca atención de quien las gobierna, que ocupados

del sueño que causa el deleite mundano, no parece les ha quedado rastro de fe. ¡Oh, familia perdida, adonde cada uno vive según su ley y todos ignoran la de Dios! ¡Oh, Ginebra abreviada, donde si uno reza cuatro blasfeman! ¡Oh, hija de Babilonia, donde todo es confusión y desorden, adonde vienen los hijos a dormir cuando los padres se levantan a negociar, porque los trae el día apremiados de la luz que huyen sus malas obras! ¡Oh, puertas cerradas para el pobre y abiertas para la codicia! ¡Oh, ventanas de donde salen saetas venenosas que inficionan corazones! Grande es la desdicha que padeces. Buen ejemplo de cabezas es el Maestro de la nave en que navegaba Jonás, a cuyo cuidado debieran la vida, después de Dios, todos los que iban en su compañía. Iba corriendo tormenta, y reconoció todo el navío, hasta el lastre, adonde iba durmiendo el Profeta. Despiértale a gritos y le reprende el sueño en ocasión que el bajel estaba a riesgo de irse a pique. ¿Quién no conoce que vamos todos corriendo tormenta en este mar del mundo? Las olas de los vicios conquistan sin cesar nuestras casas y familias, y no ha de haber descuido en los que las gobiernan en tan peligroso estado, que por cuenta suya correrá el naufragio y perdición de los que están a su cargo, pues importa poco haber empezado a navegar bien, haber salido con todo tiempo, pasar con toda serenidad el golfo, descubrir con alegría la tierra, si al tiempo de tomar el puerto se rompió la nave entre los peñascos.

Aunque Cristo no obraba en público el tiempo que estuvo retirado, obraba, sin duda, admirables efectos en el mundo. Hazañas ilustres y admirables obraría Cristo Señor nuestro en aquel estado, fuera de ser su vida tan ajustada que le conciliaba grande opinión con los hombres; pero como su obrar no era en público ni estaba limitado a la corta esfera de una ciudad, obraría en el universo cosas admirables, ya de piedad, ya de justicia, viéndose los efectos y oculta la persona y motivo de quien los obraba. Este suele ser muchas veces el modo de obrar de Dios, dijo San

Próspero. Son estos los secretos de la divina providencia; nace uno entre riquezas, otro en suma necesidad; descuélase un hombre tal vez a una estatura grande, otro con débiles miembros apenas sale del suelo, aunque crece en años; éste, nacido entre católicos, mama en la cuna la leche de la verdad; y el otro, infiel, hereje o idólatra, el veneno del error, y todas son disposiciones de Dios o permisiones suyas, según aquello del Eclesiástico: *Bona et mala, vita et mors, paupertas et honestas, a Deo sunt*. Y Él mismo lo dijo a Moisés y a Isaías: *Quis dedit os homini? et quis fecit mutum, et non audientem, et cæcum? nonne ego Dominus Deus? nonne ego faccundum, et sterilem fecit? dicit Dominus*. A esta traza obraría Cristo ilustres hazañas en el universo, alentando a unos en el ejercicio de las virtudes, al cumplimiento de los divinos preceptos y castigando a otros sus desórdenes y demasías con infelices estragos y pérdidas de la hacienda, del honor y de la vida. ¡Oh, lo que se debe temer el azote de Dios, que tal vez a lo disimulado y encubierto castiga al pecador, aunque no como merecen sus culpas! Pero siempre son (si consultamos la Escritura) gravísimas las penas, pues en lo espiritual sabe Dios retirar el candelero de la fe, permitiendo caigan los hombres en errores torpísimos, como lo amenaza en el Apocalipsis, y retira aquel auxilio con que un hombre se había de convertir, que es lo más formidable, y se reduce a un estado que ni palabras, ni castigos, ni milagros no bastan para que se recobre. Grande fué el milagro de Elías, cuya oración fué llave del cielo tres años, y no por eso el rey Achab ablandó el corazón, antes concitó todos los reinos para buscarle y quitarle la vida a un hombre que con imperio mandaba al cielo y las estrellas.

Si ponemos los ojos en lo temporal, que suele mover más, porque se mira de más cerca, es gravísima la amenaza que a los reyes y reinos y al estado sacerdotal hace aquel vivo ejemplar de paciencia, Job, por estas palabras: *Adducit consiliarios in stultum finem, et iudices in stuporem: Bal-*

theum Regum dissolvit, et præcingit fune renes eorum: ducit sacerdotes inglorios, et optimates supplantat: commutans labium veracium, et senum doctrinam auferens: effundit despectionem super principes, et eos qui fuerant oppressi, relevans. De las cuatro fuentes inagotables, sabiduría, consejo, fortaleza, inteligencia, que están en Dios eternamente manando, en lugar de agua, admirables efectos, sabe cuando se enoja por los pecados de la república y de la monarquía, reducirla a estado, que desconocida de lo que ella fué, se dunde en las naciones si es la misma que en la antigüedad se hizo formidable a todas las coronas, según aquello que de Jerusalén, destruída por sus enemigos, lloraba Jeremías en sus trenos: *Haecce est urbs, perfecti decoris, gaudium universae terræ?* Los medios que Dios elige son: *Adducit consiliarios in stultum finem.* Ofusca los entendimientos de los consejeros, cierra los caminos por donde pensaban llegar a conseguir los fines deseados, y que no sepan lo que han de resolver en sus juntas, y que ni en ellas prevalezca la razón ni la razón de estado; embiste su rigor a los reyes y les descíñe el cingulo militar, ceremonia afrentosa en la guerra, como refiere Marco Varron, y fué símbolo de un hombre afeminado andar desceñido de él en la guerra. En señal de la valentía que había de tener Cristo, adonde en Isaías se dice: *Neque solvetur cingulum renum ejus*, se lee en el Hebreo: *Non solvetur, vel non aperietur baltheus lumborum ejus.* Decir, pues, Job que quita Dios el cingulo militar a los reyes, es significar que con misterio grande hace a los reyes que eran valientes, flacos y afeminados, para que perdida la dignidad real, se conmute el balteo honorífico en soga de cautividad. Y para tocar lo más venerable del sacerdocio, a quien está vinculada grande autoridad y reverencia, profetiza su desestimación. Dispone con su sabiduría Dios que pierdan los sacerdotes la gloria de su dignidad por el mal uso del ministerio. Frústranse los consejos y resoluciones de los más entendidos consejeros, de los más experimentados ministros, conmutando la verdad en men-

tira y desterrando de la República la segura doctrina de los ancianos experimentados y sabios. Y todo este agregado de desdichas viene a parar en menosprecio de los príncipes, estimados antes y poderosos, y en crédito de otros a quienes tenía oprimidos debajo de su rueda una prolongada e infeliz fortuna.





MEDITACIÓN XIX

I

Cristo, pobre, escondido y en silencio, prescribe la forma de ascender a los puestos eminentes. Alimenta a sus mayores ministros con diferentes manos. De la suya recibe el alma la práctica del entendimiento. Sabiduría e ignorancia diferencian a predestinados y réprobos. El magisterio de espíritu pide virtudes muy fuertes en quien le ejercita.



L Rey de la gloria, escondido desde los doce hasta los treinta años, maestro sin enseñar, omnipotente sin hacer milagros, enseñando con obras y obrando mucho pareciendo ocioso, nos dice con estas lecciones en silencio cómo se ha de ascender a la cumbre de la perfección por varios medios y que no se pase de vuelo del estado ínfimo al sumo, pues fuerza es que se zanje la soberanía en términos humildes y en ejercicios de poca calidad, conquie alimentando el ánimo, si bien con alimento al parecer desabrido, se hace más poderoso y capaz del mayor puesto.

Esta alta razón de estado platicada en Cristo pobre, escondido, en silencio, y después más favorecido del Eterno

Padre, me parece la ejecutó Dios con el gran profeta Elías. He reparado por qué diferentes manos y medios le alimentó Dios, hasta que llegó a merecer que le alimentase Él mismo inmediatamente en el monte Oreb. En el 3.º libro de los Reyes se lee cómo le enviaba Dios la comida en el arroyo Carith por mano de los cuervos. Cuando huía de la reina Jezabel y se quedó dormido debajo del enebro, pidiendo a su alma le desamparase el cuerpo, en despertando halló junto a su cabeza un pan y un vaso de agua que se lo envió Dios por mano de un ángel, hasta que estando en el monte le sustentó Dios cuarenta días. ¡Oh, qué misterio! Parece que quiere Dios divertirle de las criaturas y que a Él sólo le atienda, que no le aficione el cuervo, ni la viuda, ni el ángel, sino sólo Dios, autor de todos los bienes. Pero a mi intento dijera yo que para haber de llegar Elías a la mayor grandeza de asistir a cariñosos coloquios con Dios, le ejercitó primero con pruebas de necesidad, y que se obligase y debiese la vida a los cuervos, a una mujer pobre y a un ángel, y reconociese que para llegar a tan alto puesto como ocupaba había sido celestial medio que experimentase los caminos del hambre, necesidad y poca estimación; que siendo tan valeroso como lo fué después con los profetas de Baal, tuviese miedo a una mujer; que necesitase de un cuervo el que tuvo un carro de fuego aprestado para subir a la más alta región del aire; que no obrase milagros quien fué después tan prodigioso en ellos, y tuviese en sus niñeces e infancia su virtud en lo escondido y retirado, no conocido y lleno de temores. En estas varias fortunas de Elías se descubrió, dijo Euquerio, una profunda razón de estado que Dios tiene con los suyos, que para que no presuman de sí ni se dejen llevar del viento de la vanidad y soberbia, les deja en las manos de la necesidad y reduce la valentía de un hombre prodigioso en milagros a términos de tanta cobardía que desee la muerte por miedo de una mujer.

Fué en Cristo lección de desengaño para los hombres es-

perar la orden de su Padre para hacer manifestación de que era Hijo suyo, y que constase por la doctrina, predicción y milagros. Mucho sabe (aunque parece que lo oculta) quien sabe gobernarse por el dictamen divino, que le prescriba las acciones y las circunstancias para que se asegure el acierto, y camine el alma, aunque sea entre las tinieblas de la fe, con la certeza que da ella misma de que es Dios quien la mueve los pasos.

Un admirable lugar de David dará más clara luz a estas sombras. Yo te daré (dice Dios al alma) entendimiento; no la potencia que era a todas las almas común, sino la práctica y el uso acertado, el conocimiento y el desengaño verdadero. En la casa de Dios, y a su juicio, no hay más que una discreción y una necedad, una sabiduría y una ignorancia, saberse una persona salvar o no saber. La parábola de las Vírgenes, cinco prudentes y cinco necias, es prueba de esta verdad: aquéllas, abonadas de discretas y entendidas por su solo acierto; éstas, infamadas de necias por sólo su yerro. Dividiéronse en dos quinaros los preceptos de la ley con el dedo de Dios en el Sinaí, y en dos tablas, aunque cabían en una, en misterioso símbolo de que se habían de escribir cinco discretas Vírgenes a la derecha del Esposo y cinco necias a la mano siniestra, en que se cifraron todos los buenos y malos, predestinados y réprobos, y muchos dentro de la Iglesia, que por eso se compara a ellas el reino de los cielos. Así lo medita San Hilario, considerando las dos tablas de la ley adonde se escribieron los preceptos del Decálogo. Y así las bodas a que salieron fueron (como dice este doctor) la entrada a la vida inmortal y eterna. Con razón se llamaron necias las que, olvidadas de las promesas de Dios y ocupadas en atenciones del mundo, debiendo estar prevenidas para salir por camino derecho a recibir al Esposo, le torcieron yendo a comprar aceite, porque les faltó la esperanza de la Resurrección.

Yo te daré entendimiento, dice Dios al alma; te daré sabiduría y no esperaré a que te desengañe el mundo y en el

dejo amargo de sus deleites halles el desengaño tardío, gastada la edad, mal empleado el corazón, perdido el tiempo. Fué Salomón el más sabio de los hombres, y le costó el desengaño larga y costosa experiencia, como lo confesó en el Eclesiastés. Mucho le costó llegar a ver que todo es vanidad, todo afán, todo inconstancia, y es grande felicidad que dé Dios entendimiento a un alma para que así lo conozca. Tiende Dios los ojos sobre tantas almas necesitadas de desengaño y de conocimiento, llenas de ceguedad e ignorancia, y págase de ésta y no de aquélla ni de otras mil. Merced inestimable, cosa que tanto importa y dispensada a la experiencia, que tan costosa y tan tardía suele ser, para que retrocediendo sus pies de los varios y peligrosos caminos que el mundo ofrece, sin discurrir por ellos, y al cabo cansada de volver a los principios, entre desde luego por el camino seguro de la vida evangélica.

Este favor hace Dios a las doncellas recogidas y virtuosas cuando las llama al estado de la Religión, cuando a nuestro modo de discurrir llena sus velas un viento poderoso y seguro, que sin riesgo ni peligro, cortado el peligroso golfo del mundo, lo pone en el puerto deseado de la salvación y la instruye por varios caminos, avisos, constituciones, preceptos, Prelados, ministros todos de este espíritu que han de impelerla al dichoso fin de su bienaventuranza. Y esta guía que hace Dios a su necesidad y al cumplimiento de sus obligaciones, no es para que cuide del siglo, sino para que atienda a solo Dios, que pone en ella los ojos, ya de mayor amor, de mayor cuidado, como de Esposa, según aquella advertencia de San Bernardo, que hablando de Dios y de su divina Providencia dice que es común a todas las criaturas, pero guarda para la Esposa su cuidado y desvelo.

Sabía mucho el Príncipe Cristo y no abría sus labios para enseñar a otros. Verdad es que no había llegado el tiempo (que todas las cosas le tienen) y Cristo se ajustó con él, aunque autor del tiempo, como lo dijo en otra ocasión,

porque no había llegado el de su muerte. No niega el Redentor que no se haya de manifestar al mundo, y que sería conveniente; pero que no ha de ser por el fin que querían sus deudos, ni tan apresuradamente que no se esperase primero el tiempo oportuno, que aún no había llegado. Llamó gloria su muerte, y aunque se había llegado el tiempo de venir al mundo, no el tiempo de salir de él; porque como obraba con tan alto consejo y no al acaso como suelen los hombres, tenía tiempos señalados para sus obras. Y así distinguió los tiempos, no sacándolos de su curso ni anticipando las acciones, para que todo tuviese razón en su tiempo y lugar.

Grave doctrina se infiere de aquí contra los que precipitadamente, a las primeras lecciones que oyen de espíritu, tratan de hacerse maestros; en cuatro días de vida reformada quieren luego estimación, presidencia, primer lugar, enseñar y reformar a otros. Es necesario, primero, paz verdadera del ánimo y silencio, que son los efectos de la verdadera santidad, sin inquietudes, competencias y ostentaciones. Para tener un hijo de carne y sangre, es menester crecer en años, y para tenerle de espíritu, ¡con qué presteza! En veinticuatro horas de perseverancia, tras de una confesión general, en dos meses de lección de libros espirituales, cuanto se aprenden los términos y tal vez sin haber estudiado, dogmatiza, enseña y resuelve dudas de espíritu, toma a su cargo negocios que comunicar con nuestro Señor y responde como oráculo; y suelen ser dislates sus misterios, y sueños sus revelaciones. Es tentación conocida quererlos hacer a todos espirituales, y no teniendo muy arraigadas las virtudes, va con gran riesgo de perder su alma, el que parece solicita la salvación de otras. Oigamos sobre este caso a quien tanto supo de materias de espíritu como Santa Teresa de Jesús, que por santa y experimentada merece crédito. Dice, pues, en el capítulo 13 del libro de su Vida: *Otra tentación es luego muy ordinaria, que es desear que todos sean muy espirituales, como comienzan*

a gustar del sosiego y ganancia. Que el desearlo no es malo; el procurarlo podría ser no bueno, si no hay mucha discreción y disimulación en hacerse, de manera que no parezca enseñar; porque quien hubiere de hacer algún provecho en este caso, es menester que tenga las virtudes muy fuertes, para que no dé tentación a los otros. Acaeciame a mí (y por eso lo entiendo) cuando (como he dicho), procuraba que otros tuviesen oración, que, como por una parte me veían hablar grandes cosas del gran bien que era tener oración, y por otra parte me veían con gran pobreza de virtudes, tenerla yo traíalos tentados y desatinados, y con harta razón, que después me lo han venido a decir, porque no sabían cómo se podía compadecer lo uno con lo otro; y era causa de no tener por malo lo que de suyo lo era, por ver que lo hacía yo algunas veces, cuando les parecía algo bien de mí. Y esto hace el demonio, que parece se ayuda de las virtudes que tenemos buenas, para autorizar en lo que puede el mal que pretende, que por poco que sea, cuando es una comunidad, debe ganar mucho. Cuanto más que lo que yo hacía malo era muy mucho; y así en muchos años solos tres se aprovecharon de lo que les decía, y después que el Señor me había dado más fuerzas en la virtud, se aprovecharon en dos o tres años muchos, como después diré.

II

Cristo, aunque se varíe la edad, como no se muda la fe, siempre es y se adora el mismo. El amor es velocísimo: tiene alas cuando parece que no se mueve. Murió el Hijo unigénito para que escapase el siervo; conque entró el hombre a ser del Consejo de Cristo muerto y a gozar sus más ilustres blasones.

El amor que tuvo Cristo a los hombres le obligó a ocultarse y a manifestarse, según que lo pedían la ocasión y el tiempo, siendo el mismo en todos, sin que la variedad de la forma y edad le variase, para que de todas maneras nos fuese muy amable y digno de adoración. Entre sus místicas piedades preguntó Tomás de Kempis al alma fiel y devota que con todo afecto ama a Jesucristo y desea seguir sus pisadas, si se le diera á escoger, cómo quería ver a Cristo, en qué forma y figura, en cuál deseara verle. Gran cosa fuera verle en el pesebre; causara ternura un Dios entre pobres pañales; admiración el ver a un niño de doce años sentado en medio de los doctores de la ley; mucho conmoviera el ánimo oírle predicar; causara pasmo el verle morir pendiente en una cruz. Apenas se puede resolver cuál de estas cosas fuera más de su agrado, y así lo más seguro es que en todos estados le crea la fe, le ame el alma con abrasada y encendida caridad, porque en todos es el mismo y no admite división. Admiróme no se le propusiese al alma en el retiro de Nazareth, adonde Dios, enamorado, se ocultó y escondió; pero su amor le fué manifestando, hasta que en la cruz diese el último testimonio de su caridad. Y aunque en todos estados fué el mismo, más se deja conocer en la cruz, que es el extremo de su retiro, y-tan unido con ella, que apenas se puede conocer Cristo sin su cruz, ni la cruz sin Cristo, como veremos después.

Introducíese Cristo en los Cantares saltando montes y atravesando collados: *Ecce iste venit saliens in montibus, transiliens colles*. Dió saltos admirables de un monte a otro, de uno a otro estado, como lo describió el Padre San Gregorio. Singular viaje el del Verbo divino, admirables estaciones hizo en él: del cielo bajó al vientre materno, de allí al pesebre, del pesebre a la cruz, de la cruz al sepulcro, y de allí voló al cielo en el día de su admirable Ascensión. Otras muchas estaciones del Sol de Justicia pudiera referir el doctor santo, que larga fué del pesebre a la cruz, y cuantas hubo intermedias, todas fueron misteriosas, como haber estado dieciocho años sin ser conocido, atesorando finezas de amor que le habían de levantar a la mayor cumbre, y allí parece disponía las más gloriosas demostraciones para cuando estuviese enclavado en una cruz. Pero es el amor, dijo San Agustín; es el amor, quien ayuda a caminar. Como las alas del ave, que aunque pesan algo sus plumas sirven de socorro para surcar los vientos, como las alas del pez los abismos, el mayor amor dispone unas largas jornadas y las pone en ejecución.

Parece que lo dijo todo David, que hablando del Justo, dice: *Ascensiones in corde suo disposuit*. Y aquí San Agustín pregunta: *Ubi facit gradus?* ¿Adónde, dice el profeta, fija las plantas el que elige caminos para buscar a Dios? Y responde: en el corazón. Así, pues, cuanto más amares, caminarás más, tu caminar será volar. El amor alienta los pasos; cuanto más amor, más inclinación, y si ésta crece, crecen los alientos para buscar lo que se ama, y como se camina con pasos del afecto y de la voluntad, cuando parece que no se mueve, vuela más veloz. Pendiente en su cruz estaba el Cordero inocente, cuando volviéndose a él el recién convertido, que tenía al lado, le dijo que se acordase de él en su Reino. Vió que a toda diligencia caminaba a reinar, y quiso fuese empeñado en un recuerdo del que moría a su lado. Vió que Cristo caminaba a la posta a su Reino. ¿En qué lo vió si lo veía clavado? En el amor con

que moría. Conociólo abrasado en el amor del Padre, en el amor de los hombres, en el de los émulos que le quitaban la vida, y como el amor, al paso que enciende el corazón, alienta los pasos viéndole enamorado, le conoció caminante. Pone espuelas el amor para que se busque lo que se ama y unirse con él en el modo posible.

Partieron de carrera San Pedro y San Juan a ver resucitado a su Maestro. Y habiendo empezado a un tiempo, corrió más San Juan y llegó antes al sepulcro. ¿Pues cómo se adelantó San Juan? ¿Por más mozo? Así lo dicen algunos que quieren cerrar la puerta al misterio. Y si le tuvo que llegando primero San Juan fuese San Pedro el que entró al sepulcro, también le tiene haberse adelantado San Juan. Es que en Pedro corría la fe, dice Orígenes; en Juan, el amor; éste se lo gana al más diligente; bien que para deslindar misterios precede la fe, según aquello: *Nisi credideritis non intelligetis*. Y así primero entró Pedro al sepulcro; pero en velocidad, presteza, por ver y buscar a Dios, cuando la fe tiene pies, tiene alas la caridad. Así fué la de Cristo, o por mejor decir, todos participarían de aquel fuego para retornarle a Dios en parte el amor que tuvo a los hombres, especialmente llegando a morir por ellos.

El punto de mayor fineza del amor divino fué que muriese el Hijo de Dios, amado y unigénito, porque no pereciera el siervo, y si cupiese dolor en Dios, se le causara grave esta fineza, de que tenemos en el libro de Job un admirable símbolo. Cayóse la casa donde se juntaban sus hijos a celebrar sus fiestas y convites, y falseando los cimientos, impelidas las paredes de vientos furiosos, sirvieron de sepulcro sus ruinas, murieron todos y escapó un criado, que vino a dar la nueva del suceso trágico al padre que estaba ofreciendo sacrificio. Materia de gravísimo dolor, como lo pondera Santo Tomás. Murió la familia, perecieron los hijos, escapó el siervo; con que lució, en lo figurado de este símbolo, el amor grande del Hijo de Dios, con que en el fracaso de su pasión, quedando muerto debajo de las

ruinas de la Sinagoga, escapó el hombre, criado de su Casa, llevándose los intereses de aquella muerte, como del costado abierto de Cristo lo pondera con gala Pedro Celense.

Meditó este autor las utilidades y convèniencias que se siguieron al hombre con la rotura del costado de Cristo; recibióle en sí mismo y le introdujo por las ventanas y roturas del cuerpo a ser del consejo de Cristo muerto, a manifestarle los secretos de su Pasión, a comunicarle sus gozos, que los hay en la muerte, cuando teniendo su principio en el amor tiene su remate en la gloria; unióle a su dignidad, disponiendo muriese con él (que todo lo que es vivir parece que nos aparta de Dios) y porque morir con él y por él eterniza, le agregó a la eternidad, duración que no tiene fin, porque entrando un hombre en Cristo muerto, parece que deja de ser hombre y se transforma en Angel, y le igualó en la dicha a aquellas naturalezas ilustres y excelentes de quienes se acompaña Dios en el trono de su mayor grandeza.

Todos estos favores se debieron al amor con que Cristo se entregó a la muerte por el bien de los hombres, y parece se deshizo de todos los títulos de honor para comunicarlos a los hombres, pues, como dijo Ambrosio, la maldición que seguía al Crucificado se convirtió a los hombres en bendición. Y decir Cristo por Isaías que había trabajado en vano, no fué porque no produjesen sus obras admirables frutos y su Pasión colmados intereses, sino para autorizar a Paulo y en él a sus ministros, y que pudiese decir a los Filipenses que no había trabajado en vano, y aumentando finezas de su amor, permitir en los suyos más ilustres blasones que en sí mismo.

¡Oh, lo que debe el alma fiel a este Dios muerto! Cuando se rasgaran las entretelas del corazón humano no se pagaría el amor que tuvo a los hombres; pues cuando se compadecían de su muerte, enlutándose las estrellas, le estaban abominando sus émulo. Cuando no lo dijeran los Evangelistas autores tuvo muchos esta verdad. Plinio, el

segundo, aseguró que con el terremoto se cayeron doce ciudades del Asia y la bóveda mayor del templo de Jerusalén y se oyeron las voces de los ángeles custodios que decían: Desamparemos este lugar. Así lo refiere San Jerónimo. Abriéronse roturas grandes en los montes, desengajándose sus peñascos. Todos fueron efectos de su Cruz y Muerte, dejándole al alma la fe de este misterio de su Pasión, como dote para un celestial matrimonio, en el entretanto que llegase a gozar a la mayor luz del Autor de tantos beneficios. Este fué el misterio con que David, en un salmo, le dice al alma que la fe viva informada de caridad es con lo que mejor se paga a Dios el amor que tuvo a los hombres; es la dote del alma fiel, bienes que nunca se enajenan, sino que perseveran y se aumentan en la eternidad, según aquello del Apóstol: Nunca tiene fin el amor.

III

Cristo y su cruz parecen una misma cosa en el misterio de ocultarse y aparecerse. El que busca a Dios no le halla solo. El bautismo es el Jordán, que remoja al que purifica y le abre los ojos de la razón.

Andan tan unidos Cristo y su cruz en la virtud, en los misterios, en ocultarse y manifestarse, que, como queda arriba advertido, apenas se puede hallar Cristo sin memorias de su cruz, ni la cruz sin las glorias del Crucificado.

He reparado que un Príncipe y una Reina, un varón grande y una matrona augusta, salieron (aunque en diferentes tiempos) como desafiados a competir finezas de amor. El Príncipe buscando a Cristo, la Reina su cruz; pero con desigualdad, que la señora pareció muy varonil y el

Príncipe muy afeminado. Es Nicodemus este Príncipe. Era gran Maestro de la ley, piadoso y liberal, pues tuvo alientos de gastar, para ungir el cuerpo de Cristo, casi cien libras de aromas. La Reina es la madre del gran Constantino, a quien debieron tanto la Iglesia y la silla de Roma. Salió el Príncipe de su casa para buscar a Cristo. Elena de su palacio a buscar su cruz. Bizarras empresas, si desiguales en los medios, tan unas en el fin, que Nicodemus, cuando busca a Cristo, no le halla sin su cruz, y la Reina, cuando busca la cruz, no la halla sin Cristo.

Desentrañemos más este misterio. Busca Nicodemus a Cristo y viene a hacerle visita sólo de noche y a deshora, sin que nadie le pueda ver ni notar la entrada. Sospechas tengo que flaqueaba en el amor, que éste le hiciera osado y valiente para venir de día y con acompañamiento decoroso a su persona. Es que no conocía perfectamente a Cristo. Quizá por eso vino de noche y sin luz, dijo Aymon, y no es amar como se debe lo que no se conoce como ello es. Más fino amor me parece el de la santa Reina: deja su palacio, y siendo anciana, se pone en camino tan largo como de Constantinopla a Jerusalén, no a lo disimulado sino a lo público. No repara en dificultades y como la Reina del Austro, que desamparando su reino vino a Jerusalén a conocer por experiencia la sabiduría de Salomón, vino esta santa Reina llena de amor, fervor y devoción a buscar la cruz, oficina de nuestra salud y adonde Cristo se mostró más sabio que Salomón. Loable empleo de una matrona venerable. Era curiosísima, no de inventar nuevos modos de gala, sino de inquirir los instrumentos más ilustres de la pasión del Hijo de Dios. Deseaba viesen sus ojos lo que adoraba su corazón y creía su fe; y llevada de este afecto emprendió buscar la cruz del Señor, a quien había ocultado por largas edades la malicia humana. Consiguió aquel Príncipe su deseo hallando a Cristo y esta santa Reina hallando el precioso madero de la cruz, y hallaron ambos más de lo que buscaban. Nicodemus a Cristo con los efectos de su cruz, y

Elena la cruz con la virtud de Cristo. De la jornada de esta santa matrona a buscar la cruz de Cristo no puede haber duda, aunque lo pasó en silencio Eusebio, que escribió su vida; pero asegúrala Cirilo Jerosolimitano y otros autores de opinión, y que sucedió el año siguiente al Concilio Niceno y de Cristo 326, que en este año la refiere Espondano.

Premio débil a la fe y caridad de quien con amor busca a Dios, que aunque Él sólo basta para satisfacer al alma, no le halla el que le busca sólo en su substancia (digámoslo así) sino acompañado de los bienes que comunica y obrando en bien de quien le desea. Anunció el Angel a los pastores el nacimiento temporal del Hijo de Dios, y les dió las señas por donde le conociesen. Confieren después entre sí el caso y parten de carrera a Belén; y dice San Lucas: *Et venerunt festinantes: et invenerunt Mariam, et Joseph, et Infantem, etc.* Una de dos, o no dió bien las señas el Angel o hallaron los pastores más de lo que buscaban. Buscaban al Niño y hallaron a José y a María: hallaron más de lo que buscaban, un Dios humilde, disimulado en un pesebre, entre pobres paños; pero influyendo, en la madre, pureza, en el padre, justicia, que aquella humildad de un Dios hombre no podía hallarse sola, como dijo San Bernardo. Busca Nicodemus a Cristo, y aunque de noche le halla, búscale hombre y hállele más que hombre, dice San Crisóstomo. Búscale Maestro enviado por Dios y hállele Dios y hombre y crucificado; pues al punto le propone el primer Sacramento de la nueva regeneración, puerta del reino, efecto admirable de su cruz; hállele de la conveniencia del bautismo, marca de las ovejas de Cristo.

Pues, Señor, ¿cómo anticipáis la enseñanza de vuestra doctrina? ¿No es primero vuestra muerte y cruz que la predicación? Así es; pero quiso Cristo, aun antes de morir, hacernos apasionados de su cruz. Y que también lo-grase la venida este Príncipe y empezase a conocer que uno de los principales efectos de la cruz es renovar el

alma y que vuelva a renacer de Dios en virtud de su sangre, y que se remoce el fiel, vistiéndose del nuevo Adán.

Anciano era David cuando compuso el libro de los Salmos, y no debiera ser muy jovial (que los cuidados de una corona en un Rey atento más ocasionan influjos de Saturno que de Júpiter); sin embargo, le hallo muy niño y muy alegre en el Salmo 42. Entraré, dice, al altar del Señor, al Dios que alegra mi juventud. Extraña este lenguaje San Crisóstomo; pero dió salida a la dificultad de esta manera: Consideraba el Rey santo a Cristo Sacerdote Sumo, que en el altar de la cruz estaba ofreciendo sacrificio de sí mismo, y esto le alborozó el corazón y le renovó el espíritu viendo los efectos admirables que había de causar en los fieles. El Jordán renueva, porque purifica y limpia las manchas del pecado. Los ríos del mundo envejecen y manchan; el raudal de la cruz, purifica y remoza.

Es tan ciega la pasión humana mientras persevera en el corazón, que prefiere el charco más cenagoso al baño de la cruz. Con grande aparato de carrozas y criados llegó Naamán, capitán general del Rey de Siria, a las puertas de la casa del profeta Eliseo, para que le sanase de la lepra que padecía; no salió de su retrete el profeta, pero envióle un recado, que se fuese a bañar siete veces al Jordán y quedaría sano. Enfadóse el capitán y dijo: ¿De cuándo acá no son mejores los ríos de Damasco que todas las aguas de Israel? Juráralo yo, dijo Ambrosio, que había de hablar así, estando con la pasión de la ira. Pensólo después mejor, porque le metieron por camino sus criados; lavóse en el Jordán y quedó su cuerpo como de un niño muy pequeño. Mientras dura la pasión en el alma fea de ira, de concupiscencia, mejores parecen los ríos de Damasco, que corren en la gentilidad, que las aguas del sagrado río Jordán; pero cuando falta y se abren los ojos de la razón, se conoce adónde está la fuente de la salud, que sana, alegra y remoza.

Llama San Gregorio Nacianceno al bautismo iluminación. No extraño el título; pero admírome que diga: *Quod omnes alias illuminationes sanctitate superet*. ¿Pues el bautismo es más que la Eucaristía? Claro está que en dignidad no lo es, pero sí hablando en rigor. La Eucaristía no abre los ojos, no purifica de culpas; causa sí aumento de gracia, algo alumbra. Pero el bautismo que halla a un hombre ciego y le abre los ojos, le halla manchado, y le deja limpio, le halla con el vestido viejo de Adán y le renueva, llámase, por excelencia, iluminación. ¿Cómo ha de renacer un hombre?, preguntó Nicodemus. Y aun por eso es necesario el renacer de la cruz, que purificando y sanando de todos achaques, reduce el alma a una nueva juventud.

Ponderémoslo más. ¿Qué a tiempo hizo Cristo, en favor de sí y de su cruz, el recuerdo de la serpiente de metal! [Murmuró el pueblo antiguo, de Dios y de sus ministros, en aquella jornada por el desierto, de la comida del maná y falta de agua. Y en pena arrojó Dios un ejército de serpientes encendidas. No duró mucho la plaga, porque el mismo Dios dió arbitrio para la salud con la serpiente de metal, y el que la miraba vivía: *Pone pro signo*, le dijo Dios a Moisés. Y en el libro de la Sabiduría se dice: *Signum habentes salutis*. Fué expresa imagen de Cristo crucificado, con apariencia de pecador, pero sin pecado: *Pro similitudine absque peccato*. Como la serpiente, pero sin veneno, como dijo San Agustín, y para quitar el de nuestra naturaleza a la sombra del árbol de su cruz.

Célebre es aquel lugar de los Cantares: *Sub arbore malo suscitavi te: ibi corrupta est mater tua, ibi violata est genitrix tua. Pone me ut signaculum, etc.* Pretendía el Esposo obligar a su Esposa a que le trajese estampado en el corazón, y dícele: ¡Ah, si tú supieras lo que me debes! Caída y abatida estabas debajo de un manzano y te levanté; allí perdió tu madre su pureza. Alude al suceso de la primera madre, que en el Paraíso, debajo de un árbol, violó la fe del legítimo dueño, y para reparar este daño escogió Dios otro

árbol. (Hay quien dice que el de la cruz fué rama de el del Paraíso, adonde pecó Eva, que se llevó a Jerusalén y allí creció hasta hacerse un árbol grande, y que de él se hizo la cruz). Así lo sienten los griegos, como refiere San Anselmo. *Sub arbore malo, etc., quasi dicat: Pone me supra cor tuum, quia mortua in peccatis libera vite jacentem, et languidam, sub arbore.* Si te perdiste con tu madre a la sombra de un árbol y quedaste postrada y herida de la serpiente infernal, levántate a la sombra de mi cruz, *Sicut Moyses, etc.* La salud, la vida, la resurrección, la dá el Esposo, pero acompañado del árbol de su cruz. Y así, cuando Nicodemus busca a Cristo, no le halla solo, sino con su cruz.

IV

La madre venerable del Emperador Constantino salió a buscar la cruz del Hijo de Dios. Derribó un templo dedicado a Venus, admirable fábrica, sobre el monte Calvario. Su fe aseguró la Resurrección de la cruz, árbol grande, cuyo fruto es la virtud de Dios, contra el imperio de la muerte. Tuvo grande veneración en las banderas y estandartes romanos. Y es blasón de los reyes de España.

A buscar la cruz de Cristo salió la santa reina Elena, natural de Bretaña y madre del Emperador Constantino, religiosísimo Príncipe, como se le conoció en los templos y basílicas que edificó en Roma, la de San Pedro en el Vaticano, la de San Pablo en la Vía Astiense, la de Santa Cruz en el Monte Celio, la de San Lorenzo en el Campo Verano. Con su asistencia, el Pontífice San Silvestre dilató la fe hasta los judíos por un gran varón llamado Francisco Tirio, y se congregó el Concilio Niceno, primero de 318 obispos,

y salió condenado Arrio, que negaba la consubstancialidad del Hijo con el Eterno Padre.

Emprendió, pues, aquella ilustre matrona descubrir el precioso madero en que murió el Autor de la vida. Fué costumbre en el antiguo pueblo de los judíos enterrar con los malhechores a quienes condenaban a muerte los instrumentos con que se les había quitado la vida, cruces, clavos, piedras, armas, como lo prueba con testimonio de los rabinos el cardenal Baronio al año 34 de Cristo. Según esta costumbre, fué enterrada la cruz de nuestro Redentor con la de los compañeros de su muerte, a un lado de la misma cueva en que fué puesto el Cuerpo sacrosanto. Así se colige también de Sozomeno, que dice fué hallada la cruz santa en aquel lugar. Allí estuvo sepultada y oculta trescientos siete años, hasta los tiempos del Emperador Constantino. Fué caso maravilloso el descubrirla, porque estaba en las entrañas del monte Calvario, cubierta y oprimida con un templo, insigne fábrica, dedicado a la diosa Venus, cuyo ídolo se adoraba en aquel lugar para borrar la memoria del sepulcro de nuestro Redentor, porque el coraje de sus enemigos, no aplacado con la crueldad de su muerte, persiguió también su nombre y la memoria que con los sepulcros se suele conservar, según aquello del gran poeta:

Et nunc servat honos sedem tuus, ossaque, nomen.

Edificar este templo sobre el sepulcro fué oponerse contra lo que había escrito Isaías de que había de ser glorioso e ilustre (*et erit sepulcrum ejus gloriosum*) y borrar de la memoria de los hombres el nombre del Crucificado. Así lo escribió Eusebio en la vida del Emperador Constantino. Pero no pudieron conseguirlo; quisieron enterrar el sepulcro y cruz y borrar de la memoria la Resurrección de nuestro Redentor, poniendo en su lugar el soberbio y sacrílego templo de la Disolución, para que fuese adorado el ídolo de la deshonestidad y se llamase casa y monte de Venus y que

ningún fiel invocase allí el nombre de Jesucristo ni venerase su pasión y muerte en el lugar donde pasó, y que quien fuese con ese intento pareciese al contrario y que adoraba al torpe ídolo. Vino la santa reina con tal ansia de hallar el Madero sacrosanto, que derribando las máquinas idólatras desbarató el edificio, arrancó de raíz sus zanjas, hizo quitar la tierra que oprimía las divinas prendas, y penetrando el corazón de la tierra, las sacó a la luz de la veneración, siendo la adoración más ilustre, y más notoria la gloria de Dios, cuanto más difícil estaba de descubrir su sepulcro.

Tiene la cruz sus enemigos, que madrugaron a aborrecerla: Simón Mago, Corinto, Basilides y los demás herejes que niegan la pasión de Cristo. Continuóse en otros, según la doctrina del Apóstol a los filipenses. Hay hombres, dice Santo Tomás, que van caminando de mal en peor, ciegos con las tinieblas que ocupan su corazón; éstos son enemigos declarados de la cruz, que niegan la virtud suya; materia de llanto y de lágrimas, que el instrumento de vida se les convierte en muerte. Ese es el fin que consiguen con los medios que disponen. Y el fruto que cogen del aborrecimiento de la cruz es solamente confusión, conmutándose la gloria que pudieran tener en ignominia. Justa pena de quien tiene tan mal gusto, que dando de mano a lo celestial, se ceba con sentidos y potencias en lo terreno.

Pues como tiene la cruz sus enemigos tiene también amigos apasionados. Así era la santa reina Elena, que no teniendo noticia del Madero sacrosanto, emprendió la hazaña de buscarle, y lo consiguió; conque la fiesta de su manifestación fué la Resurrección de la cruz, que, como la Resurrección de Cristo, fué nuestra gloria, el muro de nuestra confianza. Así, al descubrirse su cruz, fué y es nuestra gloria y prueba de la verdad de nuestra Religión. Y la Iglesia griega llama a la fiesta de la Invención de la cruz día de su resurrección, y la celebraba al segundo día de la Resurrección de nuestro Redentor. Gran gozo fuera ver resucitar a Cristo, triunfando de la muerte, burlándose de los

guardas y de la intención ridícula que se los puso, penetrar la losa pesada que parece oprimía al cuerpo difunto. No menos parece ver salir su cruz sepultada, al cabo de trescientos años, entera y sana, arrojando de sobre sí la inmensa pesadumbre de un monte, de un templo suntuosísimo; sacudiendo tan indigna carga para la cruz de Cristo como el ídolo de Venus y el aparato sacrílego de sus torpes ritos y ceremonias, de sus abominables sacrificios; ahuyentando los demonios, que, interesados y ufanos, ocupaban el lugar divino, el trono de Dios, y divertían la memoria de su resurrección; dando salud, dando vida, confirmando con esclarecidos milagros la fe de nuestro Redentor y excitando al pueblo a demostraciones de alegría y gozo.

¡Oh, qué de afrentas, qué de injurias padeció la Cruz sacrosanta primero que saliese a la publicidad y veneración que hoy goza! Fué maldita, estuvo oculta, enterrada y olvidada centenares de años, y podemos decir de ella lo que de los árboles el gran doctor de la Iglesia, Gregorio: El árbol robusto y grande que ha de durar siglos, siglos tarda en crecer; con espaciosos e invisibles aumentos se levanta por los aires, dejando primero bien fundadas con profundas raíces las zanjas de tanta altura. Así debía crecer un Arbol tan grande, que había de penetrar la tierra y abrazarla toda con sus raíces, tocar el cielo, romper las nubes, dejar inferiores con sus pimpollos a los rayos del sol, llegar a ser estribo y columna del mismo Dios. Robusto tronco, tal, que había de ser para empuñar el brazo todopoderoso de Dios y ser instrumento de las mayores maravillas, de las valentías más ilustres que jamás se vieron. Fuerte árbol, que no sólo en la ocasión en que el fuerte le tomó por armas para vencer al enemigo, fué valeroso en la diestra de Dios, sino que quedó con fortaleza participada para hacer por sí demostración de valentía. Todas las maravillas que hizo el poder de Dios se deben a ella como a instrumento de todas. ¿Con qué armas fué vencido Satanás y puesto en temerosa huída, y despojado del dominio que tenía en el

mundo, sino con este madero sacrosanto, que descubrió y recobró la Iglesia? ¿Con qué armas fué conquistada la idolatría? ¿Qué bandera se levantó contra los ídolos, contra los engaños de Satanás? Este Madero sacrosanto, tan fuerte, que sólo con levantarle o mostrarle cayeron ídolos, aras, templos; huyeron de sus albergues los demonios, enmudecieron los oráculos, y los idólatras todos fueron desbaratados, huídos unos, convertidos otros, como lo pondera bien Pacato en su Panegírico. ¡Oh prodigios admirables, dignos de eterna memorial! La Cruz de Cristo, a quien tenía por enemigo declarado el pueblo romano, iba ya en los escuadrones volantes, en los pechos de los capitanes, en los estandartes tremolados al viento, y los cuerpos del ejército, con la retaguardia, iban siguiendo al estandarte de la cruz, contra quien antes habían asestado sus armas.

Fué también la cruz blasón de los Reyes de España, porque a ninguna nación ha favorecido tanto como a sus Reyes, como consta de las Historias antiguas y modernas. El primer Rey de Aragón, Garcí Ximénez, tomó por armas una cruz roja. A Iñigo Arista se le apareció otra cruz blanca en el cielo, y porque la vió allí, la traía siempre sobre su escudo en campo azul. Al Rey don Alonso el Casto, teniendo prevenidos materiales para formar una cruz de su devoción, fueron ángeles sus artífices, y hoy se venera en la Iglesia de Oviedo, como consta de las Historias antiguas e historiadores de opinión. Y no solamente fué la cruz blasón de España y de sus Reyes después de la muerte de Cristo, sino aun antes que naciese, como lo refiere con grande erudición don Diego de Valdés, del consejo de su Majestad, en la Real Cancillería de Granada, en el libro, nunca bien alabado, de la dignidad de los Reyes y reinos de España; de quien lo tomaron otros que refieren lo mismo, como Mayolo en sus Días Caniculares. La prueba de esta verdad es clara. Usaban los romanos, por modo de triunfo, tomar para sí las armas y blasones de los reinos y provincias, cuya conquista les fué dificultosa; vencida la Cantabria, que

tenía por armas la cruz, la tomaron los romanos desde el tiempo de Augusto César, como lo refiere Tertuliano en su Apologético y lo confirma Minucio Félix en su Octavio. De esta usaron todos los Emperadores hasta Juliano el Apóstata, y era el Lábaro, que así se llamaba la cruz, insignia de aquellos Príncipes del Imperio, como lo refiere el cardenal Baronio, pero después la restituyó el Emperador Valentiniano, y de ahí se derivó a los Reyes de España y Reyes de Sicilia, como lo testifica Tomás Fascelo. Recobrada España de los moros, fué también la cruz blasón de esta Nación católica. Usó de ella Pelayo, y la traía en sus banderas y escudos, y hoy se ve esculpida sobre su sepulcro. Imitóle el Rey Favila; pasó a los Reyes de Portugal, desde el Rey don Alonso el I, como lo escribió Pero Marín en sus diálogos históricos de la Lusitania y yo en mi Rapsodia fúnebre, que escribí a la temprana muerte del serenísimo señor don Baltasar Carlos, Príncipe de España, luego que se tuvo noticia en esta Corte de Madrid.

Para que se descubriese, pues, este prodigioso instrumento de las hazañas de Dios, desamparó la nobilísima matrona su palacio y fué a Jerusalén y trató de buscar el precioso madero de la cruz. Hazaña tan ilustre que, aunque no la hubiera conseguido, la hubiera dado eterno renombre sólo el amago; que este acredita a un ánimo generoso cuando por otros accidentes no consigue el fin que desea, como lo pondera Isidoro Pelusioti. A la Muerte la llamó reina el Apóstol, con gran misterio: *Regnavit mors ab Adam, usque ad Moysen*. Venció y degolló muchos poderosos del mundo, y quisiera consumirlos a todos; tal era la envidia que el autor de ella, que es el demonio, tenía al hombre (como lo pondera con toda erudición el reverendísimo señor fray Pedro de Oña, obispo de Gaeta, varón doctísimo de nuestra Religión, en su nunca bien alabado libro de las *Postrimerias del hombre*). En la batalla sangrienta que había de tener con Cristo, bien conoció la Muerte que había de quedar vencida, y por el suelo, la soberanía de su Imperio; sin

embargo, se atrevió e hizo invasión al autor de la Vida, teniendo por mayor triunfo perderse que dejar de acometer presa de tanto valor. Elegante siempre Crisóstomo, lo ponderó así en un sermón de los misterios de la Cena Domínica. Y con razón se llama reina la Muerte, pues fué de ánimo tan formidable. La Reina Elena consiguió el fin de su generosa resolución, y quiso Dios le debiese la Iglesia la invención de este tesoro escondido, y que fuese la primera predicadora y maestra de las glorias de la cruz, y se la diesen las gracias, como a la otra mujer del Evangelio, cuando halló la dracma perdida. *Congratulamini mihi, quia inveni drachmam, quam perdideram.*

V

Trescientos y siete años estuvo escondida y oculta la Cruz de Cristo, hasta que la Iglesia tuviese para colocarla decente Tabernáculo. Fué instrumento del suplicio; pasó a ser el más ilustre de la Religión católica.

Bien será entremos a lo interior de los misterios de la Cruz, y sepamos por qué quiso Dios tenerla tres siglos oculta a la Iglesia y que careciese del consuelo de tan gran tesoro tanto tiempo como trescientos y siete años.

No tuvo segura casa ni domicilio la Iglesia hasta el emperador Constantino, que le cedió a Roma y pasó la silla de su Imperio a Bizancio, a quien de su nombre llamó Constantantinopla. Fué este emperador el más ilustre príncipe y más celoso defensor de la Fe que tuvo el mundo y de quien mayores beneficios recibió la Iglesia; y cuando había dado Dios al Pontífice romano y a los fieles el cetro y corona del Imperio, entonces tuvo por bien que parecie-

se la Cruz. Estuvo Cristo oculto dieciocho años; su Cruz trescientos y siete, hasta que Cristo empezase a fundar la nueva Iglesia y la Cruz tuviese lugar decente donde ponerse y fuerzas y fuerzas con qué defenderla. Así le tuvo des-
 embarazada Roma del dominio secular de los profanos príncipes y dejada a la cabeza de la Iglesia por entrega real y donación irrevocable que le hizo el santísimo emperador.

Buen documento para nuestra enseñanza: si queremos que Dios descubra su Cruz a nuestras almas, si queremos que la ponga en ellas, hagámosle lugar, desembaracemos el corazón de todo lo temporal; no quede otro dominio ni otra potestad en él que la sagrada ley divina, los consejos evangélicos. Vaya fuera del pecho toda ambición, todo deseo del siglo, que le tenga ocupado, porque no pueden servirse Dios ni su Cruz del corazón embarazado con cuidados del siglo ni tener lugar en él. Y como dijo San Gregorio, el que prepara a Dios la casa del alma, ha de purificarla del horror que causa el pecado, para que el hospedaje no ceda en injuria del huésped. Si el ídolo de Venus está por ventura levantado en lo mejor del pecho y tiraniza el lugar santo, ¿cómo podrán tener en él asiento decente Dios y su Cruz? Mejor que en hogar indigno está enterrada y oculta.

La segunda causa que podemos dar de haber querido Dios que estuviese escondida su Cruz tanto tiempo, es no querer que pareciese en el mundo hasta que se mandase y publicase que ningún delincuente muriese en cruz; al punto pudo salir descubierta, como el sol tras de las tinieblas de la noche, alegrando al mundo. Es Dios muy atento y mira por el honor de las prendas de su casa, aunque sean inanimadas, porque no salgan en público sin la autoridad que se les debe.

Maltratáronle a David (como refiere en el segundo Libro de los Reyes) los embajadores que envió a Hanón, rey de los amonitas, a darle el pésame de la muerte de su padre; rapáronles media barba, cortáronles la ropa por la cintura.

Fué grande afrenta e ignominia; que aun el llegar a la barba de un hombre se tuvo en la antigüedad por desmesura y que sólo podía tener lugar cuando se tratase de hacer una grande injuria. Esta afrenta padeció Cristo, según aquello de Isaías: *Et gennas meas rellementibus*. Y entre los españoles se ha tenido por materia de grande ignominia coger al enemigo de la barba, y porque no sucediese esto a los soldados de Macedonia, mandó Alejandro que se quitasen la barba antes de entrar en la batalla, como lo refiere Plutarco en los Apotegmas de Alejandro.

Cortaron el vestido a los embajadores de David: injuria mayor que la primera, pues desnudos la mitad del cuerpo (que a sólo los sacerdotes se permitía cuando llegaban al altar usar de aquel género de vestido) conócese bien a qué ignominia estarían expuestos en la Corte los embajadores de un rey hechos fábulas del pueblo y de la juventud. Quedaron, como se refiere allí, feamente confusos. Y David, atentísimo, los tuvo ocultos en Jericó hasta que les creciese la barba, conque decentemente pudiesen entrar en Jerusalén.

Así mira Dios por el honor y decencia de sus ministros. Y así con este detenimiento miró al honor y la decencia de su Cruz: no quiso que a un mismo tiempo se adorase y se abominase; que aquí fuese levantada, como la sierpe en desierto, para dar salud y vida, y allí para quitarla; que a un mismo tiempo ocupase altares, consagrarse templos, honrase los conventos de Religión y ocupase los lugares del castigo afrentoso de los malhechores, antes quiso que estuviese enterrada en las entrañas de un monte, aguardando la ocasión y tiempo de luz.

Saquemos de aquí, para nuestro provecho, cuán opuestos a este gusto de Dios proceden los hombres cuando indignamente reciben el cuerpo y sangre de su Hijo sacramentado, pues le obligan a que a un mismo tiempo sea causa e instrumento de muerte, siendo causa e instrumento de vida; que a un mismo tiempo esté santificando con prendas de

eterna vida al que dignamente le recibe y en otro extremo esté empozoñando, como veneno mortal, el pecho indigno que visita. Cuando en el recibir indignamente este Señor no hubiera otro inconveniente ni otra indecencia, eso bastara para incurrir en un gran delito, porque siendo verdad (como lo es y lo afirman doctores santos) que a nuestro modo de entender es fuerza y violencia la que Dios padece cuando se ve obligado por nuestros pecados a castigarnos, ¿cuánto mayor será la violencia al ser por sí instrumento de muerte y condenación? Refiere Eliano que las heridas de las víboras y otros reptiles no carecen de remedios: sólo es incurable la mordedura del áspid. Pues si el pan de vida, por la mala disposición del que le recibe, se convierte en veneno de áspid, imposible o por lo menos dificultoso es el remedio por la violencia que se hace al mismo Autor de la vida. Y si el mal uso, la utilidad pervertida de cualquiera criatura la ha de castigar Dios, el abuso del mismo Criador, el trueque sacrílego del medicamento de vida eterna en veneno de eterna muerte, ¿cómo lo castigará? No se sabe entender.

Sea también causa de tener tanto tiempo oculta la Cruz nuestro Redentor, el disponer con suavidad tan gran mudanza. Fué singular y rara la que Dios hizo de la Cruz, de afrenta a honra, de vileza a aprecio, de abominación a amor, y así fué conveniente hacerla con suavidad y poco a poco, esperando la ocasión y tiempo más oportunos. Y esta consideración ofrece un documento bien importante para gente de virtud y que trata de reformación. Es muy buena maestra de espíritu esta Cruz de Cristo enterrada y oculta tantos años, y así quiso estuviese oprimida e ignorada del mundo, antes que saliese a ser venerada. Pocos hay que entiendan esta condición de la Cruz: apenas hicieron nombre de Dios con una obra de reformación o mortificación, cuando quieren que su Cruz sea conocida y venerada y gozar de notoriedad de virtud y aun de santidad. Deja, hermano, estar la Cruz en el corazón enterrada, no la quieras

sacar tan presto a vistas y en procesión, que si ella es Cruz de Cristo, no se la tragará la tierra, y aunque se la trague y oprima con montes, ella saldrá a su tiempo.

Admirable ejemplo nos propone para persuadir esta verdad en la agricultura el Apóstol Santiago. Ve el labrador enterrar su trigo y pudrirse, y lo deja con satisfacción enterrado, esperando que ha de cobrarle con muchos aumentos, y el hombre, en la agricultura espiritual, se apresura impaciente, y antes de echar raíces en humildad profunda, quiere coger a manos llenas las mieses sazonadas. Enterrada ha de estar primero la Cruz; primero se ha de vestir el alma de la mortificación de Cristo y ha de ser un hombre un Cristo muerto; que al tiempo oportuno sabrá Dios sacar a luz esa Cruz, revelar los méritos, para premiarlos con veneración.

VI

La reina piadosa halló la Cruz con la virtud del Crucificado. Es el tálamo del descanso de Cristo, el arma de sus victorias, y la trae siempre al lado para vencer a sus enemigos y los de la Cruz, que no son pocos.

Como no se puede hallar Cristo sin su Cruz (como arriba queda advertido), tampoco la piadosa matrona y reina que halló la Cruz no la halló sola, sino con la virtud del Crucificado. Descubriéronse tres cruces; no se sabía cuál fuese la de Cristo. Cogió la reina un cuerpo difunto con grande fe y aplicóle a ellas. De las dos no hizo caso la muerte, dijo San Paulino. Púsole sobre la de Cristo, vivificóle su contacto: la resurrección testificó cuya era la Cruz; huyó la muerte y púsose en pie el cadáver. ¿Cómo hubiera de estar la Cruz sin la virtud del que dijo: Yo soy resurrección

y vida? Buscando la Cruz halló la Cruz y a Cristo; que como la amó tanto, no se puede hallar sin ella ni la podemos hallar sin Él.

¡Qué misteriosa la pregunta de la Esposa de los Cantares: *Indica mihi, ubi pascas, ubi cubes, in meridie, ne vagari incipiam etc!* Pregúntale que les diga adónde pasa la siesta, qué lugar escoge para el descanso del mediodía. El lugar del sueño, de la comida y del descanso, pide que se lo digan, porque no se ande perdida, sin saber adónde le ha de hallar. Andad, Esposa santa, dice Drogón Ostiense; dad círculos al mundo, atravesad los orbes, caminad por el cielo y la tierra, por los montes y abismos, que no le hallaréis sino en la Cruz; ahí come, ahí duerme, ahí descansa al mediodía. Era hora de mediodía cuando pusieron a Cristo en la Cruz, y estuvo pendiente hasta las tres de la tarde; que a esta hora puso su Espíritu en las manos del Padre y murió. Allí durmió el dulce sueño de la muerte; allí tuvo el gustoso alimento del alma; allí descansó en ese mediodía, para que se entienda que quien hallare la Cruz de Cristo, le halla allí y allí el sueño, el regalo, el descanso y la vida; la Cruz sola no obra; la virtud de Cristo la tiene.

Envió Eliseo su báculo para que resucitase el hijo de la Sunamitide, y su criado Gieci le puso sobre el rostro del difunto, y no hizo movimiento. Juntóse al báculo el profeta y resucitó el difunto. Esto es no obrar la Cruz sin Cristo. Pero ponderémoslo más, que Cristo no obra sin la Cruz y se vale de esta arma para conseguir sus victorias. Notó Tertuliano que cuando Josué (que se interpreta Jesús) peleaba con Amalec, estaba Moisés en el monte, puesto en forma de cruz, siendo más a propósito para obligar a Dios ponerse de rodillas y herirse el pecho. Púsose en cruz para que se entendiese que abajo peleaba Jesús con Josué, y Moisés representaba el arma con que vencía.

De aquí consta cuán unidos andan siempre Cristo y su Cruz; pues no se puede hallar Cristo sin su Cruz, ni la Cruz sin su Cristo; y como están unidos en los misterios,

lo estuvieron también en estar escondidos y retirados hasta que fué conveniente que Cristo se manifestase y la Cruz se descubriese; Cristo, después de dieciocho años de encerramiento y retiro, y la Cruz después de trescientos siete que estuvo enterrada y como olvidada de los hombres. Todo salió a luz para que se imitase, especialmente Cristo, cuya bondad, por el amor que tuvo a los hombres, ya escondiéndose, ya manifestándose, es solamente imitable entre los demás atributos suyos, como lo ponderó gravemente el padre San Bernardo. Majestad, potestad, bondad y sabiduría, son ilustres blasones del Hijo de Dios, pero no todos imitables. Manifestó su bondad y con ella pudo conformarse el hombre criado a su semejanza, porque la majestad, poder, sabiduría, ni las podemos imitar ni conviene envidiarlas. Sujétese el alma a la potestad de Dios, admire su grandeza y mire su bondad y sacará admirables frutos de la meditación de un Dios escondido a la luz de su aprovechamiento.

Contra los enemigos de la Cruz es ella (por el lado que la hace Cristo) arma fuerte, que consigue victorias y las asegura, armando para conseguirlas a todos los hijos de la Iglesia, que no pueden ser ni parecer valientes sin ella. De la Torre de David se dijo en los Cantares, que estaban allí encerradas y pendientes todas las armas de los alentados y fuertes de Israel. Solía la Cruz ser instrumento de flaqueza cuando perecían en ella los malhechores, y pendientes de su tronco perdían, no solamente la fortaleza, sino el último aliento de la vida. No así después que Cristo murió en ella, porque de allí le quedó ser arma de los más valientes y alentados de la Iglesia, con que ponen miedo a todos los que les falta esta protección.

Y sin embargo, de ser tan valiente y de andar al lado de Cristo, ha tenido y tiene muchos enemigos; unos declarados y otros ocultos, pues fué escándalo al hebreo e ignorancia al gentil; y aun entre los fieles de la Iglesia puso el apóstol a algunos por enemigos. No puede llegar a más la

desdicha de que se convierta la triaca en veneno, y que siendo la Cruz instrumento de hacer paces entre Dios y los hombres, aborrezca el pecador el medio de esta paz y se haga indigno de entrar a la parte en los intereses que con ella consiguió por medio de su muerte el Autor de la vida.





MEDITACIÓN XX

I

Rocío celestial fué Cristo. Fecúndase a su presencia el campo de la Iglesia de varias flores y frutos. Dispuso su venida con admiración el precursor Bautista.



El día grande en que por eterno decreto del Padre había de salir más en público de lo retirado de Nazareth el Hijo de Dios, precedieron misteriosas vigili-
as. Corrían los años veintinueve de Cristo, y según la cuenta más ajustada, tenía trece días más de los veintinueve años (al quinto décimo de Tiberio César y de la fundación de Roma el setecientos ochenta y uno).

Ya se llegaba el tiempo feliz en que con ruidosos caudales de gracia había de hacer fecundo el campo de la Iglesia el que vino al mundo tan en silencio, como cae el rocío sobre el vellón de los corderillos mansos o sobre las yerbas, para que produzcan flores; entre tanto que la tierra, fertilizada con su sangre, esperaba producir más copiosos y abundantes frutos. Así lo dió a entender por el profeta Oseas: Yo tengo de ser como el rocío, y mi pueblo produ-

cirá flores, lirios, azucenas, y de su raíz, como de los árboles del Líbano, saldrán frutos admirables. El rocío en la tierra de Israel (que es la tierra de promisión), obra admirables efectos desde Mayo a Octubre, porque no llueve, y sobre refrigerar las plantas, para que no abrase sus raíces la inclemencia de los rayos del sol, ayuda a la tierra para que produzca sus frutos. La divina gracia, refrescando el ardor de la concupiscencia y regando la seca arena del corazón, la alienta para que arroje el fruto de las virtudes y buenas obras que correspondan al humor del principio de donde nacen.

Refiere Plutarco que en la antigüedad se tuvo por constante que el rocío era hijo de Júpiter y de la luna. O de la luna y del aire, como quiso Macrobio. Y hay quien dice que es alimento del Fénix. Admirables congruencias de la comparación divina del rocío celestial, hijo del Padre y de María y feliz pronóstico de lo que había de obrar en la tierra del corazón humano.

La tierra fecunda de este rocío celestial—según verso de Ovidio,—brotará flores hermosas y firmes; no las descompondrá el soplo del viento más furioso, no las marchitará el sol más ardiente, ni las despojará el tiempo, porque tendrán profundas raíces, como los árboles del Líbano, que se rien de las tempestades, porque cuanto más se levantan en su altura, tanto más bajan sus raíces a la profundidad. Es el Líbano un altísimo monte de Fenicia que por la parte del Septentrión termina la tierra de promisión; allí se criaban cedros, árboles eminentes que competían con el tiempo en su duración y fueron símbolo de la fortaleza de los mártires, de la constancia de sus persecuciones.

El Señor, pues, que disimulado antes como rocío, dió feliz principio a la fecundidad de la Iglesia, dejó el retiro de Nazareth al tiempo que su precursor el Bautista, por orden de Dios, empezó a predicar el bautismo de penitencia en las montañas de Judea, que se llamó desierto, y bajó a las riberas del Jordán, delineando los admirables efectos que

había de obrar Cristo Señor nuestro, a quien predicaba como ministro suyo.

Ya había entrado en la edad de treinta años el Bautista, cuando le mandó Dios salir a predicar; antes de aquel tiempo no se permitía a ninguno ejercer el oficio de sacerdote, de doctor y de maestro, según la tradición de los hebreos. Entonces fué cuando, como lo advierte el evangelista San Lucas: *Factum est verbum Domini super Joannem, Zachariae filium, in deserto*. Allí donde pasó la vida desde la infancia le llamó Dios para que predicase la venida del Mesías y el bautismo de penitencia, manifestando las primeras luces de la ley nueva, dejando la antigua en el desierto adonde tuvo principio, para que se careasen en el mismo lugar su origen y su acabamiento. A esto mira el venir con el espíritu y virtud de Elías, cuya habitación fué también en el desierto, y porque no se dudase en qué desierto: se puso la diferencia por el evangelista: *In deserto Judaeae*. Hácese mención en la Sagrada Escritura de muchos desiertos; el de Mahón, Engadi, Faran, Idumea y otros; pero el desierto adonde habitó San Juan, fué el de Judea, cerca del Jordán, entre el Oriente y Septentrión.

La venida con antelación a Cristo en su precursor santo la anunció Malaquías, cuando le introduce con nombre de ángel: *Ecce ego mitto angelum meum, ante faciem meam, qui praeparabit viam tuam ante te*. Y aunque esta profecía se atribuye a Isaías, siendo, como es, uno mismo el Espíritu Santo, que habló por ambos profetas, se deja entender, dijo el uno, lo que escribió el otro, si no explícita, por lo menos implícitamente. Llámase ángel el Bautista, no por naturaleza, sino por la autoridad de su oficio, como observó el venerable Beda, porque lo mismo es ángel que nuncio, y así pudo llamarse ángel el que fué enviado a dar testimonio de la luz y a anunciar la venida del Verbo en carne. Misteriosas son todas las palabras del profeta. *Ecce* significa una novedad grande, una cosa no vista. *Ego mitto*, yo envío, y siendo Dios el que habla, publica la grandeza del

enviado por la majestad del que le envía, y poner de presente lo que había de ser de futuro, fué fijar la estabilidad y firmeza del decreto divino y el suceso de la profecía. *Ante faciem*: el que es enviado delante del rostro de Dios, para que de ahí quede recomendada su pureza, integridad, santidad y virtud. *Qui praeeparabit viam ante te*. Gran misterio; fué después uno de los asuntos de la predicación de Juan: *Parate viam Domini*, preparar el camino del Señor, ora sea el camino por donde Dios viene a los hombres, ora aquel por donde los hombres caminan a Dios, aunque todo le pareció uno al Abulense. Sin embargo, tiene diferente inspección decir que Dios viene a los hombres, o que los hombres caminan a Dios, porque si se considera el principio del movimiento, camina el hombre a Dios, si se dispone arrojando de sí las obras de tinieblas y vistiendo las armas de luz. Cuando Dios, con su gracia, previene y llama, se dice que viene a nosotros, y cuando está el hombre en gracia, viene a comunicarle mayores dones. Y de esta manera se llama camino de Dios su misericordia, su verdad, porque todos los bienes que comunica reconocen esos soberanos principios de Dios misericordioso y de Dios verdadero, que cumple lo que tiene prometido.

Ciñó David todas las diferencias de caminos de Dios: *Universæ viæ Domini, misericordiæ, et veritas*. Pero el camino por donde los hombres caminan a Dios es la observancia de sus preceptos, camino ancho en que solamente se pierde el que declina a una parte o a otra, según aquello del Deuteronomio, en que mandaba Dios a los hebreos antiguos que no se apartasen de la ley a mano derecha ni izquierda, sino que hallasen derechamente su camino, procurando imitarle; que el ir los hombres a Dios es procurar su semejanza por la gracia y modo de obrar recto, que va derecho a Dios, fin último de las acciones humanas. Y así dijo San Agustín: No hay más caminar que imitar. La semejanza con Dios nos pone cerca de su infinito ser; la culpa que hace desemejanzas nos retira a distancias casi infinitas.

Vino, pues, el Bautista a preparar el camino de Dios para los hombres y el de los hombres para Dios, y con blasón de ángel, en cuyo símbolo se llamaban así los que subían y bajaban en la escala de Jacob, que después aplicó a sí el mismo Cristo, autor de estos prodigios. Puesto en la primera grada, mereció subiesen los hombres a unirse con Dios y que bajasen del cielo celestiales nuncios. Y no se nos pase (ya que el profeta llamó ángel al Bautista) ponderar en su alabanza, que su caridad ardiente le inflamó para que merezca título de serafín; su sabiduría no hay querubín que la exceda; su poder compite con las potestades; el asiento quieto de su corazón parece trono con que está en el supremo ternario jerárquico, no cuanto a la naturaleza, sino por la gracia: querer, saber y poder, celestial imagen de la trinidad beatífica, en quien lucen las propiedades de poder, sabiduría y bondad, como se conoció en el desempeño de su ministerio.

11

Sale San Juan de su retiro a ejercer el oficio de precursor. Tiberio da feo principio al año décimo quinto de su Imperio. Describense las Tetrarquías del reino de Judea. San Juan es profeta del Universo.

La circunstancia del tiempo en que salió a predicar el Bautista, señaló, como gravísimo historiador el Evangelista San Lucas, con los nombres del Príncipe del Imperio y de los Reyes y Tetrarcas del reino de Judea. Corría el año quince del Imperio de Tiberio César, siendo cónsules Julio Silano y Silio Nerva. Entró el año con un feo principio, mostrándose cruel el Emperador con un ilustre caballero romano llamado Tiro Sabino, a quien cortó la cabeza, por agradecido a la amistad con Germánico, que sólo éste entre

tantos beneficiados había quedado con entera fe, con la casa, mujer e hijos de aquel Príncipe, materia de su alabanza entre los buenos, de aborrecimiento entre los malos, como refiere Tácito.

Es señal conocida de entereza de corazón no disimular la amistad que se asentó en el tiempo de la felicidad, con el que está en baja fortuna y conservarla cuando otros le persiguen. Es materia de alabanza entre los que sienten bien y conocen las leyes de la verdadera amistad; pues como dijo el contemplativo Idiota, la amistad verdadera se ha de medir con amor recíproco y desinteresado, no con la falta medida de la utilidad propia. ¡Qué buen amigo de David Chusay Arachites! Sabido es en la Historia de dos Reyes y reinos que cuando la conjuración de Absalón contra su padre David, salió el santo de su Corte huyendo, llenos los ojos de lágrimas y descalzos los reales pies. Iba trepando por un collado de olivos, acompañado de sus fieles vasallos, que lloraban amargamente su fortuna, y apenas llegó a la cumbre del monte, adonde deseaba hacer oración a Dios, cuando le salió al encuentro Chusay, roto el vestido en señal de sentimiento y cubierto la cabeza de polvo. ¡Oh, qué buen amigo (dice el padre San Crisóstomo); cómo se le echa de ver que no andaba con el tiempo y que su amistad no era con la corona y dignidad real, sino con David; pues cuando le ve sin ella, le busca, le acompañaba y se lamenta de verle maltratado de su hijo alevé! Hay algunos que son amigos de las prelacías, no de los prelados; de las dignidades, no de los que las tienen; de los oficios, no de las personas; y en viéndolas sin ellos, se acabó la que parecía amistad.

Eran a este tiempo Tetrarcas Herodes, Filipo, Antipas y Arquelao. Tetrarquía es nombre griego y suena en nuestro vulgar lo mismo que cuarta parte de un principado o reino; y así los Tetrarcas eran Príncipes inferiores a los Reyes. En estas cuatro Tetrarquías estaba dividido el reino de Judea. Presagio suele ser del último remate de una mo-

narquía, aunque sea muy dilatada, porque la división ocasiona guerras y fatales discordias. De Alejandro Magno se refiere en el libro primero de los Macabeos que estando a la muerte dividió su reino, que casi era todo el orbe, entre los hijos de los Príncipes, que en el estilo y práctica de los Macedonios se llamaban niños del Rey o criados suyos, porque se destinaban a servirle, como lo refiere Tito Livio en una de sus Décadas. Introdujo esta costumbre en Macedonia su padre Filipo, y entre los hebreos se ordenó se criasen los hijos de los nobles con el Príncipe. Observáronlo así también los Reyes de Babilonia, como consta del capítulo primero de David, y los Reyes de Egipto, si creemos a Dión. Entre los Reyes de Europa refiere por loable esta costumbre Santo Tomás en el tratado del gobierno de los Príncipes. Faltóle sucesor a Alejandro, y de ahí nació la división del reino, y de ella una guerra continua. Y parece lo afirmó así el Espíritu Santo del que hereda, pues con la herencia, habiendo de dividirse entre otros, va embebida la discordia con que se dividen más los ánimos que los bienes del difunto. Sólo en una cosa tuvo acierto el Emperador: en que no teniendo heredero, hizo elección de la mayor nobleza y valentía de su reino, para que le sucediesen en la corona. De la división de aquella monarquía en los sujetos que sortearon en diferentes provincias, escribió largamente Quinto Curcio. Y esta fué la razón por qué el reino de Judea lo dividió el Emperador Augusto César en Tetrarquías, porque siendo menor la autoridad de cada uno de estos Príncipes, flaco el reino, estuviese más seguro en la obediencia del Emperador.

Hace la relación el Evangelista de que el gobierno del mundo corría por cuenta del Emperador Tiberio, cual príncipe. Su vida fué como su muerte, pues a los treinta y nueve años de Cristo y veintitrés de su imperio, murió de muerte violenta a fuerza de veneno. Cuando salió a predicar el Bautista, se descubrió era más que profeta, y que el Evangelio se había de predicar no solamente en el reino de

Judea, sino en toda la circunferencia del orbe. Cuando los profetas (como observó Orígenes) anunciaban sucesos al pueblo hebreo, se refiere quiénes eran los príncipes que gobernaban. Ezequiel empezó su profecía al año quinto de la transmigración del rey Joaquín. Baruch, en Babilonia, en el tiempo de la cautividad, presente el rey Jeconías. Daniel al año tercero del rey Joaquín, cuando Nabucodonosor puso sitio a Jerusalén y llevó cautivo a Babilonia su príncipe. Casi lo mismo se hallará en los demás profetas, cuyas profecías eran en primer lugar para aquel pueblo, y por eso se ponían los nombres de los reyes en el título.

No habían de ser los gentiles sólo en recibir el Evangelio, sino también muchos del pueblo de Israel. Por eso se describen también sus príncipes. Indicio fué que venía ya muy cerca Cristo, cuyo imperio estaba con ese depósito en el emperador de Roma y que iba declinando el reino de Judea, cuyo principado, en legítimos príncipes, había de acabarse antes de la venida del Mesías, según la profecía del patriarca Jacob.

Porque como notó San Ambrosio, habiendo el Hijo de Dios de fundar la Iglesia y congregarla, por la fuerza de su Espíritu, de los cuatro vientos o cuatro partes del mundo, eligió primero el instrumento vivo en Juan, que le preparara los caminos. Para este fin conservó Dios al Bautista y le libró de la muerte cuando el estrago de los Inocentes, que aunque se hizo en Belén y sus confines, y él estaba con sus padres en las montañas de Judea, hubo decreto especial de Herodes que le quitasen la vida, presumiendo que era el Mesías, por los prodigios de su nacimiento; pero escondióle su padre Zacarías, por cuya ocasión fué muerto entre el altar y el templo, como lo escribió Pedro Alejandrino. Preparó, pues, Juan los caminos para que se entendiese en la posteridad que la Iglesia no tuvo su principio en hombre puro, sino en un hombre que era juntamente Dios y Verbo del Padre. Fué importante que una fábrica tan excelente como la Iglesia, reconociese tan alto principio y se fundase

para su mayor seguridad sobre la indefectible e invariable palabra de Dios. No es de perder la advertencia de la Glosa Ordinaria cerca de aquella palabra: *Super Joannem*. Fué significar la gracia divina que tiene su origen en el eminente ser de Dios, que obrando en lo interior del alma, moviese la lengua del Bautista a la manifestación de sus verdades. Mas no salió Juan sino cuando le vinieron los avisos del cielo, que aunque destinado por Dios para predicar penitencia, no quiso salir sin orden, aunque le tocase al arma el deseo de reprender los vicios del mundo. A semejanza de los Serafines de Isaías, que aunque tenían alas para volar, no volaron hasta que tuvieron orden de Dios, que en su palacio ninguno toma más mano (por muy favorecido que sea) de la que le da el Señor a quien sirve, como lo discurre con toda erudición el maestro Fr. Juan Suárez de Godoy, autor nuestro, canónigo magistral y lector que fué de la Catedral de Tortosa, interpretando un Salmo de David.

III

El Bautista fué agradable voz de Dios entre humanas voces de gemidos y llantos. Graves impedimentos tiene el buen empleo de la vida de los hombres, según la parte racional.

Ya es tiempo de que resuene entre las breñas del desierto y haga ecos en las márgenes del Jordán, la misteriosa voz que anunció Isaías había de clamar, exhortando a penitencia, a nueva vida de espíritu y anteceder a la Palabra en carne, Jesús. Fué la voz de Juan la que, entonada entre otras de calamidad y de gemidos, se levantó en favor de la virtud contra las voces de los vicios, y siendo voz de penitencia saludable, de doctrina y de libertad, fué voz que anunció el buen tiempo después de la tempestad, deshizo los deleites del mundo, rajó los cedros más empinados,

puso sus más altas cumbres debajo de las plantas de Cristo. ¡Oh, voz deleitable a los oídos fieles, único reparo del mundo que por la posta caminaba a su ruina; no eres voz hinchada y clamorosa por el estrépito del aire herido, sino por la energía escondida y retirada en la virtud de un espíritu vivo y ardiente! Las voces que había oído el mundo antes de Juan, sollozos eran y gemidos que arrojaba el corazón humano en medio de sus mayores congojas. O eran risas de frenéticos que, ignorantes del mal que padecían, mostraban gozos entre deleites pestíferos, cuyo remate había de ser el infierno. La voz de Juan fué, como la del Serafin de Isaias, a cuyo ruido sonoro se conmovieron los umbrales más altos de las puertas del templo. Y conmovió las superiores partes de la razón y voluntad de los hombres, para que el soberano toque del Espíritu Santo, entre temores y miedos reverenciales, conociesen el verdadero camino de la salvación y se retirasen de la vida del siglo, siempre peligrosa y llena de precipicios.

No hay cosa tan importante y dificultosa como hacer un hombre buen empleo de la vida, y el acertar en eso es tan considerable, que si se yerra una vez, no tiene reparo. No es la vida cosa que, una vez gastada o perdida, se puede componer. La hacienda, la honra, la virtud, lo más precioso que estimamos, si se pierden, se reparan; no así la vida y el tiempo. La condición de ambos no solamente es fugitiva, sino precaria; de la vida y del tiempo nos despoja el que quiere; y ni aun el más agradecido puede restituírnos un minuto de la hora que pasó. ¿Gastóse una vez? Acabóse. ¿Perdióse? No hay reparo. Así dijo Marcial:

Sera nimis vita est crastina, vive hodie.

Y es muy dificultoso el saber vivir hoy, porque se compone su dificultad de muchas otras imposibles de vencer con humanas fuerzas. Reduzcámoslas a breve número: mala inclinación, fuerza del deleite, error mundano.

La mala inclinación viene de nuestra naturaleza infecta por la culpa. Este compuesto nuestro en el que hay tanta parte de tierra, ¡qué pesado, qué rendido y sin aliento para toda virtud! Inclinado y presto se halla siempre, como a su centro, al profundo de todo mal, harto poderoso para rendir y humillar el alma con su terrible pesadumbre... Padecen las almas en esta vida con el cuerpo la pena que, según los antiguos, padeció Sísifo en el infierno. Subía continuamente un peñasco por un monte arriba, y cuando se hallaba más cerca de la cumbre, entonces se le volvía a rodar por el monte abajo y él volvía de nuevo a su afán penoso. Brega el alma contra la mala inclinación de su cuerpo mortal y terreno, y cuando más levantado le tiene de la tierra, y a su parecer ya más cerca de descansar, poniéndole en la cumbre de la perfección que desea, entonces, a la ocasión del menor reposo, le vuelve a hallar de nuevo derribado, y ella rendida con él, y de nuevo obligada a nuevo afán.

Estas eran las voces del Apóstol: *Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis hujus?* Infeliz se llama viéndose molestando del grave peso del cuerpo corruptible y suspira por la libertad. Afectos son ordinarios del varón justo, dice Cayetano, que gime, no por verse libre del cuerpo absolutamente, sino del cuerpo de la muerte, cuyos efectos son los movimientos sensuales que precipitan al alma a lo más hondo desde la más alta cumbre de la perfección.

La fuerza del deleite (poderoso hechizo que adormece la razón y el más despierto discurso) es tanta, que parece no hay para ella resistencia; a la ignorancia se la lleva a empeñones y da en la ocasión con el pecado; a la conciencia más advertida y recatada la soborna, torciendo la madurez y severidad de su juicio. ¡Qué bien hizo el dibujo de la fuerza del deleite la pluma y pincel de Tertuliano! Por más fácil tengo que el necio triunfe del miedo de la muerte, como trance natural y forzoso, que no que el sabio menosprecie el deleite, sin el cual la misma vida no cae en gracia.

La tercera dificultad se ocasiona de los errores del mundo, de los engaños de la vida humana, de los caminos del siglo, tan mal seguros. Así lo mostró el sabio de Tebas en la tabla donde pintó la vida de los hombres. A la entrada de ella dibujó una mujer con un vaso en la mano, del cual bebían todos los que salían al mundo. Bebemos el engaño con el pecado en las entrañas en que nos conciben; salimos al siglo todos ciegos y engañados, según aquello del Eclesiástico: *Error et tenebrae peccatoribus concreata sunt*. El trato todo de la vida es trato y comunicación de engañados, y toda ella un golfo de ardides. Ahí nos dejamos llevar sin segura guía a la desavenida confusión de tanto engaño, al ejemplo de tanto perdido; cada cual nos provoca y divierte con las voces distintas y descompasadas que levanta cada uno de los vicios, para que entre errores palpables se consuma la vida de los hombres.

No parece otra cosa esta vida que un mar donde todos los vientos soplan a un tiempo, alzando resacas y olas encontradas y furiosas. ¿Cuáles andarán los tristes que le navegan? ¡Qué desbaratados! ¡Qué transidos! ¡Qué peligrosos! Un hombre a quien arrebató la ambición, ¡con qué hinchadas olas se da al soplo de sus engañados discursos, a la ciega derrota de sus navíos frágiles! Al otro, la soberbia, viento frenético, le sube, como al príncipe de tinieblas, hasta las estrellas y quiere poner sobre ellas su trono. El viento de la avaricia da con los hombres en el Cerro de Potosí. El de la sensualidad, levanta las lenguas de las llamas. ¿Quién, pues, será poderoso a detener y eludir tan desatados elementos? Tan mala inclinación, ¿quién la estorbará? ¿Quién vencerá al deleite, halagüeño y fuerte enemigo? ¿Quién cortará seguro tan procelosos mares? Nadie podrá, si no le asiste la sabiduría y fortaleza del Señor. Imposible, Dios mío, si Tú no acudes a caso tan importante y dificultoso como el acierto de nuestra vida, enviando para allanar todas dificultades el Espíritu Santo.

Dadme el sujeto en que más se esmeró la naturaleza, la

hermosura, la gracia, la discreción; ¿que es todo sino un pedazo de tierra pesada y muerta, rendida al barro de que la hicieron? ¡Qué pensamientos los suyos, qué deseos tan humildes, tan descaecidos! Mas sople el Espíritu de Dios y veréis milagros; veréis huir la tierra de su centro, aspirar al lugar superior, levantarse al cielo, menospreciar el mundo. ¿Quién triunfó de la mortal pesadumbre? ¿Quién aligeró y esclareció el cuerpo grave y tenebroso? ¿Quién dió pensamientos, aficiones y cuidados de cielo, menosprecio y olvido de la tierra? El Santo Espíritu de Dios, que por la boca de Juan, por la voz del Verbo, enderezó los caminos torcidos de la vida humana y los hizo derechos, bajando los montes empinados, llenando los valles profundos. Esto fué anunciar los prodigios del Salvador, que había de facilitar el camino que los deleites humanos habían hecho intransitable para ver a Dios y que, allanado todo lo áspero y difícil, no hubiese monte ni abismo que detuviese en el camino de la salvación y de la gloria.

IV

Las materias de Religión se han de tratar con mucha valentía de espíritu. La enseñanza del Bautista no tuvo fuerza de ley. Los Príncipes deben tener memoria de los servicios de sus vasallos.

Fué enviado el Bautista al mundo para dos ministerios: para predicar, como voz, la venida del Hijo de Dios, y para disponer con el Bautismo de penitencia la conversión de los hombres, que por eso dijo el ángel había de venir delante con el espíritu y virtud de Elías: *Ipse praeceat ante illum in spiritu et virtute Eliae: ut convertat corda patrum in filios, et incredulos, ad prudentiam justorum, parare Domino plebem perfectam.*

No tiene pequeña dificultad saber quienes son los que aquí se llaman padres e hijos, y qué sea convertir a unos el corazón de los otros. Persuádome se haya de entender de los judíos que había en tiempo de San Juan y que alternativamente se había de convertir el corazón de los padres a los hijos y el de los hijos a los padres, a la fuerza de la voz del Bautista. Cosa constante es (como refiere Josefo y confirmó Epifanio) que cuando San Juan salió del desierto a ejercer el oficio de predicador, había en el pueblo judáico discordias grandes en materia de religión. Corrían tres sectas de fariseos, saduceos y esenios, conque sucedía en aquel reino lo que se experimenta en estos tiempos en Francia y en Alemania: que divisos no solamente los pueblos, sino también las familias, sigue diferente religión el hijo de la que sigue el padre, y la hija no sigue las doctrinas de su madre en materia de elegir religión. De donde nace, que aunque al gobierno político están unidos en una casa y familia, están muy discordes los corazones.

Fué, pues, uno de los fines de la predicación del Bautista, amparar la Fe y el culto del verdadero Dios y disponerle a Cristo un pueblo unido en una fe, en una religión: y lo dan a entender así las palabras del Evangelista San Lucas, que se tomaron del capítulo 4 de Malaquías: *Et incredulos ad prudentiam justorum*. Dispuso que los que no creían los misterios debidamente, se redujesen a la fe y religión de los que con más prudencia penetraban sus misterios, para hacer por este medio de una fe y de una religión muy unos los corazones de los padres y de los hijos; que a esta cuenta la voz y el espíritu de Juan fuesen como estandartes levantados en favor de la fe, sobre los muros más altos de la infidelidad y diferencia de religión.

¡Oh, qué bien suenan y resuenan en la Iglesia estas voces, acompañando a la voz del Verbo y cooperando a su enseñanza! Que si la voz es índice de lo que siente el alma e intérprete del corazón, cuando está en él la fe creída y reverenciada, no se puede contener el ánimo sin protestar-

la con las voces. Entró el Rey Antioco en Jerusalén, como se refiere en el primer libro de los Macabeos, y no contento con haber profanado los lugares sagrados, robado los tesoros y muerto a muchos ciudadanos, intentó apartar a los hebreos de la observancia de la ley y que ofreciesen incienso a los ídolos. Consiguiólo en muchos del pueblo de Israel, que hicieron más aprecio de la vida que de la religión. No así el sacerdote Matatías y sus cinco hijos, pues habiéndose retirado a Modino, ciudad fundada en el monte de Judea, adonde habitaron los Macabeos y adonde hoy se ven los sepulcros de tan grande altura, que se miran con claridad desde el Mediterráneo, como lo aseguran muchos autores, le notificaron el decreto de Antioco, y levantando la voz, lleno de fe dijo aquellas cláusulas, dignas de eterna memoria: *Et dixit magna voce: Et si omnes gentes Regi Antiocho obediunt, ut discedat unusquisque a servitute legis patrum suorum, et consentiat mandatis ejus; ego, et filii mei, et fratres mei, obediemus legi patrum nostrorum.* ¡Qué bien resuenan en la Iglesia estas voces, indicios de la fortaleza del ánimo! Notó aquí San Lucífero, y trasladó del griego: *Si omnes gentes, quæ in domo Regis audiunt eum.* Que los que obedecieron a Antioco fueron los que asistieron al Palacio; y no me admiro se retirasen de la fe de sus mayores, porque asistían a un Príncipe impío, menospreciador del verdadero Dios, raíz del pecado. ¿Qué mucho que a la presencia de un Rey infiel faltasen muchos al decoro de la religión, que como la raíz sustenta los ramos y de ella nace y se levanta el tronco del árbol, brotan las flores, crecen las hojas, nacen los frutos; si el Príncipe es vicioso y de ahí, como de raíz, nacen varios pimpollos de vicios y de viciosos y se empinan y crecen a ser escándalo público de las ciudades y reinos?

¡Con qué presteza obra la fe viva en defensa de la verdadera religión! ¡Y qué poco se estiman los favores de palacio y de los Príncipes en los que aman de veras el culto de su Dios! A muchos ministros suyos tenían presos los ti-

ranos para que apostatasen en tiempo de la persecución vandálica. En cierta ocasión pusieron dos condes para que persuadiesen a los santos, que con el cebo de la asistencia honorífica de palacio se retirasen de la observancia de la verdadera ley. Mas reparemos en el fruto que hizo esta persuasión de dos títulos echadizos del Rey para persuadir a los santos, que dejasen su fe: al punto, sin más dilación, levantaron el grito diciendo: ¡Cristianos somos, católicos somos, la Trinidad y un solo Dios confesamos! ¡Oh, divina voz, pronta y llena de fe! Paréceme este caso el que le sucedió a San Cipriano, que persuadiéndole el tirano a que adorase a los ídolos, respondió prontamente, que no lo haría, y dándole tiempo al procónsul para que lo consultase con su vida y con su edad, dió aquella respuesta, tan llena de fe como de valentía. Cuando la causa es tan justa, es la consulta supérflua. La verdadera fe no admite dudas, y sobre ellas se arma la consulta. De donde dijo agudamente San Agustín: Sólo el que duda consulta.

Salió a predicar San Juan su bautismo de penitencia, disposición para el bautismo de fuego y sangre que había de fundar en agua Cristo Señor nuestro, aunque duraron poco este bautismo y la comisión del Bautista, que por eso, como advirtió bien el Abulense, no tuvo su enseñanza fuerza de ley, porque ésta ha de ser de su naturaleza perpetua y comprender todos los preceptos necesarios que sean reglas de las acciones humanas, así en la parte que mira a Dios como en la que mira al prójimo. Fuera de que es grande inconveniente que se ponga una ley y luego se quite, pues aunque sea mala, si no es que no se pueda tolerar sin notable daño de los súbditos, se ha de vivir con ella por no variarla, según lo que enseñó Aristóteles en su Política, que la ley que dura poco tiempo no rinde el súbdito a la obediencia, porque raras veces se ve juzgado por ella. Con el tiempo adquiere la ley autoridad y cierto género de reverencia, con que parece se convierte en naturaleza la sujeción. La enseñanza, pues, del Bautista no fué ley, porque había de aca-

barse con brevedad, no como la de Moisés, que duró mil quinientos años, y su bautismo había de tener también apresurado fin, y, sin embargo, fué la acción tan ilustre que eternizó el nombre de quien la obró. Rara fué la humildad de Cristo, pues habiendo de ser Padre del universo por medio del bautismo, y habiéndose de acabar tan en breve el de San Juan, le dió por blasón eterno a su precursor el título de Bautista, debido de su naturaleza, al fundador del bautismo, primer Sacramento de la Iglesia. Pero fué obsequio hecho a Dios, que sabe honrar mucho a quien le sirve y sabe renunciar sus gloriosos títulos para que los tengan eternamente sus siervos.

No me admiro que en la paz y en la guerra no sean bien servidos algunos príncipes, y que sus vasallos se olviden de las finezas que deben a su corona, si falta en los reyes la memoria para la remuneración. No hay símbolo tan vivo de la dignidad real, en todas letras divinas y humanas, como el sol; pero fué singular la advertencia de Epitecto, dando las causas de esta similitud. Hablaba el filósofo con un Emperador, y dícele: Así como el sol no espera para salir los ruegos ni caricias de quien necesita la luz de sus rayos, sino que en despuntando el alba sale bizarro y hermoso por su Oriente y le saludan todas las criaturas; así tú, ¡oh, Príncipe grandel, para obrar en beneficio de tus vasallos no esperas los aplausos ni te solicitan la voluntad los ruidos de pretendientes en el patio de Palacio, ni granjea contigo la lisonja el premio que se debió a la justicia. Ministros suelen tener los reyes a quienes el mundo llama validos, y no les parece que lo son si no ven cursar los patios de sus casas multitud de vasallos que han servido en la paz y en la guerra, librando sus despachos en dilaciones, con que poco a poco borran de la memoria los más finos obsequios hechos al Príncipe. Para obviar éste y otros inconvenientes, fué peregrina traza la que se refiere del Emperador Alejandro Severo. Tenía en su recámara un libro adonde estaban escritos los nombres de los capitanes y soldados de su ejér-

cito, los años de milicia, los sueldos, los puestos a que habían ascendido y las causas que proponían para sus aumentos, y a sus solas hacía estudio en este libro, tomando lecciones en él de lo que había de obrar en las audiencias. Cautelas eran éstas y prevenciones importantes contra la pasión de un valido, contra el informe de un secretario, teniendo a la vista el libro de memorias de los méritos de sus vasallos, sin dar lugar a ficciones y a engaños en conocida ruina del bien público. Dios sólo sabe remunerar bien a quien le sirve, y en corto tiempo granjean los hombres en su palacio títulos y blasones que duren eternidades.

V

Las propiedades de verdadero predicador Evangélico se hallan en el Bautista. El pecador tal vez desea más la publicidad que la corrección de las culpas, con que ocasiona infelicitades a las monarquías.

Discurramos ya sobre los asuntos de la predicación del Bautista y de la enseñanza que hacía a sus oyentes cuando salió por la ribera del Jordán, y Jerusalén deshecha en tropas, la provincia de Judea y las regiones circunvecinas, venían a pedir el bautismo, confesando sus pecados y a oír su doctrina. Halláronse en esta junta muchos de los Fariseos y Saduceos, personas de mucha autoridad y estimación en el pueblo de los judíos. Fariseo se llamó así del verbo *pharatch*, que es lo mismo que *separare*, gente retirada de la demás del vulgo por el crédito de sabiduría y santidad. Saduceo, se dijo así del verbo hebreo *thedek*, que significa justicia, como si dijésemos: los hombres justos de aquella República; pero eran, sin duda, los más perniciosos de ella, como se colige de la reprensión que les dió el Bautista llamándoles hijos de víboras, soberbios por descendientes de

Abrahám. A estos amenazó, pues ya tenía Dios puesta el hacha para cortar el árbol por el pie y dar con él en el fuego.

¡Qué gran predicador el Bautista, instruído interiormente de doctrina celestial y exteriormente vestido de una dura piel de camello, comiendo langostas y miel silvestre! ¡Cómo se le conoció que era enviado de Dios y trompeta suya, para publicarle al mundo con sus obras y palabras! De treinta años era el Precursor cuando, con pasmo de todos los hombres, se manifestó en las riberas del Jordán, bautizando y anunciando el reino de los cielos. Las propiedades con que se manifiesta, descubren ser predicador enviado de Dios; que el mundo no sabe adornar de tan preciosas galas a sus ministros. Hombre grave, severo, constante, manso, piadoso, prudente, quieto, ingenioso, elocuente, sabio y venerable, hermoso en el aspecto, agradable en la conversación, suave en las costumbres, vivo en el ingenio, poderoso en las palabras y de autoridad tanta, que con sólo mirar obligaba a reverencia y era asombro a todos los mortales. Así exclama el doctor santo: ¡Oh, verdadero y fiel predicador de la palabra de Dios, que no supo adulterarla! No disimulaba los pecados, no toleraba los vicios, no lisonjeaba a los poderosos, no predicaba para no ser entendido, no afectaba voces, no medía cláusulas; sino llevado del espíritu de aprovechar a los oyentes, les reprendía sus vicios, sin tener otro fin que ganar almas para Cristo.

¡Oh, si en nuestro miserable siglo se hallara un predicador que reprendiera los vicios puramente con celo cristiano, con caridad ardorosa, sin duda hiciera grandes frutos en la Iglesia, desterrara los pecados y obligara a los pecadores a no hacer gala de serlo, a no querer más (como suelen) la publicidad del deleite que el deleite mismo; peores que las rameras, que se retiran para ofender a Dios! Así en cabeza de Lesbia lo ponderó Marcial en uno de sus epigramas. ¡Oh, cuánto importara al bien público que se unieran los Príncipes seculares y eclesiásticos y pusiesen el hom-

bro a la reformati6n de las costumbres; que los predicadores hablasen en nombre de todos con espíritu del cielo y teniendo las partes que se requieren en el orador cristiano!

Indigno es de tal nombre quien no tiene don de lengua, quien afecta no ser entendido del oyente, quien no persuade con eficacia viva. Confusi6n es ver la audacia con que la juventud, tal vez sin letras y sin edad madura, sube a la Cátedra del mayor Magisterio, del que temblaron los mayores gigantes de la Iglesia. De San Jer6nimo se escribe en su vida que nunca predic6, y San Ambrosio refiere de sí que temblaba reconociendo la majestad de la predicaci6n Evangélica. Ejemplar vivo de predicadores fué el Bautista en la edad, en el espíritu, en el celo, como se conoci6 en el fruto de su predicaci6n y en el asunto: *Pœnitentiam agite*. Haced penitencia de los pecados; medio eficaz para conseguir el reino de Dios y aun para asegurar el reino temporal.

Muchas trazas y arbitrios propone la sabiduría humana en sus Consejos de Estado y Guerra, para recobrar las piedras preciosas que por la malicia de los tiempos, poca lealtad de los vasallos o grave extorsi6n de los ministros se han caído de la corona del mayor monarca, y para debelar los enemigos que se han hecho tiranos dueños de los reinos que poseía en paz por derecho hereditario de sus gloriosos antecesores; y la mejor raz6n de estado, a mi ver, fuera para asegurar la victoria, que, como se pelea en la guerra contra las armas francesas, se peleara en la paz contra los desórdenes espańoles: galas, trajes, gastos supérfluos, incentivos de la lascivia y de otros pecados, que haciendo afeminados a los nuestros, dan valor a los extrańos. Que bien lo dijo y en términos formales San Jer6nimo: Nuestros pecados dan a los infieles valentía; nuestros vicios ponen en huída las más victoriosas águilas del imperio. Y por otras palabras dijo lo mismo San Ambrosio: Nada hace brecha por donde entre más a su salvo en la plaza o murada

ciudad la artillería del enemigo como los pecados de sus habitantes, que son los tiros más fuertes; pero si calman los vicios, levantará el enemigo el sitio de la plaza que tuviere más fatigada con generales asaltos, secretas minas y otras máquinas de guerra. A la sensualidad de los españoles atribuyó Salviano haber supeditado a España los Vándalos, y quiso Dios que con la castidad de unos se purificara la lascivia de los otros y se conociese cuánto más poderosa suele ser para conseguir victorias la causa que las fuerzas, la virtud que los ejércitos. La lascivia que inundó hasta el estado eclesiástico y la inobediencia al romano Pontífice, abrió puerta a los árabes para que se hiciesen dueños de España, como lo refiere, entre otros, Lucas de Tuy. Confusión grave es (no se niegue) ver tal vez al gentil imitar las virtudes del varón fiel y que el cristiano tenga por afrenta tener la pureza debida que prometió a Dios en el estado que tomó y en la ley que vive.

Fué costumbre entre los Nazareos (cuando se cumplía el tiempo que habían destinado para consagrarse a Dios) ponerse entre las puertas del Tabernáculo a ofrecerse al culto de la Eterna Majestad y a hacer los votos de su instituto, prometiendo abstenerse del vino y de tocar todo lo que pudiera causarles inmundicia y fealdad. Criaban cabellera grande para que a su tiempo se la quitasen, porque en la cabeza se hacía la consagración y santificación. Y delante de las mismas puertas del Tabernáculo, cortado el pelo, le ofrecían a Dios, entregándole al fuego en el altar de los sacrificios, como se refiere en el libro de los Números. Llegó este sacrificio a noticia de los gentiles, y pareciéndoles ganaban gracias con sus dioses, se cortaban las melenas y se las ofrecían en sacrificio. Pues si el gentil, por agradar a sus falsos dioses, se raía el cabello y le ofrecía en sacrificio, ¿cómo se puede excusar el fiel de no hacer tal vez esta demostración por agradecer a Dios verdadero?

Pero la experiencia enseña que son pocos los que solicitan el agrado de Dios si ha de ser a costa de un pelo de la

cabeza, y mientras los príncipes no procuren atajar con su ejemplo los daños que en esta y en otras materias profanas padeciere la República, es el remedio imposible, porque el vicio del señor obra por infusión en el súbdito, y es más peligroso el veneno del mal ejemplo que el de la culpa, como lo aseguró Cicerón. Y así en el que gobierna se requiere la virtud con mayor eminencia por los efectos que produce. De esta doctrina infirió Plutarco que está en manos del marido (dueño de una casa y familia y como rey de ella, según la doctrina de Crisóstomo), tener mujer honesta o distraída, amiga de galas o enemiga de ellas, según fuese la dirección y el ejemplo que la diere, que como los músicos y poetas enseñan poesía, los doctos erudición, así la mujer imita la condición del marido en la honestidad, recogimiento y pulcritud o en los vicios opuestos.

VI

Frutos dignos de penitencia pedia San Juan a sus oyentes. Fué sermón para todos estados, que cada uno ha de fructificar al paso de su obligación.

Decía San Juan Bautista a muchos de los fariseos y saduceos que llegaban entre las tropas a recibir el bautismo: Hijos de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira que os amenaza? Trató con aspereza a este género de gente el santo Precursor, llamándoles hijos de víboras, sin hacer reparo en que era la gente más noble y de mayor autoridad de aquella República, porque sobre ser su doctrina veneno, y heredado de sus mayores (que por eso los llamó hijos de víboras), no venían a recibir el bautismo de penitencia con sinceridad, sino con ánimo fingido, disimulando virtud y santidad, y por no parecer singulares, cuando todo el pueblo, a velas hinchadas de aprobación, seguía al Bautista. En

suma, conociéndoles el ánimo, les reprendió la vana simulación e hipocresía, advirtiéndoles hiciesen frutos dignos de penitencia, porque no irritasen más la paciencia de Dios y provocasen su ira.

Tocóles, a mi ver, en lo vivo del corazón, porque los hipócritas y los que presumen de justos, dificultosamente hacen penitencia, y con su aparente santidad sacan de su paso a Dios para el castigo: *Simulatores et callidi provocant iram Dei*, afirmó Job, y llegando a reconocer el alma de estas palabras, el angélico doctor Santo Tomás, dijo: Como la adulación canoniza a los santos aparentes, ellos, con error torpe, llegan a creer que lo son, y como donde no hay pecados no parece pueda echar profundas raíces el dolor de ellos, no hacen penitencia: así excitan mayor ira en Dios. Y ahora se entenderá lo dificultoso de aquellas palabras: ¿Quién os enseñó a venir al bautismo de penitencia y obrar acciones tan opuestas a vuestro dictamen? Los saduceos no temían la ira de Dios ni las penas del infierno porque no las creían. Tampoco las temían los fariseos, porque se tenían por justos, y así fué admiración en San Juan que hubiese quien persuadiese a este género de gente a temer y huir las penas con que amenazaba la ira de Dios. Haced obras dignas de penitencia, decía el santo. No ha de ser todo palabras; haced obras con que manifestéis verdaderos frutos de penitencia, dolor de las culpas, detestación de la vida pasada, lágrimas y suspiros que salgan del corazón; no sea todo ficción y apariencia.

¿Quién podrá persuadir al soldado sin serlo las obligaciones de la milicia, y que sus galas no deben ser oro ni plata, sino acero? ¿Cómo persuadirán a sufrir las incomodidades de la vida los que están mal dispuestos a lo que se padece en la guerra, sueldo mal pagado, corta comida, vigilias, inclemencias del tiempo, falta del agua? Cuentan de un soldado de Pompeyo, que arrojado el ejército a los arenales secos de la Libia, y muertos todos de sed, halló acaso un poco de agua turbia, y cogiéndola en la celada, se

la llevó a su general, presumiendo ganaba con él muchas gracias; pero él, advertido y atento, para dar ejemplo a sus soldados de qué se tolerase la sed, reprendió al soldado que le trajo el agua y la derramó en presencia de todos, según lo dijo Lucano en su Farsalia.

¿Quien podrá, pues, ajustar con el general y cabos de un ejército que no disfruten comodidades y regalos cuando perecen y mueren de hambre los soldados? Afrenta y mengua es de un capitán que se presume tiene menos valor que el soldado de fortuna, y menos fuerzas para tolerar las descomodidades; que beba cuando los soldados están sedientos y trate con tanta comodidad las materias de la guerra; que sea en los intereses el primero y en lo sangriento de la batalla el último; que gane gracias con el Príncipe por relaciones siniestras el que está muy a su salvo, adonde no llegan de la artillería las balas, pero ni el ruido, y no el que se vió y le vieron todos en el conflicto aventurando la vida por su rey y por su patria. Aunque sea persona real la que gobierna un ejército, no podrá detener su ímpetu si primero no se contiene a sí mismo, ni puede tener severidad en juzgar los soldados si no los quiere tener por jueces de sus acciones, que en la guerra tiene limitadas las licencias la mayor majestad, como dijo Cicerón, grande orador cortesano y político de Roma.

Juraban los soldados antiguos por las espadas y por las armas; era en ellos superstición entendiendo tenían algo de divino. Verdad es que antiguamente se consagraban las armas y se tenían por más dichosas las que se habían teñido más en la sangre enemiga, según Tertuliano. Igualmente fué costumbre en la Iglesia bendecir los Pontífices las armas de los emperadores cuando les coronaban. Así, pues, ¡qué bien pareciera que juraran los soldados de estos tiempos por las armas que ejercen y no blasfemasen el santo nombre de Dios!

Y no se nos pase que entre las diferentes tropas que acudieron al bautismo de San Juan, pueblo común y publica-

nos, llegaron también escuadras de soldados a preguntarle el camino de su salvación. Había en el presidio de Jerusalén soldados de varias naciones, de Tracia, Francia y Alemania, que en compañía de los romanos guardaban a su devoción la ciudad y reino. También había allí españoles, según lo que escribió Flavio Dextro de Cornelio Centurión y que fué natural de Málaga. Bautizóle Santiago cuando vino a España, como lo prueba el padre Roa, de la Compañía de Jesús, en el libro que escribió de las grandezas de Málaga, capítulo IX. A todos daba el santo Precursor doctrina ajustada a su modo de vida, como lo notó San Ambrosio. A las turbas las exhortó a la piedad para que repartiesen de su hacienda con los pobres, y porque había en ellos de todos estados, fué una advertencia general en orden a la piedad con los humildes y que se socorriese la necesidad del mendigo, aunque fuese a costa de la túnica propia, obligación de que nadie está libre. A los publicanos, que recogían el tributo del César, les advirtió no pidiesen por fuerza, robo ni engaño, más derechos de los que estaban constituidos por ley, como quien dice: si no podéis dar a los pobres de vuestros bienes, no robéis los ajenos, pues está establecido lo que se le ha de contribuir al César.

Pero volvamos a los soldados. No condenó el Bautista la milicia ni el ejercicio militar al decir a los soldados que no hiriesen ni calumniasen a nadie; no dijo sino que no hiriesen (entiéndese contra razón y justicia), que no robasen y se contentasen con sus sueldos. Cautelaba en estas palabras el santo lo que de ordinario se experimenta con la soldadesca, ya en los tránsitos, ya en los alojamientos, pues siendo el fin de levantar ejércitos la defensa de la autoridad del Príncipe y la tranquilidad pública, con este fin se honesta la guerra contra el error de algunos que la condeñan absolutamente, sin hacer reparo en que pelearon y anduvieron en las guerras Abrahám, Moisés, Josué, Gedeón y otros muchos santos en ambos Testamentos. No perdió el Centurión por soldado en el Evangelio, ni Cornelio Centu-

rión en los Actos Apostólicos, pues vienen a ser los soldados ministros públicos para defensa de los buenos y venganza de los malos. Sin embargo, las armas que le da el príncipe para defensa de la tranquilidad pública las suelen convertir contra los mismos ciudadanos. Robos, incendios, osadías contra el decoro que se debe al derecho de las gentes, al hospedaje, suelen seguir las milicias, y como se quedan estos desórdenes sin castigo, llegan a persuadirse que es lícito ejecutarlos, y gastando sus sueldos en cosas ilícitas, no solamente no pagan lo que deben, sino sacan con extorsión lo que no se les debe dar.

Gran lugar a este intento es el de Lampridio, que ponderando la severidad de la disciplina militar en el Emperador Aureliano, trae parte de la carta que el Emperador escribió a un tribuno, cabo de un presidio, con nobilísimas palabras. Harto dichoso fuera que aquellas admirables instrucciones se ejecutaran en estos tiempos por los cabos de las compañías, que todo lo talan y consumen contra las órdenes de su Príncipe y en grave daño de las provincias, a las cuales infecta un alojamiento, como si fuera una sangrienta hostilidad, enriqueciéndose con las miserias de los pobres y viviendo viciosamente a costa de sus lágrimas. A este género de gente, pues, da a entender San Juan lo que suelen obrar y qué es lo que han de evitar si quieren huir de la venganza de Dios y hacer frutos dignos de la milicia y dignos de verdadera penitencia.

VII

Los senadores son padres de la patria. La Jurisprudencia obra a todas luces. Redúcese a cuestión política, si es conveniente tengan los Reyes validos y primeros ministros de su Monarquía.

Si ascitus est in Senatorem, fac fructum dignum Senatoria dignitate, dijo aquí el cardenal Cayetano; y es saludable consejo a los ministros públicos, a los senadores y consejeros, que el que lo es, se precie de serlo y haga frutos dignos de la dignidad que ocupa, perseverando en obrar con justicia y no obrando contra las leyes de su profesión. Llamábanse antiguamente los senadores padres de la patria, para que reconociesen que entraban en la dignidad con empeño de tener en lugar de hijos los súbditos a su jurisdicción, y que aunque él trae consigo el título de padre (según lo que el Derecho llama patria potestad) más había de lucir por el cariño que deben tener los padres a los hijos, que por la autoridad del puesto y del oficio.

¡Oh, si acabasen de conocer los consejeros y senadores de los Príncipes las obligaciones con que entran a servirlos cuando toman posesión de sus plazas y que se han de portar en lo político como en lo natural los padres con los hijos: con amor, con agrado, pero con justicia! La raíz del amor natural entre padres e hijos tocó Aristóteles en sus *Éticas*, y explicó discretamente Santo Tomás: Si tratare el consejero al negociante como al hijo, con agrado, con amor, aseguraría tal vez el despacho de su pretensión. Y si en las materias de justicia no se hiciera reparo en la sangre ni en el parentesco, sino que se graduasen conforme a las leyes divinas, de otra suerte anduvieran las cosas en el mundo.

Para la competencia que suele haber entre las leyes de

la carne y sangre con las de Dios, es admirable la doctrina de San Agustín, graduando los derechos que tienen, cerca de los jueces, Dios, los padres y la patria. No debe ser oído el hijo ni el deudo en la pretensión o derechos que se oponen a la recta razón y a las divinas leyes, aunque más grite el esplendor de la familia, ídolo de la gentilidad. No puede negarse lo que confesó el Doctor Angélico, que la unión por la sangre es la primera e inmovible, porque pertenece a la substancia; las demás son como accidentes que sobrevienen con el tiempo. De donde se sigue que la amistad con los parientes, como fundada sobre la sangre, es más firme que las demás. Pero debe el ministro público, cuando se ocurriere el caso, entrar en cuenta cuál pesa más en su aprecio: ser hombre o ser fiel; ser cabeza del linaje o ser público ministro de justicia; si debe más a Dios que a la carne y sangre, y que tal vez conviene sacar un ojo al hijo más querido porque no se falte a la justicia; como de Metelo lo refiere Plutarco y de algunos Pontífices, que llegando a la cumbre de la dignidad, tomando el nombre nuevo, empezaron nueva vida, juzgándose muertos a la carne, sangre y parentesco, como se lee en las historias eclesiásticas. Así se hacen frutos dignos del puesto, loables ejercicios ajustados a la ley de Dios y a la dignidad.

No es fuera de este intento que el consejo o precepto que dió San Juan a los soldados del César o de los Tetrarcas de Judea (porque no presumo llegaron gentiles a este bautismo, y lo siente así el Abulense) le alarguen San Ambrosio y San Agustín a todos los magistrados, seglares y eclesiásticos, pues todos se ciñen con el cingulo de su milicia. Soldado ha de ser el consejero; no es dificultoso de creer que debe ser ejercitado e instruído en armas y letras, el que desde el puesto de la garnacha sale a los aprestos de guerra, a las conducciones militares, como hoy se experimenta; tiene grande latitud la Jurisprudencia; hace a todas manos; es su definición ser conocimiento de lo divino y de lo humano. No hay más que saber: es una mano, por quien

se puede obrar todo, si conviniere se obre todo por una mano.

Punto gravísimo es este en materias políticas, el cual se reduce a las siguientes cuestiones: ¿Conviene que tengan los Príncipes persona a su lado tan de su agrado y satisfacción, que puedan correr y pasar por su dictamen y resolución todos los despachos de la República? ¿Es útil o es pernicioso a la Monarquía este modo de gobierno?

Cosa constante es que los Reyes tienen necesidad de ministros con quienes dividan las penalidades del gobierno. Las historias están llenas de esta verdad, y cuanto mayor es la Monarquía, son más necesarios los asistentes al Príncipe, ya porque él no lo puede comprender todo, ya porque nadie tiene fuerzas para gobernar Imperios por sí solo, como lo escribió Tácito. Pero si entre todos los ministros ha de haber uno por cuya mano y disposición corran todos los despachos, y si esto tiene conveniencia para la persona del rey, es lo primero que se duda. Variamente discurren esta materia los políticos y hacen materia de autoridad en los Reyes que no tengan Valido que sea único intercesor de los vasallos, con la Majestad del Príncipe. Dios (a quien deben imitar todos) no tiene uno solo, sino muchos intercesores que soliciten favores para los desvalidos. Porque si uno sólo es poderoso para gobernar los reinos, ¿por qué no lo será sólo el Príncipe? ¿Por qué no estará pendiente de su cuidado esta obligación? Cede ello en descrédito de la Majestad, pues se presume que o tiene falta de noticias o afecta el ocio; cuando los monarcas, en el grave sentir de uno, han de morir en pie antes que faltar a sus obligaciones. ¿Y no es triste que, por faltar a ellas, se sientan los súbditos gravados por mano ajena y cruel, aun siendo la del Príncipe blanda y generosa?

Uno de los mayores descréditos del príncipe gobernado por un ministro, dueño de todas las materias, es cuando se atropella la igualdad de la justicia, siendo el hacerla con igualdad la primera obligación del príncipe, y si el que tu-

viere a su lado se introduce a ser también dueño de estas materias, como de las de gracia, corre conocido riesgo la Corona, porque la justicia la tiene fija sobre la cabeza del que reina, según doctrina del Espíritu Santo. No puede negarse que los inferiores ministros atalayan siempre los afectos e inclinaciones del que ocupa el primer lugar, y tal vez aunque la ley tiene siempre un mismo semblante y habla por una misma lengua, los jueces, que són sus ejecutores e intérpretes, si atienden al semblante del poderoso, imprimen nuevas formas a las leyes y las varían con interpretaciones viciosas por cumplir con el gusto u orden secreta de su dueño.

No deben los príncipes admitir valimientos semejantes, dando a uno muchas ocupaciones, pues así el pueblo está mal gobernado, siendo forzoso que tenga asistente o ministro cada ocupación, y estando amontonadas todas las honras y títulos honoríficos en uno, pierde el príncipe otros sujetos grandes que se retiran y buscan adonde ocupar sus talentos por no favorecidos o despachados.

También es descomodidad de un gran señor, por favorecido que se vea de la potestad, asistirle en todas fortunas, porque si bien aligera las mayores penalidades la gracia del príncipe en el aprecio humano, a la verdad, no quita el peso de los negocios, y si ellos son muchos y varios, fatigan si no derriban los más fuertes hombros, y si tiene celo (como debe presumirse de un vasallo fiel) de que corran con acierto las cosas de paz y guerra, le da terror lo contingente. No hace poco el piloto, si en medio de una tempestad acude al timón y dispone estén ocupados los demás que entienden el marinaje en la nave de la República, para que salga del riesgo con reputación, especialmente cuando la disposición de las materias puede ejecutarse por otros. No es más flaca la mano porque se divida en dedos, sino más ágil en sus operaciones, como lo enseña la experiencia y lo escribió Plutarco; ni fué menor la primera luz del mundo porque se distribuyó en sol, luna y estrellas, como

lo meditó Teodoreto. Ni es menos reverenciada la grandeza de Dios porque no por un cielo, sino por muchos, influya en los cuerpos sublunares, como observó Santo Tomás, admirado de la divina Providencia que encomendó mover el fuego a la esfera del sol, a la luna mover el agua, a otros mover el aire y la tierra, sin menoscabo de su autoridad y grandeza y conservándose en la superioridad a todo planeta. Hácese odioso a todos el que ocupa el primer lugar de palacio, atribuyéndosele todos los desaciertos del gobierno, y vive con riesgo de mayor caída cuanto es mayor la elevación de su puesto y dignidad, a que se juntan otras descomodidades que no se saben bien si no se experimentan.

Inconvenientes graves en daño de la República meditan los celosos del bien común si los reyes gobiernan todas sus acciones por un solo ministro que en todas materias sea superior a los demás y su mano poderosa y única en los despachos. Las mayores conveniencias del bien público se reducen a la conservación del principado, a la paz pública entre los señores, conservación de las armas, y todas se ponen en riesgo con este modo de gobierno. Abrese puerta para que un ajeno príncipe tenga más fácil la entrada a debelar el reino cuando por sola una mano corre la oposición, y es más fácil de rendirse a la astucia ajena, ya que no sea a la malicia propia. Un hombre solo cuya resolución se tiene por el príncipe, ocasiona ambiciones, aunque sea por malos medios, para que los señores soliciten el agrado de su rey, viendo no es imposible que uno lo sepa granjear. Debilitase la fuerza de las armas, porque el valido, como dueño de los secretos de su rey, sin olvidarse de sus propias conveniencias, puede impedir la guerra, diferirla, hacer o deshacer los ejércitos con su arbitrio, encomendando las armas a quien, aunque sea menos capaz, dependa de su voluntad. Puede también en aborrecimiento del que consiguió las victorias, disminuir las glorias del vencer, reduciendo a fortuna la valentía, y así como estando a las re-

glas de la medicina es dañoso al cuerpo humano que haya en él humor predominante, aunque sea la sangre, que es el más generoso, así en el cuerpo de la República, aunque el primer ministro sea de mayores partes y la mejor sangre de la monarquía, se juzga por peligroso al rey y al reino, por lo predominante, de que se infieren poco gustosas consecuencias. Que el que ama a uno con exceso quita el amor de otros sujetos de su naturaleza amables, y se pone en riesgo de no ser muy amado y de corazón el que no repara que se puede hacer odioso a muchos por mostrar a uno excesos de su agrado. Y la naturaleza enseña que conforme las capacidades e inclinaciones se deben acomodar los oficios, pues por vía de buen gobierno, aunque el sol es primer planeta y padre de la luz, puede también quemar como lucir.

Confirma todo lo dicho lo que discurrió Juan Casio en sus Políticas: No puede un hombre, por sabio y poderoso que sea, representar en el teatro del reino juntamente a Eneas y Héctor, Catón y Cipión, unos sabios en la paz, otros valientes en la guerra. Y concluye: Si de su naturaleza se oponen las togas y las lanzas, la paz y la guerra, ¿cómo se pueden unir? Dificultoso es que se unan en la capacidad de un hombre tantas cosas contrarias.

Sin embargo, contra la experiencia de lo que se ha visto y leído de muchos Validos de príncipes, no hay argumento fuerte, y puede ser se halle para primer ministro de un príncipe persona de tantas partes y de intención tan recta, tan amado del príncipe, tan estimado de los señores, tan aplaudido del pueblo por su agrado, que sea conveniente al rey y al reino que corran por su mano los despachos; porque no siendo muy tratable la Majestad (por lo que desdice con la llaneza la soberanía) es fuerza haya mediador, porque no se queje la República, como decía Absalón: que no tenía el rey en su palacio ministro que recibiese un memorial ni que oyese los negociantes. Y fué uno de los motivos de la sedición contra David cuando no era dudable tenía sus

Consejos y Tribunales de Justicia, como lo asegura el Abulense.

Esta materia, como otras muchas, discurre altamente el ilustrísimo señor don Juan de Palafox y Mendoza, obispo de la Puebla de los Angeles, en su Historia Real y Sagrada.



donados y repuestos de las cosas que se asignan al año.

Esta materia como otras muchas, descansa al presente en el
señor de la casa de Palau y Alenda, obispo
de la diócesis de los Angeles, en su Historia Real y Sa-
rada.





MEDITACIÓN XXI

I

Gran médico el Bautista, aplicó los remedios según eran las enfermedades. Los ministros de justicia son médicos de los vicios. Prescribese el método de su curación. Fuera de Dios, todo es dolor y penoso achaque.



El pueblo judaico, gravado con diferentes achaques (todos molestos por repetidos, y de su naturaleza peligrosos, no menos que de caer en el indisoluble lazo de la eterna muerte) salió a curar como médico celestial el sacro Precursor, voz del Verbo. Aplicó a diversas enfermedades diferentes remedios con su predicación, penitencia y bautismo: fe a los saduceos, que negaban la inmortalidad del alma; pobreza, humildad y sinceridad, a los fariseos, hipócritas, soberbios y avaros; al pueblo común la cercanía del reino de Dios, y a los soldados, modestia, tolerancia y que, contentos con sus sueldos, se abstuviesen de robos y latrocinios.

Es el mundo un hospital general, adonde se hallan enfermos de todos achaques, y cada uno ha menester singular y ajustado remedio. Es como la piscina de Jerusalén,

con más enfermos que puertas ni portales, aunque tenía muchos, y allí arrojada gran multitud de enfermos, ciegos, cojos, tullidos, mancos, esperando para recobrar salud al movimiento del agua con la venida del ángel. Angel se llama el Bautista por Malaquías, y vino a mover el agua de su bautismo, aunque no quitó los pecados (achagues mortales del alma), porque su venida fué por agua sólo, como él mismo lo dijo. Lo demás estaba reservado para la venida del Señor, que había de embarcarse en agua y salir por sangre, como dijo el Evangelista San Juan. Y así no daba gracia aquel bautismo porque era en agua sola y estaba reservada la santificación del alma al juntarse la sangre y el agua. En cuyo símbolo, echando la llave al misterio, salieron por la rotura del costado juntos, pero distintos e impermixtos, los dos licores, agua y sangre, que aún retenía el cadáver, como dos bautismos, para la purificación del alma.

Diferentes remedios (disponiendo el mayor, o, por mejor decir, el eficaz) aplicaba San Juan a los enfermos de su pueblo, porque en reglas de medicina y aun de buena política, como son muchos los achagues del cuerpo y de la República deben ser muchos los remedios para recobrar la salud. Tocó este punto con erudición Séneca, a quien siguió después Casiodoro. Ambos merecen que se atiendan con cuidado sus palabras, que son instrucciones y reglas de buen gobierno. Veo (dice el gran cordobés) lleno el mundo de achagues, de vicios, y a mí me han puesto como por médico de una ciudad enferma, y es obligación de mi oficio buscar medicina para cada una de las enfermedades; aplíquese, al que obra libremente y sin modestia, la vergüenza por remedio de su achaque; el destierro, al que inquieta la República; tormento al delincuente; cuchillo al homicida. Y para la ejecución del castigo vestiréme la toga del magistrado, que en el color o en la postura, o en ella misma vaya escrita la sentencia de los delitos; citaré los que han de asistir; iré al Tribunal, no furioso ni molesto, sino con el rostro de la ley, que no se apasiona, y pronunciaré solem-

nes palabras con severidad, pero sin venganza, y esperaré a que el verdugo me inste a que pronuncie, no airado, pero severo. Grave decir. Lecciones da Séneca a los magistrados temporales, cómo se deben portar en el castigo de los delitos, pues no todos tienen igual pena; la ley la prescribe conforme a la calidad de la culpa.

En este mismo pensamiento estuvo Casiodoro cuando dijo: Como no es una sola en los hombres la causa de la enfermedad, no es una la de recobrar salud. Repárase el flaco con el alimento; otro necesita de la abstinencia; una enfermedad pide baños regalados, otra pide fuego, en que se da lección a los magistrados, en quienes no han de ser estampas las resoluciones que pide el gobierno, sino ajustadas a la ocasión y al tiempo y a los sujetos de su cargo y dirección. Los ánimos feroces necesitan de rigor; los malos, de apacible consejo; al caviloso se le han de aplicar con cautela los medicamentos, y al sencillo, con toda blandura, echando siempre el juicio, parte a la tolerancia y parte al honor del que delinquiró, pues ninguno hay tan sano que no tenga algún achaque ni de costumbres tan depravadas que no deje algún resquicio al crédito y alabanza, como lo ponderó Aulo Gelio. A esta traza el Bautista aplicaba remedios a los achaques de diferentes estados, deseando prepararle a Cristo un pueblo perfecto en la disposición y que con su venida llegase a tenerla.

De aquí se entenderán las palabras de San Mateo, que haciendo mención de cómo Jerusalén y todo el reino de Judea se iban tras el Bautista, dice que los bautizaba en el Jordán, confesando ellos sus pecados. Confesaban lo primero, que eran pecadores, y protestaban apartarse de los pecados. Y San Juan les amonestaba a que hiciesen penitencia y los bautizaba, no porque el bautismo de San Juan pudiese quitar los pecados, sino que por aquel medio los disponía para recibir al Mesías, en señal de que así como el agua quita las manchas del cuerpo, así la verdadera penitencia había de purificarles lo interior del espíritu, favor que ha-

bía de venir del cielo y por medio de Cristo; que la mayor santidad, puramente terrena, no podía ministrar para la renovación del alma, sino, cuando mucho, un poco de agua; que el fuego, el espíritu, el calor, la vida, todo se ha de comunicar del cielo, y son dones y dádivas que bajan del Padre de las lumbres y por el inmediato conducto de su Hijo natural.

Esta es la razón por qué en la Sagrada Escritura y en doctrina de los Padres de la Iglesia, los clamores de los necesitados de remedios espirituales y aun de los temporales se encaminan al cielo y se dirigen a Dios como autor de todos estos bienes. *Clamemus in cœlum*, dijo en un aprieto grande a los suyos el gran capitán Judas Macabeo, pareciéndole que de allí habían de venir las victorias de sus enemigos a medida de la confianza que tenían puesta en Dios. Así lo ponderó Josefo, y ello ha corrido así en todos los siglos. La fe de Moisés, sin otras armas, anegó a Faraón y a su ejército en el mar Bermejo. Y aun, entre los gentiles, como se ve en Tito Livio, se aseguraban de salir vencedores sólo con hacer memoria y representación al cielo del nombre de Roma y las hazañas de los mayores, y cuando Cornelio Dictador peleaba con los bolseos, inflamaba el ánimo de sus soldados con la memoria de que los dioses eran propicios al ejército romano, y que habían enviado a la vista de los combatientes las aves, que, en su vana superstición, eran símbolo de la felicidad y victoria.

Pero veamos: ¿cómo han de ser las voces de los hijos de la Iglesia cuando se hallaren en apretados trances que obliguen a levantar el grito? Grave y dulcemente lo enseña el Padre San Bernardo: Comodidad (sobre ser interés grande) es clamar al cielo y encaminar allí y no a otra parte el remedio de la necesidad, porque todo lo que no es el cielo es trabajo, dolor, vanidad y aflicción del espíritu. Pruébase llanamente por lo que pasa en el hombre, interior y exteriormente: en el interior, el corazón seco, olvidado de sí, como si estuviera muerto; en el exterior, el cuerpo corrup-

tible agrava el alma. La habitación en el mundo causa muchos desconsuelos: así es forzoso levantarse el hombre sobre sí mismo, dirigir al cielo el corazón, voces, deseos, trato, intención, para que de las manos divinas bajen el socorro y la protección. De las manos del mayor de los nacidos no se puede esperar sino agua pura; Dios ha de comunicar el espíritu e infundir sobre las disposiciones de penitencia la forma de la justificación.

II

El Príncipe Cristo se empezó a manifestar haciendo beneficios. Ofende mucho a Dios el rigor de los Principes terrenos. La vida de Cristo fué ajustada a todos estados.

Ya sale de su retiro el Príncipe Escondido, Cristo Señor nuestro; ya había salido otras veces (como arriba queda advertido) para observar los preceptos de la ley pareciendo a la presencia de su Padre en el templo jerosolimitano. Es indudable que, cuando Cristo entraba en el templo, autorizaría a los sacerdotes y ministros de Dios y con modo peregrino les causaría consuelos interiores y los corroboraría en la fe del Mesías prometido; pero no quiso predicar en público, como lo hizo después, siendo observante literal de lo dispuesto por la providencia divina, y ser en cuya persona obras y palabras se habían de cumplir hasta el último ápice todos los oráculos y testimonios de los profetas, conforme lo pedían la edad, la ocasión y el tiempo.

Pero examinemos ahora el texto de San Mateo: *Tunc venit Jesus a Galilaea in Jordanem ad Joannem, ut baptizaretur ab eo*. Todas las palabras del Evangelista tienen misterio. *Tunc*, entonces: después que el Bautista había puesto temor y pasmo a sus oyentes con la venida del Mesías, diciendo que era fuerte y valeroso (*qui autem post me ventu-*

rus est, fortior me est); que estaba ya la segur a la raíz del árbol para cortarle por el pie; que tenía en su mano el instrumento terrible de su justicia, que divide los réprobos de los predestinados, según la metáfora del labrador que aparta la paja del trigo, éste para el granero y aquella para el fuego inextinguible. ¡Quién creyera que apareciéndose este Señor entre las tropas que venían a pedir el bautismo de San Juan, no saliera echando rayos y arrojando centellas en testificación del testimonio que había dado de su persona el Precursor santo! Así es, pero tiene Dios tiempos que distinguiéndolos nuestro discurso, o por mejor decir, nuestra fe, se ajusta todo lo que predijeron de Cristo los profetas. Pero *tunc*, entonces, cuando Cristo se empieza a manifestar, no sólo no muestra acedia y enojo, sino que viene haciendo profundos actos de humildad en apariencia de pecador. Entra, pues, el Príncipe entre las tropas que dentro de pocos días le han de adorar por Dios, no ostentando majestad ni soberanía, con que empezó a introducir quién era con admirables rasgos de divinidad.

Parecíale a Plutarco que se ofende Dios mucho de los príncipes terrenos, que en manifestación de que lo son, arrojan del cielo de su soberanía truenos, rayos y fierezas para poner miedo a los vasallos, y que se alegra mucho de los que templando lo inaccesible del trono, procuran imitar a Dios y serle semejantes en saber moderar el Imperio, y como agradecido a los que se precian de seguir sus pasos, les reparte liberal las cualidades de que para su conservación necesita una corona, que son: equidad, justicia, verdad y mansedumbre. No dió otras señas el Rey profeta de los felices progresos del Príncipe Cristo en el gobierno de su reino.

Muchas veces tienen sucesos infelices los reyes, porque degenerando de lo apacible y generoso de la sangre, se inclinan a la crueldad y tal vez a la tiranía y suelen tener el castigo en esta vida y en la otra. Verdad que entre sus fábulas la llegó a ver el Mantuano:

*Vidi et crudelis dantem Salmonea pœnas,
Dum flammæ Jovis et sonitus imitatur Olympi.*

Toda potestad absoluta y despótica tiene poco de civil, mucho de bárbara y es intensísima a la dignidad de la naturaleza humana y a la libertad del Evangelio. Y no aconsejan bien los que, aunque la rechacen en conciencia, la aconsejan, pues viene a ser destrucción de las monarquías.

¡Qué apacible, qué ajustada a todos estados fué la vida de Cristo! Pues aunque (como arriba queda advertido) fué el primer padre y fundador de las religiones, no eligió ese modo de vida en aquella parte que incluye separación y abstracción de la vida común; y así, aunque florecían en aquel tiempo en Palestina los Sesenos y los Fariseos, que con su nombre predicaban la separación de los demás, no eligió ese instituto, sino el de la vida común (aunque más divina) y el trato familiar, y se puso en medio del rebaño de su Iglesia como una piedra de sal, a quien pudiesen llegar a lamer todas las ovejas, para conservar la salud o adquirirla.

Dejó al Bautista lo retirado de la vida monástica y tomó para sí, para salvar pecadores y publicanos, asistir en sus convites y sentarse a su mesa. Tal vez ocupó el yermo, los montes, y cual pájaro solitario o paloma que gime, se entra entre las malezas y peñas de los desiertos, admitiendo en sí estos dos modos de vida: soledad y trato, que distan más que el cielo y la tierra, dándoles lugar, como lo pedía la ocasión y el tiempo, en su ardiente caridad. Punto que, aunque tan alto, le alcanzó Séneca cuando dijo: La tranquilidad del ánimo pide alternativa entre la soledad y la frecuencia; la primera produce un admirable efecto, y es dejarse desear y excitar ardiente deseo en los hombres. Esto consigue el que se retira. La frecuencia obra el deseo de nosotros mismos, que nos olvidamos de nuestra vida y comodidad, por atender a la ajena. Es conveniente reducir

a medios útiles estos extremos y que sane la soledad el aborrecimiento de lo populoso, y el tumulto popular el tedio de la vida solitaria, haciendo a todas luces, como lo pidieren las ocasiones y los tiempos.

Así se hacen amables los Príncipes, y tal vez se asegura más (como el árbol en sus profundas raíces y el edificio en sus ocultas zanjás) la duración del estado, cuando se hace menos ostentación de la soberanía que induce.

Cristo disimula quién es, y cuando acaba de decir el Evangelista la grandeza de su Imperio, y que es juez de vivos y muertos, se introduce entre la gente común como si fuera uno de ellos y llega a que le bautice su Precursor. Que como tan atento a lo que pedía el vario gusto de los hombres, y más a lo que necesitaban, obró lo que pedía su edad en todos estados y tiempos. Pero siempre despidió este Sol divino esplendores y luces que le diesen a conocer. Con misterio grande se llama en los Cantares aceite derramado. Nació Cristo en Belén, huyó a Egipto, volvió a Nazareth, subió al templo, volvióse a su retiro, llegó a bautizarse, salió al desierto, al mar, a Tiro, a Sidón, Judea, Jericó, Betphage, Betania, Jerusalén, al monte de las Olivas, a Getsemaní, a la casa de Caifás, al Pretorio, al monte Calvario, al Sepulcro y a los abismos, y en todas partes dió y dejó olor de divinidad, como suele al vaso el ungüento que recibió en sí.

III

Cristo se acercó al bautismo de San Juan, habiendo entrado en los treinta años. Fué muy a propósito la edad y el lugar, por ser el Jordán río misterioso y venerado en la antigüedad.

Salió Cristo de Galilea y caminó a Bethania, parte oriental del Jordán, a recibir el bautismo de mano de su Precursor. Acción que, por singular, ha dado mucho que discurrir a los Padres de la Iglesia, siendo como es constante, que Cristo no necesitaba de bautismo ni le corría obligación alguna de introducirse entre los demás del pueblo a bañarse en las aguas del Jordán; pero como aquel bautismo solamente fué instituido para que sirviese a la manifestación del Hijo de Dios, fué conveniente que se hallase el Príncipe Escondido a la acción que le había de manifestar, según lo que estaba profetizado por Ezequiel, que el Mesías había de derramar una agua limpia sobre todos los hombres, para que se purificasen.

Precedieron en el Testamento antiguo figuras prodigiosas del bautismo, como se había profetizado Cristo en figura de Cordero y su Cruz. Al hijo de Agar, que estaba ya casi luchando con la muerte, le dió la vida el agua de un pozo, que le trajo el ángel. Las bodas de Isaac y Rebeca se aseguraron junto a un pozo, en símbolo de las que celebró Cristo con su Iglesia por el bautismo. Reñidos pleitos tuvo Isaac con los idólatras, que le cegaban los pozos, de cuyas aguas (símbolo del bautismo) se habían de coger victoriosamente frutos admirables; y en esta consecuencia granjeó cariños de Raquel el Jacob misterioso, que levantando la piedra que cubría la fuente o el pozo, dió refresco a sus ovejas. En agua se pusieron las varas para que quedase rico Jacob y Labán pobre, entregado a las feas manchas de sus

supersticiones. Del agua salió vivo Moisés. Por ella pasó el pueblo el mar Bermejo, atravesó el Jordán y en ella, en símbolo de Cristo, obraron raros prodigios Elías y Eliseo. Y como el bautismo de San Juan excitaba ya el bautismo de Cristo, fué bien que se entendiese estaba ya muy cerca, como lo notó con elegancia San Cipriano.

Hizo Cristo en esta ocasión su misma causa, porque para que el testimonio que dió de su persona y cualidades el Bautista, fuese firme y seguro, era necesario hiciese estimación de la persona y le conciliase mayor autoridad. Y si cuando el Bautista estaba ejerciendo su bautismo, no se hallara Cristo en él, pareciera menosprecio y dar a entender que no eran disposiciones divinas, pues no las autorizaba el Hijo natural de Dios, con que perdiera San Juan mucho de su autoridad. Otras muchas razones y causas de este bautismo de Cristo meditaron los padres de la Iglesia, que resumió Santo Tomás.

Las circunstancias de este bautismo no son para pasarse en silencio, el tiempo, el lugar, la edad, los prodigios, las señales del cielo, la venida de la Paloma, la voz del Padre, porque todas conducen a la verdad del misterio, a la grandeza y autoridad de nuestro Príncipe. Acerca del día y mes en que Cristo fué bautizado, escriben variamente los autores eclesiásticos. Que fuese el sexto día del mes de Enero, es lo más corriente según se presume en la Iglesia y que ese día fué la adoración de los Reyes Magos.

Corría el año quinto, décimo del imperio de Tiberio César, cuando Cristo salió de Nazareth de Galilea para hallarse en el bautismo. No fué de los primeros ni de los últimos, y siendo así que el bautismo de San Juan no duró sino un año (como se colige claramente de la historia Evangélica y del tiempo en que murió), es, al parecer, indubitante que el bautismo de Cristo fué a los quince años del imperio o poco después de cumplidos. En cuanto a la edad, es de fe que Cristo fué bautizado cerca del año trigésimo de su edad, porque así lo afirma San Lucas. Y aunque son

varias las exposiciones de estas palabras en los doctores antiguos y modernos, a todas prefiero la del Angélico Doctor Santo Tomás, que afirma había cumplido ya Cristo los veintinueve años y entrado en los treinta, doctrina que la tomó de San Jerónimo. Igual certidumbre se asegura por todas las historias y cronologías.

De esta edad se bautizó Cristo. Fué la más a propósito para su ministerio, conforme a lo que en el libro de los Números se dice: que los sacerdotes ministraban al templo desde los treinta años, edad madura en la virtud y apta para enseñanza, especialmente en Cristo, que no necesitaba del bautismo. Agudamente satisfizo San Gregorio Nazianceno a un feligrés suyo a quien persuadía que se bautizase. Este se defendía con decir que Cristo se había bautizado de treinta años. Si Cristo no se bautizó hasta tener treinta años, y siendo Dios, ¿por qué me obligas a mí a recibir el bautismo antes de esta edad? Con tu respuesta (dice el santo) llamando Dios a Cristo, diste salida a la dificultad. Porque siendo Dios, era la misma pureza, no necesitaba de bautismos ni lavatorios, como los hombres; no tenía peligro aunque le prorrogase, recibióle cuando se quiso manifestar, y esto fué a los treinta años cuando lo juzgó conveniente.

Bautizóse Cristo en el Jordán. Parece que no debiera celebrarse allí su bautismo, sino en el mar Bermejo, para que se correspondiesen entre sí la verdad y la figura, y la del bautismo se delineó en el tránsito de aquel mar adonde fueron bautizados todos los hebreos, como dijo el Apóstol en la primera que escribió a los de Corinto: *Patres nostri omnes sub nube fuerunt, et omnes mare transierunt; et omnes in Moyse baptizati sunt in nube, et in mari.* ¡Singulares favores! Toldo de nube contra las inclemencias del sol, columna de luz sobre los horrores de la noche, comida de regalo, agua de piedra, mar sin bajeles, navegable, allí se bautizaron en Moisés, en nube y en mar. A la letra (según Santo Tomás), Moisés, el mar y la noche, hicieron sombra a nuestro bautismo, de quien fue-

ron figura el mar del agua, la nube del Espíritu Santo (como dijo también Damasceno) y dijera yo, que Moisés fué sombra del ministro. Pero si miramos bien el rigor de la palabra *baptizati*, que suena haber quedado limpios y purificados aquellos padres antiguos en el tránsito del mar Bermejo, pone espuelas al entendimiento para que inquiera de qué se purificaron y cómo.

Tocó agudamente este punto el cardenal Cayetano. Vióse el pueblo hebreo en la orilla del mar acosado del egipcio, temió dar en sus manos, desconfió que las divinas le pondrían a paz y a salvo de la otra parte del mar, anegados sus enemigos; ¿y qué hace Dios? Pone en Moisés su espíritu valiente para que le anime; levanta una nube que, haciéndoles toldo, les significase el amparo; hace que el mar, olvidado de sus profundidades, les haga muro y deje el paso libre. Anega a Faraón y a su ejército en las soberbias, encrespadas y reunidas olas del mar Rojo, y a la presencia de tan raros prodigios quedaron los hebreos purificados de la culpa, de la desconfianza de la divina protección.

Pero no sé si para efecto tan admirable fué causa única la atención a los prodigios, o si ayudó la que apuntó Teodoreto, y es que, como oyó al apóstol por una parte bautismo y lavatorio: *Omnes baptizati sunt in nube et in mari*, y por otra consta del texto que no les tocó gota de agua del mar, sino que pasaron a pie enjuto de una a otra ribera, más pareció el bautismo de polvo que de agua. *Nam populus Israeliti eus, pulvere potius aspersus, quam aqua pertransiit illud*. Al pasar las tropas el mar, levantaban polvaredas grandes en sus profundos senos: pasaran todos cubiertos de polvo (celestial recuerdo de su ser miserable), si no les hiciera lado Dios para pasar milagrosamente, y ese polvo, que al parecer les manchaba, era un baño celestial y espiritual lavatorio con que pudieron quedar purificados de la culpa de desconfiar de Dios y de fiar de sí, que a quien sale de Egipto y desea entrar en la tierra prometida, el bautismo, de que es polvo, le ha de abrir la puerta.

Sin embargo, fué conveniente que Cristo fuese bautizado en el Jordán, y aunque a la verdad de la letra no importaba más un lugar que otro, sino que le bautizase San Juan, pero atendiendo al espíritu, tuvo mucha conveniencia que fuese en el Jordán, por haber sido este río por quien pasaran los israelitas a la tierra de promisión y ser muy propio del bautizo de Cristo introducir al reino de Dios, significado en la tierra de promisión, según aquello de San Juan: *Nisi quis renatus fuerit ex aqua, et Spiritu Sancto, non potest introire in Regnum Dei*. Y en este símbolo, cuando fué arrebatado Elías en el carro de fuego, dividió las aguas del Jordán, porque a los que pasan por las aguas del bautismo está patente la entrada en el cielo por el fuego del Espíritu Santo. No se puede negar que el tránsito del pueblo por el mar Bermejo no fuese símbolo del bautismo por aquella parte que en él se ahogan los pecados, como se anegaron los egipcios. Sale de aquí el hombre puro como salieron los hebreos, ahogada en las aguas la servidumbre del demonio; pero como el paso del Jordán abrió la puerta al pueblo para la tierra de promisión, y el principal efecto del bautismo es abrir la puerta del reino de Dios, fué más conveniente se significase en el bautismo de Cristo, y que éste fuese no en el mar Bermejo, sino en el Jordán, adonde retrocediendo las aguas, aseguraron que bautizado Cristo, los pecados, que siempre acompañan a los hombres y suelen ir delante por aumentos continuos, habían de retroceder; prodigio que se ajusta bien al Jordán, según aquello del Salmista: *Jordanis conversus est retrorsum*.

IV

El bautismo de la Iglesia tuvo su principio en las fuentes del Salvador. Instituyóle Cristo en el Jordán, adonde llegó disimulado y sin ostentación. El varón justo huye de los testigos de su gloria.

Joannes autem prohibebat eum, dicens: Ego a te debeo baptizari, et tu venis ad me? Introdujo hasta aquí el Evangelista a San Juan, ministro de su bautismo, y que le ejercía en las riberas del Jordán, y ahora introduce a Cristo, que viene a ser bautizado. Vino al siervo el Señor, el Criador a la criatura, a dar virtud a las aguas para que fuesen materia de la generación espiritual; no porque el contacto de la carne de Cristo pusiese en las aguas alguna virtud real por la cual pudiesen obrar en el bautismo, sino que las hizo materia apta para nuestro bautismo, no dándolas alguna cualidad que quedase en ellas ni desterrando alguna que repugnase al efecto pretendido por el bautismo, pero determinó que el agua fuese materia propia, porque la eligió para eso, bautizándose en ella. Y según la profecía de Isaías, las aguas del bautismo se habían de sacar de las fuentes del Salvador.

Aquí fué instituido por Cristo el sacramento del bautismo, como lo enseñan los Padres y Doctores. Y en este sentido se dice que Cristo santificó las aguas y las purificó para que fuesen materia apta para el bautismo. Todas las obras de Cristo fueron de grande merecimiento y utilidad para los hombres. Es el árbol misterioso plantado junto a las corrientes de las aguas de la divina naturaleza, en quien aun las hojas eran útiles para dar salud, y por eso se dijo que estaba siempre verde, sin que se le cayese inútilmente una hoja.

Es singular en esta materia la doctrina de San Juan Da-

mascono: que Cristo instituyó el sacramento del bautismo antes que le bautizase San Juan y que fué bautizado con el mismo bautismo que hoy tiene la Iglesia. Lo cierto es que el bautismo que recibió Cristo fué de sola agua, como el que recibían los demás, y que en esa ocasión, bautizado Cristo, instituyó el sacramento del bautismo; porque aunque fuese conveniente que Cristo se recibiese a sí mismo sacramentado, por ser la Eucaristía señal y causa de la más perfecta unión, no tenía conveniencia recibiese el bautismo, según que es sacramento, como no admitió el de la confirmación ni unción extrema, sacramentos instituidos para suplir algún defecto, si bien tuvo su causa y razón para guardar los de la ley antigua, sus ritos y ceremonias, especialmente la circuncisión, porque viviendo entre los judíos no pareciese transgresor de la ley y que venía a destruirla; pero no fué ajustado que guardase aquellos preceptos y se aplicase los remedios que instituyó para los pecadores, y así es constante que su bautismo fué en sola agua y que en esa ocasión instituyó el nuestro de agua y Espíritu Santo.

Digna es de reparo la competencia entre San Juan y Cristo sobre cuál había de ser bautizado del otro. No me admiro del Bautista, que conociendo quién era Cristo (como se supone), hiciese muchas muestras de rendimiento. La modestia de Cristo pasma, que aun cuando sale a la ocasión en que ha de de ser conocido por Hijo de su Padre, venga con tal disimulo que se postre a los pies de un hombre. Y notadas las circunstancias de dejarse bautizar y que le venciese en esta competencia el Bautista y le bautizase, más parece que vino a no ser conocido. ¡Oh, retiros de Dios! ¡Oh, humildad profunda del Hijo natural! ¡Qué bien argüís y confundís la vana ostentación de la soberbia humana! ¡Qué gustosa hace la rueda de su jactancia ante los ojos humanos la vanidad del siglo! ¡Cómo busca todos los caminos con que a ellos se haga más venerable! Que me vean, que me estimen, que me reverencien, son voces que resuenan muy altas en la música de los hombres. Dios va

por otro camino; Cristo eligió el de la modestia, enemiga de toda ostentación. Transfiguróse este Señor en la cumbre de un monte, y aunque pudiera hacer esta demostración a vista del pueblo todo, en el concurso de alguna grande festividad, donde hubiera millones de testigos a quienes dejara deslumbrados su resplandor, atemorizados a la voz del Padre y rendidos a su adoración, no lo dispuso así, sino escogió tres solos, y esos los más amigos, con quienes parece tenía menos que acreditarse, pues ya le conocían; y Pedro, poco antes, en presencia de todos, le había confesado por Hijo de Dios vivo. Consultó este caso con su modestia, disimulando la majestad. Y aún me parece le dieran más pena los testigos de su gloria que los de su afrenta; y así, para padecer, se esperó fiesta y concurso y se escogió un lugar tan público y frecuente como Jerusalén en la Pascua; mas para transfigurarse, la soledad, tres amigos, y a esos encargado el secreto. *Visionem quam vidistis, nemini dixeritis.*

Parece que en esta ocasión y en otras luchaban en Jesucristo la obligación y la condición: haberse de dar a conocer así al Bautista como a otros; hablar en abono suyo, haciendo demostración de quién era y tener por otra parte condición ajena de ostentarse. ¡Oh, si luchasen en los hombres estas cosas opuestas y encontradas! Razón sería que se viese en el más grave, en el más señor, que las demostraciones que hace de su gravedad en su trato, son más obligación y fuerza del estado que efectos de vana presunción.

¡Cómo se enfadó Dios con el Santo Ezequías de que hiciese ostentación y alarde de su riqueza a los embajadores de Babilonia! Vinieron a darle el parabién de su salud y a traerle un regalo de parte de su rey; alegróse infinito con la embajada, y dice el Espíritu Santo que hizo ostentación a los embajadores, de los aromas, oro, plata, vasos preciosos y de todo el tesoro que tenía. Llamó Dios a Isaías para que le notificase al rey de parte suya el castigo de su vanagloria y que le amenazase que todas aquellas riquezas habían de ir a parar a Babilonia, y que en pena de su so-

herbia, personas de su linaje habían de ser criados de los bárbaros reyes de aquella corona. Tan aborrecible es a los ojos de Dios la vana ostentación, especialmente en los que ocupan plazas de siervos suyos.

Concluyamos con un ejemplo contrario del santísimo Elías, hombrazo de hecho, varón perfecto. Quiso Dios honrarle, cuando hubo de sacarle de este mundo, enviando un coche suyo por él. Gran favor. Coche de Dios: *Currus igneus, et equi ignei*. Todo de fuego, la fábrica y los caballos. Había de ser arrebatado por el aire, cual ningún otro hijo de Adán se vió. Él, que lo sabía, en vez de convidar gente, andaba solícito en esconderse y que no le viese ni aun su discípulo Eliseo. Parece que le quiso engañar diciéndole que iba a Bethel; pero Eliseo no le quiso dejar; fuese con él, y en llegando allá, que era público como Dios le quería llevar, que así se lo dijeron los hijos de los profetas, parte Elías huyendo de allí a Jericó, diciéndole a Eliseo que se quedase; no lo hizo. De allí partió al Jordán, allí halló cincuenta profetas, que lo sabían ya. No podía sosegar el profeta santísimo ni la modestia suya podía sufrir tantos testigos de su gloria. Rompe milagrosamente el río, y él a su Imperio retira obediente su raudal y dale paso enjuto, y de la otra parte se despide de él, y fué arrebatado al cielo en un torbellino: *Per turbinem in celo*.

¡Qué confusión dejó con su ejemplo a nuestra vanidad; al gusto loco, que tienen los hombres de ser vistos, de lucir y hacer ostentación en el mundo, que los miren y estimen todos, como a nobles, como a poderosos, como a ricos, como a sabios y aun como a santos, y muchos se han contentado con parecerlo!

Cristo huye, siendo quien es, de toda ostentación y viniendo en cortesías a su Precursor (si bien conoció que era justo que él fuese el bautizado, como lo observó el Abulense), se dejó bautizar de él a lo disimulado. Y el Bautista estuvo lleno de pavor, miedo y reverencia, como lo pondera San Bernardo. ¿Temió? ¿Qué maravilla temiese un hombre

puro tocar la parte más eminente de Cristo, cuya cabeza es Dios, a quien adoran los ángeles, reverencian las potestades, temen los principados?

Mas no se pudo Cristo encubrir a vista de muchos prodigios, como veremos en la siguiente meditación.





MEDITACION XXII

I

Al salir del Jordán Cristo se puso en oración. Abriéronse los cielos, que a la oración no hay puerta cerrada. El aparato de esplendores y luces celestiales, publicaron a Cristo Redentor y río de luz que nace de la fuente del Padre.



BAUTIZÓSE Cristo, y en saliendo del río (según el texto de San Lucas) se puso en oración empezando por súplicas y veneración al Padre, del oficio de Redentor, y disponiéndose (a nuestro modo de entender) para recibir favores celestiales y enseñar en la Iglesia, que para que tengan feliz suceso han de tener su principio en la oración, arma fuerte contra todos los impedimentos que pone el mundo a la vida espiritual. *Jesu baptizato, et orante, apertum est coelum*, dijo el Evangelista.

La serie de las obras del Redentor y Maestro tuvo principio del bautismo de San Juan y paró en la Ascensión del Señor, como lo dijo San Pedro en el primer Concilio de la Iglesia. Porque aunque obró Cristo muchas cosas antes de su bautismo, no las escribieron los Evangelistas, sino fué lo

que obró en el templo siendo de edad de doce años, materia muchas veces repetida en estos discursos.

Oró, pues, Cristo Señor nuestro, y presumo que siempre estaba en oración y daba enseñanza de lo que después aconsejó el Apóstol a los fieles de Tesalónica: *Sine intermissione orate*. Y lo que después escribió San Lucas: *Oportet semper orare, et nunquam deficere*. Cosa que le hizo mucha dificultad al Angélico Doctor Santo Tomás. ¿Cómo puede orar un hombre sin intermisión y de manera que esté siempre orando? De tres maneras, responde el Santo: Aquél ora siempre que no pierde las horas dedicadas a la oración por devoción o por oficio. Lo segundo, como la oración es petición que se hace a Dios de las cosas decentes, siempre ora el que siempre las desea y las pone en ejecución en bien suyo y de sus prójimos. Y lo tercero, porque obrando en beneficio de algún necesitado, la obra se convierte en oración, porque es estímulo para que ore el que la recibe. Y el efecto de la oración, sea propia o sea ajena, se conoce en los intereses que se le siguen al que ora sin intermisión, como lo pondera Kempis en el Huertecillo de Rosas, explicando las palabras del Apóstol.

Reparo de todas desdichas (si se considera) es la oración; arma fuerte que desarma la mayor valentía de nuestros enemigos; y siendo tantas las tribulaciones, los engaños, las guerras exteriores y domésticas, que apenas hay día sin susto ni hora sin horror de muerte, debe ser muy continua la oración para que, armado el fiel por todas partes, solicite la corona con la pelea, y cuando no pueda con voces, ore con espíritu, deseo y piadosa intención, medio único para conseguir celestiales favores y asistencias de Dios, como lo experimentará el hijo adoptivo en los que recibió el Hijo natural de Dios.

Apenas se puso Cristo en oración, recién bautizado en el Jordán, cuando experimentó buen logro de ella. Abrieron-sele los cielos, bajó el Espíritu Santo en figura de paloma sobre su cabeza y oyóse la voz del Padre en que le llamó y

aclamó por Hijo suyo. Abriéronse los cielos en el bautismo de Cristo para que, a cielo roto, no ya con mendigueces, se fuese manifestando quién era Cristo. No presumo hubo especial milagro en dividirse el cielo, siendo forzoso en un cuerpo incorruptible, sino que lo pareció así a los que se hallaron presentes, manifestación bastante para representar y persuadir la eficacia de nuestro bautismo, cuya virtud es celestial. Y también fué significar que por el bautismo, primer Sacramento de la Iglesia, se abren las puertas del reino que cerró la culpa, y para esto no fué necesario se rasgasen los elementos y se rompiese el globo celestial, ocasionando otros milagros de que se diese vacío en aquel espacio y se viesen obligados a llenarle los elementos. Abriéronse, pues, los cielos con tanta manifestación de luz, que parecía imposible, a no haber encendido el cielo sus faroles y dádolos a ver por las roturas del aire. La primera vez que tuvo necesidad la luz por esencia, de otra luz, fué ésta tan grande, que formándose especies en el aire de división y reparación entre sus partes, de tal suerte inmutaron a los ojos de quien lo miraba, que parecieron divisas y distantes, estando siempre unidas entre sí.

Todo este aparato de esplendores se ordenó a que se conociese a la presencia de tanta luz la verdad de aquella proposición de Cristo a sus émulos en el capítulo octavo de San Juan: *Ego sum lux mundi: qui sequitur me, non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitae*, que comprende tres ilustres propiedades de Cristo: de Redentor, Maestro y Juez, que para que las empezase a ver el mundo inferior se abrieron en su bautismo los cielos. No fué otra cosa el beneficio de la Redención que una luz, un día claro y dichoso que le amaneció al hombre tras la larga y oscura noche del pecado. ¡Qué triste cosa fuera ver poner el sol, dejar en sombras el mundo y todas las cosas en confusión y tinieblas, si no supiéramos que dentro de tantas horas ha de dar la vuelta a nosotros y le hemos de ver salir hermoso y resplandeciente, alegrando los ojos y los corazones! Así consi-

sidero yo: en pecando el primer hombre, se oscureció aquel alegre día de la gracia en que había sido criado, quedó el mundo condenado a tinieblas y a una noche sin medida ni término, hasta que Dios sacó a luz el sol deseado de su Unigénito y nos llamó desde el estado oscuro de la culpa a la luz admirable de su agrado.

Fué Cristo Redentor y el beneficio de su Redención una luz, un sol que salió para buenos y malos; una fuente de tan copiosos raudales de esplendores, que no se pudo contener dentro del pueblo judáico, sino que se extendió a toda la circunferencia del orbe; a la traza de aquel río grande que salía del primero y más deleitoso jardín que fabricaron las divinas manos para que regase el Paraíso y que, en naciendo, se dividió en cuatro brazos, todos caudalósísimos, como se refiere en el Génesis.

Es Cristo, Redentor y Salvador nuestro, este río que salió de la fuente del Padre para regar el Paraíso de su Iglesia. Y reparte su luz como su agua el río del Paraíso, deseoso de que salgan los hombres de las tinieblas de la culpa recibiendo parte de su luz, porque el que anda en tinieblas no tiene parte en Dios ni anda en su compañía. Y es mentira palpable entender y querer persuadir que las tinieblas humanas tienen trato de compañía con la luz de Dios. Por eso dijo el Apóstol San Pablo la oposición que tienen las obras de tinieblas con las armas de luz, que es forzoso deshacerse de las unas para vestir las otras. Y notó con agudeza Cayetano que las buenas obras se llaman armas, a diferencia de los pecados que no se llaman armas, sino obras de tinieblas, porque las acciones virtuosas hechas a la luz de la divina gracia son, para quien las hace, armas ofensivas y defensivas. Al contrario, los pecados, como ofenden y hieren el alma de quien los comete, no son armas, sino obras de tinieblas que, sobre no ser armas, sino flaqueza, dan mayor esfuerzo a los enemigos.

La luz, pues, de Cristo Redentor, cuanto a su virtud, fué para todos, pero no la gozan todos, que es suma desdicha.

¡Oh, qué de naciones no le conocen! ¡Oh, cuántos le aborrecen! ¡Cuánto hereje, cuánto error, cuántas sectas, cuántos sectarios rebeldes a la luz, como dijo el Espíritu Santo! Pero lo que causa más dolor es que muchos que le conocen, no le gozan, porque viven y mueren en tinieblas, y la luz de la Redención no les alumbra, ni les vale la sangre de Jesucristo derramada sino de cargo y confusión.

Decía con misterio grande el autor del Eclesiástico: ¿Qué importa una mesa espléndida llena de diferentes y regalados manjares al enfermo a quien el mal humor tiene rendida la facultad de comer y cerrada la boca? Convidarle con un plato regalado es como quien hace sacrificio a un ídolo, que el que lo ofrece no lo gusta y lo derrama, ni lo goza aquel en cuya honra se hace; así el hastío que ocasiona en los hombres la costumbre de pecar, malbarata la mesa espléndida de los méritos de Cristo, del tesoro de su pasión y no le dejan bañar de los esplendores de su luz y le cierran los ojos tan en su daño, que pudiendo ser hijos de la luz, se quedan ofuscados en sus tinieblas, y al cielo que se abre para todos le ponen con su mala vida fuertes candados.

11

La doctrina de Cristo, siempre lustrosa, ahuyentó las tinieblas que ocupaban el mundo. Gran razón de estado fué apartar Dios la luz de las tinieblas, porque éstas todo lo confunden y será suma infelicidad en los hombres dar caídas peligrosas a la mayor luz.

Abrense los cielos sobre Cristo, señalándole los rayos de luz por Maestro, cuya doctrina fué una luz celestial que descubrió los errores en que estaba la miserable vida del hombre y le mostró el camino del cielo y los medios con que conseguirle; que en el estado que tenía el mundo no se po-

día fiar negocio tan grave sino de la persona del Hijo de Dios, que en forma visible se presentase a los ojos humanos.

Este dichoso tiempo y la luz de esta ley y doctrina, esperaba el mundo y deseaban los pocos justos que vivían en él, afligidos de ver tantas tinieblas y tanta ceguedad en la vida humana, tan miserables encuentros, peligrosas caídas, errores ciegos, torpes costumbres. ¡Con qué dolor pinta el estado del mundo Micheas! El mundo está perdido; apenas se halla un hombre justo, temeroso de Dios y de su conciencia; todos viven en acechanzas, haciendo entretenimiento gustoso, como el de montería, en darse caza unos a otros; califican sus pecados, que los miran con amor propio, como obra de sus manos. Los reyes piden repetidamente donativos, imponen tributos, y los ministros dicen que tienen razón. Los poderosos no han abierto la boca para proponer sus antojos cuando los inferiores los ejecutan. ¿Qué haremos en semejante estado, en tan ciegas tinieblas, en tan denegrida noche, que confunde lo bueno y lo malo, lo vil y lo precioso, lo contentible y lo venerable, sino esperar al Sol, que esclareciéndolo todo, declare lo que se ha de amar y lo que se ha de huir? ¿Cuál es el oro de más subidos quilates y cuál el aparente, cuyo fondo es un metal vil, indigno de estimación?

Alta razón de estado en materia de buen gobierno fué que Dios, en criando la luz, la apartase de las tinieblas para que se supiese que ocultaba las sombras y que revelaba la luz. Lo que obró aquella luz material en el mundo puso en ejecución en el universo espiritual la luz, por esencia, Cristo. La luz descubre y manifiesta en cada cosa lo que es distintamente en esta estatua del mundo: oro, plata, metal, hierro o barro, como emulación viva a las tinieblas, que todo lo confunden, y haciendo pesos falsos, tal vez pasa por santo el hipócrita, por piadoso el logrero y por celoso del bien público el ambicioso. Antes de venir Cristo, alguna excusa podían tener de sus errores los hombres, porque todo lo

tenían confuso las tinieblas; pero después que salió este Sol, ninguno debe tener por oro el cobre, ni el hierro por plata, porque los rayos de esta luz le sirven de índices, le manifiestan las cosas como ellas son. Grande infelicidad es dar caídas el espíritu a la mayor luz, como si fuera media noche, según aquello de Isaías: *Impegimus meridie, quasi in tenebris.*

Y no trato aquí de lo ciego de nuestro gobierno, de sus dudosas resoluciones y acuerdos en materia de estado, sino de la perversión de las costumbres, que es el trato más doloroso, porque no sentimos el día más que los muertos en sus sepulcros. Los mismos vicios, los mismos pecados que antes que tuviéramos a Jesucristo por legislador, por Redentor y Maestro, inundan el mundo, y no se diga que mayores; pero lo cierto es que con más culpa y menos disculpa. ¿Qué disculpa tiene la soberbia del que adora a un Dios humilde; la avaricia del que adora a un Dios desnudo; la injuria del que adora a un Dios benévolo; la ira del que adora a un Dios sufrido? ¿Y qué disculpa tienen tantas caídas (como si se anduviera a ciegas) a la presencia de un Sol que es Jesucristo?

III

Cristo, juez universal de vivos y muertos, tiene todas las cualidades de buen juez. Nadie tiene dominio sobre la luz, y debe ser superior a todos respetos humanos. Los donativos a los Príncipes han de ser ajustados a las fuerzas del pueblo para que se puedan pagar. No ha de hacer el Príncipe ley de su voluntad, sino ajustar su voluntad a la ley.

Con los empeños de ser Cristo luz del mundo, se funda el título de juez absoluto de vivos y muertos, y se lo dió el Padre a título de ser hijo de hombre, como dijo San Juan: Porque es hombre, le dió su Padre el ser juez, que a no ser hombre no tenía que recibir la potestad que como Dios esencialmente tiene. Y que esto constase al abrirse los cielos sobre su bautismo, hace labor con aquello del Apocalipsis, adonde San Juan vió el cielo abierto y un caballo blanco, cuyo jinete se llamaba el fiel y el verdadero, y que juzga con justicia. Era el Verbo en la humanidad, con la apariencia de blancura por la pureza: los títulos manifestaban ser Cristo. Dijo Ricardo de San Víctor a este propósito: Fiel, porque no calló cosa alguna de las que debía decir; verdadero, porque no cupo mentira en su boca; juez justo, que sin atenciones ni respetos, supo dar a cada uno lo que se le debía.

Es Cristo luz a quien nadie rige ni gobierna, como nadie tiene dominio sobre la luz material, según aquello que le dijo Dios a Job: Nadie puede mandar a la luz ni anticipar la aurora, ni el crepúsculo del día; nadie tiene imperio sobre ella, sino sólo Dios, que hace salir al sol cuando quiere sobre buenos y malos. Una vez la osada fe de un valeroso capitán se arrojó a mandar al sol y a la luna. Y se pararon ambos planetas. ¿Pero de qué manera? Siendo Dios el que

los detuvo y el que obedeció la voz del hombre. Otra vez volvió diez rayos atrás en el reloj de Achar, a ruego de Isaías y a instancia de Ezequías, mas eso fué negociándolo con Dios, como consta del libro cuarto de los Reyes. Así fué propio de Cristo en su judicatura el reconocimiento a sólo Dios, teniendo su voluntad humana nivelada por la divina, sin que hubiese respeto de carne y sangre que en su corazón tuviese algún empeño.

Esta condición de Cristo deben imitar los que en el mundo son luces y tienen oficios de juzgar, reconocidos y sujetos a Dios, libres y superiores a todos respetos humanos, de manera que nadie los mande, los mueva o los perturbe. ¡Bueno fuera que al juez le mandara la autoridad de algún personaje, la eficaz intercesión de una mujer, la poderosa fuerza de las dádivas! Todos cuantos medios puede interponer la diligencia humana han de ser inútiles para que vuelva un punto atrás de su deber, como todos lo son para volver atrás el sol, anticipar la hora o mudar el lugar de su nacimiento. Eso con Dios se ha de negociar como si fuera detener el sol. No han de tener los jueces otro sobre sí que les pueda obligar a salir de la justicia. Son dioses y deben poner cuidado en parecerlo, y como no tienen sobre sí más que a Dios, si su mismo rey les mandare que administraren lo que no es justo, no deben obedecerle, aunque aventuren grandes aumentos (de que parece puede haber pacto implícito entre el príncipe y el juez).

Este secreto grande le hallo en el profeta Miqueas: Pide el príncipe y el juez ejecuta; ¿pero con qué motivo? Hallarémoslo en la lección del Caldeo, que dice así: *Princeps postulat, et Iudex dixit: Fac pro me et retribuam tibi*. Facilitase la petición del poderoso con que solicite los aumentos al juez para que le tenga obligado a que le retorne los frutos de la judicatura.

Ponderémoslo más. Son los jueces luz del mundo y han de estar a solo el gobierno de Dios y de su ley; no se han de parar ni apresurar a moción ajena. ¡Oh, qué bien alum-

brado estaría el mundo si cada uno pudiera detener el curso del sol o apresurarlo! Este quisiera mayor día, aquél mayor noche; éste le apresurara, el otro le detuviera. ¿Qué es una injusticia sino una noche que espera el sol de la razón y de la justicia? ¿Cómo no se despacha este pleito del pobre desvalido? Señor, ¿por qué está parado el sol a la voz de un ruego o al interés de una dádiva? ¿Cómo esotro se despachó con tan grande facilidad, sin guardarse los términos y plazos debidos? ¿Por qué apresuró el sol su curso a la fuerza de una poderosa intercesión? ¡Oh, qué beneficio tan grande hacen los reyes a sí mismos y a sus Repúblicas dejando correr las leyes a su paso y no consintiendo que padezcan violencia las luces de sus jueces, que si no tienen imperio superior, siempre obrarán lo justo!

Consultó Cambises a sus jueces si había ley que permitiese a un hombre casarse con su misma hermana. Respondieron la verdad ingenuamente: que no había ley que permitiese tal; pero fomentándole la inclinación y el gusto, añadieron que habían hallado una ley por la cual era lícito al rey de los persas poner en ejecución todo lo que pidiese su deseo. Así lo refiere Herodoto. Raras veces falta la ley para el gusto del príncipe, aunque se atropellen otras más seguras y que están en más verde observancia.

Fué Job rey atentísimo en Idumea, de la prosapia de Esaú, que fué padre y cabeza de los Idumeos, después de haber pasado las borrascas de sus tentaciones, no antes, como quieren muchos; pero supo ejercer tan bien la dignidad, que era declarado enemigo de los delitos, y en su presencia no se atrevían a parecer los delincuentes: «Cuando a mí me ponían la silla y dosel, cuando salía a la Audiencia, iba barriendo las calles de la gente liviana; y como a la presencia del sol los murciélagos, iban huyendo los mozuelos; los ojos lascivos, los trajes afeminados que pregonan deshonestidad; las manos holgazanas, las armas dobles, adornos del día, instrumentos de las maldades de la noche, nada de eso pasaba en mi presencia, porque sabían que no

había de pasar por los ojos y dejarlo, sino examinarlo y ahuyentarlo de la República.»

¡Qué buena justicia fuera la que a esta traza saliera por las calles de la Corte y de las ciudades populosas, de día y de noche, con celo de limpiarla, ahuyentando tanto hombre perjudicial como por ella hallara; tanto mozo holgazán, tanta mujer perdida, ejecutores de todo lo que Satanás les ordena! ¡Qué bien ejerciera la ocupación de la luz, aborrecible a los malos! Al que vive bien, no le dá pena que le vea el sol; mas al que vive mal, no le está bien que haya día que descubra sus pasos, sus hechos ni sus pensamientos. No son otra cosa las trampas de los pleiteantes que tinieblas que desfiguran la verdad y la justicia; como en la noche el árbol parece gigante, la piedra león, etc., porque está vestido todo de oscuridad; pero en saliendo el sol, se desmiente todo ese engaño y se ve lo que cada cosa es. Así las trampas hacen que la inocencia parezca malicia, la verdad mentira, demasiada la razón; para eso ordenó Dios y el buen gobierno que hubiese un día de luz clara; esa es la justicia y sus ministros. Está el capeador y el dueño de la capa tirando de ella, cada uno por su cabo, y con iguales voces llamando al otro de ladrón. ¿Quién se atreverá de noche a decir cual de los dos lo es? Salga el día, que en el rostro se le verá al ladrón, y el mismo que animoso en las tinieblas, por no ser conocido, era agresor, en siendo descubierto con la luz, huirá corrido y afrentado.

Sea, pues, luz y día el juez; y como la luz desinteresadamente se comunica a los mortales, y a todas horas se aparece pura y limpia, así ha de ser la judicatura, para que el pobre, haciendo su cuenta, no halle que le haya de costar la justicia que pretende poco menos, sino algo más, que la injusticia que padece. No es bien se levanten palacios y se adornen de alhajas preciosas a costa del litigante o de las extorsiones que hacen al pueblo en las comisiones que ejercen. Más han de amar la justicia que la familia, que también se desposa con ella el juez cuando admite la judicatura.

¡Qué gran ministro de justicia fué Aristides! Este solo basta (dice Filóstrato en la vida de Apolonio) para ejemplar de un ministro justo y desinteresado, pues habiéndole enviado su Príncipe a recoger los tributos que se le debían, los ajustó y cobró tan desinteresadamente que volvió a su casa con la misma capa y vestido que había salido, pero más gastada, hecha pedazos. Preguntado este filósofo qué era justicia, no la definió, como el Jurisconsulto: *Est constans, et perpetua voluntas, jus suum unicuique tribuendi*. Respondió con otras voces diciendo que era nada para quien la ejerce. Ha de ser nada para el juez, mucho para la parte, y que se conserve ileso a cada uno el derecho que tiene a la vida, a la hacienda, al honor.

IV

La Paloma sobre el Jordán fué vista de todos. No se unió hipostáticamente al Espíritu Santo. Su vuelo fué misterioso. Fué simbolo suyo la del Arca de Noé; esta fué verdadera; la que se puso sobre Cristo, aparente, y se resolvió, por misterio de ángeles, en la materia de que se formó.

No sólo se abrieron los cielos en el bautismo de Cristo, sino que en figura de paloma bajó el Espíritu Santo y se sentó sobre su cabeza, como lo dijo San Marcos.

Ciertísima cosa es que la paloma en el Jordán fué vista de todos, y no le pareció esto materia de duda a San Agustín. Y también lo es que ora fuese verdadera paloma o solamente en la apariencia (de que se hablará después) no se unió hipostáticamente a la persona del Espíritu Santo, ni era necesaria esta unión (aunque fué posible) porque sobre parecer indecoroso a la Majestad divina terminar naturaleza irracional, no tenía fin por donde se pudiese asegurar, como la unión del Verbo a la Humanidad sacrosanta, para

obrar meritoriamente y satisfacer al Padre, materia que tocó y discurrió Santo Tomás. Sólo fué necesaria la paloma para manifestar muchos misterios y dar testimonio de Cristo, publicando se habían de hallar en él las propiedades de la paloma, animal manso, sin hiel, símbolo de gracia, de mansedumbre, en cuyo misterio se llama la Iglesia paloma hermosa. Para lo cual y significar los dones del Espíritu Santo, que estaban en Cristo como en su fuente, no era necesario que fuese verdadera paloma, sino que lo pareciese, como lo dijo San Ambrosio.

Testigo mayor de toda excepción en abono de la persona del Hijo de Dios es el Espíritu Santo en figura de paloma; bien puede poner en olvido todos los testimonios antecedentes, pues con un mudo silencio publica la calidad del recién bautizado; y sin lengua ni voces, con sola la admirable apariencia de la paloma, reveláronse los más ilustres efectos del Espíritu Santo. Bien puede callar Cristo, pues tiene tal testigo que le aclame.

En cierta ocasión preguntó a sus discípulos el soberano Maestro le dijese qué sentía de su persona el mundo, en qué opinión le tenían. Unos le tenían por profeta, por el Bautista, por Elías, Jeremías o algún varón santo de la antigüedad. Fué ardid soberano de Cristo (dijo San Basilio de Seleucia) encomendar a voces ajenas la manifestación de sus glorias. Muchos prodigios y ajenas voces le habían publicado, luego que puso los pies en los umbrales del mundo: la estrella, los magos, Simeón, Ana profetisa, San Juan Bautista, conque a la presencia de tantos testigos, oradores de tantas alabanzas, debidamente guardó silencio la Palabra eterna, como dijo el Santo.

Aquí la paloma equivale a muchos testigos, y sin bajar en figura de lenguas, como en el día de Pentecostés, publicó los dones divinos que estaban en la persona de Cristo, y de allí se habían de comunicar a los fieles a quienes se dirigían los efectos de aquella demostración. Gravemente lo dijo San Crisóstomo. Así se verificó, que el vuelo de la

paloma fué de su deidad a su humanidad, adonde estaba la nuestra a recibir sus dones, como dijo Santo Tomás en su Cadena de Oro. Muchas son las enseñanzas que, haciendo cátedra de la Cabeza de Cristo, hace a los fieles de la Iglesia el Espíritu Santo; pero especialmente nos enseña el camino del amor divino, tesoro con que se le pueden pagar todas las deudas que se le deben y la satisfacción por los pecados para entrar sin miedo en su juicio.

Con el amor se ajustan cuentas con Dios—dice San Juan—y se pone un hombre de tal manera en su gracia, que pueda parecer sin miedo en su presencia. Esto—dice el predicador del amor—es lo sumo de la caridad de Dios en nosotros: llegar a quitarnos el miedo de todas las obligaciones que le tenemos, así de beneficios como de culpas. ¿Qué te dió? El ser natural, el conocimiento y discurso, la vida que gozas, los bienes temporales que posees, y lo que es más, el conocimiento suyo, su sangre, su vida. Pues ámale y todo está pagado. ¿Qué le debes? Lo que contra él has cometido de ofensas, de ingratitudes, de sinrazones; pues ámale y saldrás de deudas. Grave castigo merece el deudor que, pudiendo cancelar las escrituras de obligación que tiene hechas con sólo tener amor, menosprecia su misma libertad y no teme ser ejecutado. El amor allana todas nuestras deudas; la Paloma divina da el caudal.

Símbolo de esta misteriosa Paloma y del Espíritu Santo fué aquella que salió tres veces del Arca de Noé (como consta del capítulo octavo del Génesis) a la visita del mundo, deseosa de traer buenas nuevas de que se había aplacado la ira de Dios, y trajo en la boca un ramo de oliva. Raro prodigio parece, que estando inundado el mundo hallase ramo de oliva la paloma; créese fué de alguna oliva del mar. Pero, volviendo al tema, todos los vuelos y los pasos de este ave misteriosa enseñan mucho, como dijo San Ambrosio. Suponiendo en alegoría que Noé representaba a Cristo y el Arca su Iglesia, no se sentó la paloma en la tierra, ni se cebó, como el cuervo, en los cadáveres, porque

el Espíritu Santo no hace pie ni pone su habitación en lo cenagoso de la culpa, en lo distraído del ánimo carnal. Volvió la paloma a la tarde, fué al último tiempo del mundo cuando se comunicó con abundancia el Espíritu divino y trajo testimonio de que habían cesado las borrascas del diluvio y serenándose el cielo, pues entre la pureza del aire se pudieron ver los cielos abiertos y, rompiendo brecha en el elemento sutil, la paloma divina con sus alas, para salir a ocupar el puesto más eminente, parando el vuelo en la Cabeza del Hijo de Dios. Tres veces salió del Arca, porque tres veces se comunica este soberano Espíritu, empezando por el sacramento del bautismo, en cuya significación en tres tiempos recibieron los apóstoles el don del Espíritu Santo, no según su sustancia (que de esta suerte a nadie se comunica) sino según sus dones y gracias. Antes de la pasión de Cristo, después de su resurrección y después de su ascensión a los cielos, recibieron los apóstoles el don de obrar milagros, luego el de perdonar culpas, después el de predicar en todas las lenguas del universo las grandezas de Dios, y por eso se llamó bautismo esta infusión de gracia.

Preguntamos aquí lo que pregunta el Abulense: ¿En qué paró la paloma que se puso sobre la cabeza de Cristo? Pues ya sabemos que bajó del cielo, sepamos el término adonde paró. Supónese por constante en la más cierta doctrina, que esta paloma no fué verdadera ave, sino efigie y semejanza de ella, y lo dió a entender así San Lucas cuando dijo: *Sicut columba*, lo cual induce a pensar que no fuese verdadera, sino aparente, pues para la representación bastaba la imagen, fuera de que, pasada la representación, o la paloma se había de aniquilar con que hubiera sido la creación de ella contra la ordinaria providencia divina, que no destruye lo que una vez formó, o pasado aquel misterio se había de acoger a su elemento, como las demás aves, y esto no era muy decoroso ni necesario para confirmar los milagros. A esta dificultad responde el Abulense que el ángel que la puso sobre la cabeza de Cristo la arrebataría invisi-

blemente, volando hacia el cielo, de donde había venido, con que se confirmaría más haber sido el Espíritu Santo que bajó del cielo y volvía a él; y vuelta a aquella parte del aire, donde no pudiese ser vista de los hombres, se resolvería aquella semejanza de paloma en la materia de que se formó, como se dice comúnmente de aquella estrella que guió a los Magos hasta Belén; y sería como la llama que se apareció a Moisés en la zarza, como la columna de nube y fuego que guiaba al pueblo, como los rayos y truenos que se oían en el Sinaí mientras Dios daba la ley, significando Dios por especies corporales, que duraron el tiempo que fué necesario, los favores que hacía y los dones que comunicaba.

V

La voz del Padre fué el último y más grave testimonio que calificó la persona de Cristo. Fué formada por todas tres personas, aunque significó solamente al Padre Eterno, que él sólo habla en la Trinidad beatísima. Fué Cristo Hijo amado. En el mundo, los hijos son desemejantes a los padres; pero el Hijo natural de Dios fué el agrado de quien le engendró.

Oyóse la voz del Padre en que, agradado de su Hijo, le reconoció por tal, con la demostración de abrirse los cielos para que este último testimonio, en abono de la persona de Cristo, fuese el más ilustre de todos los que habían precedido.

De muchos modos constó al judaísmo que Cristo era su Mesías e Hijo de Dios: de los prodigios de su nacimiento, cumplirse en él todas las escrituras y profecías, nacer en Belén, anunciarle los ángeles, reconocerle los pastores. Pero como estuvo escondido la mitad del tiempo de su vida, no advirtieron los interesados que era el mismo Señor

el que prodigiosamente había nacido y se había misteriosamente retirado; y para confundir su malicia (que lo fué más que su inadvertencia, fué conveniente eligiese Dios modo de manifestarle, no ya por la estrella clara y hermosa que guió a los Reyes para que le adorasen, sino que el Padre Eterno, sin fiarlo de nadie, le declarase por Hijo suyo sobre las aguas del Jordán con admirable voz: *Et vox de celo facta est.*

Dudan aquí los teólogos cómo fué esta voz del Padre. Si se oyó verdaderamente, ¿quién la oyó? ¿Qué fin y causa hubo para que hablase el Padre? Y aunque es verdad en doctrina de San Agustín que en rigor no fué voz, según que la voz es sonido formado que sale por órganos vitales, fué a lo menos verdadero sonido sensible que pudo significar y significó lo mismo que si fuera articulada, y por eso la llamaron así los evangelistas. Esta voz, no solamente la oyeron Cristo y San Juan, como quiso San Hilario, sino todos los que se hallaron presentes, y que se encaminaba a Cristo, sobre cuya cabeza se puso el Espíritu Santo, porque ninguno de los circunstantes la prohijase a San Juan. Y aunque esta voz fué de todas tres Personas divinas a quien son comunes todas las obras *ad extra*, se atribuyó singularmente al Padre, porque él solo habla entre las Personas divinas y Cristo no fué Hijo de toda la Trinidad Santísima, sino de sola la persona del Padre, y así la voz y la significación de ella, se atribuyó singularmente al Padre, como enseña Santo Tomás.

Con suma elegancia tocó este punto San Cipriano, y hablando con el Eterno Padre, le dice: Hasta aquí (¡oh, Eterno Padre, primera persona de la Trinidad beatífica!), no os había oído hablar el mundo de manera que fuese vuestro hablar personal; nadie duda que esta voz es vuestra, nadie se la puede prohijar a sí; vuestro es el testimonio que dais del Hijo natural llamándole Hijo y querido, agradables voces, nombres que sobre eternos, eternamente se imprimen en los entendimientos humanos.

Ponderemos estos títulos, Hijo y querido, en quien se agradó siempre. *Filius*, es Cristo, Hijo natural de su padre, consubstancial con él, tan bueno, tan santo, tan omnipotente, que, aun fuera de otros principios que nos enseña la Fe para conocer esta verdad, por tales virtudes conocemos al Hijo que nunca degeneró de la grandeza, autoridad y santidad de su padre.

¡Cuán ordinario es en el mundo ser peores los hijos que los padres, raras veces mejores! De padres clarísimos se han visto en el mundo hijos tan desbaratados, que mancharon feamente la gloria de los que les dieran ser; muchos varones insignes murieron sin sucesión, y otros tuvieron tales hijos, que les hubiera estado muy bien salir de esta vida sin dejar posteridad. No dejaron hijos Rómulo y Numa Pompilio que fuesen útiles a la República. Léanse las Historias Romanas y se verá que los Camilos, Cipiones, Catones, los Césares, no tuvieron hijos que se les pareciesen. Tan desgraciado fué Augusto, que erró en la elección de los hijos adoptivos, estando en su mano elegir uno de muchos. ¡Qué dichoso hubiera sido en su imperio Marco Aurelio si no hubiera dejado por heredero a Cómodo! ¡Qué feliz Severo Séptimo, si no hubiera engendrado a Basicoro! Y en el siglo que corre, dejado el de los romanos, vemos cómo vuelve atrás el mundo despeñándose, no imitando los mozos a sus padres ni abuelos, sino que en todo desemejantes, fundan nuevas casas al vicio, nuevos mayorazgos al deleite, haciendo gala de no parecer semejantes a las venerables canas de quien traen origen y que fundaron sus casas a fuerza de virtudes y méritos.

Cristo fué semejante a su Padre y no degeneró ni pudo de las obligaciones de Hijo natural coeterno y único, y estaba gozoso de haberle engendrado tan hermoso, tan santo y tan semejante a su principio. Por eso le llamó el Apóstol figura de la substancia del Padre, asegurando su substancialidad. Es propio del Hijo ser imagen del Padre y esplendor del que le engendró, y como el sol no tiene su luz de

otro principio, así el Padre tiene su ser de sí mismo, y el Hijo es esplendor de ese sol, de quien recibió la gloria inteligible. Y a la traza que toda la majestad del sol en toda su luz está y se manifiesta en un espejo, así la majestad del Padre se representa en el Hijo. Así lo expresó el Espíritu Santo en la Sabiduría. Y ponderándolo San Agustín, dijo agudamente: Una luz que nace de otra no es mayor que ella, y no siendo oscuridad de la primera, sino candor y hermosura, tampoco será menor, ¿luego será igual? Es consecuencia legítima.

Llamar el Padre a Cristo hijo suyo, fué reconocerle por igual, consubstancial, y es lo que llamó Santo Tomás *protestatio Patris*, para que de allí adelante nadie pudiese dudar que Cristo era Hijo suyo. Y porque en la generación eterna es el Padre el que habla, y hablando produce al Verbo, se apareció on la voz formada en el aire. Y llamarle *dilectus* fué decirle no solamente hijo, sino querido; no como las demás criaturas, sino como Hijo natural, según aquello de San Juan: *Pater diligit Filium*. Y como por la simplicidad de la divina naturaleza no pudo tener ni tiene el Eterno Padre más que un solo Hijo, éste se llama querido con amor.

Amale el Padre con amor fervorosísimo, dulcísimo e infinito, porque su amor no se puede dividir entre otros, según aquella doctrina de San Juan Crisóstomo, que un padre, si no tiene más de un hijo, le ama con mucha ternura; si tiene muchos, divídese el amor y viene a amar menos a cada uno. No corre eso en Dios: uno y único es el Hijo natural, y por eso tan querido y amado de su Padre, que aun en cuanto hombre, le amó más que a todo el universo, pues a sola la humanidad sacrosanta le comunicó más bienes que a todas las criaturas juntas, pues no pueden llegar ni tocar la línea de la unión personal con el Verbo y la plenitud de gracia sin medida.

Ultimamente dijo el Padre que Cristo era Hijo suyo amado, en quien tenía complacencia: *In quo mihi complacui*,

de la persona, de las perfecciones, porque si es verdad que se alegra Dios en sus obras, si se agrada del pueblo que formó, ¿cuánto más gozo y complacencia tendrá en su Hijo unigénito, adonde no se ve desemejanza, contrariedad, ni motivo alguno de mal, para no ser sumamente amado? La complacencia del Padre, según la divinidad de Cristo, es infinita; según la humanidad asumpta, es la complacencia singular, porque en él se cumplió la voluntad divina en todo lo que estaba determinado en orden al reparo de los hombres, y esta complacencia excluye todo pesar, pues como notó San Gregorio, viendo Dios los pecados del mundo se desagradó del hombre y le pesó de haberle formado. En Cristo no corrió esa cuenta, que como ni tuvo ni pudo tener rastro de culpa, no pudo haber pesar en el Padre de haberle engendrado: todo fué amor, todo complacencia. Y de ahí nació comunicar a la humanidad sacrosanta tantos favores, que no puede reducirlos a número la más atenta consideración humana. Y de ahí, para los demás hombres llenos de culpas, el pesar en Dios de haberlos formado y procurar reducirlos a su agrado por medio de penalidades.

Bien se conoció (dijo el Padre San Jerónimo escribiendo a Marcela) cuán enojado estaba Dios con la roca Tarpeya de Roma, aun antes de nacer Cristo, porque arrojaba sobre ella infinitos rayos. ¿Qué maravilla, si era el asilo de los demonios, adonde tenían su habitación, y desde allí engañaban a los hombres con sus oráculos? Mostró Dios su enojo arrojando sobre ella rayos de fuego; y después de la muerte de Cristo y de la de sus mártires, a que dió Roma su consentimiento, empezó a declinar la señora del mundo y padeció aquellos tan memorables castigos. Lenguas de fuego acometieron a los soberbios edificios de Roma; abrasáronse el templo de Serapis, las casas de Neptuno, los baños de Agripa, el teatro de Balbo, el pórtico de Pompeyo, el palacio de Octavia, el templo de Júpiter Capitolino. Dispuso Dios que naciesen horrendas llamas de la tierra en tiem-

po de Nerón, para que vengasen tanta sangre derramada de los mártires; y no contentándose con esta demostración del desagrado de Dios. después que el Emperador Constantino Magno cedió el Imperio de Occidente al Romano Pontífice y él se partió a Bitinia en los siete montes donde antiguamente habitaban los romanos, no quedaron sino las ruinas de sus fábricas para ejemplo a la posteridad, de que nadie intente medir su espada con la de Dios; y en lugar de los templos y palacios que erigieron su ambición e idolatría, se subrogaron las Iglesias de Cristo y se enarboló en señal de victoria, en la torre más eminente, el estandarte de la Cruz.

VI

Dios no habla más de una vez, y así fué misteriosa la repetida aclamación del Padre al Hijo en el Jordán y en el Tabor. El divino Espiritu, con admirable disfraz, se aparece en el Jordán en forma de paloma y en el Tabor en figura de nube.

Si comparamos esta voz del Eterno Padre sobre el Jordán con la que se oyó en el Tabor, transfigurado Cristo, y de que hace mención San Mateo, hallaremos en crédito nuestros misterios grandes. Parece que la voz del Tabor fué supérflua, y no habiendo hablado más de una vez, pareciera con eso más Padre y más Dios, pues no habla más de una vez y no repite lo que ha dicho: *Semel loquitur Deus, et secunda id ipsum non repetit*. Pues si Dios no repite una cosa dos veces, ¿cómo la repitió aquí llamando a Cristo Hijo suyo muy amado? Es así que Dios no repite una misma cosa dos veces, y pues habló en el Jordán y en el Tabor, serán distintas las causas y los motivos.

Explicólas Santo Tomás. Aquella voz no se dió tanto por

Cristo como por nosotros, asegurándonos el Padre en la filiación natural del Hijo dos filiaciones nuestras adoptivas: una imperfecta, que se empieza por la gracia; otra perfecta, que se consuma en la gloria. La primera tuvo principio en la gracia del bautismo en el Jordán. La segunda tiene su perfección última en el Tabor. Pues hable allí y aquí el Padre, y allí asegúrenos la filiación por la gracia, aquí la filiación por la gloria.

Pero ahora pregunto: ¿Por qué en el Jordán, cuando habló el Padre, no cayó nadie en tierra, ni el Bautista, ni sus discípulos, ni las tropas de gente que los seguían? En el Tabor, de tres discípulos que hay, todos caen en tierra, y allí, de tantos, ¿no cae uno? ¿Qué sería? ¿Acaso no oyeron la voz? Los Evangelistas no dicen si la oyeron o no. De los del Tabor expresamente se dice: *Audientes Discipuli*. Es el misterio que no es todo uno oír voces de Dios en la ribera del Jordán entre tropas de gente, o en monte solo y retirado, que aunque hable el Padre en un mismo tono y sea su voz un trueno, óyese mal en las riberas, impídelo el sonido de las aguas. ¡Oh, qué de voces dá Dios y no las oye el alma hasta que se retira al monte, a lo escondido; que no se transfigura Dios en jardines, sino en montes!

Concuerta con esto la autoridad de San Remigio, que dió la causa de haberse transfigurado Cristo en monte y no en llano, y que se ha de hallar al revés de como se trata en el mundo. Acá buscamos la gloria rateramente por medios humanos y en cosas de esta vida. Ha de ser al contrario de lo que hacemos. ¿Quién duda, sino que tuvo grande misterio que el Espíritu Santo se apareciese en el bautismo en figura de paloma y en el Tabor en forma de nube? Yo al revés lo dispusiera: pusiera la nube en el río, que de ordinario se forma de los vapores de las aguas, y la paloma en el monte, que allí tenía su nido la de los Cantares. Pero, ¿la nube en el monte y la paloma en el río? Sí. A la letra. Paloma, símbolo de inocencia, está bien sobre el río, cuyas aguas han de quitar pecados, y la nube clara en el monte,

refrigerio de los que caminan a la gloria por los montes de esta vida, abochornados de afanes. Pero a mi intento dijera yo: Quiso Dios confundir nuestros discursos y dar tapaboca a nuestro sentir: Tú buscas la nube, que te refresque, en la ribera, pues no la hallarás sino en el monte; buscas la paloma en el monte, no está sino en el río. Mira que discurre mal en tu causa y eres necio. Gloria y voces de Dios, las verás en montes y las oirás en tu aprovechamiento.

Y para carear el discurso en la misma contraposición: ¿qué será que en el Jordán no dice el Padre: *Ipsium audite*; en el Tabor sí? Este es mi Hijo, oidle. Señor, mirad que viene tarde la advertencia; decirnos que oyésemos a vuestro Hijo, venía bien cuando se bautizó, que luego empezó a predicar; pero ahora, ¿después que todos le han oído, nos decís que le oigamos? Eso, Señor, ya está hecho; supérfluo parece advertirlo. No es sino muy misterioso. Conoce Dios nuestra inclinación a gloria, a descanso y que todo lo que fuera de esto se nos enseña y predica, no lo oímos. Tratóles Cristo a sus discípulos en la cuesta de Jerusalén, de que iba a padecer y morir, y dice el Evangelista que era como predicar en desierto. Sube al monte Cristo, transfigúrase, muestra a los hombres los resplandores de la gloria, y dice el Padre: oidle; oid lo que nunca habéis oído. Y aquí dijo agudamente Santo Tomás: Vino Cristo al mundo a dar actualmente la gracia y a prometer con palabras la gloria; para gracia, que actualmente se recibe, no hay que oír, sino preparar el alma para recibirla. Así pasó en el bautismo. Para gloria, que se promete, son menester oídos que la oigan; puertas de la fe para que se crea; pues por eso en la transfiguración se dice: Oidle, que él cumplirá lo que prometiere. Y para asegurarnos fué necesario que hiciese testigos de que cumpliría lo prometido.

Todas estas demostraciones, voces del Padre, cariños del Espíritu Santo, se ordenaron a que los Apóstoles, los discípulos y todo el universo (que por eso se hicieron las señales en el cielo) conociesen que Cristo era Hijo de Dios,

y que era Dios el que daba testimonio de él, desde el trono de una nube y con repetidas voces. A la traza de aquellos dos sueños de Faraón de las siete vacas y siete espigas, que significando una misma cosa (como lo afirmó José al descifrar el misterio), fué confirmar más la verdad de la visión. Para persuadir Dios al pueblo hebreo, que era Él quien le hablaba, eligió por cátedra una nube, como se colige claramente del Exodo y de los Números, y continuando esta costumbre, habló en esta ocasión desde una nube llamando a Cristo Hijo suyo querido y que tenía complacencia en él, con que manifestó la excelencia de Cristo sobre todos los demás hombres; pues a no ser una cosa muy superior a todos, no le aclamara el Padre con tan raras demostraciones. Así lo meditó el Abulense.

Y fué también significar que Cristo era Hijo natural de Dios, y que somos adoptivos todos los demás hombres. Y añadió que era persona tan de su agrado, que se complacía en él, significando que adonde hay una misma substancia, hay una misma voluntad y un querer, y que se agradaba también de él en cuanto hombre, por conocerle rendido a su voluntad, porque no hubo hombre tan obediente a Dios como Cristo y ninguno agradó tanto a Dios. De donde dijo San Crisóstomo que no le amaba el Padre solamente porque le engendró, sino también porque era de una misma voluntad con el que le dió el ser.

CAPITULO ÚLTIMO

Las promesas de Dios alientan a los corazones humanos. Al entrar en las batallas se leían antiguamente los libros sagrados que las contienen. Pasó esta ceremonia a los Concilios de la Iglesia. Cristo oculta la potestad de Rey y en todos estados obró heroicamente en utilidad de su Iglesia.

Con esta declaración del Eterno Padre, vestida de tan raras y extraordinarias circunstancias, se corrieron los velos y cortinas que hasta aquel tiempo ocultaban al Príncipe Cristo, para que conocido por quien era, se conociese ser el mediador por donde Dios había de comunicar sus favores a los hombres, y que era el libro cerrado adonde estaban escritas las divinas misericordias, y había ya llegado el tiempo en que se abriese y manifestase, para consuelo de todos, y que en fe de lo que se aseguraba por aquel medio, empezasen los hombres a imitar y seguir los pasos de Cristo.

Tenían los antiguos hebreos cerrados los libros de la ley, y en cierta ocasión, habiendo de ir a pelear con sus enemigos, mandó Judas Macabeo que se abriesen los libros de la ley. Abrieron los libros sagrados para que les constase a todos de las promesas de Dios contenidas en ellas, y les obligasen, en fe de su palabra, a que las cumpliesen y les diese victoria de sus enemigos; y por esto fué costumbre que antes de dar la batalla se leyesen los libros sagrados, para que los soldados cobrasen más alientos y se les infundiese mayor osadía. Consta del segundo libro de los Macabeos, que habiendo de dar la batalla el pueblo de Dios a Nicanor, leyó Esdras el libro santo de la ley y luego se dió la señal de la batalla, costumbre que guardaron otros pueblos, como el de Roma.

Y no sé si se tomó de aquí la ceremonia de poner sobre la cabeza del Obispo en su consagración el libro de los Evangelios abierto. Y lo que se refiere de los Concilios sagrados Calcedonense y Efesino, que del primero se dice se puso el libro de los Evangelios en público, en medio de los Padres del Concilio, para que todos los circunstantes juzgasen a Cristo presente en aquella consagración. Lo mismo pasó en el Efesino. Con el libro de los Evangelios abierto y puesto en un trono, estaba como presente Cristo a los ojos de los Padres, para que leyesen en él las promesas hechas a la Iglesia y los favores que la aseguraba su presencia.

Ya el Príncipe Escondido empezó a manifestarse desde entonces con obras heroicas, predicación, junta de discípulos y grande número de milagros. Pero, sin embargo, no puedo dejar de escribir para remate de estos discursos, que habiendo sido Cristo aclamado Capitán, Príncipe, Rey, en ambos Testamentos, no sólo no lo pareció en la grandeza y autoridad, sino que fué tan singular su modo de reinar, que, siendo superior a todos los príncipes del mundo, apareció inferior a todos y su corona la más infeliz.

El Profeta Miqueas aseguró el nacimiento de este Príncipe hablando con la ciudad de Belén. Habló de Cristo a la letra, no de Zorobabel, como quieren los hebreos, porque éste nació en Babilonia y el profeta habla de un príncipe que había de nacer en Belén; y así, en lugar de la palabra *dux*, puso San Mateo *dominator in Israel*, y significando que había de ser Dios, añadió: *Et egressus ejus ab initio, a diebus aeternitatis*; y porque no presumiese nadie que era puro hombre como David, que también nació en Belén, se significó la naturaleza divina en Cristo contra los judíos y los arrianos, pues en cuanto Dios, nació en la eternidad.

El profeta Isaías claramente le llama Príncipe y Emperador. En el Testamento nuevo, el Angel le dijo a su Madre que no tendría fin su reino. Los Magos le llamaron Rey de los judíos. Pilatos puso en la Cruz ese mismo título: *Jesus*

Nazarenus Rex Judaeorum. En el Apocalipsis se llama Príncipe de los reyes de la tierra. Y en el mismo libro Rey de reyes y Señor de señores.

Pero, ¡cuán diferente al de los Reyes temporales el reino y el reinado de Cristo! No tuvo un palmo de tierra en la de los judíos, ni casa, ni palacio, teniendo las aves sus nidos y los animales terrestres sus guaridas. Pagó el tributo al César; no negó que se le debiese. Huyó al monte, queriendo levantarle por Rey las turbas en el desierto. No quiso sentenciar la causa de los hermanos que pedían división de su hacienda. Dejó indecisa la causa de la adúltera. Y finalmente, en el suburbio de Jerusalén, cerca de sus muros, a la presencia de la mayor parte del pueblo judáico, fué feamente crucificado en un tronco. Y siendo (como era en la más probable sentencia) Supremo monarca temporal, que tuvo potestad de excelencia sobre todos los Príncipes del mundo, no quiso usar de esa potestad, sino ocultarla.

Con todo, algunas veces dió indicios formidables de que la tenía: porque como dijo Séneca, por escondida que esté la virtud, entre sus tinieblas arroja rayos de luz que la manifiesten. Que al ánimo grande, aunque esté en lo oculto y retirado, nunca le falta cómo explayarse para utilidad de muchos, a quienes se descubre y ampara con voces, consejos y obras.

No es solamente útil a la República el que hace de magistrado, ampara a los reos, juzga bien en las materias de la guerra y de la paz, sino también es utilísimo el que se hace maestro de la juventud y la exhorta a acciones loables; el que habiendo tanta falta de preceptos, instruye con la virtud los ánimos; el que con brazo fuerte detiene a los que precipitadamente se despeñan en los vicios. Éste tal, cuando parece que no obra nada, hace en lo escondido y en el estado de hombre particular, el negocio más grave de la República.

Así Cristo Señor nuestro, ocultando quién era, se manifestaba, y poniendo velos y cortinas a su grandeza y auto-

ridad, eran sus obras estímulos a la virtud, y empezó a hacer la causa pública de la Iglesia universal en el estado feliz de la ley de gracia.

Fué y es el sol, vivo símbolo de Cristo, que por eso se llama Sol de justicia; tiene el material (lámpara hermosa del mundo) mucho que obrar en él: y así son varias las estaciones que corre, bien dibujadas por el pincel del Espíritu Santo en el capítulo primero del Eclesiastés. Nace el sol, y parece nace para morir, pues desde su oriente está mirando el ocaso. Sepultóse el lustroso globo, padre de la luz, en urna de cristal, en el Océano, y volviendo a nacer, gira veloz por el meridiano, no olvidando su luz la parte del aquilón. Todo lo *anda* en perpétuo círculo, revolviendo de punto a punto en el *que* fué principio de su movimiento.

Así fué el *curso* de la vida de Cristo: Nació bizarro y hermoso en el oriente de Belén; luego dió muestras que nacía para morir, pues le embistieron el frío, la descomodidad, la persecución, el destierro. Ocultóse en Egipto, en Nazareth, como si estuviera debajo de tierra. Salió de lo retirado, dejó la vida oculta, vióle el mundo, en el meridiano de su luz e inclinado tal vez a la parte del aquilón (lugar del demonio), desterrar con la fuerza de sus rayos lo denso de sus tinieblas y conclusa la causa de la salud de los hombres; el círculo de su vida se volvió al Oriente Eterno, de donde salió a iluminar a los que estaban sentados en las tinieblas de la muerte.

*Quæ scripsi, et dixi, sanctæ Matris Ecclesia correctioni, subiecta sint. Et cedant in laudem intermeralæ Deiparæ, et sacri Parentis, Petri Nolasci Regii mei Ordinis inclyti Fundatoris. Magister
Fray Marcus Salmerón,
Generalis, et Episcopus
electus Truxillem.*

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTA OBRA EN
MADRID, AÑO DE MCMXXI, EN CASA
DE MIGUEL ALBERO

DECORACIÓN DE MOYA DEL PINO
CUBIERTA DE F. GALICIA

Biblioteca Pública de Soria



71321991 DR 8971



SEIS PESETAS

FRANCISCO DE
KILGUS
REFAC
TIENTO
Fray Marcos
Salmerón

EL PRÍNCIPE
ESCONDIDO

DR
8971